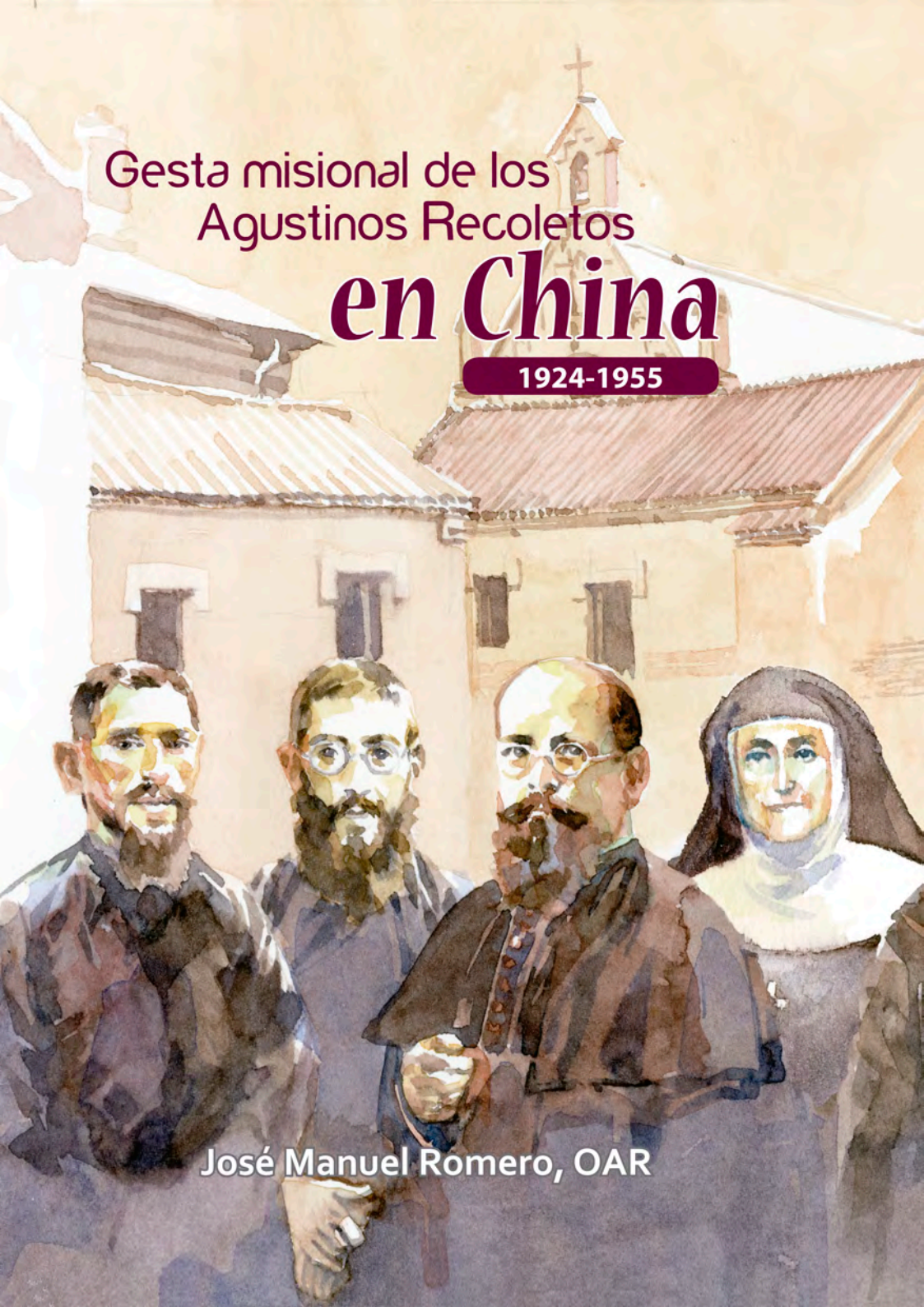
Gesta misional de los Agustinos Recoletos en China

1924-1955



José Manuel Romero, OAR

Edita:

provincia de san nicolás de tolentino

agustinos recoletos

Agustinos Recoletos
Provincia de San Nicolás de Tolentino
Paseo de La Habana, 167
28036 Madrid, España

agustinosrecoletos.org
publicaciones@agustinosrecoletos.org

Depósito Legal: M-18529-2019
ISBN: 978-84-09-11729-1
Imprime: Campillo Nevado, Madrid

José Manuel Romero, OAR

Gesta misional de los Agustinos Recoletos en China

1924-1955

Prólogo de Ángel Martínez Cuesta, OAR

Madrid, 2019



En portada

La principal división de esta acuarela es la horizontal, en la que los protagonistas conforman un friso en la parte inferior, presentando tras ellos determinadas situaciones del devenir de la misión.

En la portada (parte derecha de la imagen) están algunos de los misioneros españoles junto con parte de los frutos de su trabajo representados en el fondo; en este caso concreto son algunas de las edificaciones del complejo misional.

En la contraportada (parte izquierda de la imagen) están los frutos espirituales, representados por los religiosos chinos. Esta vez tienen de fondo el aspecto más dramático de la historia de Kweiteh, representado por la guerra. Las figuras que flotan sobre ellos pertenecen a la masacre de Nanking. Por su disposición, se sugiere que la figura de la derecha emana como un espíritu de las de la izquierda, queriendo representar que, aun en las desagracias más intensas, los espíritus se salvan por la Fe.

Los personajes, de izquierda a derecha, son: Lucas Yuo, Nicolás Shi, Gregorio Li, José Wang, Pedro Kuo, Marcos She, José Shan, dos religiosas Catequistas de Cristo Rey, Mariano Alegría, Mariano Gazpio, Francisco Javier Ochoa, Esperanza Ayerbe, Sabino Elizondo, Luis Arribas, Pedro Zunzarren, Lorenzo Peña y Venancio Martínez.

Santiago Bellido, 2018.

Siglas

AGOAR	Archivo general de la Orden de Agustinos Recoletos, Roma (Italia).
AM	Archivo de la Provincia San Nicolás de Tolentino, Marcilla (Navarra, España).
APF	Archivo de Propaganda Fide, Ciudad del Vaticano (Roma, Italia).
ASV	Archivo Secreto Vaticano, Ciudad del Vaticano (Roma, Italia).
BPSN	Boletín de la Provincia de San Nicolás de Tolentino.
Cartas	*Cartas de monseñor F. Javier Ochoa, O.A.R. Misionero y Fundador. Gobierno* Central de las Misioneras Agustinas Recoletas M.A.R., Leganés, Madrid 2000
Fondo NS	Archivo histórico de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, Ciudad del Vaticano, fondo "Nuova serie".
TM	Revista Misional "Todos Misioneros", publicada por los Agustinos Recoletos de la Provincia de San Nicolás de Tolentino desde el año 1928 a 1969.


China
Beijing
China
Henan
Zhengzhou
Henan
Shangqiu / Kweiteh
Poblaciones importantes actuales
Antiguos puestos de la misión de Kweiteh
Lankao
Minquan
Suixian
Ningling
Chutsi • Estación
Zhenliguxiang
Guocunzhen
Yucheng
Zhanggongzhen
Kweiteh
Balizhuang
Xiayi
Huqiaoxiang
Shiliulou
Wu Wafang
Zhecheng
Yongcheng
Prefectura de Shangqiu, Henan



1.

Prólogo





1922 *(aproximadamente)*: **Manila, Filipinas.**
Primer grupo de voluntarios para China.
De izquierda a derecha: Mariano Alegría, Luis Arribas,
Pedro Zunzarren, Mariano Gazpio y Sabino Elizondo.

Se me ha pedido un prólogo para este hermoso libro del padre José Manuel Romero. Lo hago con singular alegría, porque en él se estudia con competencia y exhaustividad una página gloriosa de la historia moderna de la Orden, quizá la más gloriosa de su último siglo. La misión de China la introdujo de nuevo en la historia estrictamente misional, es decir, la que tiene por objeto la "plantatio Ecclesiae" en un nuevo territorio, y lo hizo en perfecta sintonía con las orientaciones de la Iglesia del tiempo y las exigencias de nuestro carisma.

Sus protagonistas tuvieron muy en cuenta tanto las directrices de Benedicto XVI y Pío XI en sus encíclicas Maximum Illud (1919) y Rerum Ecclesiae (1926) como las "normae" del concilio plenario chino, celebrado en Shanghái desde el 14 de mayo al 12 de junio de 1924, a las pocas semanas de la llegada a Kweiteh de los primeros Recoletos. Aunque no entraron en vigor hasta cinco años más tarde, su orientación se conoció mucho antes, porque monseñor Costantini, delegado pontificio en China (1922-33) y alma del citado concilio, se encargó de difundirla en multitud de ocasiones. Tendían a fortalecer la autonomía de la Iglesia, desvinculándola del oprimente protectorado francés; a inculturar su mensaje a través de una mayor apertura a las múltiples manifestaciones de la cultura china –lengua, costumbres, arte, etc.–; y apostaban con decisión por la participación del laicado y el clero y la vida religiosa indígenas. Estas dos últimas recomendaciones los misioneros recoletos las tuvieron muy presentes. Estaban persuadidos de la necesidad de chinificar la Iglesia y de actuar siempre con amplitud, generosidad y apertura a las usanzas locales. «Fuera de aquello que va claramente contra Dios o contra la moral fundada en los principios del decálogo, nada se ha de destruir» (Quintanilla). En 1951 la misión contaba con 39 religiosos nativos: 22 agustinas catequistas de Cristo Rey, fundadas en 1935, y 17 agustinos recoletos.

Igualmente admirable fue su identificación con el carisma de la Orden. La Provincia de San Nicolás de Tolentino se implicó en ella desde

el primer momento con generosidad y entusiasmo. Sus superiores pusieron a su disposición personal selecto y relativamente numeroso y los recursos necesarios para el cumplimiento de su finalidad; y los religiosos particulares la acogieron con ilusión. Nunca faltaron voluntarios dispuestos a cultivarla y, una vez en el campo de la misión, lo labraron con los instrumentos más propios de nuestro carisma. De ellos dice Romero «que fueron ejemplo destacado de espíritu religioso agustino recoleto, de equilibrio entre "amor contemplativo", "comunitario" y "difusivo", de armonía entre el "ocio santo" de la contemplación y el "negocio santo" de la evangelización» (p. 447).

Estaban convencidos de que sus esfuerzos caerían en el vacío, si se desentendían del amo de la viña, ya que Él es el único que tiene la llave de los corazones. Lógicamente en su vida diaria dieron un puesto de especial relieve a la oración, la cual, además, les ayudó a eludir el peligro de reducir la evangelización a una simple promoción humana.

> *«La oración ha sido, es y será siempre el primer factor en la obra de evangelización», escribía en 1930 el padre Gazpio a su compañero Mariano Alegría. «Por mucho que me esfuerce en predicar, en demostrar la falsedad de sus cultos, en exponer la eternidad de una vida dichosa o en extremo desgraciada, todo es inútil si no me dedico antes a ganar el corazón de Aquel, todo amor, que nos dice: Nada podéis hacer sin Mí. Plenamente convencido de esta gran verdad, puse todo mi corazón en manos de nuestro Salvador y a Él encomendé mi negocio» (p. 383).*

No sería difícil espigar ideas similares en los escritos de otros misioneros como Venancio Martínez, Mariano Alegría, Luis Arribas, Joaquín Peña y Esperanza Ayerbe. Todos –misioneros y misioneras–, fueron amantes del Santísimo Sacramento, ante el cual pasaban horas enteras y se arrodillaban antes de salir a visitar enfermos o a impartir la catequesis; y del Sagrado Corazón, a quien dedicaron el seminario y consagraron la misión el 8 de noviembre de 1931. Y junto al Corazón de Jesús y a la Eucaristía, la Cruz. «La Cruz y la Eucaristía van

siempre juntas, pues las dos constituyen como un doble trono desde el cual gobierna y en el cual reina el […] Rey del amor», escribió monseñor Ochoa en su pastoral de 1935. «La Cruz y la Eucaristía: ¡he ahí los eternos y dorados sueños del amantísimo Corazón de Jesús, los dos símbolos por excelencia del amor inmenso, del amor tierno y delicado de nuestro buen Jesús para con nosotros!» (p. 418).

El recuerdo de la Cruz sostuvo a Luis Aguirre en los sufrimientos y humillaciones de la cárcel y le ayudó a esperar las futuras con una actitud que recuerda la alegría con que abrazaron la muerte nuestros mártires del Japón: «Nada nos queda, y lo más triste es que no sabemos lo que nos reserva el porvenir. Pero entre tantas calamidades nos regocijamos y nos regocijaremos, y con alegría y paciencia exclamaremos: El Señor nos lo dio, el Señor nos lo quitó … Sea por siempre bendito su nombre… Ya son muchos los misioneros expulsados y creemos inmediata la expulsión de los que todavía quedamos» (1951). Cuando los carceleros le mandaron trasportar los excrementos de sus compañeros de prisión, su sensibilidad se rebeló y estuvo a punto de estallar, pero el recuerdo de la Cruz lo sostuvo y hasta puso en sus labios una ligera sonrisa:

> *«Al ver que mis manos iban a llenarse de aquellas miserias quise resistirme, pero entonces –aquel día era lunes santo–, me acordé de la pasión de nuestro Señor. Me imaginé a nuestro Salvador sufriendo todo lo que sufrió por nosotros, y ese recuerdo me dio fuerzas para coger con mis dos manos aquel grande y repugnante orinal y me dio fuerzas también para responder con una ligera sonrisa a las endemoniadas carcajadas, con que la soldadesca celebraba aquella humillación […]. Tres días estuve viviendo junto a los orinales. Mi estómago a la vista y proximidad de tanta inmundicia se revolucionó, se declaró en huelga y durante ese tiempo no quiso recibir ningún alimento» (p. 321).*

A la misma altura rayaron su amor a las almas y la fortaleza con que aguantaron toda clase privaciones, es decir, el celo apostólico y la

ascesis, otros dos elementos fundamentales de nuestro carisma. Ni una palabra de queja salió de sus bocas ante las privaciones que envolvían su vida entera. Con la mayor naturalidad y sin aspaviento alguno se acomodaron en casuchas de tierra, minúsculas, frías, húmedas, sin ventilación ni comodidad alguna; se contentaron con una alimentación escasa y a menudo desabrida y mal condimentada; afrontaron largas caminatas a pie o en bicicleta bajo el sol ardiente del verano o el viento gélido del invierno. Y no fueron las privaciones físicas su mayor sufrimiento. Más punzante era la tristeza que se apoderaba de su ser, sobre todo en los primeros meses, al verse solos aun en fiestas más entrañables, en medio de una sociedad tan extraña con la que ni siquiera se podían comunicar. Todo lo soportaron por amor a Cristo, que tanto había sufrido por ellos y por las almas de aquellos infelices paganos, a quienes ellos estaban llamados a rescatar de las redes del diablo. El amor a las almas impulsaba al padre Arribas a prodigarse en el alivio de sus cuerpos; a Venancio Martínez, a encender el fuego misionero en el corazón de los niños; y a Gazpio y Elizondo, a pasar horas enteras sobre la endiablada gramática china. Este último afirmaba en 1925 que no dejaba «la gramática sino para coger el breviario».

En 1928 fundaron en Shanghái la revista Todos Misioneros para recordar a sus lectores que también ellos podían y debían ser misioneros, que su cooperación en la obra misionera de la Iglesia es «la mayor obra de amor a Dios y a los hombres».

> *«Misionero puede ser todo aquel que sienta su espíritu abrasado por esa llama divina, descendida de lo alto, que se llama celo por las cosas de Dios; misionero es el que desde su puesto, hogar, oficina, tribunal, escuelas, se acuerda de los que, redimidos con la sangre de nuestro Señor Jesucristo, le desconocen por completo; misioneros son los que, en cualquier parte y en cualquiera circunstancia, elevan al cielo una plegaria por la conversión de los infieles que, unida a los méritos de nuestro Señor Jesucristo, es de un valor infinito» (p. 441).*

El espíritu comunitario no aparece con tanta claridad. Con cierta frecuencia surgieron entre ellos divergencias y tensiones que perturbaron su vida. Las tensiones son casi inevitables cuando hay que tomar decisiones importantes en situaciones extremas, como las que rodearon a los misioneros de Kweiteh, y no siempre resultan negativas. Muchas surgieron en esa situación que afectó especialmente al superior, quien, además de ser de carácter «vivaz e impetuoso», tuvo que afrontar durante más de 20 años problemas de todo tipo, que desequilibraron su sistema nervioso por minar su equilibrio y en 1947 le indujeron a presentar su renuncia al Vicariato. Otras tuvieron su origen en el temple poco poroso de algunos religiosos, que terminaron por abandonar la misión. Luis Lorente no hallaba en los chinos valor alguno y apenas resistió tres años en la misión. Sabino Elizondo fue un excelente catequista, pero su alta autoestima le impidió sintonizar con ciertas medidas de monseñor Ochoa, en especial con las referentes a la escuela de catequistas, y le movió a pedir la salida de la misión en 1934.

Pero por encima de esos conflictos acertaron a crear entre ellos una auténtica fraternidad. Se reunían al menos una vez al mes en la casa central «para hablar de sus cosas, cambiar impresiones, distraerse un poco y suspender aun por breve tiempo el continuo ajetreo en que se vivía en los distritos» (p. 128), celebraban juntos las fiestas y los ejercicios espirituales, acataban la autoridad de un único superior, seguían los mismos métodos pastorales, se sentían miembros de una misma familia y se comunicaban con frecuencia con sus comunidades de origen. Al principio lo hicieron por medio de cartas particulares e informes y crónicas publicadas en el Boletín de la Provincia de San Nicolás de Tolentino. A partir del año 1928 se sirvieron de la revista Todos Misioneros.

En esa fidelidad al carisma radica el éxito de sus trabajos. Comenzaron casi de cero y en 30 años construyeron una iglesia local dotada de catedral y residencia episcopal, de seminario y convento de monjas nativas, de iglesias y capillas diseminadas por todo el territorio, de un

grupo de catequistas bien formados, de escuelas parroquiales, de una revista que difundía sus trabajos y hasta de un dispensario servido por un religioso graduado en medicina que constaba de tres secciones; medicina interna, cirugía y oftalmología. Y todo ello en medio de bandidos, guerras, calamidades naturales, hambrunas, hostilidad de las autoridades locales y años enteros de incomunicación. En 1937, cuando se trataba de erigir el Vicariato, un cardenal de la curia romana, tras estudiar el dossier, exclamó maravillado: «¿Cómo han podido hacer todo esto, con la presente miseria de España?» El lo atribuyó al dinero filipino invertido en ella por la Provincia. Sin descartar ese elemento, creo más acertada y completa la respuesta del autor de este libro:

> *«La misión recoleta estuvo bien provista de misioneros, religiosos y religiosas, en su mayor parte, de calidad moral y espiritual notable y sobresaliente. Y este, creo, fue la gran clave de sus frutos misionales. Se trató de religiosos y religiosas que fueron ejemplo destacado de espíritu religioso agustino recoleto, de equilibrio entre "amor contemplativo", "comunitario" y "difusivo", de armonía entre el "ocio santo" de la contemplación y el "negocio santo" de la evangelización» (p. 447).*

Sus deficiencias o lagunas más notorias fueron la insuficiente familiaridad de varios de ellos con la lengua china y la escasa atención prestada a la educación secundaria. Deficiencias que, por lo demás, ¡explican y se ¿justifican? las circunstancias que rodearon su llegada y las condiciones socioeconómicas de la población.

La Orden siempre ha reconocido la brillantez de esta página de su historia y la ha contado a menudo en revistas y publicaciones diversas, tanto en papel como en soporte electrónico. Pero sus publicaciones han sido casi siempre de carácter casero, sin pretensiones científicas, basadas en fuentes internas y dirigidas a miembros o simpatizantes de la Orden. De ahí que fuera de ese ámbito sea poco conocida. Romero lamenta que sea casi totalmente ignorada por los historiadores modernos. Soetens ni siquiera la

menciona, lo cual no sorprende demasiado en un autor que ignora casi por sistema la aportación española a la evangelización de China.

Romero supera todos esos límites, como hace un par de años ya los había superado José Javier Lizarraga en su biografía del padre Mariano Gazpio. Romero ofrece una narración sistemática, completa y bien ordenada del proceso que en treinta años culminó en la "plantatio Ecclesiae" en la antigua prefectura de Kweiteh. No ha ahorrado esfuerzo para insertarla en la historia general de las misiones chinas y en la historia político-social del país, que en estos años experimentó cambios frecuentes y substanciales. Para ello ha acudido a la historiografía general de la nación y a las grandes encíclicas misionales de la época, así como a las ideas de sus precursores –Lebbe, Costa, Manna, etc.– y a los escritos, editados y manuscritos de los misioneros y de sus superiores jerárquicos. Además de repasar las páginas del Boletín de la Provincia de San Nicolás de Tolentino y de la revista Todos Misioneros, ha tenido que pasar muchas horas encorvado sobre los documentos eclesiales de la época y los cientos de cartas e informes conservados en archivos de la Orden –AGOAR y AM–, del Vaticano y de la antigua Congregación de Propaganda Fide. Ese esfuerzo, unido al conocimiento de la lengua china y de las orientaciones de la Misionología moderna, da a su libro una consistencia muy superior a la de todos sus antecesores. Cinco cuadros estadísticos, cuatro apéndices colocados al fin de cada una de las cuatro etapas en que divide su libro y un centenar largo de fotografías embellecen el libro y facilitan su lectura. Los cinco gráficos que cierran el volumen nos ponen ante los ojos los frutos del trabajo de sus protagonistas. «En todos ellos se ve cómo los Agustinos Recoletos se posicionaron con claridad en las zonas altas de crecimiento y eficiencia apostólica» (p. 448).

Ángel Martínez Cuesta, OAR
Roma



Abril de 1924. Kweiteh. Primer grupo de recoletos en China en la casa alquilada por Javier Ochoa. En primera línea, de izquierda a derecha: Francisco Sádaba, monseñor Tacconi y P. Cattaneo. En la segunda fila: Alegría, Gazpio, Ochoa, Zunzarren y Arribas.

2.

Introducción



1924, Kweiteh.
Primer grupo de misioneros recoletos delante de la casa alquilada.
De izquierda a derecha:
Luis Arribas, Mariano Gazpio, Javier Ochoa, Pedro Zunzarren y Mariano Alegría.



1924. Escuela-capilla de Kweiteh.

La misión de China ha estado siempre en el corazón de la Orden de Agustinos Recoletos como una de sus hazañas más gloriosas, pues, empezando casi de cero, en medio de circunstancias verdaderamente difíciles que afectaron de manera casi continua a su obra misionera, consiguió establecer una Iglesia local que, tras un periodo de persecución y anulación sistemática, ha sido capaz de renacer de sus cenizas, proveyéndose de clero y vida religiosa, así como de abundantes y fervorosos fieles.

Los Agustinos Recoletos fueron una de las Órdenes religiosas que se incorporaron a la obra misional en China en la primera mitad del siglo XX, cuando, en medio de un convulso y complejo devenir histórico, la Iglesia puso en marcha, a través de diversos personajes eclesiales, un proceso de renovación y revitalización de la acción misional, que promovió el paso de una misión "extranjera", ligada en su origen y devenir con las potencias imperialistas occidentales, a una misión que buscaba inserirse en la realidad social y cultural de China, con una política de formación de Iglesias indígenas encomendadas a un episcopado local.

En este trabajo queremos exponer, analizar y valorar la acción de la Orden de Agustinos Recoletos en aquel contexto misional. Recorreremos el devenir de los misioneros desde el establecimiento de la procura en Shanghái y los inicios de la misión de Kweiteh hasta la expulsión del último misionero en 1955. Extenderemos la narración, brevemente, a la presentación de la suerte de los religiosos y sacerdotes indígenas que quedaron en China.

Tras ello, el lector encontrará una exposición de la acción misionera sistemática desarrollada por los religiosos y los catequistas de la misión, así como la labor misionera desarrollada por las religiosas Agustinas Recoletas y las religiosas indígenas, junto con el trabajo misionero desarrollado por los laicos y catecúmenos, en especial las niñas de la Santa Infancia.

Toda aquella acción evangelizadora fue sustentada y guiada por una espiritualidad y visión teológica misional agustino-recoleta, que de modo sintético y orgánico presentamos. La obra termina con una valoración general de la actuación destacada de los religiosos y religiosas agustinos recoletos, y de la misión de Kweiteh en el conjunto de la obra misional china.

Además, hemos añadido apéndices cronológicos con las fechas y acontecimientos más significativos, así como abundante material fotográfico y de relatos, que ayudan a acercarse a la realidad de la misión de un modo más próximo, humano y encarnado. Aquellos documentos, además de ser fuente histórica única y de primera mano, sirven para adentrarse en el corazón de aquellos hombres, recogiendo aquella realidad misional tal como ellos la vivieron subjetivamente.

El lector encontrará en esta historia pastores *con olor a oveja* y de *corazón misericordioso*; mujeres consagradas con *corazón de madre* en el centro mismo de la acción evangelizadora; ancianos y niños, mujeres y jóvenes *haciendo lío* en sus ambientes; una *Iglesia en salida*, abierta, que camina con el pueblo; una Iglesia *hospital de campaña* en medio del campo de batalla y de las miserias; una Iglesia *pobre y para los pobres*; una Iglesia presente en las *periferias existenciales* portando la *luz de la fe* y el *gozo del evangelio*; una Iglesia que actuó contra la *mentalidad del descarte* y que volcó su amor sobre los que el mundo despreciaba.

Por todo ello, en esta gran historia misional china y recoleta, vemos un ejemplo para el presente. Creo que el lector, y en especial todos los miembros de la Familia Agustino-Recoleta, podrán encontrar en ella un estímulo para desarrollar su misión actual de discípulos misioneros en esta etapa de Nueva Evangelización.

3.

Situación sociopolítica, eclesial y misional de China en el primer cuarto del siglo XX



1924, Kweiteh. Calle central.



4

7 de junio de 1925. Inauguración de la casa central de Kweiteh.

3.1. Siglo XIX (1839-1901)

A. Situación sociopolítica

Con la primera guerra del opio (1839-1842) Inglaterra consiguió imponer con la fuerza la apertura del comercio en China, forzando al emperador a aceptar sus exigencias comerciales antaño rechazadas y a sellarlas con la firma del tratado de Nankín del 29 de agosto de 1842. Con este tratado se abolió el sistema imperial de monopolio restrictivo al comercio extranjero y se consiguió la apertura al comercio internacional de cinco puertos, además de indemnizaciones monetarias y la concesión de la isla de Hong Kong a los ingleses.

El resto de potencias occidentales, con motivo de aquellos pactos, quisieron llegar a acuerdos semejantes con China, que abrieran también el comercio para sus países y equilibraran la posición dominante de Inglaterra. La mera amenaza latente de un conflicto militar con esas potencias y la posibilidad de quitar predominancia a Inglaterra haciendo entrar en juego a otras potencias coloniales, llevó al gobierno chino a firmar en julio y octubre de 1844 sendos tratados con Estados Unidos y con Francia.

Con ellos, estas naciones se aseguraban los mismos privilegios concedidos a Inglaterra, excepto la concesión de Hong Kong y las indemnizaciones monetarias. Se aceptó la cláusula llamada de la "nación más favorecida", por la que se aplicarían automáticamente al suscriptor del tratado las cláusulas más favorables que se concediesen a otras naciones. Por ello se pueden considerar estos tratados con las potencias occidentales como un sistema conjunto de "tratados fotocopias".

La rebelión Taiping, que se saldó con una larga y sangrienta guerra civil (1851-1864), hizo que en las zonas costeras de la China meridional se produjera un vacío del poder imperial central, lo que propició que las concesiones extranjeras comenzaran a ejercer actividades gubernativas en los puertos abiertos al comercio.

Los tratados firmados después de la primera guerra del opio contenían la cláusula de poder ser renegociados tras doce años, e Inglaterra y las naciones occidentales querían ampliar las concesiones a otros puertos y reconocer las nuevas situaciones que "de facto" se habían creado en las zonas extranjeras de los puertos. Inglaterra y Francia, tomando como "casus belli" el famoso incidente del Arrow[1] y la muerte del sacerdote francés Chapdelaine, atacaron Cantón en la que sería la segunda guerra del opio.

La contienda se resolvió en un primer momento con los tratados de Tianjin en 1858, que serían firmados no sólo por Inglaterra y Francia, sino también por Rusia y los Estados Unidos.

Aparte las compensaciones pecuniarias por el conflicto armado, se obtuvo la apertura de nuevos puertos libres para el comercio internacional, la apertura del gran río Yangzi (río Azul) a los buques de guerra occidentales, la posibilidad de entrar en el interior de China a los extranjeros en posesión de pasaporte francés y el establecimiento de legaciones diplomáticas en Pekín.

Cuando en 1859 las legaciones inglesa y francesa se dirigían a Pekín para intercambiar la ratificación de los tratados y proceder

[1] El hecho consistió en que una barcaza propiedad de un comerciante chino, que había sido registrada en Hong Kong y que, por tanto, navegaba con bandera inglesa, había sido apresada por la policía china por sospechas de piratería y contrabando, arrestando a sus doce marineros chinos. Los ingleses hicieron de ello *casus belli*, considerándolo una ofensa a la bandera inglesa que ondeaba en la embarcación.

a la constitución de las sedes diplomáticas, se les impidió la entrada. Esto produjo una respuesta militar anglofrancesa que tomó militarmente Pekín el 13 de octubre de 1860, saqueando e incendiando el Palacio de Verano. Tras la toma, el emperador se vio obligado a firmar un nuevo tratado que corroborase y ampliase el de Tianjin: la Convención de Pekín de 1860.

Se añadieron nuevas indemnizaciones, se abrió el puerto de Tianjin al comercio, se concedió a Inglaterra un distrito en Cowloon, frente a la isla de Hong Kong, y se garantizó el reconocimiento oficial del cristianismo, así como el retorno de las propiedades confiscadas a la Iglesia durante el tiempo de persecución. El Gobierno chino se vio obligado por primera vez a crear un *ministerio de asuntos exteriores* y a recibir a los embajadores de Inglaterra y de Francia.

Tras la Convención de Pekín de 1860 y hasta la derrota de China en la primera guerra chinojaponesa en 1895, se vivió una época marcada por la política imperial de *autofortalecimiento*. En diversas etapas, se buscó renovar y modernizar el ejército chino según el modelo occidental, se promovió una mayor apertura al mundo occidental, enviando niños y jóvenes al extranjero a formarse en la cultura occidental, no sólo científica y tecnológicamente, sino también a nivel comercial, jurídico y político, primero a Estados Unidos y posteriormente a Europa: a Alemania, Francia e Inglaterra, principalmente.

Por otro lado, se pusieron en marcha muchos proyectos de modernización y de reformas a nivel industrial y comercial con el fin de fomentar no solo la modernización militar, sino también el enriquecimiento del país.

Con la guerra de Corea (1894-1895) y la victoria sobre China, Japón se consolidó como nueva potencia asiática en detrimento

de esta. El proceso de modernización y de occidentalización de Japón demostró su éxito frente a los esfuerzos infructuosos de China por conseguir lo mismo.

Tras aquella derrota contra Japón, surgieron voces en China sobre la necesidad de reformas y cambios que tuvieran un carácter general y que modernizaran a fondo el país.

Con aquella guerra «se habían abierto, sin embargo, las puertas del "Imperio del Centro" y en los cinco años sucesivos se desarrollaría en pleno la tentativa de las potencias de "repartirse" las varias regiones de China»[2].

Esta tentativa comenzó con la invasión de capitales extranjeros en forma de préstamos a los Gobiernos central y locales, que prepararon la voluntad de crear "concesiones", zonas de influencia económico-política donde gozar, en monopolio, de los recursos de una región mediante los asentamientos de bases comerciales y militares y la construcción de infraestructuras de transporte, como líneas ferroviarias.

En unos momentos en los que se veía cada vez más clara la incapacidad del Imperio para hacer frente a las Potencias occidentales, así como la voluntad de éstas de dividirse China en zonas de influencia, una sociedad secreta, *Cuchillos largos,* logró aunar el cada vez más extendido sentimiento de resentimiento contra los extranjeros, formando el movimiento de los "Bóxer".

Las fuerzas de los Bóxer, enriquecidas con miembros del ejército imperial, atacaron la presencia occidental en las ciudades de

[2] Enrica COLLOTTI PISCHEL, *Storia della rivoluzione cinese*, Il Milione, Editori Riuniti, Roma 2008², 74 [Traducción propia. Todas la notas de textos en otras lenguas, recogidas en este libro, han sido traducidas al español por el autor].

Tianjin y de Pekín, asediando el 21 de junio de 1900 la zona común, en la que estaban las delegaciones extranjeras.

Ante la inacción y colaboración del Gobierno chino en la revuelta, la "alianza de las ocho potencias" (Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Rusia, Alemania, Japón, Italia e Imperio Austrohúngaro) declaró la guerra a China. Las tropas aliadas liberaron las delegaciones y saquearon el palacio del emperador. La familia imperial y la corte se refugiaron en la ciudad de Xian.

Se habría de esperar más de un año, hasta el 7 de septiembre de 1901, para que se firmase el llamado "Protocolo Bóxer" que impuso durísimas condiciones a China. Entre los aliados surgieron dos posiciones distintas en cuanto al futuro de China: por un lado, Inglaterra, Estados Unidos y Japón eran favorables a mantener la integridad formal de China, mientras que los alemanes, rusos y franceses eran favorables a su repartición[3].

El protocolo imponía condiciones penales, militares y económicas: condenas a muerte de los dirigentes implicados en la revuelta, medidas para el desarme y no proliferación de armamento en China, la presencia de tropas de las potencias en las zonas de las delegaciones y el pago de fortísimas indemnizaciones a las naciones, a los particulares y a las asociaciones afectadas por la revuelta.

El protocolo de Pekín fue la expresión más alta del sometimiento político imperialista al que fue sometida China, con un sistema colonial indirecto y global con todo el Occidente representado en el "consorcio de las Potencias" firmantes del tratado.

[3] Cf. *Ibid.*, 84.

B. Situación eclesial misionera

1. La situación de la Iglesia antes de los tratados desiguales

Tras la definitiva prohibición de los "Ritos chinos" por parte del Papa, el emperador Kangxi en 1717 decretó la expulsión de los misioneros y el cierre de las iglesias, y su sucesor, el emperador Yongzheng, «prohibió el cristianismo y lo declaró como secta subversiva de la cultura y de los valores chinos»[4] en 1724.

La Iglesia en China, desde ese momento, fue prohibida y perseguida por la ley como nociva para la sociedad; la persecución real, sin embargo, varió mucho en intensidad y duración según momentos y lugares.

Hubo varias persecuciones a escala nacional, entre las cuales, las más intensas se produjeron en los años 1784-1785 y en 1811. A pesar del descenso en el número de sacerdotes[5], no se produjo, sin embargo, una disminución así de brusca del número de cristianos[6].

En el mantenimiento de la vida cristiana de aquellos fieles tuvieron gran influencia los catequistas y los responsables laicos de las comunidades que habían formado los misioneros durante el siglo XVIII.

---

[4] Cf. D. H. Bays, *A new history of Christianity in China*, Global Christianity series, Wiley-Blackwell, Malden (Massachusetts, USA) 2012, 30.

[5] En 1800 había en China sólo unos 25 religiosos extranjeros, una sexta parte del número de misioneros que había en 1700.

[6] En 1700 éstos ascendían a unos 200.000, en 1750 disminuyeron sólo hasta 120.000, e incluso volvieron a crecer en 1800 hasta los 200.000 de un siglo antes (Cf. D. H. Bays, *A new history of Christianity in China*, 31).

2. Situación de la Iglesia con los tratados desiguales

La situación de aislamiento y persecución cambiará durante la segunda mitad del siglo XIX gracias a la firma de los tratados desiguales. El hecho de que los misioneros extranjeros pudieran entrar en el país abría de nuevo las posibilidades de evangelización; sin embargo, al mismo tiempo, esto lacrará la situación de la Iglesia, ya que la ponía en conexión con los intereses políticos y económicos imperialistas de las potencias extranjeras.

Los tratados firmados como consecuencia de la primera guerra del opio abrieron los puertos comerciales a la presencia extranjera y dieron a éstos la capacidad de construir iglesias en los puertos libres. Aun cuando los extranjeros no podían entrar al interior de China, gozaban de un *status* privilegiado de extraterritorialidad, por el que si eran arrestados fuera de la zona libre de los puertos debían ser entregados al propio cónsul, sin poder ser castigados por las autoridades chinas. Esto permitió, de hecho, la incursión de religiosos que visitaban las comunidades cristianas del interior.

Tras la segunda guerra del opio y la firma de los tratados posteriores se dio un paso adelante con la nueva situación jurídica en la que la Iglesia en China desarrollaría su actividad evangelizadora y pastoral hasta la mitad del siglo XX: el sistema de protectorado, y en concreto, el protectorado francés.

El tratado de Tianjin, firmado en 1858 por Francia y China, reconocía en su artículo 13 la bondad de la religión cristiana, sancionando la abrogación de las leyes chinas que prohibían el cristianismo y garantizando la libertad de culto para profesarla y propagarla; también se sancionó el sistema de pasaportes franceses que garantizaban la libertad de movimiento de los misioneros extranjeros y su seguridad.

La convención de Pekín de 1860 añadió el deber del gobierno chino de restituir las posesiones confiscadas a la Iglesia durante la persecución. En las convenciones de Berthemy de 1865 y de Gerard en 1885, se establecieron y se aclararon los derechos de compra de terrenos y edificios en China por parte de las misiones.

Estas condiciones determinaron el sistema de protectorado, en el que el estado francés, aunque no llevaba adelante ni dirigía la obra misional como en el antiguo sistema de patronato, la consideraba, sin embargo, parte de sus intereses y la protegía.

En su competición con Inglaterra, Francia tendía a presentar sus intereses comerciales y políticos bajo *tinte altruista* de difusión de la moral y de la civilización occidentales, fundadas en los valores cristianos. El apoyo a las misiones era su estrategia de fuerza para contrarrestar la posición económica, comercial y militar de Inglaterra, así como la ventaja estratégica de Rusia y Japón por su proximidad a China. De esto modo lo expresaba en 1881 el ministro de exteriores a la Delegación francesa en Pekín:

> *«Es importante no entender mal el carácter de la protección que concedemos a los misioneros… Actuando de esta manera, el Gobierno no tiene por propósito la propaganda religiosa, lo que sería contrario a los principios y a las normas que gobiernan nuestras actuales políticas en particular.* ***Sólo intentamos emplear para beneficio de la posición de Francia las conexiones y los continuos avances realizados por los misioneros entre la población china. Nuestro comercio no está lo suficientemente extendido en China para proporcionarnos intereses predominantes allí****, y debemos reconocer que, si renunciamos a la protección de las misiones católicas, nuestro papel en este Imperio Celeste disminuiría notablemente»*[7].

[7] E. P. YOUNG, *Ecclesiatical Colony. China's Catholic Church and the French Religious Protectorate*, Oxford University Press, New York 2013, 42. Las negritas son nuestras.

La protección que ofrecía el gobierno francés era indirecta, mediante presión a las autoridades chinas bajo amenaza militar. Los delegados diplomáticos franceses presentaban a las altas autoridades chinas los casos de acusación que les habían presentado los misioneros y los obispos contra las autoridades y los potentados locales. Las autoridades francesas exigían al gobierno chino penas para los culpables e indemnizaciones, como reparación, por los abusos.

Para que el protectorado trajera beneficios a Francia, los misioneros debían recurrir activamente a su protección, solicitando su papel mediador con el Gobierno imperial. Por tanto, «las autoridades francesas se inclinaban, por la importancia de esta política para Francia y por su aparente fragilidad, a ser indulgentes con las misiones y buscar compensaciones desproporcionadas, incluso cuando los hechos no fuesen muy claros y la justicia de las quejas de las misiones fuera incierta»[8].

Estas condiciones, que propiciaron la apertura de China a las misiones y la protección de sus misioneros, coincidieron con un gran florecimiento del espíritu misional en la Iglesia Católica y en las confesiones protestantes, que tuvieron como su principal foco y terreno misional la gran China.

En Francia se desarrolló un gran movimiento de piedad y devoción, con fuerte vocación misionera, de donde surgieron asociaciones laicales que promovieron el espíritu misionero, la cooperación material y espiritual con las misiones, y la formación de las vocaciones misioneras. Estas asociaciones llegarían a desarrollarse grandemente y, posteriormente, en el siglo XX, serían

[8] *Ibid.*, 41.

asumidas por la Santa Sede para formar las "Obras Misionales Pontificias" (OMP)[9].

Se produjo, además, una renovación misionera de las antiguas Órdenes y el nacimiento de muchas nuevas Congregaciones de carisma misionero. En estas circunstancias, gran cantidad de misioneros empezaron a llegar a China y a establecer puestos en el interior.

La mayor parte de aquellos misioneros que llegaban a China eran franceses. Por ejemplo, en 1885, de unos 700 misioneros extranjeros, más de 500 provenían de Francia. La mayor parte del sostén financiero venía también de las asociaciones francesas de la "Obra para la Propagación de la Fe" y de la "Santa Infancia"[10].

Coincidió también con la subida a la Cátedra de Pedro del Papa Gregorio XVI que guió la Iglesia desde 1831 hasta 1846 y que desde 1826 había sido prefecto de Propaganda Fide. Se caracterizó su pontificado por «un solícito retorno del interés por el mundo de la misión: la institución de nuevas circunscripciones misioneras, un primer empeño por un clero local, la reorganización

[9] Así tenemos a Pauline Marie Jaricot, fundadora de la *Obra de la Propagación de la Fe*, monseñor Carlos Augusto de Forbi-Janson, fundador de la *Obra de la Santa Infancia*, y Jeanne Bigard, fundadora de la *Obra de San Pedro Apóstol*. En Italia, el padre Paolo Manna fundó la *Unión Misional del Clero*, que también quedaría dentro de las OMP.

[10] Como explica el Prof. Young: «Hasta aproximadamente el 1900, más del sesenta por ciento de los ingresos tenían su origen en Francia. Estas sumas eran diez veces el propio presupuesto de la Propaganda. Algunas veces las misiones no francesas se quejaron de que la "Obra para la Propagación de la Fe" (OPF) no fuera imparcial en sus asignaciones. Desde el años 1880, el Vaticano trató de subordinar la organización trasladándola a Roma. La OPF se resistió al cambio y, con la ayuda del gobierno francés, lo bloqueó con éxito hasta 1922». E. P. YOUNG, *Ecclesiastical Colony*, 39.

administrativa, el aumento del personal destinado y la decidida promoción de las obras de sostenimiento misional»[11].

Durante esta época creció constantemente el número de Vicariatos Apostólicos, cada vez de menor extensión, buscando acomodarse a la división civil de las provincias. En 1873 ya había 25 Vicariatos, 35 en 1885 y 41 en 1900. Los católicos aumentaron de unos 400.000 en 1873 hasta cerca de 750.000 en 1900.

El desarrollo y la protección obtenida por el protectorado, así como los privilegios obtenidos por los tratados, le trajeron a la Iglesia consecuencias indeseables de rechazo entre las autoridades locales. Bastaba que uno fuese catecúmeno para que pudiera pedir al misionero protección jurídica a través del recurso al protectorado, lo que produjo conversiones interesadas de personas, a veces malhechores, que querían, de este modo, evitar la acción judicial china.

La vinculación de los misioneros y de las Iglesias y lugares de misión con una de las Potencias extranjeras[12] que socavaban la independencia y autonomía china, provocaba en los potentados y autoridades civiles, así como entre la población china, rechazo y resentimiento. La compra de propiedades, terrenos y edificios por parte de la Iglesia, así como la exigencia de la restitución de propiedades antiguamente confiscadas provocó también frecuentes conflictos con las autoridades.

La rebelión de los Taiping, con la sangrienta guerra civil que provocó, tuvo también sus consecuencias para el cristianismo,

---

[11] S. TRINCHESE, «Fonti relative a Propaganda fide durante i pontificati di Leone XII, Pio VIII e Gregorio XVI (1823-1846)», *Mélanges de l'Ecole française de Rome, Italie et Méditerranée.* 110/2, 569-580, 572.

[12] En estos lugares, como señal de estar acogidos al Protectorado, ondeaba la bandera francesa.

debido a los principios pseudorreligiosos de origen cristiano que habían inspirado esa revolución. Esto provocó rechazo entre los mandarines y las Administraciones, ya que veían en el fenómeno trágico de los Taiping un fruto de la predicación cristiana.

En este clima de tensión y de rechazo creciente a las Potencias extranjeras y a las misiones cristianas, que penetraban todo el país, se produjeron múltiples conflictos y algunos derivaron en verdaderas revueltas antiextranjeras y anticristianas, como la sucedida en Tianjin en 1870 y, sobre todo, la revuelta Bóxer de 1900.

La revuelta Bóxer se saldó con un gran número de víctimas entre los cristianos chinos y entre los misioneros extranjeros, sobre todo en las provincias de Hebei (entonces llamada Zhili) y de Shanxi.

En el asalto a las *delegaciones* extranjeras en Pekín, «las tropas gubernamentales se unieron a los Bóxer y dieron inicio a la masacre de los misioneros católicos, protestantes y ortodoxos; las iglesias fueron incendiadas y los villorrios cristianos saqueados»[13]. Tras la reacción de los Aliados y la declaración de guerra a las Potencias extranjeras, la emperatriz emitió un decreto de ejecución de los extranjeros en toda China.

En total, fueron asesinados «5 obispos, 31 sacerdotes extranjeros, 10 religiosas extranjeras, 4 hermanos maristas, más de 100 sacerdotes y religiosas chinas y más de 30.000 fieles. Además, asesinaron más de 2.000 cristianos protestantes»[14].

---

[13] J.-P. CHARBONNIER, «L'attività della Società delle Missioni Estere di Parigi», 133.

[14] G. LA BELLA, «Pio X», en *Chiesa Cattolica e mondo cinese. Tra colonialismo ed evangelizzazione (1840-1911)*, Urbaniana University Press, Roma 2005, 49-66, 49.



7 de junio de 1925. Plantel de misioneros. De izquierda a derecha: Manuel Echauz, Sabino Elizondo, José Martínez, Luis Arribas, Javier Ochoa, Mariano Gazpio, Mariano Alegría, Julián Sáenz, Lorenzo Peña.



**8 de noviembre de 1925. Visita del prior provincial.
Abajo, sentados, de izquierda a derecha: Javier Ochoa,
Bernabé Peña (prior provincial) y Aurelio Lacruz (secretario provincial).
De pie, en la línea central: S. Elizondo, E. Martínez,
L. Arribas, L. Lorente, J. Martínez, J. Sáenz.
De pie, arriba: M. Echauz, M. Alegría, L. Peña, M. Gazpio.**

3.2. Siglo XX (1901-1926)

A. Situación sociopolítica

Tras el Protocolo de Pekín, la dinastía Qing se vio abocada a un proceso de decadencia final, que la conduciría no sólo a su propia desaparición, sino a la del propio sistema imperial. Se desarrollaron las ideas revolucionarias y republicanas que querían terminar con el sistema imperial y establecer una república democrática. La principal figura de este movimiento fue Sun Yatsen, quien fundó el Kuomintang, o Partido Nacionalista, y quien será considerado padre de la República.

Las actividades revolucionarias se siguieron en distintas zonas de la geografía con el resultado de diversos levantamientos fallidos hasta que, por fin, el que tuvo lugar el 10 de octubre de 1911 en Wuchang triunfó, consiguiendo extenderse rápidamente por diversas provincias y ciudades del centro y del sur de China. El 1 de enero de 1912 el doctor Sun Yatsen tomaría posesión de su cargo como primer presidente provisional de la recién nacida República de China.

El general Yuan Shikai, al frente del ejército imperial, hizo que se contuviera la revolución en el Norte, lo que aprovechó para conseguir del emperador reformas en la corte y ser nombrado primer ministro imperial. Yuan Shikai, hombre de gran poder y ambición, negoció con el Gobierno republicano del Sur para forzar la abdicación del emperador y reunificar toda China bajo el nuevo Gobierno republicano a cambio de que fuera él el nuevo presidente provisional. El presidente Sun accedió a renunciar a su cargo y Yuan Shikai fue elegido nuevo presidente, trasladando la capital y el gobierno de la República desde Nankín a Pekín.

El general Yuan Shikai pronto manifestó tintes dictatoriales elaborando una nueva *constitución* que cambiaba la estructura parlamentaria de la República por un sistema presidencialista en el que podía perpetuar fácilmente su poder e incluso designar sucesor. Pero sus verdaderas aspiraciones eran las de restaurar en su persona el sistema imperial, como mostró en 1914 en Pekín ofreciendo el "Sacrificio en el Altar del Cielo", rito propio y exclusivo de los emperadores. Culminó su proceso de refundación del Imperio chino en su persona, declarando el año 1916 como primer año de su imperio.

El levantamiento de la provincia de Yunnan, seguido por varios gobernadores militares del Sur, que se declararon independientes del poder de Yuan Shikai, hizo que éste renunciase a ser emperador. Quiso volver a retomar su cargo de "presidente plenipotenciario", pero los opositores, no se lo permitieron. A los cuatro meses de aquello moriría.

Tras la muerte del dictador Yuan Shikai se abrió en China una década denominada como periodo de los "Señores de la Guerra". «Tras la muerte del dictador, Japón, que ya se había apoderado de Shandong y extendía su influencia por Mongolia y Manchuria, ocupó los principales focos industriales chinos. El poder central se derrumbó dejando vía libre a los "Señores de la Guerra": los gobernadores militares de las diversas regiones *(dujun)* se transformaron en señores feudales dotándose de plenos poderes. Era como si China retrocediera dos milenios volviendo a los tiempos de los Reinos Combatientes. Desapareciendo Yuan, nadie consiguió imponer su autoridad sobre el conjunto del país hasta la reunificación que diez años después lograría Chiang Kai-sek, pues, aunque subsistió un "Gobierno chino" y un presidente de la

República, este "Gobierno central" no pasaba de ser otro "poder regional" centrado en Pekín y sus alrededores»[15].

Esta situación hizo que Sun Yatsen llamase a la defensa de la legalidad de la República constituida y de sus instituciones, consiguiendo establecer un Gobierno militar en Cantón, intentando así formar un primer núcleo de legalidad republicana. Tres provincias, Yunnan, Sichuan y Guangdong se declararon independientes y no reconocían ya el poder central de Pekín. De este modo quedó establecida una división entre el Norte y el Sur de China con dos Gobiernos distintos.

China se convirtió en un verdadero reino de taifas. Los "Señores de la Guerra" se convirtieron en verdaderos señores feudales que basaban su dominio en el poder de las armas, en un sistema de corrupción y de mercenarios que usaban para afianzar su poder militar. Se aliaban en diversas camarillas que aglutinaban a los grandes señores de la guerra y a muchos jefes militares subordinados que competían por el poder, y que muchas veces cambiaban sus alianzas según sus intereses particulares.

Muchos de los mercenarios de esos ejércitos eran personas que, por haberlo perdido todo en los saqueos perpetrados por militares de aquellos ejércitos, no les quedaba otro remedio que unirse a ellos. «Con frecuencia se mantenían como siervos fieles del "Señor de la Guerra", que era el único capaz de asegurarles una paga segura y ocasiones de saqueo. El sistema hacía de los soldados cointeresados en el mantenimiento de aquella situación de inseguridad y de explotación de la que habían sido y seguían siendo víctimas. De forma también más marcada, la

[15] L. PALACIOS - R. RAMÍREZ, *China. Historia, pensamiento, arte y cultura.*, Almuzara, Córdoba 2011, 218.

"fidelidad" y la eficiencia de los oficiales dependía del beneficio material que el comandante era capaz de otorgarles»[16]. Esta situación propició el auge del bandolerismo y del saqueo entre los miembros de los ejércitos y de los diversos grupos armados, más o menos independientes de aquellos.

Su necesidad de dinero para mantener su estado de fuerza les hacía gravar con gran variedad de impuestos a la población, e imprimir grandes cantidades de dinero agigantando así la inflación monetaria y la pérdida de poder adquisitivo del pueblo. En algunas regiones se impuso el cultivo de opio, mucho más lucrativo, quitando espacio a los cultivos destinados a la alimentación de la población, lo que, unido a la inseguridad, a la falta de inversiones gubernativas destinadas al mantenimiento de los sistemas de riego y de control de las crecidas de los ríos, favoreció las hambrunas. Todas estas circunstancias produjeron grandes movimientos de migración interna.

En esta época surgió un gran movimiento social, intelectual y cultural que, junto al incipiente desarrollo de una clase industrial y comercial china en las ciudades, tuvo un gran influjo en el proceso posterior de construcción nacional. Olas de nuevos intelectuales formados en el extranjero, se integraron en la escena política y social, influenciando y potenciando la renovación del pensamiento y de la cultura, y movilizando el sentimiento e identidad nacionalista y antiimperialista de construcción nacional. Nacía una revolución cultural y social que quería renovar los principios y valores tradicionales que estaban a la base de la sociedad tradicional china.

Así, en el año 1915, nacía la revista "La Nueva Juventud" (新青年), que fue el gran instrumento de difusión de las ideas del

[16] E. Collotti Pischel, *Storia della rivoluzione cinese*, 120.

movimiento de renovación cultural. Una de las grandes batallas fue la lucha por la entrada de la lengua hablada (llamada Baihua 白話) en el mundo literario, en sustitución del modo tradicional y culto de escritura (llamado Wenyen 文言). Era un medio para la renovación y modernización del pensamiento y de los contenidos de una cultura nueva y moderna, que posibilitase a las masas acceder a ella. En esta época, el movimiento cultural y universitario se vio influenciado por el pensamiento marxista emergente en la intelectualidad europea, que había llevado adelante la revolución rusa de 1917 y que influiría en la escena revolucionaria china posterior. La Universidad de Pekín se convirtió en centro organizador y propagador de un movimiento juvenil universitario combativo por la renovación cultural y social del país.

El 1919 se produjo el famoso "movimiento del 5 de mayo", un movimiento estudiantil, patriótico y antiimperialista, en respuesta al Tratado de Paz de Versalles en el que China, que se había adherido a la Alianza contra Alemania, se vio humillada y usada vilmente, pues las zonas de Shandong ocupadas por Alemania no iban a ser devueltas a China, sino entregadas al control de Japón. Esto desató aquel importante movimiento de revuelta estudiantil que se extendió por todas las ciudades de China con manifestaciones, parones y huelgas multitudinarias, así como con el boicot a los productos japoneses[17].

La recién fundada Unión Soviética, tras el movimiento estudiantil chino del 5 de mayo, renunció a la indemnización Bóxer y proclamó su voluntad de renunciar a los derechos y privilegios que para Rusia se derivaban de los tratados desiguales. Esto propició un acercamiento de las fuerzas revolucionarias y renovadoras al área de influencia de la Internacional Comunista, que

[17] Cf. E. Collotti Pischel, *Storia della rivoluzione cinese*, 146.

promovió la difusión del comunismo en China a través de numerosas sociedades para el estudio del marxismo. Esta propaganda terminó por cristalizar en 1921 con la formación del Partido Comunista Chino en Shanghái.

En 1921 el doctor Sun Yatsen fue reelegido presidente por la Asamblea Nacional extraordinaria. Tenía como objetivo consolidar el gobierno del Sur como la fuerza a través de la cual conseguir la reunificación de China bajo un régimen moderno y democrático. Buscó el reconocimiento de las Potencias extranjeras, pero éstas no se lo dieron. Sun Yatsen se convenció de que el proceso revolucionario debía contar con instrumentos políticos y militares propios, independientes de los *señores de la guerra*, y se encontró para ello con la actitud benévola de la Unión Soviética, que deseaba unir la fuerza revolucionaria del movimiento nacionalista de Sun a los intereses del Partido Comunista. Para ello estaba dispuesta a ayudar al Kuomintang a establecerse como un partido fuerte y a dotarlo de un ejército moderno.

Se envió a la Unión Soviética una delegación militar presidida por Chiang Kaishek para formarse en las tácticas militares y conocer la organización militar del ejército soviético. De este modo, Chiang Kaishek sería puesto al frente de la academia militar de Whampoa (Huangpu 黃埔軍校), creada al efecto de constituir un ejército revolucionario independiente, el llamado Ejército Nacional Revolucionario (ENR), formado en los valores del movimiento nacionalista revolucionario, avanzado y preparado militarmente para afrontar la unificación militar de China.

Estando para afrontar la cuidadosamente preparada marcha militar de reunificación, se produjo un nuevo equilibrio de fuerzas entre los "Señores de la Guerra" que controlaban el Norte. El filosoviético Feng Yuxiang, en unión con Zhang Zuolin, filojaponés y controlador de la Manchuria, se rebelaron contra Wu Peifu,

que controlaba la provincia de Zhili junto con la capital, Pekín. Esta nueva alianza, que controlaba ahora la capital del Norte, propuso a Sun Yatsen establecer unos diálogos en Pekín para la búsqueda de un proceso político de unificación. Sin embargo, Sun Yatsen, enfermo ya de gravedad a causa de un cáncer de hígado, falleció en Pekín el 12 de marzo de 1925 sin poder llevar a cabo aquellas conversaciones.

B. Situación eclesial misionera

1. Situación de las misiones católicas bajo el Protectorado tras el Protocolo Bóxer

La mayor expresión de la vinculación de la obra misional con el colonialismo se escenifica justo después del "Protocolo Bóxer" de 1901. Con la firma de este tratado se le impusieron a China graves condiciones políticas y cuantiosas indemnizaciones económicas por los daños provocados a las naciones extranjeras y a las misiones. La posición de fuerza de las Potencias extranjeras frente al Gobierno imperial y el drenaje de dinero de las arcas chinas a las misiones, colocaron a éstas en una posición de fuerza y de medios materiales considerables.

Uno de los Vicariatos más golpeados había sido el de Zhili Norte, donde se encontraban las ciudades de Tianjin y Pekín; su obispo, monseñor Favier, tuvo un papel importante en la obtención de esas indemnizaciones para su Vicariato. En cuanto a la distribución de la parte de la indemnización general correspondiente a los Vicariatos, ésta pasaba por manos de las autoridades francesas. Los Vicariatos del Noreste, regidos por los Vicencianos y Jesuitas, recibieron grandes cantidades de dinero como compensaciones. La visión de monseñor Costantini sobre las consecuencias de este hecho es muy elocuente:

«Nuestras Misiones han recibido, en muchas ocasiones, mucho dinero. Son un activo material en los Vicariatos particulares; pero son un enorme pasivo moral para todas las Misiones»[18].

En una situación en la que Francia, tras la proclamación de la Tercera República (1870-1940), mantenía, por un lado, una actitud antieclesial en su territorio, mientras que en China se seguía presentando como la protectora de esa misma religión, se ponía en evidencia la contradicción interna del Protectorado. Este hecho no era desconocido para la intelectualidad china, que había ido a Europa a formarse y que ahora dirigía los movimientos del cambio político cultural, y veían con claridad en el Protectorado un mero instrumento imperialista en manos de Francia. Así se expresaba monseñor Costantini:

«El escándalo del Protectorado francés no está tanto en el hecho de que una nación extranjera proteja a los ciudadanos extranjeros, como en el hecho de que una nación, que expulsa de su propio suelo a las Congregaciones religiosas, pretenda después protegerlas en el Oriente. Los chinos que han estudiado en Europa y siguen la prensa, revelan este contraste, esta hipocresía y dicen: Francia no protege las Misiones por espíritu religioso, sino por un motivo de propio interés. Detrás de los misioneros se esconden los intereses de Francia»[19].

El catolicismo chino de esa época era esencialmente rural y de carácter marginal. Desde la condena de los ritos chinos, no era posible entrar en contacto con las clases influyentes y dirigentes de la sociedad. Los misioneros habían renunciado a dirigirse a las élites sociales y culturales. El sistema de protectorado, con su posición de fuerza, había permitido un desarrollo de las

[18] C. Costantini, «La crisi delle missioni in China e l'opera delle missioni. Prot. 628/25 (20 noviembre 1925)», *APF*, Fondo NS, Vol. 805 b, Rub. 21/2, 646-651, 650.

[19] C. Costantini, «Condizioni attuali della China. Prot. 2013/1923», 576.

cristiandades rurales, y los misioneros se habían preocupado de llevar a cabo, sobre todo, una evangelización superficial y cuantitativa, poniendo el acento en el crecimiento numérico a través de la multiplicación de los bautismos y la creación de pequeñas islas cristianas en medio del mar del pueblo pagano. El número de cristianos pasó, en números redondos, de 250.000 en 1850 a 1.400.000 en 1912 y a 2.400.000 en 1926.

Las misiones, encomendadas a las diversas Órdenes y Congregaciones religiosas, eran como feudos espirituales de esas Congregaciones y Provincias religiosas, ligadas a sus respectivas naciones occidentales de origen. Los misioneros no tenían un conocimiento profundo de la lengua y cultura chinas, y su acción misionera estaba dirigida a las clases pobres, rurales y humildes, por medio de los sistemas de catecumenado y a través de una acción indirecta, por medio de los catequistas indígenas. Aun cuando hubiera sacerdotes indígenas, estos eran relegados casi siempre a servicios y funciones subordinadas, no siendo jamás promovidos a posiciones directivas.

Las obras asistenciales, así como la protección jurídica ofrecida por el misionero en virtud del protectorado, se convertían en estímulos para la conversión. Las escuelas primarias se multiplicaban, dirigidas, sobre todo, a la educación de los hijos de los cristianos y catecúmenos.

En las dos primeras décadas el número de misioneros, de sociedades misioneras, de cristianos y de obras sociales ligadas a las misiones crecieron continuamente. Esta potenciación de las obras sociales y de beneficencia por parte de las misiones en respuesta a las duras situaciones sociales y económicas que se vivían, sobre todo en las zonas rurales, por causa del desorden y del bandidaje, contribuyó, en parte, al gran aumento del número de catecúmenos y bautizados.

2. El P. Vicente Lebbe: el pionero del cambio misional

La figura del padre Lebbe puede considerarse como clarividente y profética para el momento que vivían las misiones en China. Más que un teórico fue un misionero que puso primero en práctica, con audacia apostólica y con espíritu evangélico, aquellos principios que marcarían líneas nuevas en el modo de comprender el papel de las misiones y de los misioneros dentro de la obra de evangelización.

El padre Vicente Lebbe, vicenciano belga, llegó a China en 1901, después de la rebelión Bóxer, de manos del obispo Favier, vicario de Zhili Norte (Pekín). Desde sus primeros contactos en Pekín con los seminaristas chinos, con los que trabajó, tuvo una actitud de profundo amor y respeto por el pueblo chino, sus gentes y su cultura. En su corazón vivía su misión como el deseo de ser «un chino entre los chinos». Estudió con profundidad la lengua y literatura chinas, dominando la lengua oral y escrita, llegando a ser uno de los mejores extranjeros chinoparlantes.

En 1906 fue destinado por monseñor Jarlin, vicario de Pekín, a ejercer su trabajo apostólico en el distrito de Tianjin. En 1912 Tianjin sería la capital de un nuevo Vicariato. Desde ese momento el padre Lebbe sería nombrado vicario general del nuevo obispo de la ciudad, monseñor Dumond. Desde 1906 hasta 1916 desarrolló allí su labor apostólica y misional.

En Tianjin, el padre Lebbe desarrolló el método misional que sería después objeto de controversias. Podemos caracterizarlo, usando categorías modernas, como un método inculturado y contextualizado, que puso en contacto la Iglesia con las fuerzas vivas de la sociedad, que sacó a la Iglesia de su círculo cerrado de autoprotección y superioridad, que promovió el laicado y su apostolado, y que usó al servicio de la evangelización los medios

de comunicación y de opinión pública más importantes en aquel momento como eran las conferencias públicas y la prensa. Fue el más grande defensor y promotor del clero chino y de la necesidad de formar una Iglesia indígena madura.

En 1913 monseñor Dumond construyó su palacio episcopal, la catedral, un convento para las religiosas, un hospital, el seminario y un conjunto de dependencias de la Iglesia en el distrito de Laoxikai, junto al terreno asignado a la delegación francesa en Tianjin. El cónsul francés, que en 1902 ya había hecho la petición al gobierno chino de ampliar los territorios de su concesión a esa zona, volvió a hacerla de nuevo, pero le fue denegada. Con el pretexto de proteger a la Iglesia, ocupó con el ejército aquel gran distrito incorporándolo así, de hecho, a la delegación francesa.

El gobierno de Pekín, junto con las autoridades locales de Tianjin y la población, incluidos los cristianos de la ciudad, protestaron con decisión y energía. El periódico católico que Lebbe había fundado se manifestó públicamente a favor del gobierno chino y en contra del abuso francés y de su uso de la Iglesia como pretexto para sus intereses. El conflicto surgido entre el padre Lebbe, el cónsul francés y el obispo Dumond, llevaron a los superiores vicencianos a remover al padre Lebbe, enviándolo a otro Vicariato de los regidos por su misma Congregación, pero en una región en la que se hablaba otro dialecto. Las acusaciones de sus superiores no tenían sólo que ver con su actitud personal de oposición a la acción del cónsul francés y con el hecho de no haberse mantenido al margen, sino que la acusación principal era que, de hecho, toda esa movilización de los propios cristianos y sacerdotes chinos era fruto de su método de evangelización, practicado en la ciudad desde 1906.

Los hechos de Laoxikai y el asunto del padre Lebbe no sólo se referían a un asunto disciplinar, sino que tocaban cuestiones de

fondo, como la posición que la Iglesia debía tener en la nueva situación que se vivía en China y cuáles debían ser sus métodos apostólicos, el modelo eclesial-misional que se debía desarrollar. Los hechos acaecidos en Tianjin pusieron de manifiesto el problema de fondo de la situación jurídica y misional de la Iglesia Católica en China y serían la chispa que daría pie a un cambio de política eclesial y misionera en China.

La polémica sobre el método de evangelización del padre Lebbe suscitada por aquellos hechos llegó hasta Roma. La Congregación de Propaganda recibió largas memorias enviadas por el padre Cotta, amigo y apoyo del padre Lebbe en su posición y en sus métodos apostólicos, así como del clero chino de Tianjin, que apoyaba la actuación del padre Lebbe. El propio padre Lebbe escribió también un memorial explicando la situación de la evangelización, en donde criticaba diversas actitudes misioneras consideradas negativas, analizaba los obstáculos a superar en la obra de evangelización en China, presentaba su propio modo de evangelización y analizaba críticamente la posición evangelizadora de los protestantes.

Para el padre Lebbe, la cuestión central era que la situación de China en aquellos tiempos era totalmente diversa a aquella de veinte años atrás, y esto es lo que los defensores de otros métodos no veían. La situación social de China en aquellos momentos era crucial, y la Iglesia debía entender el modo de afrontar con éxito esa nueva etapa, ofreciendo una respuesta que fuese evangélica y adecuada a los tiempos.

En su memorial, el padre Lebbe criticaba el defecto de adaptación y el carácter extranjero del catolicismo en China, así como la actitud pasiva de muchos de los Vicariatos, en los que no se llevaba a cabo ninguna acción sistemática de evangelización, contentándose con la cura pastoral de su pequeño rebaño y con

ciertas conversiones más o menos esporádicas que se producían sin ser fruto de una labor evangelizadora directa.

También criticaba ciertos métodos de conversión usados o aprovechados por otros, que se desviaban del verdadero sentido evangélico y que provocaban graves daños a la verdadera acción apostólica de la Iglesia. Entre ellos estaba el método de «los procesos y los tribunales», en el que se hacía uso de la protección judicial otorgada por el Protectorado a los catecúmenos y bautizados que, a través de los misioneros, recurrían a él. Por los abusos que se produjeron por parte de cristianos y catecúmenos en su uso como recurso de fuerza frente a los paganos, no sólo en lo referente a cuestiones de orden religioso, sino extendida a los demás ámbitos judiciales comunes, se produjeron entre el pueblo y entre los mandarines reacciones de odio y desprecio hacia la Iglesia, que formalmente amparaba y era mediadora judicial en esos asuntos.

Otro método criticado era el "coercitivo", por el que se estimulaba la conversión de poblados con la promesa de no exigirles la indemnización que los gravaba por la revuelta Bóxer, si se hacían cristianos. Estos métodos, más frecuentes en el pasado, habían sido en aquel tiempo ya abandonados por los abusos que provocaban, los escándalos que producían entre los cristianos y los paganos, y el desprecio y el odio que generaban contra la misión y la Iglesia.

En cuanto al método de las "obras", esto es, el de las obras sociales como escuelas, orfanatos, hospitales, dispensarios, asilos, etc., lo critica parcialmente. El problema de este método era que, aun siendo «obras buenas y necesarias», «absorbían hasta tal punto todos los recursos de la misión, el tiempo y la actividad de los misioneros, que la obra principal, la propagación de la Fe, es relegada a un segundo rango». Además, por el modo como eran

gestionadas, estas obras tampoco contribuían significativamente a la obra fundamental de la evangelización. En contraste, los protestantes hacían un uso de estas obras e instituciones de modo que les ponían en contacto con la vida social y urbana, buscando la cooperación y la implicación de los chinos en ellas, haciendo de esta adhesión, simpatía y confianza, un motivo para que acogieran la doctrina que predicaban. Por ello, para el padre Lebbe, las "obras", no sólo no debían absorber todas las fuerzas de los misioneros, sino que además debían ser gestionadas de modo que puedieran servir como medios de contacto con la población y de evangelización indirecta.

El método que más criticó fue, sin embargo, el que en su "memoria" llama «método de la caridad», por usar un eufemismo y no decir el «método del dinero», que sería más exacto, según él. Este método era promovido con energía y con convicción por monseñor Jarlin, vicario apostólico de Zhili Norte, quien hasta 1912 fue el obispo del padre Lebbe. Los espectaculares resultados iniciales conseguidos, no hicieron sino confirmar a monseñor Jarlin en la bondad de su método[20].

Para monseñor Jarlin, la clave de la evangelización de China pasaba por la conversión masiva de los chinos comunes, que en su mayoría eran campesinos y no se encontraban en los grandes núcleos urbanos. Ellos eran los que más fácilmente acogían el Evangelio y tenían menos prejuicios contra la Iglesia. Lo importante era el crecimiento numérico de cristianos. Aun cuando en un

[20] Es de notar que posteriormente las mismas cifras manifestarían un número enorme de defecciones entre aquellas conversiones, produciéndose entre 1926 a 1937 una pérdida de unos 60.000 cristianos, cantidad que casi se equiparaba a la de los 61.000 nuevos bautizos, lo que daba un balance de mil nuevos cristianos en una década, sin contar el aumento por el bautismo de niños.

principio estas personas fuesen movidas a convertirse por motivaciones humanas y no tuviesen una formación profunda, lo importante era que se formasen núcleos de familias cristianas, cuyas siguientes generaciones recibieran, ya desde pequeños, una formación cristiana más sólida y, por este medio, ir multiplicando exponencialmente la masa de cristianos. Dado que en el Vicariato entraba bastante dinero, monseñor Jarlin decidió usarlo en favorecer lo más posible su método de evangelización rural, sosteniendo económicamente las escuelas y los catequistas que debían organizar los catecumenados en las zonas rurales, así como los subsidios económicos para todos los que participaran. Estos subsidios eran, en principio, para evitar que las dificultades económicas de las familias les disuadiesen de participar en los catecumenados. Al principio se ayudaba a las familias dándoles mijo, pero después se pasó al siempre más práctico dinero.

Monseñor Jarlin presionaba activamente a sus misioneros y controlaba el resultado de su actividad, haciendo que sus misioneros tuvieran sólo un objetivo, el mayor número de bautismos de adultos posibles, y el medio que ponía para ello a su disposición era la distribución de dinero según el número de bautismos conseguidos. A medida que el número de solicitudes aumentaba, los misioneros se servían de catequistas y laicos recolectores de catecúmenos. Este sistema piramidal de recolección de candidatos al bautismo, acompañado por el sistema de sumas de dinero dadas según objetivos conseguidos, se corrompió, naturalmente, añadiendo abusos sobre abusos.

En su memoria, el padre Lebbe presentó sus propuestas sobre el método misional a desarrollar en esas circunstancias. Propuestas que estaban basadas en el método misional que él mismo había seguido durante esos años en Tianjin.

La primera reforma de los métodos misionales debía ser luchar contra la falta de adaptación misionera, o lo que era lo mismo, contra el carácter extranjero de la Iglesia en China. Era necesario que «los misioneros se hicesen chinos con los chinos. Debían esforzarse seriamente en el estudio de las costumbres, de la lengua y de la literatura nacionales, conocer la mentalidad especial del pueblo. Debían aceptar cualquier cosa que no fuera incompatible con la pureza del Evangelio y debían hacerse lo más chino posible, tanto en la forma como en el fondo»[21]. Lo mismo se diga del estilo arquitectónico y decorativo a usar en iglesias y residencias. Por encima de todo, lo más importante era que debían trabajar para que «llegase el día en que se formase la Iglesia de China, con un clero indígena completo, lo que es, en sí mismo, un medio para conseguir la conversión del país»[22].

La segunda propuesta de reforma era que se debía tener una actitud activa en relación con la evangelización de los chinos y que se debía erradicar completamente cualquier abuso en los medios de evangelización empleados, como el recurso a los procesos judiciales y al uso de «limosnas dadas como recompensa por el bautismo». A medida que se eliminaban los abusos en aquellos medios de evangelización, se debían promover nuevos métodos que viniesen a corregir el tercer obstáculo a la conversión de China, que era que las masas desconocían el Evangelio, «la buena y dulce noticia de paz y amor dada a los hombres por Jesucristo», y esto porque se había renunciado a la predicación del Evangelio a los paganos.

Para ello, el padre Lebbe, conforme a su propia experiencia en Tianjin, proponía agrupar a los cristianos más instruidos y

[21] V. Lebbe, «Memoria», 191v.

[22] *Ibid.*, 192r.

enviarlos a que se introdujesen en los ámbitos no cristianos, que se involucrasen en las diversas reuniones y ámbitos civiles, que colaborasen con ellos y les ayudasen en diversas obras sociales y de caridad. Se debía usar el método y el estilo de Jesús, con un amor sincero por el pueblo, tierno y lleno de respeto, con un completo desinterés. Se debían buscar puntos de contacto con ellos y ganarse su confianza. Las puertas de la Iglesia debían estar ampliamente abiertas para ellos, y se les debía ayudar a que entrasen en contacto con la Iglesia e invitarlos a escuchar la predicación del Evangelio, el anuncio de la buena noticia, del amor de Dios que Cristo trae a los hombres.

Se debía trabajar incansablemente por la difusión del Evangelio a través de las predicaciones, de las conferencias públicas católicas sobre temáticas sociales y políticas y a través de la prensa.

En cuanto al modo de presentar el Evangelio a la multitud, había que tener en cuenta las circunstancias, la mentalidad renovada del pueblo en aquella época concreta, entender las necesidades, los deseos y las aspiraciones del pueblo y presentar el Evangelio no como una doctrina lejana, sino como la respuesta concreta a sus aspiraciones legítimas, como el remedio a los males morales de la sociedad, como la verdadera salvación del hombre. Era necesario hacerle entender al pueblo chino que sólo la Iglesia Católica era capaz de aportar una realización normal y plena a todas sus legítimas aspiraciones.

Propaganda Fide, deseosa de querer controlar y poner orden en una situación eclesial que iba más a fondo que un simple caso disciplinar aislado, decidió enviar cuestionarios a diversos vicarios apostólicos de entre los más celosos, que representasen, además, la pluralidad de las diversas Órdenes y nacionalidades y de las diversas condiciones misionales. Se deseaba obtener información precisa no sólo del asunto de Tianjin y del padre Lebbe,

sino de cuestiones más generales, referentes a las circunstancias y a la situación de la misión en China.

De esta encuesta concluye el relator de Propaganda que la principal necesidad era que los diversos Vicariatos se pusieran de acuerdo para un trabajo mejor y más fecundo. Se veía necesario la presencia de un delegado apostólico en China y la celebración de un sínodo general. Para avanzar en esta línea y preparar el sínodo, se acogió la propuesta de monseñor De Guébriant de enviar un visitador apostólico y el 2 de abril de 1919 se envió al propio monseñor De Guébriant en nombre de la Santa Sede a visitar la Iglesia de China y a indagar las circunstancias y necesidades de sus Vicariatos; de todo ello debía presentar un informe detallado a la Santa Sede. Cumplió su encargo de manera admirable y con gran reconocimiento por parte de Propaganda Fide.

3. La Carta Magna del cambio misional: la Maximum Illud de Benedicto XV (1919)[23]

Antes de que el visitador apostólico presentara su informe final, salió de manos del Papa Benedicto XV el primer gran documento pontificio que afronta el problema misionero de un modo global. Sin embargo, era la situación suscitada en China con el caso Lebbe y la disputa sobre la orientación de las misiones en China, las que estaban en el origen del cambio misional propuesto por el documento, y fue China donde su puesta en práctica tuvo sus consecuencias más evidentes. Como dice el profesor Soetens, «las circunstancias particulares del momento,

[23] Benedictus PP. XV, «Epistola Apostolica *Maximum Illud* de Fide Catholica per orbem terrarum propaganda», en *ASS* 11 (1919), 440-455. Versión española en: OMP, *La Iglesia Misionera. Textos del Magisterio Pontificio*, Normal 678, BAC, Madrid 2008, 4-25.

concernientes a China, dieron a Roma la ocasión de tomar posición, extendiendo, sin embargo, la afirmación al conjunto de todo el mundo misional»[24].

La carta apostólica de Benedicto XV, *Maximum Illud*, puede ser considerada la Carta Magna del cambio misional, donde se trazaban las directivas que serían las pautas de la evangelización posterior y que empaparían y nutrirían los cánones emanados del primer Concilio Chino de 1924, sobre el que se desarrollará la actividad misionera en China.

En ella exhortaba al pueblo de Dios, obispos, vicarios y prefectos apostólicos, misioneros y fieles, a cooperar en esta obra trascendental y les indicaba a cada uno de ellos los modos a través de los cuales podían favorecer este importante movimiento. El Papa exhortaba a los vicarios y prefectos apostólicos a ser el alma de la misión, lejos de funciones meramente burocráticas y de gobierno. Tenían que ser padres vigilantes y solícitos, que gobernasen con prudencia y con caridad, que viviesen cerca de sus sacerdotes y misioneros, compartiendo todo con ellos.

Debían promover e impulsar la vitalidad de su misión, no sintiéndose nunca satisfechos de lo alcanzado, sino esforzándose constantemente en fundar nuevos puestos y centros de misión desde los que irradiar el Evangelio. Tenían que ser pastores que estuvieran dispuestos a buscar y suscitar colaboradores entre todos los órdenes y estados de vida. Pastores que pusieran en el centro de sus aspiraciones el cultivo y la formación de las vocaciones indígenas, preparándolos con diligencia para que pudieran tomar sobre sí el gobierno de las iglesias locales.

---

[24] C. SOETENS, «La Svolta della Maximum Illud», en A. GIOVAGNOLI (ed.), *Roma e Pechino: la svolta extraeuropea di Benedetto XV*, D-10d-019, Religione e società 33, Studium, Roma 1999, 80.

Los misioneros debían vivir la grandeza de su vocación purificándose de toda mezquindad, de toda mundanidad y de intereses nacionales bastardos. Les exhortaba a vivir con pobreza, evitando toda codicia y ambición; a formarse diligentemente en todos los conocimientos sagrados y profanos que las distintas situaciones de la vida del misionero reclamaban, y, sobre todo, a formarse en la lengua indígena, la cual debían dominar y manejar con destreza para que pudieran ejercer diligentemente la predicación del evangelio y la explicación de la doctrina, que habían de ser algunas de sus principales ocupaciones. Como personas que habían de predicar a Dios, tenían que ser hombres de Dios y habían de brillar entre los hombres por su santidad de vida, por su humildad y obediencia, por su pureza de costumbres y por su piedad, por su espíritu de unión con Dios y por su continuo trato con Él en la oración. Debían estar llenos de caridad para con los hombres, evitando toda irritación, dureza y desprecio, es más, atrayéndolos mansa y suavemente hacia Jesús, Buen Pastor. Debían ser hombres que pusieran toda su confianza en Dios, pues la misión es obra exclusiva de Dios y sólo a Dios pertenece el obrar las conversiones en el corazón de los hombres. Exhortaba, además, a las vírgenes consagradas a que sirviesen a la misión a través de la educación de la niñez y de las instituciones de caridad.

Urgía a todos los fieles, como exigencia de una fe verdadera y del amor sincero a Dios y al prójimo, a colaborar con la obra misionera de la Iglesia a través de la oración constante y humilde por las misiones y por sus misioneros, rezando y promoviendo con generosidad las vocaciones misioneras, y contribuyendo con generosidad con la limosna a las necesidades materiales de las misiones.



P. Javier Ochoa.



P. Mariano Alegría.



P. Luis Arribas.



P. Mariano Gazpio.



P. Pedro Zunzarren
(sentado)
y P. Sabino Elizondo.



P. Lorenzo Peña.



P. José Martínez.



P. Manuel Echauz.



P. Julián Sáenz.



P. Luis Lorente.



Hno. Eusebio Martínez.

4. Delegación apostólica. Monseñor Celso Costantini (1922-1933)

El papa Pío XI, que sucedió el 6 de febrero de 1922 a Benedicto XV, en colaboración con el cardenal prefecto de Propaganda Fide, Willem Marinus van Rossum, dispuso el envío de monseñor Celso Costantini como delegado apostólico a China en agosto de 1922.

La figura del delegado apostólico era independiente del poder civil y tenía, en el territorio asignado, la potestad ordinaria de vigilar la situación de las misiones; debía, además, proveer información sobre ellas al Papa y a la Santa Sede.

No gozaba de las competencias de nuncios e internuncios, pues su oficio era de naturaleza prevalentemente religiosa. Debía renovar las misiones en China según las líneas de la *Maximum Illud*, con el objetivo de que la Iglesia Católica, en esa hora crucial para el futuro de China, pudiera ejercer con eficacia y espíritu evangélico su sublime misión espiritual de convertir China a Cristo.

Para ello, el cardenal Van Rossum estableció para su delegado las líneas de trabajo de su misión en China[25].

En este documento se ve la serie de estrategias y objetivos conexos entre sí que constituían el plan de acción para el delegado: descolonización religiosa, indigenización de la Iglesia, adaptación misionera, renovación de los métodos apostólicos, unidad eclesial y de acción misional y celebración del Concilio Plenario Chino.

---

[25] Cf. C. VAN ROSSUM, «Istruzioni per le presente circostanze. Minuta del Prot. 1348/1927 (11 aprile 1927) della Propaganda Fide a Mons. Celso Costantini.», *ASV*, Arch. Nunz. Cina, b. 73, fasc. 143, 254-255.

5. El programa del cambio misional: el primer "Concilio Plenario Chino" (1924)[26]

De entre las instrucciones que Propaganda dio a monseñor Costantini, la encomienda más importante para poder poner en práctica todas las reformas necesarias, era la preparación[27] y la convocatoria del primer Concilio Plenario Chino.

El Concilio Plenario Chino se abrió el 14 de mayo de 1924 en la casa procuración de los jesuitas en Shanghái. Participaron todos los *ordinarios* de China. Entre los padres sinodales, los únicos chinos eran dos prefectos apostólicos puestos al frente de sendas prefecturas creadas pocos meses antes del concilio, para que de este modo el clero chino estuviese representado con capacidad deliberativa y con voto. Intervinieron, además, todos los superiores de las familias religiosas con misión en China. Entre los oficiales del Sínodo, consultores, notarios, etc., sí había una representación paritaria entre el clero chino y el extranjero.

En la ceremonia de inauguración, monseñor Costantini dirigió a los padres un discurso programático en el que presentaba el Sínodo como «un Concilio operativo», que no debía quedarse en la dimensión doctrinal abstracta, sino que debía ser «una intensa preparación a la acción», en la que adaptar el Código de Derecho Canónico de 1917, derivando, a través de la deliberación conjunta,

---

[26] Cf. *Primum Concilium Sinense anno 1924. Acta - Decreta e normae - vota.*, Typographia Missionis Catholicae, Zi Ka Wei 1929; P. M. D'Elia, «The Promulgation of the Decrees of the First Plenary Council of the Catholic Church in China» (1929).

[27] La preparación del Concilio había estado precedida de trabajos de obispos de las episcopales regionales promovidos por el visitador apostólico, monseñor De Guébriant; con el fruto de esos trabajos, monseñor Costantini coordinó la elaboración de un documento de trabajo que, revisado por Roma, se presentaría a la discusión del Sínodo.

basada en la doctrina pontificia y en la experiencia común, el "derecho particular misionero" para China, de modo que todos los Directorios de las misiones y todas las obras evangélicas se rigiesen por una regla común que facilitase «la uniformidad del método y la coordinación de los medios, y la causa cristiana recibiese un mayor y vivo impulso que produjese abundantes frutos», buscando el único fin y bien universal de todas las misiones, «la conversión de China a Cristo»[28].

En palabras de monseñor Costantini, el esquema del documento de trabajo estaba elaborado según el «criterio general de tomar todo aquello que se podía del Código de Derecho Canónico y de las Instrucciones de la Sagrada Congregación de Propaganda y de sínodos anteriores. El libro IV, *De missionum opere*, está desarrollado sobre los temas de la *Maximum Illud*»[29].

Las actas del concilio, tras un estudio minucioso en Roma, obtuvieron la aprobación pontificia en junio de 1928, siendo promulgadas y enviadas a los Ordinarios seis meses después, entrando en pleno vigor como norma eclesiástica al año de su aprobación, en junio de 1929.

El capítulo cuarto, *De evangelizationis opere,* es el que plasma las directrices concretas que debían llevar a cabo los diversos Vicariatos y Prefecturas para poner en práctica el cambio misional inspirado en las directivas pontificias y en las experiencias apostólicas precedentes.

El Concilio promovía fuertemente la centralidad de la labor evangelizadora entre los no cristianos en la vida de la misión,

---

[28] C. Costantini, «Allocuzione del Legato Pontificio al Primo Concilio Plenario della Cina», *ASV*, Arch. Nunz. Cina, b. 82, fasc. 152, 363-366.

[29] C. Costantini, «Prot. 4084/1923 sobre el esquema del Sínodo general (4-11-1923)», *APF*, fondo NS, Vol. 805a, Rub. 21/2, 351.

labor que debía conducir a establecer una Iglesia indígena normal y libre. Exhortaba vivamente a la formación apostólica y el verdadero espíritu misionero, lleno de espíritu sobrenatural y de amor cristiano, de los agentes de la evangelización (c. 567). Aparte del cultivo de este espíritu en los misioneros, considerado como "medio subjetivo" de evangelización, presentaba cuáles eran los "medios objetivos" que se debían llevar a cabo en la obra evangelizadora de China: la administración ordenada y con vitalidad de la misión, la predicación incansable de la Palabra de Dios, la preparación del clero y de la Iglesia indígena, cultivar el espíritu apostólico de los cristianos, cultivar relaciones buenas y más estrechas con la población y las autoridades chinas, la institución y mejor gobierno de colegios y escuelas, la difusión y edición de libros apologéticos, y el ejercicio de las obras de caridad (c. 573). Cada uno de estos medios constituían el objeto de cada uno de los títulos del libro IV.

En cuanto al régimen y gobierno de los Vicariatos, instaba a que los vicarios se dedicasen con todas sus fuerzas y con todos los medios posibles a servir a los sacerdotes, a los cristianos y a los paganos (c. 575). Exhortaba a los misioneros a que no se desanimasen y a que no se dedicasen exclusivamente a los que ya eran cristianos, dejando de lado la obra evangelizadora por causa de las dificultades que esta conllevaba (c. 576b). El vicario debía conocer de primera mano la situación de su Vicariato por medio de la visita pastoral anual (c. 579), y debían exhortar con frecuencia a sus misioneros por medio de cartas pastorales (c. 580). Debían tener ánimo abierto para acoger en su Vicariato miembros de otros Institutos religiosos que fueran necesarios para el buen desarrollo de la misión (c. 583). Debían promoverse sínodos regionales y vicariales cada 20 y cada 10 años respectivamente (cc. 589, 599). Los misioneros de un Vicariato se reunirían con su

vicario todos los años para convivir y conocerse mejor, así como para que compartiesen las dificultades del apostolado y buscasen conjuntamente las mejores soluciones para mantener con vitalidad la obra de evangelización (cc. 607-608).

En cuanto a la predicación de la Palabra de Dios, esta tiene el primer puesto entre los medios para la propagación de la fe. Para que fuera fructuosa, el misionero debía acompañarla de fervientes y continuas oraciones (c. 617) y hacer de la predicación un ministerio propio al que no podía renunciar, debiéndolo ejercer por sí mismo (c. 619), además de por ministros auxiliares (c. 620). No debían ser negligentes en su ejercicio, sino que debían buscar y propiciar ocasiones para anunciar el Evangelio, y aprovechar cuantas oportunidades se presentasen (c. 622). La predicación debía ser ejercitada con caridad y prudencia, en público o en conversaciones privadas, buscando que la conversión fuera siempre libre y sincera (cc. 624, 625). En las ciudades donde hubiera gran número de escuelas superiores se aconsejaba abrir salones de conferencias, pero quien ejerciese ese ministerio debía poseer la doctrina y la elocuencia necesarias para ello (c. 626).

La predicación debía ser humilde y sencilla, hecha de modo positivo más que negativo, esto es, exponiendo y explicando el mensaje de salvación más que fustigando los vicios y reprendiendo a los viciosos (cc. 628, 630). A la predicación debían unir la autoridad de la santidad de vida (c. 625). Sólo serían considerados catecúmenos aquellos que hubieran renunciado formalmente al paganismo y mostrasen clara voluntad de abrazar la fe (c. 633). Ninguno debía ser bautizado a no ser que fuera llevado a ello de una motivación sincera y sobrenatural y que hubiera sido convenientemente instruido en el catecumenado (c. 634).

En cuanto a la adaptación misionera y a la indigenización de la Iglesia, el Concilio ponía la constitución de la Iglesia indígena

como el fin primario de la misión, junto con el anuncio del Evangelio a los no cristianos (cc. 17, 18, 135, 644). Por ello, los Institutos misioneros no debían considerar las misiones encomendadas como propiedades del Instituto (c. 18); debían, por el contrario, promover y formar las vocaciones nativas, promover el clero indígena a cualquier oficio eclesiástico (c. 131), deseando que pudieran ser elegidos lo más pronto posible como obispos (c. 132). Para ello se erigirían ya Parroquias indígenas (cc. 92, 94) y se adoptarían las medidas necesarias en vista de la futura creación de Diócesis indígenas.

Los misioneros extranjeros no debían actuar en modo alguno que diese pie a los paganos a pensar que el catolicismo fuese una religión propia de una u otra nación extranjera (c. 22, 24). Los misioneros debían estudiar el idioma chino por uno, dos o más años, según posibilidades y capacidad, de modo que pudieran ejercer con fruto su ministerio (c. 166). El estilo chino debía ser tomado en consideración en la construcción de las iglesias y la música de estilo chino debía ser admitida en las iglesias (c. 453). Debían cooperar al desarrollo del patriotismo chino legítimo (c. 695), evitando las manifestaciones antigubernativas y no interfiriendo en las causas civiles (c. 696). Debían mantener relaciones educadas y cordiales con las autoridades locales (c. 697) y observar las leyes justas y las costumbres del país (c. 25.5).

En cuanto al apostolado educativo, era considerado como uno de los medios mejores de apostolado (c. 748), especialmente en aquel momento histórico de renacimiento cultural y social de China (c. 749), cuando las escuelas estaban influenciadas de materialismo y racionalismo (c. 756). Se animaba a la publicación de libros (c. 809), tratados, revistas (c. 811) y documentos divulgativos diversos (c. 812).

Respecto al apostolado de la caridad, se resaltaba como medio para mostrar el amor especial de Cristo por los pobres y los enfermos (c. 827). En este apostolado se buscaría la salvación del alma a través del cuidado de la salud corporal (c. 828). Entre los medios se destacaban los orfelinatos y la obra de la Santa Infancia (cc. 832-839), las escuelas técnicas de oficios (cc. 840-843), los hospitales (cc. 844-846) y los dispensarios (cc. 847-848).

6. La Rerum Ecclesiae[30] de Pío XI y la consagración de los primeros obispos chinos (1926)

El Papa Pío XI, con esta encíclica misional, promulgada meses antes de la consagración de los seis primeros obispos chinos, primer paso para la formación de las Iglesias indígenas, reafirmaba de modo solemne su continuidad decidida con el cambio misional iniciado por su predecesor.

El punto central era la importancia y la urgencia de formar un buen clero nativo con el que establecer iglesias autóctonas, que era el mismo modelo que habían usado los apóstoles y que se había seguido en la evangelización de Europa. Para ello se debían construir seminarios, dedicar esfuerzos a la formación del clero nativo, fomentar las vocaciones y Congregaciones religiosas nativas, así como aumentar el número y la formación de los catequistas indígenas. Se habían de introducir también Órdenes contemplativas en los territorios de misión.

La formación del clero nativo con vistas a que pudieran hacerse cargo de futuros Vicariatos indígenas era el punto nuclear del cambio misional que se quería llevar a cabo, y también aquel que

[30] Pius PP. XI, «Litterae Encyclicae «Rerum Ecclesiae» de sacris missionibus provehendis», *ASS* 18 (1926), 65-83. Versión española en: OMP, *La Iglesia Misionera. Textos del Magisterio Pontificio*, 27-50.

más discordias provocaba. La mala comprensión del "derecho de comisión", por el que un territorio de misión era encomendado a una Provincia de una Orden o Congregación religiosa, llevaba a estos misioneros a considerarlas casi como una propiedad privada, siendo reacios a dejarla en manos del clero chino.

La visión negativa de los sacerdotes indígenas por parte de algunos de los antiguos misioneros, el etnocentrismo europeo y el sentimiento de superioridad desde el que consideraban al pueblo chino, el querer mantener los privilegios y los puestos preferentes dentro de la dirección de los Vicariatos, todo esto llevaba a algunos a criticar duramente la nueva política marcada por la *Maximum Illud*. Veían, además, en las legítimas aspiraciones de un clero chino cada vez más maduro y consciente del papel que debían jugar en la misión, casi como un movimiento "cismático" que quería formar una Iglesia china independiente y contraria a la que representaban los misioneros europeos.

Era deseo del Santo Padre y de Propaganda poder constituir Vicariatos indígenas y consagrar para ello obispos chinos. Gracias a la visita que el padre Lebbe hizo a Roma en 1921, donde fue recibido por el cardenal Van Rossum y por el Papa Benedicto XV, pudo aquel asegurarles que había algunos sacerdotes chinos que eran capaces ya de recibir el obispado, de los cuales les dio el nombre. Por ello, después del envío del delegado a China y de la clausura fructuosa del Concilio, se preparó en el año 1926 el golpe decisivo para poner en marcha la indigenización de la Iglesia de China. En febrero de aquel año el Papa Pío XI escribía su encíclica *Rerum Ecclesiae*, y el 28 de octubre 1926, en la basílica de San Pedro, consagraba a los 6 primeros obispos chinos.



P. Joaquín Peña.



30 de septiembre de 1928, Kweiteh. Visita del delegado apostólico, Mons. Celso Costantini y su secretario Mons. G. Comisso. Sentados, de izquierda a derecha: J. Ochoa, C. Costantini y G. Comisso; Arriba, de pie, de izda. a dcha.: A. Quintanilla, L. Lorente, M. Alegría, seminarista José Shan, M. Gazpio, L. Peña y E. Martínez.



P. Arturo Quintanilla.

30 de septiembre de 1928, Kweiteh. Visita del delegado apostólico, mons. Celso Costantini, que bendice y reparte objetos religiosos entre los fieles.





8 de enero 1929.
Mons. Javier Ochoa es nombrado prefecto apostólico de Kweiteh.

4.

Estudio historiográfico de la misión de Kweiteh (1924-1955)



1 de noviembre 1929. Inauguración de la iglesia de Changkungtsi.

4.1. Misión de Kweiteh (1924-1927)

A. Antecedentes de la misión de Kweiteh (1906-1924)

1. Deseos de misionar en China

El deseo de misionar en China de la Provincia de San Nicolás de Tolentino, Provincia misionera de la Orden de Agustinos Recoletos, estuvo siempre presente desde mediados del siglo XVII, tras su breve, martirial y gloriosa historia misional en Japón. Así lo refería el libro de las crónicas:

> *«Desde el año 1640, viendo nuestra Provincia de Filipinas que se iba cerrando la puerta del Japón a todos los ministros evangélicos, como no pudiese contener el ardor de su fervoroso celo por la salvación de las almas en los límites, aunque dilatados, de aquellas Islas, determinó emplear a sus hijos en otras partes… Y a donde más inclinaban los ánimos era al imperio de China»*[31].

Fruto de este deseo son las peticiones de los Capítulos Provinciales de 1675, 1680, 1701 y 1704, peticiones que, por diversos motivos, principalmente políticos y económicos, no fueron nunca atendidas[32].

---

[31] Cita de Pedro de San Francisco de Asís, *Historia general de los Padres Agustinos Descalzos IV, Zaragoza 1756, 432* citado por J. SOLABRE, «Los agustinos recoletos en China», *Mayéutica* 11 (1985), 98.

[32] Para una visión más completa de estos intentos y de los motivos por los que no se consiguió, véase: J. I. PANEDAS GALINDO, «Los agustinos recoletos en China», *Recollectio* XVII (1994), 211-298, 211-216.

2. Fundación de la casa procuración en Shanghái[33]

La revolución filipina de 1896-1898, suceso doloroso pero providencialmente fecundo para el futuro de la Orden, fue importante al determinar la fundación de una casa en Shanghái.

En 1906 el Definitorio Provincial decide enviar a dos religiosos a buscar una casa en China que «tuviese por objeto, además de atender a nuestros misioneros, en el caso de que la Provincia se decidiera por tomar misiones en China, y aun para casa de salud para nuestros religiosos que en el archipiélago filipino se dedican a las penosas tareas apostólicas, sirviera además para vigilar, y, si posible fuera, aumentar nuestros intereses»[34]. En 1907 se compró la casa y se comenzó a invertir los fondos de la Provincia en bancos y negocios, sin haber obtenido autorización siquiera para fundar una casa religiosa en la ciudad. El vicario apostólico se oponía al asentamiento de los Recoletos en Shanghái alegando que sólo les movían intereses económicos.

En octubre de ese año se pidió a la Santa Sede un territorio de misión, con la vista puesta en la provincia de Hunan, cuyos dos Vicariatos apostólicos (uno regido por los Agustinos), por su gran extensión y falta de personal, parecían dispuestos a crear un nuevo territorio misional y encomendarlo a los Recoletos. Sin embargo, cuando el procurador general elevó las preces a Propaganda Fide, esta contestó diciendo que la situación de Hunan septentrional había cambiado sustancialmente por la promesa hecha por los Agustinos de mandar más religiosos.

---

[33] Cf. J. J. LIZARRAGA, «La Procuración de Shanghai (1906-1919)», en *El Padre Enrique Pérez, último vicario y primer Prior general de la Orden de Agustinos Recoletos (1908-1914)*, Institutum Historicum Augustinianorum Recollectorum, Roma 1990, 491-532; J. I. PANEDAS GALINDO, «Los agustinos recoletos en China», 216-219.

[34] L. RUIZ, *Sinopsis II,* Manila 1925, 519-520, citado por J. I. PANEDAS GALINDO, «Los agustinos recoletos en China», 268.

Por fin, y tras un ajetreado recorrido, el cardenal Merry del Val, en nombre de Pío X, autorizó la apertura de la casa e instó al vicario apostólico de Shanghái a no poner más trabas. El 1 de julio de 1911 el padre Enrique Pérez, general de la Orden, erigía canónicamente la casa procuración.

Desde 1907 a 1913 se produjeron, además, graves irregularidades en la administración de los bienes de la Provincia religiosa por parte de los administradores, así como negligencia por parte de los superiores en el control de las cuentas y en el cumplimiento de las normas establecidas por el Definitorio General para la administración regular de los bienes. «Sin beneplácito apostólico ni permiso de los superiores de la Orden se hicieron préstamos de grandes cantidades sin suficientes garantías, se tomaron en préstamo otras cantidades enormes, gravándose con intereses elevados; se invirtieron después esas cantidades en negocios bancarios, industriales y comerciales *ad lucrum faciendum*»[35]. Estos negocios fueron un fracaso y algunos, motivo de escándalo, ya por la índole de los mismos, como la apertura de un cine público al que incluso acudían los religiosos, ya porque se asociaron con personas de dudosa reputación moral, como con la fábrica de tabacos, que dio lugar a «pleitos ruidosos, que acabaron con pérdidas grandes de intereses y descrédito de la Orden»[36].

Estas irregularidades en la erección de la procuración, la situación de carencia de un puesto misional en el interior que justificase la presencia de una casa en Shanghái, junto con los escándalos administrativos y financieros, crearon para los Recoletos una mala fama en Shanghái, que les traería luego a los misioneros, en una primera fase, problemas e inconvenientes.

---

[35] J. J. Lizarraga, «La Procuración de Shanghai (1906-1919)», 503.

[36] *Ibid.*, 504.

3. Nueva petición de un territorio misional a la Santa Sede

Habiendo fracasado el intento de la misión de Hunan, la erección de la casa procuración hacía que la situación de los Recoletos en Shanghái se hiciese difícil, ya que al faltar un territorio misional que la justificase, permanecía la sensación de las otras Órdenes y Congregaciones establecidas allí de que a los Recoletos les movía un fin puramente económico.

El padre provincial, Marcelino Simonena, tras su visita canónica a la casa de Shanghái en el 1919, informado de este punto, propuso al Capítulo Provincial del 1922 que se renovaran los trámites de petición de un territorio de misión. El nuevo provincial, Celestino Yoldi, hizo la petición a la Santa Sede el 2 de julio de 1922. Tras cuatro meses, el cardenal prefecto de Propaganda Fide le pidió informes sobre la misión de Palawan (Filipinas) que gestionaban los Agustinos Recoletos, y sobre el número de misioneros y medios económicos que poseían para poder comenzar una misión en China; todo ello como condición previa para poder considerar la petición.

4. Concesión de la misión de Kweiteh

Por otro lado, monseñor José Tacconi, vicario apostólico de Kaifeng, sin haber mediado relación alguna, escribió una carta al padre Cuevas, procurador en Shanghái, ofreciendo a los Recoletos una parte de su territorio de 8.500 km^2, con dos millones y medio de habitantes.

El padre viceprocurador, Javier Ochoa, fue inmediatamente al interior a ver la zona y a entrevistarse con monseñor Tacconi, recogiendo todos los informes y datos posibles acerca del campo de misión que se ofrecía.

Posteriormente se hicieron todos los expedientes oficiales del caso y se dió cuenta de ello a la Santa Sede. Monseñor Tacconi expuso a la Santa Sede la situación de su Vicariato, que aun siendo de los más pequeños de Honan por extensión era, sin embargo, el más habitado, y se encontraba en una situación de falta de misioneros y de recursos que no podía ser fácilmente subsanada, por lo que para garantizar la labor misionera era necesario encomendar aquella Prefectura a otros.

Mons. Tacconi manifestó su parecer positivo a que fueran los Recoletos, ya que tenían establecida la procura y «buscan alguna misión en la cual empeñar dinero y sujetos, que parece tengan en abundancia»[37]. Monseñor estaba muy dispuesto a ello, en especial, por las condiciones económicas tan favorables que le ofrecían los Recoletos:

> *«Yo estaré bien contento de aceptar su petición, tanto más que, sabiendo de la pobreza de este Vicariato, renuncian a cualquier división de las entradas ya míseras y muy insuficientes que ahora tenemos, y tienen intención de poner dinero propio, que dicen que tienen suficiente. De mi parte les cedería todos los bienes inmuebles y muebles que hay en la parte que podría dividir para ellos»*[38].

Monseñor Celso Costantini, delegado apostólico, en su informe a la Santa Sede se mostró favorable a conceder la misión a los Agustinos Recoletos, ya que se alcanzarían con ello dos objetivos: «1) darle una contribución de actividad nueva y de medios financieros a la obra de evangelización de la China; 2) resolver la espinosa cuestión de la procuración de Shanghái, que hasta

---

[37] G. TACCONI, «Carta (23 abril 1923) al P. Prefecto de Propaganda Fide», *APF*, fondo NS, Vol. 812, Rub. 27/4, 430-431.

[38] *Ibid.*

ahora era una "ficción misional" y pesaba toda ella en pasivo sobre la economía espiritual de las Misiones»[39].

El delegado apostólico comunicó al prefecto de Propaganda que bastaba por ahora una carta con la que admitiese la misión "de facto", bajo la jurisdicción de monseñor Tacconi.

El 15 de noviembre de 1923, el prefecto de Propaganda Fide, de un modo lacónico y no muy entusiasta, concedía finalmente la ida de los religiosos con condiciones, sin pronunciarse sobre el tema de una misión separada. Iban en tiempo de prueba hasta que por el número y cualidades intelectuales y morales de los misioneros tuvieran garantías de que había posibilidades de éxito.

B. La misión de Kweiteh

1. Descripción geográfica de la misión

El territorio de la misión de Kweiteh (Shangqiu) está en el este de la provincia de Honan (Henan), en la zona centro oriental de China. Excepto por el oeste y el suroeste, colinda con otras provincias: por el norte, con Shantung (Shandong) y por el este y el sureste con la provincia de Anhwei (Anhui). En la época de la misión, los límites geográficos de las provincias no eran exactamente iguales, por lo que también limitaba al norte con Chili (Hebei) y al este con la provincia de Kiangsu (Jiangsu).

[39] C. COSTANTINI, «Carta (30 abril 1923) al Cardenal Prefecto de Propaganda Fide», *APF*, fondo NS, Vol. 812, Rub. 27/4, 428-429). «Convencidos como estamos todos de la urgente necesidad de decidir lo antes posible esta cuestión de las misiones en China, suplico al venerable definitorio tome este asunto con el calor y seriedad que se merece, y cuya magna importancia podemos apreciarlas sólo los que más de cerca vemos las cosas. Hemos llegado ya a un punto en que nuestra vida en Shanghái es una humillación continua, por no poder justificar debidamente nuestra estancia allí» (J. OCHOA, «Memoria (20 mayo 1923) presentada al venerable definitorio provincial» en *Cartas*, 18).

«La Misión es una planicie inmensa de unos 8.500 km^2 sin montes, llana como un lago», completamente libre de cualquier río o monte que altere su superficie.

Su localización estratégica y el hecho de ser extremadamente llana hacen que sea una región bien comunicada y fácilmente transitable. Así se expresaba el padre Ochoa al respecto: «Pocos lugares habrá en China de tan fácil acceso y con tan buenas comunicaciones como el que se nos ha ofrecido a nosotros. El ferrocarril atraviesa toda la nueva misión de este a oeste y en ella hay unas cuatro o cinco estaciones»[40]. En cuanto a comunicación interna, en la misión hay muchos caminos y todos ellos muy llanos, y en cuanto a comunicación con el exterior, se destaca que en diecinueve horas de tren se puede llegar a Shanghái.

Aun cuando por su situación geográfica parece que debiera ser más favorable el clima, el hecho de ser la zona sumamente llana, sin ningún abrigo ni contra los vientos gélidos del norte en invierno ni contra los rayos abrasadores del sol en el verano, hace que el clima continental propio de ella sea más extremo, haciéndolo sumamente duro tanto en invierno como en verano, con temperaturas que van desde los −14ºC a los 41ºC.

El suelo es de gran feracidad, con tierras de aluvión sedimentadas largamente por el gran río Amarillo, famoso por la fuerza arrolladora de sus olas y por el color amarillento de sus aguas ricas en sedimentos. Discurría por las zonas de la misión hasta que, dando media vuelta a la izquierda, desvió su curso hacia las regiones del norte, dejando una tierra de gran fertilidad.

Más del ochenta por ciento de los habitantes del territorio se dedicaban exclusivamente a la agricultura, y de la agricultura

---

[40] J. Ochoa, «Memoria (20 mayo 1923) presentada al venerable definitorio provincial» en *Cartas*, 15.

salían los medios con que sustentaban la vida, frugal y sencilla, todos los campesinos y la mayor parte de los que vivían en las ciudades. La abundancia de la cosecha dependía no tanto del sistema de cultivo, que no era muy desarrollado, sino de la bondad del cielo. Llueve poco durante el otoño, invierno y primavera; en cambio, en el verano las lluvias son frecuentes y torrenciales. Al año se recogían ordinariamente dos cosechas. La principal, que es de trigo y cebada y que era muy abundante a poco que lloviese, y la segunda o de verano, que consistía principalmente en sorgo, mijo, variedades de alubias, camote, hortalizas, algodón, cacahuete y cuando lo permitían las autoridades, que era con relativa frecuencia, opio.

> *«El arbolado es relativamente escaso. Solamente en las inmediaciones de las ciudades, mercados y villorrios se ve alguna abundancia de árboles frutales que constituyen para el industrioso chino otra no pequeña fuente de ingreso»*[41].

2. Descripción sociogeográfica de la misión

Aun cuando no haya cifras exactas de fuentes oficiales, los misioneros siempre manejan la cifra aproximativa de dos millones y medio de habitantes, dando una densidad de población de 300 habitantes por km^2.

Sirva como presentación de la geografía de la Diócesis este vívido y conciso cuadro que un misionero nos invita a imaginar:

> *«Figúrate una llanura inmensa y arenosa, a la vez que cultivable, sin la menor interrupción de la más leve prominencia; distribuye luego, a tu antojo, por toda su superficie, y algo apretadamente, cientos y miles de conglomeraciones de árboles, por entre cuyas enramadas se distinguen unas veces las*

[41] J. Ochoa, «Ecos de China», *BPSN* 15 (1924), 257.

murallas de tierra de los villorrios y otras una porción de casas fabricadas todas con tierra sin excepción; esparce después entre todos esos villorrios y lugares, con bastante bien proporcionada distancia, unas siete u ocho ciudades con sus respectivas dobles murallas, la exterior de tierra y la interna de ladrillo; salpica si quieres los intersticios, que quedan libres, con profusión de montículos como de metro y medio de alto y con alguno que otro obelisco de piedra, que no son otra cosa que las sepulturas chinas. [...] Aún puedes colocar aquí una pagoda, allí otra con su gran torre...»[42].

a) Los villorrios y sus casas

La mayoría de la población, campesina, vivía en la infinidad de villorrios que poblaban toda la campiña. Los villorrios eran pequeñas aldeas abiertas a todos los vientos, de no más de treinta casas en general, no pasando ninguno de las cincuenta viviendas, y no llegando muchos de ellos ni siquiera a diez. Estaban esparcidos por toda la geografía, a unos tres o cuatro kilómetros de distancia, llegando incluso a confundirse muchas veces por no estar separados más que por una zanja. Algunos estaban rodeados de una muralla de tierra, medio derruida, que quería servir de protección contra las incursiones armadas de los bandidos.

Desprovista la región de Kweiteh de piedras, las casas eran todas de tierra, que sacaban de zanjas enormes que abrían en el suelo, con la que levantaban con facilidad paredes de hasta dos metros de altura. Sobre ellas, el tejado, formado por varios maderos con un entramado de caña de sorgo sobre el que extendían puñados apretados de paja. Tenían una puerta mal encajada y un ventanuco que no admitía mucha luz. Interiormente estaban divididas con tabiques de caña.

[42] L. Arribas, «Desde China. Nueve días de misión», *BPSN* 16 (1925), 150.

b) Los mercados

Había un sinnúmero de pequeñas ciudades llamadas mercados, a donde concurrían los habitantes de los villorrios para proveerse de lo que necesitaban y no podían hallar en el campo.

En estas ciudades había muros de tierra para protegerse de los bandidos y salteadores. Sin embargo, su solidez defensiva se reducía en realidad a unos caballones de tierra, de unos dos metros y medio de altura, con cuatro aberturas a cada uno de los puntos cardinales y encajada en cada una de ellas una puerta de ladrillo, generalmente muy desportillada y ruinosa. No gozaban de guarnición, aunque alguna vez, cuando había peligro de asedio, los mandarines de las Subprefecturas les mandasen alguna guardia.

c) Las Subprefecturas

Son las ciudades principales, en las que, por ser cabeza de distrito, residía la autoridad civil (el mandarín) y que contaban con pequeños destacamentos para su defensa. Su población oscilaba entre diez mil y doce mil habitantes. Todas ellas estaban provistas de doble muralla para su defensa, una interior de ladrillo y otra exterior de tierra.

Están formadas por dos calles principales, trazadas en forma de cruz siguiendo los ejes de los puntos cardinales con sus respectivas puertas en las murallas. Es en esas calles donde se desenvolvía el comercio.

La misión contaba con siete Subprefecturas: Yungcheng, Siayi, Yucheng, Ningling, Checheng, Kaocheng y Kweiteh. Esta última, era la antigua capital de la Prefectura civil, y aun cuando en esa época estaba al mismo nivel administrativo que las otras, seguía conservando el nombre de prefectura, y su extensión y población eran bastante mayores del resto, no bajando de los 60.000 habitantes.

A los nombres de estas ciudades se les suele añadir el carácter Hsien (xian) que significa "subprefectura". Así, Siayihsien quiere decir subprefectura de Siayi. Sólo la Subprefectura civil de Kweiteh mantenía su antiguo tratamiento "Kweitehfu", donde el carácter "fu" significa "prefectura".

d) La Prefectura de Kweiteh

Como hemos dicho, esta ciudad fue la capital de la Prefectura civil, pero en esa época había quedado reducida al mismo estatus civil de las otras Subprefecturas. A nivel eclesial, esta ciudad dará nombre y será la sede central de la circunscripción eclesiástica. Para tener una idea de la ciudad, resumo la descripción que de ella hace el padre Zunzarren a los dos meses de su estancia allí:

> *«Se halla Kweiteh rodeado de una regularmente alta y fuerte muralla de ladrillo de escaso grosor, pero sostenida por unos dos metros de tierra y piedra muy compactas. [...] Tiene cuatro puertas en los cuatro puntos cardinales, cercándola un medio círculo con otra fuerte puerta de hierro que todas las noches indefectiblemente han de cerrar los soldados. [...] Todas las puertas de la ciudad están continuamente guardadas por los militares. [...]*
> *La calle mayor, con sus establecimientos e infinitas tiendas en lugar de puertas, con otros mil tenduchos a la orilla de la calle, y con gentes que van y vienen sin darse reposo durante todo el día. [...]*
> *A pocos pasos de esta puerta sur se halla, un poco separada de las casas, una puerta verdaderamente preciosa y digna de mención con graciosos y finos trabajos en piedra y que semeja un arco de triunfo. [...]*
> *Al otro extremo de la calle -puerta norte- se deja ver encima de la muralla, una formidable estatua de Buda arrellenada en su sillón, como en ademán de guardar las puertas de la ciudad, pero que se halla ya en un mísero estado, a causa del abandono y suciedad en que la tienen estos chinos. […]*

A unos diez minutos de camino de la muralla de ladrillo, rodea la ciudad otra muy inferior de tierra, quedando el intermedio bastante rebajado de nivel, sirviendo tal vez de foso, y que en tiempos de lluvia e invierno se llena completamente de agua. A los lados del camino que une las dos murallas, hay diseminadas grande número de casas, de un piso muy bajo, de adobes o más generalmente de tierra y paja. [...] No hay en esta ciudad fábrica alguna.
A un lado de la carretera y a dos pasos de la muralla de tierra, tienen los protestantes americanos un grande y hermoso hospital con todos los adelantos modernos, una bien montada escuela con amplio lugar para seguir edificando; ésta es la carretera, bastante bien cuidada, que derechamente conduce a la estación del ferrocarril»[43].

3. Descripción sociológica

a) Hambre y pobreza

«Hablar del territorio de nuestra Misión, y hacer caso omiso del azote del hambre que tantos estragos causa, vale tanto como ir a retratar un personaje y dejarse en la paleta aquello que le caracteriza, porque es defectuoso»[44]. Así comenzaba el padre Mariano Alegría[45] uno de sus artículos sobre la vida de la Misión. Realmente, el hambre y la miseria marcaban la vida cotidiana de tantas personas. Como él refiere, recogiendo estadísticas que considera fiables, esta situación afectaba a un cuarenta por ciento de la población china, porcentaje que en las provincias más pobres llegaba hasta cotas del setenta por ciento. Aun encontrándose Honan entre estas últimas, sin embargo, el padre

[43] P. Zunzarren, «Desde China», *BPSN* 15 (1924), 250–252.

[44] Tahutse, «Aspectos de la vida misional en China», *TM* 4 (1931), 375.

[45] La personalidad que se esconde tras el pseudónimo "Tahutse", que significa "barbudo", es, sin duda, el padre Mariano Alegría, que siempre firma así las crónicas de Kweiteh a título de superior religioso.

Mariano Alegría no creía que en esta provincia y misión los porcentajes llegasen a tanto. Así las cosas, nuestro misionero exclama que el hambre es «uno de los aspectos más salientes de la vida de esta región y uno de los problemas más agudos y de más difícil solución» y que para la gran masa del pueblo bajo, la lucha por cubrir las necesidades más básicas sea tantas veces «terrible, continua y sin esperanza de alivio próximo»[46].

Entre los factores y causas del hambre que recogen nuestros misioneros en sus escritos hay que mencionar el conjunto de plagas naturales, sociales y políticas que periódica y recurrentemente asolaban esta y otras regiones de China: las inundaciones y las sequías, el bandidaje y las guerras civiles, las exacciones y desbarajuste administrativo de los jefes militares, verdaderos señores feudales, que hacían y deshacían a su arbitrio en los territorios que dominaban, más atentos a mantenerse en el poder y a defenderse de sus ambiciosos enemigos, que a mejorar el precario estado a que se veían reducidos muchos de sus súbditos; el estado de explotación despiadada del que era objeto el trabajo y actividad de esas gentes por parte de las autoridades y de los poderosos; la carencia de industrias o empresas en las que se diera ocupación a tantos desocupados, la poca explotación de los recursos naturales; la desigual distribución de la propiedad; las usuras vergonzosas y crueles...

Cuando, bien por sequía o por inundaciones, se perdían las cosechas, cientos y miles de personas quedaban sin pan ni albergue, haciendo que durante los duros inviernos se vieran invadidos los

[46] «Llegándose al extremo de vender públicamente las niñas púberes por cantidades irrisorias, que, si son una prueba de la vergonzosa degradación a que llegan los pueblos privados de la luz de la fe cristiana, no lo son menos del estado de necesidad y miseria a que se ven con frecuencia reducidas las familias, de las que hace su presa el terrible azote del hambre» (TAHUTSE, «Aspectos de la vida misional en China», 376).

campos, pueblos y ciudades de multitudes hambrientas que llamaban a todas las puertas. Mujeres débiles, ancianos desvalidos, niños tiernos que apenas habían abierto los ojos a la luz de la vida, pagaban su tributo a este azote cruel. Algunos, más fuertes y animosos, emigraban a otras tierras, pero la mayoría, cediendo a la fuerza del instinto y de la extrema necesidad, se derramaban por los campos y se disputaban las raíces, las cortezas de los árboles y todo tipo de hierbajos que encontraban. Otros, los más fuertes, se resolvían a afrontarla con un fusil en la mano ejerciendo de bandidos.

b) Bandolerismo

La provincia de Honan era también una de las más famosas por las muchas cuadrillas de bandoleros que robaban, saqueaban y asesinaban, siendo en todas partes la pesadilla y el terror de los pueblos, y la causa de ruina y desgracia de innumerables familias.

El bandolerismo era un fenómeno propiciado por un país con grandes inestabilidades políticas, con grandes zonas fuera del control de los Gobiernos donde se refugiaban y se hacían fuertes los señores de la guerra, ejércitos y guerrillas en retirada que unían a sus filas legiones de miserables, que movidos por la necesidad se dedicaban al robo y al pillaje, siguiendo el ejemplo de otros muchos, que de pordioseros, obligados a mendigar hasta el sustento cotidiano, habían logrado hacerse con envidiable fortuna y no escasas riquezas. Esta vida, en principio, no ofrecía grandes dificultades ni muy graves peligros, ya sea por la poca resistencia que encontraban ante el temor que inspiraba a estas gentes el solo nombre de bandidos y sus terribles represalias, ya sea por el abandono y la negligencia de las autoridades en ofrecer seguridad en las campiñas.

Sin embargo, era triste la suerte de aquellos desgraciados, cualquiera que fuera su elección, pues más tarde o más temprano los conducía irremisiblemente al mismo fin: a una muerte tan trágica como segura, pues cuando eran cogidos por la justicia, ésta «obraba siempre enérgica y rápidamente ejecutándolos a todos sin más averiguaciones que el mero hecho de haber sido bandidos»[47].

Pero al daño que los bandidos producían a la ya paupérrima economía y tranquilidad de los campesinos, se le añadían las desgracias de los que querían defenderlos de ellos.

Estaban los "min-tuan" (grupos populares), que era una especie de guardia pública o civil distribuida entre las ciudades y los pueblos principales, pagada y mantenida por el pueblo, pero sin mucha efectividad, siendo «más propensos a la huida vergonzosa que al sacrificio y muerte por noble causa»[48].

Estaban los contrabandidos o también llamados "lanzas rojas", que eran hombres armados que se habían conjuntado bajo un mando un poco inteligente, por ejemplo, un mandarín fracasado, y hacían guerra abierta a los bandidos. Sin embargo, su defensa les costaba cara a los campesinos, como manifiesta el testimonio de unos cristianos recogido por el padre Venancio:

> *«Por ellos, me dicen los cristianos, no vienen aquí bandidos; pero ellos son peores que los bandidos, pues con estos cerrábamos las puertas, nos defendíamos y las más de las veces no podían entrar, y así conservábamos nuestras cosas. Con estos otros no puede ser así: vienen como protectores a quienes les*

---

47 L. Lorente, «El que no siembra...», *BPSN* 18 (1927), 141–149, 143.

48 A. Quintanilla, «Bandolerismo», 112.

debemos la paz y tranquilidad y, por lo tanto, hay que alimentar y aun sostener sus caprichos y vicios. Para todo tienen las puertas abiertas y cogen todo cuanto se les antoja. Además, sabemos que antes eran bandidos: han cambiado de cabecilla y de nombre, pero en cuanto a los efectos para nosotros es lo mismo»[49].

Algunas asociaciones benéficas intentaban acabar de un modo indirecto con el bandolerismo, recogiendo fondos con que saciar el hambre y satisfacer las necesidades de los muchos desgraciados, «pero ya sea porque los fondos recogidos no son suficientes para cubrir tantas necesidades, bien por la mezquindad de las donaciones, bien porque el dinero se queda entre las uñas de los que lo administran, es lo cierto que los hambrientos y los bandidos ni desaparecen ni siquiera disminuyen»[50].

c) Pillaje

Sin llegar al nivel de los bandidos, se daba también el fenómeno del pillaje familiar, en el que un padre no necesitaba ocuparse de nada, como no fuese de mandar a su cuadrilla de hijos a los campos y, al fin de cada día, exigirles cuenta a todos de lo robado; pues no había guardia ni centinela alguno que se encargase de vigilar y custodiar los campos. Esto daba escenas como aquella que vivieron dos de nuestros misioneros cerca de Kweiteh:

«Contando hombres y mujeres, había, por lo menos, veinte segando, todos más que a destajo. Ya llevaban en bueno su tarea, cuando acertó a pasar por allí un enjambre de muchachos y muchachas, de esos que no tienen más ocupación ni más oficio que el de robar, y, presentes allí aquella turba de

[49] V. Martínez, «De la Misión de Yucheng», *TM* 12 (1939), 267–287, 274–275.

[50] A. Quintanilla, «Bandolerismo», 113.

segadores, que eran por lo menos padre, madre, hijos y toda la parentela, en menos que se cuenta uno, dos, vieron desaparecer la mayor parte de la mies que habían segado. Al observar un despojo tan descarado como este, los dueños echaron todos a correr en pos de los rapaces; pero como eran estos una verdadera nube y huyeron todos a la desbandada, no hubo medio de darles alcance y fue muy poco, por consiguiente, lo que aquella pobre familia pudo recobrar»[51].

d) Vida de los campesinos: pobreza, sencillez e inseguridad

Acabamos de ver cómo los campesinos son los que sufrían en mayor parte las lacras del bandolerismo y del pillaje. La dureza de la vida de estas gentes es así descrita por el padre Venancio:

«Con nevadas y el relente de 14 grados bajo cero, cómo los compadecía y me conmovía la vida de estos pobres campesinos, tan sencillos que nada ambicionan, sino un poco de paz, para poder trabajar tranquilamente y después gozar en la familia del premio del trabajo. Y, sin embargo, así van viviendo en un continuo sobresalto; cuando tienen, porque temen que se lo quiten, y cuando no tienen, pues, porque no tienen. [...] ¡Ojalá pudiéramos penetrarnos de todo el fondo de tragedia y de inquietudes que ha apurado y está apurando este pobre pueblo! [...] Nada tienen seguro, ni aun las mismas personas. Los mozos, porque temen que se los lleven; las mujeres, porque temen cosas peores, y los viejos, porque los hijos sostienen la poca vida que tienen»[52].

Este mismo padre se maravillaba al ver la frugalidad y la extrema simplicidad de alimentación de estas gentes, consistente en unos pocos panecillos, acompañados de algunas verduras muy condimentadas y alguna sopa caldosa de arroz o harina.

---

51 L. Lorente, «El que no siembra...», 142.

52 V. Martínez, «De la Misión de Yucheng», 280.

También se maravillaba de cómo los cristianos de uno de sus pueblos vivían felices en medio de tanta pobreza en aquellas casas que, a los ojos de los occidentales se considerarían indignas aun para sus animales de compañía[53]. Otro padre describía así la situación de un villorrio de la campiña:

> *«Hormigueros de seres humanos, que no conocen más explicaciones que la de matar el hambre, casi todos andrajosamente vestidos y las mujeres despeinadas, aunque dicho sea de paso, pudieran servir de modelo a la mayor parte de las que en esos mundos civilizados se precian de honestas y recatadas en sus aliños y en el vestir; hombres, desnudos de la cintura para arriba con la espalda ennegrecida y en algunos agrietada por el sol; chiquillos sin más cubierta para ocultar su desnudez que la roña que los envuelve de pies a cabeza»*[54].

El padre Quintanilla describirá con un expresivo nombre la situación de estas gentes: son potentados de la miseria.

Otra de las consecuencias de la pobreza de los campesinos era que muchos se veían tentados al cultivo del opio, que les dejaba mucho dinero, pero que les traía, al mismo tiempo, desgracias personales y familiares por su consumo:

> *«Porque así es; no se contentan con quitar la paz y tranquilidad al pobre labriego, con el hormigueo pululante de bandidos, sino que también le permiten este veneno que chupa la sangre,*

---

[53] «¡Cómo me acordaba de los occidentales con su confort y su vida muelle y exuberante! ¡Si vieran esto! ¡Si vieran qué personas humanas, con un corazón grande y bello, se esconden en estos cuchitriles que los considerarían indignos aun para esos animalitos caseros...! ¡Qué sencillos los de Jaulou! Son todos cristianos y catecúmenos, no hay ni un pagano y viven felices en medio de tanta pobreza» (*Ibid*, 278).

[54] A. QUINTANILLA, «Primera Visita Pastoral en nuestra Prefectura Apostólica de Kweitehfu», *TM* 2 (1929), 11, 168.

enerva las potencias del alma y mata todos los buenos ideales. No sabemos quién tiene la culpa ni por qué este año hay una exuberancia de opio como pocas veces conocida»[55].

e) Viudas y huérfanos

Especialmente desamparadas en esa sociedad se encontraban las viudas, huérfanas o abandonadas, que ni tenían acceso a la cosecha, ni quien les tendiera la mano:

«La viuda desamparada, la joven huérfana, que se encuentra sola en el mundo sin tener quién la mire a la cara, como no sea para ultrajarla primero y despreciarla después; los pobres niños que también tuvieron la desgracia de perder a sus padres y los que, aun teniéndolos, se ven arrojados de casa y se encuentran sin auxilio ninguno y sin amparo; todos estos y los innumerables desvalidos que andan también abandonados por todas partes, son seres desventurados que constituyen legión y que viven muriendo por las calles, por los caminos y por los campos, sin que haya uno apenas que se apiade de ellos y les dé, compasivo, el pedazo de pan que piden, postrados todos hasta el suelo y con lágrimas en los ojos que les salen del corazón»[56].

f) Machismo y condición social de la mujer

La situación de la mujer en una sociedad tan profundamente machista se hacía más lamentable aún en las zonas interiores como la de la misión. No había para ella colegios y conservaban con gran arraigo la costumbre de impedir el desarrollo de los pies, que sometidos a terribles tratamientos constrictores y deformadores conseguían que los tuvieran «semejantes en el tamaño y en la forma a los de los rumiantes más pequeños», y «se la sometía a los más bajos y rudos trabajos, mientras el hombre

---

55 V. Martínez, «De la Misión de Yucheng», 279.
56 L. Lorente, «El que no siembra...», 147.

permanecía holgando por la calle o tumbado en casa fumando el opio y entregado a la molicie más degradante»[57].

> *«De hecho no se la reconoce derecho ninguno y el jefe de la familia es dueño absoluto y señor de cuantas pueda tener en casa, sea cualquiera la procedencia de las mismas. En virtud de este dominio el dicho jefe puede darlas o venderlas, o hacer de ellas lo que tenga por conveniente, y esto lo hace amparado por la ley, o por costumbre inmemorial que tiene la fuerza de ley, pues se hace al volver de cada esquina y con documentos que acreditan el derecho del nuevo dueño a cuya degradación y despotismo han pasado las desdichadas»*[58].

Y cuando faltaba el marido, la madre seguía sin tener ninguna potestad en la familia, sino que toda la potestad pasaba al primogénito varón, que disponía a su antojo de todos los bienes de casa e incluso de sus mismas hermanas para entregarlas o venderlas a quien tuviera por conveniente.

A las pobres mujeres no les quedaba más desahogo a sus amarguras que los berrinches públicos con que se vengaban de sus maridos, pero que quedaban, para su desgracia, en espectáculos públicos observados con curiosidad, y hasta con desprecio, por los mismos implicados.

g) Infanticidio

El infanticidio, cometido, sobre todo, sobre las niñas, fue la realidad más dura que golpeó los corazones de los misioneros a su llegada a la misión:

> *«Porque da miedo y pone espanto en el corazón, al leer que los hijos, sean niños o niñas, si vienen contrahechos a este mundo, son muertos irremisiblemente. Si son niñas, por el*

[57] L. Lorente, «Desde China. Mis primeras impresiones», *BPSN* 17 (1926), 486.

[58] Enertol, «La Conquista del Cielo a Poca Costa», 25.

simple pecado de serlo, encuentran la muerte, muchas veces violenta; son abandonadas en la vía pública o arrojadas a lugares más retirados, donde servirán de comida a los cuervos, perros o animales más inmundos»[59].

Este crimen se cometía tanto en ciudades como en villorrios, en modo abierto e impunemente. Esta trágica situación mejoró notablemente con el paso de los años, pues cuando la República gozó de cierta estabilidad estableció leyes duras contra este crimen, cambiando en algo la situación, como describe el padre Venancio en el año 1936:

«Es verdad que van desapareciendo aquellas escenas de impiedad, de encontrar en el pilón de cada esquina un cuerpecito destrozado horriblemente, o echarlas vivas al basurero, como se tira un gato medio tísico. Todo esto y otras escenas más no se ven gracias a Dios. La ley civil castiga duramente a los padres que cometen semejante salvajismo. Pero lo que no se hace a las claras en medio del campo, se hace entre cuatro cañizos, sin más testigos que el verdugo vil»[60].

4. Situación misional de Kweiteh

El territorio misional encomendado a la Orden de Agustinos Recoletos correspondía a la parte más oriental del Vicariato de Kaifeng: la Prefectura civil de Kweiteh. La Prefectura civil se dividía en nueve Subprefecturas: Suichow, Checheng y Luyi en la franja suroccidental; Kaocheng, Ningling, Kweiteh, Yucheng, Siayi y Yungcheng, en la franja nororiental.

Los misioneros del PIME habían evangelizado con fruto las Subprefecturas de Suichow y Luyi, donde tenían centro misional con iglesia, casa para el misionero y misionero fijo.

---

[59] P. Zunzarren, «Desde China. Impresiones», *BPSN* 15 (1924), 321.

[60] V. Martínez, «De la Santa Infancia. "Flores de barro"», *TM* 9 (1936), 134.

El resto de la Prefectura civil de Kweiteh, no había contado nunca con un misionero fijo, sino que las labores de evangelización y de cuidado pastoral se hacían desde aquellos centros misionales (Suichow, Luyi) desde los que iban los misioneros en rápidas correrías apostólicas, no muy frecuentes debido a la distancia y al peligro continuo de los bandidos.

En alguna que otra parte se consiguió formar algún núcleo regular de bautizados (de entre 40 a 60 cuando más) que, en medio de un ambiente pagano y sólo con el cuidado de algún catequista, arrastraban una vida lánguida y pobre.

Monseñor Tacconi se reservó aquellas dos Subprefecturas más evangelizadas y con estructura misional estable y, en vista de la nueva misión, abrió un centro misional en la ciudad de Kweiteh, donde tenía un pequeño solar y casa, y mandó al padre Cattaneo que acogiera, acompañara y guiara a los nuevos misioneros en el conocimiento de la lengua y de la misión, haciéndose cargo de la atención pastoral mientras los nuevos misioneros se preparaban.

En cuanto al número de cristianos de la misión había un desajuste entre las estadísticas, que registraban 2000, y la realidad, constatada con la visita y reconocimiento de las cristiandades, que reflejó que los cristianos estarían entre 400 y 500 y como mucho no superarían los 600. El padre Ochoa, en su informe de 1926, describe de esta manera lacónica la situación del territorio encomendado:

> *«Basten estas solas palabras: no había misioneros y por tanto no se hallaron cristianos; no había cristianos y, por tanto, no se construyeron iglesias; no había iglesias, por lo que no había tampoco casas para residencia habitual de los misioneros»*[61].

[61] J. Ochoa, «Status Missionis 1926», *AGOAR*, L, 7, 7.



1 de noviembre 1929. Inauguración de la residencia de Changkungtsi con la presencia de los religiosos José Martínez, Manuel Echauz, Julián Sáenz y Arturo Quintanilla.



P. Francisco Lizarraga.



P. Pedro Colomo.

1931. Bendición del seminario menor.



C. Inicios y tiempo de Misión independiente (1924-1927)

Se encuentra China en una época de inestabilidad política y social por causa de la debilidad del Gobierno central, por las luchas intestinas de poder entre los señores de la guerra y por la lacra del bandidaje organizado.

La Orden envió en esta época a la misión al principal plantel de misioneros que daría forma e iría poniendo las bases del trabajo apostólico futuro. Plantel formado por diez religiosos sacerdotes y un religioso laico, así como por un nuevo religioso que, en sustitución del padre Ochoa, quedaría como ayudante en la procuración de Shanghái, y que luego será también encargado de la dirección de la revista misionera que se editará allí.

Este periodo fue un tiempo de adaptación, de inexperiencia, de errores, de descubrimiento de una cultura y de unas gentes tan distintas. Época de tensiones e incomprensiones con la jerarquía local, época de estudio de la lengua y de reconocimiento de la misión. Época de echar los cimientos de los puestos de misión, de búsqueda y compra de terrenos, de obras de acondicionamiento...

En cuanto a su situación jurídico-eclesial, será un "noviciado" misionero, un momento de prueba en el que debían superar las reticencias que había suscitado el "postulantado", un poco convulso, de la fundación de la casa *procuración* en Shanghái, por el que eran acusados de no tener motivaciones claras y rectas para asumir la misión, sino que lo hacían principalmente para poder justificar la casa *procuración*, erigida por motivos únicamente económicos. Los misioneros y la Provincia tuvieron que dar lo mejor de sí mismos para hacer ver la nobleza y firmeza de sus deseos de misionar en China.

1. Preparación del terreno (1924)

El padre Ochoa llegó a la misión el 16 de febrero de 1924 para preparar la llegada de los misioneros. Él, que estará de un modo u otro al frente de la misión en sus diversas etapas, será, sin duda, el alma organizadora que llevó sobre sus hombros la grave responsabilidad de guiar la obra de evangelización en tan difíciles y complejas situaciones por las que pasó la misión de Kweiteh.

Había realizado parte de su carrera sacerdotal, durante dos años y medio, en el colegio agustiniano de Villanova, Pensilvania, EE.UU. Ya ordenado sacerdote, había ejercitado por tres años su ministerio en la Isla de Trinidad. Después fue destinado a las Islas Filipinas, ejerciendo durante dos años en Manila como capellán del ejército americano, consiguiendo atraer al seno de la Iglesia Católica a varios oficiales protestantes. Después, fue durante cuatro años viceprocurador en Shanghái, que por las circunstancias que se dieron allí, fueron años difíciles para él.

Hombre de buena salud, viril, en la plenitud de su vigor y madurez, con 35 años y ya con cierta experiencia para estar al frente de una misión que requería comenzar todo de la nada y que requería un saber hacer "internacional". Conocía bien el inglés y llegaría a expresarse correctamente en italiano y en francés.

Sin embargo, el padre Ochoa no tenía gran interés por ir a la misión, y menos aún por ir de superior. Escuchemos directamente cuál era su disposición de ánimo y su espíritu religioso y de obediencia en aceptar la responsabilidad que la Providencia le marcaba, aunque fuese para él una carga que al final terminó por abrumarlo, llevándolo a renunciar:

> *«Es verdad, y no he de ocultarlo, que no tenía muchas ganas de ir a la misión, y para ello tengo mis razones; pero, de palabra y por escrito he dicho siempre, que, a pesar de todas mis razones y mi modo de ver y apreciar las cosas, estaba del todo*

dispuesto para cuanto de mí dispusieran. [...] Tenga por cierto, que, vaya el primero o el último, que esto me tiene muy sin cuidado, he de procurar trabajar y hacerme a las privaciones y cruces de esa vida, como el que más. Después de todo, casi estoy convencido de que por mucho que allí sufra, no ha de llegar, ni de muy lejos, a lo que he sufrido durante estos cuatro últimos años. [...]
Respecto de lo otro, o sea, de ir allí de superior, vea si encuentra otro más digno y más apto para el caso. A mí me basta con tener que dar cuenta a Dios de mí mismo; mientras que, si voy a la cabeza, primero tendré que dar cuenta de mí, y después, otra quizás más estrecha a Dios y a la Provincia de mis hermanos. Pero en esto, como en todo lo demás, sea lo que V. R. disponga»[62].

Así narra el padre Ochoa su primer encuentro con monseñor Tacconi en calidad de superior de la misión: «Fui a Kaifeng a presentarme al señor obispo y darle cuenta de nuestras gestiones. Al saber que venían cuatro más se alegró muchísimo, y dijo que esto era comenzar bien. Estuvo tan amable como siempre, y al pedirle licencias, me dijo que tenía todas, y hasta me hacía vicario general suyo en esta misión»[63].

En la casa de Kweiteh no cabían sino dos personas y en malas condiciones, debido a la humedad. El padre Ochoa consiguió alquilar una casa grande de seis cuartos, lo que necesitaban para alojar a los misioneros de la primera expedición y al padre Sádaba, definidor provincial, que venía a traerlos.

Siguiendo las recomendaciones de monseñor Tacconi y aprovechando el buen inglés del padre Ochoa, este abrió al poco de llegar una escuela de inglés para niños y jóvenes con la que poder

---

62 J. OCHOA, «Carta (21 enero 1924) al prior provincial Celestino Yoldi», en *Cartas*, 21.

63 J. OCHOA, «Cartas de China», 280.

darse a conocer y así empezar a entrar en contacto con la gente, aprovechando el gran interés que los chinos mostraban por ese idioma. Cuando la expedición de misioneros llegue a Kweiteh serán los alumnos los que se encarguen de hacer el recibimiento.

Este hecho suscitó una reacción en los protestantes de Kweiteh, que manifiesta bien a las claras una actitud de rivalidad por la conquista evangelizadora de aquellas gentes. Así lo describe el padre Ochoa:

> *«Al día siguiente de anunciar mi clase de inglés, los señores protestantes hicieron otro tanto, y pusieron sus anuncios muy pegaditos a los míos. Yo tengo la clase de seis a siete de la tarde. Ellos han de tenerla a la misma hora. Hasta que no se me ha ocurrido a mí enseñar inglés, no han pensado ellos en eso»*[64].

Las relaciones entre protestantes y católicos se mantendrán a lo largo del tiempo entre una actitud de caridad fraterna y respeto en el trato personal y una actitud de rivalidad y de competencia en lo pastoral.

2. Problema del protectorado

Mons. Tacconi fue a Shanghái para participar en el primer Concilio Plenario Chino que se desarrolló del 14 de mayo al 12 de junio de 1924. En su estancia le llegaron los rumores de que a los Recoletos sólo les interesaba coger una misión en China para justificar su procura en Shanghái. Ya antes de volver a la misión se quedaron las cosas bastante tirantes en Shanghái entre él y el padre Sádaba. Cuando monseñor Tacconi regresó a Kaifeng, el padre Ochoa le escribió una carta diciéndole que estaba al tanto de lo ocurrido en Shanghái y apenado por ello. Monseñor Tacconi le

[64] *Ibid.*, 286.

contestó diciendo que estuviera tranquilo y que no se preocupase, que él seguía siendo tan buen amigo suyo como antes.

El padre Sádaba escribió al padre Ochoa diciendo que habían decidido allí la cuestión de poner la misión bajo el protectorado francés, encargándole que fuera a Pekín a arreglarlo con el ministro francés y que se lo indicara a monseñor Tacconi.

El padre Ochoa se comunicó por carta con monseñor Tacconi de un modo cordial, pero lo que recibió fue una carta en la que le ponía los puntos sobre las íes, remarcando que estaban en tiempo de prueba y sometidos a su jurisdicción, por lo que no eran ellos los que tenían que decidir ese asunto, en este tenor:

> *«Es demasiado temprano que usted piense acerca de un protectorado, ya sea francés o americano, pues en cualquier suceso imprevisto que pudiera ocurrir, soy yo, obispo italiano, quien tiene el derecho de resolver la cuestión y no usted ni ninguno de su Orden.*
> *Usted debe esperar hasta que tenga una misión independiente y propia para escoger el protectorado que le plazca.*
> *Yo puedo enviar a usted y a sus sacerdotes a cualquier lugar de mi Vicariato que yo quiera. No tenga prisa por conseguir su independencia; las cosas deben ir suavemente y despacio»*[65].

Ante esta respuesta, el padre Ochoa se dirigió a Kaifeng para hablar directamente con monseñor sobre el asunto. Comenta así al padre provincial el resultado de su conversación:

> *«La conferencia que tuve con monseñor fue larga y muy pacífica, y me repitió muchas veces que estuviese tranquilo y que podía estar seguro de que me apreciaba como antes. Se ve que*

[65] J. OCHOA, «Carta (30 junio 1924) al prior provincial Celestino Yoldi», en *Cartas*, 28–33.

le han metido muchas cosas en la cabeza durante su estancia en Shanghái, y no podía menos de suceder esto. Entre otras cosas, me dijo: "no crean sus superiores que han tomado esta misión para justificar su procuración en Shanghái"»[66].

El padre Ochoa escribió al padre provincial contándole lo sucedido, pensando que la indicación del padre Sádaba procedía de una decisión del padre provincial. Pero la decisión no había sido decidida ni autorizada por él. El provincial, padre Celestino Yoldi, escribirá al padre Sádaba diciendo que no se había considerado ese asunto y que entre las cartas que le había enviado desde Shanghái no había mencionado esta cuestión.

Respecto al origen de la decisión, cuenta el padre Ochoa que no salió de ellos sino de un amigo de Shanghái que suponía se les había concedido la misión como propia. Luego, el padre Sádaba transmitió la noticia, pensando que la había comunicado a Manila, y el padre Ochoa pensó que era asunto del provincial.

3. Llegada de los misioneros (1924-25)

Conocida la situación de desconfianza respecto al verdadero propósito de los Recoletos en Kweiteh, la Provincia consideró, a instancias del padre Ochoa, que era necesario hacer un esfuerzo importante respecto al número y calidad de los religiosos enviados para alejar toda sospecha y dejar bien claro los verdaderos intereses misionales que movían a la Orden:

«Esperamos, pues, que ahí harán lo que puedan por enviar el mayor contingente posible, para impresionar gratamente, no sólo a la S. C. de la Propaganda, sino también a otros que,

[66] *Ibid.*

parece están mirando con catalejos para ver cómo comenzamos los Recoletos»[67].

Parece que no había demasiado entusiasmo entre los nuevos frailes que llegaban a Filipinas e incluso parece que había un poco de miedo de ser destinados a la nueva misión. El padre Ochoa ve importante dar el primer paso con jóvenes decididos que después puedan ilusionar a los que viniesen detrás:

«He sabido con mucho sentimiento que nuestros jóvenes no vienen muy entusiasmados, y hasta temen algunos de que los envíen por aquí. Como nuestra empresa depende más del elemento joven, es preciso que se decidan a romper filas, y después… Después todo será fácil. Los que ya estemos nos encargaremos de entusiasmar a los venideros»[68].

El padre provincial Celestino Yoldi había escrito una circular a finales de 1923 pidiendo voluntarios para la nueva misión. Esta era la opinión del padre Ochoa sobre esta cuestión:

«También me parece muy acertado eso de no obligar a nadie a venir a China; pues, si aun pidiéndolo, una vez aquí no les parece esto lo que se habían imaginado, y en más de un caso viene la desilusión y el decaimiento de ánimo, si se les obligara, vendría naturalmente el descontento que de esta otra manera tienen que ocultar por habérselo querido cada uno al pedir para China. Sin embargo, hay que infundir en todos el espíritu misionero que siempre nos ha distinguido a los Recoletos y que ahora va desapareciendo entre los jóvenes, según me han escrito algunos padres de España»[69].

---

[67] J. Ochoa, «Carta (24 enero 1924) al prior de Recoletos P. Pedro Pérez», en *Cartas,* 22–23.

[68] *Ibid.*

[69] J. Ochoa, «Carta (12 septiembre 1925) al prior provincial Bernabé Pena», en *Cartas,* 69–70, 70.

Tras la selección de candidatos se organizó la primera expedición dirigida por el padre Francisco Sádaba, definidor provincial, compuesta por cinco misioneros: los padres Sabino Elizondo, Mariano Alegría, Mariano Gazpio, Luis Arribas y Pedro Zunzarren. Salieron de Manila el 11 de marzo de 1924, llegando a Shanghái el día 19. A los pocos días partieron para Kweiteh. El padre Pedro Zunzarren estaba destinado a sustituir en Shanghái al padre Javier Ochoa; sin embargo, fue a Kweiteh con la primera expedición y con el padre Sádaba. Hasta el regreso del padre Zunzarren, se quedó en Shanghái el padre Sabino Elizondo, quien se incorporaría a la misión de Kweiteh con la segunda expedición.

Fue precisamente el padre Zunzarren quien en el tren sufrió una agresión que apuntaba a ese sentimiento xenófobo incrementado después durante la revolución nacionalista[70].

El 4 de abril llegaron a la misión y «a los tres o cuatro días de nuestra llegada, —sigue narrando el padre Arribas— reunidos todos los misioneros en la capilla, el padre Sádaba, después de una breve, pero devota plática, nos leyó un oficio por el que el R. P.

[70] «Nos hallábamos a la puerta de la división del coche que ocupábamos todos menos el P. Zunzarren que, recostado en una de las ventanillas, estaba durmiendo la siesta. Precisamente se trataba de lo muy custodiados que por soldados y policías iban los trenes, a fin de preservarlos de las acometidas y vejámenes de que son objeto, cuando de repente, un seco y fuerte chasquido nos hizo volver la cabeza con gran sobresalto hacia las ventanillas de nuestro departamento. El P. Zunzarren, incorporado en el asiento y un tanto impresionado, se hallaba rodeado de cascos de cristal y, medio durmiendo todavía, aseguraba que la lámpara había estallado. Levantose para limpiarse de los pedazos de vidrio, y entonces vimos en la ventanilla, donde se había recostado y la misma parte donde había tenido apoyada la cabeza, un enorme boquete, que una mano alevosa había abierto tirando con inusitada violencia una piedra de tamaño regular» (L. ARRIBAS, «Apuntes de un viaje al interior de China», *BPSN* 15 (1924), 177–185, 182–183).

Javier Ochoa quedó nombrado delegado provincial de esta nuestra nueva misión de China»[71].

La segunda misión contó con los padres Lorenzo Peña, Julián Sáenz, José Martínez y Manuel Echauz, quienes se embarcaron en Manila el 20 de septiembre de 1924 rumbo a Shanghái trámite Hong Kong. El 27 llegaron a su destino, donde se les unió el padre Sabino Elizondo. El 3 de noviembre se embarcaron en un vapor que les llevó hasta Nankín, donde les esperaban el padre Ochoa y el padre Zunzarren, que regresaba a su destino de Shanghái. El padre Ochoa y los nuevos misioneros llegaron a la misión de Kweiteh el 6 de noviembre.

Así describe el padre Ochoa la situación de la misión tras la segunda remesa de misioneros:

> *«Llegaron a esta misión cinco misioneros nuevos, todos ellos jóvenes y animosos, como hace falta que sean todos los que aquí vengan. Uno de los cinco que vinieron al principio, el P. Pedro Zunzarren, volvió a Shanghái como socio del P. Cueva. De modo que ahora somos nueve los que quedamos en la misión. No hay duda ninguna que N. P. provincial ha hecho un grandísimo esfuerzo para poner tantos en tan poco tiempo. Pero, a decir la verdad, era necesario dar un golpe así, para tapar la boca a muchos que creían que los Recoletos éramos incapaces de tomar una misión en China»*[72].

Este grupo de nueve misioneros constituirá el grueso de la misión al que se le irán juntando otros que irán llegando en general de dos en dos y con un intervalo de dos o tres años.

En esta época de asentamiento llegarán otros dos frailes a la misión: el hermano Eusebio Martínez y el padre Luis Lorente. El

---

[71] *Ibid.*, 185.

[72] J. Ochoa, «Carta (16 noviembre 1924) al prior general Gregorio Segura», en *Cartas*, 55–56.

hermano Eusebio se hará cargo durante veinte años del cuidado de la casa central y de los frailes residentes en Kweiteh, y fue pedido por el padre Ochoa al provincial Celestino Yoldi.

El padre Luis Lorente también llegó tras la inauguración de la nueva casa central. Creó desde el principio problemas, sin adaptarse ni inculturarse, y provocando disensiones. La situación duró hasta el 1929 cuando lo sacaron de allí enviándolo a Shanghái a ocuparse de la dirección de la revista misional creada el año anterior, cargo que ocuparía sólo durante un año, ya que crearía también problemas entre los frailes y tendría que salir. Así describe el padre Ochoa la situación provocada por este religioso:

> *«Se trata de un padre que no puede vivir en paz en ninguna parte, y que ya en España fue el tormento de varios superiores, según escribían al venir a la misión el año 1925. Aquí, puedo decir y probar, no simpatizó con ninguno de los misioneros y que todos estaban deseando que saliera. Por lo que a mí se refiere, puede decirse que durante los tres años que aquí estuvo, no trató sino de indisponerme con mis misioneros, y también de esto puedo dar buenas pruebas. Por fin, y gracias a la revista, pudo salir de aquí como "director" con la cabeza algo levantada, pero de otro modo habríamos tenido que echarlo de mala manera»*[73].

4. Proceso de adaptación

Con la llegada de los misioneros a la misión, éstos se enfrentaban a un proceso de adaptación a un mundo nuevo en todos los aspectos. Desde la mera adaptación física al clima, a las comidas, a la indumentaria, pasando por el aprendizaje del idioma y de la cultura, hasta ir adentrándose en el alma de un pueblo.

[73] J. Ochoa, «Carta (10 abril 1930) al prior general Gerardo Larrondo», en *Cartas*, 153–154, 153.

> *«Un mundo nuevo, del todo diverso, si no contrario, a cuanto en su vida ha visto y sentido. No es sólo el paisaje, son las costumbres, el carácter, la cultura, en una palabra, el alma china. No podrá llegar hasta el corazón de ese pueblo, aunque logre dominar el idioma con sus complicados ideogramas y sus extrañas expresiones, si no llega a asimilar también esa alma china. Tendrá que transformar su propia alma para obtener lo que el primer misionero colombiano en China en expresivo neologismo llamaba chinificarse»*[74].

Así, los misioneros cuentan cómo a su llegada a la misión había infinidad de cosas que les parecían muy raras y a las que poco a poco se fueron amoldando, hasta que les parecían normales.

La figura de los catequistas nativos fue de gran ayuda para superar las barreras y dificultades culturales con que se encontraban los misioneros. Estos hacían de puente, de intermediarios que allanaban el camino de acercamiento con los otros y que favorecían la resolución de los asuntos de la vida ordinaria.

Los religiosos se acomodaron al uso de los misioneros vistiendo la toga china con el cuello romano, permitiendo las vestiduras laicales cuando no pudieran de otro modo transitar o permanecer cómodamente en los lugares a donde debían ir.

Otro de los signos característicos de los misioneros de China era el dejarse la barba estilo chino. Los mismos misioneros descubrieron el sentido cultural que tenía y la importancia para el religioso de aparecer a los ojos de los chinos con este porte. Según recogen los misioneros en un artículo de su revista misional, no se concebía en China un hombre de pro sin una hermosa barba. Además, este aspecto cultural, como casi todo en la vida china, estaba regulado por la costumbre y no se dejaba a la

[74] «Aprendiendo a hablar», *TM* 11 [1938], 226.

iniciativa personal. Sólo el que tenía nietos o era jefe de familia tenía el privilegio de llevar barba. Al ser emblema de edad madura, la barba inspiraba confianza y estima, suponiendo en quien la portaba sabiduría y experiencia, por lo que la gente al verlos, los llamaba ancianos.

De modo semejante, aunque diverso, los propios habitantes del lugar debían adaptarse también a la presencia de los extranjeros y a su diversidad en tantos aspectos. El inicio de este encuentro venía siempre marcado por la curiosidad hacia lo extraño. Los misioneros tuvieron que vivir este tipo de experiencias que describen con gracia y humor:

> *«Lo mismo fue salir a la calle y echarnos a andar, que empezar a rodearnos una turba de chiquillos, que fue creciendo según íbamos avanzando, hasta llegar a contarse cerca de cuarenta. Consecuencia de todo ello fue, que se asomasen a las puertas hasta la ratas, para ver el espectáculo curioso de tres europeos rodeados de toda aquella manada de pequeños salvajes, que no sólo nos estorbaban el paso, sino que se permitían de cuando en cuando el palparnos y olisquearnos, como si fuésemos héroes caídos de Marte, siendo inútiles para evitar esos desafueros, amenazas y manotazos, pues, si en un principio se dispersaban como bandada de pájaros, no tardaban en írsenos de nuevo reuniendo cautelosamente»*[75].

Posiblemente, como uno de aquellos rapaces, que contaría a la sazón siete años cuando los misioneros llegaron en 1924 a su pueblo Palichoang, fuera el que después llegaría a ser religioso y sacerdote agustino recoleto, el padre Lucas Yuo. Él nos cuenta, desde el punto de vista de los nativos, qué suponía el encuentro con los misioneros:

[75] G. UGARTE, «Ecos de la Misión. Visita Pastoral del Revmo. P. Prefecto Apostólico», 314.

«Los habitantes nunca habían visto en su vida un extranjero de ojos azules y profundos, de narices largas y elevadas, de pelo castaño; lo más curioso era para ellos, cuando venían a saludarle, o mejor dicho, a verle: no sabía hablar, o solamente poquísimas palabras. Entonces todo el pueblo, hombres y mujeres, grandes y niños, venían a ver al extranjero. Cuando el padre misionero llegaba al pueblo, toda la vida de los habitantes cambiaba algo, y parecen festejar la llegada del extranjero; con una máxima curiosidad hablaban sobre es extranjero (sic), pensando el fin y motivo de su llegada. Pues el padre misionero en esa temporada era un espectáculo muy grande. Menos mal; aprovechando esa ocasión de curiosidad, el padre podía aprender el idioma y explicarles el motivo por el cual dejó su patria y vino por allí»[76].

Primeras navidades

En este encuentro entre dos culturas, se produjo una anécdota en relación con la celebración de la Navidad que nos ayuda a comprender el proceso de adaptación e inculturación que deben hacer los misioneros para que su acción pastoral y apostólica sea significativa en el lugar adonde van, y a su vez puedan descubrir en los nuevos modos culturales dimensiones nuevas que enriquecen la comprensión y vivencia genuina del misterio cristiano.

Para los misioneros que van a tierra de misión, la celebración de las primeras Navidades supone un momento en el que la distancia y el choque cultural se hacen más evidentes. Esta experiencia la vivieron de distinto modo los padres que estaban en Kweiteh y los dos que ya habían salido a los puestos de misión: los padres Mariano Gazpio y Mariano Alegría. Los tres padres restantes de la primera misión y los cuatro padres recién llegados apenas hacía un mes, prepararon y solemnizaron la celebración

[76] L. Yuo recogido por A. Quintanilla, «Informe sobre la Diócesis de Kweiteh (Hoy bajo el poder de los comunistas)», *AGOAR*, L, 7, 7.

de la Navidad en Kweiteh. Los misioneros arreglaron la capilla de víspera por la tarde colocando en una cunita una imagen del niño Jesús llevada de España por uno de los misioneros.

Presidió la misa el padre Ochoa, los frailes cantaron a coro la misa *De angelis* acompañados al armonio por el padre Luis Arribas. Al final de la misa los frailes dieron a besar la imagen del Niño Jesús mientras cantaban villancicos, al estilo de España. Veamos cómo lo describe el padre Sáenz:

> *«Una vez terminada la Misa, se dio a besar el Santo Niño, acercándose a besarlo todos los que a ella asistieron. Esta ceremonia era completamente nueva para muchos de ellos por lo que allí se vio; pues en vez de besar al Niño, lo que hacían era una o más inclinaciones, exactamente lo que hacen cuando se saludan unos a otros, y hasta se dio el caso, de que alguno de ellos se llevara en la boca unas pajitas de la cuna, creyendo sin duda, que los demás habían hecho lo mismo»*[77].

Con este ejemplo anecdótico y gracioso se ve la dificultad de despojarse de formas culturales que están muy arraigadas en los misioneros, y la dificultad para entender que los demás no pudieran comprender lo que a ellos les parecía de lo más natural.

La celebración de la Navidad de los hermanos que estaban solos en la campiña, en los recién fundados puestos de misión, fue muy distinta de la de Kweiteh; y humanamente muy distinta de lo que estaban acostumbrados y tan importante era para ellos.

> *«Durante la Misa no oía, como en años anteriores, nada de canto, villancicos ni panderetas; ni veía en el altar ese derroche de luces y flores con que se acostumbra en Filipinas y en España engalanar el altar mayor»*[78].

---

[77] J. Sáenz, «La fiesta de Navidad», *BPSN* 16 (1925), 158–160 159–160.

[78] M. Gazpio, «Cronica de China», *BPSN* 16 (1925), 200.

Este choque brusco los llevó, sin embargo, a vivir de un modo más especial y profundo el misterio. En el despojo de sus propias formas culturales, en el encuentro con la sencillez y la pobreza, adquirieron más claridad para captar la profundidad del misterio y la belleza de la fe profunda de esas gentes sencillas. Escuchemos estas hermosas reflexiones del padre Alegría:

> *«Una capilla de nueve metros de larga por cuatro de ancha, al norte un altar con seis candeleros, una lamparilla que esparce sus trémulos rayos por el recinto, dándole el aspecto que debieron tener las catacumbas de los primeros cristianos, algunos cuadros por las paredes… Y nada más. Todo respira pobreza en aquel lugar sagrado. [...] Y sin embargo, aquí están estos pocos hijos tuyos, confesándote Rey del cielo y de la tierra en el misterio regalado de la cuna de Belén. Allí fueron los pastores, rústicos e ignorantes, los que te adoraron después de conocerte, aquí también son los humildes los que se postran ante Ti; allí fue un pesebre cubierto de pajas el que te recibió de las entrañas de tu Madre Virgen, y aquí tienes un mísero casucho por morada; fueron entonces los grandes de la tierra los que no te confesaron, y son aquí los potentados los que no te conocen. "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". Sí, la paz, que es don del Cielo, para ellos; la paz en sus conciencias, la paz en sus familias, la paz en todo. [...] Esta pobreza, este silencio, esta soledad han tenido la virtud de elevar el alma más arriba que los ruidos, las músicas y las alegrías. La rusticidad de cuanto me ha rodeado se me ha representado como un trasunto de la cueva de Belén, la visión de los cristianos arrodillados y entonando cánticos de alegría ante la cuna del Recién Nacido me han transportado en espíritu hasta las catacumbas de los primeros cristianos. Una y otra han predispuesto mi alma para gustar, como nunca, toda la dulzura de este misterio de amor»*[79].

[79] M. ALEGRÍA, «Notas de un diario. La noche de Navidad», *BPSN* 17 (1926), 514.



Kweiteh. 31 enero 1931. Fachada exterior de la iglesia.

5. Estudio del idioma chino

El estudio de la lengua de un pueblo es el principal camino de comunicación y de penetración en su espíritu y cultura. Siendo el chino, en comparación con las lenguas latinas, sencillo en su gramática, por la gran diferencia que representa en otros tantos aspectos se hace difícil su estudio y su profundización.

Los frailes se dedicaron con ahínco al estudio del chino, pero en unas condiciones y con unos medios tan pobres y un tiempo tan reducido que es realmente imposible que pusieran unas bases sólidas para su apostolado posterior. Verdaderamente es heroico el esfuerzo y el empeño de los misioneros para superar tantas dificultades con tan pocos medios. Decía el padre Elizondo:

> *«Yo lo he cogido con verdadero empeño y no dejo la gramática sino para coger el breviario», si bien reconocía que «estudiándolo hay que mirar un rato al libro y otro rato al cielo para no desmayar»*[80].

En el horario de la comunidad, queda reflejado que en esa época dedicaban dos horas diarias a las clases de chino y cerca de cuatro horas diarias para el estudio personal.

Los padres usaban cuatro tomos de una gramática china en español en la que iban iniciándose en el idioma con la guía y ayuda del padre Cattaneo al principio y de los mismos padres recoletos más antiguos después. Así lo contaba el padre Joaquín Peña:

> *«Acudíamos a la celda reducida y desamueblada del Reverendo P. Alegría con nuestra gramática del P. González, dando el último vistazo a la lección del día. [...] Allí pasábamos un buen rato repitiendo las frases más usuales y, sobre todo, el modo*

[80] S. Elizondo, «Ecos de China», *BPSN* 16 (1925), 87.

ordinario que tenían los cristianos de nuestra misión para confesarse, pues esto era lo que más urgía»[81].

Tras ese aprendizaje ensayaban lo que habían aprendido con los chinos que se encontraban por la misión a fin de ir acostumbrando el oído a la entonación. Pese a los esfuerzos, los frailes antiguos reconocerán a los nuevos la dificultad de pronunciar y distinguir bien los tonos, pero que lo importante era llegar a entenderse.

Este rudimentario aprendizaje se extendió por tiempo de seis meses, y siguiendo el deseo del obispo monseñor Tacconi comenzaron a dispersarse por los diversos puestos de la misión e iniciaron la vida apostólica.

P. Mariano Gazpio

El día de su encuentro con la realidad de su misión le produjo una profunda sacudida interior que le espoleó a dedicarse con todas sus fuerzas al estudio de la lengua, siempre con los escasos medios de que disponía. Así lo describe:

«Cuando el día 28 de Octubre de 1924 llegué por la tarde a nuestra Casita Misión en Chen li Ku y vi aquellas casucas de tierra, de aspecto miserable y me encontré dentro de un pequeño patio, cercado de una tapia de tierra, frente a unos siete cristianos que me saludaban a su modo y con quienes no podía comunicarme, por no saber aún sino dos palabras de chino, el corazón al instante me dio una fuerte sacudida y poseído de una cierta tristeza interna penetré en la casuca que desde entonces sería mi continua morada»[82].

---

[81] A. QUINTANILLA, «Nuevo obispo de Kweiteh (Honan - China)», *TM* 20 (1950), 10.

[82] M. GAZPIO, «Carta (Chutsi, 14 septiembre 1934) al director de TM», *TM* 7 (1934), 380.

Esta situación le duró pocos días. Movido por la presencia piadosa de los fieles, que, aunque muy pocos, eran muy fevorosos y constantes, palpó la necesidad de aprender pronto la lengua de los naturales para cumplir la santa misión que le había sido encomendada.

> *«Empecé con gran entusiasmo a estudiar un cuaderno de apuntes de la Confesión, sirviéndome del cocinero, del sirviente y de algún cristiano que encontraba en el patio. Así, estudiando en la celda, preguntando a los sirvientes y sobre todo pidiendo mucho a Dios N. Señor en la Santa Misa conseguí al poco tiempo lo que deseaba»*[83].

Pero una cosa era poder entenderse un poco y poder escuchar las confesiones de los fieles, otra cosa era el lograr predicar y explicar la doctrina. Cuando llevaba ya un año en China esta era su situación al respecto:

> *«Sin otro profesor que mi buen deseo de aprender el idioma de los naturales, y rodeado de gentes que no tenían idea de enseñar, ni que tampoco comprendían el porqué de ciertas preguntas que entonces les dirigía, bien puede comprender V. R. que, en tales circunstancias, a pesar de llevar en China todo un año, no me era posible expresarme con soltura en materias que de suyo requieren gran cuidado y atención»*[84].

El padre Gazpio cambió de método para adquirir vocabulario, un lenguaje y una pronunciación adecuadas para la predicación:

> *«Pronto conseguí tener varios libros de doctrina, escritos en lenguaje sencillo, y desde entonces tomé por costumbre,*

[83] *Ibid.*

[84] M. GAZPIO, «Carta (Kweiteh, noviembre 1935) al director de TM», *TM* 9 (1936), 24.

después de estudiar en mi habitación un buen rato, llamar al sirviente para que me leyera en voz alta por espacio de una hora a la mañana y otra hora por la tarde, a fin de acostumbrar el oído a su pronunciación y poder aprender el idioma propio de la predicación y de la catequesis»[85].

Tras cuatro meses de esta disciplina un joven cristiano, al entrar en la capilla para los rezos de la tarde, le susurró al oído con gran deseo: «Padre, predíquenos el domingo».

El padre Gazpio interpretándolo como un aviso y señal de Dios, confiando en su bondad, preparó una breve plática recogiendo algunas cuantas frases de algunos de sus libros. Les dirigió por espacio de cinco minutos la palabra indicando que de aquel momento en adelante les predicaría un poco todos los domingos y que después un catequista le completaría con la lectura de algún texto piadoso. Desde aquel día continuó predicando, estudiando y rezando con más ahínco para el bien espiritual de sus cristianos.

«En un principio mis pláticas eran de cinco minutos, después de ocho, más tarde de diez y de ese modo vi cómo Dios nuestro Señor me ayudaba cada día más entender un poco, pero de utilidad para mis cristianos, de este difícil idioma chino»[86].

6. Problema del alojamiento

No todos los problemas y dificultades de este tiempo les vendrían del encuentro con un mundo totalmente nuevo y del estudio del idioma, sino que también surgieron problemas con las autoridades eclesiásticas por motivo de diversos asuntos.

Ante la insuficiencia de las instalaciones de la misión, vimos que tuvieron que alquilar una casa grande para poder alojar a los

[85] *Ibid.*

[86] *Ibid.*, 25.

misioneros. En este tiempo, el padre Ochoa estuvo buscando un terreno para comprarlo y edificar una casa capaz de albergar bastantes frailes y convertirse en la casa central de la misión. Encontró un solar muy a propósito cerca de la estación del tren, pero encontraron dificultades para adquirirlo del tamaño requerido por el visitador provincial, debido a que esa zona estaba toda en manos de gente pobre y distribuida en parcelas muy pequeñas, por lo que para comprar un terreno lo suficientemente grande debería pagarse un precio muy alto para conseguir el acuerdo de todos los propietarios.

En una visita que hizo el padre Ochoa a Kaifeng habló con monseñor Tacconi de este asunto, quien le sugirió que, con la cantidad autorizada para la compra del local, se podían comprar una serie de casas contiguas al solar de la iglesia de intramuros, y poder construir allí lo que necesitasen.

El padre Ochoa escribió posteriormente dos veces a monseñor Tacconi pidiendo permiso para edificar en Kweiteh. Como no le contestase, se dirigió en persona y el obispo le dijo «que una vez que ya habíamos hablado tanto acerca de lo que había que hacer no hacía falta el permiso por escrito»[87]. Así las cosas, comenzaron las obras.

Aunque no pudo comprar el terreno adjunto a la misión por no llegar a un acuerdo sobre el precio, surgió luego la oportunidad inesperada de comprar a buen precio un buen terreno cercano a la estación.

Comenzadas las obras en la misión y cuando estaba a punto de comprar el terreno de la estación, recibió una carta de monseñor que le sorprendió mucho; decía que había recibido una carta del

[87] J. OCHOA, «Carta (11 agosto 1924) al prior provincial P. Celestino Yoldi», en *Cartas,* 44.

delegado apostólico en la que manifestaba que mientras estuviesen de prueba se abstuvieran de comprar ningún terreno.

Escribió a monseñor pidiéndole aclaraciones sobre si podía continuar las obras, y tras esperar dos semanas sin respuesta, el padre Ochoa, sin consultar con nadie, se decidió a escribir una carta al delegado apostólico, explicándole que todo lo que habían hecho lo habían hecho con permiso del obispo y que aún no habían comprado ningún terreno, sino que sólo habían hecho indagaciones. También le exponía que en aquel momento no tenían residencia que pudiera dar alojamiento a los misioneros, pues, según el consejo del obispo, destruyó la antigua y se encontraba en ese momento edificando una pequeña iglesia, una casa para los religiosos y otros edificios de menor importancia. Le pide que le aclare si puede continuar las obras comenzadas y si pueden edificar en la campiña a donde, según mandato del obispo, debían ir los misioneros cuanto antes.

En una carta del 18 de septiembre, monseñor Costantini le explicaba que eran normas de Propaganda Fide que él no podía contravenir, por lo que no podía dar oficialmente un permiso de compra o construcción, pero que, dado el caso, obrase según el consejo del obispo y que llegasen a un acuerdo privado sobre los gastos que hubiera que realizar.

Tras la llegada de la segunda misión de frailes, el padre Ochoa fue con los nuevos misioneros a presentarlos a monseñor Tacconi, que quedó muy complacido y en esa ocasión le expresó su confianza y le dio carta libre para hacer las compras y los arreglos necesarios:

> *«Él ha depositado su confianza en mí, aunque esté mal el decirlo, y me ha dicho que tuviera confianza en él. Por ejemplo, al hablar de compras de terrenos y de edificar, me dijo: "haga todo lo que quiera y como quiera, sin consultarme para nada*

de esto. ¿Cree que porque hagan o no hagan los voy a echar de mi vicariato? Pero, ¿qué más deseamos el señor delegado y yo, qué más quiere la S. C. de la Propaganda sino que trabajen cuanto puedan y adquieran propiedades en la misión? Esta es la mejor prueba que pueden dar a la S. C., al señor delegado y a mí, de que han venido a trabajar, y si siguen así, dentro de unos dos o tres años la misión será confiada a V.V. Sólo le pido que tengan mucha confianza en Dios y en mí". Así que, seguiremos con nuestros primitivos planes de comprar y edificar sin tener en cuenta para nada lo ocurrido»[88].

A finales de año el padre Ochoa compró un terreno a medio kilómetro de la estación de dieciocho "mous"[89] y medio (11.366,4 m^2) por mil cien dólares (60 dólares /mou). Cuando ya lo había apalabrado y dado una entrada, recibió una carta del padre provincial aconsejándole que esperara; sin embargo, como la compra ya estaba apalabrada y había dado ya una entrada del 20 por ciento del precio, el padre Ochoa completó la compra.

7. Comienzos de la Santa Infancia (1925)

Como vimos en la situación social de la misión, la pobreza y la misoginia hacían que las lacras del infanticidio, del abandono y de la venta de niños golpearan pronto los corazones de los misioneros y las puertas de la misión.

El 1 de febrero de 1925 le trajeron al padre Ochoa tres niñas: «una de ellas huérfana de padre y madre y de todo amparo mundano, y las otras, aunque tenían madre, por las caras de hambre y miseria que traían, no debían de ser más afortunadas que la

[88] J. Ochoa, «Carta (13 noviembre 1924) al prior provincial Celestino Yoldi», en *Cartas*, 51–55, 52–53.

[89] Mou o mu (畝) medida agraria china; en la antigüedad correspondía a 6,144 áreas (área=100 m^2).

primera». Ante esta situación y siendo un poco crediditas temía que si no las acogía las venderían a alguna casa de mal vivir, pero, por otro lado, si las acogía, estaría abriendo la puerta para que vinieran muchas más.

Temiendo que la situación se pudiera desbordar y que les fuera difícil de gestionar, siendo que acababan de comenzar, no quiso tomar la decisión sin contar con la aprobación de los otros frailes, lo que dio lugar a una bella escena de generosidad y desprendimiento que emocionó al padre Ochoa.

> *«Cuando los Padres de aquí me veían vacilar si las aceptaría o no, uno de ellos me dijo muy resuelto: "yo dejo el cigarrillo". Y otro añadió: "yo dejo el hung ru", una especie de patata dulce que hasta ahora viene siendo nuestro mejor postre. Y todos estaban dispuestos a privarse de algo, a fin de ahorrar unos céntimos cada día para las pobres niñas»*[90].

Así pues, las encomendaron al cuidado de las oblatas de la misión, para que fueran educadas cristianamente y pudieran recibir el bautismo. Aquello que el mundo no quería y despreciaba, lo escogería Dios para llevar la semilla y la luz del Evangelio a ese mundo. Así pensaba el padre Ochoa sobre el futuro de las niñas:

> *«Más tarde podrán servirnos de catequistas de mujeres, o si prefieren casarse, las daremos únicamente a jóvenes cristianos que sean dignos de ellas. De ese modo iremos formando nuestras maestras de mujeres y haciendo matrimonios sólidamente cristianos»*[91].

[90] J. Ochoa, «Carta al padre Celestino Yoldi», *BPSN* 16 (1925), 278–281, 278–279.

[91] J. Ochoa, «Carta (4 febrero 1925) al padre Manuel Fernández», *BPSN* 16 (1925), 161.



Kweiteh. 31 enero 1931. Altar mayor dedicado al Sagrado Corazón. Altares laterales: María Auxiliadora y San Agustín.



**4 de marzo de 1931. Génova, vapor Fulda.
J. Ochoa y las agustinas recoletas hacen escala en ese puerto italiano,
donde se encuentran con el prior general y el procurador ante la Santa Sede.
De izquierda a derecha: J. Ochoa, M. Esperanza Ayerbe,
Gerardo Larrondo (prior general), M. Ángeles García,
M. Carmela Ruiz y Daniel Delgado (procurador).**

8. Fundación de los primeros puestos misionales (1924-25)

A principios de julio el padre Ochoa hizo, junto al padre Mario Cattaneo, dos salidas para visitar y conocer la parte occidental y la parte oriental de la misión, en vistas de la próxima distribución de los misioneros por los distintos puestos, según había mandado el señor obispo. Esta era la situación que se encontraron:

> *«Unos cuantos cientos de cristianos esparcidos por varios miles de kilómetros cuadrados, carencia casi absoluta de medios materiales para comenzar sus tareas apostólicas, sin casas, ni iglesias, ni capillas, ni centros de misión, sin catequistas y sin muchas otras cosas indispensables de todo punto para comenzar a trabajar con denuedo y ánimo por la salvación de las almas. Tal era el campo que a nuestros misioneros se encomendaba. Y todo esto había que hacerlo en medio de dificultades enormes, capaces de batir el ánimo más esforzado y valiente»*[92].

Al año siguiente de la llegada de los misioneros ya se habían abierto cuatro puestos misionales: Palichoang, Chengliku, Siayi y Ningling, con ocho misioneros.

> *«A los seis meses se abrió el primer distrito instalándose en él dos Padres. A los ocho se abrió el segundo punto. Poco antes había venido la segunda expedición de misioneros. A los siete meses de la segunda expedición se abrieron dos nuevos distritos»*[93].

A los seis meses de estudio del chino, por voluntad del obispo, los frailes, acabados los ejercicios y una vez pasada la fiesta de san Nicolás, se distribuyeron en parejas para establecer distintos puestos misionales.

---

[92] P. Ruiz, «Hechos consoladores», *BPSN* 27 (1936), 26.

[93] M. Alegría, «Datos sobre el Vicariato Apostólico de Kweitehfu, Honan, China».

Esta salida de los frailes se hizo en dos tiempos. De los cinco padres que habían venido, el padre Ochoa, como superior, quedaba al frente de Kweiteh, los padres Mariano Alegría y Mariano Gazpio fueron la primera pareja que salió, acompañada del padre Cattaneo, para establecerse en Chengliku (Subprefectura de Yucheng). Como el padre Zunzarren debía retornar a Shanghái adonde había sido destinado, el padre Luis Arribas quedó en Kweiteh con Ochoa para recibir y acompañar a los nuevos cuatro hermanos que llegaban a la misión y, tras dos meses, salió a fundar la misión de Palichoang (Subprefectura de Siayi) acompañado del padre Elizondo, que, habiendo llegado con ellos en la primera expedición, había permanecido en Shanghái hasta la llegada de los nuevos misioneros.

Cuando los padres nuevos hubieron completado seis meses de estudio y adaptación, también por voluntad del obispo, debieron salir a unirse a las labores apostólicas de los anteriores. Esto supondría la apertura de otros dos nuevos puestos misionales, uno en Siayi y otro en Ningling.

La situación material era lamentable, no había una sola casa para residencia de los misioneros que mereciera tal nombre, ni siquiera había propiedades donde edificarlas. Se eligieron aquellos pueblos donde se encontraban más cristianos. A base de dinero y con la ayuda del trabajo de los cristianos, buscaron edificar siquiera algo decente para poder hacer de capilla y casa del misionero, así como pozos de agua potable. En varios casos tuvieron primero que acomodarse de alquiler hasta que pudieron comprar algo de terreno.

Los frailes que habían fundado los diversos puestos de misión tenían como plan visitar todas las cristiandades para informarse del número de cristianos, de las distancias de un lugar a otro,

caminos, etc., hasta poder llegar a formarse una idea, siquiera aproximada, del territorio de su jurisdicción.

Aquello fue un verdadero choque para los frailes que se encontraban ante una situación en la que todo estaba por hacer y para la que no se encontraban humanamente preparados. Así lo describe el padre Quintanilla:

> *«Fácil era el mandar, fácil también el obedecer para quienes en la flor de la edad habían hecho de la obediencia un lema con juramento de seguir hasta la muerte. Lo difícil era ejercer el ministerio con fruto y provecho de las almas a ellos encomendadas. Los catequistas y fieles cristianos brillaban por su ausencia y fuera de una gran voluntad, de una juventud pletórica de intrepidez y fervores misioneros, no contaban en aquella ocasión aquellos nuevos abanderados de Jesucristo con más auxiliar, de tejas abajo, que el conocimiento imperfectísimo de unas cuantas frases chinas que casi se avergonzaban de pronunciar delante de la gente. Fueron aquellos unos años de prueba, de duro aprendizaje, años que aún recuerdan con emoción nuestros intrépidos hermanos y compañeros»*[94].

9. Inauguración de la casa central (1925)

La inauguración de la casa central fue todo un hito cargado de simbolismo en esta época de asentamiento de la misión. Tras las dificultades surgidas en su construcción, se consiguió, por fin, inaugurar el 7 de junio de 1925, fiesta de la Santísima Trinidad, con la presencia de monseñor Tacconi, de todos los religiosos y de bastantes cristianos.

Era una casa buena, sólida y digna, de dos plantas y de grandes dimensiones: 18 metros de longitud, 12 de fondo y 10 de altura. En su interior, en su arquitectura y en su mobiliario, conservaba

[94] A. QUINTANILLA, «Escuela de Catequistas», 376-377.

el estilo grave y sencillo de una casa de religiosos pobres. En su exterior era, sin embargo, elegante, toda de ladrillo, y las cornisas y la moldura revestidas de cemento. En lo alto del frontispicio campeaba el escudo de la orden y, coronando el edificio, presidía una imagen de San Agustín, obra del padre Luis Arribas.

Era una casa única en Kweiteh, que llamaba la atención de los chinos, por lo que los misioneros católicos pasaron de vivir casi ignorados a ser pocos los que no conocieran dónde residían.

10. Misión independiente (octubre 1925)

Ya al año manifestaba el padre Ochoa al padre provincial que tanto el delegado apostólico como monseñor Tacconi se mostraban muy complacidos del interés y esfuerzo que la Provincia recoleta había hecho por levantar la misión al nivel de las demás en el menor tiempo posible.

Después de la inauguración de la casa, el delegado apostólico, monseñor Costantini, con motivo de su visita a Kaifeng para tratar de la erección del seminario mayor, mostró su satisfacción y dio por finalizado el periodo *ad probationem* de la misión:

> *«"Cuando Vds. vinieron aquí", me decía el otro día el señor delegado apostólico, "venían a trabajar bajo la dirección de Mons. Tacconi, y hasta ahora han estado como en vías de prueba: pero eso ha pasado ya, y en Roma se ha aprobado esta especie de noviciado que Vds. han hecho. Pueden estar tranquilos y seguir trabajando como hasta ahora. Compren y edifiquen enhorabuena lo que Vds. crean conveniente, y esperemos que en tiempo no lejano podremos hacer la separación de la misión"»*[95].

[95] J. OCHOA, «Memoria (1 abril 1925) al prior provincial Celestino Yoldi» en *Cartas*, 63.

El 24 de octubre de 1925, tras un año y medio largo, la Santa Sede, en documento emanado de la Sagrada Congregación de Propaganda fide, declaró que el tiempo "ad experimentum" había concluido con satisfacción, y que, a partir de la fecha, todo el territorio quedaba declarado como misión independiente.

11. Visita provincial (noviembre 1925)

Con la casa central inaugurada y con la erección de la misión como misión independiente, el nuevo provincial, el padre Bernabé Pena, visitó la misión y con los diez religiosos, estableció la organización de la misma y de la vida religiosa de los misioneros.

El delegado, superior de la misión, residirá en la capital de la Prefectura y los misioneros en las capitales de las Subprefecturas. En cada una de las casas-residencias vivirán siempre dos religiosos, salvo que la obligación o la conveniencia de las cristiandades exija que vivan separados temporalmente.

La distribución de los misioneros por el territorio encomendado en ese momento, según refleja y establece el decreto de visita canónica del provincial, era de esta manera: en Kweiteh quedarían el padre Ochoa, como delegado provincial y superior regular, el padre Mariano Alegría y el hermano Eusebio Martínez; en Ningling, los padres Luis Lorente y Manuel Echauz; en Checheng, los padres Julián Sáenz y José Martínez; en Siayi, el padre Sabino Elizondo, y el padre Luis Arribas que se encargará desde allí de la Subprefectura de Yungcheng hasta que hubiera más religiosos que permitieran abrir casa allí; en Yucheng, los padres Mariano Gazpio y Lorenzo Peña.



19 de mayo de 1931. Las religiosas recoletas llegan a Kweiteh. De izquierda a derecha: sentados, M. Esperanza Ayerbe, Mons. J. Ochoa y M. Ángeles García; de pie, M. Carmela Ruiz y M. Dolores Caneda.



Las religiosas visitan al mandarín de Kweiteh.

12. Vida religiosa

Aparte de la misa diaria y el oficio divino, los religiosos tenían media hora de oración mental por la mañana, un cuarto de hora de meditación y rosario por la tarde o por la noche, así como la visita al Santísimo antes y después de las comidas.

Se estableció también la lectura de la Sagrada Escritura y lecturas espirituales durante las refecciones y, cuando estuvieran solos, se recomendaba que escuchasen a algún nativo que les leyera en chino lecturas interesantes para ellos por su fondo y forma.

Los religiosos se confesarían semanalmente y, si no podían por algún motivo, lo harían cuanto antes. Todos los años tendrían los ejercicios espirituales reunidos en la casa central.

La fiesta de san Agustín se acostumbrará a celebrar con gran solemnidad y asistencia de todos los frailes y de gran cantidad de fieles; a veces con presencia de religiosos de otras Prefecturas y Vicariatos.

En algunos casos hasta las autoridades civiles se acercarán a felicitar a los religiosos.

> *«Buen hijo de San Agustín, quiere además nuestro Revmo. P. Prefecto que el Gran Doctor lo llene y lo informe todo en nuestra Misión. Él preside todas nuestras casas, a él ha encomendado las obras e instituciones principales, las que han de ser la vida, el sustentáculo más firme de la Prefectura: nuestro seminario, las religiosas catequistas indígenas. El nombre de San Agustín es de los más populares en la Misión. […] Por eso el 28 de agosto nuestros cristianos nos acompañan en la fiesta y acuden al templo ansiosos de honrar a tan gran santo y de oír el relato de sus virtudes, de sus glorias y ejemplos»*[96].

[96] *Ibid.*, 358.

La fiesta era sencilla, pero no por eso desprovista de intimidad y calor afectivo. Se celebraba la misa solemne con sermón de algún religioso y bendición solemne con el Santísimo como final de la función religiosa. Luego venía la inevitable expansión entre los misioneros que se alegraban fraternal y santamente.

Para facilitar la asistencia de todos los frailes a la fiesta de san Agustín y de san Nicolás de Tolentino (10 de septiembre), como momentos importantes de vida comunitaria, se determinará, ya desde el año 1933, que los ocho días de ejercicios espirituales se tuvieran entre la celebración de san Agustín y la de san Nicolás. De este modo, los religiosos gozarían de unos días preciosos de convivencia, de celebración y de retiro.

Salvo dificultades de fuerza mayor, los celebrarán todos los años, invitando a sacerdotes de otras Prefecturas o Vicariatos; cuando por algún motivo no podían tener sacerdote director, lo hacían recurriendo «al método clásico del libro escueto»[97].

Para los religiosos, este tiempo de los ejercicios espirituales, unidos a las celebraciones comunitarias y tiempos de recreación y convivencia, serán verdaderos «oasis de la vida espiritual, veneros de frescura, vitalidad y aliento» en medio de las dificultades de la vida misional.

El padre Ochoa, comprendiendo la importancia de estos momentos para los misioneros en su difícil vida, determinará que fuesen todos los meses, siquiera un día, a la casa central a estar con él y con los que vivían en Kweiteh, para hablar de sus cosas, cambiar impresiones, distraerse un poco y suspender, aun por breve tiempo, el continuo ajetreo en que se vivía en los distritos.

[97] Cf. TAHUTSE, «Crónica de la Misión», *TM* 13 (1940), 272–276.

Otros momentos especiales de vida comunitaria extraordinaria serán la llegada de nuevos religiosos a la misión. Todos intentaban hacer un paréntesis y se apresuraban a pasar unos hermosos días con los nuevos misioneros, conocerlos e intercambiar informaciones: los nuevos, para ponerles al día de la vida de la Orden en España y Filipinas, y los antiguos, para ir introduciendo a los nuevos en las costumbres y extrañezas con las que tendrían que vérselas tras poco tiempo. Así expresa el padre Gazpio la emoción y el gozo de aquellos momentos:

> *«Cuando en ocasiones me encuentro en la Casa Central rodeado de varios Misioneros, interiormente gozo lo indecible al oír contar mil escenas tiernas, consoladoras, tristes y lamentables, pero que demuestran cómo sostiene la mano de Dios a sus siervos; cómicas y graciosas que motivan risas inocentes»*[98].

También los frailes vivían momentos de gozo comunitario en sus puestos misionales, cuando vivían dos juntos, o algún fraile de los puestos más cercanos les hacía alguna visita. Compartían con gozo sus impresiones y peripecias misionales. Así nos cuenta el padre Gazpio sus vivencias con el padre Alegría tras sendas visitas a las cristiandades:

---

[98] M. GAZPIO, «Carta (Yucheng, 15 septiembre 1934) al P. Mariano Alegría», *TM* 7 (1934), 347. El P. Gazpio se manifestó siempre en sus escritos muy sensible a este aspecto: «¡¡Qué alegrías tan suaves y gratas encierra la Religión, y que unión tan íntima se siente entre los Religiosos, donde lo mío es tuyo y lo tuyo es mío y alegrías y penas son comunes!!» (M. GAZPIO, «Carta (Manila, noviembre 1937) al director de TM», *TM* 10 (1937), 456). «¡Cómo se disfruta y se goza en esas ocasiones, al ver palpablemente la caridad fraterna que tan íntimamente une los corazones de los que profesamos una misma Fé y una misma Regla!» (M. GAZPIO, «Carta (Chutsi, 1 marzo 1935) al director de TM», *TM* 8 (1935), 156).

«Al volver a casa, en santa paz y alegría me refería minuciosamente sus impresiones, gozando ambos en aquellos instantes lo indecible, porque aquí en misión las penas y alegrías siempre son comunes. [...] Conté a mi amado P. Alegría cuanto había advertido en aquellas cristiandades digno de atención y ambos recibíamos contento y solaz en esas inocentes y expansivas conversaciones en que más habla el corazón que la lengua»[99].

13. Diversos problemas

a) Problema de Checheng

Al encomendar el terreno misional de la Prefectura de Kweiteh a los frailes, monseñor Tacconi se reservó dos de las tres Subprefecturas del suroeste, Suichow y Luyi, las únicas algo evangelizadas y con cierta estructura eclesial e infraestructuras. La Subprefectura de Checheng la concedió a los Recoletos. Sin embargo, cuenta el padre José Martínez, «hacia el año 1926 cuando él se enteró de que estábamos dando los pasos para comprar una propiedad e instalarnos en la ciudad, nos comunicó que no siguiéramos adelante porque se la reservaba para él, por la razón de que sus misioneros, en el caso de que fuera nuestra, tenían que pasar por terreno extraño para ir a una de sus misiones»[100].

b) Problemas con monseñor Tacconi

En los problemas que tuvieron que afrontar, la figura de monseñor Tacconi aparece como un factor que contribuyó, en parte, a hacer todo más difícil y fue causa para el padre Ochoa de no pocos disgustos e inconvenientes. La principal queja era su falta de franqueza, la diferencia entre cómo se mostraba cara a cara y de palabra y cómo lo hacía en la relación epistolar oficial:

---

[99] M. GAZPIO, «Carta (Kweitehfu, 1935) al director de TM», *TM* 8 (1935), 189.
[100] J. MARTÍNEZ, «Breve reseña histórica de Seliulou (Checheng-sien)», *TM* 19 (1949), 213.

> *«Con monseñor es muy difícil entenderse. Cuando he ido a verlo, siempre me ha recibido muy bien y de palabra me ha dicho todo lo que se pudiera desear. Pero después le escribo acerca de alguna cosa que deseo y debo saber, y no me contesta, y, si lo hace, siempre se calla lo principal. Se ve que tiene algo dentro que no quiere echar; y si no es franco y no habla, ¿cómo nos vamos a entender?»*[101]

En el asunto de la construcción de la casa y de la compra de los terrenos, tras haber sido él el promotor y haber dado su permiso, el padre Ochoa sospechaba que hubiera sido el mismo monseñor el que había informado al delegado apostólico: «pues, tengo para mí que monseñor y no otro ha sido quien le ha informado quizás de lo que no debía»[102].

Reconoce que causa del cambio de actitud y de recelo hacia ellos está en el paso en falso que dieron con lo del protectorado y las falsas ideas que le metieron en Shanghái sobre los Recoletos, por lo que quiso mostrarles palpablemente que estaban bajo su autoridad. El padre Ochoa cree que esto sería lo de menos; el problema era que no tuviera un plan fijo y definido para ellos:

> *«Ahora quiere hacernos ver palpablemente que dependemos enteramente de él mientras él quiera. Y esto sería lo de menos, si él tuviera un plan fijo y definido acerca de nosotros; pero estoy convencido que no lo tiene, y ahí me dice una cosa y*

---

[101] J. OCHOA, «Carta (28 septiembre 1924) al prior provincial Celestino Yoldi», en *Cartas,* 50–51, 51. «En ella me da el Sr. Obispo otra prueba de su poca franqueza y falta de sinceridad. Lo que me dice ahora podía haberlo dicho hace dos semanas cuando estuvimos a verle» (J. OCHOA, «Carta (8 diciembre 1925) al prior provincial Bernabé Pena», en *Cartas,* 71).

[102] J. OCHOA, «Carta (16 septiembre 1924) al prior provincial Celestino Yoldi», en *Cartas,* 49.

mañana otra. No hay más remedio que aguantar y sufrir mientras Dios quiera, y Él lo arreglará todo»[103].

También debieron tener ciertos problemas con el padre Cattaneo, que estuvo con ellos desde el inicio hasta junio de 1925 para la administración pastoral y como profesor[104].

c) Problema de los sacerdotes chinos de Shandong

A finales de 1926 un par de padres chinos, Tadeo Zhang y Juan Bautista Cao, de la misión de Shandong, donde era obispo el verbita alemán Henninghaus, a través de una catequista enviaron una carta sobre su deseo de pasarse a la nueva misión de Kweiteh, manifestando que allí, donde todo estaba por hacer, hacía más falta la presencia de sacerdotes indígenas, que podrían ayudar en muchas cosas a los misioneros recoletos, dada su falta de experiencia y de conocimiento de la lengua y de la cultura chinas; además, manifestaban que en su vicariato había envidias, discordias y trato injusto entre los padres europeos y chinos.

El modo secreto en que habían procedido, la insistencia en que los acogieran y la cierta urgencia en exigir una respuesta, así como su interés por fijar condiciones económicas, hicieron que el padre Ochoa pensara que no fuese conveniente atender su petición, máxime cuando se hacía sin saberlo su obispo. Además, era consciente de que en esa circunstancia, dependientes de monseñor Tacconi, no podían tomar esa decisión. Les expuso que él, como fraile, no podía admitirlos sin consentimiento de su

[103] *Ibid*.

[104] «Al P. Sádaba le doy la agradable noticia de que pronto saldrá de aquí el P. Cattaneo. [...] Lo que yo deseo es que salga cuanto antes y nos deje en paz, que ya sabremos arreglarnos nosotros solos. [...] Yo hasta ahora no he dicho a monseñor una sola palabra que denote descontento o desagrado de este padre» (J. OCHOA, «Carta (26 diciembre 1924) al prior provincial Celestino Yoldi», en *Cartas*, 59).

superior, dándoles largas. Consultó el parecer de los religiosos de la misión, recibiendo respuestas que le confirmaban su impresión sobre la inconveniencia de entrar en ese asunto. Admitirlos podría causar malestar al obispo alemán y, al igual que aquellos sacerdotes chinos encontraban problemas en el trato con aquellos religiosos extranjeros, los podrían encontrar también con ellos, produciendo desavenencias entre los religiosos de la misión recoleta con la consiguiente pérdida de paz y armonía.

d) Bandidaje

En esta época algunos de los frailes sufrieron la presencia de los bandidos en la misión, como el padre Peña, al que tres bandidos robaron todo por la noche el día en que llegó a la misión de Siayi, o como cuando dos mil bandidos se dirigieron a Ningling donde se había quedado solo el padre Lorente al poco de llegar allí, lo que propició un acto heroico de caridad del padre Echauz. Este padre había salido de la misión a visitar una cristiandad cuando se enteró de la situación y, poniéndose él mismo en riesgo, retornó para estar con el hermano que corría peligro[105].

[105] Así nos lo describe el mismo P. Lorente: «Como los Padres italianos le dijeran también que aquellos dos mil bandidos se encaminaban hacia Ningling, donde yo me había quedado solo y sin entender todavía una palabra de chino, ésto le preocupó más que todo y, sin atender a los requerimientos de aquellos Padres, que trataban de obligarle a que se quedase con ellos hasta que la situación se despejara, y sin reparar en el nuevo peligro a que se exponía, después de haberse pasado en blanco toda la noche, al día siguiente emprendió el viaje de regreso por otra ruta, desde luego, de la que los bandidos traían. Mucho debió madrugar para venir, porque la distancia de Souchou a esta nuestra misión es de unos cuarenta kilómetros, y para las diez de la mañana, se encontraba ya llamando a las puertas de las murallas de Ningling; pues las encontró cerradas» (L. Lorente, «Apuros de un misionero en China», *BPSN* 17 (1926), 517).

e) Persecución a la obra misional

En Siayihsien los incipientes trabajos misioneros sufrieron también la persecución de un hombre de autoridad que estaba al frente del mercado, dando el visto bueno a las mercancías y marcando las tasas, y que tenía entre 20 y 30 soldados que obedecían a sus órdenes, el cual, dice el padre Elizondo:

> *«Se ha propuesto por todos los medios matar en embrión la semilla allí arrojada y que ya comenzaba a dar su fruto. Su mala voluntad contra los nuevos cristianos es cosa manifiesta»*[106].

Él y sus soldados injuriaban a los cristianos y cometían atropellos y vejaciones contra ellos. Aprovechando cuando el catequista estaba ausente, los soldados fueron por tres veces a la escuela y se ensañaron cruelmente con el pobre viejo que les había cedido la casa: le injuriaron, le maltrataron, amenazándole con volver a hacerlo si no echaba de allí al catequista. El viejo cogió tanto miedo que echó al catequista de la escuela, quedando esta deshecha y los cristianos desperdigados.

14. Balance de la misión (1924-1926)

Se puede decir que esta etapa fue etapa de aprendizaje, asentamiento, conocimiento de la misión, de hacer notar, por lo menos, la realidad incipiente de una Iglesia Católica que nunca había estado allí presente de manera real y efectiva. En las ciudades no había casi cristianos y solo había algunos pequeños núcleos de ellos dispersos en diversas poblaciones de la campiña.

La Provincia de San Nicolás de Tolentino hizo un gran esfuerzo de inversión en personal y dinero. Se consiguió poner en un

[106] *Ibid.*, 734-735.

pequeño espacio de tiempo un plantel de diez sacerdotes y un hermano, que ocuparon cinco puestos de misión: Kweiteh, Ningling, Siayi, Palichoang y Chengliku.

Se edificó una magnífica casa central, se adecentaron y se construyeron casas y capillas en algunos puestos de misión, se compraron algunos terrenos y se estuvo en alquiler en otros. Se comenzó la obra caritativa del orfanato de la Santa Infancia.

Desde aquellos puestos misionales atendían los misioneros a la propagación de la fe y a la atención pastoral de los cristianos y neófitos que se hallaban diseminados por todo el extenso territorio a ellos encomendado. El padre Ochoa, en su informe quinquenal de 1930, sintetiza de este modo un poco formal y optimista los frutos de aquellos primeros años:

> *«De aquí resultó que, sin pasar por alto una óptima distribución de los Misioneros, en un espacio exiguo de tiempo, habiendo adquirido los misioneros la preparación necesaria en el idioma chino, creciera la Iglesia de Dios, y se estableciesen, aquí y allí, nuevas cristiandades; las antiguas cristiandades que llevaban una vida lánguida e inane debido a la falta de misioneros se renovaron con nueva savia espiritual; se prepararon en número suficiente catequistas de hombres y mujeres con la adecuada ciencia y piedad; se establecieron escuelas nocturnas para aquellos paganos que, por las obligaciones de su propio estado y condición, no tenían otro modo de recibir instrucción religiosa; el número de los cristianos creció y sobre todo, teniendo en cuenta el número de catecúmenos que de modo habitual escuchaban la Palabra de Dios en las escuelas y en los poblados, no en vano, se puede esperar, apoyados en sólidos indicios, que se verán en el futuro grandes progresos de la predicación evangélica»*[107].

[107] J. OCHOA, «Responsio ad epistolam Sacrae Congregationis de Propaganda Fide Circa Relationem singulis quinquennis eidem S. C. exhibendam» *APF*, fondo NS, Vol. 1014, Rub. 27/10, 196-229, 201-204.

Respecto de la adquisición de la preparación "necesaria" en el idioma chino, y de la "formación adecuada" de los catequistas, hay que entenderla en modo "relativo" a los medios y a las condiciones con las que en aquel momento podían estudiar el idioma y podían preparar y organizar a aquellos catequistas.

En aquellos primeros años, cuando los misioneros llegaban a un nuevo sitio, impotentes por sí mismos para difundir el Evangelio y sin catequistas propios, tuvieron que servirse de catequistas traídos de otros sitios ya catequizados para comenzar a cristianizar y poder después tratar de formar, entre los nuevos cristianos, catequistas del lugar.

Los catequistas que estaban a cargo de aquellas comunidades, como testimonia alguno de los misioneros, tampoco cumplían siempre bien su oficio. Además, al no estar los misioneros preparados para hacerse cargo de guiar de modo eficaz la labor de los catequistas, aquellos «resultaban piezas sueltas que, sin el engranaje debido, no podían funcionar; el brazo de un cuerpo que no existía más que en potencia»[108].

En estos primeros años, a pesar de las dificultades expresadas, la cosecha no fue escasa. A continuación, presentamos una tabla con alguno de los datos más significativos de esta etapa. El número de cristianos expresado en las estadísticas oficiales es incorrecto, ya que el número inicial de 2.000 fieles no era real; creen los religiosos que en un principio estarían entre 400 y 500 y que, en cualquier modo, no pasarían de 600. Ellos no corrigieron las estadísticas de modo súbito, sino que fueron aumentando el número de cristianos menos de lo que correspondía al número de bautismos reales para ir ajustando paulatinamente el número de cristianos a la realidad. Fue en 1934 cuando las estadísticas se

[108] M. ALEGRÍA, «Los primeros frutos», 226.

correspondían ya con la realidad. Por eso, los datos del número de cristianos que presento se basan en la cifra del 1934 y partiendo de ella se van ajustando hacia atrás el número real de cristianos según el número de bautismos totales y de defunciones, que son más seguros, lo que nos da un número inicial de 500, que se corresponde bien con las impresiones iniciales de los frailes. Como se puede suponer, estos números, aun no siendo exactos, son bastante probables y nos sirven para conocer mejor lo que fue la labor real de los frailes en esa época.

Año	1924	1925	1926
Religiosos en la misión	9	11	11
Catequistas	—	43	49
Cristianos*	500	692	987
Bautismos	—	212	338
Catecúmenos	430	1322	1825
Bautismo/misionero	—	18	32
Bautismo/catequista	—	5	6

En el *Status Missionis* de 1926 aparece ya la presencia de una escuela preparatoria (pre-seminario) con seis alumnos, que fue fruto de la insistencia de monseñor Costantini por poner en práctica las directrices del Papa en la encíclica *Rerum Ecclesiae*. Como el mismo padre Ochoa reconoce, aquello no fue más que por contentar al delegado, pues no estaban en condiciones de poder llevarlo adelante en modo alguno.

> *«Eso que dice del Seminario menor que debemos tener aquí, tampoco tiene para nosotros mucha importancia. Por darle*

gusto más que por otra cosa, he tenido aquí cinco chiquillos haciendo que hacían, con el objeto de hacerle ver que ya teníamos la escuela preparatoria para el Seminario que me la había pedido hasta con importunidad. Pero estoy desengañado de que ni eso podemos tener por ahora hasta que no dispongamos de local adecuado, y de los cinco chiquillos que admití he tenido que despedir a todos menos a uno que hasta ahora parece listillo y bastante formal»[109].

D. Campaña nacionalista de reunificación (1926-1928)

La figura de Chiang Kaishek, jefe de la Academia Militar, miembro de la dirección del partido y general del ejército nacional-revolucionario (ENR), se había convertido en el heredero de Sun Yatsen en el liderazgo del nacionalismo chino.

Sería él el que comenzaría en julio de 1926 la victoriosa marcha hacia el norte con la que conseguiría, al menos de modo formal, la anhelada unidad de China bajo el único gobierno nacionalista revolucionario.

El espíritu y el plan de la revolución lo plasmaba Chiang Kaishek en una declaración del Partido Nacionalista en la que ponía como objetivo de la revolución la derrota definitiva del imperialismo y del militarismo, que sometían y esquilmaban al pueblo chino en beneficio propio:

«El fin de la revolución es aplastar el imperialismo y el militarismo para crear una nación libre e independiente a fin de proteger los intereses del Estado y del pueblo. Esta fue la idea vital de mi maestro (Sun Yatsen). Por eso nuestro partido ha tenido su primera y su segunda asamblea nacional y así el gobierno y yo mismo hacemos esta declaración.

[109] J. Ochoa, «Carta (14 febrero 1927) al prior provincial Bernabé Peña», (1927) AM, 113, 4, 103-104.

El imperialismo y el militarismo están ligados el uno al otro, así que si queremos concluir nuestra obra debemos vencerles a los dos. Para hacer esto debemos unir los esfuerzos de todo el pueblo para barrer a los militaristas del país y destruir la influencia de las potencias que se oponen a la revolución.
Cuando mi maestro estaba para morir, me impulsó a hacer la campaña contra el Norte.
El fin de esta declaración no era sólo derrotar a Cao Kun (曹錕) y Wu Peifu (吳佩孚), sino conseguir, de una vez por todas, limpiar la patria de todos los antirrevolucionarios de modo que no se pueda ulteriormente dar marcha atrás, y no sólo abatir a los militaristas, sino también al imperialismo sobre el que se apoyan los militaristas.
Debemos obrar así para destruir de raíz todos los antirrevolucionarios para siempre, de modo que China pueda salir de su estado feudal y ser libre e independiente.
Además, en las palabras de mi maestro está claramente dicho que tras nuestra victoria debemos usar toda la fuerza del gobierno de la revolución para deshacernos de la influencia de las potencias y de los antirrevolucionarios, para liberar al pueblo y alcanzar la autonomía; y en cuanto a los extranjeros, abolir todos los tratados desiguales; proclamar el mutuo respeto y así hacer libre a toda la China, de modo que pueda elevarse al nivel de las demás naciones»[110].

En mayo de 1926 los generales Zhang Zuolin y Wu Peifu se aliaron por presiones de las potencias extranjeras en un frente común anticomunista para combatir al ENR y al general filosoviético Feng Yuxiang.

El Ejército Nacionalista adelantó su marcha hacia el norte con motivo de ayudar a un militarista del Henan que buscó el auxilio del gobierno del Sur. Desde allí se dirigió a la dura batalla por las

[110] «Il programma di Chiang-Kai-Shek. Allegato A al Prot. N. 365/27 Delegatio Apostolica in Sinis», (1927) *APF*, Fondo NS, Vol. 900a, Rub. 21/2, 545-550, p. 546.

tres ciudades que conforman la megalópolis de Wuhan. En ese momento, el general del nordeste, Feng Yuxiang, se alió también a las tropas nacionalistas revolucionarias.

Tras el inicio de la "marcha del Norte", el partido comunista aprovechó para aumentar su influencia en el partido nacionalista, en el gobierno y en el ejército. El gobierno nacionalista y la cúpula del partido se establecieron en la recién conquistada ciudad de Wuhan. Aquel Gobierno estaba controlado por el ala izquierdista del partido en contra de las limitaciones impuestas por Chiang Kaishek a que los miembros del partido comunista pudieran tener puestos directivos en el ejército y en el gobierno.

El ejército nacionalista se volvió hacia el Este y atacó las posiciones de Sun Chuanfang, que a pesar de recibir la ayuda de Zhang Zuolin, no pudo mantener bajo su control la ciudad de Nankín, que el 24 de marzo de 1927 cayó en manos del ejército nacionalista. En esta batalla se produjeron los "incidentes de Nankín", cuando soldados de Zhang Zuolin en retirada y soldados de la sexta armada del ENR, compuesta en su mayor parte de comunistas, comenzaron a atacar propiedades extranjeras, así como las sedes diplomáticas inglesa, francesa, japonesa y americana, provocando que estas potencias respondieran militarmente al ataque y enviaran más buques de guerra a la zona. Esto provocó un grave conflicto armado que pudo haber provocado la guerra abierta con la "Coalición de las Naciones".

Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia y Japón enviaron una nota al gobierno nacionalista de Wuhan para que pidiese disculpas, castigase a los culpables y reparase los daños producidos.

La situación fue así descrita por el delegado apostólico, monseñor Costantini, en un informe a Propaganda Fide:

«El Cuerpo Diplomático de Pekín, no habiendo quedado satisfecho de la respuesta dada por Eugenio Chen, Ministro de Exteriores del Gobierno de Hankow, había preparado una nota más enérgica. Los periódicos hablaban de un ultimátum y del bloqueo del Río Azul y de la destrucción del arsenal de Hanyang. Sin embargo, en el último momento, habiéndose echado atrás América y Japón, la segunda nota no fue enviada. Aquello produjo una sensación de malestar en el Cuerpo Diplomático y entre los extranjeros residentes en China. La prensa de lengua extranjera en China gritó en contra de la debilidad de las Potencias»[111].

En el norte, en medio de la contienda contra el filosoviético Feng Yuxiang, Zhang Zuolin entró en la embajada soviética en Pekín y en el consulado de Harbin, en busca de información sobre la ayuda soviética a la revolución, lo que puso al descubierto la «formidable organización de la propaganda soviética» en China a través del Partido Comunista.

Por ello, y tras la participación de las tropas comunistas en el incidente de Nankín y la toma de Shanghái llevada a cabo por los sindicatos dirigidos por los comunistas, el 12 de abril 1927 Chiang Kaishek los atacó y los suprimió con una represión brutal que en pocos días terminó con la vida de unos cinco mil militantes comunistas y sindicalistas.

De este modo, se terminó formalmente la cooperación con el Partido Comunista, comenzando su persecución e instalando un gobierno puramente nacionalista en Nankín.

Derrotados y debilitados los señores de la guerra Wu Peifu y Sun Chuanfang, los esfuerzos del ejército revolucionario se dirigieron hacia el noreste, hacia las posiciones de Zhang Zuolin. Este

[111] C. COSTANTINI, «Situazione politica della China. Le Missioni cattoliche. Prot. N. 171/27 del 21 maggio 1927. Delegatio Apostolica in Sinis», (1927) *APF*, Fondo NS, Vol. 900a, Rub. 21/2, 432.

se refugió en Manchuria, dejando la entrada libre de las tropas nacionalistas en Pekín el 8 de julio de 1928 y tras tres días las fuerzas revolucionarias entraron en la ciudad de Tianjin.

A partir de entonces Nankín quedaría como la única capital de China. Posteriormente, el general Zhang Zuolin fue asesinado, y su hijo Zhang Xueliang se sometió al gobierno republicano de Chiang Kaishek, con lo que, con la adhesión de Manchuria, la unificación de China quedó completa.

E. Salida de la misión. Prueba de la obediencia (1927)

1. Situación de la misión[112]

En el contexto de la campaña nacionalista de reunificación, a la que siempre se refieren los religiosos como guerra norte-sur, un oficial del ejército de Zhang Zuolin avisó a los frailes del peligro inminente de una gran batalla en las inmediaciones de la misión y les dio el consejo de huir a Shanghái. Ellos se negaron a abandonar la misión, limitándose a llamar a los frailes y concentrarlos todos en Kweiteh hasta que pasara el peligro.

Como el tren estaba cogido por los soldados, los Padres enviaron correos llevando cartas para cada fraile exponiendo la situación y ordenando que se dirigieran inmediatamente a Kweiteh. Hacía una semana que nevaba y llovía, los caminos estaban intransitables. Pero los misioneros, recogiendo sólo los ornamentos y vasos sagrados, sin reparar en el peligro que constituía para su salud el caminar entre balsas y fangales, se pusieron en camino para la misión central, cumpliendo obedientes la orden.

[112] Seguimos el relato que de todo este acontecimiento hace el P. Lorente. Cf. L. Lorente, «La revolución china y nuestra misión en Kweitehfú», *BPSN* 19 (1928), 30–34; 58–67; 209–213; 252–256; 278–282; 357–360.

La mayor parte de los Padres tuvo que hacer dos días de viaje penoso y de verdadero sacrificio, hasta el extremo de que uno, el padre Sabino Elizondo, estuvo a punto de perecer en el camino, presa de unas fiebres repentinas de las que consiguió reponerse tras refugiarse en un villorrio y pasar allí la noche. El padre Luis Arribas también llegó herido en una pierna y bastante resentido en su salud. Llegados a la casa central se restablecieron pronto. La situación la describe así el padre Ochoa al prior general en una carta en la que intenta explicar la situación tal como la viven:

> *«Los Padres todos están bien, y al presente todos están aquí. Los llamé por consejo de un oficial del ejército de Zhang Zuolin, el cual, desde que entraron aquí sus tropas, ha venido varias veces a visitarnos. Me dijo que probablemente estaría en estos contornos una gran batalla, que convenía que los Padres que estaban fuera vinieran todos a Kweiteh para mayor seguridad. Ese peligro puede decirse que ya ha pasado, pero como las cosas no están aún claras y pudiera venir otro, los Padres siguen aquí por ahora, y si se viera verdadero peligro, yo cuidaría de ponerlos todos a salvo con la ayuda de Dios y de San José»*[113].

Cuando las cosas en el territorio de la misión volvieron a la normalidad, resolvieron volver a sus respectivas misiones y reanudar sus tareas apostólicas. Era a mediados de marzo.

---

[113] J. OCHOA, «Carta (3 marzo 1927) al prior general Gerardo Larrondo», en *Cartas,* 227: «Comprendo que estén intranquilos con las noticias que seguramente correrán por ahí respecto de la situación actual de China. Todos sabemos lo que pasa en estos casos. Las noticias, como las ondas, cuanto más se alejan, más aumentan, y si las noticias son desagradables, como el caso presente, se aumentan y se exagera mucho más. Es verdad que los pobres misioneros del sur han sufrido lo indecible, pero nosotros vivimos hasta el presente muy tranquilos, y esperamos que el Señor nos librará de los atropellos que otros han sufrido. Si las tropas de cantón llegarán a entrar en esta provincia, ya habría más motivos para temer».



1931. Religiosos y religiosas en Kweiteh.
Abajo, sentados: M. Ángeles, M. Esperanza, M. Alegría,
J. Ochoa, S. Elizondo, M. Carmela, M. Dolores.
De pie, primera fila (centro): M. Gazpio, J. Sáenz, L. Arribas,
L. Peña, J. Martínez, M. Sáiz (+8/01/1932) y J. Peña.
Arriba: E. Martínez, P. Colomo, M. Echauz y F. Lizarraga.

8 de noviembre de 1931. Consagración de la misión
al Sagrado Corazón de Jesús.



2. Mandato del provincial y asamblea de religiosos

El provincial, alarmado con las noticias que le llegaban sobre el estado caótico en que se encontraba China y especialmente en los alrededores de la Provincia de Honan, envió el 28 de marzo, a través del Procurador, padre Cueva, un primer telegrama a los frailes mandándoles salir; como viera que no salían al primer aviso se desplazó a la procuración de Shanghái.

El padre Ochoa respondió el 31 de marzo con otro telegrama en el que exponía que no había razón para ello y pedía que explicase el motivo de esa decisión. Entretanto se mandó aviso a los frailes para que volvieran otra vez a la misión. Hacía poco más de una semana que habían vuelto a sus puestos misionales.

El padre provincial envió un segundo telegrama contundente en el que mandaba la salida de los frailes sin excepciones:

> *«Consideradas circunstancias, viene para ustedes inminente peligro; por lo cual mando se retiren inmediatamente todos sin excepción Tientsin Shanghái. Obedezcan y no pidan explicaciones, salven lo de más valor o todo si es posible. Aseguren propiedades. Acusen recibo. Pena, provincial»*[114].

El padre Ochoa comunicó a monseñor Tacconi la orden del provincial y su resolución de cumplirla; este contestó el 6 de abril:

> *«"Que él no ve gran peligro; que él y sus misioneros y las religiosas americanas permanecen en Kaifeng sin salir; que tampoco salen de Chengchow el señor Obispo Calza ni sus misioneros ni las religiosas italianas que tiene en su Misión; que los misioneros católicos generalmente no salen de sus lugares por*

[114] AM, leg. 113,1, 105r.

disturbios políticos", y termina con estas palabras: "aconsejo a ustedes que se queden"»[115].

A este telegrama del señor obispo, el padre Javier Ochoa contestó el mismo día con otro diciendo:

«Tampoco nosotros vemos ningún peligro; ninguno de nosotros deseaba salir de la Misión; nuestro provincial nos ha telegrafiado dos veces y dice que nos amenaza peligro inminente y nos ordena salir a todos inmediatamente para Tientsin; esperamos volver pronto a la Misión»[116].

Resuelto a dar cumplimiento inmediato, ese mismo día se comenzaron a dar los pasos para dejar colocadas a las niñas de la Santa Infancia. Debido a que todos se negaban a recogerlas y ante el deber de caridad de no dejarlas abandonadas, el padre Ochoa, con el beneplácito de los padres que residían en Kweiteh, mandó un nuevo telegrama al provincial en estos términos:

«Comunicada Obispo salida nuestra, contesta no hay peligro; aconseja no salga nadie; en otras Misiones misioneros en sus puestos; cristianos mala impresión salida nuestra; yo obedezco y mando Padres todos Tientsin; ruego me permita quedar aquí con otro, o por lo menos yo; Santa Infancia imposible abandonar»[117].

Estando así las cosas y habiendo llegado todos los religiosos a la casa central, el 8 de abril el padre Ochoa convocó una consulta general en la que les expuso detalladamente a los misioneros la situación, así como los acontecimientos y pasos dados hasta entonces. Propuso las siguientes cuestiones a deliberar:

---

[115] J. Ochoa, «Consulta general celebrada en Kweitehfu el día 8 de abril de 1927», en *Cartas,* Gob. Cen. MAR, Leganés, Madrid 2000, 97–99, 97–98.

[116] *Ibid.*

[117] AM, leg. 113, 1, 107r.

«l.- Si procede esperar a que N. P. provincial conteste al último telegrama que con fecha de 6 de los corrientes se envió.
2.- Dado caso que no llegue la contestación de P. N. provincial en el tiempo que se crea procedente esperar, si el mismo P. Javier Ochoa podrá quedarse en la Misión con otro padre en tanto que P. N. provincial determine lo que éstos deben hacer»[118].

Tras deliberar los temas propuestos, los misioneros llegaron a las siguientes resoluciones:

«Consideradas serenamente todas estas cosas, los PP. misioneros que suscriben, firmes en su propósito de cumplir la orden de P. N. provincial, creen sin embargo que no se contraviene esta orden con esperar una semana como máximum, a contar desde el día en que el telegrama se mandó, y creen que no se contraviene esta orden, porque, tal como en esta región están las cosas, hay seguridad moral completa de que dentro de una semana será tan fácil como hoy la salida, y porque además se borra así por completo, o por lo menos quedará muy aminorada la impresión que el señor obispo manifiesta y la de los misioneros que nos rodean, los cuales se ve que miran la vida religiosa a través de un prisma muy diferente de lo que es en realidad.
En cuanto a la segunda cuestión también se conviene por todos en que procede que queden los dos misioneros dichos en la Misión, supuesto que quedan resueltos a cumplir inmediatamente la resolución N. P. provincial, cualquiera que ésta sea respecto de ellos»[119].

Finalmente, queriendo que quedase constancia escrita de ello ante posibles sucesos posteriores y ante la gravedad del caso, levantaron acta de la reunión y la firmaron todos los religiosos.

---

[118] J. OCHOA, «Consulta general celebrada en Kwetehfu el día 8 de abril de 1927», en *Cartas*, 98.
[119] *Ibid.*

Para determinar quién era el que debía acompañar al padre Ochoa en esta espera, estando todos dispuestos a hacerlo, no tuvieron más remedio que echarlo a suertes, y lo hicieron por dos veces, siendo el favorecido las dos veces el padre José Martínez.

Sin embargo, el día diez, dos días después de la consulta, llegó la contestación taxativa y sin paliativos del padre provincial:

> *«Estoy en Shanghái once días hace por vosotros. Tu ceguera sorprendente en no comprenderlo. Orden Gobierno Español vengan a Shanghái todos. Han llegado jesuitas españoles. Obedece tú. Acusa recibo»*[120].

3. Primera salida. Encuentro con el delegado apostólico monseñor Costantini

En vista del último telegrama dieron nuevos pasos para colocar a las pobres niñas de la Santa Infancia dando harina por delante y pagando grandes sumas de dinero. De este modo el mismo día 10 ya estaban todos en disposición de salir.

Al día siguiente salieron de la misión. Era Lunes Santo, lo que fue para ellos «lenitivo al dolor» y causa de «aliento para aceptar animosos el sacrificio que el Señor les exigía por medio de los superiores». Se sentían identificados con el Divino Redentor que como «mansísimo cordero obedecía, sufriendo los insultos, los escarnios, las afrentas, los azotes y la muerte, y sufriéndolo por amor al hombre». Sabían que era este Divino Redentor el mismo que «disponía la interrupción de sus tareas» y que «les hacía sufrir algo con Él y por Él». «Sabían que de todo esto había de sacar el Señor mayor bien para ellos y para la misión».

[120] AM, leg. 113,1, 105r.

Llegaron a Tientsin sobre las dos de la mañana del Jueves Santo (14 de abril), llevando sus cosas al puerto y esperando a que amaneciera. Al alba se dirigieron a casa de los Padres Belgas donde se alojaron, llegando justo «en el momento en que empezaba la Santa Misa de la Cena del Señor, lo que les proporcionó el consuelo de oírla y recibir a Jesús en la Sagrada Comunión. Todo era providencial para ellos». Allí esperaron un vapor que los condujera a Shanghái, consiguiendo puesto para uno que salía el lunes de pascua (18 de abril) por la mañana.

En el tiempo de espera decidieron que el padre Javier Ochoa y el padre Mariano Alegría hicieran una visita al delegado apostólico en Pekín, y que fueran al ministerio español a pedir pasaportes para todos por si tenían que ir por el Japón. Partieron para Pekín el Sábado Santo (16 de abril) por la mañana y el mismo día por la noche ya estaban de regreso después de haber cumplido su doble cometido.

La visita al señor delegado apostólico fue un tanto borrascosa. Monseñor Tacconi, tan pronto como recibió el aviso de que los religiosos salían de la misión le escribió al delegado apostólico, por lo que cuando nuestros frailes llegaron estaba ya sobre aviso y «con mala impresión de ellos»; «sin paliativo de ninguna clase manifestó el gran disgusto que sentía por su salida y su deseo de que dos frailes por lo menos volvieran cuanto antes a la misión». En una carta a monseñor Tacconi, el delegado apostólico da referencia de aquel encuentro:

> *«El 16 fue a mi encuentro el Superior de Kweitehfu, con otro Padre. Me dijeron que fueron obligados a obedecer a su Superior Religioso. Yo precisé mi pensamiento así: "Este es mi punto de vista: conviene que volváis a la Misión; no doy verdadero mandato. Era necesario depender del Obispo; se han de hacer las cosas con el Obispo: si él y los otros permanecen*

allí, ¿por qué vosotros no pudisteis permanecer?" El P. Ochoa me manifestó la intención de dirigirse al Superior en Shanghái para retornar con los padres a Kweitehfu»[121].

Pero no sólo manifestó su deseo y expresó su dolor, sino que dirigió a los religiosos ciertos reproches por el hecho de abandonar la misión; según el padre Lorente, cargando un poco las tintas, monseñor Costantini «no encontró más que motivos de reproche y de censura durísima para nosotros», «hasta el extremo de decir que eran pastores mercenarios que abandonan su grey»[122]. Frente a esta acusación, el padre Lorente hizo una apología de la decisión del provincial diciendo:

«…no creyeron que abandonaban su grey, porque se apartaban un tanto de ella, mientras pasaba la tormenta que sólo a ellos amenazaba… Advirtieron que era una locura entregarse a la voracidad de aquellos lobos carniceros, que sólo gustaban de la carne de los pastores, para que las ovejas de este rebaño de Cristo quedaran todas sin guía y sin pastor y sin nadie que les suministrara después los pastos de vida y salud. Por eso, porque amaban a sus ovejas y no querían verlas descarriadas y porque no perecieran para siempre, presa del lobo infernal, optaron por dejarlas en el aprisco aquella noche de tormenta, para después volverlas a sus pastos, pasada la tempestad»[123].

A pesar de la dureza del reproche y sabiendo que estaban a la espera de la decisión de la Santa Sede de elevar la misión a Prefectura Apostólica, y que, sin duda, esto podría llegar a ser un obstáculo para ello, «no fue tan grande la pena que sintieron que

[121] C. COSTANTINI, «Carta (18 abril 1927) a Mons. Tacconi», (1927) *ASV*, Arch. Nunz. Cina, b. 29, fasc. 63, 124.

[122] L. LORENTE, «La revolución china y nuestra misión en Kweitehfú», 209-210.

[123] *Ibid.*, 210.

llegara a turbarles la paz del alma». «No le dieron más importancia de la que tenía, seguros de que Dios estaba por encima de todos los hombres y convencidos plenamente de que jamás les había de venir ningún mal por cumplir su deber», pues «todo lo disponía el Señor que jamás defrauda a quien sigue sus caminos y todo lo espera de Él».

4. Llegada a Shanghái. Encuentro con el padre provincial Bernabé Pena

Salieron el lunes de pascua (18 de abril) y tras cuatro días de viaje llegaron a Shanghái el viernes de la misma semana (22 de abril). Allí se produjo el encuentro con el padre provincial que había ido de Manila a Shanghái y que «los acogió con el afecto y el cariño de una madre que tiene la dicha de abrazar al hijo querido a quien creía muerto».

Debemos hacer aquí un reconocimiento, junto con los misioneros de China, al amor heroico de padre que mostró el provincial Bernabé Pena, pues estando enfermo y gravemente indispuesto se sometió a un fatigoso viaje para poder seguir de cerca y encontrarse personalmente con sus religiosos, haciendo todo lo posible por disimular su indisposición y malestar.

5. Primera vuelta a Kweiteh y segunda salida

A la llegada de los frailes a Shanghái, en la prensa extranjera «se daba como inminente la declaración de guerra contra China por parte de las cuatro naciones más poderosas del mundo», Inglaterra, Japón, Francia y Estados Unidos.

«Sin embargo, cuando todo el mundo esperaba el ultimátum definitivo y llegaba el momento de la intervención armada, el gobierno de los Estados Unidos dio un paso atrás» y se negó a

intervenir para evitar que Inglaterra tomara la primacía del comercio en China. Se retiraron de la intervención armada, pero intervinieron al mismo tiempo para que nada se hiciera. Los frailes vieron en esto una acción providencial de Dios que se sirvió de esta acción de los Estados Unidos para librar de la muerte segura a los muchos misioneros católicos que todavía quedaban por el norte y por el interior de China.

Habiéndose echado atrás Estados Unidos de la intención de atacar a China, aun cuando no estaba clara todavía la situación y no se sabía cuál fuese la actitud de las otras naciones, el padre provincial, atendiendo a las manifestaciones de los misioneros y sus deseos y teniendo en cuenta también el telegrama que recibió del delegado apostólico, permitió a tres frailes volver inmediatamente a la misión, advirtiendo que él salvaba su responsabilidad de lo que les pudiera ocurrir y con el mandato expreso de que tan pronto como vieran que el peligro les amenazaba de nuevo volvieran otra vez a Shanghái.

El padre Ochoa, el padre Sabino Elizondo y el padre Luis Lorente regresaron, y el día 11 de mayo, un mes justo después de haber salido, volvieron a la misión.

A su vuelta a Kweiteh, el padre Ochoa fue a Kaifeng a ver a monseñor Tacconi, que estuvo complaciente con él, dándose cuenta de que, cuando los recoletos habían salido, había en realidad más peligro del que él creía.

A finales de mayo, el general comandante de las fuerzas de Kweiteh, que era amigo de confianza absoluta de los padres, les comunicó que las fuerzas revolucionarias estaban muy cerca y que no podría responder de la seguridad de los padres por lo que les pidió que salieran de Kweiteh lo más rápido posible.

Al día siguiente les dio unos salvoconductos para que pudieran abandonar esa misma noche la ciudad. Antes de partir, monseñor Ochoa escribió a monseñor Tacconi comunicando el peligro que había y el consejo tan acertado que les había dado su buen general de Kweiteh.

Los padres salieron el 28 de mayo, a los diecisiete días de su llegada, en el último tren que pudo salir de la ciudad, porque al día siguiente el ejército del sur entró en Kweiteh y tomó la ciudad. El 8 de junio llegaron los frailes a Shanghái. El 15 de junio el ejército revolucionario ocupará la misión y la casa central.

Estando ya en Shanghái nuestros misioneros, recibieron noticias de que monseñor Tacconi había tenido que huir de Kaifeng y de que monseñor Calza, vicario apostólico de Chengchow, había tenido que huir con algunos de sus misioneros a Tientsin.

6. Segunda vuelta en dos fases. Situación de Kweiteh

A los quince días de su llegada a Shanghái, aun cuando sabían que las casas habían sido ocupadas por los militares, los frailes querían volver de nuevo a la misión. En ese tiempo recibieron una carta de monseñor Celso Costantini y, valoradas todas las circunstancias, los tres padres que constituían el consejo de la misión, suponiendo la aprobación del padre provincial, decidieron la vuelta de los padres Ochoa, Alegría y Elizondo. Fueron vía Tsing-tao, Tientsin, Pekín y Yenchowfu.

Algunos misioneros de estos lugares desaconsejaron a los misioneros seguir adelante. El delegado apostólico les dijo que con que llegaran hasta Yenchowfu y allí esperaran hasta que pudieran hacer el viaje a Kweiteh, informaría a Roma diciendo que habían regresado a la misión.

Los padres recoletos no se conformaron con eso. No pudiendo coger en Yenchowfu el tren para Kweiteh, se decidieron a hacer el viaje por tierra, atravesando unos 200 kilómetros de la provincia de Shandong.

Viajaron usando un mal carro chino, teniendo que hacer la mayor parte del camino a pie, caminando con el calor de agosto durante 15 días de mañana a la tarde, y así no pararon hasta llegar a la misión el día 11 de agosto. Estando las casas ocupadas por los militares, los misioneros tuvieron que alojarse en unas casuchas hasta el 17 de octubre.

El 3 de octubre el padre Ochoa salió a buscar al resto de los misioneros. Mientras que los padres hacían un viaje lleno de dificultades propias de caminos en tiempos de guerra, entraron en Kweiteh los del norte, y enviaron por delante un gran ejército de bandidos que saquearon la ciudad de arriba a abajo. Los dos padres que se habían quedado en Kweiteh tuvieron que sufrir un saqueo que estuvo a punto de costarles la vida.

En un segundo saqueo, tras una nueva entrada de los del sur, estuvieron en peligro uno de los padres y un muchacho.

Dentro de las dificultades que tuvieron que pasar, vieron siempre en medio de las desgracias que les acaecían la mano misericordiosa de la providencia de Dios, que los protegía en un modo especial.

> *«El Señor nos está probando y purificando como ha probado y purificado a otras misiones, y quizás más; pero en esto veo yo la mejor prueba de que Jesús nos quiere y hasta nos distingue»*[124].

[124] J. Ochoa, «Carta (17 diciembre 1927) al procurador general Daniel Delgado», en *Cartas*, 130.

7. Valoración de la actuación de los frailes

Monseñor Costantini envió el 25 de abril de 1927 una circular a los Ordinarios exhortándolos a no abandonar China dejando sus puestos de misión sin pastores; no obstante, podían refugiarse temporalmente para evitar, con prudencia, poner en peligro sus vidas, pero sin dejar desatendidos pastoralmente a sus fieles.

Respecto a la situación general de China, el padre Celso Costantini manifestará que los misioneros y fieles católicos habían escrito una página gloriosa con el comportamiento ejemplar que manifestaron en esta época de la revolución:

> *«Los misioneros han tenido que abandonar alguno que otro puesto cuando el peligro era inminente, pero no se puede hablar de huida de los misioneros; puedo asegurar que ninguno de ellos ha abandonado jamás su puesto. Los misioneros están escribiendo una de las páginas más gloriosas de la Historia de las Misiones. No hay distinción entre extranjeros y chinos, religiosos de una Congregación y de otra; todos son dignos de admiración por su valor, paciencia y celo»*[125].

Recordamos, sin embargo, las palabras de reproche que tuvo para con los misioneros recoletos. El padre Ochoa y los frailes sufrieron las incomprensiones por parte del vicario de Kaifeng y del delegado apostólico y tuvieron que hacer por activa y por pasiva profesión de que no obraban, en modo alguno, por temor:

> *«Ante todo, debo hacer constar que ni yo ni ninguno de nuestros misioneros hemos salido por miedo, sino más bien por obedecer a nuestros superiores, y tanto este su servidor como todos y cada uno de nuestros misioneros estamos dispuestos a volver a la misión sin temor a nada ni a nadie y con la sola*

[125] C. COSTANTINI, «Habla Mons. Costantini, delegado Apostólico en China», *TM* 4 (1931), 150-153, 152-153.

confianza en Dios, tan pronto como se nos mande. Aún más, deseamos volver pronto. Pero no queremos que nadie diga que por una imprudente temeridad nuestra nos pasa algo desagradable. Por obediencia salimos de la misión, y por obediencia hemos de volver a ella cuando los superiores lo dispongan»[126].

Posteriormente, en el informe que presentó monseñor Costantini sobre la conveniencia de elevar nuestra misión a la categoría de Prefectura, el delegado apostólico disculpará la actuación de los frailes que obraron por obediencia a sus superiores, y que supieron con su vuelta y su comportamiento heroico posterior reparar el comportamiento "erróneo" que había tenido la Orden:

«Al inicio de las hostilidades, cuando avanzaba desde el Sur la onda nacionalista con tendencias bolcheviques, que culminaron en los horrores de Nankín, el Superior de los Padres Recoletos, de Manila o Shanghái (no lo recuerdo bien) mandó orden de que los PP. Recoletos se refugiasen en Shanghái.
Ellos obedecieron y, por algún mes, estuvieron ausentes de la Misión. Esta no es una bella página en los inicios de la Misión: sin embargo, la responsabilidad no recae sobre los padres destinados a la Misión, sino sobre sus superiores de Shanghái o de Manila.
Yo presenté mis quejas; y este error fue reparado con la mayor rapidez posible. Los PP. Recoletos retornaron a la Misión: la guerra civil continuó con altibajos y barrió también la prefectura de Kweiteh, pero los Padres permanecieron en sus puestos, reparando un momentáneo error y dando pruebas de fortaleza cristiana»[127].

[126] *Ibid.*, 105.

[127] C. COSTANTINI, «Informe (11 abril 1928) al Card. Van Rossum, Prefecto de la Propaganda Fide», [1928], *APF*, fondo NS, Vol. 907, Rub. 27/4, 400-401.

8. Valoración de la actuación del padre provincial

Como hemos visto, la actuación de los superiores de la Orden fue siempre vista como un error por parte del delegado apostólico. La Orden, a través de su procurador general, trató de presentar a Propaganda Fide su versión de los hechos y explicar la posición de los superiores en este delicado asunto.

Así resume el padre Delgado su alegato en favor del provincial:

> *«El P. Provincial fue llevado a dar esas órdenes porque creía que los acontecimientos que amenazaban nuestra Misión eran idénticos a los que habían determinado el abandono de las misiones por parte de los Agustinos, Pasionistas americanos, Jesuitas, Franciscanos de Hunan y otros misioneros de Provincias diferentes. Además, para darse cuenta del estado psicológico del P. Provincial en aquel momento, es necesario tener presente que el P. Provincial, que tanto se interesaba por la suerte de sus hijos, los misioneros de China, había asistido, enloquecido, a la masacre de treinta misioneros de su misma Provincia religiosa, asesinados bárbaramente en pocos días en las Islas Filipinas.*
> *De hecho, el provincial que a todas nuestras casas de España y de América había enviado cartas circulares ordenando oraciones continuas por nuestros Padres de China; cuando los vio sanos y salvos en Shanghái, se apresuró a comunicar telegráficamente la grata noticia a todas nuestras casas que temían por la suerte de los misioneros. Pensaba ciertamente que a esas alturas no se repetiría por su imprevisión la masacre de las Islas Filipinas»*[128].

En la mente de los frailes y de los superiores pesó grandemente el temor fundado y posiblemente inminente de una guerra entre las Potencias extranjeras y China como respuesta a los incidentes

[128] D. DELGADO, «Carta (22 julio 1927) a Card. Van Rossum, prefecto de la Propaganda Fide.», *APF*, fondo NS, Vol. 907, Rub. 27/4, 370.

de Nankín y que hubiera provocado una reacción contra los misioneros extranjeros en todo el país.

En un informe de noviembre de 1927 el propio Costantini refleja el mismo temor a que hubiera habido una respuesta militar de las Potencias, con el consiguiente riesgo para la seguridad de los misioneros extranjeros:

> *«Es de agradecer al Señor que se haya evitado la intervención armada de las Potencias extranjeras contra China. Se había decidido: no se llevó a cabo, porque en el último momento, América y Japón se retiraron de la empresa. Si se hubiera producido tal intervención, probablemente deberíamos llorar masacres de Misioneros y la destrucción de muchas obras»*[129].

Por eso, también el propio monseñor Costantini, a la hora de proponer la erección de la misión como Prefectura, y con un poco más de distancia respecto a los acontecimientos ocurridos, excusa así la actuación del padre provincial:

> *«Para darse cuenta del estado de ánimo de los Misioneros, es necesario tener presente que en aquellos días tuvieron lugar los hechos criminales de Nanking; y se esperaba de parte de todos los europeos que las grandes potencias representadas en China darían una dura lección a los ejércitos revolucionarios, con la consiguiente reacción criminal por parte de los chinos. Y este era el temor del P. Provincial que continuaba siempre a Shanghái interesándose por la suerte de nuestros Padres, abandonaron incluso su Misión los misioneros y religiosas americanos de Kaifeng»*[130].

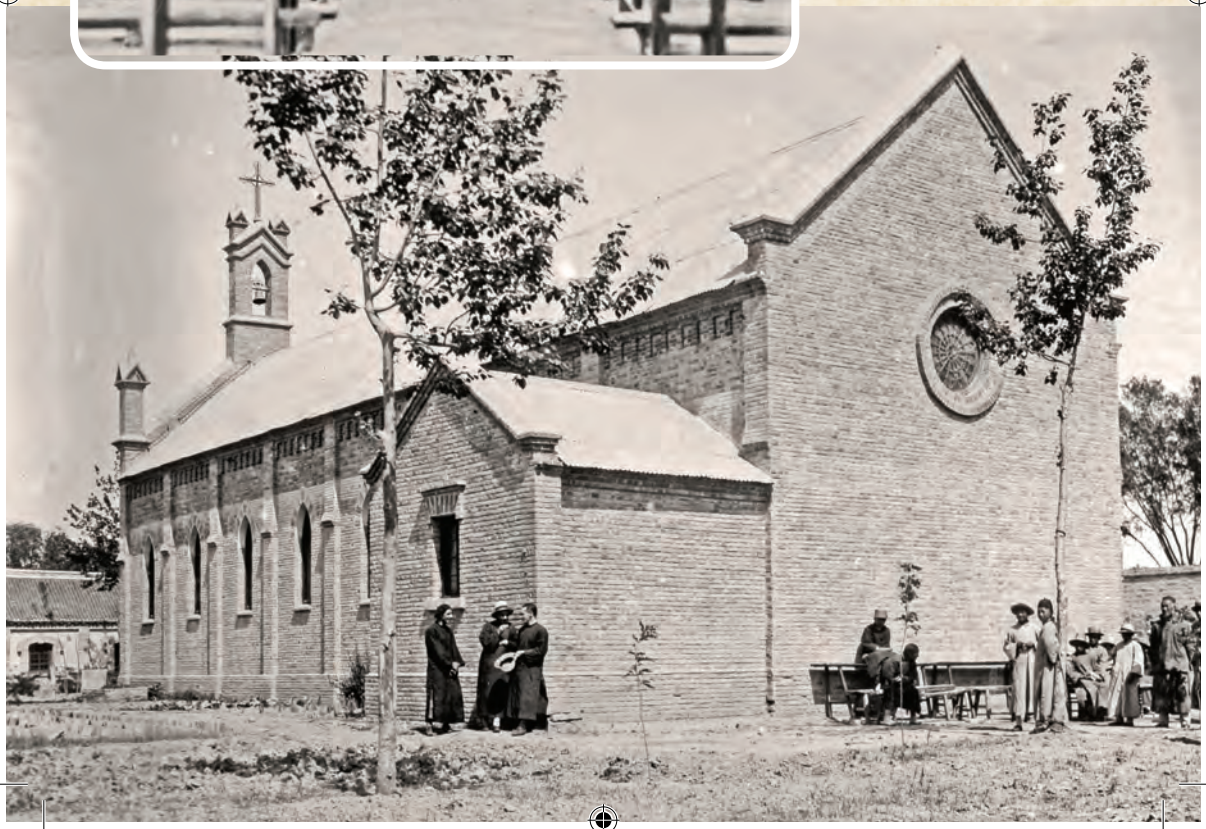
---

[129] C. COSTANTINI, «Visita del Deleg. Ap. alle Missioni della Valle del Fiume Azzurro. Prot. N. 626/27 Delegatio Apostolica in Sinis.», [1927] *APF*, Fondo NS, Vol. 900a, Rub. 21/2, 702.

[130] C. COSTANTINI, «Informe (11 abril 1928) al Card. Van Rossum, Prefecto de la Propaganda Fide», *APF*, fondo NS, Vol. 907, Rub. 27/4, 400–401.



Iglesia de Palichoang. Interior (arriba) y exterior. Fue inaugurada el 7 de julio de 1932.





1932 Kweiteh. Religiosas recoletas con las niñas de la Santa Infancia.
De blanco: M. Carmela, M. Esperanza, M. Ángeles, M. Dolores.

Escuela de catequistas de Chutsi.
Bendecida e inaugurada el 30 de enero de 1933.



4.2. Prefectura Apostólica (1928-1936)

A. Periodo de construcción nacional (1928-1937)

A primeros de octubre de 1928, terminada la fase militar de conquista y unificación, el poder central del partido nacionalista establecía las normas para entrar en la siguiente fase del proceso de construcción nacional, la fase de transición, de gobierno tutelado por el partido nacionalista. El 10 de octubre sería elegido presidente Chiang Kaishek.

En principio, se estableció 1935 como año en que iniciar la siguiente etapa, constitucional y democrática, pero la lucha con los comunistas y el conflicto con Japón a gran escala hicieron que no se alcanzase esa fase hasta 1947 y de un modo muy deficiente.

En el plano económico financiero, la unificación de las monedas, abandonando definitivamente el valor ligado al peso en plata por el de patrón plata, así como el control de producción monetaria por el gobierno, favoreció el inicio del capitalismo y del comercio interior. Junto a esta unificación y modernización del sistema monetario, la construcción de grandes infraestructuras ferroviarias y de carreteras, el desarrollo del transporte naval, el sistema de correos y de telégrafos servían de base necesaria al desarrollo de la economía.

Frente a estos factores favorecedores de la economía, se dieron también otros que gravaron fuertemente este desarrollo. En 1931 la depresión económica mundial golpeará a China, provocando una grave devaluación de la moneda china, basada en el patrón plata. Los mercados internacionales de exportación china se vieron gravemente reducidos. Se produjo una disminución de los capitales, aumento de los intereses, de la tasa de paro, etc. A esto se juntó el mayor desastre natural de la historia de China

con las inundaciones de 1931 de los ríos Amarillo y Azul (Yangzi), que, junto con las sequías de 1934, devastaron la agricultura y provocaron una gran hambruna y miseria.

Por otro lado, el desarrollo de la economía se basó en una dependencia financiera internacional, de intereses, sobre todo, estadounidenses, que influían en el curso de la economía y de la política económica a través de las estructuras burocráticas y de poder, ligadas a las familias que dominaban sectores importantes de la producción y del comercio, como la todopoderosa familia Soong, a la que pertenecía la esposa del generalísimo Chiang Kaishek, y que controlaba la política económica del Gobierno, portando así a la economía china a un alto grado de corrupción y de dependencia neocolonial de intereses económicos ligados a Potencias extranjeras.

A nivel de las reformas sociales llevadas a cabo, destaca la reforma laboral, que dotó de protección jurídica a los obreros. En 1934 Chiang Kaishek dio origen al llamado "Movimiento de Nueva Vida", que buscaba una regeneración del espíritu moral chino basado en principios confucianos, cristianos metodistas, así como en elementos de ideología fascista en boga en aquella época, como reacción al comunismo y al liberalismo. Los tres principios del pueblo de la doctrina de Sun Yatsen eran interpretados en un nuevo contexto y armonizados con los cuatro principios confucianos de virtud.

A nivel educativo y académico se produjo un gran desarrollo en la difusión y universalización de la escuela primaria y media, con un gran aumento en el número de escuelas y de alumnos; se produjo, además, un notable desarrollo de la formación técnica, así como del estudio de disciplinas científicas en la Universidad en detrimento de las disciplinas de letras.

Así pues, en esta década, llamada de construcción nacional, el Kuomintang «consolida el gobierno nacionalista y evoluciona hasta convertirse en un poder militarista y autoritario apoyado por el Ejército, la burguesía y los sectores conservadores del interior agrario y comerciales de las costas, lo que le ligará al neocolonialismo. Chiang Kaishek dirigió su acción política a tres objetivos básicos: formación de un Gobierno nacional, recuperación completa de la soberanía nacional con la retrocesión de las concesiones extranjeras y nuevos acuerdos políticos y económicos con esas mismas potencias»[131].

Este periodo de reformas estaría, sin embargo, marcado por las dificultades internas con los señores de la guerra, las luchas políticas y divisiones dentro del partido, la lucha contra el comunismo, y la política imperialista de Japón sobre China.

Se hizo necesario modernizar y reducir los efectivos del gran ejército nacional revolucionario que consumía las rentas del país, lo que provocó contiendas y algunos levantamientos dispersos por parte de los ejércitos pertenecientes a algunos caudillos militares; levantamientos que fueron reprimidos y controlados por el ejército central de Chiang. Las divisiones internas culminaron en 1930 con un gran movimiento unificado de oposición política y militar, que llevó a constituir el 1 de septiembre un Gobierno republicano en Pekín en oposición al Gobierno central de Nankín. Para reprimir este levantamiento, Chiang movilizó a las divisiones del noreste de China, controladas por Zhang Xueliang, consiguiendo su objetivo, pero con un alto coste de bajas, unos 250.000 hombres, lo que dejaría la Manchuria debilitada a nivel defensivo.

[131] L. Palacios - R. Ramírez, *China*, 225.



25 de abril de 1933, Manila.
De izquierda a derecha, sentados,
M. Carmela Mendoza, Mons. J. Ochoa, M. Cecilia Salgado.
De pie, J. Samanes y G. Ugarte.

B. Prefectura Apostólica de Kweiteh (1928)

A los tres años de la llegada de los misioneros, el 21 de enero de 1927, el procurador general de la Orden hizo la petición a la Santa Sede de que la misión fuese separada del Vicariato de Kaifeng y fuera erigida en Prefectura Apostólica. A esta petición adjuntaba un documento con noticias relativas a la misión, así como una carta de monseñor Tacconi en la que se declaraba favorable a la petición de los Recoletos. Propaganda Fide pidió informe al delegado apostólico, que contestó de modo favorable, expresando que seguir con la dependencia del Vicariato de Kaifeng no podía hacerle ya ningún bien, sino sólo serle de obstáculo a sus buenas iniciativas locales.

Consideraba que la misión, por su organización y número de cristianos, estaba ya madura para ser elevada a Prefectura Apostólica. Creía, además, que la misión había sufrido mucho por la guerra civil y los Recoletos se habían portado con heroísmo, por lo que la erección canónica supondría para ellos un merecido estímulo y aprobación por parte de la Santa Sede. El 19 de junio de 1928 Pío XI emitía el decreto de separación del Vicariato Apostólico de Kaifeng y de erección de la Prefectura Apostólica de Kweiteh firmado por el secretario de estado, cardenal Gasparri.

Con motivo de la visita canónica del padre general a Filipinas, el padre Ochoa marchó a Manila exponiendo al prior general y al Definitorio Provincial la situación de la misión, trasladando la petición del Consejo de la misión de una aportación anual[132] de 17.000 pesos chinos por parte de la Provincia, y la petición de la fundación de la revista misional.

[132] Esta aportación se aumentaría a 25.000 a partir del 1934 previa solicitud del consejo de la Misión (M. GAZPIO, «Fechas importantes de la Misión de los PP. Agustinos Recoletos en China», [1935], AM, 113, 2, 57r).

El padre Ochoa pidió más misioneros para asentar y extender la acción misional de la prefectura, así como una mayor libertad de acción para decidir desde la misión lo concerniente a ella. Consiguió que los padres Joaquín Peña y Arturo Quintanilla se ofrecieran voluntarios. El provincial aceptó: el 8 de julio llegó el padre Joaquín Peña y el 25 de agosto, el padre Arturo Quintanilla.

El 5 de octubre llegó a la misión el hermano Ángel Peña, lo que aprovechó el hermano Eusebio para pasar unos meses en Manila. El hermano Ángel, saldría a los seis meses de la misión por falta de salud; junto con él marcharía el padre Lorente, que fue a Shanghái para encargarse de la publicación de la revista misional.

C. El padre Javier Ochoa, prefecto apostólico (1929)[133]

El delegado apostólico, Celso Costantini, estuvo en Kweiteh del 30 de septiembre al 3 de octubre para la visita a la recién erigida Prefectura Apostólica. Tuvo la oportunidad de hablar con los frailes y hacer una consulta entre cinco de ellos para su informe sobre los candidatos a prefecto apostólico. La Orden había presentado esta terna de candidatos: Ochoa *(dignissimus)*, Elizondo *(dignior)* y Arribas *(dignus)*. El resultado de la consulta del delegado apostólico entre los frailes fue:

	Dignísimo	Muy digno	Digno
P. Francisco Ochoa	2	1	1
P. Mariano Alegría	2	2	—
P. Sabino Elizondo	—	—	2
P. Luis Arribas	1	—	—

[133] Cf. C. Costantini, «Informe (13 diciembre 1928) a la Propaganda Fide sobre los candidatos y la elección de Prefecto de Kweiteh».

En la apreciación personal de monseñor Costantini y en la que le transmitió monseñor Tacconi, el padre Alegría sería el segundo candidato después de Ochoa:

> *«En mi vistita a Kweitehfu el P. Alegría me pareció como el mejor candidato después del P. Ochoa. También Mons. Tacconi, que tuvo bajo su jurisdicción a los misioneros de Kweitehfu, escribe: "El otro (esto es, después de Ochoa) sería el P. Mariano Alegría, que tiene sólo treinta años; joven inteligente, celoso, y sabe bien el idioma: y se lleva bien con los chinos"»*[134].

Por ello, no se explica por qué el general no lo hubiera incluido en la terna. La terna final que presentó el delegado era: Ochoa *(dignissimus)*, Alegría *(dignior)* y Elizondo *(dignus)*.

El parecer de monseñor Costantini era que, siendo la elección para un puesto de prefecto y no para un puesto con carácter episcopal, como sería el de vicario apostólico, cree que se podía proceder sin más dudas a la elección del padre Ochoa.

Para él el principal defecto del padre Ochoa era que no conocía bien el chino, al menos como lo conocía el padre Alegría; sin embargo, pensaba que ese tiempo de prefecto podía servir de prueba para ver si llegaba a mejorar en este punto y ver si cumplía las expectativas que tenían en él puestas.

Sobre todo, porque Ochoa había demostrado sus cualidades de organizador, así como el empeño y esfuerzo que había hecho para fundar y restaurar la misión; su misma edad (39 años) le daba una cierta autoridad natural entre sus compañeros, diez años menores.

---

[134] *Ibid.*, 491-492.

Además, considerada la situación de la misión, tan probada por la revolución, se necesitaba un hombre activo y capaz, lleno de celo y energía, un hombre que uniese al celo apostólico las cualidades de un buen organizador.

Por eso, el 8 de enero de 1929, el padre Ochoa es nombrado prefecto apostólico de la nueva Prefectura de Kweiteh.

Hemos de notar que el padre Ochoa, tras la erección de la misión en Prefectura, manifestó sus deseos de dejar la misión. Veía que con la multiplicación de las ocupaciones y dificultades que conllevaría el nuevo cargo le sería muy difícil reparar su deficiencia en el uso de la lengua china.

Sin embargo, ante la insistencia de los superiores en que no lo dejara, continuó en su puesto.

El día de san José, 19 de marzo, tomó posesión de su cargo, y tan pronto como lo hizo, tomó dos decisiones: primera, nombrar como proprefecto al padre Mariano Alegría, que había estado a su lado esos cuatro años y que era quien mejor podría llevar la misión en su ausencia (al poco tiempo sería también nombrado delegado provincial); segunda, manifestó sus deseos de girar inmediatamente después de la Pascua de resurrección la visita pastoral a la Prefectura.

Para esta visita, se llevó consigo como secretario a uno de los frailes recién llegados, el padre Arturo Quintanilla. De este modo, el nuevo misionero tendría un primer contacto con la realidad de la misión y con sus gentes.

Como nos describe el padre Quintanilla en su crónica de la visita, el gran número de las conversiones se producían en la campiña, mientras que, en las ciudades, las conversiones se daban en escasísimo número.

Se describen cómo los centros más florecientes y con más futuro eran las cristiandades de Liutuankung y Changkungtsi en la Subprefectura de Ningling, y Palichoang y Huchiao en la Subprefectura de Siayi. En esa época se habían abierto puestos misionales en el mercado más importante de la Prefectura Kweiteh, Kwotsuentsi, y en el pueblo de Kuowa, siendo ésta la primera sede misional en la Subprefectura de Yungcheng. En la Subprefectura de Yucheng, Chengliku, el primer puesto misional fundado por los Recoletos, se encontraba en una situación misional bastante difícil, sobre todo por causa de los bandidos. El padre Mariano Gazpio, a finales de 1928 dejará esa misión, en la que había estado desde sus inicios, para fundar en la capital de la Subprefectura, Yucheng, donde por aquel entonces había un solo cristiano, ya muy mayor. Los motivos de esta decisión nos los explica el propio padre Gazpio:

> *«Los PP. Misioneros de edad de otras Misiones nos indicaban y aconsejaban que debíamos establecer nuestras Misiones sobre todo en las ciudades importantes, ya para estar a bien con las Autoridades y conseguir fácil libertad de acción, ya para atender mejor a los cristianos y catecúmenos de los pueblos»*[135].

D. Revista misional "Todos Misioneros" (1928)

La revista nació como instrumento de animación misionera que formase en todos los laicos el espíritu y dimensión misionera de su vocación cristiana. Buscaban estimular y cultivar las vocaciones misioneras y el espíritu misionero en los más pequeños y en todos los cristianos. A través del conocimiento de la realidad de la misión y de los misioneros, acercaban la misión a los

[135] «Fechas importantes de la Misión de los PP. Agustinos Recoletos en China (1924-1952)», AM, 113, 2, 66.

lectores, despertaban el sentido de solidaridad, y encendían la caridad que movía a cooperar activamente con las misiones a través de la oración, los sacrificios y la limosna.

1. Inicios

Así explica el padre Ochoa cómo se gestó, desde el inicio, el deseo y proyecto de tener una revista misional:

> *«Desde que llegamos a la misión, empezamos a darnos cuenta de las necesidades extraordinarias de la misma, y brotó luego espontánea la idea de fundar una revista particular que nos sirviera de ayuda eficaz para atender en parte a estas necesidades. [...] Por esto y porque no podíamos pretender que nuestra amada madre la provincia a la que pertenecemos, soportara todo el peso que esta carga representa, porque realmente es superior a sus fuerzas económicas, la idea de la revista fue tomando cuerpo y, cuando en 1925 vino de visita provincial N. P. Bernabé Pena, le hablamos claramente y expusimos nuestros deseos de llevar a cabo dicha idea. N. P. Bernabé Pena la aprobó en principio y nos hizo concebir esperanzas de verla pronto cristalizada en hecho consolador»*[136].

Ya en el 1926 compraron una imprenta para imprimir catecismos y libros de preces en chino, e incluso, reunidos todos los misioneros, tuvieron una especie de concurso para elegir el nombre de la revista:

> *«En un rato de buen humor y hallándonos todos presentes, tuvimos una especie de certamen para la elección del nombre de nuestra futura criatura. Yo ofrecí un pequeño premio para*

[136] J. Ochoa, «Carta conjunta de los misioneros del 3 de febrero de 1929 al Prior general Gerardo Larrondo», en *Cartas*, 201–206, 202–203.

el que fuera escogido. "Todos Misioneros" salió premiado. Después el P. Arribas hizo un pequeño croquis para la portada y tanto el título como el croquis serán presentados...»[137].

Por motivo de la revolución, el proyecto no se pudo llevar a cabo en ese momento. No obstante, jamás desistieron de su empeño y el 17 de mayo de 1928, cuando todavía estaba la casa de Kweiteh ocupada por los soldados revolucionarios, salió el padre Ochoa hacia Manila llevando la petición al Definitorio Provincial de que autorizaran la fundación de una revista particular de la misión. Llevaba consigo todo el material necesario para que, si accedían a la petición, saliera el primer número de la revista inmediatamente.

2. Revista "Todos Misioneros"

La revista constaba de 32 páginas de papel satinado con multitud de fotograbados de las Prefecturas Apostólicas de China y de Filipinas. Ya el propio título era toda una declaración de intenciones, queriendo hacer hincapié en el descubrimiento de la vocación misionera de todo bautizado, y la responsabilidad de cooperar todos, de formas diversas, en la única obra misional. En ellas se exhortaba a todos a ser misioneros como lo había sido -y quiso que todos lo fuesen- Santa Teresita del Niño Jesús, por medio de la oración y del auxilio material de la limosna en todas sus formas.

«Venimos a mover tu corazón y a solicitar tu ayuda para ganar almas y dar gloria a Dios nuestro Señor»[138].

---

[137] J. Ochoa, «Carta (15 febrero 1926) al prior provincial Bernabé Pena», en *Cartas,* 187.

[138] M. Alegría, «¡¡¡TODOS MISIONEROS!!!», *TM* 1/1 (1928), 5.

Más que en el mandato misionero de Cristo a sus discípulos se apelaba a la exigencia del amor y caridad cristiana que habían recibido como don los cristianos. La cooperación en la misión es la mayor obra de amor a Dios y a los hombres.

> *«"Caritas Christi urget nos". El amor de Jesucristo nos apremia, y pone urgencias en el celo y en las actividades del Misionero, y anhelos vehementes en todas las almas amantes de Jesús, haciendo que sean todos misioneros, por los mil y mil medios de cooperación a la obra hermosamente divina de las Misiones Católicas»*[139].

Los misioneros, que experimentaban en su vida apostólica la esterilidad de sus acciones si no iban acompañadas de la acción de la gracia impetrada por la oración constante y confiada, querían suscitar con la revista que muchos se uniesen a esa oración misionera.

> *«Como la experiencia acumulada en sus correrías apostólicas les demostrara lo ineficaz de ciertos procedimientos, cuando no van acompañados del auxilio de la gracia de Dios nuestro Señor, quisieron ponerlo en conocimiento de tu persona, lector amable, para implorar tu auxilio»*[140].

---

[139] G. LARRONDO, «Palabras del general presentando y dando la bienvenida a la revista "Todos Misioneros"», *TM* 1/1 (1928), 3. «Misionero puede ser todo aquel que sienta su espíritu abrasado por esa llama divina, descendida de lo alto, que se llama celo por las cosas de Dios; misionero es el que desde su puesto, hogar, oficina, tribunal, escuelas, se acuerda de los que, redimidos con la sangre de nuestro Señor Jesucristo, le desconocen por completo; misioneros son los que, en cualquier parte y en cualesquiera circunstancias, elevan al cielo una plegaria por la conversión de los infieles que, unida a los méritos de nuestro Señor Jesucristo, es de un valor infinito» (M. ALEGRÍA, «¡¡¡TODOS MISIONEROS!!!», 6).

[140] M. ALEGRÍA, «¡¡¡TODOS MISIONEROS!!!», 5.

Como dirá el padre Peña, «la continua y fervorosa plegaria se anteponga a toda otra clase de ayuda misional»[141]. Oración dirigida al Padre de la mies para que envíe operarios a su heredad y conceda los auxilios de la luz celestial y de la gracia divina a los paganos. Pedían en especial la oración más preciosa, la de todos aquellos que el mundo considera como inútiles: los niños, los enfermos y los consagrados.

Pero los padres no necesitaban sólo las "armas" de la oración, sino también la "munición" de las limosnas con las que contribuir a la obra misionera, a sostener a los catequistas y a las niñas de la Santa Infancia, a construir iglesias y escuelas de catecismo...

> *«(Al misionero) le faltan las armas de vuestras oraciones que, haciendo descender sobre los campos, todavía paganos, de su misión una copiosa lluvia de gracia, hiciera asimismo fructificar la semilla de su apostolado en frutos abundantes de conversión; le faltan las municiones de vuestras limosnas, que le permitan cubrir las múltiples necesidades inherentes a su ministerio y ejercitar entre los infieles el apostolado eficacísimo de la caridad; le falta, en una palabra, vuestra colaboración»*[142].

3. "Todos Misioneros" y la revista misional de la Orden

Cuando pidieron tener una revista misional, ya sabían los frailes que el Capítulo General de 1926 había encomendado la publicación de una revista misional de la Orden. A finales de 1928 el padre Juan Araiz, definidor general, le escribió al padre Ochoa:

> *«Vuestra revista "Todos Misioneros" ha caído muy bien por aquí, y vamos buscando bastantes suscripciones. Pero como*

[141] J. Peña, «En torno a la Encíclica «Rerum Ecclesiae» sobre las Misiones», *TM* 2/9 (1929), 79.

[142] M. Muñoz, «Un Caluroso Llamamiento a Nuestros Lectores», *TM* 14 (1941), 60.

está mandado en el último Capítulo General que se funde para el centenario de N. G. P. San Agustín una revista misional, nos ha parecido que el mejor modo de cumplir lo mandado es el hacer que esa revista se publique en España y que sea de todas las misiones de la Orden. Con lo que ganaremos todos y nos enteraremos mejor de los trabajos apostólicos de nuestros beneméritos misioneros»[143].

Esta noticia produjo una gran conmoción entre los frailes que escribieron una carta conjunta en la que expresaban su deseo de que se mantuviera la revista "Todos Misioneros" como propia de la misión de China, y que ellos apoyarían con material la de toda la Orden. Mientras que la revista de toda la Orden no saliese, la revista "Todos Misioneros" estaba abierta a publicar materiales de otras misiones[144].

4. Dificultades y traslado a España

La revista siguió como propia y editándose en Shanghái. A pesar de las buenas intenciones, la colaboración con los artículos y materiales para la revista dejaron, por parte de muchos, mucho que desear, faltando ilusión y compromiso, descargando gran peso en el director de la revista que residía en Shanghái.

---

[143] Citado en J. OCHOA, «Carta (3 febrero 1929) al prior general Gerardo Larrondo», en *Cartas,* 201.

[144] «Por de pronto sepan todos que nuestra revista *Todos Misioneros* es para todos nuestros misioneros de China, Filipinas, Brasil y Colombia, mientras no venga la revista general que todos esperamos. Y quiero hacer constar esto, porque por lo que a mí toca, jamás pensé al pedir nuestra revista que fuera exclusivamente para esta misión, aunque desde un principio nos comprometimos, como sabe Vtra. Revma., a sostenerla con los fondos de esta Prefectura» (J. OCHOA, «Carta (9 agosto 1929) al prior general Gerardo Larrondo», en *Cartas,* 210).

«En estos tres o cuatro últimos años al llegar este tiempo me he visto en grandes dificultades ocasionadas por nuestra revista, siempre las mismas dificultades, y siempre procedentes de la misma causa, de la falta de colaboración por parte de los misioneros. Actualmente me veo frente a dos dificultades principales: la vida lánguida de la revista en lo económico[145]*, y la vida más que lánguida en material, en lo referente a la publicación de la misma. El actual director hace cuanto puede porque aparezca regularmente todos los meses con o sin colaboración de la misión, y esto mismo han hecho sus antecesores»*[146].

A finales de 1933, el padre Ochoa mandó una carta a todos los misioneros y los llamó a una reunión para tratar la situación de la revista, que era preocupante, y decidir si se quería continuar con ella como propia o no. Les exigió como prueba de la firmeza de este deseo que ya llevasen a la reunión material para hacer dos o tres revistas y que se comprometieran a mandar material cada dos meses.

A pesar de lo cual y del interés del padre Ochoa por mantenerla como propia, tras medio año, viendo que los resultados no eran los deseados, y ante la necesidad de tener que mandar a un fraile de la misión a Shanghái como director en sustitución del padre Zunzarren, tomó la decisión de que se editara en España y que se encargase la Provincia. Sin embargo, no se consiguió y la revista siguió publicándose en Shanghái hasta que en 1941 se suspendió

[145] «Con la revista no ganamos nada, aunque tampoco podemos decir que se pierde nada, pues con las pocas suscripciones que hay y las limosnas que en ella vienen anunciadas, venimos a cubrir casi todos los gastos de impresión y envío. [...] Las suscripciones en la actualidad son muy pocas, pues en estos tres últimos años, se han dado de baja muchos suscriptores. En cuanto a las limosnas, también es de advertir que muchas de ellas vienen *intuitu personae*, y que vendrían igualmente sin la revista, habido esto en cuenta, debemos confesar que con la revista perdemos, en vez de ganar» (J. OCHOA, «Circular (20 noviembre 1933) a los misioneros», en *Cartas,* 212).

[146] *Ibid.*, 211.

por motivo del aislamiento de China tras la entrada de Japón en la Guerra Mundial, quedando interrumpida su publicación tres años y medio, hasta que en mayo de 1944 se retomó, ahora sí, desde Marcilla, en Navarra, España.

E. Escuela preparatoria (preseminario) de San Agustín (1929)

1. Seminario mayor regional

Dentro del proceso de indigenización del clero y de constitución de una Iglesia local indígena que promovía con todas sus fuerzas tanto el pontífice Pío XI como su delegado apostólico en China, monseñor Celso Costantini, uno de los pasos realmente importantes fue la erección de Seminarios mayores regionales.

Uno de ellos fue el que erigió Propaganda Fide en la ciudad de Kaifeng, a cuya propuesta se adhirieron los padres recoletos. Pero para que el Seminario regional se pudiera nutrir de seminaristas, cada una de las Vicarías y Prefecturas tenía que proveerse de un Seminario menor donde cultivar las vocaciones.

2. Inicios del seminario. Escuela preparatoria

El padre Ochoa, nada más ser nombrado prefecto, se apresuró a poner por obra los deseos de la Iglesia y aun en circunstancias muy difíciles se empeñó en llevarlo adelante.

> *«Deseoso nuestro Rvmo. P. Prefecto de seguir en todo las normas de acción misional trazadas por el Supremo Jerarca de la Iglesia, pensó tan pronto como tomó posesión de su cargo, en llevar a la práctica la que de modo tan manifiesto con tantas instancias se recomendaba y mandaba por el Santo Padre, sin que fueran parte a quebrantar su decisión ni a mermar sus entusiasmos las muchísimas dificultades que la más elemental previsión sugería que saldrían al paso en una misión*

como la nuestra, que acababa de ser erigida, donde el personal aún era muy escaso, muchas cosas esencialísimas para ejercer con fruto el apostolado estaban todavía en su periodo de constitución y otras menos aún que en mantillas, y en la que los jóvenes que para futuros seminaristas se eligiesen habría que comenzar por hacerlos primero cristianos»[147].

De este modo, el 29 de abril de 1929 abrió en Kweiteh una escuela, preludio del seminario, en unas casas de la misión que no reunían, sin embargo, las condiciones adecuadas:

«El primer año se instaló en unas casas humildes y exageradamente pequeñas que la misión poseía desde los comienzos de la misma. [...] Una sola habitación, obscura, húmeda y reducida para coronamiento de males, servía para todo. Que es lo mismo que decir que no servía para nada. Pero como el seminario tenía que abrirse y sostenerse a pesar de todas las contrariedades, el seminario se mantuvo contra viento y marea, sostenido principalmente por la esperanza de mejorarlo en tiempos no lejanos»[148].

Así pues, en su primera visita pastoral, uno de los primeros encargos que hizo a cada uno de los misioneros fue «que seleccionaran de entre los de sus respectivos distritos aquellos jovencitos que parecieran más aptos y que mejores cualidades reunieran para seguir la carrera eclesiástica»[149].

Por virtud de este encargo se reunirían pocos días después en Kweiteh alrededor de dos docenas de niños de entre 10 y 13 años, dispuestos unos a emprender los estudios convenientes y prontos otros, a lo que se vio, a volverse a sus casas en seguida. En esta escuela preparatoria estudiaban la lengua nativa y aprendían los rudimentos de la lengua latina.

---

147 L. Peña, «Nuestro seminario menor», *TM* 5 (1932), 24.

148 Tahutse, «Ecos de nuestra Misión de Kweiteh», *TM* 13 (1940), 31.

149 L. Peña, «Nuestro seminario menor», 24.



**13 de junio de 1933, Kweiteh. Visita del prior provincial.
De izquierda a derecha, sentados: M. Alegría, Mons. J. Ochoa,
Leoncio Sierra (prior provincial) y Alejandro Osés (secretario provincial);
De pie, fila central: M. Echauz, L. Peña, A. Quintanilla y P. Colomo;
De pie, fila superior: S. Elizondo, J. Samanes, G. Ugarte, J. Martínez,
L. Arribas, M. Gazpio, J. Peña, F. Lizarraga y J. Sáenz.**

F. Viaje del padre Ochoa a España y Roma (1930)

El padre Ochoa, a principios de 1930, viendo que la situación estaba en paz y que hacía ya dieciocho años que había salido de España, siendo sus padres ya mayores y enfermos, pidió permiso a Propaganda Fide para salir por seis meses para verlos y para hacer gestiones a favor de la Prefectura.

Entre estas gestiones estaban: intentar conseguir algo de la exposición misional de Barcelona para la misión de Kweiteh, hacer propaganda de la misma entre los religiosos jóvenes, intentar conseguir monjas para la misión y, finalmente, intentar conseguir algunas limosnas en España y en los Estados Unidos.

Pasó por Roma y el 9 julio de 1930 tuvo una audiencia privada con el Papa que le produjo una profunda impresión por la familiaridad y cercanía que mostró para con él, inyectándole una buena dosis de ánimo y vitalidad.

> *«He tenido hoy una audiencia privada con nuestro Santo Padre, y no hay para qué decir que he salido encantado de ella. Nuestro Santo Padre es la amabilidad personificada. Me ha tenido de quince a veinte minutos y me ha preguntado con interés por todo lo relacionado con nuestra misión. Vamos, que con lo que he visto y sentido en Roma durante estos días y, sobre todo, con la audiencia de hoy, estoy como para reventar de satisfacción»*[150].

Debido a problemas de tiempo para terminar sus gestiones pidió prorrogar la estancia fuera de la misión por otros seis meses. En este tiempo no pudo ir a los Estados Unidos, pero consiguió el permiso de salida de clausura para tres religiosas agustinas recoletas, con las que, junto a un nuevo religioso para la misión, el padre Matías Sáiz, regresaría a Kweiteh el 19 de mayo de 1931.

---

[150] J. Ochoa, «Carta (9 julio 1930) al prior general Gerardo Larrondo», en *Cartas*, 233.

G. Situación de la misión en 1930

1. Guerras intestinas y asedio de Kweiteh

Se puede decir que fue un momento crucial, momento de crisis e incertidumbre, un momento abierto, que, junto a los sufrimientos habidos, estaba lleno de magníficas esperanzas de labor fecunda en un futuro que se presentaba interesante, a la vez que exigente y decisivo. Así describía monseñor Costantini la importancia de este momento:

> *«Creo que nunca han registrado las misiones chinas una época tan interesante como la actual. China se ha de transformar o con nosotros o contra nosotros. Los misioneros, aunque sea a costa de su sangre, no han de darse reposo en sus trabajos para que se transforme con Cristo "in salutem" y no se convierta en presa del Anticristo, el bolcheviquismo»*[151].

Se abría una época de relativa paz, pero siempre inestable, y en la que se vislumbraban ya los brotes de futuras dificultades y pruebas. Los misioneros se confiaron al Sagrado Corazón de Jesús y a la protección de san José para afrontar con esperanza esta nueva etapa.

> *«Muchas han sido las dificultades que ha tenido que vencer desde el principio de su fundación, y es de esperar que, dadas las circunstancias por las que atraviesa la República de China, lo inestable de sus gobiernos, el peligro constante de las guerras civiles y la amenaza del comunismo, aún serán mucho mayores las que le amenazarán en el porvenir; pero confiamos*

[151] C. COSTANTINI, «Habla Mons. Costantini, delegado Apostólico en China.», 153.

que con la ayuda del Sagrado Corazón de Jesús, titular de la capilla y la protección del glorioso patriarca San José, patrono de la prefectura, podrá salir de ellas con nueva vida y con más entusiasmos para seguir adelante la marcha emprendida»[152].

La situación de inestabilidad política se concretó en diversos levantamientos entre los señores de la guerra del norte contra el Gobierno de Nankín, que adquirieron su mayor intensidad en 1930. A esta situación de guerra intestina entre nordistas y gubernamentales se refiere el padre Ochoa en el informe de 1931, cuando habla de las dos guerras intestinas que habían devastado la misión en el año anterior:

«El territorio de esta Prefectura fue devastado el año pasado por dos guerras intestinas: la primera no fue ni duradera ni demasiado feroz, terminando en dos semanas; la segunda, sin embargo, bien por su duración (pues se prolongó desde el mes de mayo hasta el mes de octubre), bien por su ferocidad, provocó gravísimos daños a la Religión Católica en esta región, pues impidió por lo menos que los misioneros pudieran desarrollar su celo en la dilatación de la Religión, obligó a los catequistas a regresar a sus casas y destruyó la mayor parte de la casa central de la misión»[153].

Dentro de esta guerra, la ciudad de Kweiteh sufrió cinco días consecutivos de asedio, del 15 al 19 de mayo. Según relata el padre Alegría, lo de aquella vez fue una verdadera batalla y no una mera algarada de guerra. Unos 7.000 hombres rodeando las murallas en lucha franca y encarnizada, con cañones, ametralladoras y aviación. De aquí que las consecuencias fueran tremendas para la población y para la misión. Al tercer día los cañonazos,

---

[152] A. Quintanilla, «Crónica de Kweitehfu», *TM* 4 (1931), 80.

[153] J. Ochoa, «Informe (5 agosto 1931) al P. Prefecto de Propaganda Fide», (1931), *APF*, fondo NS, Vol. 1014, Rub. 27/10, 257.

las granadas y las bombas afectaron directamente a la misión, recibiendo solo la casa central diecisiete impactos de diversa índole. Así lo describía el padre Alegría:

> *«Fue algo imponente, horrible, imposible de describir. Los dos primeros días, cuando las granadas explotaban fuera de nuestro solar, todavía pude conservar la serenidad intacta, pero cuando dieron en caer sobre nuestra casa, como si buscaran el corazón de los que debajo de ella nos cobijábamos, cuando se la sentía retemblar como sacudida por un terremoto, y caían las ventanas hechas trizas, y se quebraba con horrible estrépito parte del tejado, y saltaban por todas partes las astillas de la madera, y asfixiaba el ambiente de pólvora quemada… entonces ya fue otra cosa»*[154].

La ciudad de Changkungtsi, en la Subprefectura de Ningling, fue bombardeada durante ocho días, cayendo entre sesenta y setenta bombas, de las que una, la última, cayó en el solar de la misión a poco más de un metro de la casa. Fueron días que sembraron la misión de espanto, ruina y muerte.

2. Situación misional

La acción misional se vio probada fuertemente en esta época por causa de la revolución y la guerra:

> *«Puede afirmarse que no ha habido paz firme en todo ese periodo ni tranquilidad necesaria de todo punto para el progreso de la misión. El trabajo de los misioneros, por tanto, tenía que ser escaso, de poco fruto y hasta aventurado, expuesto siempre a la destrucción»*[155].

---

[154] M. Alegría, «Correspondencia Misionera», *TM* 3 (1930), 280.

[155] P. Ruiz, «Hechos consoladores», 27.

Pero no fueron solamente las consecuencias generales de los conflictos, sino que fueron objeto de persecución directa, no contra la religión, sino contra lo extranjero. Los misioneros se vieron injuriados, perseguidos y amenazados constantemente de muerte en diversos puntos de la misión. El padre Alegría resumía así la situación de las misiones en esta época de pruebas:

> *«Las misiones fueron el blanco predilecto de los revolucionarios, que, mientras duró el fervor nacionalista, tiraron al corazón de las mismas. La vida del apostolado se vio obstaculizada en todas sus manifestaciones.*
> *Fue imposible mantener ninguna clase de organización en los órganos y resortes de la predicación. La propaganda católica se cortó seca y violentamente. Con lo cual el florecimiento de las Misiones, no sólo no se pudo acrecentar, sino que se vio considerablemente mermado por este movimiento de hostilidad.*
> *Si algo quedaba en pie, las guerras civiles que asolaron el país durante varios años, una vez terminada la revolución, con su secuela inevitable de confusión, vinieron a rematar esta obra de acoso y exterminio. De tal manera que bien puede afirmarse, sin temor a exagerar, que desde el año 1926 hasta el 31 las misiones, no solamente no progresaron nada, sino que retrocedieron una porción de años no escasa. [...] Las misiones de reciente creación, cual plantas de poco arraigo, vieron casi desaparecer hasta los más pequeños signos de vida. En este caso se encontraba la misión de Kweitehfu»*[156].

Sin embargo, el padre Ochoa matiza así al padre Costantini el sentido de unas valoraciones semejantes a estas del padre Alegría hechas por él en el informe de 1930:

> *«Estas palabras no se han de entender como si los misioneros en ese tiempo se ausentaran de la misión, sino que sólo*

[156] M. Alegría, «Los Agustinos Recoletos en China», 110-111.

quieren decir que nosotros por las circunstancias adversas en las que este territorio se vio envuelto, no hayamos podido desarrollar nuestras fuerzas hasta el grado que nuestros deseos nos impulsaban. No obstante, todavía pudimos ofrecer a Dios no pocos ramos de rosas recogidos entre muchas espinas, esto es, cada año bautizábamos un número no pequeño de personas»[157].

Es más, cuando empezó a haber un poco de paz en 1930, los frailes se entregaron con gran dedicación a la reconstrucción de todo lo que habían perdido, aun cuando fue una obra costosa y lenta. Aparte de los destrozos materiales causados, los misioneros no sólo tenían que luchar contra el enemigo de la ignorancia, sino también contra las insidiosas ideas que contra los extranjeros se habían difundido y que influenciaban la mentalidad de la gente.

Recibieron ayuda económica de la Orden y de Propaganda Fide, llegaron tres misioneros y dos hermanos, de modo que no sólo reedificaron o arreglaron lo destruido, sino que hubo margen aún para acometer nuevas obras y no poco importantes. Se abrieron nuevas misiones en Yungcheng, Yucheng, Changkungtsi, Kwotsuentsi, Chutsi y Huchiao; se compraron terrenos para la edificación de casas para misioneros en Changkungstsi, Ningling, Siayi, Huchiao, Palichoang, Yucheng y Chutsi. Finalmente se terminó de construir la nueva iglesia en Kweiteh.

Esta situación, junto con el incremento continuo de catecúmenos, la reorganización de la vida y la relativa paz de que se empezaba a gozar, hizo que los misioneros fueran optimistas y esperaran no pequeños frutos en la obra de evangelización.

---

[157] J. OCHOA, «Carta (17 septiembre 1936) a Celso Costantini, secretario de la S. C. Propaganda Fide», *APF*, fondo NS, Vol. 1272, Rub. 27/10, 223–224.

Año	1929	1930
Religiosos en la misión	12	14
Catequistas	58	72
Cristianos	1.464	1.745
Bautismos	320	366
Catecúmenos	1.930	1.800
Bautismo/misionero	26	26
Bautismo/catequista	5	5

H. Bendición de la nueva iglesia y regreso del padre Ochoa (1931)

La nueva iglesia había comenzado a ser edificada el 20 de abril de 1929, pero hubo de interrumpirse por las guerras acaecidas en Kweiteh durante el año 1930. En octubre de ese mismo año se reanudaron las obras, las cuales se concluyeron en enero del 1931. Esta decisión partió del proprefecto, Mariano Alegría, que quedó al frente de la misión el año que estuvo fuera el padre Ochoa.

El 31 de enero, cumpleaños de monseñor Ochoa, fue bendecida e intitulada al Sagrado Corazón de Jesús por el padre Mariano Alegría, quien al día siguiente, 1 de febrero de 1931, inauguró la Iglesia con la celebración de la Eucaristía, encargándole la predicación sagrada al padre Gazpio.

Podemos considerar este hecho como el símbolo y presagio de lo que sería el renacimiento de la obra misionera evangelizadora y de edificación de la Iglesia local. La obra evangelizadora había comenzado a poner sus bases, y tras un periodo en que se vio en gran medida paralizada por la revolución y las guerras, consiguió proseguir de modo normal al llegar a la misión un tiempo de relativa estabilidad y paz como el que ahora nos atañe.

El hecho de estar la Iglesia consagrada al Sagrado Corazón de Jesús es también significativo en su simbolismo, ya que al final de este mismo año se realizará por parte del padre Ochoa la consagración de la misión al Sagrado Corazón de Jesús.

El día 19 de mayo regresó el padre Ochoa a la misión. Con él venían el padre Matías Sáiz y cuatro agustinas recoletas.

I. Religiosas agustinas recoletas (1931)

Uno de los motivos que llevaron al padre Ochoa a España era encontrar entre nuestras religiosas de clausura, voluntarias para ir a la misión. Pidió el indulto de exclaustración a la Santa Sede para 6 religiosas. Se les concedió siempre que tuvieran el consenso de sus comunidades y de sus ordinarios. Al final, solo pudieron salir tres. Eran tres religiosas llenas de vida y entusiasmo: sor Esperanza Ayerbe de la Santa Cruz de 41 años, sor Ángeles García de San Rafael de 25 años, y sor Carmela Ruiz de San Agustín de 21 años.

Sor Esperanza, natural de Monteagudo, salió del convento de agustinas recoletas de la Encarnación de Madrid, y sería la designada como superiora de aquella nueva comunidad. Las otras dos religiosas venían del convento de agustinas recoletas de Granada, del Corpus Christi. Hay que decir que de los dos conventos se habían ofrecido todas las religiosas voluntarias para ir a la misión.

En Manila se unió a la expedición la religiosa filipina sor Dolores Caneda del Sagrado Corazón de Jesús. El 19 de mayo de 1931 llegaron a la misión; tras un breve tiempo de adaptación, las cuatro religiosas, en un sencillo capítulo, eligieron a la priora quien hizo la distribución de los oficios:

«Entretanto, un día claro del mes de junio tuvimos la elección "canónica", en la cual fue electa por unanimidad nuestra Madre Esperanza. A los pocos días nos repartió los "Oficios", quedando Sor Carmela con las futuras monjitas chinas; Sor Dolores de Procuradora, que no tenía precio para ello, y a mí, con grande alegría de mi alma, me destinaron a cuidar de las queridas huerfanitas que había en la [Santa Infancia]»[158].

En abril de 1933 llegaron, junto con los padres Ugarte y Samanes, dos hermanas de Filipinas: sor Cecilia Salgado, que continuará hasta 1946, y sor Carmela Mendoza, que en octubre de 1938 regresaría enferma a Manila donde fallecería.

El 24 de octubre de 1933 llegaban a Shanghái con el hermano Eusebio, que regresaba de vacaciones, dos nuevas religiosas de España. Llegaron a Kweiteh el 7 de noviembre[159]. El 30 de octubre de 1933 se inauguró el convento de las religiosas en Kweiteh. El 4 de enero de 1935 la Santa Sede dio permiso para que las monjas españolas de clausura se unieran a la Congregación de Manila.

Las dos últimas religiosas venidas de España, fueron, sin embargo, un verdadero fracaso y en julio de 1935 regresaron a España. Eran dos monjas buenas en cuando a conducta moral, pero inadecuadas por diversos motivos, por lo que el padre Ochoa se vio obligado a devolverlas a España: una de ellas, María Ana, era novicia y no había profesado, era además analfabeta e incapaz para el estudio del idioma chino. La situación de la otra, Sor Cecilia, que era profesa simple, la describe así:

---

[158] A. García Ribero, *Una misionera agustina recoleta en China. Diario de Madre Ángeles*, Curia MAR, Madrid 1984, 90.

[159] Sor Cecilia del Corazón de María y sor María Ana de Santa Teresita, las dos del convento de recoletas de San Gregorio, de Valencia (Cf. «La alegría de nuestras huerfanitas.», *TM* 6 [1933], 382).

«Un verdadero volcán en erupción constante, y nadie puede imaginarse el cúmulo de impertinencias que disparaba en todo momento y lugar. […] Es un manojo de nervios en tirantez continua, tiene su padre en un manicomio, y con estos y otros datos me temía que un día llegara a quedárseme loca»[160].

En 1940 volverán a España sor Esperanza y sor Carmela para promover y formar nuevas vocaciones misioneras para China, abriendo un noviciado en Monteagudo, Navarra. Sería el origen de una nueva congregación: las Misioneras Agustinas Recoletas.

J. Consagración de la misión al Sagrado Corazón de Jesús (1931)

Al hablar de la inauguración de la capilla de Kweiteh, dedicada al Sagrado Corazón, ya hemos puesto de relieve el simbolismo de este acto en relación con el que llevaría a cabo el padre Ochoa, cuando consagró la misión al Sagrado Corazón de Jesús. Este acto sería como el fundamento de la obra misional con la que edificarían el edificio espiritual de la Iglesia local.

Así, el 8 de noviembre de 1931 el padre Ochoa, después de la Misa solemne, de la exposición y la bendición con el Santísimo, se reunieron los misioneros, las religiosas, los seminaristas, la Santa Infancia, bendijeron una imagen del Sagrado Corazón de Jesús y realizaron el acto de consagración y de entronización de la misma. Este rito lo repitieron por tres veces con sendas imágenes en la capilla de la casa, en el seminario y en el patio común de las madres y de la Santa Infancia. Al analizar la espiritualidad y visión misionológica de los misioneros veremos la importancia de este acto, más allá de una mera devoción personal o de la época.

[160] J. Ochoa, «Carta (7 setiembre 1935) al prior general Jesús Fernández», *Cartas*, 161.



30 de octubre de 1933, Kweiteh.
Inauguración del convento de las religiosas.

13 de diciembre de 1933, Kweiteh. Visita del prior general.





**13 de diciembre de 1933, Kweiteh. Visita del prior general.
Abajo, sentados, de izquierda a derecha:
Miguel López (secretario general),
Jesús Fernández (prior general) y Mons. J. Ochoa.
De pie, en el centro: M. Dolores, M. Ángeles, M. Esperanza,
M. Carmela Ruiz, M. Carmela Mendoza.
De pie, arriba: M. Cecilia Salgado, M. Cecilia del Corazón de María
y M. María Ana de Santa Teresita.**

K. Nuevos misioneros

En esta época llegaron de refuerzo a la misión 6 nuevos misioneros: los padres Matías Sáiz en 1931, Guillermo Ugarte y Jesús Samanes en 1933, y Francisco Sanz, Venancio Martínez y Pedro Ruiz en 1935. De ellos solo permanecerán tres en la misión: Guillermo Ugarte, Francisco Sanz y Venancio Martínez.

El padre Matías Sáiz llegó con el padre Ochoa y las monjas. Cuando apenas llevaba medio año en la misión, estando todavía dedicado al estudio de la lengua, enfermó y fue trasladado a Shanghái, donde falleció el 8 enero de 1932.

El 25 de abril de 1933 llegaron a la misión, junto con dos religiosas de Filipinas, los padres Guillermo Ugarte y Jesús Samanes. Este último, tras cuatro años en la misión de Yucheng, escribió al padre provincial pidiendo que «lo mandara a los Estados Unidos o a América del Sur toda vez que no se sentía con vocación para seguir en China»[161]. El padre Pedro Ruiz daría problemas y sería retirado de la misión. En esta época también saldrían definitivamente de la misión el padre Manuel Echauz, el 16 de junio de 1934 y el padre Sabino Elizondo, el 24 de agosto del mismo año.

L. Seminario menor (1931)

1. Construcción del seminario menor

Pasado un año de la erección de las escuelas preparatorias, se ofreció la oportunidad y el padre Alegría, proprefecto de la misión, compró, por un no despreciable precio, un solar contiguo al de la misión y de tamaño adecuado. Cuando el padre Ochoa regresó de su viaje por Roma y España, se hicieron obras de

[161] J. Ochoa, «Carta (16 febrero 1939) al prior general Leoncio Reta», en *Cartas*, 378.

remodelación «derribando algunas partes, construyendo de nuevo otras y transformando el resto».

El resultado fue un seminario de tres casas, saneadas y bien orientadas, muy bien iluminadas, con sala de estudio, clase, refectorio, dormitorio, sala de recreo y habitación para el rector. Delante de las tres casas se extendía un hermoso patio bien iluminado y resguardado del frío, donde los niños jugaban al fútbol y cultivaban un pedazo de jardín.

La obra del seminario exigió de la misión un esfuerzo económico importante en su conjunto: al coste de las obras se añadía el de los libros y del material didáctico y el de los salarios de los maestros de lengua china, así como la alimentación y el vestido de los seminaristas durante el larguísimo tiempo de la carrera eclesiástica.

2. Vocaciones y vida del seminario

En 1932 había solamente catorce seminaristas: uno, José Shan que venía de estar ocho años en el seminario de Kaifeng y que llegaría a ser el primer religioso chino y el primer sacerdote indígena de la misión, estudiaba la filosofía; once se dedicaban al estudio de la lengua latina y los dos restantes aprendían todavía los primeros rudimentos de su idioma natal.

El año 1933, en el día de la Inmaculada, le serán dadas a José Shan la tonsura y las dos primeras órdenes menores, recibiendo las dos restantes el 21 de diciembre del mismo año.

Cuando los seminaristas recibían todas las órdenes menores, tenían dos años de probación antes de la ordenación diaconal, en los que desempeñaban el ejercicio de catequistas en los puestos misionales bajo la supervisión de un misionero. Hubo gran número de aspirantes y muchos tuvieron que quedarse fuera, ya que no había dinero ni espacio para acogerlos a todos.

En el informe quinquenal de 1935, monseñor Ochoa escribe que para aquel año ya no tenían la escuela preparatoria para el seminario, y que los alumnos los escogían de entre los que frecuentaban las escuelas de preces de los diversos puestos misionales. En ellas, junto al catecismo, se enseñaban a los niños cristianos de las misiones los rudimentos de la lengua china, con lo que tenían carácter de escuelas primarias.

Posteriormente, en 1939, se construiría un nuevo seminario más capaz. En todos los años del seminario pasaron por él entre 60 y 70 seminaristas, de los que llegaron a ordenarse 17.

3. Formadores

a) P. Joaquín Peña

La figura a la que estará ligado el seminario será la del padre Joaquín Peña. Religioso piadoso, de carácter dulce y suave, de vida frugal y obediente a los superiores, que gozaba de estima y respeto. Destacaba en las disciplinas eclesiásticas, por su amor a la ciencia, así como por su prudencia y su consejo, lo que lo convertía en el candidato ideal para ser el encargado de dedicarse con provecho a la formación de la juventud.

Llegado a la misión el 8 de julio de 1928 se destacó por su asiduidad y constancia en aprender el chino, y tras un año y medio de aprendizaje del idioma acompañando al padre Gazpio en la misión de Chengliku, donde progresó rápidamente, fue trasladado a Kweiteh como rector del Seminario. A su labor como rector, los superiores de la Orden añadieron la de maestro de novicios y director espiritual de los profesos chinos que en aquellos años ingresaron en la Orden. Además, fue consejero del obispo, director de religiosas y confesor de la Santa Infancia, haciendo

también labores de atención a los fieles. Esta inmensa y fecunda labor la realizó siempre de un modo callado, sencillo y humilde.

Se puede decir que la orientación vocacional y la formación espiritual, religiosa y hasta científica de los religiosos chinos fue obra del celo, diligencia y constancia que el padre Joaquín desplegó en los 16 años en los que estuvo al frente del seminario hasta que en 1947 tuvo que ir a Shanghái enfermo, desde donde regresaría a España. Sería sustituido en los cargos de rector del seminario y maestro de novicios y de profesos por el padre Francisco Lizarraga.

b) P. Venancio Martínez

El padre Venancio llegó a la misión el 30 de octubre de 1935. No cumplido un año de estancia, el 15 de septiembre de 1936, fue nombrado vicerrector y maestro del seminario. Enseñar las primeras letras y los rudimentos de la lengua latina a los seminaristas en su primera etapa de su formación fue la tarea que el padre Venancio realizó con buena dosis de paciencia, férrea voluntad y entusiasmo nada común, teniendo en cuenta que además de la dificultad del uso del idioma chino, se le añadía la de tener que trabajar con unos estudiantes no acostumbrados hasta entonces al estudio intenso y con la dificultad que la lengua latina suponía para ellos.

El padre Venancio era una persona intrépida, audaz, lleno de empuje. Era muy optimista, reñido con la tristeza y la melancolía. Era una persona alegre. No una alegría bullanguera, dicharachera o festiva, sino una alegría serena que nacía de su profundo optimismo y confianza absoluta en Dios. No era por eso persona triste, ni reservada ni introvertida. «Solía decir muchas veces que el misionero tiene que ser alegre, como alegre es su misión en el mundo».

De porte digno y atrayente, era afable y bondadoso, de carácter dulce, siempre brillaba en sus labios una sonrisa que atraía e infundía confianza a cuantos con él trataban. Todos lo querían y en especial los niños, pues tenía el don de cautivarlos, y los niños lo querían como a un padre.

En los dos años que estuvo dejó su huella imborrable en la vida del seminario y de los seminaristas. Monseñor Nicolás Shi, que llegaría a ser el tercer obispo de la diócesis y que fue uno de sus alumnos, expresaba así sus recuerdos de aquel padre:

> *«Él ha traído al Seminario la actividad y vivacidad, enseñando a los seminaristas música y cantos sagrados, cada día guiándolos a practicar gimnasia, y prestándoles mucha simpatía y cariño, y por tanto los seminaristas le querían mucho»*[162].

c) P. José Shan

El primer sacerdote chino de la misión, fue nombrado tras su ordenación vicerrector y profesor, ayudando al padre Joaquín en su misión formativa. Los sacerdotes chinos Gregorio Li y Lucas Yuo, a su regreso a China en 1947, fueron profesores por un año.

M. Dispensario médico (1932)

El influjo de las obras de beneficencia en la obra misional fue bien visto y aprovechado por los protestantes, que gestionaban con éxito un hospital en Kweiteh. Las Instituciones de beneficencia de las misiones católicas recibieron también un fuerte empuje, conscientes de su importancia para predisponer a la gente en favor de la Iglesia Católica, ayudando a acabar con la

[162] N. Shi, «Historial reseña sobre la Diócesis de Shangqiu (Kweiteh)».

suspicacia y los recelos con todo lo que llevase impreso el sello de lo extranjero, sobre todo cuando por el influjo nacionalista se quiso hacer una especie de vacío entorno a los misioneros, lo que dificultaba sobremanera su acción evangelizadora.

Por eso, el padre Ochoa hacía tiempo que acariciaba la idea de hacer algo en este sentido, y esa idea fue tomando cuerpo hasta convertirse en hermosa y prometedora realidad desde el momento en que el padre Pedro Colomo, habiendo cursado los estudios necesarios de medicina en Filipinas, pudo hacerse cargo de esta obra. Así, el 20 de febrero de 1932, se abrió el dispensario médico en Kweiteh y se organizó de modo eficiente la atención sanitaria y farmacéutica a los enfermos y moribundos.

Se consiguió equipar un pequeño dispensario que constaba de dos habitaciones espaciosas y bastante bien dispuestas. Una, que constituía el dispensario propiamente dicho y que es donde se recibían las consultas y se hacían las curas; y otra, destinada a antesala, donde los enfermos podían cómodamente esperar su turno.

Las consultas eran gratuitas para los cristianos y para los paganos pobres, y para el resto sólo se cobraba una cuota mínima; por las medicinas y los materiales empleados sólo se cobraba una insignificante cantidad, y todo esto para evitar la excesiva aglomeración de enfermos y atendiendo al hecho de que «los chinos suelen apreciar el valor de una cosa, por el número de "chapecas" que les cuesta adquirirla»[163].

La acción beneficiosa del padre Colomo se dejó sentir pronto en la misión, cuando en el mismo año de la fundación del dispensario, gracias a la vacunación sistemática que realizó, consiguió

[163] Cf. TELLECHEA, «Por los cuerpos a las almas. Notas del Dispensario de Kweitehfu», *TM* 14 (1941), 22.

que una epidemia de cólera que se desató por la misión y que provocó una alta mortandad en la ciudad, se saldase sólo con la muerte de dos niñas del orfanato de la Santa Infancia, que eran muy pequeñas y ya de por sí muy enfermizas.

Aparte de las medicinas repartidas en Kweiteh, también se distribuían medicamentos, en especial antimaláricos y analgésicos, en cada uno de los distritos misionales.

El lema del dispensario era: "Por los cuerpos a las almas". Los misioneros tenían siempre en su mira poder llegar a los corazones de las personas y veían en la atención que prestaban a sus necesidades corporales y a sus sufrimientos el medio más oportuno de hacerlo.

> *«He probado [...] que la medicina es medio eficacísimo para atraer a estas pobres gentes, faltas de los más imprescindibles recursos en sus enfermedades... Una pastilla de aspirina, me ha servido muchas veces de ocasión para hacer una familia cristiana»*[164].

El dispensario de Kweiteh fue un semillero de conversiones y produjo los más óptimos frutos. No pocos paganos, atraídos por la caridad práctica enseñada en él, resolvieron dejar sus creencias y abrazaron la fe en Cristo. En él, los enfermos, cristianos y paganos, encontraban la más acogedora hospitalidad, el más cuidado y esmerado tratamiento, encontrando siempre alivio y consuelo, y en muchos casos la curación de sus enfermedades.

Estas son las estadísticas de la actividad desarrollada por el dispensario según reflejan los datos de las relaciones anuales:

---

[164] Tellechea, «Por los cuerpos a las almas. Notas del Dispensario de Kweitehfu», 21.

Año	Consultas Totales	Media diaria
1930	2.400	7
1931	3.124	9
1932	4.180	11
1933	5.630	15
1934	5.720	16
1935	6.143	17
1936	5.265	14
1937	9.100	25

N. Intercambio de subprefecturas de Kaocheng y Checheng (1932)

1. Subprefectura de Kaocheng

Las Subprefecturas de Yungcheng y de Kaocheng, por ser las más distantes de Kweiteh, fueron las que más tarde se abrieron. La de Kaocheng se abrió en 1931 cuando el padre José Martínez llegó allí desde la misión de Palichoang (Siayi). Tras vivir en una choza dos meses largos, consiguió por fin adquirir una propiedad con bastantes casas. Tuvo dificultades para hacerlo, ya que los principales de la ciudad se oponían a que nadie le cediera una propiedad por el hecho de ser misionero católico. El motivo de la inquina era por causa de que, en otro tiempo, cuando la Iglesia Católica era temida y respetada por las autoridades, algunos de los sirvientes y catequistas cometieron injusticias contra los paganos a escondidas del misionero, amparándose en la protección del Protectorado. Por eso, el padre José pagó las consecuencias de los pecados e injusticias de aquellos cristianos.

Para ganarse a la gente se valió de su cámara fotográfica. En la ciudad no había fotógrafo, por lo que poco a poco los principales de la ciudad se iban acercando para ser retratados. A través del contacto con el misionero, se daban cuenta que no era persona de temer y que podían confiar realmente en él, por lo que fue desapareciendo aquella gran oposición a que se instalase allí.

> *«Además para tenerlos contentos no les cobraba nada por los retratos. Así fui metiéndome por la oficina de la Cruz Roja, por el mandarinato, y por las principales casas hasta hacerme amigo de ellos. Antes de terminarse el primer año ya tenía ocho o diez catequistas distribuidos por los pueblos con más de 500 catecúmenos»*[165].

2. Intercambio de Subprefecturas

En aquel momento se formó la nueva Subprefectura civil de Mingchoang, tomando territorios de otras Subprefecturas, entre otras de la de Kaocheng. La nueva Subprefectura pertenecía a la Prefectura civil de Kaifeng, y con ello al Vicariato de monseñor Tacconi. De este modo, la Subprefectura de Kaocheng quedaba desmembrada y aislada de la Prefectura de Kweiteh.

El padre Ochoa escribió a monseñor Tacconi pidiendo que tomase Kaocheng, muy cerca de Kaifeng, para su Vicariato. El motivo no se debía a falta de personal o a exceso de territorio, por lo que monseñor Ochoa le propuso intercambiarle esa Subprefectura por otra del Vicariato de Kaifeng colindante con el territorio de los recoletos. Escribió también a monseñor Costantini presentándole el caso y pidiendo un intercambio si a ello accedía monseñor Tacconi, pero resaltando que no quería, en modo alguno, hacer nada que pudiera poner obstáculos a la amistad que había entre ellos.

---

[165] J. MARTÍNEZ, «Breve reseña histórica de Seliulou (Checheng-sien)», 214.

El delegado apostólico determinó y comunicó a ambos que monseñor Ochoa le delegase sus facultades a monseñor Tacconi para la Subprefectura de Kaocheng hasta que Kweiteh fuese elevada a Vicariato; entonces se redefinirían los nuevos límites conforme a los cambios civiles.

No contento con la situación de dejar aquella Subprefectura sin tener otro territorio, le pidió amistosamente a monseñor Tacconi que le cediese alguna Subprefectura colindante. Monseñor Tacconi estaba dispuesto, pero dijo que tenía que consultarlo con su Consejo y con el delegado apostólico. Al final, el delegado apostólico aceptó que se hiciese el intercambio provisional del territorio con la delegación mutua de las competencias hasta el momento en que se presentase a la Santa Sede la petición de erección de Kweiteh como Vicariato apostólico, momento en el que se establecerían definitivamente los nuevos límites. Así las cosas, monseñor Tacconi cedió la Subprefectura de Checheng a los recoletos. Esta Subprefectura colinda por el norte con la de Ningling y la de Kweiteh y en un principio había sido incluida en el territorio de misión, pero antes de que fuese misión independiente se la había reservado monseñor Tacconi para sí.

La situación final, que sería sancionada al erigir la Prefectura como Vicariato satisfacía grandemente al padre Ochoa:

> *«Con la subprefectura de Checheng, y quitada la de Kaocheng, nuestra misión queda muy bien formada, y el personal podemos tenerlo de tal manera distribuido que sea fácil atender a todas las necesidades espirituales del territorio»*[166].

[166] J. OCHOA, «Carta (7 noviembre 1935) superior general Jesús Fernández», en *Cartas,* 165.

3. Subprefectura de Checheng

En diciembre de 1932 se trasladó el padre José Martínez a Seliulou (Checheng). En toda la Subprefectura había entonces sólo unos 80 cristianos desparramados por varios pueblos. Sólo había una casita pequeña llena de goteras, que hacía de escuela y de capilla. Al llegar a la misión tuvo el misionero que levantar la casa, la capilla y las demás dependencias.

La comarca de Seliulou era considerada como un nido de ladrones y en los dos primeros años el misionero tuvo muchas veces que pasar la noche en el campo o marcharse a las tantas de la noche a Setseho, un mercado con muralla que dista de Seliulou unos cuatro kilómetros, para estar protegido. Aun cuando las noches eran peligrosas, sin embargo, durante el día había tranquilidad y por eso pudo trabajar bien.

O. Escuela de catequistas (1933)

1. La figura del catequista

Los catequistas eran la "mano derecha" del misionero. Preparaban y abonaban el terreno para después sembrar en ellos la semilla del Evangelio y cuidar en lo sucesivo de que ésta naciera, creciera y se desarrollase con exuberancia y vigor.

En un campo de misión donde las poblaciones se desperdigaban por múltiples villorrios, la presencia de un catequista era vital en todos los ámbitos: enseñar las oraciones a los hijos de los cristianos y a los catecúmenos; llamar a horas determinadas a los cristianos a la capilla para rezar, y evangelizar y preparar a los paganos para recibir el santo bautismo. Cuando los catequistas faltaban, los cristianos se entibiaban, sus hijos crecían sin instrucción religiosa y los catecúmenos no conseguían prepararse

debidamente para recibir el sacramento del bautismo. Por eso los cristianos pedirán sentidamente a los padres que mandasen catequistas a sus poblados. Este hecho conmovía el corazón de padre de los misioneros como nos expresa monseñor Ochoa:

> *«A mí me conmueve el ver a los pobres catecúmenos y cristianos venir andando cuarenta y cincuenta kilómetros a pedir al padre un catequista, uno que haga las veces del Padre, ya que éste no pueden tenerlo»*[167].

A esto se añadía el papel vital que desempeñaban los catequistas nativos en cuanto se refiere a la capacidad de entender y conectar con el modo de ser y de sentir de la gente y a la presentación acomodada del Evangelio en un mundo con tanta prevención hacia lo extranjero. Si ya vimos cómo la figura del catequista fue de gran importancia para el proceso de adaptación e integración sociocultural de los misioneros, esta misma importancia la tenía en relación a la misión evangelizadora y catequizadora. Así se expresaba el padre Alegría respecto a este punto:

> *«Catequistas, porque el misionero tiene ordinariamente a su cargo un distrito enorme con miles de kilómetros cuadrados y cientos de miles de paganos, en el centro de cuyo escenario es como una gota de agua en la inmensidad del mar; catequistas, porque el misionero ha venido, en la mayor parte de los casos, de tierras lejanas, trayendo en su espíritu las características de esas tierras, españolas, francesas o italianas, sin lograr nunca, porque ello es imposible, desprenderse de ese lastre que constituye su propio ser; catequistas, porque la tarea de insinuarse, de infiltrarse, de dejarse sentir y comprender, que hemos dicho es la predicación, siempre lleva la ventaja, en igualdad de circunstancias, el que desde la propia tierra, y de la*

[167] J. Ochoa, «Cartas de China», 280.

propia raza, y de la propia sangre, sobre el que, no siéndolo, se despoja por amor de Dios, sin lograrlo completamente, su propio ropaje de extranjero»[168].

2. Situación inicial de los catequistas

Comprendido el papel y la importancia de los catequistas, veamos cómo era la situación que se encontraron nuestros religiosos y cómo fueron superando las dificultades para llevar a cabo lo que consideraban una de sus labores más importantes: «preparar muchos, buenos y leales catequistas»[169].

Al inicio, en el tiempo de formación y aprendizaje de los misioneros «los catequistas resultaban piezas sueltas que, sin el engranaje debido, no podían funcionar; el brazo de un cuerpo que no existía más que en potencia»[170].

A medida que los misioneros se fueron formando y entrando en situación, comenzaron a darse cuenta de los problemas que empezaban a surgir con la presencia de catequistas en realidad no muy bien preparados. En su primera visita pastoral como misión independiente el padre Ochoa se dio cuenta del problema y tomó las primeras medidas:

«He visto que algunos catequistas no trabajan como debieran y después de haber despedido algunos indignos de tal cargo, he encargado a los Padres que visiten sus respectivas escuelas con la mayor frecuencia posible, aunque sólo sea para sorprender a los catequistas. Además, que siempre causa buena impresión a los nuevos cristianos el que el padre los visite con frecuencia»[171].

---

[168] M. Alegría, «Más frutos», *TM* 10 (1937), 296.

[169] P. Zunzarren, «Desde China», 250.

[170] M. Alegría, «Los primeros frutos», 226.

[171] J. Ochoa, «Cartas Mons. Ochoa», 77-78.

Los misioneros, dándose cuenta del problema de fondo, se pusieron en el dilema de qué hacer, y tomaron la decisión firme de fundar una escuela de catequistas de donde sacar «catequistas instruidos y formados por ellos mismos, que, desembarazados de los cuidados de familia y hacienda, se dedicasen exclusivamente a los trabajos y funciones catequísticos en los distritos de la Misión»[172]. Había, sin embargo, una barrera infranqueable en aquel entonces, y era el dinero que suponía fundar la escuela y esperar los años de formación requerida.

Hasta que se pudiera llevar a cabo el proyecto se decidieron a importar catequistas de otras misiones y a trabajar fuerte con los que tuvieran para ponerse a caminar. Por eso, mientras se hacía realidad la escuela de catequistas, los frailes intentaron hacer lo que podían con los catequistas que tenían, reuniéndolos para darles formación intensa, tener ejercicios espirituales y retiros, visitar las escuelas con cierta frecuencia... aun cuando no dieran siempre los resultados deseados.

3. Inicios de la escuela de catequistas

Debido a lo prolongado de la situación, y al hecho de haber sido elevados a la condición de Prefectura, en un tiempo de relativa paz, con un plantel de 16 frailes, con su incipiente seminario y dispensario médico ya en marcha, y teniendo ya presencia de misioneras religiosas en la Prefectura, monseñor Ochoa decidió que no se podía aguardar más y que se debía aprovechar la situación para dar otro paso fundamental más en la realización de aquello que toda misión bien organizada debía poseer. Para ello se hizo un sacrificio económico, de trabajo y de paciencia muy grande para poner en marcha y llevar adelante una escuela catequética

[172] A. Lacruz, «Avance consolador. Catequistas Agustinas de Cristo Rey», 228.

en la que se pudiera ofrecer la preparación larga, esmerada y minuciosa que la formación de los deseados catequistas requería.

Como recordamos, la misión, casi desde el principio, había comprado unos amplios terrenos en Chutsi, la zona de la estación de Kweiteh, donde se había construido una casita para el misionero y algunos otros pequeños edificios que en aquel momento ya se ufanaban de llamar "escuela de catequistas"; habían llegado incluso a echar ya los cimientos de una iglesia cuando entró con fuerza el vendaval de la revolución y todo se vino abajo, siendo casi continuamente albergue de soldados y cuartel.

El padre Sabino Elizondo, quien se distinguía por su brillantez intelectual, agudeza de ingenio y capacidad para los escritos profanos y religiosos, tras un breve tiempo de preparación en la lengua, se había dedicado principalmente a la debida formación de sus catequistas, misión en la que se distinguía entre todos. Por ello en agosto de 1932 se le envió a Chutsi como director de la escuela de catequistas. Trabajó con su celo y entusiasmo habituales: adecentó lo que había y construyó de nueva planta una devota capilla y un dormitorio capaz para treinta personas.

Mientras, «los demás padres misioneros, siguiendo las órdenes y reglas dadas de antemano por el padre prefecto, se dedicaban a la tarea de seleccionar, de entre los jóvenes cristianos de la misión, los más aptos para el sublime ministerio del apostolado. Veintidós jóvenes, pertenecientes a las seis subprefecturas, fueron los afortunados».

Con la escuela terminada y los candidatos seleccionados, se procedió el 30 de enero de 1933 a la bendición de las dependencias. Se entronizó una imagen del Sagrado Corazón de Jesús en la sala de estudios, terminando los actos con la solemne bendición con el Santísimo Sacramento. La escuela quedó oficialmente inaugurada con el nombre de *Escuela de Catequistas de Cristo Rey*.

4. Funcionamiento de la escuela de catequistas

Comenzó a andar con 26 estudiantes, jóvenes de entre 20 y 30 años de edad, a los que se les garantizaba alojamiento, comida e instrucción de manera gratuita.

El ciclo formativo duraría tres o cuatro años. El programa del primer curso era: catecismo explicado, apologética, historia patria, geografía universal, literatura, ejercicios de lectura y caligrafía con un total de seis clases diarias.

En lo que a formación doctrinal del primer año se refiere, catecismo explicado y apologética, se ve que se centraba en asentar bien la fe bautismal y catequética que habían aprendido y profesado y que deberían enseñar a los catecúmenos, así como en introducirles en los primeros razonamientos apologéticos, que les servirían de sostén racional de la fe católica frente a los razonamientos y argumentos de los paganos y de los protestantes.

En un primer momento, el encuentro con la argumentación apologética y sus razonamientos supuso un fuerte choque, que, sin embargo, con tesón y dedicación, consiguieron solventar con gran satisfacción del padre Elizondo:

> *«La inteligencia de mis estudiantes es dura y refractaria, tarda en comprender la lógica concatenación con que unas verdades dan la mano a las otras, pero la repetida exposición de estas ideas acaba por hallar eco en su inteligencia. […] Y estos estudiantes, que los primeros meses de asistencia a clase diríase estar metidos en un dédalo de difícil salida, han aprobado el primer año a satisfacción de todos, después de sufrir dos rigurosísimos exámenes»*[173].

[173] S. ELIZONDO, «El Brazo derecho del Misionero», *TM* 7 (1934), 142.

Tras dos cursos, el padre Elizondo, salió de la misión para Filipinas. El padre Mariano Gazpio sería el nuevo director, cargo que ejerció hasta que se cerró definitivamente en 1942 tras la entrada de Japón en la guerra mundial. Durante el curso 1936-1937, que fue a España de vacaciones, fue sustituido por el padre Quintanilla. Durante los cursos 1937-1938 y 1938-1939, debido a las condiciones económicas de la misión con motivo de la guerra chinojaponesa, se cerró, usándose por un tiempo como «hospital de sangre»[174].

Con el padre Gazpio, el primer grupo de alumnos completará el ciclo de tres años, consiguiéndose graduar diez de ellos. Al año siguiente se graduarían otros ocho jóvenes. El padre Alegría, que participó en el tribunal examinador expresaba así los sentimientos que le produjo la graduación de los primeros catequistas:

> *«La prueba constituyó para mí una de las mayores satisfacciones de mi vida. Todos ellos demostraron dominar las materias objeto de examen. Rapidez, claridad, dominio completo. Estos chicos serán buenos catequistas. [...] Por fin vamos a tener catequistas, pero catequistas como nosotros los queremos, como los reclama la necesidad y el ambiente, catequistas conscientes y enterados del oficio»*[175].

En esos dos años se estableció una muy buena sintonía entre el padre Gazpio y los estudiantes. Introdujo ejercicios diarios de oratoria, con un buen resultado en su formación, y consiguió que se acercasen espiritualmente a su padre director.

---

[174] TAHUTSE, «Crónica de la Misión», *TM* 11 (1938), 31-34, 33.

[175] M. ALEGRÍA, «Los primeros frutos», 229.



**13 de diciembre de 1933, Kweiteh. Visita del prior general.
Con los seminaristas. Sentados, de izquierda a derecha:
Alejandro Osés (secretario general), Jesús Fernández (prior general),
Mons. J. Ochoa y J. Peña.
Detrás del prior general, a la derecha, José Shan.
Detrás de José Shan, bajo un punto blanco,
Nicolás Shi (izda.) y José Wang (dcha.),
futuros obispos de Shangqiu y Hezé, respectivamente.**

P. Visitas provincial y general (1933)

En el año 1933 los padres recibieron las visitas del padre provincial, Leoncio Sierra (13 de junio) y del padre general, Jesús Fernández (13 de diciembre). En ninguna de las dos, pudieron visitar los puestos de misión, sino sólo la misión central.

Pudieron ver ya una misión con seminario, escuela de catequistas, monjas, orfanato de la Santa Infancia. Durante la visita general, tres seminaristas, José Shan, Gregorio Li y Lucas Yuo, le entregaron cartas sobre sus ardientes deseos de ser religiosos. Gratamente impresionado, les contestó que daría los pasos concernientes para que pudieran ingresar en el noviciado.

El 28 de junio de 1935, estos seminaristas, José Shan, Gregorio Li y Lucas Yuo, fueron admitidos al noviciado con el permiso de la Santa Sede. En la visita del padre provincial en 1936 hicieron la profesión religiosa. El padre Mariano Gazpio, que iba de vacaciones a España ese año, llevó a Roma a los dos más jóvenes, Gregorio Li y Lucas Yuo, a estudiar en el Colegio Urbano, el seminario de Propaganda Fide.

De las visitas, lo que nos interesa ahora resaltar es la honda impresión que produjo en los superiores la labor realizada. Así, el secretario provincial, «no encontrando palabras ni modos con que manifestar los entusiasmos que en él habían despertado *aquellos chicos*, decía amable, *aquellos héroes, más héroes cuanto más ignorados, "más buenos" cuanto más trátanse de ocultar*»[176].

Pero son más de destacar los elogios encendidos del padre general, Jesús Fernández. Traía verdaderos deseos de conocer la misión por sí mismo y recorrer todos los lugares donde trabajaban

[176] Luz, «Visita Canónica provincial a nuestra Prefectura de Kweiteh», *TM* 6 (1933), 254.

los misioneros, pero no pudo hacerlo porque, debido a un gran catarro provocado por las temperaturas de cinco grados bajo cero que encontró al llegar a la misión, debió permanecer todo el tiempo en la misión central de Kweiteh. A su regreso a Shanghái se desahogó con los frailes ensalzando las cosas que había visto:

> *«Dar comienzo una misión sin nada, de tener que empezar por los cimientos, sin una sola casa donde vivir, sin maestro que les iniciara en la vida misional, sin un guía en estos laberintos chinos, es algo extraordinario, porque he visto que en el corto tiempo de nueve años se han educado tantos y tales misioneros, se mueve todo bajo una organización precisa y se cuenta ya con ese tan lucido Seminario, ensueño de nuestras esperanzas, con el Catequistado de hombres tan prometedor, con innumerables escuelas y con ese conventito de Hermanas nuestras, las MM. Recoletas que lo tienen todo tan ordenado, tan progresivo y que han podido ya reunir diecinueve niñas del país como postulantas al estado religioso; todo eso es admirable, es hermoso y consolador y merece el apoyo de todos, el cariño de todos, y han de contar con todos mis entusiasmos y con todos mis apoyos decididos»*[177].

No menos sentidas y profundas fueron las alabanzas rendidas al espíritu misionero y religioso de los frailes:

> *«Han visto mis ojos mucho más de lo que yo sabía, más de lo que me habían contado y yo me imaginaba. Ese espíritu apostólico que se revela en todo su ser, esa conciencia tan honda que tienen de su oficio de apóstoles, de su obra misionera, del valor de las almas, de la gracia de Dios; ese no pensar, ni hablar, ni soñar más que en sus misiones, en las almas de sus cristianos, de los paganos, en discurrir e ingeniarse mil modos*

[177] P. Zunzarren, «El Reverendísimo Padre Prior general de la Orden de Agustinos Recoletos Visita la Misión de Kweiteh, Provincia de Honan», *TM* 7 (1934), 59.

nuevos para que llegue a todos la gracia de Dios en la divina palabra, en los santos Sacramentos, y esa manera tan ingenua, tan sencilla, tan fascinadora que tienen de contar sus cosas y los percances más duros de la vida misional; y la gracia con que saben empequeñecer los sacrificios más costosos, los sustos más espantables, y ese amor fino que a todos guarda unidos, esas expansiones fraternales del cariño más limpio, todo eso me ha dejado encantado, me entusiasma, me admira de una manera sorprendente»[178].

Q. Congregación indígena de Agustinas Catequistas de Cristo Rey (1935)

1. Inicios y motivaciones de la Congregación

Ya vimos cómo uno de los proyectos de los misioneros para las niñas huérfanas, recogidas u oblatas de la Santa Infancia era que, recibiendo una esmerada educación cristiana desde niñas, fueran catequistas que pudieran consagrarse en la vida religiosa o que pudieran casarse con cristianos de la misión y formar hogares cristianos. Como cuenta la hermana Ángeles, muchas de aquellas niñas, estando «en contacto continuo con las Madres, se han identificado con el espíritu recoleto, eminentemente misionero. Todas ellas han hecho formal promesa de virginidad, hacen vida común y se las conoce por el nombre de Vírgenes. La misión les suministra comida y vestido; con eso están contentas y nada más desean. [...] Enamoradas estas jóvenes de la vida religiosa que ven en las Madres, han suplicado con insistencia que se las permita emitir votos y ser verdaderas Religiosas»[179].

[178] *Ibid.*, 58-59.

[179] A. LACRUZ, «Avance consolador. Catequistas Agustinas de Cristo Rey.», 228.

Eran el germen de la deseada Congregación indígena femenina, que pudiera dar un fuerte impulso a la evangelización de sus compatriotas y a la indigenización e implantación de la Iglesia local en Kweiteh.

> *«El fin que movió al P. Prefecto a suplicar a la Santa Sede el beneplácito para sus planes de fundación de la nueva institución que llevara por nombre "Agustinas Catequistas de Cristo Rey" fue el de dar más eficacia a la labor de apostolado que las catequistas están llamadas a desarrollar. Consagradas a Dios por votos religiosos, instruidas y educadas exclusivamente para la evangelización de los infieles, no hay duda que su labor ha de ser más eficaz, más fructuosa que la de aquellas que no tienen esa preparación, que viven en medio del mundo y han de procurar el sustento y alivio de los suyos»*[180].

Respecto de los motivos de no hacerlas agustinas recoletas, sino de crear una nueva Congregación nativa, principalmente son económicos y de espacio, debido a un distinto régimen de vida entre las religiosas extranjeras y las vírgenes nativas y a la falta de un convento espacioso donde pudieran admitirlas a todas y a las que vendrían.

En carta a Propaganda Fide, monseñor Ochoa explica la misión y la necesidad de fundar una nueva Congregación de religiosas catequistas. Obtenido el permiso de la Santa Sede y aprobadas y corregidas las constituciones presentadas por monseñor Ochoa, esperó a la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús para admitir al noviciado a las primeras candidatas.

Esta demora en el inicio fue debido a que no quería interrumpir los cursos de estudios en los que estaban inmersas, y creemos

[180] A. Lacruz, «Otro paso adelante.», 237.

que también por poner esta obra preciosa, como había hecho con toda la misión, bajo la protección del Sagrado Corazón.

2. Erección canónica y primeras profesiones

El 28 de junio de 1935, festividad del Sagrado Corazón de Jesús, se produjo la erección canónica de la Congregación de Agustinas Catequistas de Cristo Rey, y la admisión de las primeras candidatas. En el mismo día, los seminaristas José Shan, Gregorio Li y Lucas Yuo fueron admitidos al noviciado.

La madre Esperanza ejerció como priora de ellas hasta el 1939, y tras su marcha a España, fue la madre Ángeles la que ocuparía este cargo hasta que tuvo que salir de China en el 1948.

La formación que recibían era de un año de postulantado en el que se completaba su formación religiosa y se les daba tiempo para madurar su decisión de abrazar la vida religiosa, y de un año y medio de noviciado, donde aprendían las exigencias esenciales de la vida religiosa y se ejercitaban en la práctica de los consejos evangélicos.

Terminado el noviciado, profesaban por un año, que renovaban anualmente durante tres años, tras los cuales emitían la profesión perpetua.

Desde la fundación fueron admitidas 25 candidatas. Las primeras 9 religiosas profesaron los votos simples el 29 de diciembre de 1936. El 20 de diciembre de 1937 profesaron otras cuatro, y el 5 de julio 1940 profesó otra tanda de nueve.

R. Situación de la misión (1931-1937)

1. Situación de la Iglesia de China

Si durante la etapa de los señores de la guerra y, sobre todo, en la campaña de reunificación, la Iglesia en China había sufrido duras pruebas por los estragos de la guerra y los desmanes nacionalistas influidos por el espíritu anticristiano bolchevique, tras la reunificación del país, con las campañas anticomunistas que emprendió el gobierno de Chiang Kaishek se llegó, hasta el inicio de la guerra total con el Japón en 1937, a una situación de relativa tranquilidad que favoreció grandemente el desarrollo de la Iglesia en China. Pasada la tormenta revolucionaria que había golpeado las misiones, se produjo una reacción favorable de la sociedad para con la actitud que habían tenido los misioneros católicos.

> *«Nuestros Misioneros, que se han comportado con maravilloso valor y resistencia durante el azote de la tormenta, ahora empiezan a sentir los beneficios de esta reacción saludable. Aquella parte del pueblo chino que les ha visto sufrir toda suerte de adversidad y miseria, que se han beneficiado de la Caridad del Misionero católico, incluidos algunos de los enemigos y perseguidores de las Misiones, se dan cuenta del espíritu de la Iglesia Católica y se orientan hacia ella con simpatía y confianza. De muchos Vicariatos de la China me viene señalado este evidente movimiento hacia la Iglesia; que, si no se puede decir un verdadero movimiento de masas, se puede considerar, ciertamente, como el índice de una situación mejorada y prometedora. Así, nuestras posiciones, en general, no sólo se han mantenido, sino que han avanzado notablemente»*[181].

[181] M. ZANIN, «Statistica dei frutti spirituali delle Missioni Cattoliche della Cina per l'esercizio 1933-34. Prot. N. 841/34. Delegatio Apostolica in Sinis.», [1934] *APF*, Fondo NS, Vol. 1258, Rub. 21/2, 795-832, 797-798.

Los frutos de las políticas misionales llevadas a cabo bajo la dirección de monseñor Costantini comenzaban también a hacerse notar, como manifestaría su sucesor, monseñor Zanin, en su informe de 1933-1934:

> *«Los elementos programáticos de la Iglesia, los cuales, a través de la puesta en práctica de las encíclicas Maximum Illud y Rerum Ecclesiae, han producido un verdadero renacimiento de la obra misionera. En este último decenio, nuestras Misiones, al mismo tiempo que han sabido resistir a la tormenta externa, han superado la propia crisis de crecimiento, y ha surgido y se ha afirmado la Iglesia en sus bases naturales, con el Clero y el Episcopado indígena»*[182].

Monseñor Zanin constataba cómo el aumento de misiones indígenas había propiciado un cambio en el modo como era vista la Iglesia por las autoridades, las clases cultas y el pueblo: ahora era «más conocida y estimada», muchos «veían a los misioneros católicos como amigos y colaboradores al renacimiento del país», guardando «un sentimiento de gratitud y de admiración» por lo que la Iglesia Católica había hecho y hacía por China.

2. Situación de la misión de Kweiteh

En esta época nuestros religiosos de Kweiteh disfrutaron del mayor periodo de paz y tranquilidad de toda la historia de la misión. Esta situación se notó en la posibilidad de trabajar de un modo normal y sistemático en el plano evangelizador, produciéndose gran número de frutos en todos los sentidos.

[182] M. ZANIN, «Statistica delle Missioni 1933-34», 800.

El aumento de bautismos, de catecúmenos, de catequistas, de catecumenados, de puestos misionales y de capillas fue continuo.

Se establecieron las principales estructuras vitales de la misión como el Seminario, el Noviciado, la Escuela de Catequistas, la Congregación indígena de Agustinas Catequistas de Cristo Rey, el dispensario...

Se fueron asentando las obras misionales de las diversas Subprefecturas, se elevó el número de misioneros en cuatro religiosos junto con la llegada de seis religiosas.

En esta época, la misión, a través del padre Ochoa y de las religiosas, contribuyó, además, a las obras de caridad del delegado apostólico en favor de las misiones pobres y, de modo especial, en la obra de surtir de materiales y ropas litúrgicas para el pensionado que monseñor Zanin proyectaba abrir para que los sacerdotes indígenas pudiesen frecuentar la Universidad de Pekín y pudieran formarse como profesores de seminario menor.

La situación no estuvo, sin embargo, exenta de problemas, sobre todo con las autoridades locales del partido nacionalista, en lo referente a la compra de terrenos y permisos de construcción.

En el plano de las infraestructuras, se compraron los terrenos para la construcción de las residencias de los misioneros no sólo en Kweitehfu, sino también en Changskungstsi, Ningling, Siayi, Huchiao, Palichoang, Chutsi y Yucheng.

Se construyeron pequeñas iglesias en Kweiteh, Changkungtsi y Palichoang. Se levantaron las residencias con sus capillas en los puestos de Chutsi, Ningling, Seliulou, Siayi, Palichoang, Huchiao y Yungcheng.

Según las estadísticas correspondientes a estos años, el número de religiosas se triplicó, los catequistas aumentaron en 100 personas, lo que supone multiplicarse dos veces y media; el número de bautismos totales por año aumentó en 1.000 personas, multiplicándose por 3 el número inicial; el número de bautismos *in articulo mortis*, con motivo de la acción pastoral de las religiosas, se multiplicó por 10.

La tasa de bautismos *in articulo mortis* por religiosa, aumentó el doble. La tasa de bautismos catecumenales (no *in articulo mortis*) por catequista fue bastante constante, teniendo como media los 6 bautismos anuales por catequista.

La misma tasa correspondiente a los religiosos aumenta en un poco más del doble, acomodándose al aumento del número de catequistas, por lo que el aumento de efectividad de la acción misionera de los religiosos es principalmente indirecta, a través de sus esfuerzos por formar nuevos catequistas y mantener formados y con ánimo a los antiguos.

La tasa de bautismos por misionero en el año 1936 fue especialmente alta, 74, estando entre las 13 primeras de las 130 circunscripciones eclesiásticas que más o menos había en China por la época. Pensemos que la media de bautismos por sacerdote en toda China en el año 1938 era de 25 más o menos.

El cumplimiento religioso de la confesión y comunión anual se estableció en este periodo en un promedio del 78%; el número anual de prácticas sacramentales de devoción (Eucaristía y confesión) por cristiano se triplicó.

	1931	1932	1933	1934	1935	1936	1937
Religiosos en la misión	15	14	16	14	17	15	16
Religiosas	4	4	6	8	7	15	19
Seminaristas menores	20	25	23	26	28	26	30
Catequistas	72	73	99	135	164	163	176
Cristianos	2.147	2.531	2.985	3.972	4.804	5.667	6.432
Catecúmenos	1.930	2.120	2.315	3.285	4.358	3.245	3.622
Bautismos Totales	491	470	607	987	1148	1438	1499
Bautismos	452	423	498	884	1015	1114	1072
Bautismos *in art. mortis*	39	47	109	103	133	318	420
Bautismos /misionero	30	30	31	63	60	74	67
Bautismos /catequista	6	6	5	7	6	7	6
Bautismos /religiosa	10	12	18	13	19	21	22
Práctica religiosa (%)	83	95	95	64	68	64	74
Prác. Devoción /cristiano	5	7	10	11	14	17	16

Si dividimos los datos en dos épocas, de 1931-1933 y de 1934-1937, y hacemos las medias para cada periodo, se observa que, en lo que a práctica religiosa se refiere, (cuantificada por el porcentaje de cumplimiento pascual: confesión – comunión), se nota un descenso importante, en contraste con el gran aumento de

catequistas, cristianos, catecúmenos y número de bautismos catecumenales. De estos datos se puede concluir que el aumento en el número de nuevos cristianos se acompañó de un porcentaje menor de participación religiosa.

Sin embargo, se observa cómo el número de prácticas de devoción es mayor: el doble si la consideramos en términos generales (distribuyendo el número de prácticas de devoción entre el total de cristianos), y casi el triple si la consideramos en modo corregido (distribuyendo el número de prácticas de devoción entre el número de cristianos que practican). De estos datos podemos deducir que la bajada en la práctica sacramental se pudo deber a una selección menos estricta de los candidatos al bautismo, accediendo a él personas no profundamente motivadas, y no a una deficiencia de formación y acompañamiento catecumenal, ya que este ha producido en una mayoría de ellos un aumento muy significativo en la práctica sacramental de devoción. Podríamos decir que ha habido una mejor formación y preparación catecumenal, junto con una peor selección o menor exigencia de motivaciones serias para la admisión al catecumenado y al bautismo.

	1931-1933	1934-1937
Catequistas	81	159
Cristianos	2.554	5.218
Catecúmenos	2.122	3.628
Bautismos catecumenales	458	1021
Práctica religiosa (%)	91	67,5
Prác. de Devoción/cristiano	7	14
Prác. de Dev. / c. practicante	8	21



Casa residencia de Palichoang, inaugurada el 18 de agosto de 1934.

4.3. Vicariato Apostólico (1937-1946)

A. Vicariato Apostólico de Kweiteh (1937)

1. Petición de elevación de la Prefectura a Vicariato (diciembre 1935)

Vista la situación y el progreso habido en la actividad misionera de la Prefectura, el siguiente paso a nivel eclesiástico era la elevación de esta a la categoría de Vicariato y la elección de un vicario apostólico con carácter episcopal. Para la elevación a Vicariato se requería que la Prefectura mostrase poseer los órganos y medios fundamentales suficientes para que la misión fuera algo firme, estable y definitivo, pudiendo garantizar la continuidad en su trabajo de evangelización.

El procurador general de la Orden, el padre Daniel Delgado, había notificado al padre Ochoa que tenía la intención de presentar a la Congregación de Propaganda Fide dicha petición, cosa que plugo al prefecto y al padre provincial; sin embargo, el padre Delgado, que estaba mal, falleció sin poder llevarlo a cabo.

Con ocasión de la consagración episcopal del vicario de una nueva vicaría establecida también en Honan, todos preguntaban a monseñor Ochoa que por qué siendo su Prefectura un año más antigua que aquella, no había sido elevada ya a Vicariato. Varios le recomendaron que el padre general y su procurador lo movieran ante la Santa Sede. El mismo monseñor Tacconi era de esta opinión y dijo que él pronto tenía que ir a Roma y que aprovecharía para hablar con los superiores recoletos. El padre Ochoa pidió entonces al padre general que, a través del nuevo procurador general, el padre Pedro de la Dedicación, moviera el asunto ante la Santa Sede. El padre Ochoa estaba preocupado, sobre todo, por lo del tema de la Subprefectura de Checheng, que estaba aún por

zanjar definitivamente y tenía cierto temor a que monseñor Tacconi pudiera hacer alguna presión en Roma para retenerla definitivamente y no dejarla a los Recoletos.

De este modo, el 18 de diciembre de 1935, el padre procurador presentó la petición a la Santa Sede poniendo como motivos para ello los notables progresos hechos por los misioneros en la obra de evangelización, como constaba claramente por las estadísticas presentadas, haciendo resaltar que no sólo el número de cristianos, catequistas y catecúmenos se había más que duplicado desde su erección como Prefectura, sino principalmente el número de seminaristas indígenas que tenían, el inicio de vida religiosa masculina, la erección de una Congregación religiosa indígena femenina, así como el trabajo y las obras realizadas por las religiosas agustinas recoletas. La erección como Vicariato sería vista por los misioneros como un reconocimiento a la labor realizada y un estímulo para sus futuros trabajos misionales.

Se exponía también a la Santa Sede el problema de los límites de la misión, pidiendo que se sancionara oficialmente los intercambios de las Subprefecturas de Kaocheng y de Checheng, explicando los motivos y el modo de proceder hasta el momento.

2. Valoración positiva del delegado apostólico

Desde enero de 1934 el nuevo delegado apostólico en China era monseñor Mario Zanin. El 30 de noviembre de aquel año había tenido la oportunidad de visitar la Prefectura. El 15 de febrero de 1937 mandó su informe al cardenal Pietro Fumasoni-Biondi, prefecto de Propaganda Fide, en el que daba su parecer favorable a la elevación a Vicariato y al cambio de los confines.

Monseñor Zanin decía que había visitado la Prefectura y que en otras ocasiones había tenido oportunidad de encontrarse con

monseñor Ochoa y que antes de recibir la carta de Propaganda pidiéndole informes, él mismo se había hecho a la idea de que convenía elevarla a Vicaría. Sin embargo, retrasó su informe favorable, pues quiso evitar que fuera antepuesta a la elevación de otras Prefecturas, sobre todo indígenas, de más tiempo que la de Kweiteh. El parecer de monseñor Zanin fue el siguiente:

> *«Mi impresión general de la marcha de esta Prefectura es buena. En la visita que he hecho sobre el lugar,* ***he podido constatar un notable fervor de la vida misionera que se manifiesta en el espíritu de los misioneros y en sus obras****. No se puede juzgar a fondo una Misión tras haberla visitado, digámoslo así, sumariamente, pero uno no puede no darse cuenta de un complejo de pequeñas cosas que nos dan de inmediato idea de los hábitos de vida de los misioneros, de su mentalidad, de su celo más o menos activo, de su confianza, del prestigio del superior, del funcionamiento del Seminario, de una cierta satisfacción y entusiasmo de los cristianos y de tantas otras cosas que no se ven directamente pero que se imaginan por inducción lógica.*
> *Por todo este complejo de elementos de juicio he podido valorar a Kweitehfu en modo favorable. Recurriendo después a un examen más detallado y ponderado de la situación de la Prefectura, hecho sobre documentos de escritorio y sobre las estadísticas de los frutos espirituales, me parece que se puede afirmar que realmente esta Misión ha confirmado progresos considerables desde el punto de vista del personal, de las obras y del aumento de cristianos. Un justo reconocimiento de parte de la S. Sede de estos progresos puede servir a un aumento del celo y de la actividad de los misioneros»*[183].

Uno de los cardenales de Propaganda que no pudo participar en el consistorio dejó escritas sus impresiones favorables y sus comentarios a la vista del informe que les habían presentado.

[183] *Ibid.* Las negritas son nuestras.

Destaca esta observación entusiasta frente a lo hecho y al dinero invertido por la Provincia:

> *«¿Cómo han podido hacer todo esto, con la presente miseria de España? Es necesario tener en cuenta que los Agustinos Descalzos (!) han llevado a China mucho dinero de las Islas Filipinas: lo querían invertir como mejor pudieran, y fue entonces que Mons. Costantini los exhortó a invertir sobre todo en obras de religión en una Misión propia. ¡El consejo apostólico ha producido verdaderamente buen efecto!»*[184].

3. Constitución Apostólica "Nostrae mentis oculos" (18/5/1937)

Con la Constitución Apostólica *Nostrae mentis oculos* del 18 de mayo de 1937, Pío XI elevaba la Prefectura de Kweiteh, con algunos cambios en sus límites, a Vicariato Apostólico:

> *«Por cuanto que en la Prefectura Apostólica de Kweiteh en China, erigida y entregada al cuidado de los misioneros del Orden de los Recoletos de San Agustín por nuestra Carta Apostólica Quae catholico nomini, sellada con el anillo del Pescador el 19 de junio de 1928, el nombre cristiano ha recibido gran impulso en estos últimos años gracias al incansable trabajo y denonada dedicación de aquellos misioneros, Nos, siguiendo el consejo de nuestros venerables hermanos sus eminencias reverendísimas los Cardenales de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, establecemos elevar aquella Prefectura a Vicariato Apostólico con una ligera modificación de sus límites.*
> *Del territorio del nuevo Vicariato separamos la subprefectura civil de Kaocheng y la anexionamos al territorio contiguo del Vicariato Apostólico de Kaifeng; del cual, sin embargo, separamos la subprefectura de Checheng y la unimos al nuevo Vicariato de Kweiteh, de modo que este nuevo Vicariato quede constituido por las subprefecturas civiles de Kweiteh, Ningling,*

[184] «Respuesta anónima de un Cardenal de Propaganda Fide sobre la erección de la Prefectura de Kweiteh a Vicariato y sobre los candidatos a Vicario.», (1937), *APF*, fondo NS, Vol. 1272, Rub. 27/10, 309-310.

Yucheng, Siayi, Yungcheng y Checheng y quede acotada por los límites de las mismas subprefecturas. Queremos que el mismo Vicariato permanezca como hasta ahora encargado a la cura de los predichos misioneros de la Orden de San Agustín, siendo esto beneplácito Nuestro y de la Santa Sede»[185].

B. Consagración episcopal de monseñor Ochoa (1937)

1. Terna de candidatos a vicario apostólico

La terna de candidatos que presentó la Orden a través del procurador general fue la siguiente: padre Javier Ochoa (dignissimus), padre Joaquín Peña (dignior) y padre Mariano Gazpio (dignus). El delegado apostólico, monseñor Zanin, había presentado a la Santa Sede otra terna en la que no estaba el padre Peña, y en la que entraba de nuevo (como ocurrió para la elección de prefecto) el padre Mariano Alegría, esta vez como tercero y no como segundo. Hemos visto cómo monseñor Zanin había retrasado la respuesta sobre la erección de la Vicaría por los motivos arriba expuestos, pero para no demorar más los procesos, hizo las gestiones y presentó su terna de candidatos para vicario al mismo tiempo que el informe de la erección a Vicariato, de modo que se pudieran acelerar los trámites de nombramiento de vicario.

La consulta que hizo monseñor Zanin, dado el carácter episcopal del cargo, fue mucho más amplia que la que había hecho Costantini para prefecto; en ella se incluyó la opinión de todos los misioneros de la Prefectura, más la de los obispos vecinos: monseñor Tacconi, monseñor Calza y monseñor Bassi. El resultado fue el siguiente:

---

[185] Pius XI, «Nostrae mentis oculos (Costitución apostólica elevando a vicariato la prefectura de Kweiteh)», *Acta Apostolicae Sedis* 29 (1937), 426-427.

	Dignísimo	Muy digno	Digno	Votos
P. Francisco Ochoa	9	3	4	16/17
P. Mariano Gazpio	6	5	4	15/17
P. Mariano Alegría	1	7	1	9/17
P. Joaquín Peña	1	1	5	7/17

Es claro que la cosa estaba entre dos personas, Ochoa y Gazpio. Esta es la valoración general que hace de la encuesta:

> *«La votación no se puede decir del todo mayoritaria para Mons. Ochoa, sin embargo, él permanece todavía como el primer candidato, el cual, además de la mayoría como primero, ha obtenido el sufragio favorable de todos los votantes; todos lo retienen digno del carácter episcopal. Es una buena votación también la del P. Gazpio, pero es claramente inferior a la del P. Ochoa; este tiene tres votos de más como primero»*[186].

a) P. Mariano Alegría

El padre Alegría había estado introducido en la terna para prefecto como segundo. Esta vez, habida cuenta de las votaciones y del parecer de monseñor Zanin, aun cuando hubiera obtenido en esta votación el tercer lugar, parecía que no se había consolidado su posición en los años que habían transcurrido.

Cabe preguntarse por qué un religioso que había desempeñado el cargo de superior y delegado religioso en la misión desde que ésta se constituyó en prefectura y que era el pro-prefecto de Kweiteh, no entrara en ninguna de las dos ternas que presentó la Orden. Además, los que fueron presentados como segundos en las dos ternas, el padre Elizondo y el padre Joaquín Peña, desaparecieron de las ternas del delegado apostólico y de las votaciones entre los misioneros y obispos circunvecinos. No sabemos con

[186] M. ZANIN, «Carta (15 febrero 1937) al Card. Pietro Fumasoni-Biondi prefetto di Propaganda Fide in risposta al Prot. N. 4318/36», *APF*, fondo NS, Vol. 1272, Rub. 27/10, 275-277.

certeza por qué, pero se puede suponer que los superiores no querían desprenderse en ningún modo del padre Alegría como superior religioso, hombre de carácter humilde, «piadoso, celoso de la observancia religiosa, caritativo, humano y comprensivo, dotado de óptimo carácter para reconciliar los ánimos...»[187] De hecho, en el año 1941, será destinado por el Capítulo Provincial como prior del convento de San Nicolás de Manila, donde entregaría su vida al Señor junto con otros recoletos y padres españoles a manos de los japoneses.

El hecho de que el segundo de los elegidos por la Orden no pudiera hacer sombra a Ochoa también puede expresar un deseo bien sentido de que fuese Ochoa y no otro el elegido.

b) P. Mariano Gazpio

Fue el que, en esta época de Prefectura, con sus trabajos apostólicos en Yucheng y en la Escuela de Catequistas, así como por su buen dominio del chino y su santidad de vida, más se promocionó, pasando de no estar en las listas de ninguno a entrar como segundo claro en la del delegado por la votación obtenida.

Veamos el testimonio y el parecer particular del delegado apostólico sobre él:

> *«Ha tenido una votación bastante buena, especialmente en vista, parece, de su gran piedad y unción religiosa, por la pureza de sus costumbres y la mansedumbre de espíritu.*
> *He conocido personalmente también a este Padre, aunque no como he conocido a Mons. Ochoa. Externamente he notado también yo las bellas cualidades que le atribuyen, sin embargo, en cuanto se puede juzgar por pocas conversaciones, no me atrevería a decir que me haya dado la impresión de un hombre que a las bellas formas de piedad y ascetismo añada*

[187] Cf. *Ibid.*, 280-281.

una inteligencia práctica, un espíritu pronto, un juicio iluminado y práctico; en resumen no he visto en él aquel verdadero dinamismo misionero que está constituido de entusiasmo y practicidad al mismo tiempo: me parece que su temperamento manso y su alma proclive a la vida ascética y contemplativa no prometen en él un hombre de gobierno, y menos el administrador provisto y capaz»[188].

Semejante juicio, en algún modo, lo repite el padre Mariano Alegría, que en su voto particular lo mete al tercer puesto «porque ha adquirido la experiencia de 12 años de trabajo de predicación ininterrumpido en esta Prefectura; de piedad ardentísima, nota incluso entre los fieles, trabajador constante, sólo ocupado en lo que se refiere al amor al prójimo y al celo por las almas. Para el trato con los cristianos y para tratar los innumerables negocios que derivan de circunstancias particulares de la Iglesia en China en estos momentos, lo juzgo como menos apto»[189].

c) P. Javier Ochoa

El padre Zanin, junto con otros testimonios, confirma la larga experiencia de vida y su buen hacer en los negocios eclesiásticos. Aprecia su gran bondad y dice de él que es un alma siempre dispuesta y atenta al mejor desarrollo de la evangelización, obsequiosísimo a las disposiciones de la Santa Sede y a seguir siempre los consejos del delegado apostólico.

En la relación presentada a los cardenales de Propaganda se presenta como aval del padre Ochoa toda su gestión como superior y prefecto: «Todo progreso material y espiritual de la Misión

[188] *Ibid.*, 279-280.

[189] *Ibid.*

se debe a él, bien por ser obra de su iniciativa o de su eficaz impulso y guía»[190].

Como expresa uno de los cardenales de la comisión, el padre Ochoa ha estado al frente de la misión desde el principio y todo cuanto se ha hecho se debe a él. Si se considera que tiene además el apoyo de sus subordinados, la cuestión es si hay algún motivo de tal modo grave que le impidiese no poder continuar.

Los únicos reparos eran el conocimiento insuficiente de la lengua china, como expresa el padre Ugarte: «respecto a su capacidad para hablar en chino me parece que al presente no es suficiente para que pueda cumplir bien la carga que se le propone»[191]; y su temperamento, a veces impetuoso y vivaz. Respecto de este último se le reconoce, sin embargo, que se le pasaba en seguida llegando a manifestaciones de humildad verdaderamente edificantes.

2. Monseñor Javier Ochoa, vicario apostólico (31/10/1937)

La noticia del nombramiento del padre Ochoa como vicario apostólico llegó a todos los rincones del Vicariato, llenando de júbilo a cristianos y misioneros. Incluso el hospital protestante mandó una felicitación a monseñor Ochoa y dos días después se

---

[190] P. SEGURA Y SÁENZ (ed.), «Relazione con sommario. Elevazione della Prefettura Apostolica di Kweitehfu a Vicariato Apostolico e nomina del Vicario Apostolico (carta geografica)», [1937], *APF*, fondo NS, Vol. 1272, Rub. 27/10, Prot. N. 1046/37, 312-327, 313-314. Mons. Tacconi añade el hecho de que es condiscípulo y goza de las simpatías de sus superiores por lo es capaz de obtener de ellos dinero y personal suficiente para dar impulso al nuevo Vicariato (Cf. M. ZANIN, «Carta (15 febrero 1937) al Card. Pietro Fumasoni-Biondi prefetto di Propaganda Fide in risposta al Prot. N. 4318/36», *APF*, fondo NS, Vol. 1272, Rub. 27/10, 277-279).

[191] M. ZANIN, «Carta (15 febrero 1937) al Card. Pietro Fumasoni-Biondi prefetto di Propaganda Fide in risposta al Prot. N. 4318/36», 279.

acercó en persona el obispo protestante de Honan, que residía en Kaifeng, y que era un chino formado en Canadá. Invitó a los frailes a ir al día siguiente al hospital a comer con ellos. Incluso el obispo protestante le prometió elevar sus preces a Dios para que lo iluminase en su ministerio.

El 8 de septiembre de 1937 llegaron las bulas del nuevo vicario apostólico y el 31 de octubre el padre Javier Ochoa será consagrado obispo en Manila, por manos del delegado apostólico en Filipinas, monseñor Guillermo Piani. El 1 de enero de 1938 regresará a la misión.

C. Invasión japonesa (1937-1938)

La época de vicariato apostólico recién inaugurada estará marcada por la invasión total y sistemática de China por parte del Japón. Sin embargo, aquella política imperialista nipona de control directo de China había ya comenzado en 1931 con la invasión de la Manchuria.

Tras la unión a la República de las zonas nororientales controladas por el general filonipón, Zhang Zuolin en 1928, Japón perdió así su control indirecto sobre la Manchuria. Japón, en su interés imperialista, cambió a una política de colonización territorial y de control directo que le garantizase un mercado para sus productos, y, sobre todo, que le sirviese como fuente de materias primas, preferentemente alimentarias y mineras, de las que carecía y las cuales necesitaba.

Así, con el pretexto de un incidente en la vía ferroviaria de Mukden, Japón invadió Manchuria en 1931. Con un ejército al norte debilitado por la represión del levantamiento de 1930 y empeñado en la persecución interna de los comunistas, Chiang Kaishek no quiso entrar en guerra directa con Japón, sino que

recurrió ante la "Sociedad de Naciones" para que exigiese la retirada de Japón de la Manchuria. Japón creó un "estado independiente", puesto bajo la presidencia del último emperador de la dinastía manchú Qing, que había gobernado China hasta 1911; en verdad no era más que un "estado pantalla con un gobierno títere", que en realidad fungía como protectorado japonés.

La agresión imperialista de Japón y la actitud débil del Gobierno en respuesta a ella, hizo que se produjesen revueltas y levantamientos nacionalistas antijaponeses, con campañas de boicot a los productos nipones y con movilizaciones estudiantiles pidiendo al Gobierno el cese de la represión anticomunista y la defensa decidida frente al Japón.

En 1932 los japoneses bombardearon la "zona china" de Shanghái, esto es, aquella que quedaba fuera de las concesiones extranjeras. A pesar de la reacción valiente de los hombres de la 19ª armada del ejército, el Gobierno de Nankín firmó un acuerdo con Japón para desarmar unilateralmente la zona china de Shanghái. Tras este nuevo retroceso del Gobierno chino, los japoneses avanzaron desde su posición en Manchuria hacia el sur, ocupando la provincia de Jehol, punto estratégico, a las puertas de Pekín. El Gobierno, no queriendo entrar en guerra abierta con Japón, se vio obligado a firmar el acuerdo de Tangku, por el que se reconocía la ocupación japonesa de la Manchuria y del Jehol, así como se comprometía a la desmilitarización de parte de la provincia de Hebei, colindante con las ocupadas por Japón.

Si algo explica la actitud de Chiang Kaishek y del Gobierno nacionalista frente al Japón, es el objetivo militar primordial para ellos en aquellos años, que eran las campañas de represión y destrucción del comunismo dentro de China, considerado por Chiang Kaishek como el principal problema a combatir. Para él,

«Japón era una enfermedad de la piel, mientras el comunismo era un mal del corazón»[192].

La reacción de Chiang Kaishek contra el comunismo se materializó en forma de cinco "campañas de asedio y destrucción". Después de la "tercera campaña de aniquilación" el ejército rojo y las autoridades comunistas tuvieron un periodo bastante largo de respiro en el que a partir de noviembre de 1931 se constituiría, en la base central de Jiangxi, la República Soviética de China, con Mao Zedong como presidente.

Entre 1932 y 1933 Chiang Kaishek envió su cuarta campaña anticomunista, esta vez con medio millón de hombres; sin embargo, se tuvo que interrumpir debido a la invasión de la provincia de Jehol por parte de Japón. Tras la firma de la tregua de Tungku con el Japón en mayo de 1933, Chiang Kaishek se preparó para acometer su quinta y última ofensiva contra la base central de Jiangxi. En esta ocasión se movilizó un ejército de un millón de soldados, que consiguieron ir cercando y asediando la base central del comunismo, cortando las comunicaciones tras las distintas bases, estrangulando económica y logísticamente al ejército rojo. Ante la perspectiva de ser aniquilados, el grueso más importante del ejército rojo inició en octubre de 1934 una retirada estratégica de salvación, emprendiendo la famosa "larga marcha", de más de diez mil kilómetros, hacia las regiones del noroeste, atravesando regiones inhóspitas durante un año, hostigado y perseguido por el ejército nacional y por los ejércitos de los señores de la guerra. Por fin, el 20 de octubre de 1935 llegaron a la zona norte de la región de Shaanxi, donde las fuerzas comunistas se reagruparon y se reorganizaron de nuevo, dando continuidad así a la República Soviética de China. La posición de este nuevo

[192] Frase de Chiang Kaishek citada en L. PALACIOS - R. RAMÍREZ, *China*, 228.

asentamiento les permitía un acceso fácil a la ayuda de la Unión Soviética, así como les daba la posibilidad de hacer un frente antijaponés que combatiera contra la invasión nipona.

A la par que crecía la indignación contra el invasor, crecía la indignación contra la actitud pasiva del Gobierno nacionalista frente a la agresión japonesa; cada vez más fuerzas sociales, militares e intelectuales exigían de Chiang Kaishek un cambio de actitud y de estrategia, buscando poner fin a la guerra civil con los comunistas y hacer frente común contra los japoneses.

Ante la negativa de Chiang, éste fue arrestado por al general Zhang Xueliang y por el señor de la guerra de Shaanxi, a quienes había encargado la destrucción del soviet de Shaanxi, dando lugar al famoso incidente de Xian y a los pactos que Chiang Kaishek se vio forzado a firmar con los comunistas, donde éstos reconocían a Chiang Kaishek como jefe del Gobierno chino a cambio de poner fin a la campaña anticomunista y permitir la entrada del ejército rojo en un frente nacional antijaponés junto con el ejército nacionalista.

Con el cambio de política de Chiang Kaishek en relación a Japón, su liderazgo se vio reforzado ante el pueblo. Sin embargo, el fin de la represión anticomunista por parte del Gobierno nacionalista y su decisión de unir fuerzas contra el invasor, hizo temer a Japón que se llegase a una alianza chino-soviética contra él. La ocasión para intervenir de una manera global y sistemática sobre los grandes centros y vías de comunicación chinas y así controlar la vida del gigante asiático, llegó el 7 de julio del 1937 con el incidente del puente de Lugou, que fue sólo la excusa para llevar a cabo un plan estratégicamente concebido y preparado, como se manifestó después.

Japón movilizó su potente ejército y el 8 de agosto controlaba ya Pekín, tomó la ciudad de Tianjin, y en tres meses controlaba

toda la zona norte de China, excepto las regiones más orientales de frontera con Rusia controladas por los comunistas.

Tres días después de la entrada de Japón en Pekín, abrieron el frente oriental, desembarcando en Shanghái. Los planes de llegar a controlar China en un trimestre, se vieron frenados allí por la resistencia heroica de las fuerzas nacionales, que aguantaron tres meses. Tomada, por fin, Shanghái, las fuerzas japonesas siguiendo la ruta del gran río Yangzi llegaron hasta la capital, Nankín. El 13 de diciembre de 1937 el ejército japonés tomó Nankín, dando lugar a la llamada "masacre de Nankín", donde se produjeron matanzas de civiles, violaciones y saqueos indiscriminados por parte del ejército japonés. Chiang Kaishek ordenó el traslado de la capital a Chongqing, en Sichuan, planicie fértil rodeada de montañas y de difícil acceso, en el interior de China, aun cuando el grueso político, logístico y militar chino se concentró en Wuhan.

En octubre, con un desembarco sorpresa, los japoneses controlaron, además, Cantón, el gran puerto del sur, y en noviembre ocuparon Hangzhou, llegando, de este modo, a controlar en pocos meses los grandes accesos de China al mar.

El ejército nipón se dirigió hacia la cuenca del río Amarillo, donde en marzo de 1938 fue parado, momentáneamente, en su avance hacia Xuzhou con la que sería única victoria importante del ejército nacional, la batalla de Taierzhuang. Posteriormente, en mayo, la ciudad de Xuzhou sería conquistada por los japoneses. Las fuerzas japonesas siguieron su avance por Henan, tomando su capital, Kaifeng, y dirigiéndose ya hacia Zhengzhou, con su importantísimo nudo ferroviario central donde confluyen las líneas que unen norte y sur del país con las que unen este y oeste.

En un intento desesperado de frenar el avance japonés, generales del ejército nacionalista, en junio de 1938, volaron con dinamita las presas que contenían las aguas del río Amarillo dentro de su cauce, provocando una gravísima inundación que cambió el curso del río.

La voladura provocó cientos de miles de muertos entre la población china, gravísimas pérdidas materiales por la inundación de los campos, hambruna y epidemias, que asolaron aquellas regiones y que provocaron grandes movilizaciones internas de la población afectada. Esto agravó considerablemente la situación de penuria de la gente y provocó una gran desafección de las masas campesinas con las fuerzas nacionalistas.

D. Guerra sino-japonesa: Bombardeo de la misión y ocupación de la ciudad

La guerra sino-japonesa tuvo como primera consecuencia la invasión y el control japonés de la zona vital económica y política de China. Los dos países afrontaban la guerra en modos y circunstancias muy diversas. Japón invadió con rapidez los puntos neurálgicos políticos y económicos de China.

> *«Aún no nos habíamos dado cuenta de que China se hallaba metida en un pleito guerrero con Japón, cuando los japoneses hacían un desembarco en Shanghái y se abrió el fuego por aquella parte. Los nipones no intentaban menos que ocupar la ciudad internacional y la capital de la república. Ambos objetivos están completamente logrados a la hora en que escribo»*[193].

La ciudad de Kweiteh contaba con aeródromo, estación militar y vía férrea, lo que la hacían un objetivo necesario de los

[193] TAHUTSE, «Crónica de la Misión», 32.

japoneses. Por eso, desde el inicio de la guerra, apuntando que Kweiteh se convertiría en un campo de operaciones importante, se empezó a construir, bajo la dirección y vigilancia de los soldados chinos, una suerte de obras de defensa a gran escala, para lo que reclutaron a todos los que podían trabajar, hombres y mujeres, sin que pudieran eximirse de tales trabajos. La misión católica se vio obligada a mandar gente o a pagar trabajadores.

El día 19 de mayo de 1938 los aviones japoneses sobrevolaron la ciudad en plan de exploración, lanzando hojas volantes en las que se amonestaba a la población civil a abandonar la ciudad si no querían perecer dentro de sus muros. En vista del ataque, se abrieron en la residencia central dos refugios de estilo chino pero que no inspiraban la confianza de los habitantes de la misión. El 20 de mayo llegó el bombardeo de la misión.

> *«Poco después de la una de la tarde, vimos que una bandada de aeroplanos en número de nueve, bien alineados, atronando el espacio con el ruido de sus motores, empezaron a vomitar bombas contra la ciudad de Kweiteh. Al percibir el sonido tan espantoso de las explosiones, notar que una densa nube cubría nuestra propiedad, oír un continuo estrépito de ventanas, puertas y cristales, que daba la sensación de que la casa se venía abajo, creí que la muerte nos visitaba. Fue todo cosa de un momento. Cuando comprendimos que la tormenta se había alejado, todos salimos de nuestros escondites en busca del hermano, a quien suponíamos herido, mas la misericordia de Dios nos cubrió con su manto, no permitiendo que nadie de cuantos nos encontrábamos dentro de la propiedad de la misión católica sufriéramos el menor daño corporal»*[194].

[194] M. GAZPIO, «Carta (Chutsi, 15 enero 1940) al director de TM», *TM* 14 (1941), 52.



Julio de 1934. Religiosas con las niñas y jóvenes de la Santa Infancia. Sentadas, de izquierda a derecha, M. Cecilia del Corazón de María, M. Cecilia Salgado, M. Dolores Caneda, M. Esperanza Ayerbe, M. Carmela Ruiz, M. Carmela Mendoza y M. María Ana de Santa Teresita.



Kweiteh, 1934. Procesión del Corpus.



Los japoneses bombardearon varias veces la ciudad. Sólo una bomba cayó dentro de los límites de la misión, mas lo hizo afortunadamente en el pozo del seminario. Sin embargo, las varias bombas que cayeron en sus inmediaciones causaron gran daño material. La Iglesia, en su parte sur, quedó casi completamente destruida; dos casas del seminario completamente arrasadas y otras con enormes destrozos; no quedó un cristal sano ni una ventana en su sitio. Todo era desorden y ruina.

Los efectos fueron tan espantosos que, aun cuando en principio el obispo y los misioneros no querían abandonar la misión, pronto se dieron cuenta de que las amenazas de destruir la ciudad iban en serio, de modo que salieron todos de la misión aceptando la invitación que reiteradamente les habían hecho los doctores del hospital protestante, situado en las afueras de la población, para que todos, incluso las monjas y las niñas de la Santa Infancia, buscaran refugio en él. Para guardar la casa quedaron en la ciudad los padres Mariano Alegría y Joaquín Peña.

El padre Ochoa había mandado a los seminaristas con el padre Colomo a Seliulou, uno de los distritos más apartados, con menor peligro y donde, por razón de capacidad, podían estar mejor instalados y atendidos. Se temía que quedándose en Kweiteh, siendo la mayor parte jóvenes robustos y altos, los japoneses los hubiesen tomado por soldados chinos, con peligro de sus vidas. Algunos, a petición de sus familias, volvieron a sus casas. Este rebaño fue cuidado providencialmente por Dios; en una situación en que era difícil conseguir alimentos en los mercados, pudieron comer y hartarse de carne casi todos los días.

Tras un mes en Seliulou, marcharon hacia la misión de Changkungtsi, con el padre Lizarraga.

A los pocos días del inicio de los bombardeos, el 29 de mayo, los japoneses entraron triunfantes en Kweiteh. Viendo los padres

que quedaron dentro de la ciudad que los soldados japoneses no respetaban ni las misiones ni las residencias de los extranjeros, sino que se daban al pillaje más salvaje, y viéndose, además, continuamente amenazados de muerte, resolvieron abandonar también la ciudad e ir al hospital donde se había refugiado el resto. Para cuidar las cosas de la misión sólo quedó en casa el viejo portero con su familia.

Los soldados arramplaron con todo aquello que podía servirles, entrando con siete camiones grandes para cargar todo. No sólo los misioneros y religiosas se quedaron sin nada, sino también los muchos cristianos y gran número de paganos, que se refugiaron allí llevando todo su dinero y todo su ajuar.

En dos meses y medio no permitieron a nadie entrar en la ciudad, y aun a las poquísimas personas que habían quedado dentro las reunieron en un sitio para, de este modo, quedarse las tropas más libres para el saqueo. Fueron dos meses y medio de angustia y ansiedad. Por fin, el día 10 de agosto pudieron retornar a la misión. Al llegar a la residencia «ésta no parecía habitación de seres humanos; asemejábase más bien a una inmunda cuadra».

> *«Cuando volvimos a nuestra casa en agosto del año pasado, después de una forzada ausencia de dos meses y medio, y nos dimos cuenta de los destrozos que nos habían causado los bombardeos y de que nos habían despojado de todo cuanto teníamos, hay que confesar que nos desanimamos un poco; pero claro está, enseguida sonaron en nuestros oídos aquellas palabras: hombres de poca fe, ¿por qué dudáis? Y aceptando con amor este justo reproche del Señor, nos echamos esta cuenta: llorando y gimiendo no se ha arreglado nada hasta ahora, a comenzar de nuevo como si nada hubiera pasado»*[195].

[195] J. Ochoa, «Carta (11 junio 1939) al prior general Leoncio Reta», en *Cartas*, 179.

De los diversos puestos de la Vicaría, sólo la misión de Siayi sufrió también un bombardeo en el que quedó completamente derruida la sacristía y parcialmente la iglesia, causando destrozos en las demás casas de la misión. Tras el bombardeo no quedó nadie en la ciudad, situación que los bandidos aprovecharon para llevarse todo, salvo las ropas litúrgicas y los vasos sagrados, que el padre Quintanilla había trasladado unos días antes a la misión de Huchiao. Ningún cristiano murió.

E. Situación de la misión (1938)

1. Atención a los refugiados

El estallido de la guerra total de Japón contra China, con un tipo de guerra más moderna, con gran capacidad destructiva por parte de los bombardeos aéreos, provocó allí por donde pasó una gravísima situación de mortandad y de grandes movimientos de refugiados: cientos y miles de hombres, masas de gente que huían de la guerra en busca de protección para sus personas y sus bienes.

Cuando el frente de la guerra avanzaba por el río Amarillo hacia la provincia de Henan, esta situación se vivió en la misión. «En cuanto aparecieron en el horizonte los primeros presagios de la proximidad inmediata de la guerra, las gentes, aterrorizadas, comenzaron a venir en avalanchas a la misión. Venían con todos sus enseres. Cristianos y paganos, sin distinción. Y sin distinción se admitía a unos y a otros»[196]. La gente traía el poco dinero y bienes que podían llevar consigo y todos, ricos y pobres, ponían todo lo que tenían en manos de los misioneros con una confianza ciega en su probidad y honradez.

[196] TAHUTSE, «Ecos de nuestra Misión de Kweiteh», 236.

En esto destacaron las misiones de Ningling y, sobre todo, la de Yungcheng, hasta el extremo de que, en ambas, una vez posesionados de ellas los invasores, no quedaba nadie fuera de los límites de los terrenos de la misión. Esta situación se prolongó hasta que las ciudades fueron tomadas por parte de los japoneses, en algunos casos, como en las misiones arribas mencionadas, durante más de dos meses.

> *«Solamente la cuestión de la alimentación de esos miles de personas [...] creaba una situación terrible, difícil de explicar con palabras. [...] Repartieron a manos llenas cuanto tenían en casa, y luego, cuando ya no había reservas, hubieron de entrevistarse con los vencedores, pidiéndoles ayuda para remediar aquella necesidad. Justo es reconocer y proclamar aquí que éstos respondieron con prontitud y generosidad; y que, gracias a la caridad inagotable de aquel y a la comprensión de éstos, el problema pavoroso de la alimentación de tantos cientos y miles de pobres gentes del pueblo, víctimas y no agentes de la guerra, pudo ser solucionado sin extrema dificultad.*
> *Cuando llegó la hora fijada por los invasores para que las gentes volvieran a sus casas a reanudar sus tareas habituales, las puertas de la Misión se abrieron otra vez de par en par para dar salida a aquella riada humana tan castigada como agradecida»*[197].

2. Situación del Vicariato después de la invasión

La guerra pasó por el Vicariato, pero se detuvo casi a la salida de él. El ejército chino en retirada optó, como único medio expeditivo de librarse de la persecución inmediata e inexorable del ejército japonés, por la voladura de las presas del río Amarillo a la altura de Kaifeng, con el desbordamiento consiguiente de sus

[197] *Ibid.*

aguas y con el anegamiento de extensiones vastísimas de terreno al oeste de aquella ciudad. Esto situó y estabilizó el frente de batalla no muy lejos de la misión.

El estado del Vicariato tras la guerra puede resumirse así: «paz y normalidad completas en los lugares dominados por el ejército japonés, y mucho, muchísimo bandolerismo por la campiña»[198].

Los japoneses, en su marcha formidable, conquistaron y mantuvieron solamente los puntos estratégicos, los ferrocarriles, los caminos principales, las ciudades más importantes. Y así, filtrándose a través de estas arterias y centros neurálgicos, el ejército japonés tendió una red inmensa con que sujetaba y estrangulaba la vida de la China no ocupada. Los inmensos territorios intermedios, sin valor estratégico, donde vivían muchos misioneros y miles de cristianos y que escapaban al control del ejército japonés, eran un verdadero caos sin orden ni concierto. Pululaban por ellos millares de personas armadas, restos dispersos del ejército nacionalista, guerrilleros, comunistas, lanzas rojas, bandidos...

> *«Toda una gama sin fin, que no tiene más diferencia en la práctica que el nombre con que se denominan. En el fondo todos convienen en dos cosas, molestar lo más posible la retaguardia del ejército japonés, dueño de todas las comunicaciones y puntos estratégicos, y esquilmar al pueblo, que de fuerza o de grado tiene que sostenerlos»*[199].

3. Consecuencias de la guerra para la misión

La guerra trajo consecuencias inmediatas sobre la economía de la zona. Subieron los precios de toda clase de artículos y se disparó la especulación de los comerciantes. Los artículos

[198] A. Quintanilla, «Ecos de nuestra misión de Kweiteh», 299.

[199] Tahutse, «Crónica de la Misión», 164.

importados duplicaban y triplicaban su precio y muchos artículos desaparecieron completamente del comercio debido a la dificultad de las comunicaciones y del transporte.

La guerra en Shanghái había cortado las comunicaciones entre esa población y el resto de la nación. Estando allí la procuración por donde se recibían todas las ofrendas de Propaganda Fide, de la Orden y de otras donaciones extranjeras, la misión se vio repentinamente privada de dinero.

Debido a la dificultad económica para sostener la Escuela de Catequistas, los estudiantes debieron abandonarla y volver a sus casas. Al quedar vacías, las autoridades pidieron a los religiosos que cedieran los locales para transformarlos en «hospital de sangre» donde curar a los heridos de guerra. Debieron ser suprimidos incluso los catequistas, no sólo por la falta de dinero, sino también porque la vida de la campiña se había hecho imposible. Se mantuvieron, sin embargo, el seminario, las religiosas y la Santa Infancia.

Cuando la guerra golpeó duramente la misión de Kweiteh, tras el desánimo inicial, los frailes se repusieron de inmediato. Los cuatro primeros meses siguientes se dedicaron a reconstruir los edificios dañados por las explosiones, y a reponer poco a poco lo más necesario de lo que se les habían llevado. En todo lo cual se fueron cantidades verdaderamente ruinosas para el menguado poder económico del Vicariato; en todo este tiempo tuvieron que malcomer por la dificultad de adquirir alimentos.

El padre Gazpio fue a la misión de Chutsi con una plantilla de albañiles para arreglar y preparar lo necesario con vistas a poder reanudar la actividad de la escuela de catequistas.

A finales de septiembre, en vista de la llegada del invierno, el padre Ochoa fue con el hermano Eusebio a Pekín para comprar

telas apropiadas para hacer ropa de vestir y de cama para todos los de la misión. También fue para entenderse con el padre Francisco Ormazábal, procurador de los padres Franciscanos en Tianjin y tratar así de conseguir dinero por su medio. El señor delegado apostólico había ya entregado a dicho padre Ormazábal la cantidad de dos mil quinientos dólares para los recoletos, para que hicieran obras de caridad entre los cristianos y los paganos.

4. Obra de evangelización

Debido a la guerra, la penuria económica, los graves problemas sociales y materiales que debían atender los misioneros, fue imposible una obra evangelizadora normal, con el envío de catequistas y apertura de catecumenados. Basta mirar algunos datos significativos para ver el descenso tan importante que supuso.

Año	1937	1938
Catequistas	176	31
Cristianos	6.432	6.405
Bautismos Totales	1.499	248
Bautismo/misionero	67	17

Fue, sin embargo, obra de preparación del terreno y de siembra callada en la que la acción social ahora iniciada y después continuada proveerá a la misión de frutos abundantísimos e inesperados entre todas las clases sociales, en la ciudad y en la campiña.



18 de marzo de 1935. Llegada a la misión de Francisco Sanz y Pedro Ruiz. Parada en un puesto de té para descansar del camino. Izda. a dcha.: P. Ruiz, J. Ochoa, A. Quintanilla y F. Sanz.

F. Segunda fase de la guerra chinojaponesa (1939-1941)

Cortada la línea de invasión de la cuenca del río Amarillo, el ejército japonés concentró sus esfuerzos en la conquista de la megalópolis de Wuhan, en la cuenca del río Yangzi, que se había convertido en el centro económico, estratégico y militar más importante aún en manos del Gobierno chino. Allí se libró durante cuatro meses la mayor batalla de esta guerra, en la que el ejército nacional y las armadas comunistas lograron movilizar un millón de soldados. Tras cuatro meses de combate intenso, las tropas nacionales perdieron la ciudad. Así describía monseñor Zanin la situación vivida por los bombardeos japoneses en Hankow (una de las tres ciudades que componen la megalópolis de Wuhan):

> *«Tendría tanta necesidad de abrir mi alma, al menos por escrito con V. Em., como hijo con su padre, pero me es bien difícil tener el tiempo y la suficiente calma. En el momento que escribo, a mi alrededor hace estragos el horror y el terror de un bombardeo aterrador, que siembra en las tres ciudades del río Azul, víctimas inocentes sin número. La casa donde vivo tiembla desde los cimientos, como azotada por un terremoto, porque las bombas son tremendas. Es un dolor ver a estos pobres chinos enloquecer de miedo junto a las ruinas humeantes, de donde se recogen los muertos y los heridos a centenares. El dolor interno es tal, que no siento desaliento o miedo a los golpes; sin embargo, mi pobre existencia, después de seis meses de esta vida se ve sacudida profundamente»*[200].

Con la toma de Wuhan en octubre de 1938 finalizó la primera fase de la guerra, de victoria y avance japonés. Desde esa fecha hasta diciembre de 1941, con el inicio de la guerra del Pacífico, se desarrollaría la segunda fase del conflicto, un periodo de

[200] M. ZANIN, «Carta (4 enero 1938) al Card. Fumasoni Biondi. Hankow.», [1938] *APF*, Fondo NS, Vol. 1394, Rub. 21/2, 244-245.

enfrentamiento, contención y resistencia. La guerra entraría en una fase de estancamiento, en la que el ejército japonés se limitaba a controlar las zonas conquistadas y a contener la lucha de resistencia y de guerrillas llevada a cabo, en gran parte, por los comunistas. «Al final de 1938, las fuerzas niponas ocupaban un millón y medio de kilómetros cuadrados en las regiones chinas más fértiles (un sexto de la superficie total y, sin embargo, un tercio de las tierras cultivables) habitada por 170 millones de personas»[201].

Los japoneses controlaban las grandes ciudades y las vías de comunicación ferroviaria, así como los grandes puertos navales y fluviales. Para el control de estas zonas contaron con gobiernos colaboracionistas en Pekín y en Nankín, y con gobiernos locales en ciudades pequeñas puestas a cargo de potentados colaboracionistas, que se encargaban del control efectivo de la población.

Los japoneses «se lanzaron a una expansión extensiva y no se empeñaron a penetrar en profundidad; ocuparon ciudades, puertos, puentes, vías ferroviarias, carreteras, pasos fluviales y posiciones fortificadas sin construir una verdadera y propia red capilar de control en las zonas rurales. En éstas se desarrollaban correrías, razias, redadas, expediciones de castigo, pero los pueblos no venían controlados sistemáticamente como las ciudades y las líneas de comunicación»[202].

En todos los otros lugares del interior, donde pasaron sin dejar guarniciones, dejaron el terror en un primer momento, después la dispersión, la confusión y la anarquía. Muchos de los notables y propietarios, ante la retirada de las fuerzas nacionalistas, huyeron llevándose consigo el capital y los bienes que podían

[201] E. Collotti Pischel, *Storia della rivoluzione cinese*, 362.

[202] *Ibid.*, 364-365.

transportar, dejando a la masa campesina, que no tenía capacidad para huir, en manos de Consejos locales, de Gobiernos provisionales e improvisados de diverso género, como fuerzas comunistas, bandidos, restos del ejército que en los movimientos de retirada habían quedado aislados y se refugiaban en esas tierras de nadie...

En aquellas zonas se producía un «estado espasmódico», usando la expresión de un prelado de aquellas zonas, donde las zonas en manos del bandidaje y de las brigadas de ambos bandos, se sucedían en un continuo y espasmódico cambio de poder y control efectivo.

Por otro lado, la táctica del gobierno chino de "ceder tierras para ganar tiempo", evitando combates que pudieran destruir su capacidad de contraofensiva, llevó a las zonas controladas por él a una situación económica muy difícil, que se agravaría a medida que pasaba el tiempo que quería ganar. El espacio cedido era propiamente el que mayormente producía riqueza agrícola y donde se concentraban el comercio y las actividades industriales. Por eso, los recursos para mantener el alto coste del numeroso ejército nacional se hacían siempre insuficientes, en cuanto que la principal fuente de ingresos fiscales venía a través de los impuestos agrarios y, en menor medida, a través de impuestos a la actividad industrial y al comercio, así como a través de los aranceles de las aduanas, controladas ahora, en su mayor parte, por los japoneses. A eso se juntaba la máquina corrupta e ineficiente del Estado, que hacía siempre cada vez más costoso su mantenimiento, lo que llevó a imponer una gran carga fiscal sobre la ya empobrecida población bajo su control.

Una de las reacciones más graves para la Iglesia fue la ola de nacionalismo violento y sanguinario contra los extranjeros, en especial contra italianos y alemanes, cuyos gobiernos habían

conformado el Eje, al que posteriormente se uniría Japón. Hubo una campaña de opinión pública en la prensa contra los extranjeros y contra los misioneros, acusándolos de colaboracionistas y favorecedores de la ocupación japonesa. La Iglesia, como China, estaba dividida entre las zonas de ocupación japonesa y las no ocupadas. El delegado apostólico mandó mantener neutralidad y equilibrio, evitando que cualquier acción destacada a favor o en contra de un bando pudiera provocar reacciones generalizadas contra las misiones poniendo en peligro la seguridad de los misioneros. Prohibió cualquier mezcla con cuestiones políticas, aceptando de hecho las diversas autoridades constituidas, y dedicándose enteramente a la acción social y caritativa, ayudando de modo desinteresado e indistinto a todos los que sufrían las consecuencias de la guerra. Se produjeron situaciones dolorosas, incluso dentro del clero, ya por actitudes de sacerdotes chinos que secundaban posiciones exaltadas del nacionalismo xenófobo y que condenaban la actitud neutral de la Iglesia frente a la invasión japonesa, ya por actitudes, en diverso modo colaboracionistas con los japoneses, de parte de misioneros extranjeros de las zonas ocupadas, favorables al anticomunismo japonés.

El delegado buscó principalmente visitar y conocer de primera mano la situación de los obispos y misioneros que estaban en las zonas del frente y sostenerlos personalmente. El programa principal con el que se quería y debía responder pastoralmente a la trágica situación que vivía China quedaba reflejado en el título de la carta pastoral que envió a los ordinarios: *Inter Arma Charitas*. En medio de la contienda, la Iglesia Católica debía hacer su propia guerra: «la batalla de la caridad para con todos, de la máxima paciencia y del trabajo asiduo en favor de la Iglesia y del pueblo chino». Así, en los lugares devastados por la guerra, la obra de caridad de la Iglesia, ampliada y movida de nuevo fervor en

medio de condiciones tan difíciles, mostraba con mayor claridad la fuerza de la caridad y de la fe cristiana para establecer el Reino de Cristo, Reino de justicia, de amor y de paz.

Esta actividad caritativa de las misiones sería el mejor modo para desterrar, al mismo tiempo, los recelos y la propaganda xenófoba en relación con las misiones católicas, así como para conseguir otra serie de bienes para la obra de la Iglesia.

> *«El primer y principal deber de la caridad; la oportunidad de dar a los sacerdotes y a los fieles una ocupación digna de ellos; la necesidad de ocupar vastos locales de las misiones, especialmente las escuelas, ahora cerradas, que serían convertidas en cuarteles o algo peor; el peligro de saqueos y de destrucción que amenazaban a las residencias vacías, me obligaron a solicitar, es más, a impulsar a todos los Pastores, a las obras de asistencia y a la organización del socorro para heridos y prófugos»*[203].

Para sostener esta obra de caridad, se creó una comisión de católicos chinos para la asistencia a los heridos y a los refugiados que, no siendo al principio más que un organismo local para Wuhan, fue ampliado hasta convertirla en una organización de ámbito nacional, que pedía y recababa ayuda de los obispos del mundo y distribuía los bienes recogidos a los Vicariatos para socorrer a los necesitados.

Se creó, así mismo, «una especie de agencia» encargada de «recoger, editar y transmitir a la prensa, en chino y en inglés, todo aquel conjunto de noticias misioneras de beneficencia y caridad que podían servir para contener y neutralizar las

[203] M. ZANIN, «Le Missioni Cattoliche e la guerra in Cina. Rapporto di gennaio 1938. Delegatio Apostolica in Sinis.», 529.

consecuencias de la prensa adversaria»[204]. Se buscó también llegar directamente a las autoridades provinciales y de gobierno para conseguir pronunciamientos claros e inequívocos sobre la actitud positiva de la Iglesia católica para la sociedad. Las autoridades de ambos bandos reconocieron y colaboraron, de hecho, con la obra asistencial de la Iglesia.

> *«Puedo testificar que todos o casi todos los Reverendísimos Ordinarios y Misioneros fieles a las directivas de prudencia que he dado desde el principio de las hostilidades han estado a la altura de la situación, con corazón apostólico y coraje intrépido.*
> *Lo comprueba la gratitud, es más, la admiración de las autoridades constituidas por tanto celo y trabajo llevado a cabo por los Misioneros. Me consta que, hasta los japoneses, en las regiones invadidas, dan harina y trigo para que se sostenga a los prófugos refugiados en las Iglesias y residencias, mientras que los chinos sostienen con el dinero, y más con el apoyo moral, hospitales y centros de acogida, que habíamos organizado, especialmente entre los dos grandes ríos de China, ahora verdaderamente transformados en un mar de desolación para las víctimas de la guerra»*[205].

El delegado apostólico promovió también un gran acto nacional de oración por todas las víctimas, militares y civiles, y para la petición del don de la paz para China. Escribió a las autoridades una carta explicatoria y pronunció por Navidad un mensaje para toda la China en los que remarcaba que, con esta iniciativa de los funerales, se manifestaba la labor espiritual y sobrenatural de las misiones, lejos de cualquier interés político.

---

[204] *Ibid.*, 516.

[205] M. ZANIN, «L'ora delle Missioni e la guerra in Cina. Fervore di opere e fermento di calunnie. Rapporto del 26 dicembre 1937. Delegatio Apostolica in Sinis.», 186.



28 de junio de 1935. Toma de hábito e inicio del noviciado de los tres primeros recoletos chinos: José Shan, Lucas Yuo y Gregorio Li. Preside el superior religioso interino, Mariano Gazpio, de espaldas. De pie, a la izquierda, Joaquín Peña, maestro de novicios.



28 de junio de 1935.
La comunidad misionera recoleta con los tres nuevos novicios chinos.

De de izquierda a derecha, abajo, sentados:
Leoncio Sierra (procurador en Shanghái), J. Ochoa, M. Gazpio y J. Peña.
De pie, primera fila: J. Samanes, Gregorio Li,
José Shan, Lucas Yuo y E. Martínez.
De pie, segunda fila: G. Ugarte, A. Quintanilla,
P. Ruiz, L. Arribas y J. Martínez.
De pie, tercera fila: J. Sáenz, F. Sanz, P. Colomo, J. Peña y F. Lizarraga.

G. Situación de la misión (1939-1941)

1. Asistencia de caridad para con los refugiados

Tras la invasión, vimos cómo la gente refugiada en los centros de misión retornaba a sus casas; sin embargo, fueron cientos y miles los que no pudieron hacerlo, teniendo que vagar viviendo de limosna, acogiéndose a los muros protectores de la ciudad para salvar la vida de manos de los bandidos. Las dificultades económicas y de abastecimiento, el encarecimiento de los precios, así como la rapiña y el saqueo por parte de los guerrilleros y bandidos de diversa condición, hicieron que aquellas multitudes abandonadas fueran presa del hambre.

A los damnificados de la región de Kweiteh, se les unieron cientos de miles de personas provenientes de las zonas orientales del Vicariato de Kaifeng. Las inundaciones provocadas por la destrucción de las presas del río Amarillo, habían provocado en el Vicariato vecino de Kaifeng una situación lamentable, quedando dividido en dos mitades, la oriental, en la zona japonesa y la occidental, en la zona china. Cerca de un millón de personas habían muerto anegadas por las aguas y cerca de otro millón, que habían podido salvarse a costa de perderlo todo, se vieron obligados a desplazarse hacia las regiones vecinas en busca de alimento y refugio.

La misión, tras las grandes penalidades sufridas, se encontró, además, con una nueva prueba: la sequía. Veamos cómo describe el padre Mariano Alegría la trágica situación que se creó para el pueblo:

> *«Desde que comenzó la guerra han sufrido con paciencia inalterable toda suerte de calamidades; la penuria, el destierro, la vida errante, los bandidos, los guerrilleros, el despojo. Ahora que la vida comenzaba a entrar en el carril de una normalidad*

relativa, pero normalidad al fin, han tenido que soportar los efectos de la especulación que ha puesto los artículos más necesarios de la vida a precios inaccesibles; y cuando la nueva cosecha podía representar el remedio, siquiera parcial, a tanta pesadumbre, la sequía pertinaz agosta en flor la esperanza del mañana. Otra vez en el horizonte la privación, la miseria, el sufrimiento. ¿Hasta cuándo, Señor?»[206]

El padre Ochoa había visitado Pekín, donde había recibido dinero, y a finales del 1938 consiguió, con la colaboración de los japoneses y tras muchas dificultades, llegar hasta Shanghái y ponerse en contacto con la procuración de la Orden. A finales de año, el provincial visitará la misión, y le acompañarán los padres Julián Sáenz y Venancio Martínez que estaban en Shanghái por motivos de salud cuando estalló la guerra.

Propaganda Fide, en respuesta al informe del estado de la misión, comunicó al padre Ochoa que el Gobierno japonés había indemnizado al Vicariato de Kaifeng por los daños materiales, por lo que invitaba a monseñor Ochoa a tratar con las autoridades locales la posibilidad de una indemnización. De este modo, monseñor Ochoa se pudo hacer con algo de dinero con el que hacer frente a las diversas necesidades de la misión.

Monseñor Ochoa vio con claridad la situación nueva que se presentaba en el Vicariato con toda aquella gente necesitada y desde el primer momento se dispuso también a ponerle remedio:

«Decidióse, pues, que cada distrito recogiese en uno o dos puntos, según la capacidad de los locales aprovechables para el caso, el mayor número posible de gente hambrienta, de la que había de ser pagana la mayor parte. [...] Y cuando todo estuvo preparado, el Excmo. Sr. Vicario Apostólico repartió a cada Misionero una cantidad de dinero acomodada al número

[206] TAHUTSE, «Ecos de nuestra Misión de Kweiteh», 52.

de recogidos que cada uno tenía. La mayor parte de ellos reunió de 300 personas para arriba. La cual cifra, multiplicada por 10 (número de distritos) da el número de 3.000 a 3.500 personas alimentadas por el Vicariato durante el periodo de tiempo nada despreciable de tres meses»[207].

Pero no sólo asistían a la necesidad material de todos, sino que en aquellos centros abrieron catecumenados en los que nutrían las necesidades espirituales de los cristianos y de los catecúmenos. Ahora los catecumenados no se abrían en multitud de puestos dispersos por la campiña, sino que los catecúmenos se concentraban en los centros de asistencia establecidos.

«Con este dinero abrimos pues nuestros catecumenados, en los cuales hemos dado de comer a los cristianos más necesitados, a los catecúmenos y a muchos paganos. Estos últimos, aunque no se han bautizado, se han vuelto a sus casas muy contentos y con una buena semilla del evangelio dentro de sus corazones. Gracias a este medio de los catecumenados, que era el único que este año podíamos adoptar, hemos bautizado más adultos que los años anteriores, llegando el número de bautismos de adultos a unos mil doscientos»[208].

2. Apertura de escuelas

La obra educativa y las escuelas fueron elemento de capital importancia para el proceso de renacimiento socio-cultural auspiciado por la revolución y favorecido durante el establecimiento de la República de China.

Con la guerra japonesa y la expulsión del Gobierno nacionalista de los centros ocupados se produjo un estancamiento de las actividades sociales, en especial de la educación. Se hizo

[207] TAHUTSE, «Ecos de nuestra Misión de Kweiteh», 238.

[208] J. OCHOA, «Cartas Mons. Ochoa», 180.

imperiosa, por tanto, la apertura de escuelas de iniciativa particular, ahora sin las restricciones y controles que el Gobierno nacionalista venía imponiendo, sobre todo, a las escuelas extranjeras y católicas. Por eso, los misioneros, en cuanto se restableció la paz en sus zonas, prepararon y abrieron las escuelas católicas.

> *«En la fecha, son más de 200, entre niños y niñas, los que se alojan en locales separados. Seguramente no hay en la población hoy día escuelas más concurridas. Y aunque son casi todos paganos e hijos de familias paganas, se espera que la semilla que todos los días se siembra en el surco de sus corazoncitos germine con el tiempo, convirtiéndose en fruto para el cielo. Las aulas, que alcanzan hasta el quinto grado inclusive, están regidas por 5 maestras, tres de la Congregación de Agustinas Catequistas de Cristo Rey y, las dos restantes, de fuera de casa y paganas por añadidura, aunque con grandes deseos de bautizarse»*[209].

A nivel misional, la apertura de escuelas hizo que muchas personas y familias de cierto nivel social se acercaran a la Iglesia, no por necesidad material, sino por deseo de instrucción, ayudando así a disminuir los prejuicios de las clases mejor posicionadas respecto a la Iglesia Católica.

> *«Por otra parte, las escuelas nos están trayendo a la iglesia mucha gente nueva, gente que no viene por la multiplicación de los panes y de los peces en el desierto, o sea, que no necesitan de nosotros para poder comer bien, sino por la doctrina que oyen. Y es de notar que también nos hace mucha falta esta clase de gente, aunque sólo sea para hacer desaparecer por completo la opinión que algunos tienen de que las religiones extranjeras sólo sirven para los pordioseros»*[210].

---

[209] «Ecos de nuestra Misión de Kweiteh», *TM* 12 (1939), 142.

[210] J. Ochoa, «Cartas Mons. Ochoa», 180.

3. Operadores de paz

En esta época la actividad de los misioneros también se desarrolló en el ámbito de la mediación y la pacificación de los territorios que estaban fuera del control de los japoneses o que sólo controlaban nominalmente a través del establecimiento de autoridades afines y de mínimas dotaciones para su defensa.

Así, el padre José Martínez medió con frecuencia entre las diversas bandas de guerrilleros y bandidos que luchaban por el control de Seliulou y que asolaban la zona, consiguiendo muchas veces mantener la paz entre ellos.

La población de Yucheng, en el flujo y reflujo de fuerzas chinas y japonesas que controlaban la ciudad, fue salvada por dos veces de duras represalias por medio de la intercesión valerosa y audaz del padre Venancio.

En Huchiao, la figura del padre Quintanilla recibió un solemne reconocimiento del pueblo por su papel de mediador y hombre de paz. Gracias a su influencia moral, y a su carácter bondadoso y prudente, consiguió mantener la calma en un periodo de grandes tensiones provocadas por la duplicidad, e incluso triplicidad, de autoridades, que se alternaban en el control de la zona: pro-japonesa, guerrilla nacionalista y guerrilla comunista.

> *«La mejor y más palpable prueba del cariño que se granjeó durante estos dos años dificultosos es la despedida que hicieron las autoridades y pueblo, paganos y cristianos. Compraron un trozo de tela de terciopelo y en ella escribieron unos caracteres chinos, cuya idea era: Hombre enviado del cielo. Con esto quisieron agradecerle todos los beneficios que habían recibido de él, y darle las gracias por todos los favores y protección que les había dispensado durante estos penosos días. La entrega fue hecha solemnemente, pasearon el letrero por las calles del pueblo al son de la música para que la*

contemplaran todos los habitantes. A continuación, hubo un banquete»[211].

El distrito de Yungcheng reconoció de modo solemne todo el trabajo de caridad del padre Arribas, quien en ese tiempo acogió a cuantos buscaban refugio y protección en la misión, y atendió a cuantos enfermos y moribundos pudo, sin distinción de personas. El reconocimiento de la ciudad quedó grabado para inmortal memoria en una estela de piedra, cuyo contenido, traducido al español, era el siguiente:

«Este misionero, Lei See-tsung (P. Arribas), vino desde Europa a Yungcheng a extender la Religión Católica y, con el único ideal de bondad y misericordia, ha trabajado en su Misión de salvación universal con suma laboriosidad y diligencia durante 20 años. No sólo los cristianos sino también los paganos están agradecidos inmensamente, ya que, al sobrevenir el nuevo orden de cosas, el padre noche y día se sacrificó en salvar nuestras vidas y buen nombre, de suerte que no podemos ponderarlo debidamente. Por eso, considerándolo naturalmente como la estrella de la felicidad de nuestro camino, lo amamos como a nuestros padres, lo seguimos como a nuestra inteligencia. Todos estos pensamientos los grabamos en esta estela, no sólo con el vehemente deseo de dar a conocer el esplendor de la Iglesia Católica sino también de agradecer los beneficios recibidos del Padre. Y por cuanto no podemos manifestar suficientemente estos sentimientos, por eso, tú, estela, sirve de recuerdo»[212].

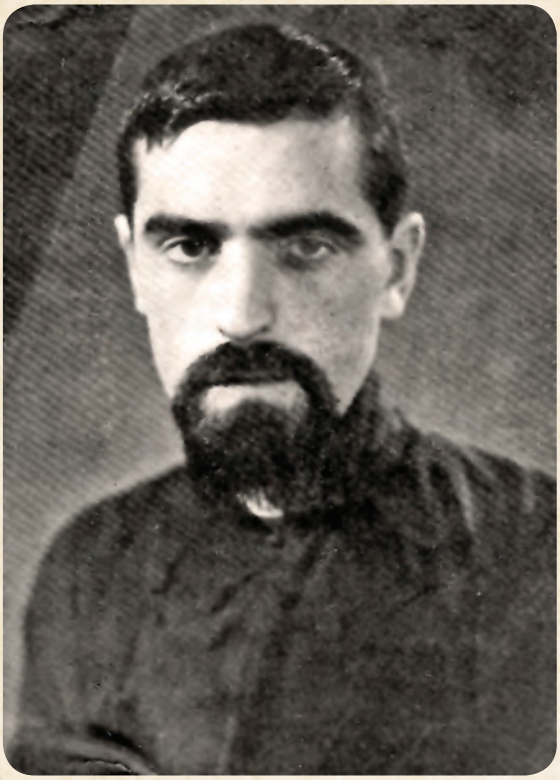
---

[211] F. Sanz, «Excmo. Sr. A. Quintanilla. Obispo de Kweiteh. Misionero», *TM* 20 [1950], 197. Los caracteres que escribieron sobre la seda eran 「代天宣化」. 「代天」viene a ser "representante del Cielo", 「宣化」significa que "manifiesta la moralidad". La frase clásica de donde está tomada la expresión es「當代天宣化，普救世人」que viene a significar: "cuando el representante del cielo proclama la moralidad, llega la salvación a la humanidad".

[212] A. Quintanilla, «Del Vicariato Apostólico de Kweitehfu. Años 1942; 1942-43», *TM* 17 (1947), 115.



28 de junio de 1935, Kweiteh. Sentadas, en primera fila, M. Esperanza (priora) y M. Carmela (maestra), tras la toma de hábito de las primeras diez novicias de las Catequistas de Cristo Rey.



Venancio Martínez, OAR llega a la misión el 30 de octubre de 1935.



P. Francisco Sanz
y P. Pedro Ruiz.



1935. Casa e iglesia de Huchiao.



26 de junio de 1936. Visita del prior provincial.
De izquierda a derecha, abajo: G. Ugarte, P. Colomo,
Isidro Beasiain (secretario provincial), J. Ochoa,
Leoncio Reta (prior provincial),
M. Gazpio, J. Sáenz y J. Peña.
Arriba: F. Lizarraga, A. Quintanilla, J. Martínez, L. Arribas,
J. Samanes, L. Peña, F. Sanz, P. Ruiz y E. Martínez.

4. Compra de terrenos y edificación

La misión sufrió mucho con los bombardeos; sin embargo, fueron providenciales en lo que se refiere a la compra de terrenos y a la edificación y remodelación de edificios. Por un lado, les fue fácil comprar terrenos vecinos cuyos edificios habían sido dañados y sus dueños no podían invertir en ellos: la penuria económica hizo que se vendieran esos terrenos colindantes a buen precio. Por otro lado, se levantaron las restricciones a las que sometían las autoridades nacionalistas a los misioneros para comprar y para edificar. Todas estas trabas desaparecieron, por lo que en esta época se realizaron importantes obras de remodelación y construcción de nuevas infraestructuras para la misión.

> *«Dios N. Señor es un especialista en el arte de sacar el bien del mal y de disponer las cosas de tal manera, que a la postre seamos beneficiados con y en aquello mismo en que habíamos creído salir perjudicados. […] Del caos que trajo la guerra han salido varios terrenos para la Misión, terrenos que probablemente en tiempos normales hubiera sido difícil en extremo adquirir»*[213].

Como la evangelización la habían realizado con el dinero recibido para asistir a los necesitados sin necesidad de gastar en catequistas, el dinero que tenían en la misión lo destinaron a reparaciones y mejoras de la propiedad. En Kweiteh se compró un edificio contiguo a la misión, y que desde el inicio tenían deseos de comprar, no sólo por el uso que podría hacer de él la misión, sino, sobre todo, porque era un local de baños públicos que tenía una terraza con vistas al patio de la misión, con lo que sufrían de falta de intimidad, siendo objeto de miradas indiscretas y curiosas.

---

[213] TAHUTSE, «Ecos de nuestra Misión de Kweiteh», *TM* 12 (1939), 325–328, 326.

Se compraron también terrenos en Seliulou y en un punto muy céntrico de Checheng; otra propiedad en Yungcheng y otra en Siayi, ambas colindantes con la misión; en Ningling se compró terreno suficiente para el emplazamiento de la futura iglesia, la casa del misionero, escuelas y otras dependencias.

a) Nuevo piso para la casa central (1939)

El edificio de la casa central había sufrido los efectos de los bombardeos y de los morteros. Al mismo tiempo, se venía sintiendo la insuficiencia de la misma para el mayor número de misioneros, para el acomodo de los nuevos profesos agustinos recoletos y de los nuevos sacerdotes del clero secular que empezaban a salir del seminario. Por ello, aprovechando la consistencia de sus cimientos y el grosor de los muros, que se hicieron así en vista de posibles necesidades posteriores, se levantó un nuevo piso sobre los anteriores, quedando una residencia mucho más amplia, de traza más airosa y de mejores proporciones.

b) Nuevo convento monjas (octubre 1939)

Se construyó también un nuevo convento para la congregación indígena de Catequistas de Cristo Rey. Los locales donde se habían instalado hasta ese momento eran tan angostos, tan malsanos y oscuros como los que habían servido en principio de seminario. Se derribaron los edificios y se construyó uno de nueva planta y con mejor orientación.

c) Nuevo seminario (1940)

El edificio del seminario menor, tras los destrozos de los bombardeos, se derrumbó y se construyó uno de nueva planta que sería el definitivo. El nuevo seminario no destacaba ni por sus dimensiones ni por su arquitectura, sino que se distinguía por su solidez, sencillez interna y externa, por su capacidad suficiente

para bastantes años; gozaba de luz abundante, así como de dormitorios bien aireados y soleados. Se aseguraba el buen funcionamiento de la vida religiosa y cultural dentro del mismo.

H. Primer sacerdote indígena y nuevas profesiones religiosas (1939-1940)

1. Visita provincial y ordenación sacerdotal de José Shan

A finales de 1938, el padre provincial, Ricardo Jarauta, hizo la visita al Vicariato de Kweiteh. El provincial estaba deseoso de conocer de primera mano la situación de los misioneros y de la misión tras la invasión de los japoneses. Esta visita fue ocasión de la primera profesión solemne y ordenación sacerdotal de un religioso agustino recoleto chino: el padre José Shan.

Fr. José Shan emitió en manos del padre provincial su profesión solemne el día 24 de diciembre. En días sucesivos, hasta el 31 inclusive, recibió de manos de monseñor Ochoa todas las órdenes mayores, incluido el presbiterado. El día 30 de diciembre vistieron el santo hábito de agustinos recoletos los dos novicios chinos, Fr. Nicolás Shi y Fr. José Wang. Por fin, tras la visita a las obras de la misión central, el 2 de enero dio el santo hábito de Agustinas Catequistas de Cristo Rey a otras nueve novicias, retornando a Shanghái al día siguiente.

2. Profesión de los novicios Nicolás Shi y José Wang (16/1/1940)

Reviste especial importancia el día en el que profesaron como agustinos recoletos los que serían posteriormente monseñor Nicolás Shi, obispo de Shangqiu (Kweiteh) y monseñor José Wang, obispo de Heze. Entre todos los sacerdotes y religiosos indígenas que quedaron, fueron los llamados a continuar y guiar la misión de los Agustinos Recoletos en China.

En especial, monseñor Nicolás, como obispo de la misión, sería el que restauraría en ella la vida eclesial y religiosa, tanto masculina como femenina. Es de destacar las palabras verdaderamente proféticas del padre Mariano Alegría en su crónica del acto, que se dijeron propiamente cuando estos dos religiosos profesaron y no cuando, antes y después de ellos, otros lo hicieron:

> *«Nos referimos a la profesión que acaban de hacer dos coristas chinos, Fr. José Wang de la Virgen del Rosario, y Fr. Nicolás Shi de la Inmaculada Concepción. Ambos han hecho el noviciado, por concesión de la Santa Sede, en nuestro seminario de Kweitehfu, de donde proceden. Todo ello humildemente, calladamente. Por eso el Señor ha querido exaltarlos con la grandiosidad del triunfo y la palma de la victoria. Estos hasta ahora simples seminaristas del seminario de Kweitehfu, han salido ahora de su aislamiento para formar en las filas de la gran familia de los hijos de San Agustín.* ***Podríamos decir de ellos que van a ser como el tronco del árbol frondoso que la orden está plantando en esta nación. Por eso tiene importancia suma el acto que comentamos****. Estos jóvenes son las primicias, juntamente con los tres que les han precedido, de la siembra que la Orden Recoleta de San Agustín ha comenzado hace muy poco.* ***Fuente, raíz y fundamento de lo que se promete para el porvenir****. Así, cuando las disposiciones de la Santa Sede, o los vientos de nacionalismos exaltados —peste de todos los países del mundo— o la persecución, o la falta de medios obligue a los recoletos que hoy sostienen este Vicariato a dejar el campo que hoy trabajan,* ***quedará flotando, victorioso de la adversidad, este pedazo de nuestra propia alma que son estos jóvenes hermanos chinos, para reavivar las cenizas de la destrucción y seguir con la tarea que sus hermanos mayores tuvieron que abandonar****. Y así del mal saldrá bien, y de la obscuridad la luz, y del destrozo la reconstrucción»*[214].

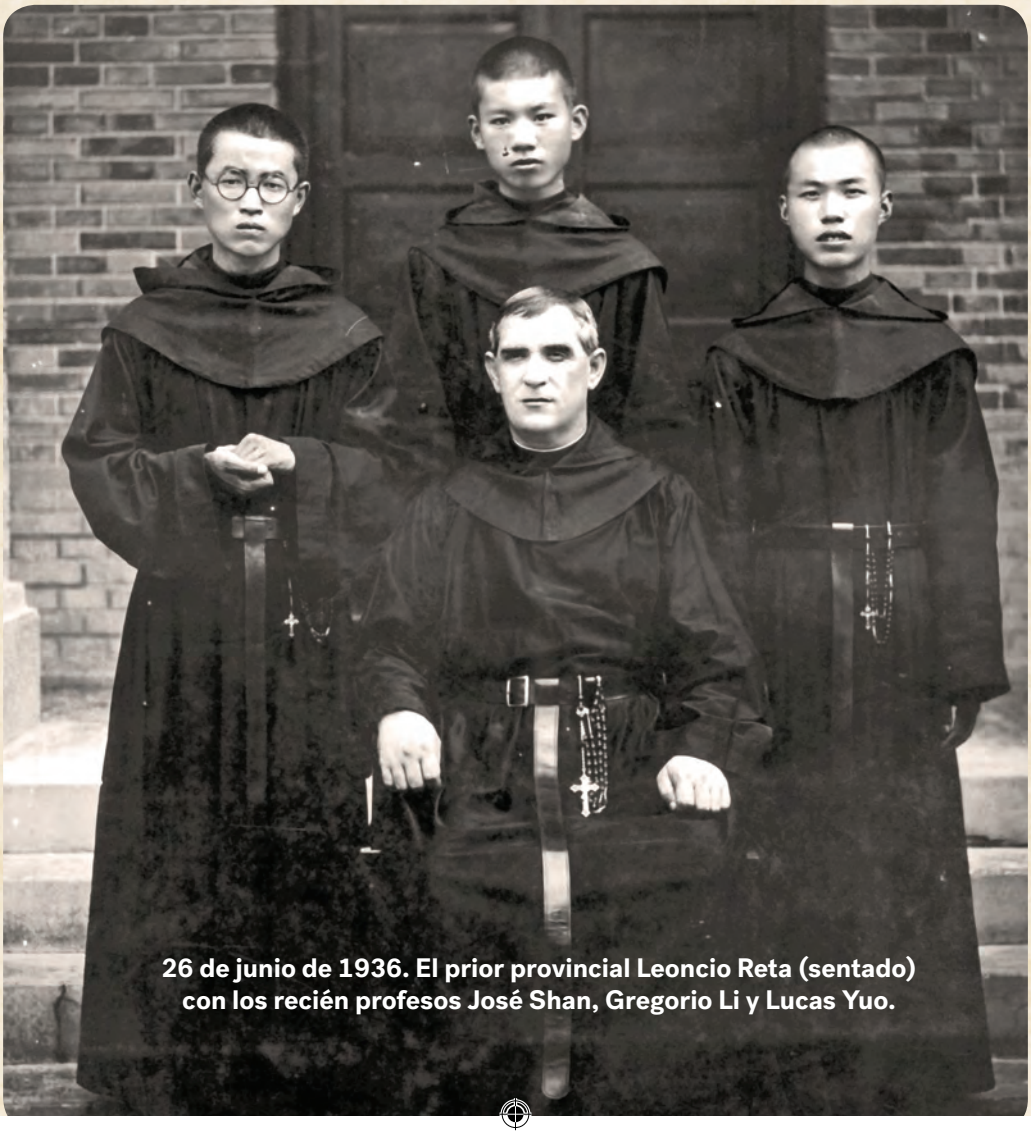
[214] (Las negritas son nuestras).



1936 Chutsi. Mariano Gazpio con los primeros graduados de la escuela de catequistas.



Junio de 1937. Delante: J. Sáenz, A. Quintanilla, J. Ochoa, obispo protestante y director del hospital San Pablo. Detrás: V. Martínez y L. Peña.



26 de junio de 1936. El prior provincial Leoncio Reta (sentado) con los recién profesos José Shan, Gregorio Li y Lucas Yuo.





Finales de1938.
Reparación de la Iglesia
de Kweiteh
tras la guerra japonesa.

I. Salida del padre Mariano Alegría y muerte en Manila

El padre Alegría, que desde el 1928 residía en la casa central y había ejercido de superior religioso de los misioneros y de vicario delegado de la misión, fue elegido por el Capítulo Provincial prior del convento de San Nicolás en Manila, por lo que el 3 de septiembre de 1941 tuvo que abandonar la misión para dirigirse al nuevo destino que le marcaba la obediencia.

Así expresaba el nuevo cronista de la misión sus sentimientos por la marcha del que había sido padre para todos.

> *«Pediremos al Señor para que, después de ver coronado con el más completo éxito su priorato, podamos verlo de nuevo entre nosotros. Mas este nuestro deseo lo subordinamos a la voluntad de Dios N. S., que conoce mejor que nosotros el destino de sus criaturas, a las que, con mano suave, conduce por los caminos que Él sabe llevan a la consecución de su bien y felicidad»*[215].

Ciertamente, Dios condujo de este modo al destino que tenía preparado para él y para otros hermanos recoletos en Manila, donde fueron cruelmente asesinados por los japoneses el 19 de febrero de 1945. De la muerte que coronó la vida de este gran fraile y misionero, «digno de ocupar un puesto de honor en la historia del Vicariato Apostólico de Kweitehfu» nos dejó un relato estremecedor un religioso agustino que providencialmente escapó vivo de aquella matanza, y que dio cuenta fidedigna de la muerte de sus correligionarios.

> *«Lo ocurrido en Manila es algo terrible: los japoneses han matado muchísima población civil, lo mismo mujeres y niños, jóvenes o viejos; el caso era matar y matar. Además, han destruido completamente toda la ciudad. Lo que no podían quemar por ser de concreto, lo volaban con dinamita de tal*

[215] Acume, «Crónica de la Misión», *TM* 14 (1941), 154.

manera que la ciudad de Manila está reducida a un montón de escombros y ruinas. […]
Nos mandaron entrar dentro de un refugio hecho bajo tierra y allí nos metimos la mayor parte; como no cabíamos todos, a los últimos los metieron en otro refugio pequeño, y después de unos 20 minutos nos empezaron a arrojar granadas y bombas de mano, nos tirotearon, nos ametrallaron y, por fin cuando todos estábamos mal heridos y desangrándonos taparon con grandes piedras la boca del refugio y nos dejaron allí enterrados vivos. Yo también estaba lleno de heridas en la cara y en todo el cuerpo, pero no quería morir asfixiado y trabajé para abrir un pequeño agujero para poder respirar, lo conseguí y lo fui agrandando hasta poder salir por él, pero cuando salí había pasado 70 horas encima de los cadáveres, sin comer y sin beber, lleno ya de moscas y de gusanos y con las heridas llenas de tierra»[216].

J. Viaje del padre Javier Ochoa a América y cambios de personal en la misión

Aparte de la salida del padre Mariano Alegría a Manila, en esta época se produjeron ciertos cambios en el personal de la misión, así como una salida del padre Ochoa a América para obtener fondos y ayudas para la misión; salida que se prolongó por un año.

La salida del padre Alegría, hizo que, para suplir su labor en la misión, se nombrara al padre Mariano Gazpio como vicario delegado y al padre Arturo Quintanilla como superior religioso.

El 1 de enero de 1940 salieron de la misión el padre Julián Sáenz, de vacaciones, y las hermanas Esperanza y Carmela. Éstas volvieron a España y sería el origen de una nueva Congregación independiente de la de Filipinas, con sus propias vocaciones misioneras y casa noviciado. El padre Julián Sáenz no pudo regresar a la

[216] B. DE CELIS, «Cómo murieron nuestros religiosos en Manila», *TM* 15/161 (1945), 11.

misión hasta el 1947, trayendo consigo de vuelta a China a los padres Lucas Yuo y Gregorio Li.

El 8 de marzo de 1940 llegaban a la misión los padres Luis Aguirre y Jesús Solabre. Este último sería destinado el 17 de agosto a Shanghái como asistente del padre procurador, Leoncio Sierra.

El padre Ochoa marchó el 17 de julio de 1940 con destino a América en compañía del padre general, que había ido de visita canónica. Retornó a Shanghái el 8 de mayo de 1941, pero por problemas burocráticos tuvo que esperar allí tres meses hasta poder regresar a la misión el 4 de agosto de 1941.

K. Frutos misionales (1939-1941)

Los frailes vieron en esta época la mano providencial y misteriosa de los caminos de Dios, que por medio de una situación que parecía dar al traste con todos los esfuerzos realizados hasta entonces, derramó tan abundantes gracias de conversiones, de personas de todo tipo y condición social, que suscitaban en los frailes sentidas expresiones de gratitud y de humildad ante Dios.

> *«Los motivos de agradecimiento a nuestro Padre del Cielo nos obligan a seguir relatando favores recibidos. La lluvia de flores cae a veces tan copiosamente sobre nuestra Misión, que uno se confunde y se humilla ante la bondad inagotable del Señor de ella»*[217].

La gente de toda condición reconocía en los misioneros, en los cristianos y en la religión católica la presencia de un amor abnegado y generoso que hacía romper todos los prejuicios y prevenciones que hasta ahora habían encontrado. Aquellos *diablos extranjeros* que llegaron un día a sus tierras eran ahora honrados como ángeles de paz y de bendición.

---

[217] TAHUTSE, «Ecos de nuestra Misión de Kweiteh», 55.

«Desde que comenzó la guerra se nota con ritmo creciente un acercamiento de los paganos a la Iglesia Católica. Es ese movimiento la consecuencia obligada de la caridad sin límites que ha desplegado la comunidad cristiana del país, encabezada por su más alta representación y jerarquía, en el alivio de los horrores producidos por la guerra en las zonas donde ésta se ha desarrollado. […] Esto ha derribado la hostilidad con que no pocos miraban a nuestra religión, por estar, en gran parte, sostenida por elemento extranjero. De aquí se ha seguido cierta simpatía por su obra y actuación; de aquí se ha engendrado el deseo de conocerla más a fondo, y, por último, este conocimiento ha obligado a muchos a abrazarla, quedando iluminados para siempre con los resplandores de la Fe. No siempre es el mejor sermón el que se predica en las grandes catedrales con motivo de festividades religiosas solemnes o ante auditorios heterogéneos en países de misiones. A veces —y estamos por decir que siempre— son los ejemplos más fuertes en arrastrar nuestra voluntad que las palabras. Y eso es lo que ha sucedido en China desde que comenzó la guerra. Porque los católicos (más concretamente), han abierto campos de concentración [=de refugiados] para los pacíficos habitantes del pueblo antes de la llegada de los invasores, campos que han sido respetados por el vencedor en todo momento; han alargado la mano pródigamente a todos aquellos a quienes la guerra ha dejado sin fortuna y sin arrimo; han curado gratis en sus hospitales y dispensarios a miles y miles de heridos o enfermos arrojados a la calle por la confusión y el estruendo de la guerra, etc. etc., y todo con una solicitud y un desinterés como no existe fuera de la Religión Católica. Esto ha tornado el corazón del pagano, ordinariamente algo refractario e indiferente, en agradecido, y el agradecimiento ha traído lo demás»[218].

Cuando algunos frailes recibieron la orden de abrir los catecumenados en los centros de misión donde se debía acoger y alimentar a los necesitados, algún misionero desconfiaba del

[218] TAHUTSE, «Ecos de nuestra Misión de Kweiteh», 52-53.

resultado, pero quedaron convencidos de su error por los hechos. Los catecumenados debieron seguir una dinámica diversa de la habitual, pero que resultó más fructífera:

> *«Centenares y centenares de adultos han acudido a nosotros en demanda de instrucción, y, aunque no ha podido atendérseles por los medios ordinarios y ya consagrados por el uso, los Padres han sabido buscar otros que, en definitiva, han producido idénticos efectos. Como se ha podido se les ha distribuido catecismos, libros de doctrina, hojas de propaganda. Los que sabían leer han estudiado por cuenta propia; los que no, han recibido la primera instrucción de los más aventajados, ordinariamente cristianos ya bautizados. Se les ha hecho venir al centro de la misión lo más frecuentemente posible, allá se les ha predicado y, sobre todo, se les ha sostenido en su fe incipiente. […] Ha llegado la hora de la preparación próxima para el bautismo. Los misioneros han abierto las puertas de sus casas de par en par, y todas las dependencias se ha llenado de neófitos, hombres, mujeres y niños. Quince, veinte o treinta días de estudio intenso y de explicación continua de las principales verdades de nuestra Religión, al fin de las cuales, los catecúmenos han visto colmados sus deseos de ingresar por la puerta del bautismo en las moradas pacíficas y esplendorosas de nuestra Madre la Iglesia»*[219].

En los datos de estos años se ve reflejada la nueva situación que describen los misioneros de un aumento del interés por la Iglesia Católica: el número de catecúmenos es siempre mayor de 4.000. En 1939 se refleja la situación de haber abierto los catecumenados a la población y a los refugiados.

En un año en el que el número de catequistas retornó a niveles de 1932-1933, los bautismos catecumenales se triplicaron hasta 1.517 en 1939, superando los 1.114 de 1936, el mejor año hasta entonces. De este modo, la ratio bautismo catecumenal por

[219] TAHUTSE, «Crónica de la Misión», 163.

misionero llegó a los 108, y la casi siempre constante ratio de 6 bautismos por catequista, subió hasta 18. En 1940-1941, pasada la situación excepcional, se volvió a métodos ordinarios de apertura de catecumenados en diversos puntos con el envío de catequistas. Los datos vuelven a la línea habitual anterior.

Sin embargo, el número de bautismos *in articulo mortis* llegó a la espectacular cifra de 1.159, superando el número de los bautismos catecumenales. Tras el parón en la Escuela de Catequistas, la actividad se reemprendió en los cursos 1939-1940 y 1940-1941 con 26 y 28 alumnos respectivamente.

	1938	1939	1940	1941
Religiosos en la misión	15	16	15	15
Religiosas	19	17	26	27
Seminaristas menores	30	30	27	28
Catequistas	31	86	166	152
Cristianos	6.405	7.596	8.099	8.469
Catecúmenos	4.461	4.895	4.123	
Bautismos Totales	248	1.891	1.525	1.996
Bautismos	248	1.517	926	837
Bautismos in art. mortis	0	362	599	1.159
Bautismo/misionero	17	108	58	52
Bautismo/catequista	8	18	6	6
Bautismo / religiosa	0	21	23	43
Práctica religiosa	68	66	71	68
Prácticas de Devoción	11	11	14	15
Consultas totales	7.250	6.815	9.156	5.924
Media diaria	20	19	25	16



29 de diciembre de 1938. Toma de hábito de Nicolás Shi y José Wang.

**Primera fila, de izquierda a derecha: Nicolás Shi,
Ricardo Jarauta (prior provincial), J. Ochoa, José Shan y José Wang.**

**Segunda fila (centro): A. Quintanilla, M. Alegría,
Martín Legarra (secretario provincial), F. Lizarraga, J. Sáenz y L. Arribas.**

**Tercera fila (arriba): G. Ugarte, F. Sanz, P. Colomo, J. Martínez,
V. Martínez, E. Martínez, J. Peña y M. Gazpio.**



Arriba, recuadro, 31 de diciembre de 1938,
ordenación sacerdotal del P. José Shan.
Ocupando la página, al día siguiente, el cantamisa.

L. Fase internacional de la guerra chinojaponesa (1942-1945)

Tras la entrada de Japón en guerra contra los EE.UU., la resistencia de China contra el invasor formó parte de la lucha de los "aliados" contra las "potencias del eje" dentro de la II Guerra Mundial, con lo que el apoyo que recibió China de EE.UU. influiría en el devenir de esta última fase de la guerra. A pesar de ello, Japón entró en Guangxi y bombardeó la capital provisional, Chongqing, que estuvo a punto de caer. Sólo a finales de 1944 el ejército chino, con ayuda financiera y militar americana, pudo golpear las posiciones japonesas y reconquistar zonas del sur de China.

Pero la victoria definitiva vino de la invasión rusa de Manchuria el 8 de agosto de 1945 y, sobre todo, de los bombardeos atómicos a Japón de EE.UU., con la rendición incondicional el 15 de agosto de 1945, poniendo fin a la guerra chinojaponesa.

En 1941, con la entrada del conflicto chinojaponés en la esfera de la guerra mundial, Inglaterra y Estados Unidos, que habían declarado su intención de renunciar a todos los privilegios de extraterritorialidad cuando en China se alcanzase la paz, anunciaron que se disponían a firmar nuevos tratados con China. De hecho, en enero de 1943 los nuevos tratados entre China e Inglaterra y Estados Unidos pondrían fin a los tratados desiguales.

La situación económica en las zonas controladas por el gobierno nacionalista empeoró en detrimento de la población campesina, la pequeña burguesía y los comerciantes. A partir de 1941 se introdujeron nuevos impuestos de cuota fija sobre todos los productos comerciales, considerados como monopolio del Estado. Como aun así no bastaba para cubrir los costes del aparato político militar, el Gobierno suplía el déficit con la emisión de más papel moneda y la consiguiente devaluación del dinero.

M. Época de aislamiento y penuria en la misión (1942-1946)

Tras el periodo especialmente fecundo surgido con la estabilización del nuevo orden político en las zonas controladas, la declaración de guerra entre Japón y Estados Unidos el 8 de diciembre de 1941 vino a marcar una nueva época. El padre Quintanilla, resumía así la situación que vivieron hasta 1946.

> *«Corta, sin embargo, fue esta tregua de bendición y progreso. Llegó el día 8 de Diciembre, día de la declaración de guerra entre Japón y América, y desde entonces toda nuestra obra quedó casi por completo paralizada. Vino la incomunicación absoluta con el mundo y como consecuencia de ello el quedarnos sumidos en la más terrible y descorazonadora de las incertidumbres. Todo era preguntarnos: ¿Qué va a ser de nosotros, de nuestro Vicariato, abandonados a nuestras pobres fuerzas y sin poder venir, como hasta ahora, la ayuda del exterior? Como cristianos y sobre todo como misioneros levantamos los ojos al cielo y pusímonos confiados en las manos de la Providencia de nuestro Padre que está en los cielos»*[220].

Se produjeron situaciones de espantosa escasez en la misión, que obligaba a la gente a alimentarse de cualquier manera; esta situación hizo aún más terrible las condiciones de las poblaciones de las zonas más occidentales que habían sido golpeadas años atrás por la inundación del río Amarillo, por lo que grandes masas de población emigraban a las zonas de la misión, produciéndose escenas verdaderamente trágicas.

> *«Ha habido inmigrantes procedentes de las regiones del oeste en número incalculable de miles o tal vez de millones, gentes de todas clases que llenaban los pueblos y ciudades*

[220] A. QUINTANILLA, «Del Vicariato Apostólico de Kweitehfu. Años 1942; 1942-43», 41.

constituyendo un pavoroso problema para los particulares y autoridades. ¡Qué espectáculo hemos presenciado! Imponía realmente salir a la calle. En cualquier rincón tropezaba uno todos los días y a todas las horas personas agonizantes. Por eso las niñas recogidas en la Santa Infancia han sido numerosas y no pocas personas consiguieron el inapreciable beneficio de ser bautizadas in articulo mortis»[221].

Los misioneros vivieron esta situación con gran espíritu de fe, experimentando paso a paso la acción paternal de Dios en quien habían puesto su confianza absoluta. El padre Quintanilla narra cómo fue la vida esos años.

«Hoy, pasado lo más agudo de la tormenta, al echar una mirada retrospectiva a los años pasados, no podemos menos de entonar el más agradecido canto de acción de gracias por los beneficios recibidos, por los... milagros que el Señor ha obrado entre nosotros. Y digo milagros, porque sólo así nos explicamos el que nuestro vicariato, sin medios propios de subsistencia, con cristianos muy pobres en su inmensa mayoría, haya podido subsistir hasta este momento entre tantas calamidades y penurias. Eso sí, hemos tenido que prescindir de muchas cosas y vivir como verdaderos pobres. Se han hecho prodigios de economía, a fin de alargar los míseros recursos con que contábamos y cada misionero tuvo que darse a la tarea de excogitar medios de procurarse el vestido y sustento de cada día. El menú diario quedó reducido a su mínima expresión y ni qué decir tiene que todos los días del año eran de rigurosa abstinencia»[222].

---

[221] *Ibid.*, 114.

[222] *Ibid.*, 42. En esa época se vieron obligados a vender todo el material que tenían comprado en vistas de la construcción de la catedral de Kweiteh para poder conseguir el alimento básico para los misioneros (Cf. M. GAZPIO, «Contestación a las preguntas propuestas en la visita provincial», [1948], AM, 163, 1).

Durante la guerra japonesa y la penuria económica, los padres experimentaron de modo especial la providencia de Dios. Los misioneros veían que habían sido bendecidos de modo especial al contemplar las situaciones de las vicarías limítrofes con ellos, donde habían sido asesinados y hechos prisioneros algunos misioneros, donde habían sido arrasados completamente algunos puestos misionales[223]. Los misioneros pusieron este hecho en relación con la consagración de la misión al Corazón de Jesús.

En medio de aquella gran penuria eran, esta vez, los misioneros quienes subsistían con las limosnas de los cristianos y aun de los paganos, consiguiendo incluso mantener el seminario, la casa noviciado de las religiosas y el orfanato de la Santa Infancia.

N. Obra evangelizadora (1942-1946)

Debido a la situación de extrema penuria económica, la Escuela de Catequistas cerró y se produjo la gran paradoja de encontrarse con unas disposiciones óptimas en la población junto a una falta absoluta de medios para sostener una acción organizada y profunda de evangelización.

> *«Sólo nos falta lo que ha dado en llamarse el vil metal, pero que nos es absolutamente necesario para poder emprender en toda su amplitud la obra de la evangelización en este mundo infiel. Las circunstancias no pueden ser mejores: respeto y simpatía por parte de las autoridades y la tradicional buena*

[223] Kaifeng (al Oeste): fueron asesinados (algunos enterrados vivos) seis misioneros entre extranjeros y chinos; Hsuchowfu (al Este): fueron asesinados seis misioneros y el resto fue hecho prisionero; Misión del Verbo Divino (al Norte): tuvieron que cerrar la mayoría de los puestos misionales, de los cuales algunos fueron arrasados; Misión de Pengpu (Anhwei) (al Sur) fueron hechos prisioneros al menos ocho sacerdotes extranjeros (Cf. L. ARRIBAS, «De nuestra misión de Kweiteh (China)», *TM* 16/172 (1946), 14.)

disposición de grandes masas de población china especialmente en las campiñas»[224].

Por ello, la labor del misionero se limitó a una pastoral de mantenimiento, al cuidado de los bautizados por la administración de sacramentos y a las visitas misionales a las cristiandades.

El padre Venancio en Yucheng, a través de la fundación de la Acción Católica y la acción evangelizadora ordinaria de los cristianos, pudo, sin embargo, suplir, en algún modo, la función sistemática y a tiempo completo de los catequistas, en el sostenimiento de la vida cristiana de las diversas cristiandades.

«Dados los tiempos que corren, parece que todo debía paralizarse y, por falta de catequistas, extinguirse, o poco menos, la vida de los cristianos de la campiña. Gracias a Dios, no sucede eso en esta misión. Hace un año que fundé la Acción Católica de hombres y mujeres y de ella he querido servirme para sostener y alentar en lo posible el espíritu de los cristianos»[225].

En cada cristiandad eligió, al menos, a un joven fervoroso, inteligente, aplicado y que además de saber la doctrina tuviera algún conocimiento en letras y escritura, y lo colocó como subalterno de los responsables de la comunidad, para que se encargasen de dar vitalidad a las cristiandades, encargándose de la capilla, convocando a los fieles a la oración y, en las fiestas, después de las oraciones, leyendo libros de doctrina y del Evangelio. Además, se encargarían de la instrucción dominical de los niños, de enseñarles a rezar y de prepararlos para la Confesión y Comunión. El padre comenzó a reunir a estos jóvenes una vez por mes encargándose de su formación y preparación.

---

[224] A. QUINTANILLA, «Crónica de Kweitehfu. Cursos misionales 1943-44; 1944-45; 1945-46», *TM* 16/177 (1946), 12–14, 14.

[225] A. QUINTANILLA, «Del Vicariato Apostólico de Kweitehfu. Años 1942; 1942-43», 89.

«Para sostener el espíritu de estos jóvenes, los primeros viernes del mes vienen a la central donde se reúnen y se delibera sobre lo que han hecho y lo que hay que hacer el mes siguiente. Y puesto que toda la fuerza viene de la Eucaristía, estos jóvenes tienen Hora Santa de once a doce de la noche del jueves al viernes. Este programa está en vías de realizarse, aunque ya en alguna parte se cumple»[226].

En Kweiteh y Yungcheng se mantuvieron las escuelas. En Kwotsuentsi funcionaron con entusiasmo la escuela de niños, dirigida por un maestro cristiano sostenido por los alumnos, y una escuela de niñas dirigida por una catequista de Cristo Rey. En total unos 60 o 70 alumnos. En ellas se gozaba de completa libertad para enseñar la doctrina cristiana, llegándose a bautizar no pocos alumnos, que llegaron a ser fervorosos cristianos. Aun los no bautizados participaban y frecuentaban los rezos.

O. Padre Venancio Martínez. Víctima al Amor Misericordioso (1944)

En 1944 se produjo la muerte del padre Venancio Martínez, quien un año antes, siguiendo la estela de santa Teresita del Niño Jesús, se había ofrecido como víctima al Amor Misericordioso. El acto de ofrecimiento que escribió, lo colocó, pegado, en la parte posterior de una estampa del *Ecce Homo*. Quería con su ofrecimiento de amor a Jesús Redentor y de amor a las almas, imitar, seguir y unirse a Jesús en su pasión, en su camino de amor y sacrificio. El mismo padre Venancio dispuso que aquel documento del ofrecimiento fuera destruido después de su muerte.

A los ocho días de arreglarse la dentadura en la misión de la estación de Kweiteh, volvió a la casa central y comenzó a sentirse

[226] *Ibid.*, 90.

mal, con terribles dolores de cabeza y con fiebre. Era el 17 de julio. El padre Venancio se sentía cada día peor; por eso, el día 20, al atardecer, llamó a su confesor y después de confesarse pidió el viático y la extremaunción. El padre Luis Aguirre, su compañero y amigo narra así estos momentos:

> *«¡Qué momentos tan emocionantes cuando, mostrándole el sacerdote la Sagrada Forma, tomó él la palabra y con voz temblorosa y entrecortada se dirigió a Jesús Sacramentado pidiéndole perdón por sus infidelidades, por sus defectos y por sus pecados...! Y después, dirigiéndose a la Comunidad nos pidió perdón por las faltas de caridad, por los malos ejemplos, por las ofensas... ¡Oh, qué fervoroso, qué santo el padre Venancio!*
> *"Pronto moriré, pero muero contento, porque es la voluntad de Dios y además estoy plenamente convencido de que voy al Cielo, no por mis méritos, pues soy un grande pecador, sino por la misericordia de Dios e intercesión de la Santísima Virgen". [...]*
> *Toda esa noche la pasó besando el Crucifijo y una estampa de la Virgen, invocando los nombres de Jesús y María y haciendo fervorosísimos actos de fe, esperanza y caridad. Una vez le dije que procurara descansar y dormir algo. "No, me contestó; no puedo, Luis, no debo dormir, debo aprovechar el poco tiempo que me queda para amar a Jesús, pues bastante poco le he amado durante mi vida."*
> *Los tres días siguientes, o sea, 21, 22 y 23 continuó, a pesar de las medicinas, con una fiebre que lo abrasaba. Su fervor iba también en aumento, para él ya no había más que Jesús y María»*[227].

Sor Ángeles, que lo asistió en su muerte, expresaba con estas palabras la última noche de Venancio:

[227] L. AGUIRRE, «Carta (16 febrero 1946) a los padres del P. Venancio Martínez», 11-12.

«La última noche que vivió en la tierra [nuestro sera]fín encarnado, le asistí yo con una Hermana china. ¡Qué [pasión]! ¡Qué fuego! ¡Verdaderamente que como es la Vida, es la [muerte]! Una noche entera sin parar un minuto, hablando de Jesús, de "nuestra Reina", de los chinos y cuando la fiebre le consumía y no estaba en su juicio qué cosas le decía a Jesús, a la Virgen. Cómo se ofrecía por el mundo, por la Misión, por su Orden»[228].

El día 24, lunes, cuando el padre Luis volvió de la misión, a la que había vuelto para celebrar la Misa del domingo, entró a ver al padre Venancio. Este estaba ya muy mal, pero aún lo llegó a reconocer, y viéndolo que venía todo sudado, le dijo: «Vete a mudarte, Luis, no sea que te enfermes». Estas fueron sus últimas palabras. Pasó todo el día delirando.

Hacia las ocho de la noche perdió el habla, por lo que, al ver que se acercaba su último momento, se reunió toda la comunidad en su cuarto y rezaron la recomendación del alma y demás oraciones del ritual.

«Por fin, a las diez y veinte minutos de la noche del día 24 de Julio de 1944, devorado por la fiebre, pero plácidamente, sin movimientos ni convulsiones, entregó su alma a Dios el celoso y santo Misionero Agustino Recoleto, padre Venancio Martínez de Jesús María».

Quien fuera su amigo desde la infancia y con quien mantuvo una estrecha relación epistolar, padre Martín Legarra, describía de este modo el final de Venancio y su convicción sobre la santidad de su amigo:

---

[228] Sor Ángeles, «Carta (12 julio 1946) al P. Miguel Muñoz», (1946), AM, 113, 4, 438-439, 438. Las palabras entre corchetes se leen mal debido a que se ha corrido la tinta del manuscrito.

«El momento postrero de su vida fue una lucha tremenda -que rayó en delirio- entre el calor y fuego del espíritu que reclamaban su mente, su corazón y su deseo a su misión, y la fiebre del cuerpo que le detuvo brusca y violentamente en sus más nobles afanes. La lucha culminó en el vuelo de su alma blanca a la inmortalidad. Desde entonces yo, y conmigo otros, pronunciamos confiados su nombre entre los que tienen poder de intercesión ante Dios»[229].

P. Erección jurídica de la Iglesia en China (1946)

Tras la invasión, los japoneses habían suprimido las concesiones británicas y americanas en las zonas ocupadas por ellos. Al mismo tiempo, en la zona controlada por los nacionalistas, los ingleses y los estadounidenses habían declarado su intención de renunciar a los tratados desiguales tras la paz.

El gobierno francés de Vichy haría lo propio anunciando su intención de renunciar a sus privilegios.

Tras la rendición de Japón, en febrero de 1946, se llegó, por fin, a la abolición definitiva de la figura jurídica del Protectorado religioso de Francia. Esto permitió que China y el Vaticano establecieran relaciones bilaterales y que se erigiese una Internunciatura y se nombrase un internuncio, monseñor Riberi.

El 11 de abril de 1946 el Papa Pío XII erigía jurídicamente la Iglesia China, elevando todos los Vicariatos Apostólicos a la condición de Diócesis, con la creación de 20 Arzobispados.

Monseñor Yupin, sería ahora arzobispo de Nankín, y monseñor Tian, nombrado cardenal, fue puesto al frente del Arzobispado de Pekín.

---

[229] M. LEGARRA, «El R. P. Fr. Venancio Martínez ORSA (Semblanza)», (1946), AM, 113, 4, 444.



4 de enero de 1939. Toma de hábito de nueve novicias chinas.

Sentados, de izquierda a derecha: M. Esperanza, Ricardo Jarauta (provincial), J. Ochoa, Martín Legarra (secretario provincial) y M. Ángeles. De pie, detrás de Ochoa, con capilla blanca y toca negra: M. Cecilia, M. Carmela y M. Dolores. Profesas (con capilla y toca negras) y novicias (con toca blanca) de las Agustinas Catequistas de Cristo Rey.

4.4. Diócesis de Kweiteh (1947-1955)

A. Renuncia y salida de monseñor Ochoa (1948)

La renuncia de monseñor Ochoa fue un momento importante, pues durante veinticuatro años había sido la cabeza y el padre de la misión, de una misión que había requerido de él una fuerza extraordinaria y que le había exigido asumir una responsabilidad tremenda para poder llevarla adelante, recomenzando por dos veces tras sendas guerras. Hemos visto que la historia de la misión estuvo llena de tensiones y dificultades de todo tipo, que exigieron desde el principio actuaciones y determinaciones valientes y enérgicas, grandes esfuerzos de administración y de organización, así como gran cantidad de prudencia, determinación y constancia.

También hemos visto cómo monseñor Ochoa no había ido voluntario a la misión, y menos aún quería ser superior ni prefecto de ella. Siempre aceptó con espíritu de fe, de obediencia y de sacrificio, pero ya no podía más ni psíquica ni anímicamente.

> *«En mi mismo propósito permanecía en el año 1937 cuando la Prefectura A. fue erigida como Vicariato Apostólico. Sin embargo, no queriendo resistir ni a la voluntad divina ni a la de mis superiores, aunque no de grado, acepté. Desde aquel tiempo padecí no poco, no tanto por las dificultades externas por las que pasó el Vicariato de Kweiteh, sino sobre todo por mi estado de ánimo: sin vocación para la misión encomendada; sin fuerza psíquica, pues verdaderamente tenía ya perturbado el sistema nervioso; siempre preso de la gravedad de las tareas y responsabilidades; siempre consciente de mi ineptitud para cumplir adecuadamente mi oficio»*[230].

[230] J. Ochoa, «Cartas Mons. Ochoa», 287-288.

El proceso por el que consiguió definitivamente la aceptación de la renuncia fue largo y no exento de complicaciones. Debido al temperamento enérgico e impetuoso del Obispo, su carácter nervioso y su "exagerada suspicacia", se produjeron disensiones entre monseñor Ochoa y algunos frailes, entre ellos el superior religioso, monseñor Quintanilla, que llevaron a una situación muy tensa. En este desencuentro, la mayor parte de los frailes de la misión se puso de parte de los frailes que habían sido acusados por monseñor Ochoa de deslealtad, y a quienes quería fuera del Vicariato como indignos de seguir en él: el padre Arturo Quintanilla, superior religioso, y el padre Joaquín Peña. Los frailes creían que el desencuentro se debía al temperamento y al modo de gobernar de monseñor Ochoa, junto con su exagerada suspicacia. Según explica el padre Quintanilla, esto hacía que frente a ciertos roces y contradicciones por parte de los súbditos, fuera el mismo Ochoa el que rompiera el freno de la moderación, con lo que los asuntos se empeoraban y de un asunto menor se levantaba «una tormenta que no se calmaba en muchos días».

La misión de Kweiteh, aunque no había estado exenta de problemas y de salida de religiosos por causa de ello, sin embargo, era considerada por los superiores como una «misión modelo por lo pacífica y tranquila»; la paz y la armonía que reinaban eran como su «característica especial». Fue con el aislamiento del exterior debido a la guerra mundial cuando el equilibrio se terminó rompiendo y las cosas se agravaron llevando a la misión a una situación de gran tensión y de difícil solución.

Justo antes del inicio de la guerra del Pacífico se produjo un hecho que contribuyó en gran medida a que se perdiera el equilibrio en la relación de monseñor Ochoa con los misioneros, y este fue la salida de la misión del padre Alegría, provicario de la misión y superior religioso, que era el contrapeso a monseñor Ochoa y el

que con su mediación conseguía que se liberaran en parte las tensiones y los conflictos.

> *«El Sr. Obispo tenía un freno que le contenía; este freno era el difunto P. Alegría, a quien Mgr. Ochoa respetaba y temía. La calma de dicho Padre, su serenidad ante las situaciones difíciles, sus reflexiones oportunas y discretas tenían de ordinario la virtud de calmar al Sr. Obispo, evitando con ello graves disgustos y golpes injustos o imprudentes.*
> *Por eso un P. Misionero, de los más antiguos, avisó a N. P. Galdiano, cuando éste le manifestó su propósito de retirar de la Misión al P. Alegría: no sabe lo que hace. El P. Alegría es necesario en la Misión con un Obispo como Mgr. Ochoa. Mucho temo que esto se ha de perturbar sin tardar mucho»*[231].

Al poco de la marcha del padre Alegría, con la entrada de Japón en la guerra mundial, y la consiguiente situación de falta de dinero, de incomunicación y de aislamiento con el exterior, a monseñor Ochoa «el genio se le exacerbó, los nervios se le perturbaron, de tal modo que pasaba las noches casi en un completo insomnio, y a causa de todo ello los disgustos y los choques se sucedían sin interrupción, por cualquier nonada se levantaba una tempestad y la vida a su lado era un verdadero martirio»[232].

Casi todos los misioneros apoyaron a los padres Quintanilla y Joaquín Peña en su choque con el obispo, llegando incluso a escribir a los superiores manifestándoles sus quejas. El único que no escribió parece que fue el padre Gazpio. Los superiores no dieron tanta importancia al asunto, considerando que eran cosas de diferencia de caracteres, de encontronazos que se podían resolver fácilmente con paciencia y virtud.

---

[231] A. Quintanilla, «Carta (Kwotsuentsi, 20 febrero 1947) al P. Provincial Santos Bermejo», (1947), AM, 163, 1.

[232] *Ibid.*

Para los padres envueltos en el conflicto la situación requería de una intervención pronta y eficaz. Si las autoridades religiosas contemporizaban con el asunto, no habría más remedio que recurrir al delegado apostólico. Pensaron enviar un escrito de acusación contra el obispo, pero desistieron, quizá porque el padre Gazpio no parecía dispuesto a secundarlo. Por ello se decidieron a pedir un visitador que resolviera la tensión. Antes de proceder, quisieron hacerle partícipe al obispo de sus intenciones, encargándole al padre Venancio la misión de decírselo. La reacción del padre Ochoa la describe el padre Quintanilla:

> *«Este anuncio, para él tan inesperado, ni que decir tiene que le afectó profundamente y entonces, buscando una salida honrosa, se decidió a poner en práctica sus propósitos de renunciar al cargo, de lo que continuamente hablaba, propósitos que ya había anunciado al Sr. Delegado Ap.»*[233].

Por todo esto, en 1943 el padre Ochoa manifestó a su consejo sus razones para proponer su dimisión al delegado apostólico, pidiéndoles que también ellos mismos manifestaran al delegado sus motivos. Así, los miembros del Consejo de la Misión, los padres Gazpio, Quintanilla, Joaquín Peña y Venancio, declararon formalmente que los 19 años de trabajos verdaderamente pesados, en medio de continuas angustias y ansiedades, habían agotado casi completamente las fuerzas de monseñor Ochoa, de modo que se sentía incapaz de llevar sobre sí la carga episcopal, siendo su agitación nerviosa tal que, sobre todo en los dos últimos años, (1941-1943) no había tenido un momento tranquilo, casi sin poder dormir por las noches.

El hecho de no haber podido aprender bien la lengua china por motivo de sus múltiples trabajos y ocupaciones de administra-

[233] *Ibid.*

ción y gestión, le impedían cumplir adecuadamente con el ministerio de la predicación, lo que también perturbaba su conciencia.

La muerte violenta y trágica del administrador apostólico y de varios misioneros de Kaifeng durante una de sus visitas pastorales a manos de los soldados provocó en el ánimo ya turbado de Ochoa una grande angustia y temor, que le impedían salir a visitar las cristiandades.

Atestiguaron, además, que este estado mental y anímico del padre Ochoa era la causa de que se hubiera perdido la calma y la paz en el Vicariato, así como la confianza mutua necesaria para ejercer adecuadamente el apostolado. Por todo ello, viendo que era casi imposible cambiar este estado de ánimo mientras tuviera consigo la responsabilidad del Vicariato, consideraban muy conveniente, e incluso necesario, que fuera atendida su petición de dimisión del cargo.

El delegado apostólico manifestó que sus motivos eran dignos de tenerse en cuenta, pero que mientras durase la guerra era imposible considerar la dimisión. Sin embargo, por el bien del Vicariato y de la propia salud del obispo, determinó que convenía que monseñor Ochoa estuviera libre temporalmente de toda cura pastoral y responsabilidad, para que pudiera reponer las quebrantadas fuerzas de su sistema nervioso y se restituyera la calma en el Vicariato, disminuyendo además las dificultades que su presencia traía a la misión, por ser ingrata a los japoneses que lo creían espía de los americanos.

Monseñor Ochoa fue a Shanghái con intención de partir para ultramar con vistas a obtener dinero para la misión; pero, tras un año de espera no pudiendo salir de China, los superiores y el delegado apostólico mandaron que volviera a la misión, mas por amenazas de los japoneses no pudo regresar a Kweiteh hasta el fin de la guerra mundial. Así, tras 25 meses de estancia en

Shanghái, pudo, finalmente, retornar a la misión el 8 de diciembre de 1945. A los 2 meses, sin embargo, marchó de nuevo a España, Roma y América en busca de recursos para la misión. En los dos meses que estuvo en Kweiteh, se acrecentó de nuevo la tensión entre Ochoa y algunos misioneros.

Mientras monseñor estuvo fuera de la misión, fue el P. Mariano Gazpio, provicario, en quien monseñor tenía puesta toda su confianza, quien estuvo al frente del Vicariato.

En esos tres años y medio casi continuos fuera de la misión, monseñor Ochoa estuvo en paz y sin excitación nerviosa alguna. El 22 de mayo de 1947, tras quince meses retornó a la misión. Así lo vivió monseñor Ochoa:

> *«Hace unos tres meses de mi llegada a la misión, e inmediatamente caí en el estado de ánimo anterior, tanto es así que siento verdaderamente temor cuando tengo que tratar algo con los nativos, ya sean fieles o no. No puedo hacer nada sin la ayuda de mi Vicario, por mi casi completa ignorancia de la lengua china, porque incluso lo que sabía tras estos tres años lo he olvidado. Esta clara consciencia de mi ineptitud aumenta mi excitación nerviosa, tanto es así que creo que no hago sino padecer y ejercitar la paciencia de los demás»*[234].

Con el retorno de Ochoa, se procedió el 5 de junio de 1947 a la promulgación oficial de la erección de la vicaría en diócesis, con la lectura de las Letras Apostólicas de Pío XII del 11 de abril de 1946.

Por fin, el 20 de julio de 1947, escribió su carta de dimisión al Papa, que le fue aceptada el 11 de diciembre del mismo año y comunicada a la Orden el 3 de enero de 1948.

---

[234] J. Ochoa, «Cartas Mons. Ochoa», 288.

En aquella última época de Ochoa en la misión, su actitud fue más conciliadora y las desavencias con ciertos religiosos se relajarían saldándose con reconciliación y con la salida definitiva de monseñor Ochoa de la misión.

Por esa época se produjeron también algunos cambios en la plantilla de misioneros. En 1946 marchó a Shanghái el hermano Eusebio. En 1947 iría enfermo a Shanghái el padre Joaquín Peña que, tras seis meses, retornaría a España. También en ese año el padre José Martínez dejó la misión para volver a España.

El 2 mayo de 1948 el padre Francisco Sanz partió definitivamente a Shanghái, donde ejerció como procurador hasta su expulsión en 1955, siendo el último recoleto extranjero en salir de China.

B. Nuevo obispo de Kweiteh. Monseñor Arturo Quintanilla

Tras la aceptación de la renuncia de monseñor Ochoa se procedió a elegir al vicario capitular que rigiese la Diócesis hasta que se designara un nuevo obispo.

El Consejo Presbiteral eligió al padre Arribas hasta en cuatro votaciones, renunciando este en todas ellas. Viendo la determinación de sus compañeros en elegirlo, pidió tiempo para reflexionar. Cuando llegó el día fijado fue elegido de nuevo, pero aquella vez tampoco aceptó.

Tras su renuncia, ya definitiva, nombraron como vicario capitular al padre Arturo Quintanilla. Este mismo iter se repitirá en la elección de obispo como veremos.

1. Elección y renuncia del padre Luis Arribas

El superior religioso presentó como terna a los religiosos: padre Luis Arribas, padre Francisco Lizarraga y padre Arturo Quintanilla.

El entonces secretario de la Congregación de Propaganda Fide, monseñor Celso Costantini notificó que, en audiencia del día 9 de junio, el Papa había nombrado obispo a Luis Arribas, mas como el padre Arribas, según el informe presentado, no parecía dispuesto a aceptar puestos de responsabilidad, se le pedía que primero confirmase si aceptaba o no.

La carta que el padre general le envió para conocer su aceptación o renuncia, así como otras dos que le envió el padre Ugarte por encargo de uno de los secretarios de la Internunciatura, tardaron en llegarle al padre Arribas cuatro meses. En ese entretiempo el internuncio apostólico, monseñor Antonio Riberi, no recibiendo noticias, se precipitó en publicar su elección como obispo electo de la Diócesis de Kweiteh, y envió un oficio al padre Luis Arribas en el que le comunicaba su elección, lo felicitaba y le deseaba la bendición del Señor para su cargo. El padre Arribas, respondiendo a aquella carta del padre general, explicaba el modo en que se procedió al final:

> *«Este su súbdito, después de considerar detenidamente durante más de una semana su verdadera indignidad y su real falta de capacidad para el desempeño de tan gran cargo, escribió, por no serle posible ninguna entrevista, una exposición de sus circunstancias y condiciones, tanto internas como externas, debido a las cuales ni podía, ni quería aceptar tal dignidad, y concedió el permiso para que, lo mismo en Nanching que en Roma, pudieran hacer el uso que quisieran de los secretos que de mi conciencia hacía al señor Internuncio clara y franca manifestación. Por último le declaraba que si, a pesar*

> *de lo por mi expuesto, Roma todavía persistía en mi nombramiento, entonces, aunque contra mi parecer y voluntad, obedecía usque ad mortem.*
> *El señor Internuncio me contestó diciendo que, sin que mis razones le convencieran, con todo, por complacerme, mandaría mi exposición a Roma; pero que entretanto tomara posesión de la diócesis, como ya lo he hecho, y que difiriera mi consagración hasta que de Roma llegara la última y definitiva determinación»*[235].

El padre Arribas no pudo, sin embargo, trasladarse de su misión de Yungcheng a la central de Kweiteh, debido a que la policía no le concedió el permiso, por lo que nombró como vicario general al padre Arturo Quintanilla, quien se encargó de hecho del gobierno hasta que fue nombrado como obispo él mismo.

2. Elección de monseñor Arturo Quintanilla

Finalmente, en carta del 18 de noviembre de 1949, monseñor Costantini notificó al procurador general que el padre Quintanilla había sido elegido como nuevo obispo de la diócesis en sustitución del padre Luis Arribas, al que se le dejaba libre del cargo. El 20 de diciembre de 1949, monseñor Quintanilla tomó posesión del cargo en Kweiteh.

El 25 de enero de 1950 se envió una copia de la Bula Apostólica y de las fórmulas de juramento previstas, y el 29 de enero de 1950 fue consagrado obispo en Shanghái de manos del internuncio monseñor Antonio Riberi. El 24 de febrero entró de nuevo en la misión. Eligió como anagrama: *Funda nos in pace*.

---

[235] L. Arribas, «Carta (20 octubre 1949) al padre general Feliciano Ocio», (1949), *AGOAR*, L, 7, 6.



1939. Nuevo piso para la casa central de Kweiteh.

C. Guerra civil entre nacionalistas y comunistas (1946-1949)

La época de la Diócesis estuvo marcada por la guerra civil entre los nacionalistas y los comunistas, así como por la victoria de estos últimos y la implantación de la República Popular China.

Durante la invasión japonesa las fuerzas de la armada roja habían aprovechado la situación de desgobierno de las zonas no controladas directamente por los japoneses para crear "zonas liberadas", sobre todo, en las regiones del norte, en las que establecieron bases de lucha contra la invasión japonesa. De este modo, el poder de las fuerzas comunistas, que se iban estableciendo y agrupando en diversas bases centrales, iba creciendo en fuerza y en organización.

En medio del débil equilibrio de unión formal antijaponés en el frente chino, crecía la tensión, tensión que aumentaría tras la derrota japonesa cuando se desembocó en la última y definitiva etapa de guerra civil entre comunistas y nacionalistas.

Tras la derrota de Japón y bajo mediación americana, se reunieron Chiang Kaishek y Mao Zedong en Chongqing del 28 de agosto al 10 de octubre de 1945, donde firmaron una declaración por la que se comprometían a abrir una reunión de negociación, donde se invitase a todas las fuerzas políticas a hablar del proceso de construcción nacional pacífico y se convocase una Asamblea Nacional para debatir las cuestiones. A pesar de las líneas trazadas y aprobadas, las negociaciones posteriores no llegaron a ningún acuerdo entre las dos posiciones. «El comunismo de Mao presentía que su momento estaba llegando y el Kuomintang estaba en posesión de todo el poder y no veía necesidad de compartirlo cuando creía que aún podía exterminar al comunismo»[236].

[236] L. Palacios - R. Ramírez, *China*, 238.

Las fuerzas nacionales de Chiang Kaishek se apresuraron, con la ayuda de los Estados Unidos, a extender su control militar a las ciudades y centros neurálgicos controlados antes por los japoneses, mientras que el Ejército Popular de Liberación (EPL, el nuevo nombre para las antiguas armadas IV y VIII) expandió y consolidó su control sobre las zonas rurales ya "liberadas".

El gobierno de Chiang Kaishek se sentía lo suficientemente fuerte, y en marzo de 1947 lanzó una ofensiva general contra los comunistas, buscando terminar la guerra con un ataque centrado en las dos mayores bases comunistas en Shaanxi y en Shandong. A pesar de obtener la victoria simbólica de tomar la ciudad central de los comunistas, Yan'an, fracasaron, sin embargo, en su objetivo, ya que no consiguieron debilitar al ejército comunista firmemente asentado en las zonas rurales.

A medida que el gobierno extendía el número de zonas bajo su control que debían ser defendidas, disminuía su capacidad de movilizar el ejército para las campañas de ataque a las bases comunistas. Además, en mayo de 1947 se firmó un acuerdo de colaboración y ayuda entre la Unión Soviética y el partido comunista chino.

Los grupos militares comunistas, con su táctica de guerrilla, ya empleada con éxito contra los japoneses, conseguían dividir al ejército nacionalista y llevarlo hacia regiones propicias para atacarlos. En su lucha por controlar las regiones entre los dos grandes ríos, llevaron a cabo una intensa actividad de guerrilla en el Henan occidental y en el verano de 1947 el EPL atacó al ejército nacional en la provincia de Shandong.

Con todas esas iniciativas golpeó al gran ejército nacional, consiguiendo en aquel año disminuir su fuerza operativa en un cuarto. En las zonas donde llegaba el control comunista, la reforma agraria avanzaba quitando la tierra a los propietarios que

no la trabajaban para darla a los jornaleros, con lo que se afianzaba el apoyo popular a la "liberación comunista".

El año 1948 dio inicio la etapa decisiva de la guerra, que inclinó definitivamente la balanza de la victoria hacia el bando comunista. Tras dos años de estrategia de guerrilla que había minado las fuerzas y la moral del ejército nacional, dos grandes victorias militares del EPL decantaron el curso de la guerra.

Al mismo tiempo se lanzó la ofensiva sobre las dos grandes ciudades de Hebei, Tianjin y Pekín, que cayeron una detrás de otra; posteriormente cayó la capital de Shanxi, Taiyuan. Esto terminaba por poner el centro y el norte de China en manos de los comunistas.

El generalísimo Chiang Kaishek pidió abrir entonces negociaciones de paz con mediación internacional, algo a lo que los países occidentales se negaron. Los comunistas exigieron la cabeza de Chiang Kaishek y éste dimitió como presidente.

Las negociaciones entre gobierno nacional y los comunistas, no llegaron a ningún acuerdo, y cumplido el plazo dado por Mao para las negociaciones, sus tropas pasaron el río Yangzi continuando con la guerra de "liberación" hacia el sur, ocupando sucesivamente la capital nacionalista Nankín, Hangzhou, Nanchang y Shanghái. Después terminaron por controlar las provincias del sur y Chongqing.

Chiang Kaishek había preparado el traslado de las fuerzas restantes y del gobierno de la República a la provincia de Taiwán, donde se refugiaron, mientras que el 1 de octubre de 1949, Mao Zedong proclamaba en Pekín, la nueva capital, la fundación de la República Popular China.



1939. Nuevo convento de la Congregación Catequistas de Cristo Rey.

D. Ocupación comunista de la misión

Los comunistas, durante el periodo de la ocupación japonesa, se habían ido haciendo fuertes en muchos territorios, donde se habían ganado, sobre todo, a la población campesina con una actitud blanda y con muchas promesas de bienestar y respeto. «Pero poco dura el engaño —dirá el padre Aguirre—, pues los comunistas, a medida que van echando raíces en un lugar, van sacando los pies de las alforjas y, si al principio parecen incapaces de romper un plato, al fin terminan por no dejar una vasija sana»[237]. La misma política usaban con la Iglesia, yendo poco a poco aumentando la presión sobre ella. Así de expresivo lo explica el mismo religioso:

> *«Comienzan por decir estos buenos comunistas que, si la Iglesia no se mete con ellos, ellos tampoco se meten con la Iglesia; después, dicen, que es cierto que la Iglesia no es mala, pero que hay misioneros malos; después que los misioneros son malos porque la doctrina de la Iglesia es mala; y terminan por decir que tienen que acabar con la Iglesia y con los misioneros porque son los mayores enemigos del comunismo»*[238].

La ciudad y la misión de Siayi fue incendiada y destruida ya en 1947, por haber sido albergue y refugio de todos aquellos que huían de los comunistas que controlaban la campiña.

> *«Las autoridades comunistas se han llevado o quemado todo, absolutamente todo. Después han incendiado la misión y ahora ya ve: están tirando las paredes. [...] Ante las ruinas, sobre todo, de lo que fue la casa del misionero y de la casa del*

[237] L. AGUIRRE, «Entre comunistas chinos», *TM* 21 (1948), 178.

[238] *Ibid.*

Señor, he tenido que hacer esfuerzos sobrehumanos para reprimir mi indignación y sólo he pronunciado en alta voz estas palabras, que han sido un lenitivo para mi dolor: ¡Bendito sea Dios! ¡Bendita sea su santísima voluntad!»[239].

En 1948 la mayoría de las misiones de la diócesis estaban ya bajo el control comunista. En algunas, como Changkungtsi, Seliulou, Huchiao y Palichonag, los misioneros habían tenido que salir de ellas. A principios del 1949, tras dos asedios, asaltaron la ciudad de Yungcheng, y cuando el padre Arribas les abrió la puerta de la misión, le dispararon a bocajarro, pero milagrosamente ni lo mataron ni llegaron a herirlo. Ocuparon la iglesia como prisión, y el padre Arribas tenía que celebrar en un cuarto que tenía para los trastos. En otros sitios prohibieron a los fieles ir a la capilla a rezar.

«No sufrimos una persecución sangrienta, pero sí sufrimos una persecución solapada. Dicen nuestros "liberadores" que tenemos libertad de religión, pero también nos dicen que ellos tienen libertad para combatir la religión, y nuestra libertad. En unas partes hacen uso de esa libertad y poder, echando de las Misiones a los misioneros, y en otras, prohibiendo al misionero salir de casa sin un permiso escrito, que nunca, o casi nunca, lo dan para ir por pueblos y aldeas predicando el Evangelio»[240].

Los frailes que no podían permanecer en sus misiones se refugiaron en la casa central de Kweiteh, donde también albergaron a sacerdotes extranjeros de otras diócesis huidos de los comunistas, en concreto dos misioneros alemanes y un italiano.

El 6 de diciembre de 1948 las tropas comunistas llegaron finalmente a la ciudad de Kweiteh, donde entraron y se apoderaron

[239] L. Aguirre, «Fin trágico de la misión y ciudad de Siayi», *TM* 18 (1948), 6.

[240] L. Aguirre, «Una visita a mis cristiandades», *TM* 20 (1950), 69.

de ella de manera pacífica, ya que el ejército nacionalista, no sin antes asaltar varias casas, había abandonado la ciudad la noche anterior. Los comunistas fueron a la misión, pero al final no se alojaron en ella. Como el general de la plaza estaba bastante delicado de salud, el padre Colomo lo examinó y le dio varias medicinas, con lo que se ganaron su protección.

> *«Continuamos haciendo la misma vida de siempre. La iglesia tan concurrida como siempre, mejor dicho, más concurrida, pues como la entrada y salida de la población es completamente libre, los cristianos de la campiña pueden venir con entera libertad, sin miedo a las trabas que tenían con los nacionalistas. La escuela sigue funcionando como antes y sólo una vez vino un comunista a enseñar a los alumnos un cántico en que ponía de vuelta y media a Chiang-Kai-Schek y a los americanos»*[241].

Esta situación cambió posteriormente a fines de enero de 1949, tras la famosa victoria de Xuzhou, donde varios ejércitos nacionalistas, entre ellos el quinto, el mejor equipado y el más aguerrido, fueron completamente aniquilados, quedando con ello el Gobierno comunista moralmente dueño de toda la China que se extiende al norte del río Azul. Desde ese momento se sucedieron diversas ocupaciones de la casa por diversos destacamentos que iban y venían, así como el uso del templo como lugar de conferencias.

En Kweiteh, a finales de 1950, la tropa comunista estableció su cuartel general en la casa central de la misión, ocupando los edificios de la casa de los religiosos, la iglesia, el seminario, la escuela... retirándose los frailes al convento de las religiosas. En los primeros días de 1951 ocuparon también el convento de las religiosas, obligando a las niñas a irse con parientes, y a las religiosas

[241] A. Quintanilla, «Copia de una carta del P. Arturo Quintanilla, misionero de nuestra misión de Kweiteh», *TM* 19 (1949), 69–70, 69.

a salir de la misión, confinando a los religiosos a las casas de la Santa Infancia que hacían de residencia y de capilla. Los religiosos fueron despojados de todas sus cosas, incluidos todos los medicamentos del dispensario del padre Colomo.

> *«Nada nos queda, y lo más triste es que no sabemos lo que nos reserva el porvenir: pero entre tantas calamidades* NOS REGOCIJAMOS Y NOS REGOCIJAREMOS*, y con alegría y paciencia exclamamos:* EL SEÑOR NOS LO DIO, EL SEÑOR NOS LO QUITÓ... SEA POR SIEMPRE BENDITO SU NOMBRE*... Ya son muchos los Misioneros extranjeros expulsados por las autoridades, y creemos inmediata la expulsión de los que todavía quedamos»*[242].

E. Actividad misional

1. Visitas

Ya hemos visto cómo en las partes de la misión ocupadas por los comunistas en que no habían expulsado a los misioneros, estos se veían, sin embargo, limitados en sus movimientos para visitar las cristiandades. A pesar de ello, los misioneros intentaron como pudieron, incluso arriesgando su vida, visitar y confortar a sus cristianos. El bien espiritual que les proporcionaban les compensaba por los temores a ser apresados o encarcelados.

> *«Esta visita ha hecho mucho bien a mis cristianos. He administrado varios Bautismos y alguna Extremaunción, y he arreglado algún Matrimonio. La mayor parte de mis cristianos ha oído la palabra divina, han confesado y comulgado y han quedado tranquilos, porque con las cosas que les han dicho contra la Iglesia y contra los misioneros estaban algo alicaídos. Mi visita los ha fortalecido. Si llega la hora de la persecución sangrienta, es posible, y casi cierto, que habrá desgraciados que*

[242] L. AGUIRRE, «Trágica situación de nuestros misioneros en China», *TM* 21 (1951), 71.

prefieran la vida temporal a la eterna y venturosa del Cielo, pues de todo hay en esta viña del Señor; pero también doy por cierto que no faltarán valientes que proclamarán muy alto su Fe y se sentirán dichosos de sufrir persecución y muerte por el nombre de Cristo. "Padre, me decían en una cristiandad, nos han predicado contra la Iglesia y nos han dicho que después no podremos ser cristianos. No se apure el padre por esto. Si nos matan por ser cristianos mejor. Así seremos mártires e iremos al Cielo". "Padre, me decían en otra cristiandad, predíquenos del martirio y de los mártires"»[243].

2. Dispensario

Los años de 1949-1950 fueron de intensa actividad en el dispensario, que quedó como única forma activa de apostolado. Desde la entrada de los comunistas en Kweiteh, en diciembre de 1948, la actividad del dispensario se amplió como una verdadera clínica y comenzó a prestar servicios a los exteriores y a recibir las costas. La enfermería estaba dividida en tres departamentos: medicina interna, cirugía y oftalmológico.

«Además, teniendo como teníamos en casa un médico, ya famoso por todo el ámbito de nuestra misión, nos decidimos, a los pocos días de la llegada de los nuevos amos, abrir un dispensario en toda regla, seguros de que ante la labor de caridad que con él pensábamos desarrollar en favor del pueblo, nada tendrían que oponer los que se ufanaban de ser los redentores del mismo. Así sucedió en efecto. Pronto fue visitado por jefes y soldados, casi todos tallados por la brega de tantos años de privaciones y sufrimientos. Además la labor de nuestro médico fue solicitada por las autoridades para atender a soldados heridos. A todo y a todos se atendió gratis et amore, con lo que

[243] L. Aguirre, «Una visita a mis cristiandades», 70-71.

no pudieron menos de alabar nuestra obra, a la que por otra parte acompaña la simpatía de todo el pueblo, sin distinción de categorías»[244].

Por el dispensario pasaban diariamente entre 40 y 50 personas a recibir atención. La sección oftalmológica era regentada por las religiosas indígenas. De aquellos enfermos muchos eran soldados y alistados al partido comunista. Tanto a estos como a la gente pobre se les atendía sin exigirles absolutamente nada por la consulta. Las medicinas en cambio se les vendían a muy bajo precio, acomodado en general a su estado de fortuna. Estas dos cosas, juntamente con el buen quehacer médico y la experiencia del padre Colomo, hicieron que la fama de este dispensario oscureciese la de todos los demás existentes en la ciudad. A pesar de ello, en 1951, con la ocupación de todas las casas, tuvo que parar.

F. Clero indígena y seminaristas

1. Clero indígena

En 1938 se había ordenado el padre José Shan. Los recoletos Lucas Yuo y Gregorio Li, que en 1935 fueron a Roma para estudiar en el Colegio Urbano la carrera sacerdotal, se ordenaron sacerdotes el 8 de abril de 1942. Terminada la guerra y restablecidas las comunicaciones marítimas, regresaron a la misión el 29 de junio de 1947 junto con el padre Julián Sáenz y con el padre Alonso Bernal, quien en menos de un año volvería a Filipinas por problemas de salud.

Al año siguiente, el 29 de junio de 1948, se ordenaron de sacerdote los religiosos indígenas Nicolás Shi, Lucas Wang y José She,

[244] A. Quintanilla, «Cómo vivimos. De nuestra Misión de Kweitehfu», *TM* 20 (1950), 290.

y el 30 de junio celebraron su primera Misa. El 3 de marzo de 1950 serán ordenados sacerdotes en Manila, los padres José Wang, Pedro Kuo y Marcos She. Estos dos últimos fueron enviados a Pekín, a la universidad católica "Fu-ren", para completar estudios en literatura china en el Colegio Sínico. Como el padre Pedro Kuo no aprobó el examen de ingreso y el padre Sanz, procurador de Shanghái deseaba tener a un sacerdote indígena consigo por lo que pudiera suceder, fue enviado a Shanghái. El padre Marcos She, consiguió aprobar y estuvo un año en la escuela, pero se quedaría aislado en Pekín, donde fue arrestado, no pudiendo ya volver a la misión.

2. Seminaristas religiosos

En marzo de 1948 el padre provincial realizó la visita canónica. Debido al gran peligro de los comunistas y a la dificultad de las comunicaciones, viendo no prudente ir él a la misión, mandó que fueran algunos religiosos a Shanghái en representación. Fueron los padres Mariano Gazpio, Francisco Lizarraga y Luis Arribas. Gran preocupación del provincial era la suerte que pudieran correr los seminaristas, de ahí que consultase sobre la resolución a tomar en aquellas circunstancias, a fin de que pudieran continuar los estudios eclesiásticos con tranquilidad. Se resolvió trasladar a los coristas al colegio misional de los dominicos de Hong Kong y a los diocesanos en el seminario mayor de Kaifeng.

Salieron de la misión acompañados de sus formadores, los padres Guillermo Ugarte y Lucas Yuo, así como del padre Aguirre, que salió a reponerse un poco de su quebrantada salud. Llegaron a Shanghái, y de allí, junto con su maestro, el padre Francisco Lizarraga, partieron para Hong Kong haciendo una pequeña escala en la isla de Formosa (Taiwán). Llegaron a Hong Kong el día 2 de septiembre y fueron recibidos por el obispo electo de la diócesis

de Amoy, monseñor Velasco OP, por el prior del convento, padre A. Valvuena y por el procurador de la casa, quienes los condujeron al colegio misional.

> *«Fuimos recibidos por toda la Comunidad con aquella familiaridad y cariño propias de los Religiosos, como si fuéramos hermanos de su Orden. No encuentro palabras para expresar y agradecer el buen trato que dan a estos Recoletos»*[245].

Junto con los seminaristas, fueron también a Hong Kong dos de los tres recién ordenados sacerdotes chinos (José She y Lucas Wang), para completar estudios y asistir a las clases de misionología que se impartían allí a los sacerdotes. De los once seminaristas que fueron, los tres que estaban en el último año de teología llegarían a ordenarse sacerdotes en Manila y regresarían a China: José Wang, Marcos She y Pedro Kuo.

Los demás irían posteriormente a España donde se ordenarían sacerdotes. Serán los padres Pedro Ko, Agustín Yang, Pedro Tung, Felipe Liu, Francisco Chiao, Mauricio Ying, Melecio Ho y Benito Suen.

G. Constitución y primera época de la República Popular China (1949-1962)

A finales de septiembre de 1949 Mao Zedong había convocado una conferencia política que lo designó como presidente de un Gobierno provisional y que dotó a este de un "Programa Común", que sería el marco y la agenda política hasta la aprobación de una Constitución. Al final de esta conferencia, el 1 de octubre, se hizo por parte de Mao la proclamación oficial de la República Popular China, con capital en Pekín.

---

[245] «Crónica de China», *BPSN* 39 (1949), 17.

El "Programa Común", fundado sobre las líneas del ensayo de Mao sobre la "Dictadura Democrática Popular", establecía un período de transición, de "Frente Unido" en el que obtener alianzas lo más amplias posibles entre las clases y grupos sociales que pudiesen fortalecer la posición del partido comunista en la etapa de consolidación nacional y de construcción de la nueva China.

Otra alianza importante, esta vez externa, sería el apoyo de la Unión Soviética y de la Internacional Comunista[246].

En cuanto a reintegración territorial, el gobierno comunista tomó la isla de Hainan y el Tíbet, consiguiendo la reunificación de toda China bajo el Gobierno comunista, con excepción de la isla de Taiwán, ocupada por el Gobierno nacionalista.

La guerra de Corea, que estalló en 1950 cuando el ejército norcoreano invadió Corea del Sur, provocó que en 1951 China entrara en la guerra, en apoyo del régimen norcoreano frente a la misión de la ONU, capitaneada por EEUU, que rechazaba miliarmente la invasión.

Para apoyar esta guerra, el gobierno comunista inició la campaña popular "Contra América, en favor de Corea", promoviendo el reclutamiento de soldados "voluntarios" para ir al frente, en gran medida de entre aquellos militares de los regimientos nacionalistas que habían sido hechos prisioneros o que, ante el avance comunista, se habían rendido integrándose en el EPL. De este modo, el Gobierno comunista depuraba el ejército de

[246] Bajo esta alianza, firmada por Mao y Stalin, la Unión Soviética se comprometía a garantizar ayuda militar a China en caso de agresión japonesa, así como ayuda económica y tecnológica al proceso de construcción nacional chino; el coste para China fue el de reconocer la soberanía de la República Popular de Mongolia, renunciando así a cualquier intento de reunificarla a China (Cf. L. PALACIOS - R. RAMÍREZ, *China*, 255).

fuerzas que potencialmente pudieran oponerse en algún momento a la construcción nacional.

Desde 1949 a 1952 se produjeron una serie de reformas y movimientos populares que buscaban mejorar la economía, profundizar la reforma agraria y depurar la sociedad de elementos subversivos o peligrosos para la consolidación del poder del partido, que se llevaron a cabo en diversos niveles de la sociedad.

Además de la limpieza del ejército con la campaña de "voluntarios" para la guerra de Corea, hubo otras tres campañas de limpieza y reeducación: la "campaña de supresión de contrarrevolucionarios", la "campaña contra las tres lacras del funcionariado" (el nombre original chino es el de "tres anti" 三反) y la "campaña contra los cinco vicios del burgués capitalista" (el nombre original chino es el de "cinco anti" 五反).

La más sangrienta de las tres fue la "campaña de supresión de los contrarrevolucionarios", sobre todo a partir de la directiva del 10 de octubre de 1950, que se extendió hasta 1953 y que causó, al menos, un millón de muertos. Iba dirigida contra «las personas e intereses extranjeros en China, incluidos las Iglesias Cristianas, y todos los ciudadanos chinos que habían colaborado de manera significativa con el Kuomintang»[247].

Las otras dos campañas buscaron la depuración de los funcionarios y de la burguesía capitalista. En todas estas campañas se usaron los métodos de depuración y de reeducación que ya había usado Mao en Yan'an entre 1941 y 1942 para la depuración de su propio ejército. Se buscaban y promovían las autoacusaciones públicas y se establecían asambleas ciudadanas donde se denunciaban, se escarnecían y se humillaban a los que por distintos motivos eran denominados "contrarrevolucionarios".

[247] L. Palacios - R. Ramírez, *China*, 258.

Los considerados más graves eran ejecutados, otros eran encerrados y enviados a centros reeducativos de trabajos forzados. Una extensión de esta campaña se produjo en 1955 con la "campaña de limpieza de contrarrevolucionarios ocultos" que tenía como objeto preferente sacar a la luz y perseguir a los elementos sospechosos del partido, de la política y del ejército.

Consolidado el poder y neutralizados los posibles focos de resistencia, el Gobierno se empeñó en la elaboración y puesta en práctica del "primer plan quinquenal 1953-1957", al estilo de los planes quinquenales que se habían llevado a cabo en la Unión Soviética para aumentar la producción agrícola y desarrollar las industrias.

Esto llevó a la segunda fase de la ley agraria, con la formación de cooperativas que aumentasen el rendimiento y la productividad. Se pasó posteriormente a una tercera fase, en la que se agruparon las cooperativas en las llamadas "comunas populares" donde quedaba abolida la propiedad privada. Para el desarrollo de la industria pesada siguieron los modelos de la URSS, contando para ello con la ayuda de técnicos soviéticos y en menor medida con su ayuda financiera.

Entre 1956 y 1957 se puso en marcha la "campaña de las cien flores", así llamada en alusión a un poema al que hizo referencia Mao para expresar el espíritu de la misma, que consistía en promover una liberalización de la opinión pública, donde los intelectuales y escuelas de pensamiento se expresasen con libertad, para que, con sus críticas y acusaciones sobre los puntos negativos detectados, se pudiese mejorar el proceso de construcción del país.

Quizás no se esperaban que el movimiento suscitase críticas tan profundas contra el sistema y los modos del Gobierno chino, o quizás fuese desde su origen una estratagema para sacar a flote

los pensamientos de los insatisfechos con las medidas tomadas hasta ese momento y de los contrarios al régimen y así cortar de raíz una posible revolución como la que había ocurrido en octubre de 1956 en Hungría. Sea lo que fuera en su intención inicial, lo cierto es que aquella campaña se transformó, de hecho, en una campaña de depuración de los llamados "derechistas", que se habían delatado a sí mismos con sus críticas públicas.

Los éxitos económicos del plan quinquenal hasta el año 1957 fueron evidentes y llenaron de optimismo al Gobierno chino. Éste se propuso realizar, a partir de 1958, el "gran salto adelante", promoviendo de manera mucho más rápida e intensa el crecimiento industrial de China y su sovietización, con la creación de las comunas populares autosuficientes, el aumento de la producción agrícola, y la movilización en masa de hombres y mujeres que debían llevar a cabo un plan de trabajo extenuante.

El fracaso que supuso la concepción del "gran salto adelante" y de su organización planificada e irreal de la economía, junto con el efecto negativo de las normales inundaciones y sequías que periódicamente golpeaban China, produjeron la famosa "gran hambruna" que asoló China entre los años 1958 y 1961, donde entre 20 y 30 millones de chinos murieron de hambre.

Con la muerte de Stalin, y el acceso al poder de Nikita Jruschov, las relaciones entre la URSS y China se deterioraron, terminando el periodo de colaboración estrecha, y comenzando las tensiones que marcaron la década de los 60.

El fracaso del "gran salto adelante", hizo que las posiciones de los "pragmáticos", encabezados por Liu Shaoqi y Deng Xiaoping se impusieran, forzando la dimisión de Mao como presidente de la República en 1962, cargo que sería ocupado por Liu Shaoqi.



1939. Comunidad de religiosas chinas en el refectorio del nuevo convento.



**16 de enero de 1940. Profesión de Nicolás Shi y José Wang.
De izquierda a derecha: Nicolás Shi, José Shan y José Wang.**



**8 de marzo de 1940. Llegan a la misión Luis Aguirre y Jesús Solabre.
De izda. a dcha.: L. Aguirre, V. Martínez y J. Solabre.**

H. La Iglesia Católica bajo el comunismo (1949-1955)

Con la victoria del comunismo en la guerra civil, el partido comunista adoptó la teoría del "frente unido", buscando obtener las mayores alianzas posibles entre los diversos sectores de la sociedad para involucrarlos en el proceso de reconstrucción nacional. Como explica la profesora Giunipero:

> *«La política religiosa del Gobierno chino en relación a los católicos durante los años cincuenta puede ser sintetizada en algunos puntos: presionar para una progresiva reeducación ideológica a través de varias campañas de carácter político o económico; aislar a los responsables de las iglesias locales que se negaban a colaborar con el Gobierno y ponerlos en contradicción con el resto del pueblo; dar la máxima consideración al factor político y patriótico acusando a la Iglesia, para activar un proceso de desunión interna que conduciría a la autoeliminación de la religión misma; conquistar para el marxismo algunos elementos de la Iglesia con la misión de desarrollar la situación desde el interior»*[248].

La persecución a los cristianos no se realizó directa y formalmente por motivos religiosos, pues el artículo quinto del "Programa Común" aprobado en 1949 reconocía la libertad de credo religioso, sino que fueron acusados de "contrarrevolucionarios" e "imperialistas", con lo que se pretendía "purificar" a la Iglesia de China de sus "elementos subversivos" e involucrarla en el proceso de construcción de la nueva China comunista.

La primera "purificación" vendría sobre los elementos extranjeros de la Iglesia, y así, entre los años 1949 al 1955 se completó la expulsión de la práctica totalidad de ellos como elementos imperialistas y contrarrevolucionarios. De los 5.500 misioneros extranjeros católicos de ambos sexos que había en 1949, sólo cerca de 700 permanecían en China en 1952, y sólo 20 en 1955.

---

[248] E. GIUNIPERO, *Chiesa cattolica e Cina comunista*, 35.

El intento de reconducción de la Iglesia Católica dentro de los cauces revolucionarios comunistas se produjo en tres fases: con el "movimiento de reforma de las tres autonomías" en 1950, con el movimiento "antiimperialista de amor a la patria y a la religión" en 1953 y con la constitución de la "asociación patriótica de católicos chinos" en 1957.

En el año 1951 el Gobierno comunista creó la "oficina para los asuntos religiosos". En ese mismo año, el primer ministro, Zhou Enlai, se reunió con representantes de la Iglesia Católica para que aceptaran los tres principios de autonomía como habían hecho los protestantes. Los representantes católicos y, posteriormente, la jerarquía católica en China, escribieron sendas declaraciones en las que se venía a expresar que la Iglesia Católica siempre había querido la autonomía de la Iglesia, pero entendida en sentido católico, en plena comunión con toda la Iglesia universal e independiente de cualquier poder político, para poder proceder con libertad y autonomía. En el texto se leía que la Iglesia «siempre ha querido mantenerse por sí misma sin ninguna necesidad de otros Estados, hacer ella misma propaganda de su religión, e incluso con los mártires, y gobernarse o regirse por sí misma, sin ninguna necesidad de injerencias políticas» [249]. El texto de la declaración católica fue rechazado de plano por el Gobierno comunista.

Dentro del plan general de reeducación y adoctrinamiento de la población, los sacerdotes y misioneros extranjeros sufrieron extenuantes interrogatorios, fueron encerrados y sometidos a reeducación. Forzaban a los sacerdotes a reconocerse culpables de imperialistas y antirrevolucionarios, o de otros crímenes contra el pueblo chino, y con ello expulsarlos. Muchos de los

[249] Citado por E. GIUNIPERO, *Chiesa cattolica e Cina comunista*, 44.

sacerdotes chinos fueron enviados a campos de trabajos forzados para ser reeducados.

El 26 de junio de 1951, el internuncio, monseñor Riberi, fue puesto bajo vigilancia y se abrió contra él una campaña pública para condenarlo como contrarrevolucionario, colaborador de los imperialistas y de los nacionalistas del Kuomintang, así como del hecho de ser promotor de la asociación "reaccionaria" de la "Legión de María". El 5 de septiembre de 1951 fue expulsado, refugiándose en Hong Kong.

Poco antes de la campaña contra el internuncio, se había abierto el proceso para acabar con la "Legión de María". Los laicos comprometidos de esta asociación, en su mayoría jóvenes, a medida que los misioneros extranjeros iban siendo expulsados y los sacerdotes indígenas iban siendo procesados y condenados, fueron muy activos en sostener, en la medida de lo posible, ciertos trabajos pastorales en los lugares donde ya no había clero chino, ni religiosos o religiosas extranjeros para llevarlos a cabo. No ocultaban, además, su total rechazo al comunismo y al ateísmo del gobierno.

A partir de 1953, vista la poca aceptación que tuvo entre los católicos el principio de las tres autonomías, hubo un cambio de perspectiva en el modo de intentar que los católicos cooperasen con el Gobierno. Surgió el "movimiento antimperialista de amor a la patria y a la religión", presentando la colaboración con el Gobierno y la aceptación de una Iglesia nacional bajo el principio de la triple autonomía, como un deber patriótico, manteniendo una mera comunión espiritual con el Papa. Este movimiento patriótico fue también condenado por el Papa Pío XII en su encíclica *Ad Sinarum Gentem* de 1954.

Los sacerdotes y los laicos chinos dieron muestras de gran heroicidad y resistencia. En 1955 se produjo una nueva ola de

eliminación de elementos contrarrevolucionarios, poniendo fin a la expulsión de los pocos ministros extranjeros que quedaban y encarcelando a gran parte de sacerdotes y dirigentes laicos chinos. Con este último gran golpe a la Iglesia, se eliminaron las principales fuerzas que se oponían a ser integrados en la "asociación patriótica", que sería constituida a nivel nacional en 1957, como nuevo modo de tener la actividad de la Iglesia sometida y controlada por el poder del Gobierno.

I. Persecución, cárcel y expulsión de los misioneros extranjeros

1. Cárcel del padre Aguirre

El padre Aguirre, en los 21 meses que estuvo en Huchiao, vivió un ambiente dominado por los comunistas, donde sufrió insultos, amenazas y estuvo a punto de morir enterrado vivo, salvándose providencialmente. La situación llegó a tanto que los cristianos y paganos, temiendo por su vida, le aconsejaron que se marchara de la misión. Él, no creyendo que el peligro fuera tan grave ni tan inminente, se negó rotundamente a hacerlo.

> *«Pero la providencia se encargó de sacarme del peligro tan grande que me amenazaba. A primeros de octubre recibí una carta del superior, quien me decía que antes del día 10 de octubre debíamos reunirnos todos los misioneros en la ciudad de Kweiteh para hacer los ejercicios espirituales. […] El 7 de octubre salí de Huchiao, y al día siguiente las hordas comunistas asaltaron mi Misión, llevándose todo cuanto allí había. […] [Los comunistas han dicho] que de haber cogido al diablo extranjero le hubieran atravesado las narices con una anilla de hierro (como se hace a los bueyes), lo hubieran paseado por el pueblo y después le hubieran dado una muerte cruel»*[250].

[250] L. Aguirre, «Entre comunistas chinos», 180.

Tras su salida de Huchiao fue a Ningling. Allí sufrió dos veces el encarcelamiento. La primera vez fue de dos días y dos noches. El motivo fue que, a causa de las grandes lluvias que hacían impracticables los caminos, no pudo regresar en el plazo de tiempo que le habían concedido para estar fuera de la misión, excediéndose en tres días. Fue encarcelado el 23 de abril de 1950 y tras dos días de prisión salió de la cárcel. Fue llamado por el jefe de la policía y fue avisado de que en adelante no podía salir de la misión sin avisarles, que tenía que dar cuenta de todos los individuos extraños que fuesen a la misión, y que todas las cartas que enviase o recibiese del extranjero debían pasar primero por la policía. Además, tenía que escribir un informe de su viaje y de su estancia en la casa central, así como confesar públicamente su culpa.

> *«El día 25 por la mañana, cuando más gente había en el mercado, he ido en medio de seis soldados, armados hasta los dientes, como si yo fuera un facineroso, al punto más concurrido del mercado. Los soldados y policías han suspendido el mercado y han hecho que toda la gente se congregara en el cruce de las dos calles más principales de la ciudad y no he tenido más remedio que dirigir la palabra a aquella ingente multitud y contarles la historia de mi viaje a la Central, y mi encarcelamiento. Terminada mi perorata, el Jefe les ha echado otra, comentando mi caso y exhortándoles, al final, a trabajar por la nueva China. Disuelto el mitin me han dejado en libertad y he vuelto a mi casa, donde he recibido tantas consolaciones y satisfacciones, que no sé cómo decirlas en pocas palabras. […] No pensé que mi encarcelamiento iba a conmover tanto a la gente, y que, a mi salida, iba a ser objeto de tales manifestaciones de cariño y afecto»*[251].

No pudiendo salir de la misión sin permiso, estuvo encerrado en ella durante un año, hasta que fue apresado el 18 de marzo de

[251] L. Aguirre, «Yo estuve en la cárcel», *TM* 20 (1950), 148–151, 150–151.

1951 por segunda vez. Esta vez, fue verdaderamente un calvario de tres semanas en la cárcel. El motivo fue que no había notificado que una persona extraña a la misión había pernoctado allí. El padre Aguirre no sabía nada del asunto, pues había sido una de las catequistas la que, sin conocimiento del padre, la había invitado a quedarse. Por la noche la policía las detuvo y con ellas también al padre Aguirre, por no haber avisado.

El día en que lo encarcelaron era Domingo de Ramos, y fue el comienzo de una Semana Santa muy especial, como recordará el mismo padre Aguirre: «La Pasión del Señor me ayudó a sufrir aquella Semana Santa con resignación y hasta con alegría. Sí, con alegría»[252].

Lo metieron en una habitación de apenas 12 metros y llena de presos (ciento treinta) echados en el suelo y colocados lo mismo que sardinas en lata. Lo condujeron a un pequeño espacio que quedaba junto unas vasijas de barro cocido que hacían el oficio de orinales y retretes. Para hacer sus necesidades, para rascarse (la celda estaba llena de piojos), o para darse media vuelta tenía que pedir primero permiso al centinela. Los que se levantaban a hacer sus necesidades tenían que pasar necesariamente por encima de su cuerpo. Por la mañana le obligaron a coger una de aquellas inmundas vasijas para ir a vaciarlas.

---

[252] Cf. NICOLÁS DE TOLENTINO OAR (Canal de YouTube), *Homenaje a Nicolás Shi Jing Xian y a Luis Aguirre, Agustinos Recoletos. Misión de Shangqiu, China*, del minuto 2:00 al minuto 4:40, 19/02/2014, «http://www.youtube.com/watch?v=5e2hcIe7RAQ#t=76». «Me ayudó a llevar con paciencia estos sufrimientos el pensar mucho en la Pasión de Nuestro Salvador. Fue una gracia de Dios nuestro Señor que coincidiera mi encarcelación con la Semana Santa, que tantas veces me puso delante la ensangrentada y humillada figura de nuestro inocente y divino Salvador. El Domingo de Resurrección también yo recé y tatareé muchas veces el regocijante "¡Regina Coeli, laetare!"» (L. AGUIRRE, «Yo estuve en una cárcel comunista.», *Todos Misioneros* 21 (1951), 164).

«Al ver que mis manos iban a llenarse de aquellas miserias quise resistirme, pero entonces, (aquel día era Lunes Santo) me acordé de la pasión de Nuestro Señor, me imaginé a nuestro Salvador sufriendo todo lo que sufrió por nosotros, y ese recuerdo me dio fuerzas para coger con mis dos manos aquel grande y repugnante orinal y me dio fuerzas también para responder con una ligera sonrisa a las endemoniadas carcajadas, con que la soldadesca celebraba aquella humillación que me hizo sufrir.
Tres días estuve viviendo junto a los orinales. Mi estómago a la vista y proximidad de tanta inmundicia se revolucionó, se declaró en huelga y durante ese tiempo no quiso recibir ningún alimento»[253].

En la cárcel sacaban todos los días a matar a 5 o 6 presos. El padre Aguirre en esta situación de muerte, de condena, de cadenas, anunció a los presos la Buena Noticia de la Vida eterna, del perdón, de la liberación, del Amor de Dios. En esos 21 días que pasó en la cárcel, consiguió que se bautizaran tres presos. Escuchemos el relato conmovedor del padre Aguirre.

«En medio de tantas calamidades tuve también grandes consuelos. Uno de los mayores, fue el que sentí al bautizar tres presos. El primer día comencé a predicar a los presos algunas verdades de nuestra religión, pero el soldado que nos custodiaba me mandó callar. [...]
Con todo, en particular y en voz baja, hablé a bastantes presos de Dios, del alma, del Cielo, del infierno etc. etc. Y los animé a hacerse cristianos. De todo hubo entre aquellos desgraciados. Unos se rieron de mis doctrinas y "supersticiones"; muchos creían cuanto yo les decía, pero por el dichoso temor a las autoridades ateas, me respondieron que cuando salgan de la cárcel se harán cristianos, y solamente tres tuvieron la dicha de recibir el bautismo.

[253] L. AGUIRRE, «Yo estuve en una cárcel comunista.», *TM* 21 (1951), 162–163.

A un anciano de setenta años bauticé unos segundos antes de salir de la cárcel para ser fusilado. La víspera por la tarde, sin saber ni yo ni él que al día siguiente sería fusilado, le expliqué las principales verdades de nuestra religión. Al principio, como los demás presos, me dijo que en la cárcel no quería, por temor, ser cristiano, pero que cuando saliera se bautizaría. "Y si no sales de aquí sino para ser fusilado, le repliqué yo, ¿a dónde irá a parar tu alma? No temas a los que solamente pueden matar tu cuerpo; teme solamente a Dios y al infierno". Estas palabras mías le causaron mucha impresión.

Al día siguiente, al formar para salir al retrete, me quede atrás y me puse junto a él, para preguntarle si quería que lo bautizara cuando nadie nos viera. Antes de dirigirle la palabra, un soldado nombró al pobre viejo y le dijo estas fatídicas palabras: "coge tu ropa y sal inmediatamente". Todos, él el primero, comprendimos que había llegado su última hora. Yo, aprisa y corriendo, cogí la tetera con agua limpia y le dije: Ya lo sabes, dentro de unos momentos serás fusilado. ¿Quieres ir al Cielo? ¿Quieres bautizarte? El pobre viejo, temblando de pavor, me contesto: "Sí, Padre, quiero ir al Cielo, bautíceme". Y mientras el anciano se inclinaba para coger la ropa del suelo yo le quite el gorro de la cabeza y temblando, no de pavor, sino de una emoción cual nunca la he sentido, lavé su frente, por la que corrían gotas de agónico sudor, con las vivificantes y salvadoras aguas del Bautismo. Con una sonrisa, entre triste y beatífica, se despidió de mí el buen viejo y me agradeció el grandísimo beneficio que Dios N. S., mediante mi pecadora persona, acababa de concederle. Yo también le sonreí y le dije estas consoladoras y esperanzadoras palabras: "Confía en Jesús y no temas, pues hoy estarás con Él en el Paraíso".

A los otros dos presos bautizados, jóvenes de unos veinticinco años, los dejé en la cárcel arrastrando pesadas cadenas. Supongo que pronto saldrán de este mundo, pues todos los días sacan a muchos para fusilar»[254].

[254] *Ibid.*, 164-165.

Pasados 21 días, pesando 35 kilos, las autoridades lo llamaron y le dijeron que podía volver a casa, pero con la condición de que reconociera por escrito su culpa y prometiera no volver a quebrantar las órdenes de las autoridades.

Le rechazaron el escrito autoinculpatorio por tres veces diciendo que estaba mal redactado. La última de ellas le dijeron claramente que no recibían su escrito porque en él no constaba el verdadero motivo de su encarcelamiento, que no había sido otro sino las "malas relaciones" del misionero con la cristiana que encontraron en casa de la catequista. Le amenazaron con que si no hacía constar esa acusación en el escrito volverían a encarcelarlo.

Los comunistas durante todo el tiempo de estancia del misionero en prisión habían intentado arrancar a la catequista y a la cristiana implicadas declaraciones falsas acusando al misionero de mantener "malas relaciones" con aquella cristiana, primero ofreciéndoles beneficios y después amenazándolas hasta de muerte; como no consiguieron nada, recorrieron la calle principal de la ciudad donde estaba la misión, yendo casa por casa intentando sacarles una confesión de acusación al misionero. En lugar de las acusaciones infamantes que esperaban oír contra él, oyeron la apología del misionero y de la misión católica, manifestando que no había persona tan honrada ni de tan buena fama, diciendo que la misión católica era el lugar más seguro, y que durante las ocupaciones militares de los nacionalistas todos llevaban sus cosas y a sus hijas a la misión para que fueran custodiados por el misionero, en quien todos tenían plena confianza.

El padre Aguirre se negó a difamarse a sí mismo, al clero y a la Iglesia Católica, dispuesto a regresar a aquella horrible prisión. Al fin, todo se resolvió definitivamente sin exigirle que

reconociera nada más. Tres meses después, el 7 de julio de 1951, abandonó el padre Aguirre la misión, habiéndose visto forzado por las circunstancias a pedir su salida; llegaría a Hong Kong el 14 del mismo mes. Él mismo describe cuales fueron las circunstancias de su salida forzada:

> *«Los comunistas chinos, que tan malos ratos me han hecho pasar en los cinco años y pico que entre ellos he vivido, me obligaron por fin a levantar el vuelo y salir de China. No me han expulsado abiertamente, pero tan imposible me hicieron la vida que no tuve más remedio que salir. Me dieron orden de desalojar mi casa, o más claro, me echaron de mi casa; y como en toda la ciudad donde yo vivía no pude encontrar una casa donde meterme, porque nadie, ni paganos ni cristianos se atrevían a hacerme un favor, (ni siquiera se atrevían a visitarme por temor a los comunistas); y como por otra parte no me dejaron trasladarme a la ciudad de Kweiteh, ni a otra misión de China, escribí al P. Gazpio, exponiéndole mi situación. Y el P. Gazpio, en vista de mi situación tan insostenible, me mandó salir de China y venir a Manila»*[255].

2. Monseñor Quintanilla y Lorenzo Peña

Los padres monseñor Quintanilla y Lorenzo Peña fueron arrestados el 18 de abril de 1951, y permanecieron en prisión dos meses, hasta el 18 de junio.

Los comunistas usaron los mismos métodos que en Ningling, buscando conseguir entre la gente acusaciones contra los religiosos, para con ello justificar su arresto. En este caso, los cristianos de Palichoang se portaron también heroicamente y confesaron abiertamente que no sólo no habían recibido ningún daño de ellos, sino que, por el contrario, les eran deudores de muchos y

[255] L. Aguirre, «Carta (Manila, 1 agosto 1951) al prior provincial Santos Bermejo», (1951), AM, 163, 1.

grandes beneficios. Por el contrario, entre los cristianos de Huchiao, donde ambos religiosos habían misionado, consiguieron arrancarles dos acusaciones con las que los llevaron a la cárcel.

Tras una parodia de juicio al que sometieron a los dos misioneros, en las que los mismos presos hacían de acusadores, testigos y jueces ante la mirada del jefe de policía, lanzando contra ellos terribles y soeces improperios, los abofetearon y escupieron en la cara, todo sin permitir que pudieran decir nada.

Tras esta parodia cruel, el jefe de policía les tomó declaración y los envió a la prisión de Chutsi y «sin dejar de sonreír, afirmó que realmente no había por qué temer, que el asunto no tenía importancia, pero que esperáramos unos días, hasta que todo quedara clarificado y añadió: después, para que no sufráis en China, os dejaremos volver a vuestra patria»[256].

Tras el traslado, un juez les aclaró los motivos de su prisión: «En vuestro asunto no hay nada que se roce con la religión; en esto el gobierno no interviene pues hay libertad de conciencia. Os han apresado simplemente porque habéis sido acusados por el pueblo, dueño y señor en nuestras democracias populares»[257].

Allí pasaron dos meses, malcomiendo, entre piojos, pulgas, y ratas, encargados durante todo un mes de vaciar en las letrinas exteriores los orinales de la celda. Así nos describe monseñor Quintanilla este tiempo de gracia espiritual para ellos:

> *«Así vamos pasando nuestra vida carcelaria, monótona, aburrida, a ratos alegres a ratos tristes, unas veces optimistas y otras presa de un desesperante pesimismo; mas siempre, eso sí, por una ayuda especial de la divina gracia, muy conformes*

[256] A. QUINTANILLA, «Carta (8 septiembre 1951) a Fco. Lizarraga», *TM* 22 (1952), 39.

[257] *Ibid.*, 40.

con la voluntad santísima y disposiciones de nuestro padre celestial. Teníamos nuestros rezos y meditábamos; meditábamos mucho, como tal vez nunca lo hayamos hecho ni aun en tiempo de los mejores y más fervorosos ejercicios espirituales. [...] Cuántos actos de paciencia, de humildad, de resignación, de caridad teníamos ocasión de hacer. En fin, que estamos convencidos de que aquel retiro, aunque no buscado por nosotros, nos proporcionó una lluvia copiosísima de gracias y bendiciones que el Señor derramó sobre nuestras almas. ¡Cuánta razón tenemos para bendecir la mano del buen Padre, que tanto más demuestra su largueza y benignidad cuanto más pruebas envía a los que son sus elegidos!»[258]

Debido a que el padre Quintanilla comenzó a tener fuertes hemorragias nasales, a los dos meses de su prisión los sacaron de la cárcel. Estaban en un estado lamentable, y con la consigna de que lo mejor que podían hacer era abandonar el país, pues en la nueva China no había cabida ni se necesitaba ninguna religión.

3. Expulsión de los religiosos extranjeros

El 3 de enero de 1950, el padre Julián Sáenz se trasladará a Shanghái, donde el 6 de agosto de 1954 morirá de un infarto de miocardio; el 23 de enero de 1952, los padres Colomo y Gazpio salieron de la misión; el padre Arribas, que el 30 de junio de 1951 había pedido su salida de China, no obtuvo el permiso hasta abril del 1952, llegando a Manila a primeros de junio. Por último, el 30 de agosto de 1952, monseñor Quintanilla y el padre Lorenzo Peña fueron expulsados de China, tomando posesión como vicario episcopal el padre José Shan.

El padre Francisco Sanz fue el último en ser expulsado de China. Encargado de la procuración en Shanghái tuvo un papel

[258] *Ibid.*, 63.

importante, como veremos, en servir de apoyo moral y económico a los frailes chinos que se habían quedado en el interior y que sufrían el control y persecución comunistas. En 1955 se produjo un gran golpe contra la Iglesia.

Encarcelaron a muchos de los obispos, sacerdotes, religiosas y seglares destacados chinos, y expulsaron definitivamente a los extranjeros que quedaban. En aquel año, el padre Francisco Sanz regresó a España.

J. Persecución, campos de concentración y muerte de religiosos chinos[259]

Expulsados los misioneros extranjeros, quedaron al frente los religiosos agustinos recoletos chinos que habían sido ya ordenados sacerdotes. Éstos sufrieron la persecución y la reclusión en campos de concentración, donde muchos de ellos murieron de hambre. De aquí saldría también un pequeño resto sobre el que se reconstruiría la vida eclesial y religiosa de la misión.

Durante los años 1952-1955 el padre Francisco Sanz, que fue el último en ser expulsado de China, pudo mantener relación con los religiosos chinos que permanecieron y que con la excusa de comprar medicamentos se llegaban a Shanghái, donde se les ofrecía en secreto la ayuda moral y económica que necesitaban.

A la salida del obispo de la misión sólo quedaban dos centros misionales: Yucheng y Chutsi, con misioneros y religiosas dedicados al servicio de los cristianos. Los demás religiosos residían en sus pueblos natales sin poder dedicarse a la actividad apostólica por prohibición de las autoridades comunistas. Parte de las

[259] En estos dos escritos se dan a veces datos y fechas, sobre todo de muerte, no coincidentes, elegimos las que creemos más probables (Cf. F. SANZ, «Actualidad y pasado de nuestra misión de China»; N. SHI, «Historial reseña sobre la Diócesis de Shangqiu (Kweiteh)»).

religiosas volvieron a sus casas, otras buscaron empleo donde pudieron. Algunas, viendo el porvenir oscuro y peligroso, pidieron la dispensa de los votos, que les fue concedida. Los comunistas se incautaron de los centros misionales, que convirtieron en oficinas, graneros o viviendas.

Los comunistas fundaron con un pequeño e irrelevante grupo de ambos sexos la Iglesia Patriótica Nacional a la que con métodos de persuasión y de coerción intentaban que se unieran los sacerdotes y religiosas. En 1955 se produjo el gran golpe contra la Iglesia indígena, con arrestos y condenas de obispos, sacerdotes y cristianos relevantes.

1. Padre José Shan

El padre José Shan fue el primer recoleto chino y el primer sacerdote indígena de la misión. Desde su ordenación trabajó en Kweiteh, colaborando en labores parroquiales y ejerciendo de vicerrector y de profesor en el seminario. Durante los años 1946-1947 trabajó en la misión de Chutsi, y en abril de 1947 fue enviado a la ciudad de Yucheng donde trabajó hasta su detención por los comunistas en 1955.

Después de la expulsión del obispo, en agosto de 1952, se hizo cargo, como vicario general, de toda la diócesis. Para protegerse de las autoridades comunistas, rechazó delante de ellas tal cargo. Monseñor Quintanilla quedó muy preocupado con la negativa del padre Shan, el cual alegaba que no podía hacerse cargo de toda la diócesis por tener suficiente con la carga de su misión de Yucheng. En un momento en que el padre Shan se pudo ver con el padre Lorenzo Peña en la sacristía, le dijo en secreto que informara al señor obispo de que aceptaba el cargo, pero que quería encubrirlo a los comunistas, que querían a toda costa controlar a los responsables para formar una Iglesia Nacional

Patriótica, separada de Roma. El padre Shan envió a un catequista de su confianza para que informase al padre Lucas Yuo y le dijera que se negara a aceptar él también el cargo, como hizo.

El padre Shan, como todos ellos, además de cumplir sus obligaciones como sacerdote y misionero, tenía que ganarse el pan de cada día con el trabajo de sus manos. En verano, cultivar su huerta, buscar forraje en el campo para los animales y moler el grano; en invierno, hilar algodón. En su misión había tres religiosas que abrieron un pequeño hospital oftalmológico donde se hacían operaciones de párpados para curar y evitar el tracoma. Así evitaban ser considerados parásitos e inútiles a la sociedad, pudiendo de este modo mantener el culto de la capilla.

De 1952 a 1955 el padre Shan iba dos o tres veces al año a Shanghái con permiso de las autoridades para comprar medicinas. Así pasaba unos días en compañía con los padres de la procuración. Para comprender lo que fue la tensión que debió vivir en la misión durante esos años, nos cuenta el padre Francisco Sanz lo que ocurrió la última vez que los visitó.

> *«En la última visita, en mayo o junio de 1955, nos comunicó, con el fin de evitar sustos, que cuando se quedaba dormido o adormecido daba unos gritos de terror. Efectivamente, esa misma noche pude comprobarlo. Al sonar las 4 de la mañana en el reloj dio unos gritos pavorosos que me despertaron. Me levanté, entré en su habitación y lo vi un poco jadeante, pero se le pasó pronto. Otra vez le sucedió en el recibidor, al quedarse adormecido; dio un gran susto a los presentes. Llevamos a un médico conocido. Después de examinarle, nos dijo que no le encontraba nada, y que los gritos provenían del miedo y pavor que tenía»*[260].

[260] F. SANZ, «Actualidad y pasado de nuestra misión de China», *BPSN* 72 (1982), 65.

El año 1955 durante el "movimiento de eliminación de los contrarrevolucionarios", entre quienes estaba la Iglesia Católica, fue acusado de espionaje y estuvo preso durante dos años; después fue condenado a quince años de trabajos en una granja de Shanxian. En 1962 obtuvo la libertad provisional para curarse de una grave enfermedad. Regresó a su casa donde fue obligado a ganarse el sustento recogiendo estiércol animal por los caminos, y teniendo que cuidar de su madre, que había perdido la cabeza y no sólo no lo reconocía, sino que incluso lo maltrataba. No tenía otra familia que una tía anciana y un primo, y aunque él lo trataba bien, su mujer, en cambio, le hacía sufrir. Enflaqueció muchísimo y terminó muriendo de hambre en agosto de 1975.

2. Padre Lucas Yuo

Tras su ordenación sacerdotal en Roma, regresó a la misión en 1947. Estuvo un año como profesor en el seminario y en 1948 acompañó a los seminaristas a Shanghái. Después de que los seminaristas fueran a Hong Kong y luego a España, fue destinado a Chutsi, donde había un centenar largo de cristianos buenos y practicantes.

Después de que la capilla y la escuela fueran ocupadas por los comunistas, su labor se centró en la guardería. Sus negativas a unirse a la iglesia nacional por ellos patrocinada le llevaron a no poder salir de la misión, viviendo aislado entre continuas presiones y amenazas. En 1955 fue arrestado por "contrarrevolucionario". Tras dos años de prisión, fue condenado a ocho años de exilio, deportado a las minas inhóspitas del desierto en la provincia de Qinghai.

Sufrió allí angustias inauditas, muriendo de hambre y frío en 1958, año en que cientos de miles de personas murieron en China a causa de "la gran hambruna".

3. Padre Gregorio Li

Hasta la ordenación su historia corre paralela a la del padre Lucas Yuo. Tras un año de profesor en el seminario, cuando los seminaristas religiosos fueron a Hong Kong y los diocesanos al seminario mayor de Kaifeng, el padre Gregorio Li fue nombrado director de la escuela primaria de Kweiteh.

Como director del colegio tuvo que asistir a frecuentes reuniones donde los comunistas les explicaban las normas y métodos que debían acatar. Una vez convencido de que no podía continuar de director si no acataba la ideología comunista, renunció al cargo en 1951.

Tras su dimisión se fue a su pueblo natal a descansar y a estar con su madre. Aquella situación se convirtió en definitiva no pudiendo regresar a la misión. No podía celebrar Misa sino en secreto, por temor a ser denunciado por las juventudes comunistas. Entre finales de 1951 y 1952 fue a Shanghái donde se le dio alguna ayuda económica. Durante esos años acudió a las llamadas esporádicas de las catequistas de Yungcheng para que asistiera a los enfermos.

Fue detenido un poco más tarde que los demás, en 1958, siendo condenado a 15 años de trabajos forzados en la provincia de Qinghai. Cumplida la sentencia, permaneció en dicha provincia, donde murió en marzo de 1980.

4. Padre José She

El 29 de junio de 1948 fue ordenado sacerdote sin haber terminado los estudios teológicos, por lo que fue con los seminaristas a Hong Kong a completarlos. En diciembre de 1949 fue a Manila.

Al entrar monseñor Quintanilla en la misión tras su consagración episcopal, viendo que en el tiempo que llevaban los

comunistas en la ciudad de Kweiteh no habían molestado a los misioneros mayormente y que permitían las celebraciones litúrgicas, creyendo que esa situación continuaría así, pidió a los superiores, con la mejor voluntad, que mandaran volver a la misión a los cinco sacerdotes chinos residentes en Manila: José She, Lucas Wang, José Wang, Marcos She y Pedro Kuo. Los superiores accedieron. Marcos She y Pedro Kuo fueron a Pekín a estudiar.

Los padres José She, Lucas Wang y José Wang partieron desde Shanghái a la misión, pero los comunistas los enviaron a sus pueblos para empadronarlos. De hecho, jamás les dieron permiso para trasladarse a otras localidades, frustrando los deseos de monseñor Quintanilla, que quería ponerlos en los puestos misionales que estaban sin sacerdote. El retorno fue inútil, pues no pudieron dedicarse a los fieles ni ejercer el ministerio sacerdotal.

El padre José She era de Seliulou, donde había un centro misional, pero no pudo instalarse en la misión y hubo de vivir con su familia, ayudándoles en las tareas agrícolas. Lo encarcelaron durante tres meses (5 de marzo – 2 de junio de 1951) con cadenas en los pies por sospechas de haber pertenecido al partido nacionalista. Tras ello estuvo sin poder salir, controlado en todos sus movimientos. Probablemente en 1954, se le concedió permiso para viajar a Shanghái y visitar a su hermano, que era el portero de la procuración de los recoletos. Pasó un par de semanas con los frailes y pudo volver a su pueblo confortado y animado.

En septiembre-octubre de 1955 fue encarcelado dos años y condenado a 5 años de trabajos correctivos en la ciudad de Minchuang. En el año 1958 falleció de hambre y fatiga. El padre She era un buen sacerdote e intrépido en la fe, solía repetir esta frase: «un buen sacerdote, si no está en la iglesia, estará en la cárcel».





José Shan.

Arriba, con su familia.

Abajo, repartiendo ropa a los necesitados.



Gregorio Li (izquierda) y Lucas Yuo (derecha).

Arriba, en el mismo orden, ambos en el barco conversando con otros pasajeros durante su viaje de vuelta a China.





5. Padre Pedro Kuo

Ordenado sacerdote en Manila en 1950, fue destinado a estudiar a la Universidad Católica de Pekín, pero no pasó el examen de ingreso. Le enviaron a Shanghái como viceprocurador y párroco, para que, en vista de la próxima expulsión de los extranjeros, se hiciera cargo de los asuntos de la procuración.

Convencidos los comunistas de que la Iglesia Patriótica no prosperaba porque los misioneros extranjeros eran el sostén de los sacerdotes chinos, en agosto de 1953 encarcelaron a unos treinta acusados de espionaje y actos contrarrevolucionarios en una campaña de desprestigio de los extranejros. Entonces intentaron convencer a los sacerdotes chinos para que se unieran a la Iglesia Patriótica. Una vez al mes, durante dos años, el padre Pedro era convocado a encuentros de adoctrinamiento. Él permaneció siempre fiel sin a unirse a la Iglesia Patriótica.

Tras el fracaso de esta campaña, en la noche del 8 de septiembre de 1955 llegó el golpe de fuerza contra la Iglesia Católica en Shanghái, encarcelando a los obispos, sacerdotes, párrocos y dirigentes seglares de las asociaciones y juventudes católicas.

A las once de la noche de aquel día entró la policía en la procuración, arrestaron al padre Kuo y registraron su cuarto, donde encontraron bonos del gobierno, algo de oro, dinero, etc. Al ver aquello dijeron que financiaba la contrarrevolución. En un par de horas, terminado el registro, el subjefe sacó un oficio del gobierno comunista en el que se ordenaba la detención del padre Kuo por anticomunista, contrarrevolucionario, espía del Vaticano, de los Estados Unidos, etc. Todo silenciando la única causa verdadera que era la negativa del padre Kuo a colaborar con la Iglesia Patriótica Nacional, patrocinada por los comunistas.

En los numerosos y extenuantes interrogatorios a los que fue sometido posteriormente, así como en los juicios públicos y privados, dio siempre prueba de fidelidad heroica.

> *«El Papa, le decían los comunistas, es un imperialista e invasor cultural. El Papa, contestaba intrépidamente el P. Kuo, no es nada de eso, es el Jefe de la Iglesia Católica. ¿No quieres separarte, le preguntaban, de un invasor? No, les respondía, no puedo separarme de él porque es el Centro del Catolicismo. Sin él no puede existir la Religión verdadera»*[261].

Estuvo en la cárcel dos años hasta que salió la sentencia de condena a exilio en las minas de Qinghai por quince años. Allí se encontraron él y el padre Lucas Yuo. Fueron providencialmente destinados a portar la misma vara de la que pendía la cesta en la que transportaban el mineral. No se dieron a conocer en público por temor a que los separaran. La compañía les procuraba consuelo recíproco. El saludo era una sonrisa. Los trabajos forzados, penosos, sin descanso y con muy poca comida hicieron que en 1958 falleciera también el padre Kuo de hambre, frío y fatiga.

6. Padre Marcos She

El padre Marcos She, tras su ordenación sacerdotal en 1950, fue a Pekín con el padre Pedro Kuo. Tras un año en la Universidad fue arrestado, condenándolo al destierro y a cinco años de trabajos forzados. Terminado el exilio cerca de la frontera con Rusia, permaneció allí sin vivir como sacerdote y sin recibir los sacramentos. La visita que en 1980 le hizo el padre Pedro Ko, le dio muchos ánimos, sirviendo aquel reencuentro para encauzar seriamente su vida como cristiano. Después de retirarse, volvió a Honan, a la misión. En 1986 falleció en casa de su hermano.

---

[261] F. SANZ, «Actualidad y pasado de nuestra misión de China», 81.





José She.



Pedro Kuo.

Marcos She.









José Li. Abajo, el día de su profesión solemne en 1993 (3º izda.), en ceremonia presidida por monseñor Nicolás Shi (con pectoral).



7. Agustín Cheng

Seminarista bueno y fervoroso que cuando estaba para ser ordenado sacerdote, tuvo que ir a Shanghái a tratarse una enfermedad ocular. Allí, en septiembre de 1955, le pilló el arresto del padre Pedro Kuo y la expulsión del padre Francisco Sanz, siendo él mismo también encarcelado medio año, perdiendo la ocasión de ordenarse.

Posteriormente, en el año 1958, fue arrestado junto con el rector del seminario y con otros seminaristas muriendo aquel mismo año.

8. Padre José Li

Seminarista compañero de Agustín Cheng, que se llegó a ordenar sacerdote. El padre Li tenía fama de santidad y de fidelidad al Papa. Antes de que lo arrestaran, viajó por varias provincias, de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad predicando el Evangelio sin descanso. Él decía: «Ahora, aprovechando la libertad que tengo, evangelizaré dondequiera me exige».

En 1958 fue arrestado y condenado a siete años de exilio y trabajos. Terminado el exilio volvió a su propia casa despojado de todo derecho civil y sin ninguna libertad. En 1981 estuvo otra vez arrestado hasta noviembre de 1982. Estuvo enfermo, padeció de los ojos y también parálisis. En 1993 profesó como agustino recoleto, y murió el 20 de abril de 2001.

9. Padre Lucas Wang

Fue confinado en su pueblo tras su llegada de Manila, y en 1955 fue encarcelado, siendo liberado en 1957 y enviado a la misión de Chutsi donde estuvo hasta 1966 cuando con la revolución cultural fue enviado de nuevo a su casa, siendo suspendida toda

actividad religiosa. El padre Lucas sufrió críticas, calumnias, tratos vejatorios, continuos interrogatorios y una vigilancia constante.

Probablemente por presión comunista, se casó civilmente con Agustine Xu, antigua religiosa. Ambos querían arreglar su situación, pero temían las represalias del gobierno si se separaban. Arreglada finalmente su situación, desde 1985, año en que se devolvió a la diócesis de Shangqiu (Kweiteh) sus propiedades, trabajó incansablemente en la parroquia de Chutsi.

El padre Lucas vivió un auténtico purgatorio. Las lágrimas fluían al recordar la constante intimidación y la tortura moral de los interrogatorios; sufrió en su carne las dudas y la presión de la sospecha; en los últimos años gozó de la vida común. Murió el 13 de marzo de 2008.

10. Monseñor José Wang

Fue ordenado sacerdote en Manila en 1950. Regresó a la misión, pero el gobierno le denegó la residencia permanente en Kweiteh, enviándolo a la aldea originaria de su familia de la que habían emigrado siendo él pequeño. Desde aquel momento, no volvió a residir en la misión.

En 1951 fue arrestado por tres meses, y salió bajo vigilancia de seis personas de la seguridad pública.

> *«Durante los cuatro años y medio que duró la vigilancia, no podía salir de día a cuidarme de los fieles, entonces iba al campo a trabajar. Durante las noches secretamente iba a las*

parroquias de unos 20 kilómetros de lejos a administrar los sacramentos, y volver la misma noche»[262].

En 1958 lo acusaron de ir muy frecuentemente a la iglesia de Zaoxian a confesarse. Le obligaban a que dijese lo que había manifestado al confesor. Él se negó en rotundo. Le hicieron sostener ladrillos con la cabeza y con las manos extendidas mientras se apoyaba con una sola rodilla sobre ladrillos.

Como no cedió a nada, lo arrestaron y lo condenaron a diez años de prisión, de los cuales, tres años y medio estuvo con grilletes en ambos tobillos.

Estuvo una temporada con otro sacerdote que no era de la Orden. Se confesaban mutuamente hasta que los descubrieron y los separaron. En octubre de 1968, cumplida la condena, salió, quedando de nuevo bajo control, sin libertad de movimientos.

En 1982, agentes de la seguridad pública querían inducirle a que fuera por el camino de la Iglesia Independiente y que se separara del Romano Pontífice. Consecuencia de su rechazo fue el que lo apresaran por tercera vez, condenándolo a diez años de prisión, que le fueron rebajados a dos. En el 1984 salió de la cárcel permaneciendo, sin embargo, bajo vigilancia.

En el 1986 el gobierno convocó una conferencia «para el clero de pensamientos retrógrados», entre los que estaban él y monseñor Nicolás Shi. Durante el debate ambos participaron activamente en tercer y cuarto lugar, expresando firmemente no separarse de la Santa Sede. Luego otros 70 asistentes se expresaron de la misma manera.

---

[262] J. WANG, «Visión retrospectiva de los 50 años del sacerdocio», (2000), *AGOAR*, L, 9, 4.

Debido a que no había clero para los fieles de Heze, diócesis a la que pertenecía el pueblo de monseñor José Wang, el gobierno le invitó a ir allí para encargarse de los negocios de la Diócesis. Cuando llegó allí, todas las iglesias de la Diócesis habían sido destruidas. Toda propiedad y derechos de uso habían quedados confiscados.

Consiguió, con la gracia de Dios, acometer él solo esta ardua empresa, realmente extenuante; consiguió que se abrieran muchas capillas en los pueblos y en el año 2000 restauró de nueva planta la iglesia de Zaoxian. A petición de sus fieles y de los sacerdotes de Diócesis vecinas, la Santa Sede lo nombró Obispo de Heze y el 8 de diciembre de 1996 recibió la consagración de manos de monseñor Nicolás Shi.

> *«Nuestra Diócesis se ha desarrollado hasta hoy (año 2000) con una catedral y cuarenta y pico capillas y 30 mil fieles. Además, mientras tanto he podido formar a uno para el sacerdocio y dos diáconos, cinco seminaristas, ocho religiosas»*[263].

Mons. Wang murió el 26 de julio de 2004. Su compañero, monseñor Nicolás Shi, dejó estas palabras sobre él:

> *«Este padre es un celoso misionero, ordinariamente viajando de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, trabaja en la predicación evangélica, y administración de los sacramentos; muy pocos días en su residencia de Heze. Se muestra humilde, manso, e indiferente de vestido y comida. Lo que está pasando en su corazón, no es suyo, sino es de Cristo, es gloria de Dios, y salud de las almas. Pienso que mis palabras no son carentes de la realidad, sino realidad de verdad»*[264].

---

[263] *Ibid.*

[264] N. Shi, «Historial reseña sobre la Diócesis de Shangqiu (Kweiteh)».





Lucas Wang.

A la izquierda, en la última etapa de aislamiento de la misión.

Arriba, derecha, en 2005.

Abajo, con fieles de la Parroquia Inmaculada Concepción de Chutsi (estación), donde sirvió durante años.







**Monseñor José Wang,
obispo de Hezé.**



11. Monseñor Nicolás Shi

Monseñor Nicolás, ordenado el 29 de junio de 1948, fue destinado a la misión de la estación, Chutsi. Al año siguiente fue a la catedral como vicepárroco y ejerció en 1951 como párroco. Tras la detención de José Shan, en 1955, fue nombrado vicario general de la Diócesis.

Sin embargo, el ejército comunista ocupó la casa del obispo, la residencia de los padres, el seminario menor y las casas de las monjas. Siendo la situación insostenible, se vio obligado a trabajar de oculista en el hospital unificado de la ciudad.

En 1957 solicitó ser trasladado a la iglesia de la estación (Chutsi) que era la única que no estaba ocupada. Al año siguiente el Gobierno lo condenó a tres años de trabajos forzados en una fábrica de ladrillos por ser un "reaccionario burgués derechista". Allí vivió inhumanamente, con trabajos penosos y largos y comida escasa.

Por haberse mostrado honesto y haber cumplido bien sus deberes, fue instalado en una clínica para seguir haciendo de oculista. Tras un año logró poder volver a la iglesia de la estación, pero fue de nuevo acusado de contrarrevolucionario y metido de nuevo en prisión por otros dos años.

Desde 1964 a 1976 vivió junto con su madre anciana en la más profunda miseria. En 1976, tras la muerte de Mao, fue rehabilitado, pero por negarse a entrar en la Iglesia Patriótica, fue enviado a una escuela superior a enseñar inglés hasta 1986, año en que se jubiló. Mientras estuvo allí muchos cristianos se acercaban a él en busca de sus servicios sacerdotales.

Finalmente, en 1987, pudo tomar de modo clandestino posesión de su antigua misión y tras un año de negociaciones recobró para la Iglesia todo el complejo de la misión, con todos sus

edificios. En 1991 la Santa Sede reconocía sus trabajos y le nombraba obispo de la diócesis, siendo consagrado el 8 de mayo de ese año.

> *«Estaba dotado de una inteligencia nada común. El aislamiento que tuvo que sufrir en la situación política de aquellos años no le llevó al abandono de su propia formación, sino que su asiduidad en el estudio y la lectura hicieron de él una persona culta, conocedora del inglés, español y latín, y le mantuvieron abierto a los cambios que se fueron produciendo en la Iglesia en la segunda mitad del siglo XX»*[265].

En medio de mil dificultades, logró reanudar su ministerio e iniciar la reconstrucción de la vida eclesial en la antigua misión recoleta. Dejó una Diócesis estructurada, con sacerdotes y profesos agustinos recoletos, así como un nutrido número de religiosas misioneras agustinas recoletas y varios miles de cristianos.

Un retrato de su figura espiritual y de lo que representa para la Orden de Agustinos Recoletos se puede ver en el oficio con el que el padre provincial notificó a la Orden el fallecimiento de monseñor Nicolás Shi.

> *«Monseñor Nicolás Shi Jing Xian merece un puesto de honor en la historia de la Orden y de la Iglesia Católica en China. Él personifica la herencia de los misioneros y encarna el espíritu martirial de la Iglesia en China durante los años más duros de la persecución. Era uno de los últimos supervivientes entre la nube de mártires con la que Dios bendijo a su Iglesia en el siglo XX.*

[265] Fco. J. JIMÉNEZ, Prot. N. 264/2009 de la Provincia de San Nicolás de Tolentino: Necrológica del P. Nicolás Shi.

La oficina de asuntos religiosos y la policía china conocen su entereza, acrisolada por los sufrimientos y la persecución de que fue objeto. Su discreción y prudencia al hablar o al callar le llevaron a mantener siempre una relación tensa pero respetuosa con las autoridades, que no lograron nunca doblegarle ni que renunciara a sus principios religiosos, a las exigencias de la fe o a los dictámenes de su propia conciencia.

Fue un claro testimonio de fortaleza: aunque su vida estuvo sometida a presiones, persecuciones, multas e injusticias, nunca fue violento, pero no cedía cuando creía tener la razón de su parte, lo mismo ante personas privadas que ante los gobernantes. Sus modales eran educados, nunca levantaba la voz, sabía callar y tenía un gran dominio de sus reacciones.

Fue también una persona de profunda vida espiritual, de una fe honda e inquebrantable, con criterios claros y coherentes sobre la Iglesia, la vida religiosa y la relación con las autoridades. El amor a la Orden de Agustinos Recoletos en la que se formó, a la que perteneció y a la que amó, fue un rasgo que todos le reconocen y agradecen. "Estoy orgulloso de ser agustino recoleto", solía decir. Y le gustaba dar las "gracias a los agustinos recoletos que vinieron a China y que ya nos han dejado"»[266].

[266] *Ibid.*



Monseñor Nicolás Shi, obispo de Shangqiu.

5.

Estudio misionológico de la acción evangelizadora



1940. Construcción del nuevo seminario.

5.1. Los Misioneros, el Pueblo y la Cultura China

La acción evangelizadora del misionero comienza con el proceso de inmersión en un pueblo con su propia realidad sociocultural, nueva y distinta de la del misionero.

Una inmersión en la cultura que porta inevitablemente a una observación, análisis y descripción, más o menos reflexiva, sobre la realidad del pueblo al que se va a evangelizar. El propio bagaje cultural del misionero desde el que se enfrenta con esa nueva realidad influye en el modo de comprender la diversidad del otro.

En el análisis de la realidad cultural el misionero debe saber evitar una *actitud etnocéntrica*, que lleva a juzgar a los otros y su cultura solamente bajo el punto de vista de los propios valores y de la propia tradición cultural. Es una visión que dificulta la comprensión de la nueva cultura y propende al juicio, la crítica, el desprecio...

Debe evitar, al mismo tiempo, una *actitud relativista*, que no sea capaz de distinguir los aspectos positivos y negativos de la cultura tanto de origen como de destino. Una actitud equilibrada debe llevar al misionero a tratar de analizar con objetividad, intentando entender y comprender el valor y el sentido que dentro de aquel sistema cultural tienen ciertas realidades que contrastan con las propias.

Los misioneros «deben llegarse a los pueblos con la caridad del corazón, por la que, no metiendo a los demás en los propios

moldes, se esfuerzan, con un espíritu abierto y bien dispuesto, a comprenderlos, estimarlos y amarlos»[267].

Este encuentro con una realidad cultural y social tan diversa, que contrasta en tantos aspectos con la propia, lleva también a un análisis y a una comprensión más abierta y profunda de las propias realidades culturales heredadas y asimiladas acríticamente.

El proceso de adaptación e inmersión cultural y social del misionero es clave para el desarrollo de una acción evangelizadora digna de ese nombre y eficaz.

Analizaremos cómo ha sido este proceso en los frailes agustinos recoletos que desarrollaron su misión en Kweiteh. Veremos qué comprensión y valoración hacen de valores culturales chinos, y del modo de ser propio de las gentes de aquellas zonas de la misión.

La visión del misionero, a la hora de comprender, analizar y describir estas realidades, debe estar iluminada desde los valores evangélicos y estar orientada al desarrollo de la evangelización.

Comprender la realidad sociocultural y el modo de ser de las personas desde el Evangelio, para saber cómo llevar y presentar el Evangelio de modo más significativo y acomodado a su idiosincrasia.

[267] Cf. P. FUMASONI-BIONDI, «Instructio SCPF «Circa prudentiorem de rebus missionalibus tractandi rationem»», 269.

5 de julio de 1940. Profesión religiosa de nueve novicias chinas.



15 de julio de 1940. Comienza el noviciado de Pedro Kuo y Marcos She. Abajo, primera fila: José Wang, Pedro Kuo, Leoncio Reta (prior general), Marcos She, Nicolás Shi. Segunda fila: L. Arribas, J. Shan, M. Alegría, Isidro Beasiain (secretario general), E. Martínez. Tercera fila: L. Aguirre, J. Solabre, V. Martínez y J. Peña. Cuarta fila: F. Sanz, P. Colomo, M. Gazpio, L. Peña y A. Quintanilla.





Octubre de 1940. Pedro Galdeano, prior provincial (centro) bendice a los fieles de Yucheng, acompañado de L. Aguirre (izda.) y V. Martínez.

A. Descripción étnico-cultural

1. Aislamiento y orgullo cultural

Los misioneros se encuentran ante un pueblo que había vivido y vivía en un gran aislamiento cultural, con gran idea de sus tradiciones y con un gran orgullo racial y cultural, que lo hacían, en cierto modo, bastante reacio a los procesos interculturales y a recibir influjos de otras culturas.

> *«Lo primero que salta a la vista de cualquiera que viaje por el interior de China (y entendemos por interior de China aquellos puntos o regiones donde la raza se conserva pura, sin mixtificaciones) es la circunstancia de encontrarse enfrente de un pueblo primitivo, sin roce con gentes extrañas y en la plena posesión de sus cualidades raciales. No parece sino que ha estado sumergido en pleno sueño durante siglos y siglos, sin llegar a conocer del mundo más de lo que abarca la vista y sin aportar para su desarrollo más elementos que los de su propia personalidad. […] Lo cierto es que el fenómeno se mete por los ojos, aunque se cierren para no ver»*[268].

2. Afición literaria y cultural

Los chinos destacan por su afán por la cultura y por la educación; y esto aun entre la gente más sencilla, ya sean los padres, que hacen, en muchos casos, sacrificios enormes para que sus hijos puedan cultivarse, ya sean los hijos, por el empeño y ganas de aprender que manifiestan:

> *«En los orientales [...] es muy frecuente y recomendada la muy noble tendencia y afición a las letras; tanto que contrasta a veces esa tendencia decisiva a lo ideal con los escasísimos*

[268] TAHUTSE, «Aspectos de la vida misional en China», 402.

recursos con que muchos de ellos cuentan y la desidia que en esta parte manifiestan en ocasiones las juventudes del que llaman mundo civilizado. Hemos visto llorar a más de un niño de estos orientales ¡por no poder ir a la escuela! Y hemos visto también cómo aquí en Oriente muchos padres hacían verdaderas heroicidades para que sus hijos no perdieran su puesto en la escuela y pudieran terminar una carrera, todo a fuerza de economías y escandalosos cortes en el presupuesto de indumentaria y nutrición propias. Algo increíble. Claro que en Oriente como en Occidente no todo el monte es orégano. Pero el hecho es que se sacrifican hasta lo indecible por la ilustración, la carrera y la ambición de cultura de sus hijos»[269].

3. Medicina china

El padre Pedro Colomo, médico de la misión, supo valorar la medicina china tradicional y nos ofrece un juicio equilibrado y fundado en su experiencia sobre este aspecto sobresaliente de la cultura china. Él distingue entre dos tipos de medicina china:

La medicina china "oficial", que cura por medio de plantas medicinales y entre los que hay buenos y excelentes médicos, aun cuando haya también mucho incompetente. Reconoce que cuando son duchos, y saben interpretar bien el pulso y mezclar bien las distintas hierbas adecuadas al diagnóstico hecho, «la medicina hace su efecto y muchas veces con más prontitud que la nuestra».

La medicina china "privada", en la que los médicos no curan más que una enfermedad determinada, o a lo sumo, varias de un sistema, se sirve también de esas plantas terapéuticas, pero con fórmulas o recetas que guardan en secreto y las van

[269] «¡Escuelas, muchas escuelas!», *TM* 12 (1939), 125.

transmitiendo de generación en generación. Para él los mejores médicos chinos se encontraban entre esos. «Si no se salen de su especialidad, muchos de ellos son verdaderamente admirables y hacen curaciones prodigiosas»[270].

Sin embargo, poco a poco, la medicina occidental iba entrando y desplazando la medicina tradicional, gracias, sobre todo, al grande influjo del mundo protestante. Entre los de este grupo, dice el padre Colomo que también «hay médicos muy competentes sobre todo en cirugía»[271].

B. Idiosincrasia del pueblo chino

En el encuentro con un pueblo de cultura e idioma tan diferentes, los misioneros bucean por la psicología e idiosincrasia de sus gentes, lo que tantas veces provoca en ellos un verdadero choque cultural, y a través del cual van tratando de comprender el espíritu del pueblo al cual han sido enviados a evangelizar.

1. Moralidad y honestidad pública

Lo primero que llama la atención a los misioneros occidentales del modo de ser del pueblo chino es la moralidad y honestidad pública de su vida. Así lo expresaba el padre Mariano Alegría:

> *«No se necesita mucha perspicacia para darse luego cuenta de que en las costumbres públicas reina la más absoluta moralidad y honestidad. Con la ausencia completa de espectáculos públicos con que entretener los ocios y excitar los sentimientos de las gentes [...], apenas queda ocasión para ver reunidos en público a hombres y mujeres. Lo cual, si de pronto hiere la*

[270] L. Arribas, «Hablando con un médico misionero», *TM* 25 (1955), 10.

[271] *Ibid.*, 11.

imaginación y predispone a formar un juicio muy favorable a las costumbres públicas de este pueblo, aún se robustece este juicio, cuando se observa que, en la manera de vestir, en la manera de conducirse fuera de casa, lo mismo jóvenes que adultas, casadas que solteras se atienen a la más rigurosa honestidad»[272].

2. La "cara" (la reputación, la buena fama)

Rasgo éste importantísimo para el pueblo chino en todas las manifestaciones de su vida social e importantísimo también para poder comprender la importancia e influjo que en las personas tiene la fuerza de lo socialmente considerado correcto.

«"Tener cara" —explica el padre Alegría— significa entre los chinos ser hombre honrado y, por lo tanto, estar capacitado para intervenir en los asuntos, públicos o privados, con la autoridad que le presta su fama de hombre de bien»[273].

Hay por eso una tendencia a considerar el comportamiento moral de las personas desde el punto de vista de una doble guía de ética pública: que los comportamientos se ajusten a lo socialmente correcto, permitido o tolerado, y que los comportamientos considerados indignos se mantengan en la esfera estrictamente privada.

De esta manera, se debilita el sentimiento de la responsabilidad en el terreno de la conciencia privada, donde «el principal juez de las acciones es el veredicto público, la opinión de las gentes, y, por consiguiente, todo lo que no se ve, todo lo que no se sabe, aun cuando sea esencialmente malo, es materia que cae

[272] TAHUTSE, «Aspectos de la vida misional en China», 402.
[273] *Ibid.*, 404.

fuera de su jurisdicción»[274]. Se podría decir que la importancia de "tener cara" o de "no perder la cara" tiende a un debilitamiento de la dimensión personal y objetiva de la moralidad y a una acentuación de su dimensión social.

3. Desconfianza mutua

Los padres notaron cómo estas características de su personalidad social, llevaban a los chinos, en general, a una desconfianza mutua en las relaciones personales dentro de la sociedad, por ser difícil penetrar en el interior del otro, que permanece fuertemente velado. Si se refiere a los extranjeros, donde la diversidad de carácter, cultura e idioma ahondan la incomprensión mutua, la desconfianza hacia ellos aumenta grandemente.

4. Gestión de asuntos: visitas, intermediarios, banquetes y "buen sentido"

Otro aspecto que los padres descubrieron en su contacto con aquel pueblo es el modo que tenían de gestionar y resolver los asuntos. Solían hacerlo a través de las visitas, con intermediarios, sirviéndose de banquetes y encuentros sociales en los que se buscaba un acuerdo no sólo en base a lo estrictamente legal, sino apelando a la conveniencia y al buen sentir de las partes en el caso a tratar.

> *«Aquí la ley no tiene el rigor y la inflexibilidad que se le da ordinariamente en los países occidentales. Aquí, no sé si decir sobre la ley o al lado de la ley, hay un margen muy apreciable para el buen sentido; el cual se encarga de declarar en la práctica si aquella es o no aplicable en determinados casos. Se reúnen los interesados cuando esos casos llegan, se habla larga y*

[274] *Ibid.*

reposadamente sobre la dificultad y, o la ley se cumple o se suspende, sin dejar de serlo, para dar cabida a lo que he llamado buen sentido, el cual prevalece tanto o más que la letra de la ley»[275].

5. Materialismo y mercantilismo

Los chinos poseen gran aprecio por los bienes materiales y las riquezas, así como una gran capacidad para hacer negocios.

«Al concepto material o mercantilista que tiene aquí la vida, lo mismo entre los ricos que entre los pobres, concepto que dirige y gobierna con absoluta independencia, que imprime a la vida el único ritmo con que se desenvuelve, que despierta en todos un afán desmedido de riquezas y que ha sido causa de que este pueblo, sufrido y constante como pocos, esté capacitado para intervenir en los negocios con éxito casi seguro»[276].

Un misionero describe con agudeza cuál sea el principio fundamental de los chinos para su éxito comercial:

«El principio del comerciante chino (infalible las más de las veces) ha de ser ganar mucho dinero en mucho tiempo, siendo el nuestro (inseguro casi siempre) hacer en poco tiempo redondo un dineral»[277].

6. Curiosidad

Otro rasgo destacado por los misioneros y aprovechado en su acción misionera para atraer la atención de los chinos era "su innata curiosidad". Así lo expresaba el padre Elizondo:

---

[275] TAHUTSE, «Ecos de nuestra Misión de Kweiteh», *TM* 13 (1940), 55.

[276] TAHUTSE, «Aspectos de la vida misional en China», 405-406.

[277] L. ARRIBAS, «Desde China. Notas sueltas», 29.

«Es preciso vivir en China para formarse idea de lo que en tales casos sucede; al menor ruido en la calle vese ésta llena de curiosos espectadores. Tengo para mí que el mayor martirio del chino que entre en religión será verse forzado a no asistir a los acontecimientos, grandes o pequeños, que se desarrollen cabe las tapias de su convento, y el que en este punto se venza doile desde luego por muy buen religioso, porque debe ser tal la curiosidad que invade todo su ser cuando algo de esto sucede, que no hay chino, por muy ocupado que lo supongamos, que no abandone su trabajo y se plante en la calle»[278].

7. Cualidades de alto valor

Junto con estas cualidades descritas, los misioneros descubren y describen cualidades de altísimo valor en comparación con su propia visión y cultura occidental.

El pueblo chino es bueno y moralmente sano; mansamente alegre, sin el vértigo de la vida occidental, llevada con una placidez por la que se deja entrever un caudal de energías intacto, de valor inapreciable para el futuro desenvolvimiento de la nación.

Tienen respetos y deferencias para los extranjeros, y aun cuando no sientan simpatía por ellos, se comportan con etiqueta y formas corteses.

Trabajador, sobre todo, no pide más que trabajar en paz, ocupándose poco de las ideologías políticas de una minoría de intelectuales y militares. Son de ánimo tranquilo y pacífico, aborrecen la guerra y arreglan sus disensiones sin derramar sangre.

Los chinos superan a los occidentales en voluntad y firmeza y «tienen un tesón para esperar y una constancia para no cejar en

[278] S. ELIZONDO, «Correrías apostólicas», *BPSN* 17 (1926), 692.

el empeño, que no se rinden ante ninguna clase de adversidades, y sí solo ante los hechos consumados e inexorables»[279]. Incluso ante las desgracias sin remedio, el pueblo chino sabe responder como ninguno:

> *«Os digo yo, que ya llevo tantos años en contacto con este pueblo, estoy admirado de su poder de resistencia, de su paciencia casi sublime, de su estoicismo sin límites, para soportar pesadumbre tras pesadumbre. Pueblo tan probado por todo género de calamidades como éste no lo he visto jamás. Y pueblo que resista con tanta naturalidad, casi con alegría, todavía menos»*[280].

Es un pueblo de fina perceptiva para recordar los beneficios recibidos y agradecido en extremo para con sus benefactores[281].

C. Religiosidad

1. Creencias religiosas chinas

El conjunto de creencias y formas religiosas chinas constituían una amalgama que iba desde el politeísmo idolátrico, pasando por el panteísmo, llegando hasta el ateísmo agnóstico y materialista de muchísimos individuos de las clases altas.

El politeísmo idolátrico había recibido un enorme influjo benéfico de la ética confuciana, por lo que nunca se había mezclado con ritos de sacrificios humanos o de carácter sexual.

---

[279] TAHUTSE, «Aspectos de la vida misional en China», 406-407.

[280] TAHUTSE, «Crónica de la Misión», 162-163.

[281] *Ibid.*, 164.

Su religiosidad estaba marcada, en muchos casos, por un carácter mercantilista, de compraventa: tanta adoración o culto como beneficios a conseguir. En muchos casos se movían más por el temor a los ídolos y por evitar desgracias, que por veneración y por obtener gracias especiales.

En muchos casos estaba marcada por un carácter meramente ceremonial tradicional. En general era una religiosidad compuesta de un conjunto de creencias y ritos heredados y aceptados pasiva y acríticamente como un legado cultural.

2. Indiferentismo

Aparte de las manifestaciones religiosas descritas, lo que realmente golpea la percepción de los misioneros sobre la religiosidad de los chinos es su tremenda indiferencia religiosa o irreligiosidad. Hay cantidad de pagodas, pero completamente en ruinas, que sirven de establo, de guarida de bandidos... Sólo se acuerdan de los dioses en año nuevo y en las grandes calamidades, y, si no les libran de ellas, son objeto de sus ataques.

Ese indiferentismo religioso lo ven muy influenciado por la concepción materialista de la vida y por la pobreza extrema en la que se encuentran.

> *«El resultado de esta búsqueda angustiosa de los medios de subsistencia y los hábitos que esto ha creado y fijado en el promedio de los chinos, ha sido el dar a su concepción de la vida una base materialista y de aspiraciones las más intrascendentes en las que no resaltan sino dos hechos. Dinero y comida son los dos focos de la elipse china alrededor de la cual gira toda la vida social y que dejan sentir su deformadora influencia en la vida religiosa»*[282].

[282] *Ibid.*, 56.



**7 de julio de 1943. Inicio del noviciado de siete seminaristas.
Sentados: M. Gazpio, J. Ochoa, A. Quintanilla y el jesuita Escanciano.
De pie, en la primera fila, junto a los sentados,
Mauricio Ying (izquierda) y Pedro Tung (derecha).**

**De pie, segunda fila: F. Sanz, L. Peña, José Wang, Marcos She,
Francisco Chiao, Pedro Ko y Pedro Kuo.**

**De pie, tercera fila: V. Martínez, J. Martínez, José She,
Agustín Yang, Felipe Liu, Nicolás Shi, L. Arribas.**

**De pie, cuarta fila: P. Colomo, José Shan, G. Ugarte,
E. Martínez, L. Aguirre y F. Lizarraga.**

D. Un proceso de maduración

En este punto, queremos analizar un ejemplo significativo de cómo la vivencia en medio de un pueblo, con el consiguiente crecimiento en el conocimiento y en el afecto por aquellas personas, lleva a un proceso de maduración en la comprensión y valoración de las diversas actitudes, que lleva a comprender, matizar o mitigar ciertos juicios en principio negativos sobre ciertas actitudes. Todo ello se ve muy bien comparando las dos relaciones quinquenales que el padre Ochoa envió a Propaganda Fide en 1930 y 1935.

En la respuesta al cuestionario de 1935, en muchos pasajes repite y copia literalmente lo ya reportado en 1930, añadiendo las novedades surgidas. Sin embargo, hay ciertas expresiones sobre el pueblo chino, con las que, cinco años después, el padre Ochoa no se siente a gusto, y corrige matizando el sentido negativo.

Así, de decir en 1930 que los chinos *sienten propensión a llevar una vida sin sudores ni luchas, esto es, una vida muelle y regalada*, pasa a decir que *sienten propensión a llevar una vida sin grandes sudores ni luchas*. O directamente suprime la frase en la que habla de esa propensión *y su excesivo amor a sus tradiciones, que genera en sus ánimos desprecio por los demás, parecen que constituyan principalmente el modo de ser chino*.

También es significativo la diferente manera de referirse al cumplimiento del ayuno y de la abstinencia. Del *generalmente nuestros cristianos procuran observar esas leyes, pero algunas veces no pueden resistir la tentación de comer carne en los días de abstinencia por motivo de que, por razón de la pobreza, casi todos los días ni la comen ni pueden comerla* de 1930 se pasa al "generalmente nuestros cristianos, por razón de la pobreza, observan esas leyes todos los días, y no hay que maravillarse que llegada la ocasión en los días prohibidos, se olviden al menos por un

momento de la ley de la abstinencia. Esto se debe decir principalmente de los cristianos más recientes"[283].

E. Adaptación misionera e inculturación

1. Estudio del idioma

Respecto del aprendizaje del idioma, el Concilio de Shanghái destacó la importancia de aprenderlo no de manera superficial, sino alcanzando cierto nivel con el que los misioneros pudieran hablar y predicar con fluidez y con fruto. Exigió que el primer año estuviera dedicado exclusivamente al estudio formal con maestro, con lecciones y examen de idioma. Pasado ese año, se recomendaba vivamente otro año más bajo la guía de un misionero veterano, combinando el estudio de la lengua, incluidos caracteres si era posible, con la introducción a las labores pastorales. Estas normas entrarían en vigor en 1929, cuando el cuadro inicial de misioneros ya llevaba cuatro años en China.

Sabemos que la política de monseñor Tacconi no fue esa. Los primeros misioneros no tuvieron un verdadero maestro, sólo el acompañamiento del padre Cattaneo y de una gramática. Pasados seis meses tuvieron que abrir los puestos misionales abandonados a sus propias fuerzas, asumiendo poco después el papel de sacerdotes veteranos que ayudaban a los nuevos religiosos con el idioma. El propio Ochoa, en medio de tantas responsabilidades no tuvo la suficiente tranquilidad para poder dedicarse exclusivamente durante un tiempo adecuado al estudio de la lengua.

El problema es que, posteriormente, el propio Ochoa, siendo él el responsable de la misión, aun cuando concediese algunos

[283] J. Ochoa, «Responsio ad epistolam Sacrae Congregationis de Propaganda Fide Circa Relationem singulis quinquennis eidem S. C. exhibendam», 194.

meses más al estudio inicial del idioma, pero sin llegar nunca al año mínimo de estudio formal, siguió adoptando un sistema similar, dejando la enseñanza del idioma en manos de los religiosos más antiguos.

En 1928, en su visita a la misión, el delegado apostólico, monseñor Celso Costantini, sugirió la posibilidad de que los misioneros fueran primero a Pekín a estudiar el mandarín en la universidad católica que se había abierto allí. Sin embargo, este proyecto y deseo fracasó. No sabemos las causas concretas de que así fuera. Es cierto que hasta el año 1931 no hubo paz estable en nuestra misión, pero desde 1931 hasta 1937 hubiera sido un momento adecuado para poder haber hecho algo más en este sentido. Había diversas Órdenes y Congregaciones religiosas que tenían casas especiales destinadas para la formación de los nuevos misioneros en el idioma chino.

Por ejemplo, monseñor Comisso, secretario del delegado apostólico, que se mantuvo en la zona ocupada por los japoneses durante la guerra, habla de que, en el Vicariato de Pekín, tras el paso de la guerra japonesa por el norte, aquellas escuelas se habían reabierto de nuevo, con gran número de misioneros:

> *«Desde el mes de octubre [1939] incluso las diversas Casas Religiosas donde se encuentran los jóvenes Misioneros para el estudio de la lengua y de la cultura china han abierto con un número considerable de Sacerdotes: los Jesuitas con cerca de una treintena de alumnos entre presbíteros y escolares; los Franciscanos con más de una veintena; los de Scheut con unos quince nuevos misioneros venidos últimamente de Europa»*[284].

[284] G. Comisso, «Vicariato Apostolico di Pechino (Hopei). Prot. 18/38. Delegatio Apostolica in Sinis.», [1938], *APF*, Fondo NS, Vol. 1394, Rub. 21/2, 347-348.

Sabemos que la escuela de los Jesuitas, el Instituto Chabanel, se había trasladado a Pekín en ese año, y era la etapa de culminación de un proceso serio de mejora de la formación en el idioma chino de los nuevos misioneros por parte de aquella Orden.

El general de los Jesuitas, padre Ledochowski, conocida la situación en la que se formaban en la lengua los nuevos misioneros (que era como la que siguieron nuestros padres recoletos), exhortó a los superiores de las misiones a dar particular importancia al estudio de la lengua nativa, y en 1925, «exhortó a los provinciales de la Orden a elegir a jóvenes religiosos para las misiones, que debían ser mandados a las casas de formación abiertas allí, con el fin de facilitar la aclimatación y el estudio de la lengua, para que, una vez que terminasen sus estudios sagrados, pudiesen enseguida hacerse cargo de un trabajo apostólico»[285].

Por otro lado, algunos misioneros comenzaron a frecuentar un bienio de lengua china en la escuela abierta por los Scheut en Tianjin. En 1935, por encargo del mismo general, se dio marcha al proyecto de abrir una escuela propia, donde todos los nuevos misioneros jesuitas estudiarían durante dos años el chino mandarín. Comenzó en 1937 en Ancin, y en 1939, estando ya prontos los locales de la escuela de Pekín, fue transferida allí.

En el ámbito del chino cantonés, los padres de Maryknoll, empeñados en mejorar el sistema de estudio del idioma de sus miembros, consiguieron en 1927 abrir la primera de las escuelas de chino en la que, por un periodo de nueve meses intensivos, los religiosos tenían clases de lengua y cultura china, así como prácticas de conversación y lectura con profesores nativos.

Después seguirían en los puestos de misión con un periodo mixto de apostolado y de estudio del chino. En 1935 centralizaron

[285] *Ibid.*, 494.

estas escuelas en Hong Kong. El director, padre O'Melia escribió en 1938 un texto introductivo al chino cantonés, que sería adoptado por el gobierno de Hong Kong para la enseñanza de esta lengua al personal de las oficinas del Gobierno.

Dentro de esa situación inicial negativa de la misión recoleta, queremos, sin embargo, recordar la figura del padre Mariano Gazpio que, como recogen todos los testimonios, era el que más se había dedicado a estudiar el chino y más progreso había hecho en el idioma. A través de su testimonio, recogido en la parte histórica del trabajo, podemos ver cuál fue la dificultad de la situación de los misioneros en un aspecto tan trascendental, y cómo la actitud y empeño ejemplar del padre Gazpio consiguieron mejorar su propio nivel personal y el de los nuevos frailes en aspecto tan importante como este.

Casi siempre era, de hecho, el padre Gazpio el encargado de predicar los sermones durante las ceremonias importantes y el que sería el maestro de chino, encargado de completar la formación lingüística de los nuevos frailes que ya habían terminado en Kweiteh, junto con el padre Alegría, quien también hablaba bien el chino, la fase inicial del aprendizaje. Fue profesor de los padres Joaquín Peña, Colomo, Lizarraga, Matías Sáiz, Jesús Samanes y Venancio Martínez.

2. Edificios sagrados

El delegado apostólico, monseñor Costantini, fue pionero y gran impulsor de la inculturación artística en la construcción de los edificios eclesiales. Así describía poco después de haber conocido la realidad del país, la situación de las misiones de China en este aspecto:

«De Cantón a Pekín, en todas las ciudades más importantes de China, las iglesias tienen la impronta del estilo neogótico y neorománico, raramente a los orígenes clásicos: son todas copias, hechas con espíritu más o menos libre, de modelos occidentales. Sólo en las zonas rurales la falta de medios y un cierto espíritu de simplicidad campesina han aconsejado la utilización de cualquier vieja pagoda o la construcción de cualquier iglesita de carácter chino. Pero incluso en la zona rural, si se pueden tener medios, se tiende a adoptar el tipo "urbano-occidental", como si no se pudiera tener una iglesia artística y bella si no estuviera hecha según los modelos romanos o góticos»[286].

La propia arquitectura de las misiones sólo reforzaba clara y visiblemente el carácter extranjero de la religión católica en China. Era, según Costantini, el momento de pasar a la práctica, no perdiendo tiempo en discusiones estériles sino poniendo los medios para que se construyesen de hecho edificios e iglesias con un estilo arquitectónico o, al menos decorativo, chino.

Para Costantini el sentido de la acomodación artística era algo más que una mera imitación del estilo chino, pues «se trata de aprender bien el lenguaje constructivo y decorativo de la arquitectura china y después expresar con él el pensamiento cristiano: esto es, hacer una construcción según las exigencias de la S. Liturgia y que tenga una gran dignidad espiritual»[287].

En este sentido, con motivo de los planes de construcción de la nueva iglesia de Kweiteh, hubo sugerencias de monseñor Costantini al padre Ochoa para que tomara en consideración el arte

[286] C. Costantini, «Architetura Sacra in China. Lettera (23 aprile 1923) ai PP. Walsh (Maryknoll) e Galvin (S. Columbano)», [1923] fondo NS, Vol. 805a, Rub. 21/2, 213-219, 213.

[287] C. Costantini, «Architetura Sacra in China. Lettera (23 aprile 1923) ai PP. Walsh (Maryknoll) e Galvin (S. Columbano)», 214.

chino en su construcción y decoración, sugerencias que no encontraron eco ni acogida en la mentalidad de monseñor Ochoa.

Cuando el padre Ochoa le mostró en junio de 1925 los planos de la iglesia que un arquitecto español de Shanghái había diseñado «tanto el interior como el exterior en perfecto estilo Romano»[288], monseñor Costantini, exhortó cortésmente al padre Ochoa a reconsiderar lo que le había manifestado sobre el estilo de la Iglesia, y de cómo, en los tiempos y circunstancias nuevas de China, lo más apropiado era adoptar el estilo chino.

> *«Vi el diseño de la nueva Iglesia y estoy admirado. Los arquitectos son verdaderamente expertos y dieron una forma muy hermosa a la futura Iglesia. Pero, a mi juicio, lo que es bello y conveniente en Europa, no tiene el mismo lugar en China. Como ya escribí a su Paternidad, ahora, que avanza la obra de las Misiones, parece que haya llegado el tiempo de considerar si acaso no haya de ser usado en China el estilo artístico chino, para demostrar también desde este punto la catolicidad de la Iglesia.*
> *[…] Lo digo con espíritu fraterno, porque debemos combatir de todos los modos posibles el prejuicio de que la religión cristiana sea extranjera. ¿Por qué en lo exterior ha de presentarse, pues, de ese modo? Las cosas que quizás fueron buenas hasta ahora, se verán menos bien en el futuro.*
> *Le digo esto no como dando un precepto, sino sólo como norma directiva y consejo. Tú verás, según tu responsabilidad, qué piensas que sea oportuno hacer»*[289].

De hecho, la Iglesia se construiría entre el 1929-1930 con su estilo occidental original. Aun cuando manifestó al procurador

---

[288] «Both the interior and exterior are in perfect Roman style» (J. Ochoa, «Carta (30 julio 1925) a Mons. Celso Costantini», [1925], *ASV*, Arch. Nunz. Cina, b. 29, fasc. 64, 37).

[289] C. Costantini, «Carta (22 septiembre 1925) al P. Ochoa», [1925], *ASV*, Arch. Nunz. Cina, b. 29, fasc. 64, 38.

general que había tiempo para pensarlo hasta que se hiciera realidad el proyecto, de hecho, no lo pensó más, pues tenía las ideas muy claras al respecto, y no compartía el empeño de monseñor Costantini en este asunto. Así se expresa el padre Ochoa:

> *«Me extraña, o por mejor decir, no me extraña que el señor Delegado haya llevado la cuestión de la iglesia tan lejos. No deja de ser un parecer propio suyo. ¿Acaso nuestra madre la Iglesia no tiene un estilo propio que debería seguirse en todas partes? ¿Qué cosa más bella que un templo de estilo gótico o romano si el estilo es puro como debe ser? Nuestro señor Delegado cree que en China debemos hacer todo a lo chino, como si con eso se resolviera el problema de conquistar a China espiritualmente. En cambio los misioneros creemos que, puesto que nuestra santa madre la Iglesia no tiene que ver absolutamente nada con las diferentes sectas protestantes que aquí hay ni con la infinidad de religiones chinas, debemos hacer patente esa diferencia hasta en lo exterior, si es posible. Pero, bueno, aún hay tiempo para pensarlo, que la iglesia de Kweiteh no la haremos esta semana ni la que viene»*[290].

Como vemos, monseñor Costantini no encontró en el padre Ochoa el apoyo que había encontrado en los padres americanos de Maryknoll y en los irlandeses de S. Columbano, para llevar a cabo su plan de adoptar el arte y estilo chino en los edificios religiosos.

Posteriormente, entre los frailes de la misión, habría algunos que aceptarían el mensaje de monseñor Costantini, haciéndose eco de él en la revista misional y presentándolo como lo más natural y concorde con la naturaleza de la Iglesia Católica y de la misión.

---

[290] J. OCHOA, «Carta (14 febrero 1927) al procurador general, Daniel Delgado», en *Cartas*, Gob. Cen. M.A.R, Leganés, Madrid 2000, 94, 94.



6 de octubre de 1945.
Celebración de las bodas de plata de profesión religiosa de Arturo Quintanilla.



4 de abril de 1947. Foto de recuerdo y despedida de Joaquín Peña.

Sentados, de izquierda a derecha: Pedro Kuo, Nicolás Shi, José Shan, Joaquín Peña, José Wang, Marcos She y José She.

De pie: Pedro Tung, Pedro Ko, Mauricio Ying, Felipe Liu, Agustín Yang, Lucas Wang, Melecio Ho, Benito Suen, Francisco Chiao.

29 de junio de 1947. Regreso de Julián Sáenz, Gregorio Li y Lucas Yuo.
Primera fila: G. Li, A. Quintanilla, M. Gazpio y L. Peña.
Segunda fila: L. Aguirre y L. Yuo.
Tercera fila: P. Colomo, G. Ugarte y J. Sáenz.



5.2. Organización de la acción evangelizadora y de la pastoral ordinaria

A. Curso misional

Toda la actividad misional ordinaria y sistemática se desarrollaba a lo largo de un curso en el que se realizaban las actividades evangelizadoras y pastorales. El curso misional duraba ocho meses, de octubre hasta los últimos días de mayo. En los cuatro meses restantes los cristianos y catecúmenos se veían envueltos en las labores agrícolas, que ocupaban todo su tiempo y esfuerzo.

El curso misional se dividía en dos mitades, ya que por el año nuevo chino, entre finales de enero y principios de febrero, que duran dos semanas, se cerraban las escuelas de catecumenado. En la primera mitad se celebraban cuatro grandes fiestas: Todos los Santos, Inmaculada, Navidad y Epifanía. La segunda mitad del curso continuaba después del año nuevo chino hasta Pentecostés, cuando las escuelas se cerraban y los catequistas volvían a sus casas. En esta segunda mitad se celebraban con solemnidad las fiestas de Pascua de Resurrección, la Ascensión y Pentecostés.

1. Inicio del curso. Octubre

Terminada la recolección, en octubre, comenzaba el curso misional. Durante el inactivo verano los misioneros analizaban la situación misional, que cada temporada era más exigente, ya que el número de cristianos, catecúmenos y puestos misionales aumentaban año tras año, por lo que cada vez necesitaban más catequistas, más escuelas, más maestros y más cooperadores de todo género, y también más dinero. Los misioneros trataban de proveer lo mejor posible a las necesidades, siempre crecientes, con los medios muchas veces escasos o no tan abundantes como

ellos desearían, tratando de sacar el mayor partido a lo que tenían. Para ello elegían aquellos nuevos lugares donde se pensaba que el trabajo de los catequistas pudiera ser más fructuoso, mas sin abandonar las zonas cultivadas anteriormente.

Acabada la recolección, el misionero se apresuraba a llamar a los catequistas, y a los responsables de las cristiandades, grandes conocedores sobre el terreno de la realidad de la misión, a los que se informaba y consultaba sobre las peticiones habidas, las necesidades, los mejores lugares para establecer los puestos...

Al final se planificaba la distribución de los catequistas, según las posibilidades económicas. Se avisaba a la gente de los pueblos, cristianos y catecúmenos, para que dispusieran lo necesario para recibir al catequista, se tenían unos días de retiro para los catequistas y por último se les enviaba a sus puestos de misión.

2. Noviembre, mes de la visita a las escuelas

El mes de noviembre era la época clásica de la primera correría apostólica. Las escuelas llevaban un mes abiertas y era un buen momento para ver si las cosas iban según lo previsto; además aprovechaban la temperatura tibia y el sol espléndido que adornan esta época. En ese mes, el misionero visitaba con frecuencia, y sin ningún aviso previo, las escuelas recién abiertas, para ver con sus ojos la situación real del puesto misional: el trabajo del catequista, el número de catecúmenos que la frecuentaban, así como para tomar un primer contacto con todos ellos.

De este modo quedaban ya asentados los catecumenados. Los catequistas continuarían su misión con las instrucciones concretas y detalladas que les hubiera dejado el misionero hasta que, después de marzo, cuando hubiera ya pasado la época de frío, el misionero los visitase de nuevo.

3. Visita de primavera

Con la llegada de la primavera y del buen tiempo, el misionero empezaba la temporada más activa de su vida apostólica. Así lo resume el padre Alegría:

> *«Los Misioneros andan por el campo visitando sus respectivas cristiandades. Es la salida que podríamos llamar del segador. Las escuelas de instrucción religiosa, que cada misionero ha tenido abiertas durante el otoño y el invierno, empiezan a mostrar el fruto a medio sazonar. Y para que no se malogre, sale el Misionero de su casa. Es el último riego a la sementera. Luego unos días de intensa preparación para el Bautismo, a cargo del Misionero personalmente, y a la postre, allá para Pascua de Resurrección, las aguas regeneradoras del Sacramento para estos felices catecúmenos, que ya hace tiempo pertenecen en espíritu a la Iglesia católica»*[291].

B. Año pastoral

La actividad pastoral ordinaria de los misioneros para con los neófitos y cristianos se desarrollaba junto con el curso misional, a través, principalmente, de las dos visitas pastorales anuales y con la celebración de las fiestas importantes del año litúrgico.

1. Visitas pastorales

Los cristianos de los puestos misionales no se encontraban agrupados en las grandes ciudades, sino diseminados en una infinidad de aldeas y villorrios, distantes del puesto central del misionero 10, 15, 20 y más kilómetros, por lo que una de las mayores obligaciones pastorales de éste era la de recorrer esas aldeas y villorrios, predicando y administrando los santos sacramentos.

[291] TAHUTSE, «Crónica de la Misión», *TM* 9 (1936), 158.

La visita oficial se realizaba dos veces al año, en otoño y en primavera, siendo las épocas más convenientes durante los meses de noviembre-diciembre y marzo-abril, porque la gente de ordinario solía estar en casa, libre de ocupaciones apremiantes y, además, en esos meses el tiempo es templado. Solían durar unas dos semanas, y en ellas visitaban las cristiandades prestando particular atención pastoral a los neófitos. Fuera de estas dos visitas oficiales, se daban otras visitas esporádicas, en diversos tiempos y con diversos motivos, más o menos frecuentes según la distancia y accesibilidad de los puestos.

En las visitas a las cristiandades, a diferencia de las visitas a las escuelas de catecumenado, se avisaban a los fieles, que esperaban al misionero a las puertas del villorrio, yendo todos en procesión hasta la capilla, donde todos los cristianos rezaban juntos con el padre una hermosa plegaria ad hoc.

Posteriormente, se procedía a las Confesiones de las mujeres, después, a las de los niños y, por último, a las de los hombres, antes o después de las preces de la tarde, según el tiempo que quedase. Tras el rezo en común, como de costumbre, de las preces de la tarde, escuchaban la Palabra de Dios y la predicación e instrucción del padre, en general, sobre las verdades del Credo. Después se hacía la colación de la noche.

A la mañana siguiente se reunían todos para la celebración de la Eucaristía. Se bautizaba a algún niño, se arreglaba algún matrimonio mixto, se daban instrucciones a los jefes de cristiandad, se tomaba nota del número y condición de los casamientos realizados y de los previstos, de los niños que debían prepararse para la primera Comunión, de las esperanzas que albergaba la cristiandad, así como de los peligros y dificultades que encontraba en ella.

2. Fiestas

Dentro del año había cuatro fiestas en las que todos, cristianos y catecúmenos de toda la misión, tenían obligación de dirigirse al puesto donde habitaba el misionero para participar en la celebración de la Eucaristía. Estas fiestas eran la Navidad, la Pascua de Resurrección, Pentecostés y la Asunción de la Virgen.

Las fiestas de Resurrección son las más espléndidas que se celebran en China, y en ellas se bautizaban la mayor parte de los catecúmenos. La última tanda de bautismos se celebraba en Pentecostés, tras la cual se cerraban las escuelas de catecismo.

Los catecúmenos y fieles de los pueblecitos distantes de la misión llegaban la víspera de la fiesta, venían todos, desde los pequeñuelos, que lo hacían en brazos de las madres, hasta las ancianas. Todos eran acomodados en la misión como en su casa. Veamos cómo describe una de las religiosas esta escena conmovedora cuando acoge a un grupo de catecúmenas, llenas de alegría por instruirse:

> *«¡Cuanta alegría sentimos al contemplar a estas gentes sencillas, de corazón recto, que vienen buscando a Jesucristo, y cual mansas ovejuelas llaman a las puertas del redil del Buen Pastor! Aquí están, cubiertos del polvo del camino sus pobres vestidos, cansadas de tanto andar porque han venido de lejos y sus pies diminutos apenas pueden sostenerlas; pero no importa, dicen ellas; están contentas y en sus rostros vemos reflejada la alegría que les produce hallarse entre nosotras y por eso nos agradecen con todo su corazón las caricias que prodigamos a los simpáticos pequeñines.*
> *Después de hacerlas descansar un rato, vamos con nuestras catequistas y comenzamos a instruirlas... Todas ellas tienen muy buena voluntad, desean con ardor recibir el santo Bautismo, quieren instruirse bien en todos los misterios de nuestra santa Religión, porque creen en todo cuanto sea necesario*

creer para salvar sus almas, y las vemos escuchar anhelantes todas las explicaciones sobre el catecismo; están hambrientas de oír la palabra de Dios; realmente, no sólo de pan vive el hombre... Fieles al llamamiento que el Señor les hace por medio de sus misioneros, sienten hambre de Dios, y para saciarlo vienen de tan lejos implorando la limosna del rico manjar de la doctrina de Cristo, de las enseñanzas de Cristo, del evangelio de Cristo...»[292]

3. Capillas y preces diarias

En los centros donde había cristianos, éstos se reunían diariamente por la mañana y por la tarde para rezar. Era el catequista o el responsable de la cristiandad local el encargado de hacer la llamada a la oración y dirigirla. Los cristianos, en su proceso catecumenal, aprendían de memoria estas oraciones que debían rezar todos los días a la mañana y a la tarde, cosa que hacían siempre cantando. Así nos describe un misionero la impresión que le causó este rezo en una de las visitas pastorales:

«Mezcladas las voces chillonas de los chiquillos con las graves, cascadas y roncas de los hombres, cantando cada uno en su tono sin unión y uniformidad de ninguna clase, y además de esto gritando todos con toda la fuerza de sus pulmones. [...] Sin embargo nosotros, aunque aquello nos rompía los oídos, lo oíamos con agrado, pensando que [...] aunque desafinadas y desacordes en el sonido, salían acordes del corazón y Dios nuestro Señor acogería amoroso aquellas súplicas y bendeciría aquella reunión de hombres rudos en la fe, pero firmes y valientes en la confesión de la misma en medio de un pueblo pagano»[293].

---

[292] S. E. DE LA CRUZ, «Los hambrientos», *TM* 8 (1935), 54.

[293] A. QUINTANILLA, «Primera Visita Pastoral en nuestra Prefectura Apostólica de Kweitehfu», 169.



2 de septiembre de 1948. LIlegada de los profesos recoletos a Hong Kong.

Sentados: José She, F. Lizarraga, M. Carceller, cardenal Thomas Tien Ken-hsin, A. Valvuena (dominico, prior), P. Zunzarren y G. Ugarte.

De pie: Pedro Kuo, Mauricio Ying, Pedro Ko, José Wang, Melecio Ho, Felipe Liu, Lucas Wang, Agustín Yang, Pedro Tung, Marcos She, Francisco Chiao y Benito Suen.



Marcos She en Hong Kong.



2 de septiembre de 1948. Los Recoletos llegan a Rosary Hill, Hong Kong.

5.3. Acción evangelizadora catecumenal

A. Oración y predicación

Dentro del trabajo misional, la oración y la predicación de los misioneros ocuparán un puesto central y fontal en la obra de evangelización. Ya hemos visto los esfuerzos y la dedicación del padre Gazpio al estudio de la lengua y al ministerio de la predicación. Veamos un poco más su experiencia en este campo en la misión de Yucheng, donde fue destinado y en la que se encontró con un panorama no muy esperanzador: dentro de las murallas de la ciudad sólo vivía un cristiano, un anciano sordo de 80 años; en las Misas de diario sólo dos personas acudían (los sirvientes del misionero), y los domingos se les añadía algún que otro cristiano que estaba en la ciudad de paso. Esta situación se prolongaba en el tiempo sin apenas fruto. ¿Sería mejor trasladarse a otro campo que fuera más fructífero? El padre Gazpio había hecho suyo el lema *Oración y Predicación*, y no se desanimó ante esa situación, sino que con paciencia y resignación rogaba al Señor con fe e insistencia. Se hacía estas reflexiones:

> *«La oración ha sido, es y será siempre el primer factor en la obra de evangelización. Por mucho que me esfuerce en predicar, en demostrar la falsedad de sus cultos, en exponer la eternidad de una vida dichosa o en extremo desgraciada, todo es inútil si no me dedico antes a ganar el corazón de Aquel, todo amor, que nos dice: Nada podéis hacer sin Mí. Plenamente convencido de esta gran verdad, puse todo mi corazón en manos de nuestro Salvador y a Él encomendé mi negocio»*[294].

[294] M. Gazpio, «Carta (Yucheng, 12 julio 1930) al P. Mariano Alegría», *TM* 3 (1930), 349–350.

En eso le mandaron a la misión dos cristianas para ver si así atraían la atención de los paganos. Con estas dos cristianas y los dos sirvientes ya serán cuatro los fieles que, en compañía de los dos padres misioneros, el padre Gazpio y el padre Joaquín Peña, «se encargan de pedir día y noche la transformación moral de esas gentes».

A ellos se unió la oración silenciosa de personas amigas, niñas desconocidas que a través de la revista "Todos Misioneros" respondían a la llamada de cooperación, «solicitando todos una misma gracia: almas para Jesús. Desde este momento —dice el padre Gazpio— la asistencia aumenta, la fe, aunque muy débil, arraiga en estos corazones, y el que es todo amor prodiga desde su pequeña morada gracias sin cuento»[295]. El grupo de personas que de modo diario se acercarán muy de mañana a la iglesia y participarán en la celebración pasará entonces de veinte.

B. Los frutos de la gracia

Los frailes y religiosas veían a cada paso los frutos de gracia impetrados por las oraciones propias y las de tantas almas sencillas. Sobre todo, gracias internas de conversión, pero también gracias externas de curaciones individuales, así como de bendiciones comunitarias, que, como signos de la gracia y de la presencia salvífica de Dios, consolidaban, estimulaban y atraían a la fe a muchas otras almas.

Sabemos que el padre Gazpio predicaba con fervor y con insistencia, convencido de la necesidad de predicar sin desfallecer para atraer a las almas hacia Dios.

[295] *Ibid.*, 350.

Las personas sencillas que se iban acercando encontraban en el Señor del tabernáculo "gracias sin cuento" en respuesta a la fe sencilla y a la oración fervorosa de los misioneros, de los cristianos y de ellos mismos, y los signos que confirman y siguen a la fe, comenzaban a manifestarse, y los que habían recibido gracias testimoniaban e invitaban a los otros paganos a que se acercasen al Dios de los cristianos con fe.

Se produjeron, pues, varias curaciones y abundantes gracias en aquella capilla de oración delante del Santísimo.

> *«Los días de labor y domingos, nuevos catecúmenos de la ciudad y de los pueblos, movidos por la sencilla narración que oyen en labios de algún catecúmeno sobre ciertas gracias que acaban de recibir en la capilla de la misión católica, se llegan a esta casa de oración, y, con esta humilde plegaria en los labios, "Señor, tened compasión de mí; Santa Madre de Dios, ayudadme", consiguen ver desaparecer de sus cuerpos molestias que el demonio les ocasionaba ha muchos años, y así su fe aumenta y con ella el número de los seguidores de Cristo»*[296].

En la misión de Changkungtsi (Ningling), cristianos y paganos celebraron un acto de culto público al Sagrado Corazón de Jesús. Aquel día la bendijo de modo especial con la lluvia esperada y pedida por todos, cristianos y paganos.

No fue la única gracia de estas características, pero sí fue la que más resonancia social tuvo, significando para los misioneros un signo de exaltación del Sagrado Corazón de Jesús en la misión que solemnemente años atrás le había sido consagrada.

[296] M. Gazpio, «Carta (Yucheng, 12 julio 1930) al P. Mariano Alegría», 350.

C. Los buenos samaritanos

Los padres mostraron siempre gran sensibilidad por todas las personas pobres, necesitadas, enfermas y moribundas que se encontraban por el camino, y como los buenos samaritanos, no pasaban de largo, sino que buscaban siempre con caridad dar a esas personas la salud de las almas, así como consuelo y calor humano. Muchos moribundos, abandonados de todos, encontraron en estos gestos de amor para con ellos el mayor testimonio de la verdad del Evangelio que les predicaban. Como veremos, esta dimensión de la pastoral de los moribundos será desarrollada, sobre todo, por las religiosas.

La obra de evangelizar y bautizar a los moribundos abría un gran campo de actuación porque «al ejercer ese grande acto de caridad, de ordinario es muy fácil hablar de religión a personas que no tienen trato con cristianos, y la semilla que cae en sus almas, muchas veces produce fruto en la hora de la muerte»[297].

D. Conversión inicial

La conversión nace de acoger con fe la Palabra de Dios que se comunica en el anuncio. Palabras centradas en el amor de un Dios que trae el Reino en Jesús, un Reino celeste que se promete a los pobres como bienaventuranza de Amor que salva el alma y lleva a la Vida Eterna y que se acoge con la fe y la conversión.

Las conversiones son milagros de la gracia que los misioneros experimentan a cada paso. «La conversión de un alma, pues, es

[297] M. GAZPIO, «Carta (Yucheng, 20 noviembre 1932) al P. Javier Ochoa», *TM* 6 (1933), 60.

un milagro que ha de venir solamente de Dios nuestro Señor, aunque, ordinariamente, por medio de la predicación»[298].

Como dice el padre Alegría, no se necesitan, de ordinario, grandes y profundas disquisiciones, ni disertar metódica y ordenadamente sobre cuestiones de dogma o moral.

> *«La verdad tiene una voz especial, voz dulce y sugestiva, que atrae y subyuga el alma sin darse cuenta. El error se deshace solo, como cosa que no tiene ni consistencia. Por eso es relativamente fácil convencer al entendimiento, pero no puede deducirse de ahí que lo sea igualmente convertir un alma»*[299].

El problema viene de la parte moral y de la voluntad, que incluso entendiendo y asintiendo a las verdades predicadas, no quiere dejar sus vicios y acomodar su vida a la Palabra de Dios. Por el contrario, la gente de buena voluntad, incluso «sin entender cosa mayor lo que se les predica, se sienten como transformados por una luz interior que les dice que allá todo es sobrenatural y divino. Estos se han desposeído, sin darse cuenta, de sus malos hábitos, y se han convertido»[300].

Ya vimos cómo la acción de los misioneros se difundía con dificultad en las ciudades y entre las clases altas, siendo campesinos, desheredados, pobres, enfermos y moribundos los que acogían con gozo el Evangelio. Esto era tan así que, en el sentir generalizado de la gente, se pensaba que la religión católica era «sólo religión de pobres y plebeyos, más aún, de la hez del pueblo, de lo más mísero y despreciable de las clases sociales»[301].

---

[298] M. Alegría, «Remachando El Clavo», *TM* 1/3 (1928), 8.

[299] *Ibid.*, 7.

[300] M. Alegría, «Remachando El Clavo», 7.

[301] S. Lu, «Boda aristocrática en Kweitehfu», *TM* 8 (1935), 212–216.

Así describe sor Esperanza el modo como acogen los pobres e infelices la Buena Noticia del Evangelio del Amor:

> *«Estamos satisfechas de nuestros pobres; esas almas desgraciadas, sencillas y buenas, son almas de buena voluntad. Sumidas en las tinieblas del paganismo, su vida es doblemente desgraciada, porque sufren sin consuelo y sin esperanza, por eso al encontrarse con una religión cuyas enseñanzas y doctrina son tan dulces para el corazón amargado con todas las hieles y herido por todos los desengaños, la abrazan con amor y saborean con verdadera fruición todas las palabras de Cristo a favor de los pobres, de los humildes, de los pequeños..... Lo que más les conmueve es el decirles que Dios les ama tanto. ¿Es posible? ¡Ser amados nada menos que de Dios! ¡Oh, qué Dios tan bueno debe ser el Dios de los cristianos cuando les ama a ellos, tan pobres, tan miserables, tan abandonados de todos!»*[302]

En muchos de ellos, este proceso de acercamiento a la Iglesia, de dejarse iluminar por el Evangelio, se iba realizando poco a poco, a través del testimonio de caridad y amor de los misioneros, de las monjas, de los cristianos adultos y de los niños, que van deshaciendo las cegueras y las resistencias de años de paganismo. El padre Venancio, con estas imágenes tan gráficas y expresivas, describe este proceso hablando de una ancianita que solía ir a pedir limosna a la misión y que, posteriormente, se convertiría por un gesto de amor de las niñas de la Santa Infancia:

> *«¡Cómo se enternece cuando en nombre de Cristo se le da un poco de caldo caliente y se le abriga en el fogón…! No es cristiana todavía. ¡Oh, los árboles viejos están muy arraigados a la tierra donde nacieron! ¡Oh, qué duro es trasplantarlos y qué costoso! En tantos años de ceguera y obscuridad espiritual, no aciertan por de pronto a ver la luz de Cristo. La luz que se le da*

[302] S. E. DE LA CRUZ, «Jesús llama a la puerta.....», *TM* 9 (1936), 148–149.

a traguillos, a migajas, poquito a poco, casi llega a deslumbrarla. No se desgaja de un tajo el árbol, ni se iluminan con unos focos los ojos muertos. Por eso, poco a poco, irá cayendo la catarata, poco a poco se remueve la tierra de al lado, poco a poco irá cayendo el árbol y dará con los brazos de Cristo»[303].

En este proceso de conversión se desarrolla un proceso de diálogo evangelizador que progresa de las cosas más superficiales a las más profundas, a medida que, a través del trato, van cayendo prejuicios y se van manifestando los corazones de los misioneros.

«Los habitantes, al principio, solamente por la curiosidad venían a la residencia del extranjero; después se hacían conocidos con el Padre, luego amigos, y finalmente ganados por el misionero para Cristo, se hacían cristianos. Muchas veces, después de leer y escuchar ávidamente al padre misionero que les explicaba los principales artículos de la fe, muchos de ellos preguntaban si se les permitía abrazar esa religión, o si podían ser ellos cristianos»[304].

Así, poco a poco, gentes de diversas condiciones existenciales y con diversas motivaciones, movidas por la gracia, golpeados por el mensaje de la Buena Noticia de las Bienaventuranzas, escuchado en la predicación y vivido en la experiencia del amor cristiano, pedirán entrar en el catecumenado, sintiendo vivo deseo de conocerlo más en profundidad y saber así cómo poder alcanzarlo.

«Oyeron en su día las palabras consoladoras de las Bienaventuranzas, y ahora esperan que se les desentrañe su sentido y se les diga el modo de alcanzar lo que en ellas se promete»[305].

---

[303] V. Martínez, «Manos que salvan», *TM* 9 (1936), 78.

[304] A. Quintanilla, «Informe sobre la Diócesis de Kweiteh (Hoy bajo el poder de los comunistas)», *AGOAR*, L, 7, 7.

[305] J. Samanes, «Estampas misioneras», *TM* 10 (1937), 223.



29 de enero de 1950, Shanghái. Mons. Arturo Quintanilla es consagrado obispo. Abajo, a la izquierda, su escudo episcopal.





E. Catecumenado

Ya vimos cómo al inicio del curso misional el misionero convocaba a todos los catequistas para planificar el curso, para darles instrucciones, retiros y formación. Y así dispuestos los catequistas, se abrían los catecumenados en octubre, donde se instruía a los catecúmenos sobre lo más elemental de la fe. Los que iban bien preparados pasaban un examen de doctrina y un escrutinio de conducta por parte del misionero para ser admitidos a la última preparación antes del Bautismo, preparación que se hacía en la casa para catecúmenos que había en la residencia del padre. Los que no estaban bien preparados para bautizarse por Pascua, debían continuar en la escuela, que permanecía abierta hasta Pentecostés, que es cuando se hacía la última tanda de bautismos. Después se cerraban las escuelas por el verano hasta el siguiente curso misional.

Para ingresar en el catecumenado tenían que dar muestras de su conversión inicial, lo que implicaba la "quita de las supersticiones" y la bendición de la casa.

Para la instrucción, al principio se usaba el Catecismo de Kaifeng; después de 1935, cuando se publicó la edición definitiva de los Catecismos que el Concilio Plenario de Shanghái había prescrito para todas las misiones, usarían estos.

En la carta pastoral de 1935, el padre Ochoa dictaba normas para toda la misión sobre la instrucción que se debía dar y lo que se les debía exigir a los catecúmenos para ser admitidos al bautismo, estableciendo criterios comunes para toda la Prefectura; se adoptaba un sistema equilibrado y adaptado a las diversas condiciones de las personas, al mismo tiempo que exigente:

> *«Y ahora permítanme que les diga cuatro palabras acerca de la instrucción religiosa que debemos exigir a nuestros neófitos*

antes de admitirlos al santo bautismo, y esto con el fin de que también en esto haya completa uniformidad en toda nuestra Misión. Después de haberse publicado los catecismos medio y parvo decretados por el Primer Concilio de China, he visto, por los anuncios que de ellos han hecho, que en algunas Misiones exigen muy poco a los bautizandos, poniendo como catecismo general el parvo. En otras, por el contrario, han puesto el catecismo medio para todos, excepto para los ancianos, y esto quizás sea un poco demasiado. Nosotros aquí nos quedaremos en un justo medio. Podríamos decir sin temor a error alguno que, bautizar o hacer cristianos sin la necesaria instrucción, es lo mismo que hacer apóstatas; pero también podríamos afirmar que, exigir la instrucción que no podemos ni debemos exigir a estas pobres gentes, equivale en cierto modo a dificultar y retardar la obra redentora de Jesucristo. Tengamos siempre en cuenta que todo cuanto nuestro divino Salvador ha hecho ha sido por nosotros los hombres»[306].

El sistema establecido distinguía entre ancianos, adultos, niños y jóvenes, y entre personas que sabían leer y que no, como criterios para establecer las exigencias.

Finalmente, el padre prefecto exhortaba a todos a hacer buen uso de aquellas reglas, no abusando de excepciones injustificadas ni cerrándose a tener en cuenta las variaciones que, al aplicarlas en peculiares circunstancias, pudieran exigir la epiqueya:

«Aunque podamos dar reglas generales acerca de la instrucción que se requiere, pero en punto a hacer buenos cristianos, más que a la cabeza debemos mirar al corazón, esto es, a las disposiciones que cada uno en particular demuestre. Y esto lo hemos de mirar y ver principalmente cuando se trate de gente anciana, de estos pobres ancianos a quienes no les es ni medio fácil aprender nada de memoria. Sin embargo, con los jóvenes

[306] J. Ochoa, «Carta Pastoral (25 marzo 1935)», (1935), *APF*, fondo NS, Vol. 1272, Rub. 27/10, 43v-44r.

podemos y, hasta cierto punto, debemos mostrarnos exigentes en esta materia. Con los adultos en general mostraremos siempre gran condescendencia, atendiendo a sus muchas ocupaciones de familia. […] Y las excepciones que de estas reglas se hagan sean pocas y bien hechas, o sea, cuando el corazón (las buenas disposiciones) supla bien a la cabeza. No olvidemos, sin embargo, que los Santos Sacramentos son para los hombres, no para los ángeles y que nosotros no somos sino meros administradores y dispensadores de la gracia de Dios. La elección será siempre suya, y Él elegirá por nuestro medio a quien quiera y como quiera, según lo que nos dice en el evangelio: Non vos elegistis, sed ego elegi vos»[307].

Por último, para purificar las motivaciones meramente materiales de algunos catecúmenos se prolongó de modo general un poco el tiempo de prueba, para que a través de un catecumenado más largo y exhaustivo pudieran purificar sus motivaciones o si no, que abandonasen el catecumenado.

Esta disposición se vio confirmada por los buenos resultados que produjo en la práctica.

F. Elección, tiempo de iluminación y bautismo

1. Escrutinios

Los catequistas reunían a los catecúmenos bien preparados y los llevaban a la casa central del misionero. Allí recibían un ligero examen sobre la doctrina. Los misioneros se mostraban condescendientes con todos y, en especial, con los mayores, pero eran más estrictos con los jóvenes, teniendo que devolver a alguno que otro al catecumenado hasta que no se supieran bien los catecismos que les correspondían.

[307] J. Ochoa, «Carta Pastoral», 44v-45r.

Los padres se interesaban no sólo por el conocimiento de la doctrina sino también por la rectitud de las intenciones al pedir el bautismo y por la sinceridad de la conversión inicial, manifestada en el modo de vida del catecúmenos.

Con este primer conocimiento de los catecúmenos, los padres se encargarán, en este último tiempo, de darles «el último golpe del buril, la última cepilladura, que los asemeje más al divino modelo de las almas, Cristo Jesús»[308].

2. Preparación inmediata al Bautismo

Pasado el examen, se comenzaba la preparación intensa en la que el mismo misionero se encargaba directamente de la instrucción y que venía a durar entre una y dos semanas. Los catecúmenos eran pobres y no les era permitido el lujo de pasarse en la ciudad, fuera de sus casas, diez o doce días a sus solas expensas, por lo que el misionero tenía que proveer al gasto diario de manutención. Si este gasto no corriera por cuenta de la misión, no podrían exigirles esta última preparación, por lo que entre bautizarlos mal preparados o gastarse algunos cientos de pesos, optaban, sin duda, por esto último.

El ritmo era intenso, estilo ejercicios espirituales. Desde que amanecía hasta que oscurecía no los dejaban de la mano, reuniéndolos en la capilla ocho veces al día donde ora el misionero, ora el catequista iban desarrollando ante sus ojos, una a una, todas las verdades de la fe: Dios, el alma, el Cielo, el infierno, la Iglesia, los sacramentos, el Credo, los mandamientos..., teniéndolos siempre en jaque a fuerza de preguntas para mantener alerta la atención de chicos y grandes.

[308] TAHUTSE, «Crónica de la Misión», 256.

Se buscaba que asentasen bien las verdades aprendidas y que adquirieran un mayor conocimiento de ellas, buscando, sobre todo, mover y preparar sus almas para recibir con el mayor fruto posible los sacramentos.

> *«Oían las verdades eternas como quien despierta a una vida beatífica o como aquel que ha estado durmiendo mucho tiempo sobre un tesoro sin saberlo, y repentinamente se encuentra con él. Cada día más fervorosos, más metidos dentro de sí mismos. Hasta los pequeños iban perdiendo algo de su natural expansión y locuacidad a medida que iban atisbando lo sublime del misterio que en ellos se iba a realizar»*[309].

G. Sacramentos de la iniciación cristiana

El momento del bautismo era vivido por la comunidad y por los catecúmenos con gran intensidad. Llegado el Sábado Santo, en la liturgia de la Vigilia de Pascua, se celebraban los bautismos, y los neófitos eran admitidos al día siguiente, en la Misa del Domingo de Pascua, a la primera comunión, y después de la Misa, en Kweiteh, residencia del prefecto, se confería la Confirmación a los neófitos. En los otros puestos, la Confirmación la confería el prefecto durante la visita pastoral.

Fuera de la Pascua de Resurrección se celebraban los bautismos en Pentecostés, ya al fin del curso misional, y en algunas otras solemnidades si había algún grupo de catecúmenos ya bien preparado.

---

[309] M. Alegría, «$400.00, o "A tí te lo digo, Juan, para que lo entiendas, Pedro".», 236.

H. Apostolado de los fieles y catecúmenos

El Concilio de Shanghái, dentro del libro IV, sobre la obra de evangelización, dedicó su quinto capítulo a la obra apostólica de los cristianos, exhortando a los pastores a promover, suscitar y formar en todos los cristianos este espíritu apostólico, sobre todo entre familiares, vecinos y conocidos.

Apostolado que estaba sostenido por la oración, por las obras de misericordia corporales y espirituales y por una conducta de vida que acercase a los hombres a la religión cristiana.

Fieles a este espíritu del concilio, a los neófitos se les retenía tras el bautismo algún día más para darles los últimos consejos antes de partir de vuelta a sus casas, exhortándoles a ser buenos cristianos, a que recordasen lo aprendido, a que no se dejasen influenciar por el ambiente pagano y a que tratasen de atraer a sus familiares y vecinos a la fe y a la Iglesia.

Después, postrados, pedían la bendición del misionero que los enviaba a sus hogares.

Muchos de ellos, en realidad, no necesitaban mucho ímpetu, ya que ellos mismos, siendo incluso sólo catecúmenos, por la belleza del Evangelio y por la fuerza del amor que había nacido en ellos, eran evangelizadores por naturaleza.

Así, daban testimonio gozoso de su conversión y comunicaban de manera muy entusiasta las verdades de la fe que habían abrazado.





4 de marzo de 1950, Manila (Filipinas).
Ordenación sacerdotal de Marcos She, José Wang y Pedro Kuo.

Mons. Javier Ochoa enseña a los niños a persignarse.





J. Samanes, P. Colomo, G. Ugarte, A. Quintanilla y L. Arribas con un carro de transporte.

5.4. Acción evangelizadora de las religiosas

A. Apostolado general

En las diversas parcelas y facetas donde ejercieron su ministerio, las religiosas desplegaron su afán apostólico con gran humildad, caridad y sacrificio. Para entender la labor inmensa y de calidad que las religiosas aportaron a la vida de la misión, para comprender la fecundidad asombrosa de su apostolado, hay que descubrir la profunda vida de santidad que vivieron y transmitieron. Cuando el padre Samanes reflexiona sobre la misión de las religiosas, definiéndola como de "sacerdotisas" y "víctimas" y habla de su relación con la de los misioneros agustinos recoletos, usa esta bonita comparación e imagen para describirla:

> *«Son dos enredaderas de un mismo balcón que se abrazan por amor de Cristo. Ambos comen el pan duro del destierro y ambos beben el cáliz amargo del heroísmo. Verdad es que únicamente el misionero es quien sacrifica y ofrece la oblación pura predicha por Malaquías; mas, no cabe duda, que ellas están realizando un sacerdocio divino al igual que aquel. Sacerdocio de oración, de sacrificio y abnegación, sacerdocio envuelto siempre de silencio y que inspira silencio»*[310].

Las madres eran enviadas algunas veces con las catequistas a correrías apostólicas a algunos villorrios que habían mostrado interés por escuchar algo del catolicismo. Las monjas despertaban primero la curiosidad de sus habitantes, luego el interés, y después el entusiasmo, como cuenta sor Esperanza:

> *«La voz de, "las Madres han venido", se extendió por todo el villorrio con la rapidez del rayo, y pronto vimos allí reunidos*

[310] J. SAMANES, «Estampas Misioneras. "Ellas".», *TM* 7 (1934), 235.

a todos los vecinos. […] Con la más viva curiosidad nos miraron de arriba abajo como un ciento de veces, extrañándoles todo cuanto veían en nosotras. Con la misma curiosidad comenzaron luego a hacernos las más extrañas preguntas, a las cuales fuimos contestando con la paciencia que el caso requería, y no sin esforzarnos muchas veces por contener la risa. Poco a poco y a medida que iban tomando confianza con nosotras, iba avivándose el entusiasmo de aquellas pobres gentes y, al fin, […] aprovechando la ocasión de ver allí reunido a todo el pueblo comenzamos a explicarles lo que es nuestra religión y lo que valen sus almas. […] Todos escuchaban estas verdades con el más religioso interés, y cada vez con más entusiasmo. A una anciana que llegó jadeante y sin poder apenas sostenerse sobre sus diminutos y débiles pies, le preguntamos: y tú, ¿crees en Dios? Ella contestó inmediatamente con el mayor fervor: y, ¿acaso se puede no creer después de oír tales cosas?»[311]

En otra de sus visitas a un villorrio se encontraron con la escena de todo un pueblo que tenía su ídolo puesto al sol para ver si así les hacía caso, porque ya le habían pedido muchas veces y no les había mandado la lluvia. Una religiosa, con intención, se interesó por el ídolo, preguntándoles acerca del lugar y el modo como lo habían fabricado. Una vez que se lo explicaron, tomando pie de esta situación, la religiosa y los del lugar entablaron un diálogo donde las religiosas les hablaron del único Dios creador del mundo y Padre bondadoso, lo que terminó con una oración nacida de una rudimentaria, pero profunda fe, a la que siguieron las esperadas y necesarias lluvias.

La labor evangelizadora que realizaron las monjas agustinas recoletas, junto con sus hijas, las catequistas de Cristo Rey, y sus hijitas, las niñas de la Santa Infancia, fue realmente una labor encomiable, llena de celo e intrepidez, llena de amor y de ternura.

[311] S. E. DE LA CRUZ, «El ciego de Siutchuan», *TM* 8 (1935), 19.

Su presencia y acción fue bálsamo espiritual en medio de los pobres y enfermos, de los que sufrían y de los moribundos. Esto les valió una gran ascendencia y respeto entre la gente, haciéndoles así receptivos a lo que les decían las religiosas.

Por ello, el padre Ochoa encargó a las madres que fueran a visitar a las familias cristianas y que, con este motivo y por mano de ellas, se fuesen introduciendo, poco a poco, en las familias paganas vecinas. Los frutos de este apostolado doméstico no se hicieron esperar, pues tras media docena de visitas ya habían conseguido diez o doce nuevas catecúmenas, que comenzaron a estudiar el catecismo con el mayor interés.

B. Apostolado entre los enfermos y los moribundos

Otra de las dimensiones más representativas de su apostolado era el apostolado en busca de enfermos y de moribundos. Llamaban a este ministerio "por los cuerpos a las almas" y era una prolongación del servicio médico que desempeñaba el padre Colomo en el dispensario. Las religiosas iban provistas de las medicinas que les abrían tantas puertas para acercarse a los enfermos y portarles, además del consuelo en la enfermedad, el consuelo de la fe. Así lo explicaba una de ellas:

> *«La nota característica de nuestra vida que más les podría interesar es la que llamamos aquí "ir a la busca de los enfermos". A veces nos servimos de alguna cristiana o catecúmena para saber dónde hay enfermos de gravedad, otras veces son los mismos familiares del enfermo los que nos llaman, pidiendo medicinas, y otras, somos nosotras mismas las que preguntamos dónde hay enfermos y allí sin falta nos presentamos. Y ¡oh! ¡Cómo se ve aquí la mano del Señor, su grande misericordia y su compasión infinita por las almas!»*[312]

[312] UNA RELIGIOSA, «Por los cuerpos a las almas», *TM* 13 (1940), 76.

Cuando tenían que cumplir con la llamada de Jesús de ir a buscar almas a las que portar el consuelo de la fe y la vida eterna, las religiosas se ponían en adoración ante el Santísimo en la capilla pidiendo la bendición y así vencían todas las inclemencias del tiempo: ni el calor, ni el frío, ni la lluvia les hacía cejar en su labor.

> *«¡Qué frío tan intenso hacía aquella tarde! ¿Saldríamos? Sí; no había más remedio que salir, porque tal vez el Señor nos proporcionaría algo, y, pensando esto y desafiando el frío y la lluvia, nos decidimos. Unos momentos a los pies de Jesús, pidiéndole su bendición... y a la calle»*[313].

Muchas veces alguna cristiana les avisaba de dónde había un enfermo; otras veces eran las personas de la calle que, viendo a las religiosas, les pedían que fueran a sus casas, a visitar a tal o cual pariente, que estaba enfermo, a llevarle alguna medicina y consolarlo; otras veces se encontraban por la calle o en otro sitio a un mendigo o enfermo moribundo; otras eran ellas las que viendo a alguien preocupado o triste, le preguntaban y se interesaban, descubriendo así los dramas familiares a los que asistir.

Cuando se encontraban con el enfermo se interesaban por su salud, le daban alivio con alguna medicina o le llevaban algún alimento, le hablaban de Dios, del alma, de Cristo, de la salvación del alma, del Cielo y del infierno, y del bautismo. Mientras la religiosa indígena hacía el anuncio kerygmático y la explicación de las principales verdades de la fe, la otra religiosa no cesaba de orar para que el enfermo creyera y se convirtiera, aceptando bautizarse.

Algunas veces encontraban almas verdaderamente predestinadas, que acogían la fe con gran facilidad, gozo y alegría, con

[313] S. E. DE LA CRUZ, «El aguinaldo.», 105.

verdadero asombro ante aquella Buena Noticia y con profunda gratitud a Dios, que tanto les amaba y tan gran don les hacía. Otras eran almas con gran dolor por sus pecados que buscaban aliviar el peso de su conciencia.

En otros muchos casos, el fruto de la conversión y la fe tenía que superar más obstáculos y resistencias, que la fe y la oración de las religiosas, su caridad para con el enfermo y su insistencia persuasiva conseguían vencer en bastantes ocasiones.

Este apostolado, era también fuente de conversiones entre los familiares de los moribundos, cuando veían la paz y la tranquilidad con que morían sus seres queridos. Esta paz y felicidad con la que morían aquellos que se bautizaban llegó a hacer que una protestante, ante la grave enfermedad de su hija y después, también, de su hermana, pidiera a las monjitas que las instruyeran y las bautizaran. Posteriormente ella misma se bautizó y se convirtió en apóstol y catequista entre sus hermanos protestantes, buscando con todas sus fuerzas atraer a los más posibles:

> *«Los paganos estiman mucho una agonía tranquila, pues es señal de la futura felicidad de aquella alma. A nuestra catequista le ha dado por ahí y suele repetir en cuantas ocasiones puede: si queremos una buena muerte, tenemos que hacernos todos cristianos de la iglesia católica. Y partiendo de este principio con lo que ella ha visto por experiencia, va atrayendo a muchos de su antigua secta y haciendo nuevos prosélitos entre los paganos»*[314].

Otras veces, se encontraban algunos casos de personas miserables y enfermas, que yacían moribundas por las calles, como el caso de un bonzo, que unos señores, viéndolo así, lo llevaron al patio de una pagoda para que allí muriera, y que por ministerio

[314] S. A. DE J., «Por una buena muerte...», *TM* 14 (1941), 180.

de las religiosas abrazó la fe y se bautizó. Otras veces, eran niños pequeños moribundos a los que, con buen hacer, lograban bautizar aun en medio de budistas.

Sin embargo, en este apostolado no todos fueron éxitos fáciles, sino que hubo, naturalmente, muchos casos en los que no encontraron tierra buena donde cayera la semilla de su predicación y de su ejemplo, sino terrenos con semillas de odio que no quisieron arrancar y que ahogaron la fe inicial, o caminos endurecidos donde el diablo se llevaba las palabras sin que pudieran ni siquiera penetrar en los corazones.

C. Apostolado en cárceles y hospicios

Los misioneros y religiosas católicas obtuvieron el permiso del mandarín para poder entrar libremente en las cárceles, en el hospital y en otros centros de beneficencia. El permiso vino como caído del cielo, «una fineza de San Agustín en favor de las almas que sufren, de los desheredados, enfermos, encarcelados».

En 1935, el día del Santo Patrono de la Orden, en el contexto de las celebraciones, la misión recibió la visita inesperada del señor mandarín, junto con varios oficiales. Entre ellos había uno budista, que habló de sus esfuerzos por conducir al buen camino a los malhechores de la cárcel. "Sólo les conmueve e impresiona la horca", decía.

El prefecto apostólico de Chumatien, que estaba allí por la fiesta, le contestó que, como atestiguaba la historia y la experiencia, sólo la religión católica podía llegar a sus corazones para convertirles y perfeccionarlos. Monseñor Ochoa aprovechó la ocasión para pedir permiso al mandarín para que les dejasen entrar a la cárcel, a lo que accedió gustosamente.

Desde aquel momento las religiosas se abrieron paso por las cárceles y los hospicios, yendo diariamente a esos establecimientos del crimen y del dolor. En ellos tuvieron que soportar desaires, desprecios, incluso palabras irrespetuosas.

> *«¿Pero qué es lo que no vence el cariño? Y al cariño empapado de ternuras y delicadezas de estas heroínas han ido cediendo la dureza y la incomprensión de los obcecados y criminales. Entre niños y adultos, llevan bautizados en estos últimos meses más de cuarenta»*[315].

1. Apostolado en las cárceles

Cuando llegaban las madres a la cárcel, los oficiales, después de saludarlas con respeto, les indicaban si había alguno de los presos que se encontrase enfermo grave, por si querían visitarlo.

Las madres los visitaban y les hablaban de Dios y de la salvación de su alma. Como en su apostolado entre los enfermos, encontraban presos que acogían con facilidad el mensaje que les anunciaban; sin embargo, había otros que no se interesaban y no querían oír nada de las extranjeras. En estos casos, cuando se temía que alguno, por razón de enfermedad grave pudiera morir, solían encomendarlos a las oraciones de las pequeñas de casa que, con los pequeños sacrificios, que unas veces ellas mismas se imponían y que otras veces la madre les insinuaba, hacían descender más abundantes gracias sobre sus reacios corazones.

2. Apostolado en el asilo

Con la paz y el asentamiento de la República de China, se fueron abriendo en el país oficinas de policía, universidades, escuelas, comercios, hospitales y demás instituciones públicas y

[315] TAHUTSE, «Crónica de la Misión», 128.

sociales. La presencia de enfermos, inválidos y mendigos callejeros había sido en China una de las llagas nacionales más hondas hasta hacía poco. En ese momento, comenzó a ir desapareciendo el fenómeno, merced a la fundación de centros de beneficencia que, aunque muy deficitarios y aún en sus comienzos, no dejaban por ello de ejercer una loable labor humanitaria.

A las afueras de la ciudad de Kweiteh, hacia el sur, se había abierto un hospicio o asilo, donde los pobres mendigos vagabundos encontraban un poco de pan, caldo y albergue en donde poder guarecerse, para no morir de frío y hambre a las orillas de un camino, con frecuencia, cubierto de nieve.

> *Se refugiaban allí «seres cargados de años y sobre todo de dolencias y enfermedades que, por estar así y carecer de un hogar o de una choza donde esconder sus miserias, arrastran una vida horriblemente mutilada, horriblemente desgastada por el poco comer, por el mucho sufrir [...] Despreciados por inservibles y repugnantes, maltrechos, justamente (=lo justo) recubiertos por unos harapos mugrientos, van a parar a esos remansos de quietud en donde, a falta de otros cuidados y atenciones, encuentran al menos un cobijo, un mendrugo de pan y un rincón donde morir en paz»*[316].

Entre los muchos desgraciados que allí se refugiaban había casi un centenar, entre cojos y ciegos, que siempre que las madres visitaban el hospicio, se acercaban a oír lo que predicaban. Muchos de ellos deseaban hacerse cristianos y dibujando una escena conmovedora iban todos los domingos a la misión católica:

> *«Un ciego rompe la marcha llevando un palo que le sirve de lazarillo y los demás le siguen uno tras otro agarrándose cada uno a la ropa del que va delante, tropezando en todo lo que se encuentran y hundiendo sus pies medio descalzos en los*

[316] *Ibid.*

baches del camino. [...] Este invierno han venido a pesar de las nieves y de los hielos, y esto sólo por oír Misa y luego la explicación del catecismo que escuchan con avidez porque desean aprenderlo pronto para recibir el santo Bautismo»[317].

D. Apostolado de la Santa Infancia

Una de las misiones que desempeñaron las religiosas fue el cuidado de las niñas de la Santa Infancia. Impregnando sus almas de espíritu cristiano de santidad y de apostolado. Como veremos, las niñas de la Santa Infancia también serán apóstoles intrépidos como sus madres, las religiosas. De ellas saldrá también el nutrido grupo de las religiosas indígenas que acompañarán a las religiosas españolas y filipinas en sus salidas misionales.

En la época de Prefectura, la ley civil ya castigaba duramente el infanticidio, por lo que aquellas escenas desencarnadas de impiedad, que impresionaron vivamente la sensibilidad de los religiosos en sus inicios, iban desapareciendo; sin embargo, muchas veces las niñas seguían siendo asesinadas o abandonadas, aun cuando no de modo tan claro y abierto como antes.

El orfanato era «un cubierto de unos tres metros de altura, de unos doce de largo, por tres de ancho. Dividido por unos tabiques, hacen de él unos dormitorios y un comedor. [...] El suelo está húmedo y las paredes traspiran también el hielo intenso de esta nevera. Todo es sencillo hasta el exceso y extremadamente pobre»[318]. Así le impresionó al padre Venancio:

«Acabo de visitar nuestro Orfanatrofio. Vengo hondamente impresionado. Es un rincón tan humilde que tiene todas las

[317] S. E. DE LA CRUZ, «Jesús llama a la puerta.....», 147.

[318] *Ibid.*, 135.

apariencias de unos establos algo decentes. […] Una de las cosas que más me ha llamado la atención, es un grande desarrollo espiritual en sus pequeñas conciencias»[319].

En contraste con la pobreza material y la frialdad del edificio, estaban las riquezas espirituales y de amor, la calidez y ternura de las relaciones humanas vividas entre las madres y las niñas, que calentaban el hogar.

«Sin más amparo que la caridad de Cristo en los corazones misioneros, qué bien saben pagar con su agradecimiento cuanto se ha hecho por ellos. Porque saben amar de verdad. El alma del niño, ya lo sabéis, como la enredadera, se arraiga y se enlaza con la de la madre. Pero como no tienen, las monjitas son sus madres. Y así viven unas en otras. Y en esos brazos llegará a faltarles el pan, pero les sobrará el cariño grande y maternal»[320].

Las madres, con su ejemplo, su amor y su dedicación, modelaron el corazón de las niñas, dejando entre ellas modelos de fe y de santidad, de devoción y de espíritu misionero. Cultivaban en ellas el deseo de ser toda de Jesús, acompañándolas a vivir con intensidad la Eucaristía y abriendo su corazón a la consagración religiosa. Supieron guiar e iluminar sus almas por los caminos de la santidad, como en el caso de una "cieguita" a la que llamaban la "reina de la Santa Infancia", sabiendo guiarla en medio de pruebas espirituales concordes con su edad, llevándola a una profunda vida escondida en Dios como víctima fecunda.

El padre Venancio, en el tiempo que estuvo en Kweiteh como vicerrector del seminario, tuvo oportunidad de conocerla y conocer su historia. Con su alma de místico supo interpretar y recoger

[319] *Ibid.*, 134-135.

[320] *Ibid.*, 135.

para nosotros el proceso interior de esta niña, de la que no nos dejó su nombre. En su narración se aprecia la belleza de esta alma, la guía espiritual de la madre, sor Ángeles, y la sensibilidad y profundidad espiritual del padre Venancio, que, como hemos visto, se hizo también misionero al modo emprendido por la cieguita, ofreciendo su vida a Dios por las almas.

Las religiosas se preocuparon de educar a las niñas en la caridad y generosidad, que, convertida en limosna, dará el golpe definitivo al corazón de una ancianita que venía con cierta frecuencia a pedir limosna a la misión.

Las madres, junto con los religiosos, inculcaron y cultivaron el espíritu misionero de las niñas de la Santa Infancia. Es el padre Venancio quien, con su fineza de espíritu, su celo apostólico y su amor a los pequeños, tratando de encender el espíritu misionero en los niños lectores de la revista y estimulando a todos los que trabajaban en la pastoral o en la educación de los niños a hacer lo mismo, nos explica, desde su propia vivencia, cómo sembrar el celo misionero en el corazón de los niños:

> *«Las almas pequeñas también se revuelan con ansia hacia los horizontes misioneros. [...] Hasta las almas pequeñas contagiadas por ese imán irresistible del entusiasmo divino, en un arranque valiente y generoso han levantado el vuelo y se encaminan hacia aquí con las manos repletas de ofrendas y sacrificios y el corazón latiendo fuertemente a los impulsos apremiantes del Divino Misionero. Los niños son inflamables y espontáneos. Fácilmente se encienden al herirles suavemente con la luz de un ideal de prodigios y heroicidades.*
> *[...]Difícilmente se le hace obrar a un niño por la reflexión y con una voluntad firme y decisiva. El niño carece de esas cualidades que forman el carácter fuerte y enérgico.*
> *Sin embargo, impresionando su sensibilidad, qué fácilmente se consiguen de él aun los sacrificios más costosos y los actos que más repugnan a su tendencia natural. El ideal bello es el*

que más interesa el corazón y la fantasía. Ningún ideal como el de la cuestión misionera, para enardecer los entusiasmos infantiles.
[…] [El método de los ejemplos] es el medio más sugestivo que estimula la sensibilidad y fantasía del niño, reemplazando la reflexión en el desenvolvimiento de sus actividades.
[…] Y recordemos después lo que dice Horacio sobre el ánimo de los niños: "Como la vasija de barro cocido que embebe y conserva tenazmente el olor del primer vino que en ella se guardó"»[321].

Fruto de este espíritu en que vivían y que palpaban en el ejemplo de sus madres y padres, de ese ideal profundo de fe y de amor a Jesús y a las almas, que guiaba toda la vida de la misión, son diversos ejemplos apostólicos de las niñas de la Santa Infancia.

[321] V. MARTÍNEZ, «...Ya sois misioneros.», *TM* 9 (1936), 300–303, 300–301.

6.

Espiritualidad misionera y visión teológica de la acción misional



Arriba: Venancio Martínez y Luis Aguirre descansan durante una visita a los villorrios de Yucheng.

Abajo: escena típica rural en un villorrio.



6.1. Espiritualidad misionera y visión teológica

En este apartado queremos presentar la espiritualidad misionera y la visión teológica que fundamentaron y sostuvieron la acción misionera de los religiosos agustinos recoletos en la misión de Kweiteh.

Los frailes recoletos que trabajaron en China sintieron con la Iglesia de su época en la visión teológica de la acción misionera que desarrollaban, asimilándola y enriqueciéndola desde su propia espiritualidad y visión teológica agustiniana y recoleta. Los frailes recoletos no fueron innovadores, pero supieron vaciar el pensamiento y espiritualidad misionera de la época en los propios moldes carismáticos, viviendo y desarrollando aquellos desde estos.

A modo de presentación general podríamos decir que la acción misionera de la Iglesia se concibe como la acción misionera del "Cristo total", Cabeza y Cuerpo, que, indisolublemente unidos, continúan su misión salvadora en lucha contra el poder de las tinieblas, para instaurar en los corazones el reinado del Amor y edificar así la Ciudad de Dios. Una misión que se funda en un imperativo interno de amor, más que en un mandato externo de misión.

La Iglesia y, con ella, los misioneros, en unión con Cristo, llenos de su Espíritu, movidos por su Amor e imitando su ejemplo, pasan haciendo el bien y predicando la Buena Noticia a los pobres, para mostrarles el rostro del Padre y el corazón de Cristo, atrayendo a los hombres hacia Él con la fuerza del amor, e invitándoles a entrar en comunión con Él.

A. Espiritualidad misionera

La espiritualidad misionera de los religiosos es fuertemente cristocéntrica. La acción del misionero se comprende como continuación e imitación de la misión terrena de Jesucristo, que pasó haciendo el bien, predicando la Buena Noticia, la salvación y la remisión de los pecados, y que amó a los hombres entregando su vida por ellos.

1. Espiritualidad del Corazón de Jesús

La espiritualidad misionera de los religiosos está radicada en una espiritualidad del Amor manifestado en el Corazón de Jesús, abierto en la cruz y sediento de amor, que se hace presente en la misión de la Iglesia, y la sostiene a través de la Eucaristía y de sus ministros.

Expresión de esta espiritualidad misionera es el hecho de que monseñor Ochoa consagrase la misión al Sagrado Corazón de Jesús en un acto sencillo, pero de honda significación para los religiosos, como ponen de manifiesto en la crónica del acto:

> *«El 8 de noviembre de 1931 será un día de imperecedera memoria para la Misión de Kweitehfu. Por lo cual y por creer que, desde que nos hicimos cargo de esta Misión los Agustinos Recoletos,* ***no se ha realizado aquí un acto de tanta importancia y trascendencia****, como el día mencionado, paréceme un deber anotarlo en nuestra revista "Todos Misioneros", para conocimiento de nuestros entusiastas lectores y para que, al mismo tiempo, sirva como de* ***documento público de la Alianza que ese día, se pactó entre Dios y nosotros****»*[322].

[322] CAMINO, «Viva el Sagrado Corazón de Jesús!», *TM* 5 (1932), 13. Las negritas son nuestras.

El escudo episcopal que escogerá monseñor Ochoa al ser elegido vicario apostólico, es también expresión de esta espiritualidad: un Corazón de Jesús inflamado en llamas, coronado con una cruz y rodeado de una corona de espinas, Corazón abierto del que gotea sangre hacia el globo terráqueo.

En la parte inferior, completan el escudo el Inmaculado y doloroso Corazón de María y el corazón de San Agustín sobre la Biblia, traspasado por el dardo de la Palabra y de la Gracia e inflamado en el amor de Dios.

Esta espiritualidad pasará también a los religiosos chinos que tomarán el testigo de la misión tras la expulsión de los religiosos extranjeros. Monseñor Nicolás Shi, tercer obispo de Kweiteh (Shangqiu), tras largos años de persecución y clandestinidad, en el lecho de la enfermedad declaró:

> *«Yo nunca he perdido la esperanza, porque antes de abrir esta Iglesia, puse como titular al Sagrado Corazón, porque Él dijo que estaría siempre con nosotros. Yo sé que esta Iglesia no va a desaparecer»*[323].

Su compañero, el religioso agustino recoleto monseñor José Wang, al ser nombrado obispo de la diócesis vecina de Heze, escogió un escudo episcopal que, como el de monseñor Ochoa, era fiel reflejo de esta espiritualidad: a los tres corazones del escudo de Ochoa añade el propio corazón que se ofrece sobre una patena y que está adornado con la vela de la fe bautismal.

Podemos decir que, en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, los recoletos encontraban la fuente de donde nacía su celo

---

[323] NICOLÁS DE TOLENTINO OAR (Canal de YouTube), *Homenaje a Nicolás Shi Jing Xian y a Luis Aguirre, Agustinos Recoletos. Misión de Shangqiu, China*, del minuto 1:00 al minuto 1:15, 19/02/2014, «http://www.youtube.com/watch?v=5e2hcIe7RAQ#t=76»

misionero y en donde se cultivaba, así como el culmen de su obra de evangelización, entendida como *manifestar a los hombres ese Corazón lleno de Amor, que, sediento de amor, los invita a entrar en comunión con Él*.

> *«Me parece haberles ya dicho en otras que uno de los medios más adecuados y seguros para llevar pronto a cabo nuestra obra y mejor conseguir los santos fines que nos hemos propuesto, es, sin duda alguna, la propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Esta es el arma que Jesús pone en nuestras manos para pelear con éxito contra sus enemigos de estos tiempos. Por ella nos santificaremos a nosotros mismos y podremos santificar también a cuantos nos rodean. Oigamos las palabras que desde el Sacramento del amor dirigió a su sierva Santa Margarita María de Alacoque: El gran deseo que tengo de ser amado perfectamente de los hombres, me ha hecho formar el designio de manifestarles mi Corazón; que es como si quisiera decir: se han olvidado los hombres de lo que por ellos he hecho en mi Pasión y en la Cruz, y por eso quiero que vengan todos a mí y vean este Corazón abierto por amor a los hombres y que no quiere otra cosa que amor, los corazones de los hombres»*[324].

El Corazón de Jesús es la fuente donde los misioneros aprenden a amar con un amor que lleva a la donación de sí mismo por la salvación de las almas.

El misionero tiene que dejar que el Corazón de Jesús lata en su pecho y que ponga en él el fuego del amor y el deseo profundo de que este fuego arda en los corazones de todos los hombres.

De este modo, pedía el padre Ochoa al delegado apostólico, monseñor Zanin, que en "pago" a un crucifijo para el altar que le

[324] J. Ochoa, «Carta Pastoral de 25 de marzo de 1935», (1935), *APF*, fondo NS, Vol. 1272, Rub. 27/10, 42v–43r.

había regalado, le pidiese al Corazón de Jesús un corazón generoso y ardiente para él.

> *«Vuestra Excelencia andará a hacer una visita en mi nombre al Sacratísimo Corazón delante al Crucifijo y a la Sacratísima Eucaristía y allí le pedirá en mi nombre varias cosas: un corazón verdaderamente generoso, heroicamente generoso, como el Suyo, un corazón al menos como un Vesubio, pero como un Vesubio en continua erupción, en resumen, pida para mí un corazón que sepa y pueda hacer el loco por Él como Él lo ha hecho y lo hace todavía por mí. Este es un precio justo por los dones y no quiero más, pero tampoco nada menos»*[325].

El Corazón de Jesús no es solamente la fuente del celo apostólico de los misioneros, sino que las mismas personas de los auténticos misioneros son un don del Corazón de Jesús a la Iglesia, son conformados según el Corazón de Jesús y constituidos como ministros y apóstoles del Corazón de Jesús: apóstoles conscientes de la grandeza de la misión en la que participan, y que, llenos de celo, ponen cuerpo y alma en cooperar a la salvación de las almas, entrando con su vida en la espesura del Amor y del Sacrificio del Divino Corazón.

Sor Esperanza de la Cruz, superiora de las religiosas agustinas recoletas que salieron de la clausura para ir a la misión de Kweiteh, describía así el tipo de misioneros que hay que pedir a Dios que envíe a su mies:

> *«¡Apóstoles del Sagrado Corazón de Jesús! Rogadle envíe operarios a su viña, operarios según su divino Corazón, operarios cuyos entusiasmos misioneros no sean sólo aparentes, antes al contrario, dándose cuenta de lo que significa su vocación,*

[325] J. Ochoa, «Carta (12 diciembre 1935) a Mons. Mario Zanin.», [1935], *ASV*, Arch. Del. Ap. in Cina, Fondo Zanin, b. 186, 82.

sepan llevar almas a Jesucristo más con su ejemplo que con sus palabras; operarios que sientan la grandeza de esta obra sublime de la salvación de las almas redimidas con la sangre de Cristo, operarios, en fin, con alma de fuego que compren con sus sacrificios y sus lágrimas, con sus penitencias y sus oraciones, la luz de la fe a tantas inteligencias entenebrecidas por los errores del paganismo, y el amor de Dios a tantos corazones esclavos del placer y del vicio»[326].

2. Espiritualidad de la Cruz y de la Eucaristía

Los misioneros se encuentran con este Corazón en la Eucaristía y comprenden el misterio profundo de su Amor en la meditación de la Cruz.

«La Cruz y la Eucaristía van siempre juntas, pues las dos constituyen como un doble trono desde el cual gobierna y en el cual reina el Corazón Rey, el Rey del amor. [...] La Cruz y la Eucaristía; ¡he ahí los eternos y dorados sueños del amantísimo Corazón de Jesús, los dos símbolos por excelencia del amor inmenso, del amor tierno y delicado de nuestro buen Jesús para con nosotros! Y si allí donde uno tiene su tesoro tiene también su corazón, los nuestros deberán estar siempre fijos en la Cruz y en la Eucaristía, por tener en ellas nuestro mayor tesoro, el único tesoro digno de tal nombre, el tesoro inagotable del misericordiosísimo Corazón de nuestro Dios»[327].

En la Cruz, los hombres se encuentran con un Corazón abierto por amor, lleno de misericordia y sediento de amor. En las páginas de la Pasión, el hombre debe descubrir la grandeza de aquel Corazón que lo llama, y dejarse tocar por su Amor en lo más

[326] S. E. DE LA CRUZ, «Los hambrientos», 55.

[327] J. OCHOA, «Carta Pastoral», 43r.

profundo del corazón, de donde nace la verdadera contrición, la conversión sincera y la confesión agradecida.

> *«Leemos las páginas de la Pasión de nuestro adorable Salvador, y sucede con frecuencia que lo que leemos no pasa de nuestras pupilas para adentro, siendo así que debería penetrar hasta lo más íntimo de nuestros corazones y salir luego por nuestros ojos convertido en torrentes de lágrimas de amor y agradecimiento»*[328].

En el Sagrado Corazón, los misioneros aprenden con Jesús a rezar e impetrar la misericordia del Padre para la humanidad: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.* Allí encuentran también los misioneros consuelo en medio de las tribulaciones de la misión, compartiendo la cruz con su Señor, al mismo tiempo que con su entrega consuelan un poco su sed de amor.

Si delante de la Cruz, meditando la Pasión del Señor, comprenden el misterio del Corazón de Jesús, en la Eucaristía, los misioneros se encuentran directamente con Él y se nutren de Él. En la Eucaristía encuentran la fuerza para llevar la cruz y seguir al Maestro en la misión de dar y darse por los demás.

> *«Para andar siempre seguros y evitar tropiezos en el áspero camino que nos conduce a nuestra eterna patria, comencemos siempre por la Eucaristía, esto es, vayamos primero a la Cena Eucarística, que por algo la instituyó nuestro buen Jesús poco antes de ir a la Pasión, y ciertamente fue para darnos a entender que sin este alimento de los fuertes no podremos nunca seguirle de cerca en los oprobios y humillaciones de su Pasión y menos aún en los tormentos de la Cruz»*[329].

---

[328] J. Ochoa, «Carta Pastoral», 42v-43r.

[329] J. Ochoa, «Carta Pastoral», (1935), *APF*, fondo NS, Vol. 1272, Rub. 27/10, 43r.

La Eucaristía es el centro de vida, el Sol que atrae a todos hacia sí y desde donde irradia el Señor su luz y su calor.

> *«¿Para qué se quedó en la Eucaristía? Para atraer a todas las almas hacia Sí, para que todos los corazones lo conozcan y lo amen como a su único Rey y Señor. En una palabra: que todo lo que Jesús ha hecho y sigue haciendo es por las almas, y la sed que siente en la Sagrada Eucaristía es sólo sed de almas»*[330].

El padre Venancio hacía de la celebración de la Eucaristía, —actualización del Sacrificio de la Cruz y sacramento de la presencia de Cristo Resucitado—, fuente de Luz que ilumina y purifica, fuente de Vida que salva, fuente de Amor que hace madurar la mies evangélica de las almas.

> *«Quiero partir tu Carne,*
> *Tu Hostia Inmaculada*
> *que relumbre en las tinieblas de tantos ciegos*
> *y requeme los gérmenes de tantos enfermos...*
> *¡¡¡ JESUCRISTO !!!*
> *Que mueres por todos…*
> *Que todos vivan por tu muerte.*
> *Enciende y reseca estos sembrados inmensos...*
> *Que si no sale el sol,*
> *no amarillea la mies»*[331].

A Cristo Eucaristía encomiendan los religiosos sus trabajos, y ante Él rezan con fervor y constancia para que «desde el brocal de su Sagrario, bendiga sus trabajos». Los misioneros, antes de hablar a los hombres de Dios, hablaban a Dios de aquellos hombres, para que Cristo desde el Sagrario los moviera en su corazón y los atrajese con lazos de amor derramando sus misericordias.

---

330 *Ibid.*, 40r.

331 V. MARTÍNEZ, «Bajo un crepúsculo», *BPSN* 49 (1959), 62.

Los misioneros no sólo pedían a Cristo que iluminase y preparase los corazones de los otros, sino que también pedían por ellos mismos, para que los hiciera dignos trabajadores de su mies, que los bendijese con su sacrificio redentor y que los inflamase con su celo misionero, así como que los acompañase y guiase en sus trabajos.

Así se expresaba el padre Venancio al respecto:

> *«Pon en mis senderos el dolor de tus huellas,*
> *que santifiquen mis pasos.*
> *Y en mi alma, Señor,*
> *pon ese anhelo divino de redención»*[332].

Las religiosas, antes de salir en busca de enfermos que evangelizar, siempre se ponían en adoración ante el Santísimo en la capilla, conscientes de que ellas sólo eran instrumentos en las manos del Señor, y de que era Él el que las tenía que dirigir hacia donde Él quisiera, el que tenía que abrir los corazones de aquellos enfermos y moribundos...

> *«Era un viernes y el sol se levantaba con tanta fuerza que me quitaba el ánimo de salir en busca de enfermos. Pero Jesús me repetía interiormente que saliera. Salí, pues, muy animosa; pero antes, al pedir su bendición al divino Prisionero le pedí también que me condujera a donde hubiera enfermos»*[333].

---

[332] *Ibid.*

[333] UNA RELIGIOSA, «Por los cuerpos a las almas», 217.



Noviembre 1935, Kweiteh: M. Alegría, A. Quintanilla, F. Sanz y P. Ruiz queman supersticiones de la casa de un nuevo catecúmeno.



Pedro Colomo y dos religiosas chinas atienden a un enfermo.

3. Espiritualidad del Amor Misericordioso

En la Cruz y en la Eucaristía los misioneros se encienden en el amor de Cristo por las almas, en su «anhelo divino de redención», que los impele a la misión, y por el que los cristianos se convierten en fervorosos misioneros.

En la Eucaristía, ellos escuchan el mandato de amor del Maestro, y es este amor de Cristo el que los misioneros despliegan para con los que desconocen a Jesús. A través de sus palabras y de sus obras de caridad, les manifiestan el Corazón de Jesús y les invitan a entrar en Él, fuente del Amor.

> *«La fuerza de la caridad es tan irresistible que, por encima de todos los errores e ignorancias, sabe imponerse aun en estas pobres almas que saben apreciarla y sentirla, como una necesidad, como algo que llena su pobre corazón vacío»*[334].

Esta espiritualidad misionera que se enraíza en la espiritualidad agustiniana y recoleta, encuentra apoyo y fuerza en el ejemplo y modelo de santa Teresita del Niño Jesús, que tras ser beatificada en 1923 y canonizada en 1925, será proclamada patrona de las misiones y de los misioneros católicos en 1927, justo en los momentos previos a que la misión de los recoletos se constituyese en Prefectura Apostólica. La espiritualidad misionera de santa Teresita se radicaba en el amor: ser el amor en el corazón de la Iglesia, y un amor que fuese participación del Amor de Jesús por la humanidad.

Este amor de Jesús llena el corazón de sus misioneros y en ellos y a través de ellos continúa su misión. Este amor de Jesús es un Amor Misericordioso que, en la espiritualidad de los misioneros, se caracteriza y se refleja en las imágenes evangélicas de Jesús

[334] X (Venancio), «Poemas Misionales», *TM* 11 (1938), 95.

con la samaritana, la parábola del Buen Samaritano, la imagen del Buen Pastor y la escena de Cristo en la Cruz.

En la escena del diálogo con la samaritana, Jesús manifiesta que su Amor misericordioso siente hambre de llevar a cabo el plan de salvación que el Padre le ha encomendado, siente pena y compasión por la situación existencial de la humanidad que no conoce al Padre, siente sed intensa de la fe y del amor de los hombres para poner en ellos la fuente de su Amor.

Los misioneros, como Jesús en el pozo de Jacob, se alimentan de hacer la voluntad del que los ha enviado a evangelizar; alzan la vista y contemplan la mies abundante que espera ser segada.

«Jesús, Jesús!
Ya he llegado a otros campos de mies.
Y he visto las llanuras inmensas
que tanto entristecen tu corazón.
Y como Tú, he sentido honda tristeza
al ver tanta maleza entre los granos de trigo.
¡Cuántas almas, cuantas almas…!
Se pierden los ojos en las lejanías sembradas...
y se enciende el deseo en la llanura sedienta...
¡Cómo se afanan los segadores!
¡Señor, Señor!
Aquí me tienes ahora para Ti,
con los brazos abiertos para coger tus gavillas.
¡Que tengo impaciencia, Señor!
Quiero correr por tus rastrojos amarillos»[335].

Tienen sed de la salvación de las almas, de que las almas conozcan al Dios que anhelan sus corazones, al Dios que es tan cercano a ellas y que desea que lo "adoren en espíritu y verdad" y que en ellas nazca la fuente de agua viva que apague su sed.

[335] V. MARTÍNEZ, «Bajo un crepúsculo», 60-61.

«No saben lo que quieren, pero es el anhelo de Tí.
Se están muriendo porque no tienen el Pan de Verdad
que eres Tú.
¡Estás triste, Señor!
Tú tienes en los ojos el tormento de las almas.
Y tu corazón no cesa de sangrar como en el Calvario.
Que están tan cerca de Ti y no saben que Tú estás ahí.
Que no saben que Tú eres el Cristo.
Que Tú eres el Redentor.
Que Tú eres la Hermosura sublime y atrayente.
Tú les podías dar de comer. Y calmar la sed del alma.
No saben que Tú mueres por ellas.
Y que, siendo Dios, por ellas te has hecho Hombre.
¡Señor! Que no te conocen»[336].

Los misioneros, como Jesús, el Buen Samaritano, han mostrado siempre gran sensibilidad por todas las personas pobres, necesitadas, enfermas y moribundas, se han hecho prójimos de los más pobres y necesitados, buscando siempre con caridad dar a esas personas la salud del alma, así como el consuelo y el calor humano en sus desgracias.

«Los que pasan por el camino apresuran la marcha con el pañuelo en las narices hostigados por el olor nauseabundo. Pasaron por allí los seminaristas e hicieron el hallazgo. Y avisaron al Misionero. El Buen Samaritano no podía pasar de largo. ¡Misionero de Cristo! Tú, como el Maestro, nunca abandonas»[337].

A los cuidados y atenciones corporales que les prodigaban, les unían palabras dirigidas al corazón, palabras centradas en el amor de un Dios que, como bienaventuranza de Amor que salva el alma, promete a los pobres el reino celeste que trae su Hijo

[336] *Ibid.*, 61.

[337] Man-She (Venancio), «Desde un cañaveral», 273.

Jesús; palabras que buscaban suscitar la conversión a Cristo y la obediencia de la fe.

La imagen de la oveja perdida que el Buen Pastor busca para traer de nuevo a casa es también una imagen del amor misericordioso que los misioneros deben tener para con los hombres. Así describe el padre Venancio en su poema la situación de aquella humanidad:

«Quiero correr tras la ovejita errante y sin camino.
¡Cuántas van desbandadas!
Con hambre y sed,
entre el polvo de tanta miseria:
llagadas con tantas heridas,
van caminando sin rumbo.
Y están fuera de tu redil.
Las que te hacían llorar, Jesús,
porque no tenían pastor»[338].

El Amor misericordioso de Cristo, no sólo es el del Buen Samaritano que se acerca a la humanidad doliente y la sana, o el del Buen Pastor que busca sus ovejas, sino que es, sobre todo, el del Buen Pastor que da la vida por sus ovejas.

Siguiendo la estela y el ejemplo de celo misionero de santa Teresita, el padre Venancio hizo del ofrecimiento de sí como víctima al Amor Misericordioso el culmen de su obra misional. Un año después de su ofrecimiento, el Señor lo llevó al cielo para que siguiera desde allí derramado gracias sobre su misión.

[338] V. MARTÍNEZ, «Bajo un crepúsculo», 61.



Noviembre 1935, Kweiteh: M. Alegría, A. Quintanilla, F. Sanz y P. Ruiz queman supersticiones de la casa de un nuevo catecúmeno.



Pedro Colomo y dos religiosas chinas atienden a un enfermo.



**Finales de 1938. Dos escenas del seminario.
Arriba, los seminaristas juegan al fútbol.
Abajo, cultivan el huerto.**



B. Visión teológica de la misión

1. Teología cristocéntrica de la misión

La visión teológica es cristocéntrica. Cristo es el Divino Misionero, enviado del Padre para la salvación de la humanidad. Cristo es el origen de la misión de la Iglesia y el modelo de todo misionero.

> *«Debemos remontar nuestro pensamiento sobre todas las cosas terrenas y fijarlo en la persona adorable de nuestro divino Salvador. Él es el misionero por excelencia que envía el Padre eterno a los hombres»*[339].

La misión de la Iglesia nace del mandato de Cristo, mandato de evangelizar, en conexión con el mandato del amor fraterno. Pero la Iglesia no ha recibido de Cristo sólo el mandato de evangelizar y de amar como Él nos ha amado, sino que también ha recibido aquello que le permite llevarlo a cabo: el don de su amor y la presencia cotidiana de Jesús en la Eucaristía hasta el fin del mundo. Es Cristo que, poniendo en los corazones de los cristianos su Espíritu de Amor, continúa, a través de su Iglesia, su misión en el mundo hasta el fin de los tiempos.

2. Teología agustiniana de la misión

La teología misional que influye en nuestros misioneros está nutrida del espíritu y del pensamiento de san Agustín. El padre Capánaga espigó en la revista de la misión los principios agustinianos cristológicos, antropológicos y eclesiológicos que iluminan la misión de la Iglesia. Jesús es el enviado, el gran misionero

[339] J. Peña, «En torno a la Encíclica "Rerum Ecclesiae" sobre las Misiones», TM 2/5 (1929), 4–9, 8.

del Padre, que a través de su Encarnación es enviado a la humanidad, el gran enfermo, como Buen Samaritano y Médico de las almas. Buen Samaritano que, dándole el doble precepto del amor como riqueza, encomienda a la Iglesia cuidar en su nombre, hasta que Él vuelva, a aquella humanidad que él ha salvado.

El misterio de la salvación universal en Cristo Jesús ha iluminado la concepción de una humanidad herida por el pecado y que sufre las consecuencias de la lejanía de Dios.

> *«La misión de Cristo supone una lejanía incalculable, una distancia enorme entre Dios y la criatura racional. El envío -missio- siempre entraña una lejanía, una distancia. Esa lejanía la hace el pecado. El paganismo es la mayor distancia espiritual entre Dios y los hombres. San Agustín ha profundizado como pocos, en las consecuencias, en la ceguera, en los errores, en la miseria y orfandad del género humano alejado de Dios. Sus doctrinas acerca del pecado arrojan torrentes de claridad sobre el verdadero sujeto de las misiones, o el alma separada de la vida sobrenatural, en última instancia, el mundo infiel»*[340].

Es el hombre que vive en las periferias existenciales del pecado y del alejamiento de Dios el que es el objeto del amor de los misioneros, que portan y manifiestan el amor misericordioso que nace del corazón de Jesús, Buen Samaritano. La misión de la Iglesia prolonga la obra redentora del Verbo. Los misioneros son los miembros de Cristo, los brazos de Cristo Buen Samaritano y médico de las almas, el corazón de Cristo, Buen Pastor.

> *«La Iglesia es la mano benediciente de Cristo extendida a lo largo y a lo ancho de la historia. Ha heredado de su fundador*

[340] V. Capánaga, «San Agustín, El Gran Teólogo De Las Misiones», TM 4 (1931), 39.

no sólo la doctrina, los sacramentos, la jerarquía, sino también el Corazón, inflamado por el amor a las almas»[341].

La teología de la acción misional de san Agustín es una teología del amor, que no es ocioso, sino dinámico, activo, imaginativo, anhelante de ganar almas para el Amor. La ley misional del amor es "ley de difusión".

«Hay en la vida espiritual del cristiano una ley importantísima, que puede llamarse de difusión. [...] Ser cristiano significa beber en la plenitud de la gracia de Cristo; y al que bebe con abundancia, le salta la fuente en el pecho. La fuente es el celo de las almas, el espíritu misionero, la sed del apostolado»[342].

A la «ley de la difusión» corresponde también la «ley de la generación», que consiste en «engendrar a Cristo en las almas por la fe». El misterio de María, Virgen y Madre, ilustra este misterio eclesial de la generación mística. La doctrina es muy querida para san Agustín. En su sermón 72 A, comentando la frase del evangelio donde Jesús dice que *el que escucha y hace la voluntad del Padre suyo que está en los Cielos, ese es su hermano, su hermana y su madre,* expone san Agustín con belleza esta doctrina. Así como somos hermanos de Cristo cuando somos engendrados en el bautismo como miembros suyos, así, cuando conducimos a otros al bautismo somos madres de Cristo[343].

«La doctrina no puede ser más bella y sugestiva; en ella se concreta en forma lúcida toda la teología del celo misional. El cristiano debe reproducir en sí mismo el estado y la perfección de la Virgen María, como Virgen y Madre. Ha de ser virgen de

[341] *Ibid.*, 42.

[342] *Ibid.*, 215–216.

[343] Cf. San Agustín, Sermo 72/A, 8, PL 38.

Cristo y madre de Cristo. La fe incorrupta es la virginidad del corazón: virginitas cordis fides incorrupta. El tránsito del estado de infidelidad al de la fe es la incorporación a Cristo, un místico desposorio. El alma pasa de los brazos del diablo a los de Cristo y se hace hermana suya, virgen suya, esposa suya. Mas este místico desposorio ha de manifestarse en amor y el amor es genésico o reproductivo por naturaleza. Cuando comienza a engendrar, esto es, a buscar nuevas almas, arrancándolas del cautiverio satánico, para sumergirlas en las aguas bautismales, entonces comienza a ser Madre de Cristo. El apóstol va a ir generando a Cristo por donde pasa: per evangelium ego vos genui: os he engendrado con el evangelio, según decía San Pablo. Misionar es propiamente engendrar a Cristo»[344].

Esta dimensión misionera del amor cristiano es fundamental y radical, pertenece a su esencia y está expresada, como manifestación de piedad filial, en la oración dominical en sus primeras peticiones, configurando toda la oración: *Sanctificetur nomen tuum, adveniat regnum tuum*. Estas dos peticiones de la oración dominical constituirán el lema episcopal de monseñor Ochoa, cuyo sentido él mismo explicaba así al secretario de monseñor Zanin:

«Le envío una copia de mi escudo, hecho por uno de mis misioneros, de modo que Usted vea mi programa oficial para toda la vida, el programa más general, propio de todos los que tienen el nombre de cristiano, y especialmente de todos los misioneros que trabajan para hacer conocer el Santísimo Nombre de Jesús y para acelerar su Reino en todas las almas del mundo»[345].

---

344 V. CAPÁNAGA, «San Agustín, El Gran Teólogo De Las Misiones», 218.

345 J. OCHOA, «Carta (25 junio 1937) a D. Alfredo Bruniera, secretario del delegado apostólico.», *ASV*, Arch. Del. Ap. in Cina, Fondo Zanin, b. 186, 130-131, 131.

Con el *santificado sea tu nombre,* «le pedimos que sea santificado entre los hombres, esto es, que sea honrado y conocido de ellos y que nada tengan por tan adorable y grande como su nombre. Le suplicamos que los sepultados en las tinieblas de la gentilidad conozcan y santifiquen el Nombre de Dios»[346].

Monseñor Ochoa exhortaba así a sus misioneros en la carta pastoral de 1935 haciéndose eco de esta doctrina.

> *«En primer lugar está la gloria de Dios, por la cual debemos trabajar con el mayor celo, buscando almas, ganando muchas almas para Jesucristo, procurando con todo ahínco acelerar, cuanto esté de nuestra parte, la venida del reinado del Sagrado Corazón llevándole muchos corazones que lo conozcan y lo amen como Rey, y le alaben y glorifiquen sin cesar con aquellas palabras suyas: Sanctificetur nomen tuum. Adveniat regnum tuum. Y procurando esta primera gloria, nos viene naturalmente la segunda, que es la nuestra, nuestra propia santificación»*[347].

Es importante en la visión del Reino, la dimensión espiritual y de lucha, en consonancia con una visión espiritual de la Iglesia y una visión providencialista de la Historia, en la que se desarrolla la lucha entre Cristo y Satanás, entre la Ciudad de Dios y la "ciudad terrena", ciudades que se crean y expanden movidas por dos amores opuestos: el amor a Dios hasta el desprecio de uno mismo, y el amor a uno mismo hasta el desprecio de Dios[348].

---

[346] V. CAPÁNAGA, «San Agustín, El Gran Teólogo De Las Misiones», 290. Cf. SAN AGUSTÍN, *De sermone Domini in monte,* L. II, 5. 19, PL 34.

[347] J. OCHOA, «Carta Pastoral», 42a.

[348] Cf. SAN AGUSTÍN, *De Civitate Dei*, 14, 28.



M. Ángeles atiende a las niñas de la Santa Infancia.

M. Ángeles y M. Carmela tomando té con mujeres de un villorrio.



3. Acción evangelizadora de la Iglesia

Como fruto de esta teología de la misión, se ve como objetivo de la acción misionera de la Iglesia la «conquista del mundo infiel y el establecimiento en él del reinado espiritual de Jesús»[349], reinado que se desarrolla en las almas de los que acogen el Amor de Cristo y viven de él. Misión que, en continuación con la de Jesús, está en lucha contra la acción de Satanás en el mundo y en las almas.

a) Cruzada espiritual

Bajo esta concepción de cruzada espiritual entre la Ciudad de Dios y la ciudad terrena leen e interpretan los misioneros la llamada a un nuevo entusiasmo y renacimiento misional que el papa Pío XI hace a toda la Iglesia en su encíclica.

En la edad media los papas, para liberar Tierra Santa de la opresión musulmana, impulsaron las cruzadas, sirviéndose de ministros que las predicaban al grito de *¡Dios lo quiere!* para recabar la ayuda en los diversos niveles de toda la cristiandad...

> *«También hoy en día hay muchos hombres que, inspirados por Dios, animados y enviados por el Santo Padre, por el Vicario de Cristo, recorren aldeas y pueblos y ciudades y regiones y naciones enteras, reavivando el fervor y la piedad cristianas, acaso adormecidas por el sopor de la indiferencia culpable delante de Dios y de la Iglesia. […] Se ha dejado oír la voz del Vicario de Cristo llamando a todo el mundo cristiano a la Cruzada de las misiones... recordándoles sus sagradas obligaciones de tomar parte activa en esta nueva Cruzada de la liberación del mundo infiel del ominoso yugo del demonio,*

[349] A. QUINTANILLA, «Crónica de Kweitehfu», 80.

mucho más tiránico y terrible que el de los Mahometanos que dominaban los Santos Lugares»[350].

El padre Peña habla de ello como una "Revolución" espiritual:

«Pero la revolución que nosotros debemos llevar a cabo en gran parte del mundo en nada se parece a las demás revoluciones y debe inquietar a nadie si no es a los poderes de aquella otra ciudad que pelea contra la Ciudad de Dios, porque nuestra revolución no puede ser más beneficiosa al mundo pagano, pues se trata de salvarlo; no puede ser más pacífica, porque, si es necesaria la efusión de sangre, no se derrama la de las turbas ni la de los recalcitrantes, sino la de los predicadores de la verdad; no puede ser más justa, pues la manda Aquel que tiene la plenitud de la potestad en el cielo y en la tierra, y finalmente no puede ser más segura, pues, trabajando con fe y entusiasmo, con nosotros pelea el que tiene en su mano los corazones de los hombres y que puede convertir los más endurecidos en hijos sumisos de su Iglesia»[351].

En esta cruzada, los misioneros forman la vanguardia, mientras que en la retaguardia son sostenidos por la legión de consagrados y cristianos que rezan, se sacrifican y ofrecen sus bienes materiales. En esta cruzada, el clero extranjero actúa como punta de lanza y fuerza primera de choque. El grueso de la batalla para establecer en el territorio y en la cultura el Reino de Cristo será labor del clero indígena. Así lo describe el padre Venancio:

«El clero extranjero, como los tercios o las legiones extranjeras, son las fuerzas de choque en esta gran batalla espiritual.

[350] P. Ruiz, «Anhelos», 331. 366. «Nos convoca a la Cruzada para convertir a los infieles» (J. Peña, «En torno a la Encíclica "Rerum Ecclesiae" sobre las Misiones», *TM* 2/4 (1929), 17–23, 18). «…nos convoca a todos a una cruzada misional fervorosa y abnegada…» (J. Peña, «En torno a la Encíclica "Rerum Ecclesiae" sobre las Misiones», *TM* 2/6 (1929), 4–8, 8).

[351] J. Peña, «En torno a la Encíclica «Rerum Ecclesiae» sobre las Misiones», 5-6.

Ellos comienzan la conquista contra el paganismo y consolidan las bases de la vasta Iglesia de China. Pero el triunfo final, la liberación de los 500 millones de fieles que reunirá en sus iglesias, se deberá al Clero indígena, al ejército enorme de las milicias nacionales. Y llegará un día que los Extranjeros tendrán que abandonar los campos conquistados en parte, después de señalar la ruta segura que conduzca al triunfo final. Los sacerdotes extranjeros tendrán el honor de haber sido los Padres y fundamento de la Iglesia de China, pero su mayor corona de gloria será haber dado en herencia un clero ejemplar, y combativo, lleno de fe, de una fe grande, de un conocimiento claro de su misión, del conocimiento de Cristo, profundo, tiernamente amado y valientemente defendido»[352].

b) Salvación de las almas

En esta lucha espiritual, los misioneros libran un combate cuerpo a cuerpo por la salvación de cada una de las almas, llevándolas de las tinieblas del paganismo a la luz de la fe. Lucha que conlleva realizar innumerables actos heroicos y que tiene como armas la oración y el sacrificio, la predicación y la caridad, y que, sirviéndose de toda obra buena, tiene siempre como fin último la conversión a Cristo de los corazones.

El padre Venancio describe la acción del misionero de manera muy gráfica como el que va en busca del tesoro precioso que entregar a Cristo, el alma humana, creada a imagen de Dios, la flor, la perla escondida por cuya salvación ha derramado Cristo su Sangre.

«Cuando todos se alejan abandonando la víctima, tú estás acechando para recogerla y como un ***trofeo entregársela a Cristo****. Ahí tienes, pues, a ese hombre. Peor que un leproso. Dentro aún* ***late el tesoro de los que tú buscas****. Hay* ***un***

[352] V. MARTÍNEZ, «Clero indígena», *TM* 10 (1937), 363-367, 366.

> ***alma que pertenece a Cristo***. *Está* ***muerta*** *como la masa supurante que la recubre. Pero hay que hacer el milagro de Dios. Hay que remover ese montón corroído.* ***Hay que hundir las manos en esas llagas rebuscando la perla que le robaron a Cristo***. *Te sofoca el hedor también y cierras los ojos. Bien lo sabes,* ***un alma no se da de balde***»[353].

c) Formación de una Iglesia local

Los misioneros comienzan la conquista contra el paganismo en una lucha que se gana alma a alma; para que llegue a asentarse y tenga consistencia y continuidad, debe consolidar las bases de la Iglesia local y alcanzar tres objetivos:

> *«1. Formación de familias netamente cristianas.*
> *2. Formación de comunidades enteramente cristianas (Parroquias).*
> *3. Formación de un clero indígena, como jerarquía eclesiástica completamente indígena»*[354].

Es esta nueva e incipiente Iglesia local, no basada sólo en el clero, sino en comunidades y familias enteramente cristianas, la que, como enorme ejército nacional, continuará la Cruzada espiritual de la conversión de la Patria.

d) Obra evangelizadora inculturada y adaptada

Esta obra misional debe ser obra "evangelizadora" y no mera obra "civilizadora", no mera obra de asistencia y desarrollo social. Deber ser obra que, sin descuidar la acción social asistencial

---

353 MAN-SHE (VENANCIO), «Desde un cañaveral», 273. Las negritas son nuestras.

354 C. CARMINATI, *Compendio di missiologia: corso di conferenze missionarie*, Unione Missionaria del Clero in Italia, Bergamo 1928², 53. Cuyos textos son citados y asumidos por A. QUINTANILLA, «Importancia y gravedad del problema de las Misiones», *TM* 6 (1933), 142-144, 144.

y de desarrollo, llegue al corazón de las personas y de las sociedades para ganarlos para Cristo.

> *«La solución que hoy ha de darse al problema misional no ha de ser una solución cualquiera, como es, por ejemplo, la que le dan los misioneros protestantes. Conviene, sí rehabilitar al hombre, darle conciencia de sí, hacerle partícipe de los beneficios de la cultura, del progreso, de la vida social. Mas ésta es obra de civilización, no de verdadera evangelización. Cuando los protestantes hayan logrado que los infieles acepten las costumbres de las naciones cristianas, ¿los habrán, por ventura, hecho cristianos? La solución que nosotros queramos dar al problema, debe ser completa, radical. No basta bautizar: es necesario transformar»*[355].

Debe evitarse, pues, una evangelización superficial, que busca sólo un crecimiento numérico mediante la mera administración del Bautismo, pero que no incide profundamente en la persona y no cambia, por tanto, la sociedad y la cultura.

Debe ser obra de evangelización "inculturada" que respete y siga los modos culturales de los pueblos, y, con la virtud del Evangelio, edifique en ellos una cultura autóctona cristiana, purificada sólo de sus elementos y estructuras de pecado.

> *«La obra misionera debe ser obra de adaptación al medio ambiente, de tiempo y lugar, donde se desarrolla. Cada pueblo tiene su característico modo de ser, sus costumbres, su cultura, etc., y el misionero no debe tender a destruir nada de esto, sino a adaptarlo al gran molde del Evangelio, dentro del cual caben todos los pueblos, […] "Id a todas partes, dijo Jesús a sus discípulos, y predicad el Evangelio a toda criatura". Y en*

[355] C. CARMINATI, *Compendio di missiologia*, 51-52. Cuyos textos son citados y asumidos por el P. Quintanilla en A. QUINTANILLA, «Importancia y gravedad del problema de las Misiones», 144.

este mandato está fundada la universalidad de la Iglesia y al mismo tiempo su fuerza de adaptación a toda clase de gentes. Vienen después los diferentes medios de predicación y de evangelización y de llevar a la práctica el mandato de Jesucristo y en esto el espíritu misionero ha de ser amplio, comprensivo, generoso. Fuera de aquello que va claramente contra Dios o contra la moral fundada en los principios del decálogo, nada se ha de destruir. La misión de la Iglesia y por ende la de los misioneros, no ha de ser in destructionem sed in aedificationem, no para destruir sino para edificar»[356].

Esta obra no solo debe ser inculturada, sino también "adaptada" a los diferentes tipos de interlocutores, pues la obra de evangelización, fuera de casos singularísimos, milagros de la gracia, obra más o menos según las disposiciones o adaptación de los individuos para admitirla. Por eso, respecto a los métodos concretos de llevar a cabo el mandato misionero, no debemos ser exclusivistas; caben todos aquellos que sean razonables y mejor se acomoden al modo de ser y costumbres de estas gentes. El misionero debe hacerse todo a todos para salvar a todos.

e) Todos misioneros

Otra dimensión de la teología de la acción misionera es que esta es una obra que debe ser llevada a cabo por el conjunto del cuerpo de la Iglesia, de modo orgánico y sinérgico. Todos los cristianos son misioneros.

Para ello, más que en el mandato misionero de Cristo a sus discípulos, se apela a la exigencia del amor y caridad cristiana que han recibido como don todos los cristianos.

«"Caritas Christi urget nos". El amor de Jesucristo nos apremia, y pone urgencias en el celo y en las actividades del

[356] A. Quintanilla, «Escuelas en China», *TM* 18 (1948), 166-168, 166.

> *Misionero, y anhelos vehementes en todas las almas amantes de Jesús, haciendo que sean todos misioneros, por los mil y mil medios de cooperación a la obra hermosamente divina de las Misiones Católicas»*[357].

Expresión de esta concepción teológica, es el título de la revista misional fundada por los Agustinos Recoletos, "Todos Misioneros", que es toda una declaración de intenciones: se quiere, a través de la publicación, insistir en la vocación misionera de todo bautizado y suscitar en todos la responsabilidad de cooperar, según diversas modalidades, en la única obra misional.

La cooperación en la misión es la mayor obra de amor a Dios y a los hombres.

> *«Misionero puede ser todo aquel que sienta su espíritu abrasado por esa llama divina, descendida de lo alto, que se llama celo por las cosas de Dios; misionero es el que desde su puesto, hogar, oficina, tribunal, escuelas, se acuerda de los que, redimidos con la sangre de nuestro Señor Jesucristo, le desconocen por completo; misioneros son los que, en cualquier parte y en cualquiera circunstancia, elevan al cielo una plegaria por la conversión de los infieles que, unida a los méritos de nuestro Señor Jesucristo, es de un valor infinito»*[358].

Reflejo de ello son los abundantes y profundos ejemplos de celo misionero y evangelizador entre las niñas de la Santa Infancia y de no pocos cristianos de todas las edades y condiciones que recogen los religiosos en las páginas de la revista, y que son fruto del cultivo que los religiosos y religiosas de la misión hacían de este espíritu y conciencia misioneros.

---

[357] G. Larrondo, «Palabras del general presentando y dando la bienvenida a la revista "Todos Misioneros"», *TM* 1/1 (1928), 3.

[358] M. Alegría, «¡¡¡TODOS MISIONEROS!!!», 6.



Uno de los misioneros en una carretilla para transporte de personas.

6.2. Valoración de la acción misionera de los Agustinos Recoletos en China

A. Una buena pieza dentro de un gran engranaje

La acción misional de los Agustinos Recoletos en China ha contribuido desde un pequeño, aunque muy poblado territorio misional, al conjunto de una obra misional renovada que en esa época se fue abriendo paso en China, obra formidable y providencial para el futuro de aquella Iglesia.

La renovación de la obra misional se llevó a cabo en todos los niveles de la vida eclesial: reflexión teológica, prácticas misionales de campo, documentos pontificios y sinodales, actuación directiva de los delegados apostólicos, entrada de nuevas Órdenes y Congregaciones misioneras...

En un periodo donde la Misionología se abría paso en la Iglesia, el conocimiento de primera mano de la realidad de las misiones y de la realidad sociocultural fueron de gran influjo para poner en cuestión el propio modelo misional como causa de la ineficiencia apostólica. El impulso de los modelos protestantes de éxito en práctica fue también motivo para reflexionar y mejorar las propias posiciones. Las personas que llevaron adelante este cambio supieron comenzar por una crítica de la propia acción misionera a la luz de los principios evangélicos, de los modelos apostólicos y de la situación sociocultural del pueblo al que se dirigían, para delinear las guías de una renovada acción misionera en China.

Sin embargo, como casi siempre en la historia, las reflexiones y propuestas clarividentes tienen que enfrentarse con una realidad no bien dispuesta al cambio, sin frutos inmediatos. Con frecuencia, los cambios no se llevan a cabo en el momento más adecuado para dar óptimos resultados, sino que, normalmente, lo

hacen cuando las circunstancias se imponen, produciendo sus frutos casi siempre con retraso y sin la profundidad adecuada; cambios, muchas veces, precipitados y no bien preparados.

El cambio misional, frente a los prejuicios y resistencias de los antiguos misioneros y Congregaciones que gozaban de privilegios ligados a los poderes coloniales, se fue abriendo camino por medio de la autoridad de los papas, con la guía firme y decidida de los delegados apostólicos, así como por la fuerza de los hechos y de los frutos de poner en práctica aquellos principios.

Dentro de esta nueva política y visión misional que promovía una evangelización activa y renovada, con la promoción del clero local y la formación de las Iglesias indígenas, se fomentó la entrada de nuevas Órdenes y Congregaciones que no sólo acrecentasen el número de recursos misionales, sino que diesen un nuevo impulso a la obra misional. Sin el peso del pasado y de la tradición, podían poner en marcha con decisión, desde el principio, las líneas misionales de la *Maximum Illud* y la *Rerum Ecclesiae* según habían sido acogidas e implementadas en el programa evangelizador salido del Concilio Plenario de Shanghái.

Dentro de este conjunto, la misión recoleta ha sido una expresión sobresaliente de la vitalidad misionera de la Iglesia tal como venía comprendida y diseñada en aquellos documentos y cumplió con creces su cometido. Quizá las circunstancias negativas y de sospecha que recayeron sobre las intenciones y la disposición de los Agustinos Recoletos sirvieron para espolear a la Provincia y a los religiosos a dar el máximo de sí mismos, haciendo grandes esfuerzos para deshacer, con la realidad de su trabajo y frutos misionales, aquellas sombras. Lo hicieron, además, en medio de dificultades de todos los registros y modalidades que les exigían ya de por sí esfuerzos heroicos de trabajo, superación, paciencia y confianza en la Providencia divina.



Niños de Kweiteh.



Monseñor J. Ochoa con los niños de la escuela preseminario.

B. Una comunidad recoleta orgánica, equilibrada y armónica

La misión recoleta estuvo bien provista de misioneros, religiosos y religiosas, en su mayor parte de calidad moral y espiritual notable y sobresaliente. Fue la gran clave de sus frutos misionales: religiosos y religiosas ejemplo destacado de espíritu religioso agustino recoleto, de equilibrio entre "amor contemplativo", "comunitario" y "difusivo", de armonía entre el "ocio santo" de la contemplación y el "negocio santo" de la evangelización.

Por el contrario, en los casos de religiosos y religiosas sin la debida disposición, se vio que una selección apresurada y sin las exigencias precisas no favorecen las obras e incluso las dificultan.

El éxito de este equipo misional, con todas las limitaciones propias de lo humano, se debió a que estuvo además bien provisto en "modo orgánico, equilibrado y armónico" de diversos carismas y dones en sus diversos agentes, de modo que cada uno en su oficio contribuía al bien común y orgánico de la misión. Esto hizo posible que, en tan poco tiempo, y comenzando de cero, los religiosos y religiosas agustinos recoletos fueran capaces, con pocos medios humanos, de poner en marcha casi de un modo completo el programa evangelizador marcado por el Concilio, con sus múltiples facetas: organización de la evangelización catecumenal y pastoral, educación cristiana de los niños en las escuelas primarias, formación de catequistas, formación de sacerdotes indígenas, cultivo de vocaciones nativas a la vida religiosa masculina y femenina, labor de atención asistencial médica guiada por un sacerdote titulado en medicina, promoción del espíritu misional a través de la revista "Todos Misioneros"...

Sólo la dimensión de promoción de escuelas medias y difusión cultural de obras apologéticas y religiosas en medio de las clases más instruidas fueron deficientes, debido a que son obras y

apostolado que requieren un mayor asentamiento y preparación a todos los niveles, en especial en la formación cultural y lingüística, que fue el verdadero punto flaco de la obra de los Recoletos. El padre Ochoa no fue quizá lo suficientemente sensible en este punto, como ya hemos apuntado al hablar del estudio del idioma por parte de los religiosos y religiosas.

Aún así, considerando las circunstancias por las que pasaron, la cantidad de frentes apostólicos que tuvieron que afrontar y el número reducido de religiosos, así como las mismas características geográficas de los puestos misionales, alejados de los centros comerciales y políticos donde había una mayor presencia de laicos chinos instruidos en la cultura occidental que pudieran servir de puente y ayuda en esta obra cultural y de inculturación del mensaje cristiano, era muy difícil que, aunque hubieran mejorado algo el proceso de estudio del idioma, hubieran sido capaces de desarrollar un apostolado cultural de cierta relevancia.

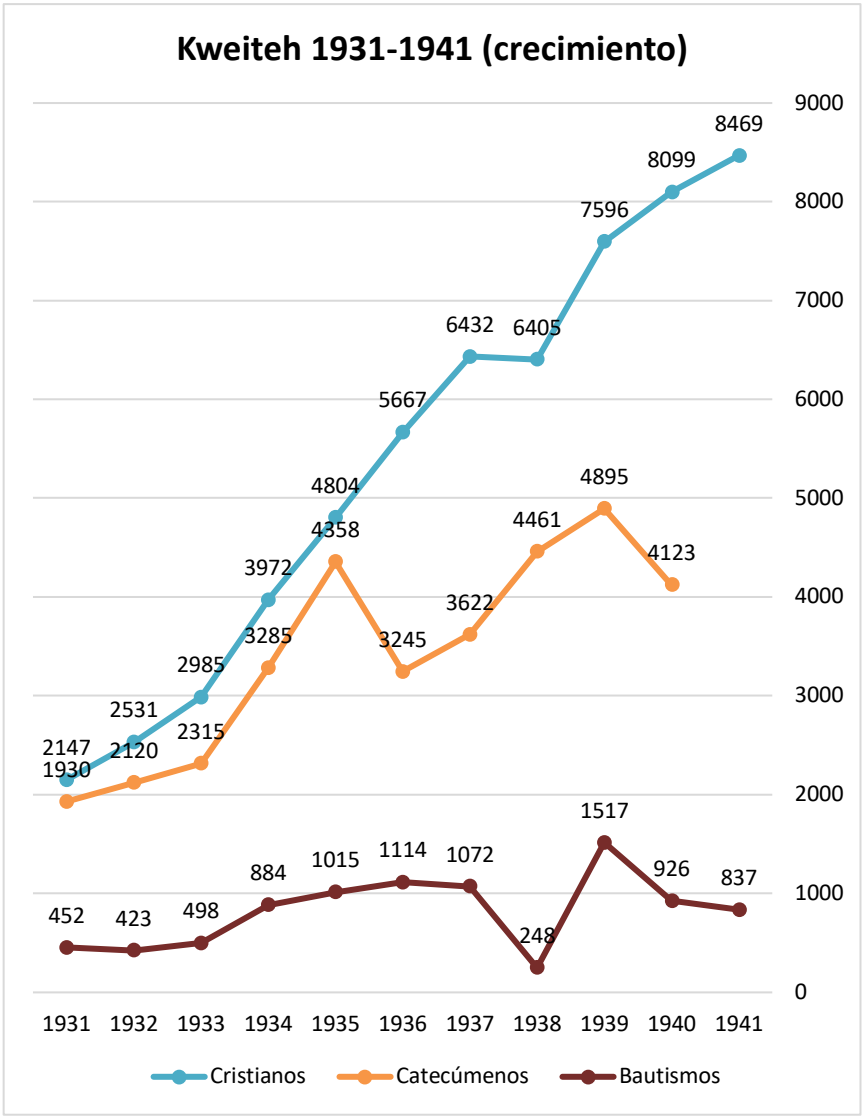
C. Los números también hablan

Presentamos unas tablas estadísticas del periodo más estable del segundo cuarto del siglo XX que representan, en modo numérico, el esfuerzo evangelizador de los Agustinos Recoletos.

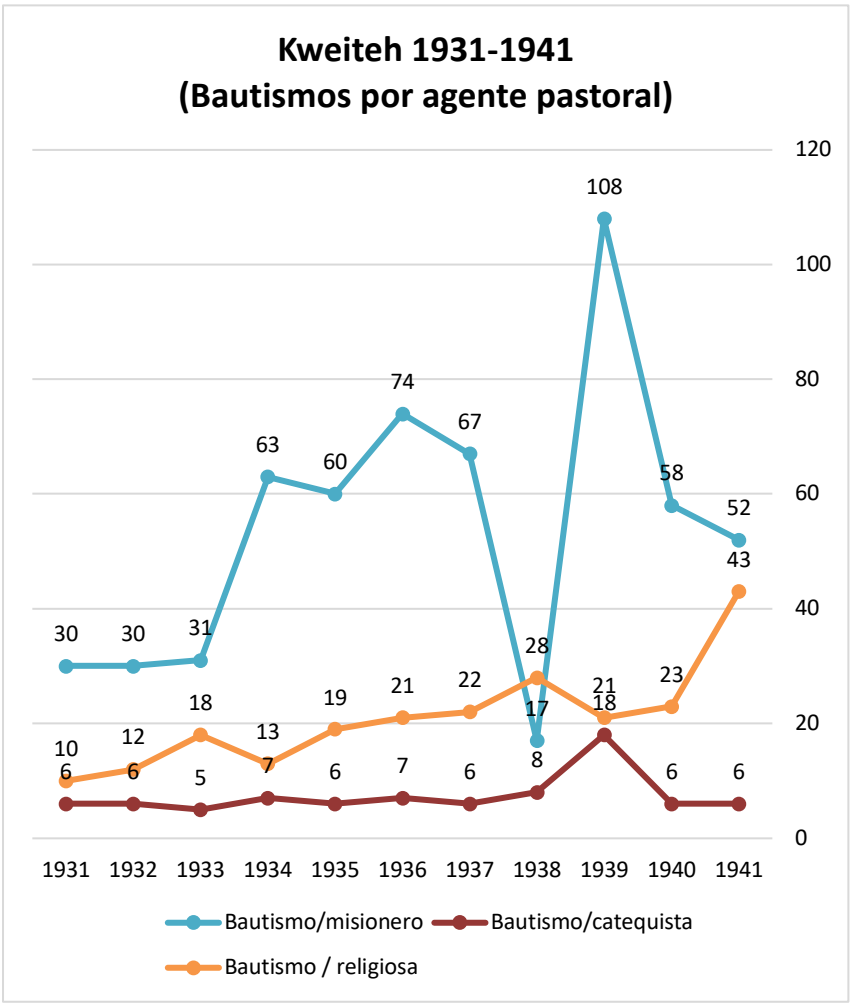
Primero presentaremos datos de la labor de los Recoletos en ese periodo y los pondremos en comparación con las medias de China y de la provincia de Henan. En un segundo momento, compararemos en diversas tablas los datos de conversiones por misionero en ese periodo con los de las diversas Órdenes y Congregaciones que trabajaron en China en aquellos años.

En todos estos gráficos se ve cómo los Agustinos Recoletos se posicionaron con claridad en las zonas altas de crecimiento y de eficacia apostólica.

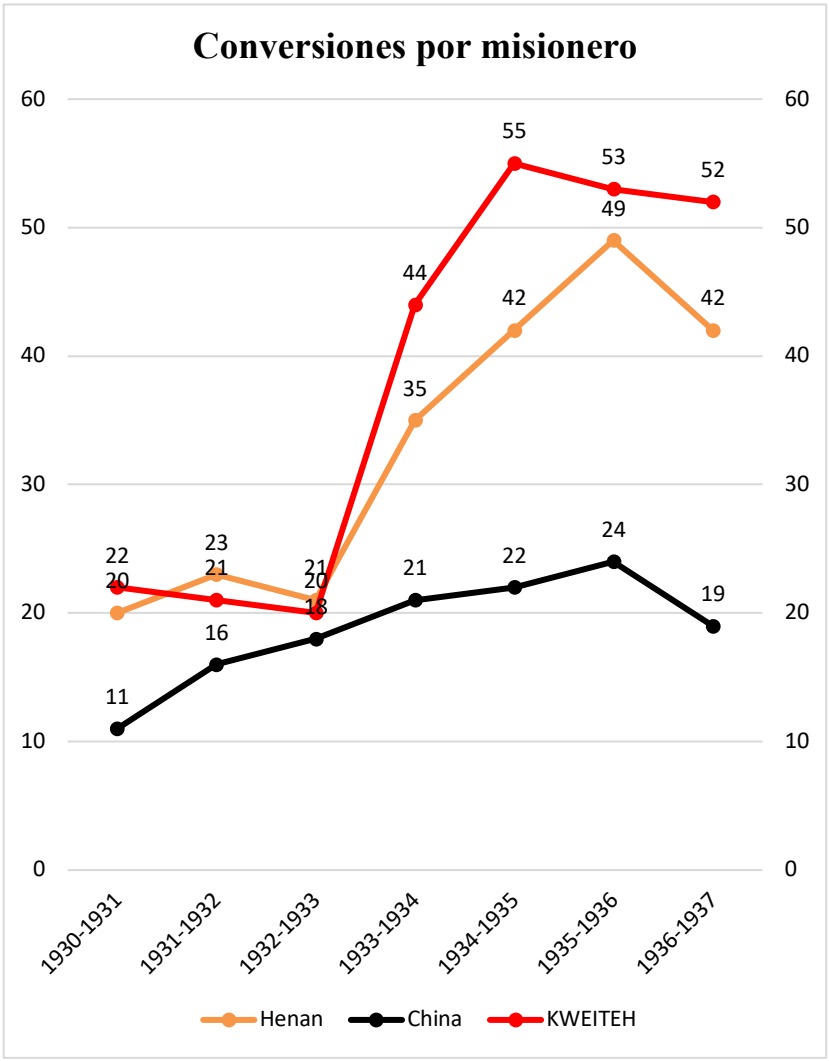
1. Gráfica de crecimiento de la prefectura de Kweiteh en número de catecúmenos, bautismos y cristianos



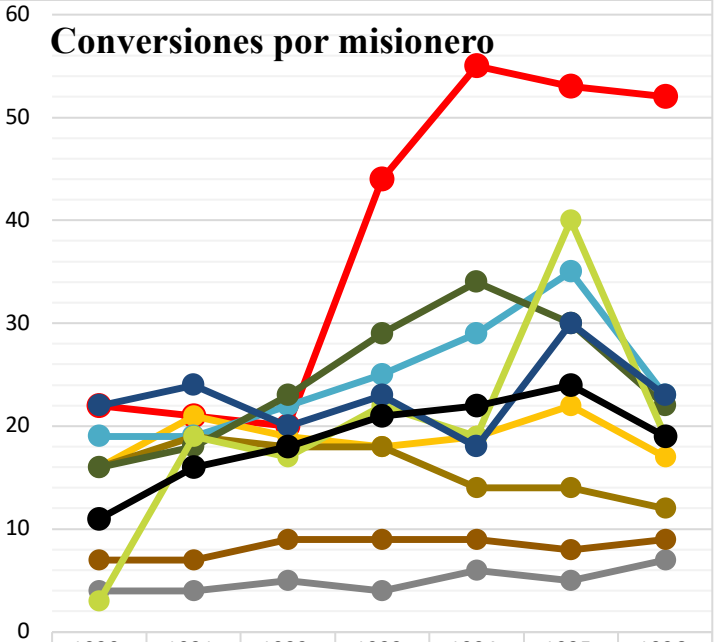
2. Media de bautismos catecumenales (no in articulo mortis) por misionero y catequista, y media de bautismos in articulo mortis por religiosa



3. Media de conversiones por misionero en relación con la media en la provincia de Henan y con la media del conjunto de China

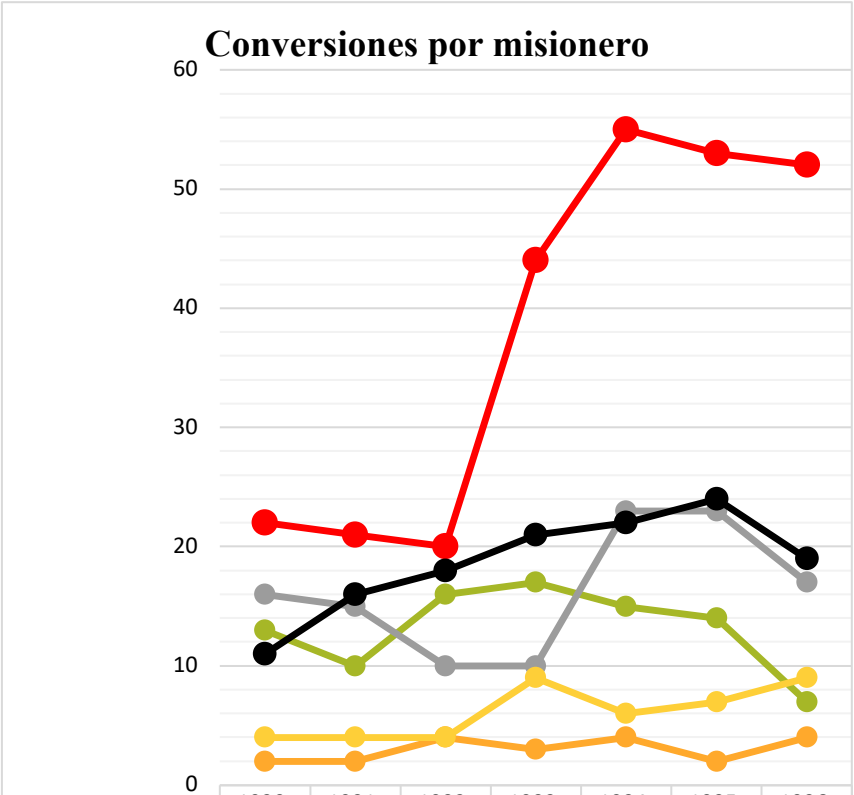


4. Conversiones por misionero de los Agustinos Recoletos respecto a las Órdenes y Congregaciones establecidas en China antes del siglo XX:



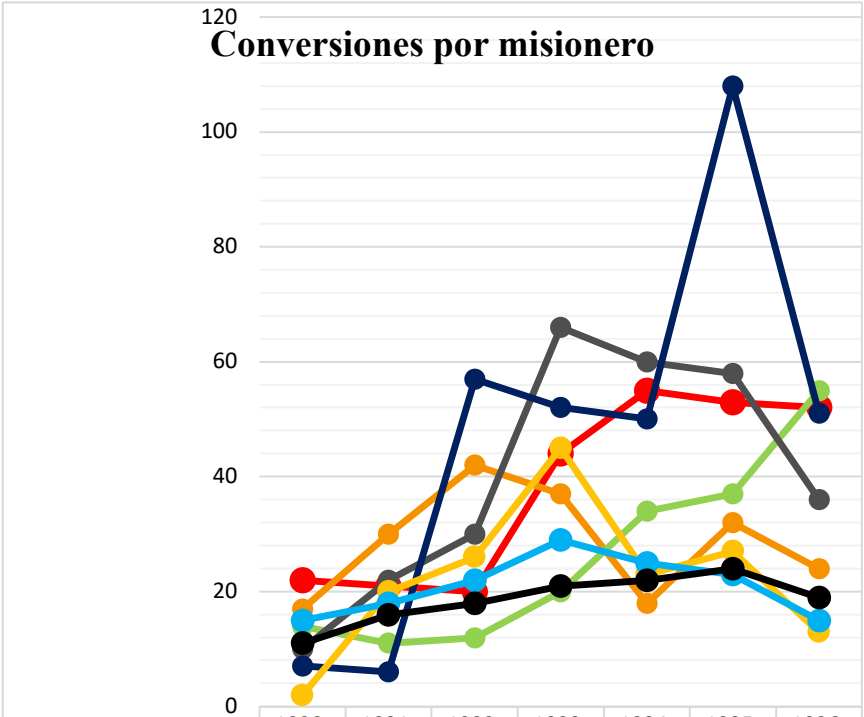
	1930-1931	1931-1932	1932-1933	1933-1934	1934-1935	1935-1936	1936-1937
RECOLETOS	22	21	20	44	55	53	52
Dominicos	4	4	5	4	6	5	7
Jesuitas	16	21	19	18	19	22	17
Vicencianos	19	19	22	25	29	35	23
MEP	7	7	9	9	9	8	9
Scheut	16	19	18	18	14	14	12
OFM	16	18	23	29	34	30	22
Agustinos	3	19	17	22	19	40	19
SVD	22	24	20	23	18	30	23
China	11	16	18	21	22	24	19

5. Agustinos Recoletos respecto a las Órdenes y Congregaciones establecidas en China durante el siglo XX que se colocan por debajo de la media china



	1930-1931	1931-1932	1932-1933	1933-1934	1934-1935	1935-1936	1936-1937
RECOLETOS	22	21	20	44	55	53	52
Capuchinos	13	10	16	17	15	14	7
Pasionistas	2	2	4	3	4	2	4
Picpus	16	15	10	10	23	23	17
Salesianos	4	4	4	9	6	7	9
China	11	16	18	21	22	24	19

6. Agustinos Recoletos respecto a las órdenes y congregaciones establecidas en China durante el siglo XX que se colocan por encima de la media china



	1930-1931	1931-1932	1932-1933	1933-1934	1934-1935	1935-1936	1936-1937
RECOLETOS	22	21	20	44	55	53	52
Conventuales	17	30	42	37	18	32	24
Maryknoll	14	11	12	20	34	37	55
Javerianos	10	22	30	66	60	58	36
San Columbano	7	6	57	52	50	108	51
Stimmatini	2	20	26	45	23	27	13
Clero Indígena	15	18	22	29	25	23	15
China	11	16	18	21	22	24	19

D. Los frutos de una profunda espiritualidad

Además de los frutos numéricos de conversiones, de seminaristas o de catequistas surgidos, el mayor don que ofrecieron a la Iglesia de China fue, sin duda, su ejemplo de fe profunda, amor infatigable y santidad sinfónica, modulado por tantas voces corales, así como los frutos de santidad producidos por ella en la misión.

Como por la bondad de los frutos se conoce la bondad del árbol, tenemos que reconocer que el fruto de santidad de tantos héroes de la fe y del apostolado escondidos entre los fieles, niños y catecúmenos, los frutos de santidad de tantos religiosos indígenas, mártires y confesores de la fe, los frutos de santidad apostólica de monseñor Nicolás Shi y José Wang en su obra de reconstrucción de la diócesis y de la vida religiosa recoleta masculina y femenina durante la persecución y control comunista, son todo muestras claras de la calidad espiritual y de la santidad del tronco de donde salieron.

Baste decir que dos de ellos, el padre Mariano Gazpio y sor Esperanza de la Cruz, están en proceso de beatificación, y que han sido reconocidos oficialmente por la Iglesia como Siervo de Dios y Venerable, aprobando ya la heroicidad de las virtudes de esta última.

Creo que además de los frutos apostólicos y de santidad mencionados, una de las grandes contribuciones que en este sentido han dejado nuestros frailes y religiosas, y que en este trabajo hemos tratado de exponer de modo estructurado y sencillo, es la espiritualidad misionera de la que se han nutrido y con la que, desde una visión teológica misional acorde con ella, han mirado la realidad.

Podríamos decir que expresión destacada y representativa de aquella espiritualidad y de lo que fue la obra recoleta en China en ese periodo fue la figura eminente del padre Venancio Martínez, rescatada con este trabajo del olvido de los archivos al que había quedado relegada. Vida breve, intensa, clara, rectilínea, apasionada, entregada, fecunda. Creo que es un símbolo de lo que fue el conjunto de la obra recoleta en China.

Otro aspecto muy destacado fue el apostolado humilde, variado, amplio y profundo que desarrollaron las religiosas agustinas recoletas con sus hijas, las religiosas indígenas, y con sus hijitas, las niñas de la Santa Infancia.

Esta es otra de las grandes aportaciones de la misión, la valorización de la acción eclesial y misionera en primera línea de las religiosas, iniciada además por religiosas contemplativas salidas de conventos de clausura, que supieron expresar en sus personas el ideal originario de la vida recoleta: sereno recogimiento, espiritualidad profunda, convivencia fraterna y sencilla, apostolado ardiente, escondido y fecundo.

Por último, hemos de destacar la labor encomiable e intrépida, a la par que sencilla y humilde, de tantos laicos y catecúmenos de todas las edades que vivieron con decisión y con fruto la dimensión misionera de la vida cristiana.

7.

Epílogo



Monseñor J. Ochoa visita una escuela.

El volver sobre la historia, la obra y los corazones de estas personas, descubriendo en ellos una obra que lleva claramente la marca de Dios, es fuente de agradecimiento y glorificación de Dios, así como motivo y estímulo de renovación y revitalización, sea para el conjunto de la Orden a la que pertenecieron sus misioneros, sea para la Congregación misionera femenina que nació en ella, sea para el clero, las religiosas y el pueblo fiel que han sabido recoger el testigo heroico de sus antecesores.

Con ellos hemos descubierto, sobre todo, la presencia suave y fuerte, misteriosa y palpable, misericordiosa y amorosa del Corazón divino y humano de Jesús de Nazaret que latía en sus amados hijos e hijas, y que llevaba adelante la obra siempre maravillosa de la gracia y de la salvación.

Hemos visto en ellos el reflejo de Cristo, Buen Samaritano y Buen Pastor, que se ha hecho uno con el pueblo y se ha sabido ganar así su corazón, un Cristo que seguía siendo el consuelo de los pobres y afligidos, la esperanza de los desesperados, la luz de los ciegos, la vida de los moribundos, el amigo de los niños y los ancianos, un Cristo que seguía compadeciéndose de las multitudes errantes y desorientadas, envueltas en sombras de muerte, de violencia, de odio, de injusticias...

Hemos visto a Cristo que seguía predicando sin descanso el Evangelio de las Bienaventuranzas, del Amor, del Perdón; hemos visto a Cristo ofreciéndose como Víctima de Amor misericordioso por el mundo, siendo perseguido, injustamente encarcelado y condenado, muriendo despojado de todo.

Hemos visto en esta *historia salutis* la mano providente y sabia del Padre que guía la Historia por caminos misteriosos y que exige de nosotros fe confiada y esperanza cierta.

Hemos visto los dones de gracia que obraba con abundancia el Espíritu, hemos visto brotar los frutos de su paso en los corazones de grandes y pequeños, de pastores y consagradas, de pueblo fiel y gente de buena voluntad.

Por ello damos gracias a Dios por este don inmenso de su amor para con nosotros, para con nuestra misión de China, para con nuestra Orden, para con la Iglesia, y para con el mundo.

Como homenaje a todos estos hermanos y hermanas que han vivido para Cristo y han dado su vida por Él, hago mío el poema que monseñor Nicolás Shi escribió en agradecimiento a sus hermanos muertos por el testimonio de la fe, ampliándolo a todos ellos.

Dedicatoria[359]

Perdisteis la vida mortal,
¡oh, mis hermanos amados!
Por Cristo y la inmortal,
encontrasteis mártyres honrados.

Tanta padecisteis injuria,
Por amor de Cristo, en el suelo,
cuanto honor y gloria,
conseguisteis en el cielo.

Vuestra vida a Cristo pusisteis
Por testimonio el mejor;
Y con vuestra sangre irrigasteis
la amada viña del Señor.

[359] Lo escribió en español y lo transcribo tal como lo escribió, sin correcciones estilísticas. N. SHI, «Historial reseña sobre la Diócesis de Shangqiu (Kweiteh)», *AGOAR*, L, 9, 4.

Ahora, en el cielo circundados,
por la capa purpúrea
y en la diadema áurea.
Venid, aceptad el honor
Y premio, después de tanto suplicio;

Tomad la palma del martirio,
De mano del Señor.
Los pasados ya entraron
En el gozo infinito.

Allí no hay más dolor ninguno,
Pues todos los anteriores pasaron.
O nos, supervivientes en fluctuoso mar,
Todavía entre amarguras gemimos;

Cada vez, al recordaros,
no podemos prohibir a lagrimar[360].
Quisiera que un sabio valiente
Podría pasar vuestra heroicidad,
Al detalle a la posteridad
Por la letra más elegante.

Presumo a dedicaros este pobre escrito
Veaisteis por mi obsequio:
que Dios háganos seguir vuestro vestigio,
Por vuestro frecuente sufragio.

6 de octubre de 1991

Fr. Nicolás Shi OAR

[360] "No podemos contener las lágrimas"



Mujeres de Kweiteh.

8.

Apéndice de relatos



Niñas de Kweiteh.

1. Reconocimiento del padre Luis Lorente al padre provincial Bernabé Pena por su actuación en la salida de la misión de 1927

«Mejor informado que nosotros, sabía nuestro padre provincial el grave peligro que inminente nos amenazaba y como viera por otra parte que no salíamos al primer aviso que por medio de nuestro procurador en Shanghái nos dirigió, a fin de que no pereciéramos todos y con motivo, pues la persecución no iba contra la Iglesia, y para que nuestra misión no se quedara, apenas nacida, sin misioneros, conscientemente y con la mayor abnegación que cabe imaginar se expuso a perecer él mismo, poniéndose al momento en camino para Shanghái.

Claro está que el venir simplemente de Manila a Shanghái no representa tan grande sacrificio ni es motivo serio para temer por la vida de un hombre; pero, si este hombre se siente herido poco menos que de muerte antes de emprender el viaje y sabe además que el clima a donde va es solo a propósito para agravar la enfermedad que le aqueja, entonces sí que se explica el que no muera solo por un milagro del Señor. Pues herido menos que de muerte salió nuestro P. Provincial de Manila, con la circunstancia, además, de que allí se hizo toda violencia de que es capaz, para que nadie se enterase de la grave dolencia que le aquejaba y no le impidiesen acudir presto a salvarnos a nosotros, como la gravedad de las circunstancias entonces lo requería. La tensión nerviosa en que le tenía el peligro que a nosotros nos amenazaba conservó su espíritu y sus energías hasta que nos vio a todos sanos y salvos en Shanghái; pero, luego que llegamos a esta ciudad y pasó aquella impresión de gozo especialísimo que sintió al abrazarnos cariñoso, sintió decaer su espíritu por momentos y vio que se encontraba en medio de un clima que lo aniquilaba. El sueño lo había abandonado por completo y, a pesar de que apenas podía

tomar ya ningún alimento, aún seguía haciéndose violencia, por no alarmarnos y por evitarnos la pena de verlo postrado en el lecho del dolor. Cierto que algo anormal notamos en él, algo que ninguno acertábamos a explicarnos, y sólo supimos todo y nos explicamos aquella anormalidad, cuando nos enteramos de que fue un verdadero milagro el que llegara con vida de regreso a Manila y que fue todavía mayor milagro el que pudiera recobrar después la salud, dado el estado de aniquilamiento en que llegó.

Todo esto, descrito a grandes rasgos y sin detalle ninguno, es lo que hizo nuestro P. Provincial por nosotros y por la Misión, y este sacrificio heroico unido a todo lo demás que por la Misión y por nosotros ha hecho también, le da más que derecho a nuestra gratitud y a nuestro especial amor y a nosotros, por consiguiente, nos impone el deber de corresponder como hijos predilectos al padre cariñoso que traspasó los límites de lo humano y llegó, por salvarnos, más allá, o por lo menos, hasta donde el padre más amante puede llegar por salvar la vida del ser más querido de sus entrañas»[361].

2. El padre Ochoa salva la vida de un sirviente durante un saqueo de las tropas del sur (1927)

«– Ya veis, dijo el Misionero, a los presentes, esos pantalones no son suyos: acaba de ponérselos.

– ¡Basta de excusas! Exclamó exasperado el oficial, y dando un empellón al infeliz sirviente, que ya no era más que una masa inerte, añadió con la vista fija en el extranjero:

– ¡Deje el paso libre! De lo contrario...

[361] L. Lorente, «La revolución china y nuestra misión en Kweitehfú», 61-62.

Todos los odios de su soberbia alma debieron cuajarse en un pensamiento siniestro en el que la muerte del extranjero entró por entero, según cogió su pistola y sonó un tiro.

No debió reparar el misionero en ello, y atento unicamente a salvar a su hombre y con esa fuerza que da la seguridad de defender una causa justa, dijo enfrentándose con todos:

– Este hombre es nuestro sirviente y es inocente, y antes de que él muera...

El esfuerzo en el que puso toda su alma, lo dejó agotado, y cayendo de rodillas, añadió con el acento de la piedad suplicante: "Creedme, señor, este desgraciado ha estado siempre en nuestra casa y nunca ha sido soldado..."

Ante aquel gesto de un extranjero pidiendo así por la vida de un pobre chino, quedaron todos espantados, y un profundo silencio siguió a sus últimas palabras.

"Tal vez tenga razón el extranjero", fue la primera voz tímida que se oyó... El misionero había vencido»[362].

3. Curación de la señora Chou[363]

Magdalena Chou, mujer de pocas luces, padecía lo que la gente llamaba "enfermedad del demonio", que le hacía decir mil despropósitos, y apenas le dejaba comer. Por indicación de una fervorosa catecúmena, llamada Mónica, se dirigió a la misión pidiendo agua bendita y permiso para vivir unos días con las catequistas. «En la capilla —relata el padre Gazpio— su oración era la siguiente: "Señor, tened compasión de mí; Madre de Dios,

[362] J. SAMANES, «Estampa misional», TM 10 (1937), 416.

[363] Cf. M. GAZPIO, «Carta (Yucheng, 30 julio 1930) al P. Mariano Alegría», *TM* 3 (1930), 379–380.

ayudadme". A los pocos días siente que su enfermedad ha desaparecido». Permaneció un tiempo y aprendió el Padrenuestro, el Ave María y a santiguarse. Muy agradecida a Dios, decide volver a su casa a comunicarle a su hijo la decisión de quedarse en la misión hasta que aprenda todo lo necesario para recibir el bautismo y hacerse cristiana.

Al llegar a su pueblo dio testimonio a su hijo de lo que había vivido en la misión, y gentes que padecían diversas molestias se acercaban a ella para escuchar su relato. Ella, con fe sencilla y profunda, hacía la señal de la cruz que le habían enseñado las catequistas sobre las enfermas, consiguiendo, según testimoniaron al padre varias personas, desaparecer las molestias que sentían.

Continuó en la misión preparándose para el bautismo y muchos domingos, a pesar del crudo invierno y de los malos caminos, iba a pie hasta la ciudad y a la iglesia para asistir a la santa Misa.

A finales de marzo, mientras se hallaba en la misión, sintió renacer en su cuerpo la antigua enfermedad con una virulencia tal que dos catequistas algo instruidos en medicina pensaron que moriría en pocos días. Aconsejaron al padre bautizarla de inmediato y enviarla a su casa a morir.

«A los tres días [del bautismo] —narra el padre Gazpio— ya se había curado y en su interior notábase cambio moral. Desde esta fecha viene con mucha frecuencia y casi siempre en compañía de nuevas catecúmenas.

Su mentalidad, aunque muy corta, va progresando y su fe ha ganado a su hijo y a otras muchas personas para Dios. El reino de Dios va abriéndose camino en el pueblo de esta mujer».

4. Curación de la señora Li y el agua bendita[364]

La señora Li vivió cerca de cinco años con una llaga en la parte derecha del rostro que continuamente le supuraba y se extendió por el cuello en forma de protuberancias, llegándole hasta el pecho. Habiendo acudido a varios médicos no había conseguido ninguna mejoría. Un cristiano, José Siu, que era pariente de la enferma, le recomendaba con insistencia que abrazara la verdadera religión y abandonase toda clase de supersticiones. La mujer sentía temor de qué dirían los protestantes, a cuya capilla había acudido dos veces sin notar mejoría, si se enteraban de que ahora iba a la capilla católica. Al final, su pariente consiguió que desapareciera en ella todo temor y la acompañó él mismo a la misión, presentandola a las catequistas, que la recibieron.

«Durante las preces, —dice el padre Gazpio— después de santiguarse con agua bendita, recitó algunas jaculatorias y sintió mejoría. [...] Mediante el uso del agua bendita, y principalmente, de la oración, ha visto que las llagas y protuberancias han ido desapareciendo por completo. Ella está convencida de que Dios nuestro Señor ha operado un milagro en su humilde persona».

5. Curación del hijo de la señora Cheng[365]

La familia Cheng constaba de una pareja de esposos con dos niños pequeños, más la madre de él. La abuela Cheng y su hijo habían frecuentado la capilla de los protestantes, pero no les terminaba de convencer. Un día, ella y su nuera, movidas por la curiosidad, fueron a visitar a las dos cristianas recién llegadas,

---

[364] Cf. M. GAZPIO, «Carta (Yucheng, 1 agosto 1930) al P. Mariano Alegría», *TM* 4 (1931), 34–35.

[365] Cf. M. GAZPIO, «Carta (Yucheng, 12 agosto 1930) al P. Mariano Alegría», *TM* 4 (1931), 72.

interesándose por saber quiénes eran y qué fin traían. «Esta curiosidad —relata el padre Gazpio— con el tiempo convirtióse en gusto, y al comprender la noble y santa misión que ejercen nuestras catequistas, sintieron tal afecto e inclinación hacia ellas, que no sabía separarse de su patio». La abuela Cheng, a medida que se iba instruyendo, llegó a la convicción de que la religión católica era la única verdadera, animando a su hijo a que fuera él también a la santa Misa y a escuchar las preces.

Al final, toda la familia acudía los domingos, e incluso muchos días de labor, a la capilla. En esto ocurrió que la nuera, que estaba amamantando a sus dos hijos y teniendo apenas leche para criar uno, temió que el mayor se le muriera por falta de alimentación, pues estaba ya delicado y era de condición débil. La catequista María Leang se enteró del caso y «recomendó a la familia Cheng que, puesta toda su confianza en Dios, rogaran con fe viva, suplicando a Quien todo lo puede conservara la vida a ambos niños. Siguieron este buen consejo, y después de algunos días la que antes apenas si podía amamantar a uno de sus pequeños, vio con gran placer que sus dos niños tomaban con abundancia la leche de sus pechos, reconociendo claramente la gracia tan singular que Dios nuestro Señor les había otorgado».

A pesar de no morir de hambre, el niño mayor era de condición enfermiza y su salud no era buena. Acudieron varias veces a un tal Pedro, catequista que entendía algo de medicina, y conseguía mejorar algo, pero, al poco tiempo, recaía en la misma situación. El padre de los niños, el señor Cheng, «confiando más en la bondad y misericordia de Dios que en la pericia de Pedro y sus remedios, dijo a su madre y a su esposa que convenía más pedir a Dios la curación del pequeño que fiar en remedios humanos. Suplicaron varios días por la salud del niño, y con tan felices resultados que curó por completo».

6. La gracia de la lluvia en Changkungtsi[366]

En el 1940 una pertinaz sequía agostaba los campos de la misión. En más de medio año no había caído ni una gota de agua. Los paganos invocaban a sus dioses, llegando hasta arrancarles de sus tronos y colocarlos en los patios y las vías públicas para exponerlos a los ardientes rayos del sol, y, viendo que esto no servía de nada, desesperados, sus adoradores la emprendían a palos con ellos y allí quedaban maltrechas por los suelos las imágenes de sus dioses. Los cristianos, por su parte, rezaban desde hacía tiempo pidiendo la lluvia.

Un día, los paganos, desesperados, le rogaron al misionero, el padre Francisco Lizarraga, que pidieran él y los cristianos a su Dios, que era bueno y condescendiente, para ver si él se dignaba remediar sus necesidades. El padre decidió hacer unas rogativas públicas, recorriendo una distancia a pie de unos 25 lis (12 kilómetros y medio) como penitencia, caminando casi de un extremo a otro de su misión y pasando por todos los villorrios y pueblos importantes.

Se prepararon con un triduo, exposición del Santísimo y santo rosario. El sábado, día anterior a la procesión, llegaron los cristianos de la campiña y se prepararon todos para el gran día con la Confesión y la Comunión. Ya al tercer día, el domingo, el último del triduo, el Señor mandó una lluvia, si no muy abundante, sí lo suficiente para quitar el polvo del camino y refrescar el ambiente, haciendo más llevadera la penitencia que se iban a imponer. De madrugada se celebró la Misa. El padre resaltó la importancia del acto que iban a realizar, recomendando a los cristianos mucha compostura y devoción, ya que era necesario edificar a los

[366] Cf. L. Munárriz, «Un día triunfal del S. Corazón de Jesús. Pidiendo lluvia.», *TM* 13 (1940), 172–176.)

paganos con el buen ejemplo, sobre todo siendo la primera vez que iban a presenciar un acto público de culto cristiano.

Tras un pequeño desayuno, se reunieron en la iglesia a la hora fijada. Todos, cristianos y paganos, prostrados con el misionero al pie del altar, rezaron una oración especial al Divino Corazón de Jesús, ofreciéndole el pequeño sacrificio que se iban a imponer. Se organizó la procesión llevando un estandarte del Corazón de Jesús y otro de la Virgen del Carmen.

Al entrar en los pueblos eran recibidos por el pueblo y las autoridades, que, al compás de la música y de los cohetes, hacían sus inclinaciones y postraciones ante la cruz y la imagen del Corazón de Jesús. El padre Lizarraga nos cuenta qué sentía interiormente ante este hecho:

> *«Qué pensaba, qué sentía el corazón del misionero cada vez que veía y presenciaba este acto no es fácil decirlo y menos por esta mi pobre e inhábil pluma; pero sí diré que mi corazón sintió uno de los mayores gozos que he experimentado en los diez años que llevo de misionero en China. Al presenciar el triunfo y honor que públicamente recibía el Corazón de Jesús, no pude menos de elevar al Señor mi humilde plegaria: "Divino Corazón de Jesús, acepta las adoraciones de este pueblo infiel, y, en recompensa, bendice sus campos con lluvia copiosa si ha de ser para tu gloria; pero sobre todo derrama sobre sus almas el torrente de tus gracias espirituales y con ellas el don de la fe, para que te conozcan, te sirvan y te amen»*[367].

Hecha la entrada en la población, pasaban por las calles principales con gran compostura y devoción, alternando a lo largo de todo el camino el rezo del rosario con las letanías de los Santos, del Corazón de Jesús y de la Virgen. A trechos, los niños y las niñas

[367] *Ibid.*, 174.

entonaban cánticos religiosos. Antes de salir de la población, se hacía una parada y se recitaban las preces del ritual pidiendo la lluvia y, después de bendecir los campos, se emprendía de nuevo la marcha hacia el siguiente villorrio.

Tras ocho horas de procesión, terminó a las tres de la tarde. El Señor no se hizo esperar y al atardecer el cielo se presentaba muy encapotado, con relámpagos y truenos y una lluvia que, aunque no muy abundante, era preludio de la que, pasados cuatro días, cayó en abundancia, empapando los resecados campos y dando vida a las plantas casi a punto de perecer. Paganos y cristianos vieron en ello la mano de Dios y, rebosantes de gozo, iban a la misión a dar gracias al Dador de todo bien. De boca de muchos paganos salía: "Los cristianos verdaderamente saben honrar a su Dios mucho mejor que nosotros a nuestros espíritus".

7. El misionero, buen samaritano[368]

Un anciano cuyo cuerpo era todo una llaga purulenta, hedionda y nauseabunda, por el fuerte e insoportable hedor que despedía, fue literalmente sacado del asilo y tirado desnudo en medio de un cañaveral bajo el sol para que allí muriera. Los que pasaban por el camino apresuraban la marcha con el pañuelo en las narices hostigados por el olor nauseabundo. Pasaron por allí los seminaristas e hicieron el hallazgo. Y avisaron al misionero. Llevaron al enfermo en camilla hasta la misión, donde el misionero fue con paciencia exponiendo sencillamente las verdades fundamentales de la fe, invitándole a invocar a Jesús pidiendo misericordia. Pero todo lo que el misionero le decía de Dios, de los sacramentos y del Cielo, lo tomaba en un sentido material,

[368] Resumen del relato del P. Venancio. Cf. MAN-SHE, «Desde un cañaveral», *TM* 9 (1936), 272–275.

referente a su enfermedad física. El misionero se retiró a orar y volvió de nuevo a evangelizarlo, aun cuando el dolor no le dejase al enfermo poner apenas atención. Al final le preguntó directamente con el interrogatorio de la profesión de fe bautismal, a lo que el enfermo contestó que sí creía: "Oh, Padre, sí, yo quiero y creo todo eso. Todo eso es bueno. Usted es bueno, Dios es bueno. Yo creo y quiero cuanto usted quiera." Y aquella alma, dando el último destello, se abandonaba por fin como un niño en manos del misionero que lo bautizaba. El anciano inclinó un poco la cabeza al sentir el agua acariciante y fresca y se durmió. A los dos minutos se lo llevarían los ángeles al cielo, porque ya no se despertó.

8. Preparación de los catequistas

«Como se aproximaba el nuevo, llamémosle así, curso misional, mi primer pensamiento fue el de preparar los catequistas. Con este fin los llamé a la Misión, reuniéndose en total doce catequistas de hombres y seis de mujeres; díles instrucciones durante varios días haciéndoles ver la importancia del oficio que iban a desempeñar, saquéles de algunas ideas equivocadas que había llegado a descubrir entre ellos acerca de algún punto de Doctrina, y finalmente túveles durante cinco días en Ejercicios Espirituales, en los cuales realmente palpé la ayuda del Señor; pues por una parte fue algo notable el recogimiento y devoción que observé en ellos, por otra en las diversas pláticas que diariamente les dirigía, a pesar de no manejar muy allá este endiablado idioma de Confucio, aún conseguí satisfacer algún tanto a mis ejercitantes, como pude observar después. Durante estos mismos días híceles que en los ratos libres se dedicasen al estudio intenso de la Doctrina cristiana, y que satisficieron mis deseos pude comprobarlo, primeramente en los ejercicios oratorios que

tuvieron en la Capilla en presencia de mis cristianos y mía, en los exámenes orales y por escrito, de todos los cuales salieron como yo no lo creyera. Para dar más solemnidad a los exámenes orales, invité a mi vecino el P. Guillermo Ugarte que con tanto celo regenta actualmente la difícil cristiandad de Ningling. Él, mi catequista de casa y este servidor formamos el tribunal. Fueron entrando uno por uno y según el programa distribuido en veinte preguntas, en las que se incluían las partes más principales de la Doctrina y algunos puntos muy interesantes y prácticos acerca del recto desempeño del oficio de catequistas, fueron examinados cada uno por espacio de media hora. A continuación tuvieron lugar los exámenes por escrito que versaron asimismo sobre algunos puntos de Doctrina.

Al día siguiente que coincidió ser primer viernes de mes, la pequeña fiesta que con este motivo se celebraba y la Comunión general de los socios del Apostolado de la Oración, me sirvieron maravillosamente para cerrar los Santos Ejercicios, abrir con solemnidad el nuevo curso misional y poder hablarles de los frutos y excelencias encerrados en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, exhortándoles al mismo tiempo a tener gran confianza en Él y trabajar por extender esta misma devoción entre los cristianos de sus escuelas. Este mismo día después de recibir mi bendición, partieron para sus puestos respectivos, despidiéndose del padre hasta el primer viernes del mes siguiente en que, cumpliendo órdenes mías, vendrán a tener un día de retiro mensual, y a someterse a un pequeño examen con el fin de que no dejen los libros de Doctrina de sus manos»[369].

[369] Cf. F. LIZARRAGA, «Carta (Changkungtsi, 1934) al P. Mariano Alegría», *TM* 7 (1934), 368–369.

9. La conversión de Berta[370]

Una tal Berta, que por curiosidad le había pedido a una catequista un catecismo, comenzó a frecuentar la capilla y a estudiarlo por su cuenta. El padre Elizondo, considerando lo excepcional del caso, se informó de cómo era su género de vida, enterándose de que llevaba «una vida de pasión sin freno ni medida». El padre le dijo que no podía bautizarse, porque «sabes la letra, pero no el sentido; sabes la doctrina, mas no la practicas; tienes que ordenar un poco tu vida y así hacerte digna del Bautismo». El padre le desveló todo lo que sabía de ella y ella le manifestó que, aunque aquello era verdad, sin embargo, desde que era catecúmena había cambiado mucho; a esto le respondió el padre: «También lo sé, y me alegro de ello; mas eso no basta. No olvides lo que os decía hace poco en clase; a Jesús hay que darle *todo* el corazón; nada de particiones y reservas; Él lo quiere todo y no se conforma con menos». No cedió el padre cuando ella le dijo que así quedaría en vergüenza, sino que como condición para poder bautizarse le dijo: «Cuando cambies de vida; cuando tu arrepentimiento y conversión sean tan sinceros que ofrezcan garantías para el porvenir».

Viendo la determinación del padre se marchó sin decir nada y casi llorando. El día del Bautismo de las compañeras, se acercó a la ceremonia, y mientras se celebraban los bautismos, Berta salió precipitadamente de la capilla y, una vez fuera, lloró larga y abundantemente.

Como confesará ella misma al padre Elizondo el día de su Bautismo, tres meses después, su conversión se produjo realmente en aquel momento del llanto en el bautismo de las compañeras, en el que «verdaderamente hice el sacrificio de lo que usted me

[370] Cf. S. ELIZONDO, «El sacrificio», *TM* 5 (1932), 130–135.

pedía y a mí tanto me costaba». El padre Elizondo, interpretando este hecho a la luz de la experiencia de conversión de San Agustín bajo la higuera, según la narra en sus Confesiones, reflexiona:

> *«Los que la vieron llorar, y sabían que no había sido admitida al Bautismo, interpretaron aquello como un desahogo de la rabia y cólera, largo tiempo contenidas. Mas se equivocaban de medio a medio. Aquellas lágrimas no las producían la envidia y el rencor; eran lágrimas de sangre que el corazón vertía al tener que romper con algo que estaba muy en lo íntimo de él. Sudó, sudó lágrimas de sangre, al volver a su lugar, aquel pobre corazón que se hallaba muy distanciado de su centro, y ese fue el precio que hubo de pagar por su libertad y rescate»*[371].

10. El bautismo de Pao Erl[372]

La pobre catecúmena *Pao Erl* iba de pueblo en pueblo, de puerta en puerta, con un palo en la mano y una cesta bajo el brazo, pidiendo limosna. Tenía catorce años, iba vestida de harapos; enferma de tuberculosis prematura, iba en busca de un poco de pan en esos días de invierno y escasez. Hacía frío y se le echaba la noche encima. Aquella noche no pudo volver a casa con algunos pedazos de pan para su madre; se sentía enferma, sentía frío, hambre y náuseas. De pronto se le va la cabeza, tiembla y empieza a delirar. Pide que el padre la bautice; una pobre mujer que pasa la ve y se acerca. La muchacha en delirio la confunde con el padre y cree que ha venido a bautizarla. Recita el credo. La mujer la lleva a su casa, que está cerca. La chica cree que es su madre, que la lleva a casa. Con el calor de la cocina empieza a reaccionar, se da cuenta de que no es su madre, ni es aquella su casa y

---

371 *Ibid.*

372 Cf. V. Martínez, «¡Ha muerto Pao Erl!», *TM* 14 (1941), 84–86.

empieza a llorar. Le pide que llame al padre para que la bautice. Pero es de noche y la mujer no sabe dónde vive el padre, le dice que al día siguiente lo buscará.

La joven, le dice a la anciana: "Madre, bautízame tú. Quiero ir al Cielo con la Virgen y los ángeles". Le echa agua en la cabeza mientras la joven se arrepiente de sus pecados, pero se da cuenta de que así no es, que hay que decir "Yo te bautizo..." Por eso le pide a la anciana que la bautice de nuevo echando el agua sobre ella tres veces y repitiendo las palabras del Bautismo según ella las recordaba de oírlas a la catequista. La anciana accedió de nuevo a su deseo y la bautizó. La joven quedó tranquila y se recostó. A la mañana siguiente apareció muerta.

11. Apostolado de los fieles y catecúmenos I: Gregorio el "ciego"

Gregorio el "ciego" era tío de María Siu, niña de la Santa Infancia, gracias a la cual se convirtió, como veremos. Una vez convertido y cristiano, fue él, con su testimonio de vida, quien se convirtió en el evangelizador de su villorrio: Siutchuan.

> *«Gregorio el ciego es ahora un fervoroso cristiano y un verdadero apóstol de Jesucristo. Su vida virtuosa y ejemplar ha impresionado vivamente a cuantos le conocen y todos ven en él algo grande y sobrenatural. Todos dicen que el ciego no es como los demás, que jamás se le oye hablar mal de nadie, que es paciente y a todos hace el bien que puede. Y como todos ven que esto se lo enseña la nueva religión que ha abrazado, el villorrio entero se ha conmovido y todos quieren hacerse cristianos»*[373].

[373] S. E. DE LA CRUZ, «El ciego de Siutchuan», *TM* 8 (1935), 18.

12. Apostolado de los fieles y catecúmenos II: Isabelita, la misionera de Liuchuang

Isabelita estaba muy enferma y, cuando su madre se dirigía a la pagoda a buscar un bonzo para que rezara al ídolo por su hija, se encontró con las monjitas. La madre llevaba ya gastado mucho dinero en la pagoda sin obtener ninguna mejoría. Al ver a las madres les pidió si tenían medicinas y les preguntó si su dios podría curar a su hija. Prometió que todos se harían cristianos si su dios la curaba. La monja le dijo que estuviese cierta de que Dios tenía poder para curarla, pero no podían saber si sería su voluntad dejarla en la tierra o llevársela al cielo.

> *«Entramos en la cocina, donde estaba agonizante Isabelita. Al vernos la niña se reanimó. [...] En alguna ocasión había ya oído hablar de religión. [...] Entonces ella nos pide la expliquemos mejor "aquello" que oyera un día a las monjitas explicar a un tío suyo que vivía en la ciudad. "Aquello" era el Cielo, los misterios de nuestra Sacrosanta Religión, el Bautismo. La niña estaba trasformada oyendo la explicación de "aquello" que tan confusamente retenía en su infantil memoria»*[374].

La bautizaron y al día siguiente, cuando esperaban que la niña se hubiese ido ya al Cielo, se la encontraron recuperada. El domingo la llevó su padre a la misión, pues sabía la niña que tenía que ir a Misa. Desde aquel momento ella iba sola para recibir la preparación a la Eucaristía. Desde el inicio se convirtió en un apóstol, como relatan las religiosas:

> *«La niña se ha convertido en el apóstol de su aldea. Ella se sirve de su medalla para explicar a sus vecinos a su modo, naturalmente, cuánto sufrió Jesús por salvarlos. Les dice que*

[374] UNA RELIGIOSA, «Isabelita», *TM* 14 (1941), 143.

el ídolo de la pagoda no puede salvarlos ni curarlos, como no le curó a ella. Les habla de que la Virgen es la Madre de Jesús, y que ésta llora mucho por los que no le conocen. Algunas veces dice verdaderas barbaridades para hacer más impresión en sus indiferentes vecinos. Apenas se entera de que hay un enfermo, se viene volando a la misión para llamar al Padre, y, debido a su celo, gozarán eternamente en el cielo dos niños y dos ancianos bautizados por su mano de apóstol prematuro. Los viernes no come, pues dice que algo tiene que hacer ella para que sus vecinos se salven. [...]
(Cuando llega el sábado), Isabelita aturde a toda la aldea para que al día siguiente se animen a ir con ella a la misión a oír la misa y el sermón. Y vienen; pues, como dicen las ancianitas, es imposible resistir a la sugestión de tan buena niña… Y así, entre venir a la misión a instruirse, volver a su aldea y repetir ante sus vecinos lo que ha oído en ella, soñar con el día en que reciba la primera comunión y animar a los vecinos a hacerse cristianos, va creciendo esta niña encantadora, arrancada a la muerte de manera casi milagrosa y convertida ya en apóstol apenas ganada por la gracia»[375].

13. Apostolado de los fieles y catecúmenos III: Gema

Yuanchu era una niña que, cuando huía de la guerra con su familia, fueron atacados por unos bandidos, que les robaron, llevándose al padre a quien mataron en descampado. Volvieron a casa y la madre vivía llena de odio contra los bandidos. La niña enfermó de fiebres malignas, comenzando a delirar. Yuanchu tenían una amiguita cristiana, Gema, que cuando se enteró, corrió a visitar a su amiga. Viendo cómo sufría le dijo que venía a consolarla y a bautizarla para que fuese al Cielo.

«La niña abre los ojos, conoce a Gema y sonríe y ésta para consolar aquella alma inocente, le habla del Cielo, de Dios,

[375] *Ibid.*, 144.

del Niño Jesús, de la Virgen, de todo lo que había aprendido en el Catecismo. ¡Oh, qué pronto entienden las almas inocentes y puras el lenguaje y las verdades de Dios! Yuenchu parece fascinada por las frases de consuelo de Gema. Le abrasa la fiebre y siente morir de frío. La niña quiere ir al cielo para ver y gozar todo cuanto Gema le dice. Sin pensar, se le escapa a Gema esta pregunta: "Y también perdonas a los que mataron a tu padre, ¿verdad?" La madre que oye esto se indigna, renace en ella otra vez el odio y deseo de venganza y contesta airada: "Eso nunca; ni yo ni mis hijas perdonaremos jamás a los asesinos".

Gema, cogiendo en la mano el Crucifijo, le dice con toda dulzura: "Pobre mujer, mire este crucifijo; ¿sabe por qué está así clavado este Hombre-Dios? Está así por nosotros pecadores y cuando así le crucificaron, Él perdonaba a los mismos que le clavaron para enseñarnos a perdonar a los que nos hacen mal."

¡Oh poder infinito de la gracia! ¡Una palabra dicha así muchas veces, ha deshecho un mundo de rencor y ha conmovido hasta el fondo de una pobre alma! La pobre mujer se quedó de momento estupefacta y, de pronto le dice con débil voz Yuenchu: "Madre, es verdad lo que dice Gema y debemos perdonar por el mismo Jesús".

Estas palabras enternecieron a la madre; al oírlas, aquella pobre mujer se vuelve a su hija, la abraza, le da el crucifijo que tiene Gema y le dice: "Hija, perdonemos, pues, a los asesinos para que Dios nos perdone también a nosotras y nos lleve al cielo con Él; y la misma madre va a traer una taza de agua para que Gema bautice a su hija»[376].

A los dos días, Teresa Yuanchu morirá con la paz de un ángel y con los nombres de Jesús y María en los labios.

[376] UNA RELIGIOSA, «Un rayo de luz en la tragedia», *TM* 14 (1941), 127–130.

14. Apostolado de los fieles y catecúmenos IV: El apostolado de la oración de las cuatro niñas de Ningling

Es de destacar el caso de "las cuatro niñas de Ningling" que, con su fidelidad e intrepidez en testimoniar públicamente su fe mediante su oración constante, pública y valiente, en medio de una ambiente hostil y burlón, fueron causa de la conversión de muchos en su pueblo, como narra el padre Ugarte:

> *«En una de las veces que hice la visita a una cristiandad que tengo al norte de mi Misión de Ningling, me hablaron los cristianos de cuatro muchachitas, de unos diez a doce años de edad, que diariamente acudían de su pueblo a la escuelita de aquella cristiandad, donde enseñaba la doctrina una catequista mía. En su pueblo eran, por entonces, ellas las primeras y únicas personas en quienes había prendido la semilla divina de la vocación a nuestra Religión cristiana. Eran muy fervorosas y constantes, siendo muy raro el día en que se las dejaba de ver, catecismo en mano, camino del pueblecito donde se encontraba la escuela. [...] Al volver diariamente a sus casas, solamente encontraban como ayuda a sus fervores religiosos la glacial y desalentadora indiferencia de aquel ambiente pagano, cuando no la burla de parientes y conocidos. El pueblo de las niñas distaba de aquel en el que se hallaban las escuelas tres o cuatro "lis" (un li=500m), por lo que era imposible para ellas el acudir a tiempo para poder rezar con los demás cristianos las preces de la mañana, así como tampoco les era posible, si querían volver a su casa con luz, aguardarse al rezo de las de la tarde. Así que una vez que aprendieron las dichas preces de memoria, decidieron rezarlas ellas solas en su propio pueblo. Como eran pobres y en sus casas no había lugar muy apropiado para ello, sin preocuparse cosa mayor de lo que pudieran decir sus convecinos, un buen día sacaron una estera, la colocaron en una era vecina a la casa de una de ellas, arrodilláronse encima y, allí, ante el altar grandioso de la naturaleza, comenzaron a cantar, que así es como se reza*

siempre por aquí, algunas de las oraciones más bellas de la Iglesia que, como flores variadas de un bello ramillete, constituyen lo que pudiéramos llamar el oficio divino de nuestros cristianos. A partir de entonces todos los días dos veces. [...] Durante bastante tiempo, como ya he dicho, contemplaron éstos indiferentes y aun burlones a estas sencillas muchachuelas que, a pesar de todo, seguían impertérritas en su práctica, siendo la extrañeza y la admiración de todos. Pero, esta su oración constante que, indudablemente, manos de ángeles recogían de sus labios puros para llevarla hasta el mismo trono del Altísimo, no podía menos de recoger sus frutos. Fueron estos tan abundantes que las gracias de lo alto descendieron cual lluvia torrencial que convirtió aquel páramo espiritual en bello jardín floreciente, y muchos de los antes espectadores indiferentes en muy fervorosos cristianos»[377].

15. Apostolado de las religiosas I: El don de la lluvia

«"Y tú, buen anciano, ¿crees que un poco de madera, paja y barro puede enviar de allá arriba una sola gota de agua?" Habiendo abierto estas palabras una brecha en su fe en el ídolo, con la duda retratada en el semblante, el anciano respondió no muy convencido con un "¡Quién sabe...!" La monjita le replicó diciendo: "Sólo el Dios en que yo creo y adoro es el Dios verdadero, el que nos ha criado y nos conserva. No hay sino Uno, y es el Único que puede socorrer nuestras necesidades. Ese pedazo de barro no puede hacer nada en vuestro favor." Una ancianita junto con otras personas que acababan de acercarse le preguntó interesada: "¿Y cómo se le habla a vuestro Dios, cómo se le adora, a dónde hay que ir?"

"Dios está en todas partes; sólo con que creáis en Él y le sirváis está contento." —"Explícanos esas palabras tan nuevas para nosotros." —Y la monjita china supo dar a las suyas tal expresión,

[377] G. Ugarte, «Tres oraciones», *TM* 13 (1940), 104–106; 148–149, 104–105.

que aquella buena gente, sin darse cuenta del fenómeno, no se cansaba de escuchar. Al terminar dijo la monjita: No pidáis a ese ídolo que llueva, que él nada puede. —"¿Cómo pediremos a ese Dios tan grande, de quien nos has hablado?" Bastan estas palabras: "Señor, tened compasión de nosotros; enviad agua a nuestros campos para que no muramos de hambre." —Y aquellas almas, de suyo tan buenas y sencillas, pero ignorantes, empezaron a repetirlas con una fe que conmovía.

Nos despedimos, llevando en el alma el consuelo de haber dicho a aquellos pobrecitos que había un Dios Grande y Misericordioso.

Rumiando estas impresiones íbamos por nuestro camino cuando de repente, se cubre el cielo de negros nubarrones. [...] En pleno campo estábamos cuando se abrieron las cataratas del cielo. Aquello era un diluvio»[378].

16. Apostolado de las religiosas II: el buen anciano

Este fue el caso de un anciano decrépito al que se le habían muerto todos sus hijos y sólo le quedaba la mujer, que vivía en una pobre choza de barro, oscura, y se encontraba tendido en un rincón y envuelto en un montón de andrajos:

> *«El enfermo escucha cuanto le decimos, con el mayor recogimiento, la hermosa doctrina de Cristo le entusiasma, dice que quiere bautizarse para salvar su alma y nos ruega que sigamos instruyéndole. […] Volvemos por la tarde para bautizarle. Lo encontramos muy fervoroso haciendo frecuentes actos de contrición, de fe, de esperanza en Dios, en ese Dios tan bueno que acaba de conocer y al que tanto ama.*

[378] Cf. CHIA SIU TAO (SOR ÁNGELES), «Carta a Sor Carmela (España)», *TM* 14 (1941), 276–278.

Le bautizamos con el nombre de Jesús María; ya está satisfecho, dice que es feliz y no se cansa de llamar al Señor. Colgamos de su cuello una medalla de la Virgen Santísima y la estrecha contra su corazón, la besa, la mira embelesado.
Su mujer nos cuenta cuán agradecido está a las Madres, que, viendo su espantosa miseria, le han socorrido llevándole todos los días de comer y enseñándole además el camino del cielo»[379].

17. Apostolado de las religiosas III: la cieguita, "niña" de 103 años

Este fue el caso de una cieguita, una "niña" de 103 años de edad, bondadosa y siempre inclinada a dar gusto a los demás, que las recibió sintiéndose muy honrada con la visita de las religiosas. «La anciana oía como embobada, con verdadera delectación de su alma sencilla y candorosa como la de un niño». Tras el bautismo, irrumpió en transportes de gozo, no pensando ya más que en morirse: «Si mi alma está ya lavada, ¿a qué aguardáis, Señor?» Intentaba rezar las breves oraciones que le habían enseñado, y, como a las primeras palabras lo trabucaba y confundía todo, decía al Señor, sin apurarse por ello:

«Señor, ya ves que soy tonta de capirote. Toda la paciencia y trabajo de tus monjitas para hacerme comprender tus doctrinas y retener las oraciones en esto han venido a parar; que a la hora presente, después de tanto predicarme, apenas si se ha grabado un poquitín en esta mi frágil memoria. Mas tú, que todo lo sabes, ya conoces mi corazón. Mira, todo lo que tus monjitas creen, con la fe con que ellas lo creen lo creo yo; todo

[379] S. E. DE LA CRUZ, «Buscando almas», *TM* 8 (1935), 83–84.

lo que ellas te piden y rezan, con el mismo fervor que ellas, te lo rezo y pido yo»[380].

18. Apostolado de las religiosas IV: la pecadora arrepentida

Este es el caso de una mujer que vivía atormentada por la culpa y los remordimientos, y que cuando entraron las religiosas y le dijeron que ellas sabían curar a los enfermos y además sabían curar y salvar las almas, la mujer, llorando, les preguntó que cómo se curaba el alma.

«Dije a la religiosa indígena que le hablara de la misericordia del Señor, de la necesidad de salvar el alma que Dios nos ha dado y del sacramento del Bautismo con el cual ella podía salvar la suya. Después de esta preparación catequística la buena mujer deseaba recibir el bautismo. Ella decía con voz moribunda: "¡Señor, tened misericordia de mí; perdonadme mis pecados! Ahora después de cuarenta años vengo a conoceros, Señor. Creo todo lo que me ha han dicho estas religiosas. Gracias a ellas os conozco y os amo".
Bautizámosla pues y, cuando corría el agua por su frente, decía llorando: "Perdóname Señor mis pecados; yo creo en vos; tened misericordia de mí. Vos tan bueno y misericordioso para conmigo buscáis después de cuarenta años a esta mujer tan miserable para gozar con Vos en el cielo, como dicen estas religiosas. Llévame al cielo Señor, para no ofenderte jamás"»[381].

19. Apostolado de las religiosas V: el hombre abandonado

Era un hombre de unos 40 años, acostado sobre un montón de cañas secas, pálido, cadavérico, con los ojos hundidos y expectoración sanguinolenta. Al verlo tan grave le hablaron algo de la religión, pero él enseguida se volvía de espaldas manifestando

[380] A. QUINTANILLA, «Página misionera», *TM* 11 (1938), 19.

[381] UNA RELIGIOSA, «Por los cuerpos a las almas», 218.

que aquella conversación le molestaba. Al día siguiente volvieron con una medicina para aliviarle la respiración, recibiéndolas mejor. Les comentó que no tenía ganas de comer y que sólo le apetecía un poco de fruta, pero que no se la podía permitir. Le prometieron traérsela y, como lo vieran bastante mal, le insistieron de nuevo sobre la salvación de su alma. Pero él se resistía, no le interesaba la salud de su alma sino la de su cuerpo, y les pedía medicinas y alivios para su enfermedad. Al día siguiente ofrecieron fervorosas oraciones y comuniones por el alma de aquel hombre, encomendándolo de manera especial a San José, patrono de los moribundos, prometiendo ponerle su nombre.

Al día siguiente volvieron a la casa y esto fue lo que ocurrió:

> *«Con un frío intenso, caladas de agua y de barro y llevando unas peras preparadas por las monjitas con cariño de madre, llegamos ese día a casa del enfermo. Cuando nos vio entrar de aquella manera, se incorporó en su pobre lecho y nos dijo con el más vivo agradecimiento: "¿Por qué aman tanto las Madres a este pobre enfermo, miserable y abandonado de todos?" […] ¡Cuánto agradeció aquel día nuestra visita! Se le veía emocionado y en un arranque de reconocimiento nos abrió el corazón, aquel corazón destrozado por la ingratitud.*
> *Era casado, y su mujer, viéndole enfermo, le abandonó, huyó de su lado llevándose a sus dos hijos y dejándole en la más espantosa miseria. Su anciana madre lo recogió en su pobre casa y allí estaba hacía varios meses postrado en la cama, esperando la muerte. […] ¡Cuánto los recuerdo! nos decía llorando; ¡los llevo aquí dentro del corazón, de este corazón que se siente morir más de tristeza que consumido por la enfermedad! ¡Si pudiera volver a verlos antes de mi muerte! […]*
> *Nosotras hondamente conmovidas por aquel cuadro, le hablamos claramente diciéndole que lo único importante en aquellos momentos era la salvación de su alma y, dicho esto, comenzamos a instruirle, quedando gratamente sorprendidas al notar que nos oía contento y con mucha atención. […]*

Mientras una le instruía, las otras orábamos en silencio con todo el fervor de nuestra alma hasta que al fin pidió el santo Bautismo, diciéndonos que quería hacerse cristiano para salvarse. Antes de bautizarle le preguntamos, entre otras cosas, si perdonaba a los que le hubieran ofendido y nos contestó con voz entrecortada: "Sí, perdono a todos, y también a ella la perdono con todo mi corazón."
"¡Cuán bueno es Dios!" nos decía con palabras entrecortadas, pues ya apenas podía hablar. "Toda mi vida la he pasado sin conocerle y sin amarle y ahora, al llegar a las puertas de la eternidad, me sale al encuentro." [...] Me siento feliz; tengo mucha paz en mi alma y sólo deseo volar cuanto antes a los brazos de Dios. Cuando esté en la presencia del Señor no me olvidaré de las Madres porque sé que les debo mucho y estas cosas no se pueden pagar en la tierra»[382].

20. Apostolado de las religiosas VI: la mujer del médico

Éste fue el caso de un médico que había contemplado el servicio de las monjitas con su sobrina, a la que él atendía como médico. Su mujer estaba también terriblemente enferma y, desistiendo ya de poder curarla, solicitó que vinieran las monjas a cuidar de su sufriente esposa: «os ruego que la consoléis y le deis eso que llamáis Bautismo». Él les cuenta la experiencia de su sobrina y les confiesa: «¡Qué bien hablan ustedes! Después de dar la medicina, dicen ustedes unas cosas que a mí me llenan de consuelo».

Visitaron a la enferma durante nueve días consolándola con las verdades de la fe y al décimo día, viéndola ya en estado agónico, la bautizaron. Mientras la bautizaban, la pobre enferma invocaba el nombre de Jesús y el de María, con una fe que conmovía a los presentes y, pasado un rato, murió como un ángel. El

[382] S. E. DE LA CRUZ, «El aguinaldo.».

anciano, lleno de gratitud, les dijo: «¿Cómo les voy a pagar a ustedes la tranquilidad y el consuelo que han dado a esta pobre mujer?» [...] Las religiosas le dijeron que lo único que deseaban es que él se hiciera cristiano, para que pudiera ir al lugar de delicias que Dios promete a los que le sirven, para lo cual le invitaron a que fuese a la misión donde le darían unos libros de doctrina.

«Desde aquel día el pobre anciano, reúne a toda su numerosa familia, lee en alta voz el catecismo, que, en expresión suya, "debían leerlo todos los chinos", los trae el domingo a la capilla y pasa sus ratos pensando en tantas verdades que antes no sabía. Un día nos pidió un libro de la pasión de Cristo, y a los tres días, después de leerlo, nos dice emocionado: desde ahora amo más al Señor y creo en su poder, y, si sufrió, fue por nosotros. [...] ¡Cuántas cosas que antes yo no sabía! Va diciendo con tristeza. Pero pronto me bautizaréis y entonces sí que amaré más a Jesús»[383].

21. Apostolado de las religiosas VII: la semilla del odio

Era el caso de un hombre que, habiendo pasado primero de la idolatría al budismo, en sus últimos años había pasado por los protestantes. En el lecho de la muerte se produjo el siguiente diálogo que, junto con su muerte, impresionaron vivamente a las religiosas:

> *«Creo firmemente cuanto me han dicho acerca de ese Dios tan bueno. Creo en el Cielo, creo en el infierno, creo en todo, pero... no, no, ¡yo no puedo ir allá! [...] Me habéis dicho que tengo que obrar, sin que baste sólo creer. Y para ir al cielo hay que bautizarse, y para poder bautizarse hay que perdonar a los enemigos. Y yo... yo no perdonaré jamás a un vecino que hace varios años me ofendió en lo más vivo... No, jamás le*

[383] Una religiosa, «Por los cuerpos a las almas», 79.

perdonaré. —¿Y, si él te pidiese perdón primero, se lo concederías tú? —¡Imposible, jamás! —¿Te has olvidado que Cristo, por alcanzarte a tí el perdón, murió en una cruz? —¡Marchaos de aquí! (respondió con enorme excitación) Si eso me lo hubieran dicho el primer día, no las hubiera molestado con mis preguntas durante dos meses. Me lo habéis dicho a última hora. —Esperábamos que, conociendo tú la misericordia de nuestro buen Dios, se te hiciera más fácil perdonar y dolerte de tus pecados. —No puedo, jamás perdonaré. [...]
Al día siguiente volvimos a visitarlo. No íbamos solas: el pobre hombre que le había ofendido, accediendo a nuestros ruegos, quería pedir perdón al moribundo. Imposible describir la impresión que produjo al enfermo, ya en estado agónico, la presencia de unas personas que sólo querían salvar su alma. —¡Marchaos! — y el desgraciado se revolvía dentro de la mortaja que ya cubría su cuerpo. [Las monjitas rezaron por él en su interior] El pobre enfermo agonizaba...; ya no podía articular palabra. Haciendo un último esfuerzo, nos acercamos al oído, preguntándole si quería ir al cielo, si quería bautizarse; si perdonaba, que abriese los ojos. Un supremo esfuerzo y unas señas de que no perdonaría jamás, seguida de un rugido, fue el último gesto de este desgraciado. [Las monjas, en una última oración, lo encomendaron a la misericordia y omnipotencia infinita de Dios]» [384].

22. Apostolado de la Santa Infancia I: Teresita

Teresita era hija de un pagano y de una protestante. Abandonada a los pocos días, fue difícil encontrar el modo de criarla y no hubo enfermedad que no la pusiera al borde del sepulcro. Dotada de una rara inteligencia, impropia de sus pocos años, repetía todo lo que oía a las mayores, se fijaba en todo lo que le rodeaba, se iba pegando a las hermanas y aprendiendo de ellas el deseo de ser toda de Jesús, viviendo con intensidad la Eucaristía y abriendo

[384] UNA RELIGIOSA, «Espinas en el camino», *TM* 14 (1941), 5–7.

su corazón a la consagración religiosa. Vivía pensando en su primera Comunión, y antes de que llegara el día tuvo este diálogo con la madre:

> *«Pero nena, ¿tú sabes lo que es la comunión? Sí, la comunión es Jesús y yo quiero recibir a Jesús. ¿Y qué prisa tienes siendo tú tan pequeñita? La nena se arroja al cuello de la Madre y le dice muy quedo: Tengo miedo de que entre el diablo en mi alma, ¿sabe? y por eso quiero que entre pronto Jesús. Sí, que venga antes de que entre el diablo. […]*
> *Mamá, ¿cómo vendrá Jesús a mi corazón, pequeñito o como está en ese cuadro? Pequeñito como tú, hija mía, contesta la Madre. La niña baja la cabeza y se queda pensativa. La Madre que la observa le pregunta ¿qué te pasa? Nada, dice la nena, estoy pensando si Jesús tan pequeñito entenderá bien tantas cosas como tengo que decirle cuando lo reciba en mi corazón»*[385].

Cuando llegó el día de la primera Comunión, tras recibir al Señor nos dejó esta tierna escena:

> *«Vuelve a su sitio y allí cruza sus manecitas sobre su inocente pecho y estrecha el pequeño crucifijo. Con los ojos cerrados permanece recogida mientras sus puros labios se mueven... El canto suave y delicado se asemeja a un suspiro, a una queja, mientras la nena saborea el primer encuentro, el delicioso encuentro de su alma con Jesús...*
> *Al salir de la Capilla, Teresita besa la mano a los Padres y a las Madres, está radiante de alegría. ¿Dónde está Jesús? le preguntamos, y contesta haciendo un gracioso mohín y señalando su pecho: Aquí»*[386].

---

[385] S. E. DE LA CRUZ, «Flor de espino», *TM* 9 (1936), 219.

[386] *Ibid.*, 220.

Poco antes, en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, la ceremonia de la toma de hábito de las primeras novicias chinas había impresionado profundamente a Teresita. Durante la celebración, tras la ceremonia religiosa, Teresita desapareció, y la encontró la madre en el recibidor de la casa de las monjas arrodillada delante de una imagen de Cristo Rey, con las manecitas juntas, angustiosa y fija la mirada, y dice: "Yo también... quiero ser como las mayores... se lo dirás a la Madre, ¿verdad?"[387].

23. Apostolado de la Santa Infancia II: La "Reina de la Santa Infancia"

Si Teresita es modelo de niña piadosa, la historia de la "cieguita" es la de una pequeña mística, acrisolada en la prueba, probada en la doble noche oscura del alma, la de los sentidos y la del espíritu, en un modo acorde a su edad, y que las monjas supieron iluminar y guiar llevando a la niña a una profunda vida escondida en Dios, como víctima fecunda, como luz en la oscuridad.

«Es cieguita y la llaman la "reina de la Santa Infancia". La veréis siempre con una sonrisa a flor de labio. Así la he conocido yo. Sin embargo, no ha sido así siempre. Tampoco fue ciega de nacimiento. Vio la luz y a los cuatro años se le murieron los ojos.

[...] ¡Qué pobre la cieguecita! Está el patio revolviendo en risas, gritos y algazara. [...] Sola la cieguecita va despacio por allí, teniendo sus manos adelante, con su mundo interior de tiniebla y de silencio. [...] ¡Cómo le duelen las risas! [...] ¡Cómo le punza la espina que nadie sabe, pero que a ella tanto le duele! También quisiera ella ser como las otras, jugar y correr y reírse como las otras. [...] Hoy está muy triste y ha llorado mucho. [...] En estos momentos de tanto festival, cómo le hostiga una rebeldía

[387] Cf. M. Alegría, «Teresita», *TM* 9 (1936), 168.

interior. ¡Cómo se revuelve y se enturbia la paz de su alma! [...] Tiene el corazón henchido de sollozos que van a estallar. Pero no dice nada la cieguecita. Que su consuelo es llorar donde nadie la vea y desahogar eso que siente en el pecho con tanta ternura. [...] La monjita la sorprende y le pregunta: [...] ¿Por qué has llorado, nena? Tiene todavía húmedos los ojos y dice con candor: —Si no he llorado, mamá. Y lo dice con voz que es una confesión. Ha callado y no quiere decir nada. No quiere confesar que tiene envidia de sus compañeras. [...] Siente el remordimiento de haber engañado a su Madrecita. No está tranquila, y al acostarse y sentir la mano caliente y maternal que la arropa, le ha dicho llorando al oído: perdón, mamá, te he mentido. Yo soy muy mala y tengo envidia de mis compañeras, porque no puedo jugar ni correr. Y muy desgraciada, mamá. [...]

La cieguita es muy piadosa y tiene una conciencia delicadísima. Como no tiene con qué distraerse, piensa mucho en Jesús. Pero a veces por su impotencia, por su aislamiento, por su inutilidad aparente se levanta una tempestad infantil de rebeldías en su alma. Le deprime una desazón amarga al verse como un estorbo a todos, como una causa de molestias que todos deben soportar. [...] En verdad que es cruz fuerte la de la cieguecita. Pero es una cruz fecunda y rebosante en gracias divinas, si [se] sabe aprovechar bien.

Y así lo ha comprendido la Monjita. Ella tiene buena mano. Y empujándola con cariño, la ha llevado hacia Jesús. Y Él se ha encargado de amansar los caprichos de la niña. Y ya está contenta. Ya no le importan los juegos. Que en vez de ellos, se arrima al marco de la capilla y sueña con su Niñito. Por eso sonríe tan dulcemente. Con una sonrisa de cielo. Cuántas tardes, mientras resuena la gritería infantil en el recreo, ella está sentadita mucho rato ante el Jesús del sagrario. Pero, oh, no es lo mismo amansar

un capricho del alma que un anhelo profundo. Que las cruces de la vida se suceden sin cesar.

Ha oído muchas cosas entre sus compañeras. Quieren fundar una congregación de misioneras de Cristo Rey. Y todas hablan con el entusiasmo de ser las primeras piedras de la Institución. A la cieguecita le surgió la ilusión como una luz en la profundidad de su alma tenebrosa... Ella que en su silencio se había atrevido a pensar ser algún día como eran las Madres. Que ya no pensaba sino en ser toda de Jesús. Que toda su satisfacción sería hacer bien a las almas de sus hermanas... [...]

Como todas las noches, la Madrecita va pasando por el dormitorio y arropándolas maternalmente. Y al llegar a la de la cieguecita, siente un apretón fuerte y al oído que le dice apasionadamente y exaltada: —Mamá, yo también quiero ser monjita. —No, hija mía, le dice con acento natural. Tú no puedes. —Por qué, responde cortada. —¿Pero no sabes, hija mía, que para ser monjita se necesita tener vista...?

Ha dado un quejido y ha caído tronchada la flor. Se le murió la ilusión, como se le murieron los ojos al nacer. ¡Pobre reinecita de la Santa Infancia! Ya no dice nada. La Madrecita no sabe lo que ha hecho. Ya no duerme. Ya el corazón se secó. Ya no suspira. Ya no llora la cieguecita. Que cuando es duro y seco el quebranto, no da lágrimas el alma. Se quiebra, desmayada y muere. Después vendrá el sollozo profundo. [...]

La cieguecita vive resignada. Pasó el primer golpe. Se acordó de las tardes del sagrario y sintió el alivio de Cristo. Pero aún espera con impaciencia el día en que sus compañeras vestirán el vestido blanco. Tiene miedo de sí misma. Aún está tierno el corazón. Y llegó lo que esperaba. ¡Cuánto movimiento en la Santa Infancia! Todo es fiesta. [...] Solo la cieguecita ha llorado mucho. No le

engañaba el corazón. Era demasiado grande su anhelo para dejar de llorar.

[Por la noche, apartada en la oscuridad le dice a la Madre, que la encuentra]: Perdón, mamá, yo quiero llorar, yo quiero morirme, yo quiero ser de Jesús, quiero ser como tú y las otras. Yo soy muy mala, perdón, mamá, yo quiero ver, yo quiero ver, mamá... [...] —Pero nena, ¿por qué has venido aquí? —Yo no quiero que me vean llorar, mamá, yo quiero sufrir por Jesús para que me dé la vista y pueda ser como tú. La madrecita comprende su crisis interior y como otras veces la lleva a la capilla y allí de rodillas las dos dicen muchas veces la misma plegaria:

—Jesús, que vea.

—Pero, hija mía, le dice volviéndose la monjita. Si Jesús no quiere que veas, ¿lo ofreces por él y las almas?

—¿Y podré salvar así almas para Jesús? pregunta tímidamente a la Madre.

—Sí, hija mía, sufriendo esto con paciencia y alegría, puedes salvar muchas y también puedes ser misionera.

—Vamos, pues, hija mía, a dormir. Ofrécelo todo por Jesús.

Se deja llevar, pero en la puerta, volviéndose hacia el sagrario, dice la cieguecita con verdadera efusión: Jesús, que vea, pero sí tú no quieres, hazme misionera, y si quieres te doy también mi vida y mis ojos por las almas...

Ha vuelto la sonrisa a la cieguecita. Parece más celestial. La frente coronada y el corazón. Y así vive entre las compañeras. Espiritualmente, como florecilla entre un espino.... »[388].

[388] V. MARTÍNEZ, «Pequeña misionera.....», *TM* 9 (1936), 181–185.

24. Apostolado de la Santa Infancia III: Manos que salvan

Era una viejecita sola en el mundo, que pasaba noches de frío y días de hambre y, obligada a mendigar, se acercaba a la misión, donde con cariño se le daba un poco de caldo y se le abrigaba en el fogón. Un día entró y se quedó en el patio de la Santa Infancia. El día anterior había sido el cumpleaños de la madre, y el padre prefecto les había dado unas monedas para comprar cacahuetes, que tanto les gustaba. Pasaron toda la tarde pensando en el atracón de cacahuetes que se iban a dar al día siguiente. Cuando por fin iban a salir todas a comprarlos, la madre viendo que afuera estaba la viejecita temblando de frío, se le ocurrió una idea:

> *«Venid, nenas, mirad esta ancianita. Viene en busca de un pedacito de pan, porque todavía no ha comido y ha pasado muy mala noche. ¡Ya veis cómo tiembla de frío la pobrecita! Vosotras tenéis pan y ahora queréis comprar cacahuetes. Pero vosotras podéis pasar sin cacahuetes y esta ancianita no puede pasar sin pan. ¿Qué queréis hacer con vuestras monedas.....? [...] Todas a la vez, sin pensar más, han soltado el pañuelo y alargan su centimillo a la ancianita. Esta retrocede ante semejante actitud de las nenas, ante este hecho inaudito para ella hasta el presente. Y no quiere aceptar las monedillas. Quiere morirse antes que privarles de los cacahuetes a estos angelitos. —Cójalo, V., le dice la Madre, que se lo dan de buena gana. La ancianita está llorando. Se le agolpa la ternura a los ojos y a la garganta. Y extendiendo, sin darse cuenta, la mano heladita, tapándose los ojos, ha cogido las moneditas que todas han ido echando como en una hucha abierta. Manos que salvan. Manos inocentes, tiernecitas, las débiles, las que se doblan ante la fuerza, pero que ellas han dado el último golpe y han derribado el árbol añoso y pagano. La ancianita se hará cristiana»*[389].

[389] V. Martínez, «Manos que salvan», 79.

25. Apostolado de la Santa Infancia IV: Maria Siu

Ya al poco de estar en Kweiteh recogieron los frailes a las primeras niñas y jovencitas. Cuando a los tres años, en 1927, tuvieron que salir de la misión por mandato del provincial, tuvieron que dejar a las niñas con algún familiar o personas cristianas que las acogieran.

Hubo una, María Siu, que fue acogida por un tío suyo ciego, Gregorio. De joven había disfrutado de muy buena posición, pero llegó un tiempo en que los negocios comenzaron a salirle mal y, después de sufrir desgracia tras desgracia, vino a perder todo en poco tiempo. Vino a perder también la vista cuando más la necesitaba para poder trabajar. Poco después perdió la mujer y sus hijos uno tras otro, quedándole sólo el más pequeño, que le hacía de lazarillo y de consuelo.

En esas circunstancias se encontraba cuando la niña María Siu se alojó en su casa. «Pronto se constituyó en maestra y catequista de su tío. Le enseñó a rezar las oraciones de la mañana y de la noche, le habló con fervor de los misterios principales de nuestra religión y le aconsejó que en todas sus necesidades invocara con confianza al Dios de los cristianos»[390].

La niña tuvo que regresar y el ciego Gregorio quedó desconsolado y triste, porque al irse la niña no había ya nadie que le hablara de Dios. Pero él estaba resuelto a poner en práctica cuanto su pequeña maestra le había enseñado; y así, durante cuatro años, no dejó ni un solo día de invocar al Señor y de rezar las oraciones que había aprendido. El Señor escuchó sus plegarias y envió una mano caritativa que lo condujo hasta la misión, donde se instruyó y fue bautizado con el nombre de Gregorio.

---

[390] S. E. DE LA CRUZ, «El ciego de Siutchuan», *TM* 8 (1935), 17.

26. Apostolado de la Santa Infancia VI: Angelina

Angelina, como lo dice su nombre, era un ángel. Por su candor, su inocencia, por sus gracias naturales tenía gran ascendiente de atracción y dominio sobre las demás. Tenía un corazón de apóstol intrépido, valiente y generoso, y sabía envolver a las demás niñas en el mismo espíritu.

Se había empeñado en ver a un hombre de la cárcel que le habían dicho que se iba a morir y que no quería convertirse. La madre no le permitía ir a la cárcel y le decía que rezase por él en casa y que se fuese a jugar con las demás.

Al poco tiempo, llegaron todas las niñas adonde la madre y le dijeron que no querían jugar. Angelina les había dicho que había un hombre en la cárcel que no quería convertirse y que tenían que rezar por él.

Les había convencido para ir todas a la madre pidiéndole ir todas a la cárcel y, como no podían ir todas, pues que echasen suertes para que fuese una en representación de todas, también les había dicho que dijesen que no querían comer sandía ni jugar en la barca, y que con las chapecas que se iba a gastar en el recreo de la tarde, comprara pan blanco para el hombre de la cárcel.

La madre, vencida por la determinación de Angelina, accedió cayendo la suerte precisamente en ella.

Cuando por fin llegó con la madre a la cárcel y vio lo que tanto deseaba, a un desgraciado desfigurado por la enfermedad, le dijo dándole un paquete de dulces y de pan blanco:

> *«Esto se lo damos nosotras para que vea que le queremos mucho y para que la Virgen le haga cristiano. Todas hemos rezado por usted y nos acordamos y queremos que vaya al cielo. El hombre oye y mira fija y detenidamente a la niña y poco a poco, sin decir nada, empieza a acariciar su cabecita y a*

> *llenarse de lágrimas los ojos. Un torrente de gracia divina debió pasar entonces por su corazón, pues él mismo fue quien dijo querer oír las cosas del otro día y hacerse cristiano»*[391].

Mientras la madre le explicaba al hombre las verdades de la fe, Angelina, de rodillas y con las manos cruzadas, seguía rezando con tal devoción que conmovió a los presentes. Al llegar a casa, Angelina les contaba a las demás:

> *«¡Cuánto lloraba el hombre! Me decía que éramos muy buenas y que quería que pidiéramos a la Virgen que, según la madre, debía ser una Señora muy poderosa y buena, que él también quería conocerla para ser como nosotras. Hay también muchos hombres que me miraban con unos ojos que me daban miedo... Tenemos que rezar también por ellos»*[392].

Con esta experiencia, todas las niñas se entusiasmaron con los hombres de la cárcel, y cada día rezaban por ellos a la Virgen.

---

[391] UNA MISIONERA DE LA SANTA INFANCIA, «De nuestra Santa Infancia», 337.

[392] *Ibid.*, 340.



Devoción al Sagrado Corazón de Jesús en Kweiteh.

9.

Cronología



Trajes y costumbres tradicionales de Kweiteh.

1924

- 16/02 • Javier Ochoa llega a Kweiteh.
- 11/03 • Sale desde Manila la primera misión: Pedro Zunzarren, Sabino Elizondo, Mariano Alegría, Mariano Gazpio y Luis Arribas.
- 15/03 • Alquilan la primera casa en Kweiteh.
- 19/03 • Llegada a Shanghái de los primeros misioneros y el definidor.
- 04/04 • Llegan a Kweiteh los primeros misioneros y el definidor.
- 01/06 • Regresa Francisco Sádaba, definidor provincial.
- 08/07 • Primera visita a la zona occidental de Ochoa y Cattaneo.
- 15/07 • Visita a la zona oriental de Ochoa y Cattaneo.
- 01/08 • Comienzan las obras en el terreno de la misión.
- 20/09 • Sale de Manila la segunda misión: Lorenzo Peña, Julián Sáenz, José Martínez y Manuel Echauz.
- 27/09 • Llega a Shanghái el segundo grupo de misioneros.
- 18/10 • Mariano Alegría y Mariano Gazpio, acompañados de Cattaneo, marchan a fundar la misión de Chengliku (Yucheng).
- 04/11 • Marcha Zunzarren a Shanghái para sustituir a Elizondo.
- 06/11 • Llega la segunda misión a Kweiteh: Sabino Elizondo, Lorenzo Peña, Julián Sáenz, Manuel Echauz y José Martínez.
- 31/12 • Marchan Sabino Elizondo y Luis Arribas a Palichoang.

1925

- 10/01 • Compra de terreno en Chutsi (estación de tren de Kweiteh).
- 01/02 • Inicio de la Santa Infancia: Ochoa acoge a las tres primeras niñas.
- 10/04 • Compra de terreno en Palichoang (Siayi).
- 23/04 • Lorenzo Peña va a Chengliku (Yücheng).
- 04/05 • Mariano Alegría y Manuel Echauz fundan la misión de Ningling.
- 04/06 • Tacconi entrega la misión a los Recoletos y hace salir a Cattaneo.
- 07/06 • Inauguración de la casa central en Kweiteh.
- 21/07 • Llega Eusebio Martínez a Kweiteh.
- 04/09 • Sabino Elizondo y Julián Echauz van a fundar Siayi.
- 8/11 • Llega a la misión Luis Lorente.
- 8-17/11 • Visita del provincial, Bernabé Pena.
- 15/11 • Sale Alegría de Ningling y va a Kweiteh.
- 21/11 • Luis Lorente va a Ningling como compañero de Echauz.
- 14/12 • Comienzan las obras en Chutsi.

1926

• • Tacconi pone la Subprefectura de Checheng en el Vicariato de Kaifeng.
• FEB • Compra de terreno en la ciudad de Kweiteh.
• AGO(?) • Compra de una imprenta.
• NOV • Compra de terreno en la ciudad de Kweiteh.

1927

• 21/01 • El procurador general pide a la Santa Sede que la misión sea Prefectura apostólica separada del Vicariato de Kaifeng.
• 28/03 • Primer telegrama del provincial mandando salir a los misioneros.
• 08/04 • Consulta a los misioneros sobre salir de la misión.
• 10/04 • Último telegrama del provincial con mandato de salida.
• 11/04 • Salen los misioneros de Kweiteh con destino a Shanghái.
• 14/04 • Llegada a Tientsin.
• 16/04 • Ochoa y Alegría van a Pekín a ver a Costantini y pedir pasaportes.
• 18/04 • Salida de Tientsin rumbo a Shanghái.
• 22/04 • Llegada a Shanghái.
• 11/05 • Ochoa, Elizondo y Lorente vuelven a Kweiteh.
• 28/05 • Los tres salen de Kweiteh por segunda vez y van a Shanghái.
• 29/05 • Las tropas nacionalistas del sur toman la ciudad de Kweiteh.
• 08/06 • Llegan los frailes a Shanghái.
• 15/06 • Las tropas del sur ocupan la casa central en Kweiteh.
• 15/07 • Ochoa, Alegría y Elizondo salen hacia la misión.
• 11/08 • Llegan Ochoa, Alegría y Elizondo a Chutsi (Kweiteh).
• 03/10 • Sale Ochoa en busca del resto de misioneros.
• 08/10 • Salen del Shanghái el resto de los misioneros.
• 15/10 • Ataque a la ciudad de Kweiteh por las tropas del Norte.
• 19/10 • Llegan a Kweiteh los misioneros (desde Shanghái).
• 05/11 • Las tropas nacionalistas del Sur toman Kweiteh por 2ª vez.
• 17/11 • Secuestro de Julián Sáenz y José Martínez en Palichoang.
• 19/11 • Se marchan de Kweiteh los del Sur y entran los del Norte.
• 26/11 • Los nacionalistas del Sur toman definitivamente Kweiteh.

1928

• 05/05 • Se pide al Definitorio la asignación anual permiso para la revista.
• 17/05 • Ochoa viaja a Manila con las peticiones y para pedir más frailes.
• 24/05 • Los soldados dejan la casa central.
• 15/06 • Traslado a Huchiao de los padres de Siayi.
• 19/06 • Pío XI erige de la Prefectura Apostólica de Kweiteh.
• 01/07 • Aparece el primer número de "Todos Misioneros".
• 08/07 • Llega Joaquín Peña a la misión de Kweiteh.
• 25/08 • Llega a la misión Arturo Quintanilla.
• 30/07 a 03/10 • Visita del delegado apostólico, Celso Costantini.
• 05/10 • Llega a la misión el hermano Ángel Peña.
• 09/10 • Va temporalmente a Manila el hermano Eusebio Martínez.
• 10/10 • Apertura de la misión de Yucheng por el padre Mariano Gazpio.

1929

• ENE • Compra de solar en Huchiao.
• 08/01 • Javier Ochoa es nombrado prefecto apostólico.
• FEB • Compra de solar en Siayi.
• 07/02 • Luis Arribas va a Kuowa con intención de fundar Yungcheng.
• 10/02 • Compra de solar en Changkung (Ningling).
• 07/03 • Manuel Echauz va a Changkung.
• 13/03 • Vuelve Eusebio Martínez a Kweiteh.
• 19/03 • Javier Ochoa toma posesión de su cargo.
• 19/03 • Mariano Alegría es nombrado pro-prefecto.
• 20/04 • Comienzan las obras de construcción de la iglesia de Kweiteh.
• 24/04 • Mariano Alegría es nombrado delegado provincial.
• 29/04 • Abre la escuela preparatoria preseminario San Agustín.
• 30/04 • Salen de la misión Lorente y Ángel Peña.
• AGO • Compra de un solar en Kweiteh.
• 01/11 • Inauguración de la casa-misión en Changkung.

1930

• 08/05 • Ochoa viaja a España y Roma.
• 12/05 • Sabino Elizondo en Shanghái, director de "Todos Misioneros".
• 15-19/05 • Asedio y bombardeo de la ciudad de Kweiteh.
• 17/05 • Bombardeo y destrozos en la casa central (Kweiteh).

• 09/07 • Audiencia privada de Ochoa con el papa Pío XI en el Vaticano.
• 23/09 • Llegan a la misión Pedro Colomo y Francisco Lizarraga.
• 25/09 • Va Joaquín Peña a Kweiteh como rector del seminario.
• 10/12 • Compra de solar en Siayi.

1931

• 10/01 • Compra del primer terreno para el seminario.
• 31/01 • Bendición de la nueva iglesia de Kweiteh.
• 01/02 • Misa inaugural de la nueva iglesia de Kweiteh.
• 02/02 • Arturo Quintanilla marcha a Shanghái y vuelve Sabino Elizondo.
• 21/03 • Comienzan las obras de la iglesia en Palichuang (Siayi).
• 31/03 • Compra del terreno en la ciudad de Yucheng.
• 19/05 • Ochoa llega con Matías Sáiz, Esperanza de la Cruz, Ángeles de San Rafael, Carmela de San Agustín y Dolores del Sdo. Corazón.
• 11/09 • Secuestro de Sabino Elizondo en Huchiao.
• 08/11 • Consagración de la misión al Sagrado Corazón de Jesús.
• 30/12 • Matías Sáiz marcha a Shanghái enfermo.

1932

• ENE • José Martínez abre la misión de Kaocheng.
• 03/01 • Se inaugura la nueva casa de Huchiao.
• 08/01 • Matías Sáiz muere en Shanghái.
• FEB • Compra del solar del Peikuan (Kweiteh).
• 20/02 • Se abre el dispensario de Kweiteh a cargo de Pedro Colomo.
• 17/03 • Vuelve de Shanghái Arturo Quintanilla.
• JUN • Compra de terreno en Huchiao.
• 11/06 • Visita del vicario provincial, Leoncio Reta.
• 07/07 • Inauguración de la iglesia de Palichoang.
• 08/07 • Vuelve Leoncio Reta a Manila.
• 17/08 • Sabino Elizondo va a Chutsi para la escuela de catequistas.
• 07/09 • Secuestro de Luis Arribas en Kuowa (Yungcheng).
• OCT • Compra de solar en Yungcheng
• 12/10 • Eusebio Martínez va a España de vacaciones.
• DIC • Se deja definitivamente Kaocheng.
• 04/12 • Luis Arribas va a Yungcheng.

1933

• 30/01 • Bendición e inauguración de la Escuela de Catequistas en Chutsi.
• 26/02 • José Martínez abre la misión de Seliulou (Checheng).
• 25/04 • Llegan Guillermo Ugarte, Jesús Samanes, Cecilia y Carmela.
• 13/06 • Visita de Leoncio Sierra y su secretario, Alejandro Osés.
• 24/10 • Llegan a Shanghái Eusebio Martínez, sor Cecilia y sor María Ana.
• 30/10 • Inauguración del convento de las religiosas en Kweiteh.
• 07/11 • Llegan a la misión Eusebio Martínez, sor Cecilia y sor María Ana.
• 07/12 • Primeras Ordenes Menores del seminarista José Shan.
• 13/12 • Visita del prior general Jesús Fernández y Miguel López.
• 13/12 • José Shan, Gregorio Li y Lucas Yuo piden entrar en la Orden.
• 21/12 • Últimas Ordenes Menores del seminarista José Shan.

1934

• 26/04 • Mariano Alegría va a España de vacaciones.
• 05/05 • Solicitud al definitorio de aumento de asignación (25.000$)
• 12/05 • Concesión de la petición del aumento de asignación.
• 21/05 • Se suspenden las obras de Yucheng por oposición del gobierno.
• 16/06 • Sale de la misión Manuel Echauz para Filipinas.
• 18/08 • Se inaugura la nueva casa de Palichoang.
• 24/08 • Sale de la misión Sabino Elizondo para Filipinas.
• 07/08 • Gazpio, vicario delegado y delegado en ausencia de Alegría.
• 16/09 • Gazpio, a Chutsi; Samanes a Yucheng.
• SEP • Compra de solar en Siayi.
• NOV • Se suspenden las obras en Yungcheng.
• 30/11 • El nuevo delegado apostólico, Zanin, visita Kweiteh.
• 08/12 • Se permiten registrar las escrituras de Yungcheng.
• 22/12 • Fecha de las escrituras de Yungcheng.

1935

• 04/01 • Santa Sede permite unir las monjas españolas y filipinas.
• 18/03 • Llegan a la misión Francisco Sanz y Pedro Ruiz.
• 28/06 • Fundación de Catequistas Agustinas de Cristo Rey.
• 28/06 • Noviciado de José Shan, Gregorio Li y Lucas Yuo.

• 28/06 • Joaquín Peña, maestro de novicios.
• 14/07 • Regresan a España sor Cecilia y sor María Ana.
• 09/10 • Visita provincial de Leoncio Reta y su secretario Isidro Beasiain.
• 16/10 • Luis Arribas continúa las obras en Yungcheng.
• 30/10 • Llega Venancio Martínez con Mariano Alegría.
• 18/12 • El procurador de la Orden ante la Santa Sede presenta la petición de elevación de la Prefectura de Kweiteh a Vicariato Apostólico.

1936

• 13/02 • Compra de terreno en Yungcheng (P. Luis Arribas).
• 19/02 • Muere la novicia sor Inés Suen y se la entierra en Chutsi.
• 19/06 • Toma de hábito de cuatro novicias chinas.
• 26/06 • Llegada del provincial Leoncio Reta.
• 29/06 • Profesión de José Shan, Gregorio Li y Lucas Yuo.
• 14/07 • Salida de la misión de Pedro Ruiz.
• 20/08 • Mariano Gazpio a España y Gregorio Li y Lucas Yuo a Roma.
• 15/09 • Venancio Martínez va al seminario en Kweiteh.
• 20/09 • Arturo Quintanilla inicia clases en la Escuela de Catequistas.
• 29/12 • Profesión religiosa de las nueve primeras novicias chinas.

1937

• 22/01 • Compra de terreno en la casa central (Kweiteh).
• 18/05 • Elevación de la Prefectura Apostólica a Vicariato Apostólico.
• JUL • Venancio va enfermo a Shanghái donde es operado de apendicitis.
• 08/09 • Llegan las bulas del nuevo vicario apostólico, Javier Ochoa.
• 29/09 • La misión de Yucheng se traslada a ella a nueva propiedad.
• 31/10 • Consagración episcopal de Javier Ochoa en Manila.
• 20/12 • Profesión de cuatro novicias.

1938

• 01/01 • Vuelven Ochoa y Mariano Gazpio de Manila, Filipinas.
• 13/05 • Toma de Yungcheng por los japoneses.
• 20/05 • Bombardeo de la ciudad y de la misión de Kweiteh.

- 21/05 • Refugio en el hospital protestante San Pablo. Solo Mariano Alegría y Joaquín Peña permanecen en la casa central.
- 21/05 • Los seminaristas van con Colomo a Seliulou y a Changkungtsi.
- 29/05 • Toma de Kweiteh por los japoneses.
- 29/05 • Mariano Alegría y Joaquín Peña se refugian en San Pablo.
- 02/08 • Vuelta a la casa central de Mariano Alegría y Joaquín Peña.
- 03/08 • Vuelve Samanes a Yucheng.
- 05/08 • Comienzan los arreglos por varios meses de la casa central.
- 09/08 • Vuelta definitiva a la casa central.
- 13/08 • Vuelven los seminaristas a Kweiteh desde Changkung.
- 25/08 • Marcha Mariano Gazpio a Chutsi.
- 16/09 • El obispo y Eusebio Martínez viajan a Pekín.
- 07/10 • Lorenzo Peña va a España.
- 07/10 • La religiosa filipina sor Carmela vuelve a Manila enferma.
- 22/12 • Llega de visita Ricardo Jarauta, provincial.
- 22/12 • Vuelven de Shanghái Venancio Martínez y Julián Sáenz.
- 24/12 • Profesión solemne de Fr. José Shan (primer recoleto chino).
- 24/12 • Toma de hábito de los seminaristas José Wang y Nicolás Shi.
- 27/12 • Fr. José Shan se ordena de subdiácono.
- 28/12 • Ordenación diaconal de Fr. José Shan.
- 31/12 • Ordenación sacerdotal de José Shan, primer sacerdote chino.
- 31/12 • Samanes deja la misión y va destinado a América.

1939

- 01/01 • Cantamisa de José Shan.
- 04/01 • Venancio Martínez va a Yucheng.
- 04/01 • Toma de hábito de nueve Catequistas Agustinas de Cristo Rey.
- FEB • Compra de terreno en la casa central.
- 01/05 • Compra de terreno en la casa central.
- JUN • Un piso nuevo de la casa central en Kweiteh.
- JUN • Obra del convento para las religiosas chinas.
- OCT • Obra del nuevo seminario menor de San Agustín.
- 08/12 • Llega de España Lorenzo Peña.
- 20/12 • Peña va a Siayi.

1940

• 01/01 • Salen para España Julián Sáenz, Esperanza y Carmela.
• 16/01 • Profesan los novicios José Wang y Nicolás Shi.
• 08/03 • Llegan a la misión central Luis Aguirre y Jesús Solabre.
• 04-11/07 • Visita del prior general Leoncio Reta con Isidro Beasiain.
• 05/07 • Profesión religiosa de nueve novicias chinas.
• 15/07 • Toma de hábito de Pedro Kuo y Marcos She.
• 17/07 • Salen para América Ochoa y el prior general.
• 17/08 • Jesús Solabre marcha a Shanghái, asistente de Leoncio Sierra.
• 22-29/10 • Visita canónica del prior provincial, Galdeano.

1941

• 16/03 • Registro de la casa central por los japoneses.
• 08/05 • Llega a Shanghái el obispo desde América, y sigue a Pekín.
• 04/08 • Llega a Kweiteh el obispo.
• 03/09 • Mariano Alegría marcha a Manila.
• 05/10 • Mariano Gazpio es nombrado vicario delegado.
• 25/10 • Arturo Quintanilla es nombrado superior regular en la misión.

1942

• 08/04 • Ordenación sacerdotal en Roma de Gregorio Li y Lucas Yuo.
• SEP • Marchan tres religiosas chinas a Chutsi.
• 19/10 • Marcha Eusebio Martínez a Chutsi.
• OCT • Luz eléctrica corriente en la misión traída desde Chutsi.

1943

• 15/04 • Marchan las madres filipinas a Chutsi.
• 07/07 • Toma de hábito de José She, Pedro Ko, Agustín Yang, Pedro Tung, Felipe Liu, Francisco Chiao y Mauricio Ying.
• 08/07 • Profesión solemne de José Wang y Nicolás Shi.
• 08/11 • Marcha Ochoa a Pekín y Shanghái.
• 23/09 • Toma de hábito de Lucas Wang.

1944

- 08/07 • Profesión simple de siete novicios.
- 24/07 • Muere Venancio Martínez en Kweiteh.

1945

- 08/12 • Vuelve Ochoa de Shanghái.
- 31/12 • Fiesta en la misión por el fin de la guerra.

1946

- 04/02 • Marcha Eusebio Martínez a Shanghái.
- 04/02 • Marcha Ochoa a España, Roma y América.
- 11/04 • el Vicariato Apostólico de Kweiteh es constituido Diócesis.
- 12/04 • Órdenes menores en Suchowfu.
- 13/04 • Se ordena de subdiácono Fr. Nicolás Shi.
- 16/11 • Es nombrado superior regular Mariano Gazpio.
- 23/12 • Es ordenado diácono Nicolás Shi en Suchowfu.
- 17/12 • Lorenzo Peña, a Kweiteh.

1947

- 27/02 • Marcha Francisco Sanz a Shanghái.
- 08/04 • Marcha Joaquín Peña a Shanghái, enfermo.
- 18/04 • Marcha José Martínez a España.
- 22/05 • Vuelve el obispo con el vicario provincial, Leoncio Sierra.
- 01/06 • Lizarraga es nombrado maestro de profesos.
- 05/06 • Promulgación oficial de la erección del Vicariato en Diócesis.
- 29/06 • Llegan a Kweiteh desde España Julián Sáenz, Gregorio Li, Lucas Yuo y Alonso Bernal.
- 08/07 • Profesión solemne de José She, Pedro Ko, Agustín Yang, Pedro Tung, Felipe Liu, Francisco Chiao y Mauricio Ying.
- 12/07 • Marcha José Shan a Yucheng.
- 20/07 • Ochoa escribe su carta de dimisión al Papa.
- 24/09 • Profesión solemne de Lucas Wang y simple de Melecio Ho y Benito Suen.

• 30/09 • La misión de Siayi es quemada por los comunistas.
• 01/10 • Ugarte a Kweiteh como profesor de Melecio Ho y Benito Suen.
• 06/10 • Francisco Sanz vuelve de Shanghái a Kweiteh.
• 14/10 • Joaquín Peña marcha desde Shanghái a España.
• 11/12 • El Papa acepta la dimisión de monseñor Javier Ochoa.

1948

• 03/01 • Marcha el señor obispo a Shanghái.
• 30/01 • Cesa en el cargo monseñor Javier Ochoa.
• 07/02 • Es nombrado vicario capitular Arturo Quintanilla.
• 10/02 • Marcha Alonso Bernal a Filipinas y sor Ángeles a España.
• 03/03 • Gazpio, Arribas y Lizarraga van a Shanghái a la visita provincial.
• 03/03 • Monseñor Ochoa marcha a España por América.
• 08/03 • Visita provincial en Shanghái de Santos Bermejo y Diego Izurzu.
• 18/03 • Mariano Gazpio vuelve a Kweiteh desde Shanghái.
• 29/04 • Se ordenan de subdiáconos José She y Lucas Wang.
• 30/04 • Se ordenan en Suchowfu de diáconos José She y Lucas Wang.
• 02/05 • Marcha Francisco Sanz a Shanghái como procurador.
• 19/06 • Marcha Lucas Yuo a Chutsi.
• 29/06 • Ordenación sacerdotal de Nicolás Shi, José She y Lucas Wang.
• 30/06 • Cantamisa de los neosacerdotes.
• 12/08 • Guillermo Ugarte y la mitad de los coristas, a Shanghái.
• 16/08 • Lucas Yuo y del resto de hermanos coristas, a Shanghái.
• 18/08 • Vuelve el padre Arribas de Shanghái.
• 28/08 • Va el padre Lizarraga a Hong Kong con los coristas.
• 02/09 • Los coristas llegan a Rosary Hill, Dominicos en Hong Kong.
• 07/09 • Marchan a Shanghái Nicolás Shi, José She y Lucas Wang.
• 19/09 • Marchan a Hong Kong José She y Lucas Wang.
• 22/10 • Nicolás Shi vuelve a la misión para hacerse cargo de Chutsi.
• 06/11 • Ocupación comunista definitiva de Kweiteh.

1949

• 20/02 • Fiesta de las bodas de plata de la misión.
• 17/03 • Guillermo Ugarte va a Hong Kong como maestro de coristas.
• 09/06 • El Papa nombra a Arribas nuevo obispo de Kweiteh.

• 12/07 • Llega el nombramiento de obispo.
• 19/07 • Presenta su renuncia Luis Arribas.
• 11/10 • Luis Arribas toma posesión y reside en Yungcheng.
• 12/10 • Luis Arribas nombra a Arturo Quintanilla vicario general.
• 18/11 • Nombramiento de Arturo Quintanilla como obispo de Kweiteh.
• 17/12 • Llega el nombramiento oficial.
• 20/12 • Arturo Quintanilla toma posesión como obispo de Kweiteh.

1950

• 03/01 • Marcha Julián Sáenz a Shanghái.
• 07/01 • Arturo Quintanilla marcha a Shanghái.
• 29/01 • Consagración episcopal en Shanghái de Arturo Quintanilla.
• 24/02 • Entrada en Kweiteh del nuevo obispo, Arturo Quintanilla.
• 03/03 • Ordenación sacerdotal de José Wang, Pedro Kuo y Marcos She.
• 03/04 • Nicolás Shi regresa a Kweiteh.
• 23/04 • Aguirre encarcelado por primera vez en Ningling por dos días.
• 14/06 • Lucas Wang llega a Kweiteh desde Manila.
• 23/06 • Llegan a Kweiteh José Wang y José She desde Manila.
• 26/06 • Marcha Lucas Wang a Yucheng, y José She a Seliulou.
• 27/06 • Marcha José Wang a Chen-Ho (Tzao-Shien), Shandong.
• 18/07 • Marcos She y Pedro Kuo on enviados de Shanghái a Pekín.
• 0l/11 • Celebración privada de la definición de la Asunción de la Virgen.
• 06/12 • Traslado al patio de las religiosas indígenas.

1951

• 09/01 • Oficiales comunistas hacen registro oficial de los bienes.
• 05/03 • Prisión de José She en Checheng.
• 14/03 • José Wang es encarcelado en Tsingkutsi.
• 18/03 • Gregorio Li marcha a casa de su familia.
• 18/03 • Luis Aguirre es encarcelado en Ningling.
• 07/04 • Luis Aguirre sale de la cárcel.
• 18/04 • Prisión de Quintanilla y de Lorenzo Peña.
• 30/04 • Marchan a sus casas las religiosas chinas de Kweiteh.
• 12/05 • Sale de la cárcel José Wang.
• 02/06 • Sale de la cárcel José She después de tres meses.
• 02/06 • Aguirre “solicita salir” de China.

• 18/06 • Salen de la cárcel Quintanilla y Lorenzo Peña.
• 30/06 • Luis Arribas "solicita salir" de China.
• 07/07 • Luis Aguirre sale de China.
• 14/07 • Luis Aguirre llega a Hong Kong.
• 25/07 • Ordenación sacerdotal de Pedro Ko y Agustín Yang en España.
• 21/09 • "Piden salir" de China el obispo, Peña, Gazpio y Colomo.

1952

• 23/01 • Colomo y Gazpio salen de la misión para España.
• ABR • Arribas obtiene el permiso de salida.
• 31/05 • Ordenación sacerdotal de Pedro Tung, Felipe Liu, Mauricio Ying.
• 30/08 • Arturo Quintanilla y Lorenzo Peña salen de China. José Shan, vicario episcopal.
• 04/09 • Quintanilla y Lorenzo Peña llegan a Hong Kong.

1954

• JUL • Pedro Ko y Agustín Yang van a Filipinas.
• 06/08 • Muere Julián Sáenz en Shanghái de un infarto de miocardio.
• 15/08 • Ordenación sacerdotal de Melecio Ho y Benito Suen.

1955

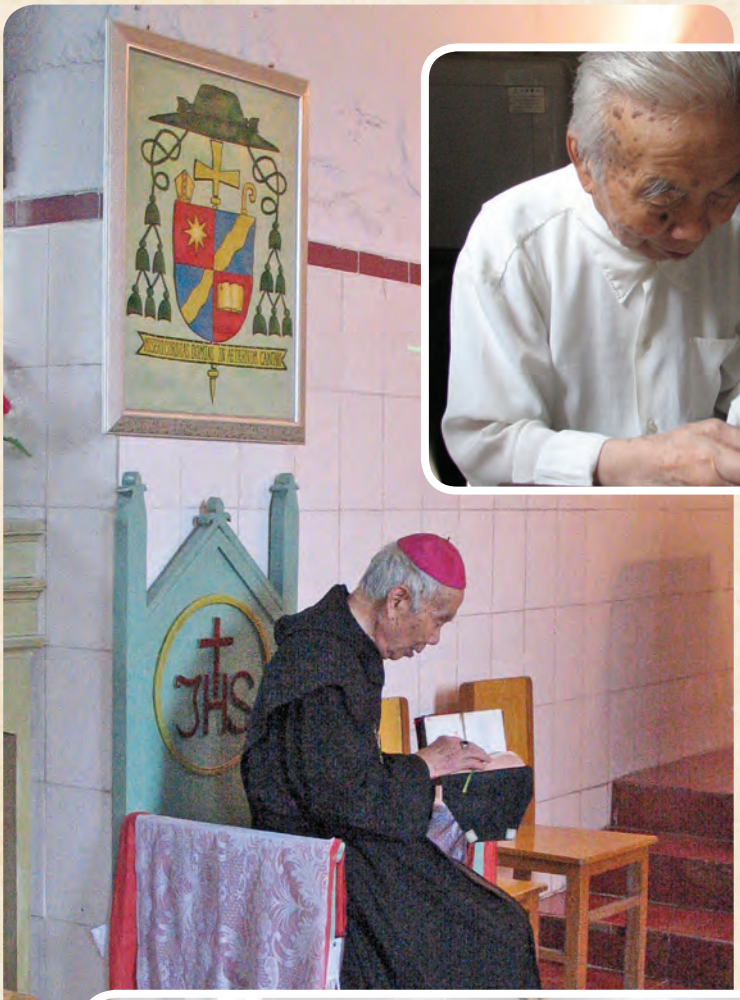
• 08/09 • Arresto de Pedro Kuo en Shanghái.
• SEP/OCT • Encarcelamiento de José Shan y José She.
• SEP/OCT • Nicolás Shi, vicario general.
• — • Arresto y encarcelamiento de Lucas Yuo.
• — • Arresto y encarcelamiento de Lucas Wang.

1958

• — • Encarcelamiento de Gregorio Li y condena a 15 años en Qinghai.
• — • Muere Lucas Yuo en las minas de Qinghai.
• — • Muere Pedro Kuo en las minas de Quinghai.
• — • Arresto y muerte del seminarista Agustín Cheng.
• — • Arresto y condena a siete años de trabajos del seminarista José Li.
• — • Arresto y condena de Nicolás Shi a tres años de trabajos forzados.

10.

Bibliografía



Monseñor Nicolás Shi, OAR.

Abajo, rodeado de parte de su legado: las comunidades de Agustinos Recoletos y Misioneras Agustinas Recoletas en Shangqiu.



10.1. Fuentes: Archivos, Boletín, Revista misional, Cartas y Diarios

ACUME, «Crónica de la Misión», *TM* 14 (1941), 152-154.

AGUIRRE, L., «Carta (16 febrero 1946) a los padres del padre Venancio Martínez», *TM* 16/174 (1946), 9-15.

—, «Carta (Manila, 1 agosto 1951) al prior provincial Santos Bermejo», (1951).

—, «Entre comunistas chinos», *TM* 21 (1948), 178-180.

—, «Fin trágico de la misión y ciudad de Siayi», *TM* 18 (1948), 4-6.

—, «Recuerdo fraternal y cariñoso del padre Venancio Martínez, misionero en China», *BPSN* 74 (1984), 13-41.

—, «Trágica situación de nuestros misioneros en China», *TM* 21 (1951), 71.

—, «Una visita a mis cristiandades», *TM* 20 (1950), 69-71.

—, «Yo estuve en la Cárcel», *TM* 20 (1950), 148-151.

—, «Yo estuve en una cárcel comunista.», *TM* 21 (1951), 162-166.

ALEGRÍA, M., «$400.00, o "A tí te lo digo, Juan, para que lo entiendas, Pedro".», *TM* 10 (1937), 236-240.

—, «Correspondencia Misionera», *TM* 3 (1930), 278-284.

—, «Datos sobre el Vicariato Apostólico de Kweitehfu, Honan, China», (1941), *AGOAR*, L, 7, 7.

—, «Los Agustinos Recoletos en China», *TM* 10 (1937), 109-114.

—, «Los primeros frutos», *TM* 9 (1936), 225-229.

—, «Más frutos», *TM* 10 (1937), 293-298.

—, «Notas de un diario. La noche de Navidad», *BPSN* 17 (1926), 512-515.

—, «Remachando El Clavo», *TM* 1/3 (1928), 6-10.

—, «Teresita», *TM* 9 (1936), 165-169.

—, «¡¡¡TODOS MISIONEROS!!!», *TM* 1/1 (1928), 5-8.

ARRIBAS, L., «Apuntes de un viaje al interior de China», *BPSN* 15 (1924), 177-185.

—, «Carta (20 octubre 1949) al padre general Feliciano Ocio», (1949), *AGOAR*, L, 7, 6.

—, «De nuestra misión de Kweiteh (China)», *TM* 16/172 (1946), 14-17.

—, «Desde China. Notas sueltas», *BPSN* 16 (1925), 20-29.

—, «Desde China. Nueve días de misión», *BPSN* 16 (1925), 148-158.

—, «Hablando con un médico misionero», *TM* 25 (1955), 10-15.

BENEDICTUS PP. XV, «Epistola Apostolica «Maximum Illud» de Fide Catholica per orbem terrarum propaganda», ASS 11 (1919), 440-455.

BERMEJO, S., «Carta (8 octubre 1946) al P. Feliciano de Ocio», (1946), *AGOAR*, L, 7, 7.

CAMINO, «Viva el Sagrado Corazón de Jesús!», *TM* 5 (1932), 13-15.

CAPÁNAGA, V., «San Agustín, el gran teólogo de las misiones», *BPSN* 21 (1930), 418-431.

—, «San Agustín, El Gran Teólogo De Las Misiones», *TM* 4 (1931), 37-43, 73-78, 215-219, 251-255, 287-291.

CELIS, B. DE, «Cómo murieron nuestros religiosos en Manila», *TM* 15/161 (1945), 11.

CHIA SIU TAO, (SOR ÁNGELES), «Carta a Sor Carmela (España)», *TM* 14 (1941), 276-278.

COLOMO, P., «Nuestro dispensario de Kweiteh», *TM* 5 (1932), 126-129.

COMISSO, G., «Vicariato Apostolico di Pechino (Hopei). Prot. 18/38. Delegatio Apostolica in Sinis.», (1938), APF, Fondo NS, Vol. 1394, Rub. 21/2, 347-348.

COSTANTINI, C., «Allocuzione del Legato Pontificio al Primo Concilio Plenario della Cina», (1924), ASV, Arch. Nunz. Cina, b. 82, fasc. 152, 363-366.

—, «Architettura sacra in Cina. Prot. 329/24 Delegatio Apostolica», (1924), APF, fondo NS, Vol. 805a, Rub. 21/2, 747-748.

—, «Architetura Sacra in China. Lettera (23 aprile 1923) ai PP. Walsh (Maryknoll) e Galvin (S. Columbano)», (1923), APF, fondo NS, Vol. 805a, Rub. 21/2, 213-219.

—, «Carta (30 abril 1923) al Cardenal Prefecto de Propaganda Fide», (1923), APF, fondo NS, Vol. 812, Rub. 27/4, 428-429.

—, «Carta (22 septiembre 1925) al P. Ochoa», (1925), ASV, Arch. Nunz. Cina, b. 29, fasc. 64, 38.

—, «Carta (18 abril 1927) a Mons. Tacconi», (1927), ASV, Arch. Nunz. Cina, b. 29, fasc. 63, 124.

—, «Condizioni attuali della China. Prot. 2013/1923», (1923), APF, fondo NS, Vol. 805a, Rub. 21/2, 571-580.

—, «Habla Mons. Costantini, Delegado Apostólico en China.», *TM* 4 (1931), 150-153.

—, «Informe (13 diciembre 1928) a la Propaganda Fide sobre los candidatos y la elección de Prefecto de Kweiteh», (1928), APF, fondo NS, Vol. 908, Rub. 27/10, 491-492.

—, «Informe (11 abril 1928) al Card. Van Rossum, Prefecto de la Propaganda Fide», (1928), APF, fondo NS, Vol. 907, Rub. 27/4, 400-401.

—, «La crisi delle missioni in China e l'opera delle missioni. Prot. 628/25 (20 noviembre 1925)», (1925), APF, Fondo NS, Vol. 805 b, Rub. 21/2, 646-651.

—, «Prot. 4084/1923 sobre el esquema del Sínodo general (4-11-1923)», (1923), ASV, Arch. Nunz. Cina, b. 73, fasc. 143, 265.

—, «Situazione politica della China. Le Missioni cattoliche. Prot. N. 171/27 del 21 maggio 1927. Delegatio Apostolica in Sinis», (1927), APF, Fondo NS, Vol. 900a, Rub. 21/2, 429-437.

—, «Visita del Deleg. Ap. alle Missioni della Valle del Fiume Azzurro. Prot. N. 626/27 Delegatio Apostolica in Sinis.», (1927), APF, Fondo NS, Vol. 900a, Rub. 21/2, 696-708.

DE LA CRUZ, S. E., «Buscando almas», *TM* 8 (1935), 83-85.

—, «El aguinaldo.», *TM* 8 (1935), 105-110.

—, «El ciego de Siutchuan», *TM* 8 (1935), 17-20.

—, «Flor de espino», *TM* 9 (1936), 217-220.

—, «Jesús llama a la puerta.....», *TM* 9 (1936), 147-149.

—, «La primera flor segada», *TM* 9 (1936), 110-113.
—, «Los hambrientos», *TM* 8 (1935), 54-55.
—, «Por vuestros sufrimientos. Por vuestras plegarias.», *TM* 9 (1936), 138-142.
CUEVA, T., «Carta (11 enero 1927) al P. Bernabé Pena», (1927), AM, 113, 4, 372-375.
—, «Carta (23 enero 1927) al P. Bernabé Pena», (1927), AM, 113, 4, 376-379.
—, «Carta (23 febrero 1927) al P. Bernabé Pena», (1927), AM, 113, 4, 380-382.
DELGADO, D., «Carta (Roma, 22 julio 1927) al Card. Van Rossum, Prefecto de la Propaganda Fide.», (1927), APF, fondo NS, Vol. 907, Rub. 27/4, 368-370.
D'ELIA, P. M., «The Promulgation of the Decrees of the First Plenary Council of the Catholic Church in China», (1929) ASV, Arch. Nunz. Cina, b. 82, fasc. 152, 363-366.
ELIZONDO, S., «Carta al Director de "Todos Misioneros"», *TM* 7 (1934), 201-204.
—, «Carta (12 julio 1934) al vicario provincial», AM, 113, 4, 338r-389r.
—, «Cartas al padre Javier Ochoa», *BPSN* 18 (1927), 95-101; 135-140.
—, «Correrías apostólicas», *BPSN* 17 (1926), 671-676; 691-696.
—, «Crónica de Huchiao», *TM* 3 (1930), 340-342.
—, «Ecos de China», *BPSN* 16 (1925), 87-88.
—, «El Brazo derecho del Misionero», *TM* 7 (1934), 139-143.
—, «El sacrificio», *TM* 5 (1932), 130-135.
—, «Haec Dies», *TM* 7 (1934), 181-185.
—, «Un poco de paciencia», *BPSN* 16 (1925), 228-231.
ENERTOL, «La Conquista del Cielo a Poca Costa», *TM* 1/1 (1928), 24-26.
FR. J.M DE J. O.F.M., «Las barbas del Misionero», *TM* 3 (1930), 272-277.
FUMASONI-BIONDI, P., «Instructio SCPF «Circa prudentiorem de rebus missionalibus tractandi rationem»», ASS 31 (1939), 269-270.
GAZPIO, M., «Carta (15/4/1925) al P. Javier Ochoa», *BPSN* 16 (1925), 231-236.
—, «Carta (Yucheng, 1/8/1930) al P. Mariano Alegría», *TM* 4 (1931), 34-35.
—, «Carta (Yucheng, 12/8/1930) al P. Mariano Alegría», *TM* 4 (1931), 72.
—, «Carta (Yucheng, 12 /7/1930) al P. Mariano Alegría», *TM* 3 (1930), 348-350.
—, «Carta (Yucheng, 30/7/1930) al P. Mariano Alegría», *TM* 3 (1930), 379-380.
—, «Carta (Yucheng, 20/11/1932) al P. Javier Ochoa», *TM* 6 (1933), 60.
—, «Carta (Chutsi, 14/9/1934) al director de TM», *TM* 7 (1934), 379-381.
—, «Carta (Yucheng, 15/9/1934) al P. Mariano Alegría», *TM* 7 (1934), 347-348.
—, «Carta (Kweitehfu, 1935) al director de TM», *TM* 8 (1935), 188-189
—, «Carta (Chutsi, 1/3/1935) al director de TM», *TM* 8 (1935), 156-158.
—, «Carta (Kweiteh, nov. 1935) al director de TM», *TM* 9 (1936), 24-26.
—, «Carta (Manila, nov. 1937) al director de TM», *TM* 10 (1937), 456-457.
—, «Carta (Chutsi, 15/1/1940) al director de TM», *TM* 14 (1941), 51-54.
—, «Carta (Chutsi, 24 feb.) al director de TM», *TM* 14 (1941), 131-133.

—, «Correspondencia misionera», *TM* 9 (1936), 254-256.

—, «Cronica de China», *BPSN* 16 (1925), 197-201.

—, «Fechas importantes de la Misión de los PP. Agustinos Recoletos en China», (1935), AM, 113, 2, 39r-39v.

Lacruz, A., «Avance consolador. Catequistas Agustinas de Cristo Rey.», *TM* 8 (1935), 228-231.

—, «Otro paso adelante.», *TM* 8 (1935), 236-240.

Larrondo, G., «Palabras del General presentando y dando la bienvenida a la revista «Todos Misioneros»», *TM* 1/1 (1928), 3.

Lebbe, V., «Memoria sullo stato dell'evangelizzazione in Cina, e sulla formazione del Clero indigeno», (1922), APF, fondo NS, Vol. 766, Rub. 130, 176-200.

Legarra, M., «El R. P. Fr. Venancio Martínez ORSA (Semblanza)», (1946), AM, 113, 4, 440-444.

Li, G., «El problema de la cristianización del arte indígena», *BPSN* 33 (1943), 67-69; 87-90; 109-111; 134-136; 155-157; 184-185.

Lizarraga, F., «Carta (Changkungtsi, 1934) al P. Mariano Alegría», *TM* 7 (1934), 368-369.

Lorente, L., «Apuros de un misionero en China», *BPSN* 17 (1926), 516-519.

—, «Desde China. Mis primeras impresiones», *BPSN* 17 (1926), 485-488; 509-512.

—, «El peligro amarillo», *BPSN* 20 (1929), 52-60; 97-100.

—, «El que no siembra...», *BPSN* 18 (1927), 141-149.

—, «La revolución china y nuestra misión en Kweitehfú», *BPSN* 19 (1928), 30-34; 58-67; 209-213; 252-256; 278-282; 357-360.

Lu, S., «Boda aristocrática en Kweitehfu», *TM* 8 (1935), 212-216.

Luz, «Visita Canónica provincial a nuestra Prefectura de Kweiteh», *TM* 6 (1933), 252-256.

Martínez, J., «Breve reseña histórica de Seliulou (Checheng-sien)», *TM* 19 (1949), 213-215; 255-256.

—, «Carta (Seliulou, 1 julio 1939) al P. Javier Ochoa», *TM* 12 (1939), 249-253.

Man-She (Venancio), «Nuestro P. Provincial en Kweiteh», *TM* 12 (1939), 47-50.

—, «Desde un cañaveral», *TM* 9 (1936), 272-275.

Martínez, V., «Bajo un crepúsculo», *BPSN* 49 (1959), 60-62.

—, «Carta (Yucheng, 11 enero 1940) al P. Javier Ochoa», *TM* 13 (1940), 44-46.

—, «Clero indígena», *TM* 10 (1937), 363-367.

—, «De la Misión de Yucheng», *TM* 12 (1939), 267-287.

—, «De la Santa Infancia. «Flores de barro»», *TM* 9 (1936), 134-137.

—, «¡Ha muerto Pao Erl!», *TM* 14 (1941), 84-86.

—, «Manos que salvan», *TM* 9 (1936), 77-80.

—, «Pequeña misionera.....», *TM* 9 (1936), 181-185.

—, «...Ya sois misioneros.», *TM* 9 (1936), 300-303.

Mediavilla, R., «Prot. N. 45/2008 de la Provincia de San Nicolás de Tolentino: Necrológica del P. Lucas Wang», (2008).

Munárriz, L., «Un día triunfal del S. Corazón de Jesús. Pidiendo lluvia.», *TM* 13 (1940), 172-176.

MUÑOZ, M., «Un Calurosos Llamamiento a Nuestros Lectores», *TM* 14 (1941), 60-62.

OCHOA, J., *Cartas de monseñor F. Javier Ochoa O.A.R. Misionero y Fundador*, Gobierno Central Misioneras Agustinas Recoletas, Leganés, Madrid 2000.

—, «Carta (5 febrero 1924) al padre Celestino Yoldi», *BPSN* 16 (1925), 278-281.

—, «Carta (2 octubre 1924) al P. Sádaba», AM, 113, 2, 140r-144v.

—, «Carta (4 febrero 1925) al padre Manuel Fernández», *BPSN* 16 (1925), 160-162.

—, «Carta (14 febrero 1927) al prior provincial Bernabé Peña», (1927), AM, 113, 4, 103-104.

—, «Carta (30 julio 1930) al prefecto de Propaganda Fide», (1930), APF, fondo NS, Vol. 1014, Rub. 27/10, 244-245.

—, «Carta (15 agosto 1934) al vicario provincial P. Ruperto de Blas», (1934), AM, 113, 3, 127r-130r.

—, «Carta (18 noviembre 1934) a la S. C. Propaganda Fide», (1934), APF, fondo NS, Vol. 1272, Rub. 27/10, 4-8.

—, «Carta (6 noviembre 1935) al delegado apostólico Mons. Zanin», (1935), ASV, Arch. Del. Ap. in Cina, Fondo Zanin, b. 186, 73-75.

—, «Carta (19 noviembre 1935) al P. Arribas», (1935), AM, 113, 4, 120.

—, «Carta (12 diciembre 1935) a Mons. Mario Zanin.», (1935), ASV, Arch. Del. Ap. in Cina, Fondo Zanin, b. 186, 81-83.

—, «Carta (17 septiembre 1936) a Celso Costantini, secretario de la S. C. Propaganda Fide», (1936), APF, fondo NS, Vol. 1272, Rub. 27/10, 223-226.

—, «Carta (25 junio 1937) a D. Alfredo Bruniera, secretario del delegado apostólico», (1937), ASV, Arch. Del. Ap. in Cina, Fondo Zanin, b. 186, 130-131.

—, «Carta Pastoral (25 marzo 1935)», (1935), APF, fondo NS, Vol. 1272, Rub. 27/10, 37-46.

—, «Cartas de China», *BPSN* 15 (1924), 280-289.

—, «Desde China. Viajes por el interior de China», *BPSN* 18 (1927), 50-58; 89-92; 132-134.

—, «Ecos de China», *BPSN* 15 (1924), 255-264.

—, «Informe (5 agosto 1931) al P. Prefecto de Propaganda Fide», (1931), APF, fondo NS, Vol. 1014, Rub. 27/10, 257.

—, «Prospectus Status Missionis Kweiteh 1933-1938», (1933-1938), APF, fondo NS, Vol. 1142. 1272. 1403, Rub. 27/10.

—, «Prospectus Status Missionis Kweiteh 1937. 1939-1941», (1937. 1939-1941), *AGOAR*, L, 7, 5.

—, «Responsio ad epistolam Sacrae Congregationis de Propaganda Fide Circa Relationem singulis quinquennis eidem S. C. exhibendam», (1930), APF, fondo NS, Vol. 1014, Rub. 27/10, 196-229.

—, «Responsio ad epistolam Sacrae Congregationis de Propaganda Fide Circa Relationem singulis quinquennis eidem S. C. exhibendam», (1935), APF, fondo NS, Vol. 1272, Rub. 27/10, 162-205.

—, «Status Missionis 1926», (1926), *AGOAR*, L, 7, 7.

PEÑA, J., «En torno a la Encíclica «Rerum Ecclesiae» sobre las Misiones», *TM* 2/9 (1929), 77-83.

—, «En torno a la Encíclica «Rerum Ecclesiae» sobre las Misiones», *TM* 2/5 (1929), 4-9.

—, «En torno a la Encíclica «Rerum Ecclesiae» sobre las Misiones», *TM* 2/4 (1929), 17-23.

—, «En torno a la Encíclica «Rerum Ecclesiae» sobre las Misiones», *TM* 2/6 (1929), 4-8.

—, «Las esperanzas de nuestra Misión», *TM* 7 (1934), 76-78.

Peña, L., «Nuestro seminario menor», *TM* 5 (1932), 23-27.

Peña, L. - Elizondo, S., «Cartas al padre Javier Ochoa», *BPSN* 17 (1926), 712-714; 732-738.

Pius XI, «Litterae Encyclicae «Rerum Ecclesiae» de sacris missionibus provehendis», ASS 18 (1926), 65-83.

—, «Nostrae mentis oculos (Costitución apostólica elevando a vicariato la prefectura de Kweiteh)», ASS 29 (1937), 426-427.

Quintanilla, A., «Bandolerismo», *TM* 4 (1931), 111-115.

—, «Carta (Kweiteh, 6 enero 1933) al director de TM», *TM* 6 (1933), 118-121.

—, «Carta (Huchiao, 2 noviembre 1934) al P. Javier Ochoa», *TM* 8 (1935), 27-28.

—, «Carta (Kwotsuentsi, 20 febrero 1947) al P. Provincial Santos Bermejo», (1947), AM, 163, 1

—, «Carta (Huchiao, 27 mayo 1939) al P. Javier Ochoa», *TM* 12 (1939), 219-220.

—, «Carta (Huchiao, 11 marzo 1940) al P. Javier Ochoa», *TM* 13 (1940), 92-94.

—, «Carta (8 septiembre 1951) a Fco. Lizarraga», *TM* 21 (1951), 266-268.

—, «Carta (8 septiembre 1951) a Fco. Lizarraga», *TM* 22 (1952), 22-23;39-40; 62-63; 88-89; 112-113.

—, «Cómo vivimos. De nuestra Misión de Kweitehfu», *TM* 20 (1950), 289-291.

—, «Copia de una carta del P. Arturo Quintanilla, misionero de nuestra misión de Kweiteh», *TM* 19 (1949), 69-70.

—, «Crónica de Kweitehfu», *TM* 8 (1935), 358-361.

—, «Crónica de Kweitehfu», *TM* 4 (1931), 79-81.

—, «Crónica de Kweitehfu. Cursos misionales 1943-44; 1944-45; 1945-46», *TM* 16/177 (1946), 12-14.

—, «Del Vicariato Apostólico de Kweitehfu. Años 1942; 1942-43», *TM* 17 (1947), 41-42; 89-90; 114-115.

—, «Ecos de Kweitehfu», *TM* 10 (1937), 280-282.

—, «Ecos de nuestra misión de Kweiteh», *TM* 11 (1938), 298-299.

—, «Escuela de Catequistas», *TM* 10 (1937), 375-378.

—, «Escuelas en China», *TM* 18 (1948), 166-168.

—, «Importancia y gravedad del problema de las Misiones», *TM* 6 (1933), 142-144.

—, «Informe sobre la Diócesis de Kweiteh (Hoy bajo el poder de los comunistas)».

—, «Nuevo obispo de Kweiteh (Honan - China)», *TM* 20 (1950), 9-11.

—, «Página misionera», *TM* 11 (1938), 17-20.

—, «Primera Visita Pastoral en nuestra Prefectura Apostólica de Kweitehfu», *TM* 2 (1929), 7, 61-66; 9, 100-105; 10, 133-138; 11, 166-171; 12, 195-200.

R., A., «Interview con un misionero expulsado de China», *TM* 26 (1956), 128-131.

ROSSUM, C. VAN, «Istruzioni per le presente circostanze. Minuta del Prot. 1348/1927 (11 aprile 1927) della Propaganda Fide a Mons. Celso Costantini.», (1927), APF, Fondo NS, Vol. 900a, Rub. 21/2, 58-59.

RUIZ, P., «Anhelos», *TM* 8 (1935), 296-300; 328-332; 366-369.

—, «Hechos consoladores», *BPSN* 27 (1936), 25-32.

—, «Por los campos misionales. Visita Pastoral del Revmo. P. Prefecto Ap.», *TM* 9 (1936), 27-31.

S. A. DE J., «Por una buena muerte...», *TM* 14 (1941), 181-182.

SÁENZ, J., «La fiesta de Navidad», *BPSN* 16 (1925), 158-160.

SAMANES, J., «Casos y cosas de China», *TM* 8 (1935), 6-9; 38-45.

—, «Estampas misioneras», *TM* 8 (1935), 208-211; 324-327; 362-365.

—, «Estampas misioneras», *TM* 9 (1936), 177-180.

—, «Estampas misioneras», *TM* 10 (1937), 223-227.

—, «Estampa misional», *TM* 10 (1937), 414-416.

—, «Estampas Misioneras. «Ellas».», *TM* 7 (1934), 233-234.

—, «Estampas misioneras. «Instaurare omnia in Christo»», *TM* 7 (1934), 281-284.

—, «Estampas misioneras. Tipos y paisajes», *TM* 8 (1935), 80-82.

SANZ, F., «Actualidad y pasado de nuestra misión de China», *BPSN* 72 (1982), 61-85.

—, «Actualidad y pasado de nuestra misión de China», *BPSN* 72 (1982), 61-85.

—, «Excmo. señor A. Quintanilla. Obispo de Kweiteh. Misionero», *TM* 20 (1950), 194-197.

—, «In memoriam. Reverendo padre fray Julián Sáenz», *BPSN* 44 (1954), 271-274.

—, «Víctima del Amor Misericordioso», *TM* 17 (1947), 172-174.

SHI, N., «Historial reseña sobre la Diócesis de Shangqiu (Kweiteh)», (1991), *AGOAR*, L, 9, 4.

SIERRA, L., «Copia de una carta (16 septiembre 1946) al P. Santos», (1946), *AGOAR*, L, 7, 7.

SOLABRE, J., «Carta al director de TM», *TM* 13 (1940), 95-98.

—, «Los agustinos recoletos en China», *Mayéutica* 11 (1985), 97-102.

SOR ÁNGELES, «Carta (12 julio 1946) al P. Miguel Muñoz», (1946), AM, 113, 4, 438-439.

—, «Carta (28 mayo 1941) a Sor Carmela (España)», *TM* 14 (1941), 216-217.

TACCONI, G., «Carta (23 abril 1923) al prefecto de Propaganda Fide», (1923), APF, fondo NS, Vol. 812, Rub. 27/4, 430-431.

TAHUTSE, «Aspectos de la vida misional en China», *TM* 4 (1931), 375-379; 402-407.

—, «Crónica de la Misión», *TM* 9 (1936), 126-128.

—, «Crónica de la Misión», *TM* 9 (1936), 158-159.

—, «Crónica de la Misión», *TM* 9 (1936), 250-253.

—, «Crónica de la Misión», *TM* 9 (1936), 342-345.

—, «Crónica de la Misión», *TM* 10 (1937), 255-259.

—, «Crónica de la Misión», *TM* 11 (1938), 31-34.

—, «Crónica de la Misión», *TM* 13 (1940), 162-165.

—, «Crónica de la Misión», *TM* 13 (1940), 272-276.

—, «Ecos de nuestra misión de Kweiteh», *TM* 11 (1938), 74-76.

—, «Ecos de nuestra Misión de Kweiteh», *TM* 12 (1939), 169-174.

—, «Ecos de nuestra Misión de Kweiteh», *TM* 12 (1939), 325-328.

Tellechea, «Por los cuerpos a las almas. Notas del Dispensario de Kweitehfu», *TM* 14 (1941), 21-23.

Ugarte, G., «Ecos de la Misión. Visita Pastoral del Revmo. P. Prefecto Apostólico», *TM* 6 (1933), 249-251; 312-314; 343-346.

—, «Perfiles de la vida religiosa en la China pagana.», *TM* 8 (1935), 56-58; 86-88.

—, «Tres oraciones», *TM* 13 (1940), 104-106; 148-149.

Una misionera de la Santa Infancia, «De nuestra Santa Infancia», *TM* 9 (1936), 336-340.

Una religiosa, «Espinas en el camino», *TM* 14 (1941), 5-7.

—, «Isabelita», *TM* 14 (1941), 143-145.

—, «Por los cuerpos a las almas», *TM* 13 (1940), 76-79.

—, «Por los cuerpos a las almas», *TM* 13 (1940), 217-219.

—, «También un bonzo», *TM* 14 (1941), 33-35.

—, «Un rayo de luz en la tragedia», *TM* 14 (1941), 127-130.

Wang, J., «Visión retrospectiva de los 50 años del sacerdocio», (2000), *AGOAR*, L, 9, 4.

X (Venancio), «Poemas Misionales», *TM* 11 (1938), 92-95.

Yoldi, C., «Carta (22 junio 1924) a Paco (Sádaba)», *AGOAR*, L, 7, 3.

Yuo, L., «Desde allí lejos», *TM* 20 (1950), 198.

Zanin, M., «Carta (Hankow, 4 enero 1938) al Card. Fumasoni Biondi.», (1938), APF, Fondo NS, Vol. 1394, Rub. 21/2, 244-245.

—, «Carta (15 febrero 1937) al Card. Pietro Fumasoni-Biondi prefetto di Propaganda Fide in risposta al Prot. N. 4318/36», (1937), APF, fondo NS, Vol. 1272, Rub. 27/10, 263-269; 275-282.

—, «Le Missioni Cattoliche e la guerra in Cina. Rapporto di gennaio 1938. Delegatio Apostolica in Sinis.», (1938), APF, Fondo NS, Vol. 1394, Rub. 21/2, 508-536.

—, «Relazione sul comunismo e sulla situazione generale della Cina. Prot. N. 561/36. Delegatio Apostolica in Sinis.», (1936), APF, Fondo NS, Vol. 1259, Rub. 21/2, 217-288.

—, «Statistica dei frutti spirituali delle Missioni Cattoliche della Cina per l'esercizio 1933-34. Prot. N. 841/34. Delegatio Apostolica in Sinis.», (1934), APF, Fondo NS, Vol. 1258, Rub. 21/2, 795-832.

Zunzarren, P., «Desde China», *BPSN* 15 (1924), 247-254.

—, «Desde China. Impresiones», *BPSN* 15 (1924), 320-324.

—, «El Reverendísimo padre Prior general de la Orden de Agustinos Recoletos Visita la Misión de Kweiteh, Provincia de Honan», *TM* 7 (1934), 57-60.

—, «Fecundidad del Protestantismo», *TM* 1/2 (1928), 11-13.

«Aprendiendo a hablar», *TM* 11 (1938), 225-228.

«Consejo de la misión, Acta de la reunión (Kweiteh, 9 julio 1943) sobre la aceptación de la renuncia a monseñor Ochoa, presentada al delegado apostólico Mario Zanin», [1943], AM, 163, 1.

«Crónica de China», *BPSN* 39 (1949), 16-19.

«De nuestra Misión en China», *TM* 20 (1950), 83-84.

«¡Escuelas, muchas escuelas!», *TM* 12 (1939), 161-163.

10.2. Libros y artículos

Bays, D. H., *A new history of Christianity in China*, Global Christianity series, Wiley-Blackwell, Malden (Mass) 2012.

Bevans, S. B., *Constants in context: a theology of mission for today*, American Society of Missiology series 030, Orbis Books, Maryknoll (N.Y.) 2004.

Bortone, F., *La stella azzurra di Ciang Caiscek: l'apostolato dei gesuiti italiani nella Cina Centrale (1922-1949)*, Collana sulla Cina 004, Abbazia di Casamari, Casamari (FR) 1981.

Carminati, C., *Compendio di missiologia: corso di conferenze missionarie*, Unione Missionaria del Clero in Italia, Bergamo 1928[2].

Charbonnier, J.-P., «L'attività della Società delle Missioni Estere di Parigi», en *Chiesa Cattolica e mondo cinese. Tra colonialismo ed evangelizzazione (1840-1911)*, Urbaniana University Press, Roma 2005, 121-140.

Collotti Pischel, E., *Storia della rivoluzione cinese*, Il Milione, Editori Riuniti, Roma 2008[2].

García Ribero, S. M. A., *Una misionera agustina recoleta en China. Diario de Madre Ángeles*, Curia MAR, Madrid 1984.

Giunipero, E., *Chiesa cattolica e Cina comunista: dalla rivoluzione del 1949 al Concilio Vaticano II*, Storia 020, Morcelliana, Brescia 2007.

Ko, P., «Misión y misioneros de China continental», (1980), *AGOAR*, L, 9, 4.

La Bella, G., «Pio X», en *Chiesa Cattolica e mondo cinese. Tra colonialismo ed evangelizzazione (1840-1911)*, Urbaniana University Press, Roma 2005, 49-66.

Lizarraga, J. J., «La procuración de Shanghai (1906-1919)», en *El padre Enrique Pérez, último vicario y primer Prior general de la Orden de Agustinos Recoletos (1908-1914)*, Institutum Historicum Augustinianorum Recollectorum, Roma 1990, 491-532.

——, *Un camino de fidelidad. Fray Mariano Gazpio, agustino recoleto*, Provincial San Nicolás de Tolentino, Madrid 2017.

Manna, P., «Osservazioni sul metodo moderno di evangelizzazione», en *Le missioni cattoliche in Cina tra le due guerre mondiali. Osservazioni sul metodo moderno di evangelizzazione de p. Paolo Manna*, EMI, Città di Castello 1998.

MELIS, G., «La Chiesa in Cina», en J. METZLER (ed.), *Dalle missioni alle Chiese locali (1846-1965)*, Storia della Chiesa 24, San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 1995[3].

METZLER, J. (ed.), *Sacrae Congregationis de propaganda fide memoria rerum: 350 anni a servizio delle missioni: 1622-1972*, III- 2, Herder, Rom; Freiburg im Breisgau; Wien 1971.

OMP, *La Iglesia Misionera. Textos del Magisterio Pontificio*, Normal 678, BAC, Madrid 2008.

PABLO VI, «Discorso agli archivisti ecclesiastici», (1963), http://www.vatican.va/holy_father/paul_vi/speeches/1963/documents/hf_p-vi_spe_19630926_ archivisti-ecclesiastici_it.html.

PALACIOS, L. - RAMÍREZ, R., *China. Historia, pensamiento, arte y cultura.*, Almuzara 2011.

PANEDAS GALINDO, J. I., «Los agustinos recoletos en China», *Recollectio* XVII (1994), 211-298.

PIGHIN, B. F., «Le imprese di Celso Costantini in Cina: decolonizzazione religiosa, plantatio Ecclesiae e inculturazione cristiana», en B. F. PIGHIN (ed.), *Chiesa e stato in Cina. Dalle imprese di Costantini alle svolte attuali*, Marcianum Press, Venezia 2010, 21-42.

SANTA TERESITA, *Historia de un alma*, Monte Carmelo, Burgos 2003.

SOETENS, C., «La Svolta della Maximum Illud», en A. GIOVAGNOLI (ed.), *Roma e Pechino: la svolta extraeuropea di Benedetto XV*, D-10d-019, Religione e società 33, Studium, Roma 1999, 69-90.

——, *L'Eglise Catholique en Chine au XX siècle*, VI, L'Historie dans l'actualité, Beauchesne, Paris 1997.

TRINCHESE, S., «Fonti relative a Propaganda fide durante i pontificati di Leone XII, Pio VIII e Gregorio XVI (1823-1846)», *Mélanges de l'Ecole française de Rome, Italie et Méditerranée.* 110/2, 569-580.

YOUNG, E. P., *Ecclesiatical Colony. China's Catholic Church and the French Religious Protectorate*, Oxford University Press, New York 2013

11.

Índice de nombres y lugares



Arriba, Nicolás Shi en el complejo de la misión en torno a 1990. Abajo, situación del convento de las monjas, a la izquierda, y de la casa de los religiosos y la catedral, a la derecha, a finales del siglo XX.





11.1 PERSONAS

Aguirre, Luis, 11, 271, 283, 301, 302, 304, 305, 307, 318, 319, 320, 321, 323, 324, 415, 510, 513, 514, 517
Alegría, Mariano, 10, 82, 83, 102, 107, 109, 111, 121, 122, 125, 128, 129, 130, 136, 149, 153, 166, 167, 168, 171, 172, 177, 181, 182, 183, 185, 191, 202, 203, 207, 225, 226, 227, 228, 235, 239, 241, 243, 255, 256, 257, 263, 266, 269, 270, 271, 272, 273, 288, 289, 355, 357, 358, 360, 362, 369, 377, 383, 385, 387, 394, 395, 405, 441, 467, 469, 475, 492, 503, 504, 505, 507, 508, 509, 510, 517, 519, 520, 523
Arribas, Luis, 10, 12, 79, 102, 108, 122, 124, 125, 143, 166, 171, 260, 280, 293, 294, 295, 302, 307, 326, 357, 360, 503, 505, 506, 508, 512, 513, 514, 517, 521
Ayerbe, Esperanza, 10, 186
Beasiain, Isidro, 508, 510
Benedicto XV, 54, 55, 59, 66
Benedicto XVI, 9
Bermejo, Santos, 289, 324, 512, 517, 522
Bruniera, Alfredo, 432, 521
Calza, Luis, 145, 153, 225
Caneda, Dolores, 186
Capánaga, Victorino, 429, 430, 432, 433, 518
Cattaneo, Mario, 92, 111, 121, 122, 132, 366, 503
Chiao, 308, 510, 511
Colomo, Pedro, 196, 239, 303, 304, 306, 326, 356, 357, 369, 401, 506, 509, 514, 518
Comisso, 367, 518
Costantini, Celso, 9, 43, 44, 59, 60, 61, 75, 76, 116, 124, 137, 140, 141, 148, 150, 153, 155, 156, 158, 166, 167, 176, 180, 183, 184, 199, 215, 224, 225, 294, 295, 367, 369, 370, 371, 372, 504, 505, 518, 521, 523, 526
Cueva, Tomás, 103, 145, 519
Dedicación, Pedro de la, 221
Delgado, Daniel, 154, 157, 221, 372, 519
Echauz, Manuel, 103, 125, 133, 191, 503, 505, 507
Elizondo, Sabino, 12, 13, 102, 103, 111, 122, 125, 134, 143, 152, 153, 166, 167, 191, 205, 206, 207, 226, 360, 361, 476, 503, 504, 505, 506, 507, 519, 522
Fernández, Jesús, 118, 188, 200, 209, 507, 521
García, Ángeles, 186, 187
García, Ribero, 525
Gazpio, Mariano, 10, 12, 15, 102, 107, 108, 112, 113, 114, 122, 125, 129, 130, 165, 169, 185, 193, 207, 209, 225, 226, 227, 236, 244, 270, 279, 289, 290, 292, 307, 324, 326, 369, 383, 384, 385, 386, 455, 467, 468, 469, 470, 503, 505, 507, 508, 509, 510, 511, 512, 514, 519, 525
Ho, Melecio, 308, 511, 512, 513, 514
Izurzu, Diego, 512
Kaishek, Chiang, 42, 138, 140, 141, 142, 161, 162, 163, 214, 230, 231, 232, 233, 234, 297, 298, 299
Ko, Pedro, 308, 336, 510, 511, 514, 525
Kuo, Pedro, 307, 308, 332, 335, 336, 339, 510, 513, 514
Larrondo, Gerardo, 104, 143, 170, 172, 174, 179, 441, 520
Lebbe, Vicente, 15, 46, 47, 48, 50, 51, 52, 53, 54, 66, 520
Legarra, Martín, 284, 285, 520
Li, Gregorio, 195, 209, 213, 271, 306, 331, 507, 508, 510, 511, 513, 514, 520
Li, José, 339, 514
Liu, Felipe, 308, 312, 510, 511, 514
Lizarraga, Francisco, 194, 239, 294, 307, 325, 369, 471, 472, 475, 506, 511, 512, 520, 522, 525

Lizarraga, José Javier, 15, 72, 73
López, Miguel, 507
Lorente, Luis, 13, 85, 87, 89, 90, 103, 104, 125, 133, 142, 150, 152, 166, 465, 466, 503, 504, 505, 520
Manna, Pablo, 15, 32, 525
Martínez Cuesta, Ángel, 3, 15
Martínez, Eusebio, 103, 125, 503, 505, 506, 507, 509, 510, 511
Martínez, José, 130, 148, 198, 199, 201, 259, 293, 503, 504, 505, 506, 507, 511, 520
Martínez, Venancio, 10, 12, 85, 86, 87, 89, 91, 103, 191, 194, 256, 259, 281, 282, 283, 284, 285, 290, 369, 388, 389, 407, 408, 409, 410, 420, 421, 424, 426, 436, 437, 456, 477, 495, 496, 508, 509, 511, 517, 520, 524
Mendoza, Carmela, 187
Ochoa, Javier, 5, 11, 13, 74, 76, 77, 78, 92, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 108, 115, 116, 117, 118, 121, 122, 124, 125, 128, 130, 131, 132, 135, 137, 138, 143, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 152, 153, 154, 155, 165, 166, 167, 168, 170, 171, 173, 174, 175, 176, 179, 181, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 191, 193, 196, 199, 200, 202, 203, 204, 212, 216, 221, 223, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 239, 240, 244, 256, 257, 258, 265, 270, 271, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 365, 366, 370, 371, 372, 386, 391, 392, 393, 401, 404, 414, 415, 416, 417, 418, 419, 432, 433, 448, 466, 503, 504, 505, 506, 508, 510, 511, 512, 518, 519, 520, 521, 522, 525
Osés, Alejandro, 507
Pena, Bernabé, 101, 125, 131, 145, 151, 170, 171, 465, 503, 519
Peña, 133, 138, 177, 429, 509, 514
Peña, Ángel, 166, 505
Peña, Bernabé, 521
Peña, Joaquín, 10, 111, 166, 173, 193, 225, 226, 239, 288, 289, 290, 293, 369, 384, 436, 505, 506, 508, 509, 511, 512, 521
Peña, Lorenzo, 103, 125, 324, 326, 328, 503, 509, 511, 513, 514, 522
Peña. Ángel, 505
Pérez, Enrique, 72, 73, 525
Pérez, Pedro, 101
Pío X, 59, 65, 66, 73, 165, 176, 224, 285, 292, 317, 435, 505, 506
Pío XI, 9, 59, 65, 66, 165, 176, 224, 285, 292, 317, 435, 505, 506
Pío XII, 285, 292, 317
Quintanilla, 9, 88, 123, 166, 168, 207, 241, 259, 270, 278, 279, 288, 289, 290, 293, 294, 295, 324, 325, 326, 328, 331, 332, 505, 506, 508, 510, 512, 513, 514, 522, 523
Quintanilla, Arturo, 85, 86, 88, 107, 112, 123, 181, 243, 260, 278, 281, 289, 303, 306, 325, 380, 389, 435, 438, 439, 440, 486
Reta, Leoncio, 191, 240, 506, 508, 510
Riberi, Antonio, 285, 294, 295, 317
Ruiz, L, 72
Ruiz, Carmela, 186
Ruiz, Pedro, 121, 182, 191, 436, 507, 508, 523
Sádaba, Francisco, 97, 98, 99, 100, 102, 132, 503, 521, 524
Sáenz, Julián, 103, 108, 125, 229, 256, 270, 306, 326, 503, 504, 509, 510, 511, 513, 514, 523
Sáiz, Matías, 179, 186, 191, 369, 506
Salgado, Cecilia, 187
Samanes, Jesús, 187, 191, 369, 389, 399, 467, 507, 509, 523
Sanz, Francisco, 191, 260, 293, 307, 326, 327, 329, 336, 339, 507, 511, 512, 523
Shan, José, 192, 195, 209, 213, 265, 306, 326, 328, 329, 345, 507, 508, 509, 511, 514
She, 425, 438, 473

She, José, 306, 308, 331, 332, 510, 511, 512, 513, 514
She, Marcos, 336, 510, 513
Shi, 195, 265, 266, 306, 341, 342, 345, 346, 415, 455, 460, 461, 509, 510, 511, 512, 513, 514, 523
Shi, Nicolás, 195, 320, 327, 342, 346, 415, 460
Sierra, Leoncio, 209, 271, 507, 510, 511, 523
Simonena, Marcelino, 74
Solabre, Jesús, 71, 271, 510, 523
Suen, Benito, 308, 508, 511, 512, 514
Sun Yatsen, 37, 39, 42, 43, 138, 162
Tacconi, José, 74, 75, 76, 92, 97, 98, 99, 112, 115, 116, 123, 124, 130, 132, 145, 149, 150, 152, 153, 165, 167, 199, 200, 221, 225, 229, 366, 503, 504, 518, 523
Tung, Pedro, 308, 510, 511, 514
Ugarte, Guillermo, 106, 187, 191, 229, 294, 307, 475, 482, 483, 507, 512, 524
Val, Merry del, 73
Wang, José, 265, 266, 332, 340, 341, 342, 415, 455, 509, 510, 513, 524
Wang, Lucas, 306, 308, 332, 339, 510, 511, 512, 513, 514, 520
Yang, Agustín, 308, 510, 511, 514
Ying, Mauricio, 308, 510, 511, 514
Yoldi, Celestino, 74, 97, 99, 100, 101, 104, 115, 117, 118, 124, 131, 132, 521, 524
Yuo, Lucas, 106, 107, 195, 209, 213, 271, 306, 307, 329, 330, 331, 336, 507, 508, 510, 511, 512, 514, 524
Zanin, Mario, 214, 215, 216, 222, 225, 226, 228, 229, 247, 251, 252, 416, 417, 432, 507, 521, 524, 525
Zedong, Mao, 232, 297, 299, 308
Zunzarren, Pedro, 81, 102, 103, 122, 175, 503, 524

11.2. LUGARES

Anhui, 76
Anhwei, 76, 280
Changkung, 505, 509
Changkungtsi, 169, 182, 184, 216, 239, 302, 385, 471, 475, 509, 520
Checheng, 80, 91, 125, 130, 198, 199, 200, 201, 221, 222, 224, 264, 504, 507, 513, 520
Chengchow, 145, 153
Chengliku, 121, 122, 135, 169, 193, 503
Chili, 76
Chongqing, 234, 277, 297, 299
Chutsi, 112, 129, 184, 205, 216, 236, 244, 325, 327, 328, 330, 339, 340, 345, 503, 504, 506, 507, 508, 509, 510, 512, 519
Hebei, 34, 76, 231, 299
Henan, 76, 139, 234, 241, 298, 448, 451
Honan, 75, 76, 82, 84, 112, 121, 145, 210, 221, 230, 336, 517, 522, 524
Hong Kong, 23, 24, 25, 103, 307, 308, 317, 324, 330, 331, 369, 512, 514
Huchiao, 169, 184, 216, 241, 259, 302, 318, 319, 325, 505, 506, 519, 522
Hunan, 72, 74, 157
Jiangsu, 76
Kaifeng, 74, 91, 97, 98, 99, 115, 124, 145, 152, 153, 155, 158, 165, 176, 192, 199, 224, 230, 234, 242, 255, 256, 280, 291, 307, 331, 391, 504
Kaocheng, 80, 91, 198, 199, 200, 222, 224, 506
Kiangsu, 76
Kuowa, 169, 505, 506
Kweiteh, 9, 13, 15, 19, 20, 69, 71, 74, 76, 79, 80, 81, 82, 86, 91, 92, 96, 97, 98, 100, 102, 103, 104, 107, 108, 112, 113, 115, 122, 124, 125, 128, 130, 132, 135, 142, 143, 146, 151, 152, 153, 154, 156, 165, 166, 168, 169, 171, 177, 179, 180, 181, 184, 185, 187,188, 193, 195, 196, 197, 198,

199, 200, 205, 209, 210, 212, 215, 216, 221, 223, 224, 225, 226, 235, 236, 239, 241, 243, 244, 255, 256, 257, 258, 260, 263, 265, 271, 272, 279, 280, 282, 287, 288, 291, 293, 294, 295, 302, 303, 305, 318, 324, 327, 328, 331, 332, 340, 342, 352, 360, 369, 370, 372, 389, 395, 406, 408, 413, 415, 417, 449, 460, 497, 503, 504, 505, 506, 507, 508, 509, 510, 511, 512, 513, 517, 518, 519, 520, 521, 522, 523, 524, 525
Kweitehfu, 81, 88, 121, 130, 146, 149, 167, 181, 183, 196, 197, 216, 223, 229, 260, 266, 269, 278, 281, 306, 380, 387, 414, 435, 517, 519, 520, 522, 524
Kwotsuentsi, 169, 184, 282, 289, 522
Luyi, 91, 92, 130
Nankín, 23, 37, 103, 140, 141, 142, 156, 158, 163, 181, 231, 234, 248, 285, 299
Ningling, 80, 91, 121, 122, 125, 133, 135, 169, 182, 184, 200, 216, 224, 242, 264, 319, 324, 385, 475, 482, 503, 505, 513
Palawan, 74
Palichoang, 106, 121, 122, 135, 169, 184, 198, 216, 324, 503, 504, 506, 507
Pekín, 24, 25, 27, 30, 34, 37, 38, 39, 41, 43, 46, 47, 99, 141, 142, 149, 153, 163, 216, 231, 233, 234, 244, 248, 256, 285, 299, 307, 308, 332, 335, 336, 367, 368, 370, 504, 509, 510, 513
Roma, 3, 5, 15, 26, 32, 34, 48, 55, 60, 61, 66, 72, 124, 153, 179, 191, 209, 221, 292, 294, 295, 306, 329, 330, 505, 508, 510, 511, 519, 525, 526
Shandong, 38, 41, 76, 132, 154, 298, 513
Shanghái, 9, 12, 19, 42, 60, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 95, 96, 98, 100, 102, 103, 104, 122, 131, 141, 142, 145, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 156, 157, 158, 166, 174, 175, 187, 191, 194, 210, 231, 234, 235, 244, 256, 265, 271, 291, 293, 295, 299, 307, 326, 327, 329,330, 331, 332, 335, 339, 366, 371, 391, 396, 444, 465, 503, 504, 505, 506, 507, 508, 509, 510, 511, 512, 513, 514
Shangqiu, 76, 195, 265, 320, 327, 340, 342, 415, 460, 523
Shantung, 76
Siayi, 80, 81, 91, 121, 122, 125, 133, 135, 169, 184, 198, 216, 225, 241, 264, 301, 302, 503, 505, 506, 507, 509, 512, 517
Suichow, 91, 92, 130
Taiwán, 299, 307, 309
Tianjin, 24, 25, 27, 29, 34, 43, 46, 47, 48, 51, 52, 53, 142, 233, 245, 299, 368
Tientsin, 145, 146, 149, 153, 504
Tsing-tao, 153
Yenchowfu, 153, 154
Yucheng, 80, 86, 87, 89, 91, 122, 125, 129, 169, 184, 191, 216, 225, 227, 259, 281, 327, 328, 383, 385, 386, 467, 469, 503, 505, 506, 507, 508, 509, 511, 513, 519, 520
Yungcheng, 80, 91, 125, 169, 184, 198, 216, 225, 242, 260, 264, 282, 295, 302, 331, 505, 506, 507, 508, 513

12.

Índice general



Funeral por Mons. Nicolás Shi (†16/9/2009) en Shangqiu.



1. Prólogo 7

2. Introducción 17

3. Situación sociopolítica, eclesial y misional de China en el primer cuarto del siglo XX 21

3.1. Siglo XIX (1839-1901) 23

A. Situación sociopolítica 23

B. Situación eclesial misionera 28

1. La situación de la Iglesia antes de los tratados desiguales 28
2. Situación de la Iglesia con los tratados desiguales 29

3.2. Siglo XX (1901-1926) 37

A. Situación sociopolítica 37

B. Situación eclesial misionera 43

1. Situación de las misiones católicas bajo el Protectorado tras el Protocolo Bóxer 43
2. El P. Vicente Lebbe: el pionero del cambio misional 46
3. La Carta Magna del cambio misional: la *Maximum Illud* de Benedicto XV (1919) 54
4. Delegación apostólica. Celso Costantini (1922-1933) 59
5. El programa del cambio misional: el primer "Concilio Plenario Chino" (1924) 60
6. La *Rerum Ecclesiae* de Pío X y la consagración de los primeros obispos chinos (1926) 65

4. Estudio historiográfico de la misión de Kweiteh (1924-1955) 69

4.1. Misión de Kweiteh (1924-1927) 71

A. Antecedentes de la misión de Kweiteh (1906-1924) 71

1. Deseos de misionar en China 71
2. Fundación de la casa procuración en Shanghái 72
3. Nueva petición de un territorio misional a la Santa Sede 74
4. Concesión de la misión de Kweiteh 74

B. La misión de Kweiteh ... 76
1. Descripción geográfica de la misión ... 76
2. Descripción sociogeográfica de la misión ... 78
a) Los villorrios y sus casas ... 79
b) Los mercados ... 80
c) Las Subprefecturas ... 80
d) La Prefectura de Kweiteh ... 81
3. Descripción sociológica ... 82
a) Hambre y pobreza ... 82
b) Bandolerismo ... 84
c) Pillaje ... 86
d) Vida de los campesinos: pobreza, sencillez e inseguridad ... 87
e) Viudas y huérfanos ... 89
f) Machismo y condición social de la mujer ... 89
g) Infanticidio ... 90
4. Situación misional de Kweiteh ... 91
C. Inicios y tiempo de Misión independiente (1924-1927) ... 95
1. Preparación del terreno (1924) ... 96
2. Problema del protectorado ... 98
3. Llegada de los misioneros (1924-25) ... 100
4. Proceso de adaptación ... 104
Primeras navidades ... 107
5. Estudio del idioma chino ... 111
P. Mariano Gazpio ... 112
6. Problema del alojamiento ... 114
7. Comienzos de la Santa Infancia (1925) ... 117
8. Fundación de los primeros puestos misionales (1924-25) ... 121
9. Inauguración de la casa central (1925) ... 123
10. Misión independiente (octubre 1925) ... 124
11. Visita provincial (noviembre 1925) ... 125
12. Vida religiosa ... 127
13. Diversos problemas ... 130
a) Problema de Checheng ... 130
b) Problemas con monseñor Tacconi ... 130
c) Problema de los sacerdotes chinos de Shandong ... 132
d) Bandidaje ... 133
e) Persecución a la obra misional ... 134
14. Balance de la misión (1924-1926) ... 134

D. Campaña nacionalista de reunificación (1926-1928) 138
E. Salida de la misión. Prueba de la obediencia (1927) 142
1. Situación de la misión 142
2. Mandato del provincial y asamblea de religiosos 145
3. Primera salida. Encuentro con monseñor Costantini 148
4. Llegada a Shanghái. Encuentro con el provincial 151
5. Primera vuelta a Kweiteh y segunda salida 151
6. Segunda vuelta en dos fases. Situación de Kweiteh 153
7. Valoración de la actuación de los frailes 155
8. Valoración de la actuación del padre provincial 157
4.2. Prefectura Apostólica (1928-1936) 161
A. Periodo de construcción nacional (1928-1937) 161
B. Prefectura Apostólica de Kweiteh (1928) 164
C. El padre Javier Ochoa prefecto apostólico (1929) 166
D. Revista misional "Todos Misioneros" (1928) 169
1. Inicios 170
2. Revista "Todos Misioneros" 171
3. "Todos Misioneros" y la revista misional de la Orden 173
4. Dificultades y traslado a España 174
E. Escuela preparatoria (preseminario) de San Agustín (1929) 176
1. Seminario mayor regional 176
2. Inicios del seminario. Escuela preparatoria 176
F. Viaje del padre Ochoa a España y Roma (1930) 179
G. Situación de la misión en 1930 180
1. Guerras intestinas y asedio de Kweiteh 180
2. Situación misional 182
H. Bendición de la nueva iglesia y regreso del padre Ochoa (1931) 185
I. Religiosas agustinas recoletas (1931) 186
J. Consagración de la misión al Sagrado Corazón de Jesús (1931) 188
K. Nuevos misioneros 189
L. Seminario menor (1931) 191
1. Construcción del seminario menor 191
2. Vocaciones y vida del seminario 192
3. Formadores 193

M. Dispensario médico (1932) 195
N. Intercambio de subprefecturas de Kaocheng y Checheng (1932) 198
1. Subprefectura de Kaocheng 198
2. Intercambio de Subprefecturas 199
3. Subprefectura de Checheng 201
O. Escuela de catequistas (1933) 201
1. La figura del catequista 201
2. Situación inicial de los catequistas 203
3. Inicios de la escuela de catequistas 204
4. Funcionamiento de la escuela de catequistas 206
P. Visitas provincial y general (1933) 209
Q. Congregación indígena de Agustinas Catequistas de Cristo Rey (1935) 211
1. Inicios y motivaciones de la Congregación 211
2. Erección canónica y primeras profesiones 213
R. Situación de la misión (1931-1937) 214
1. Situación de la Iglesia de China 214
2. Situación de la misión de Kweiteh 215
4.3. Vicariato Apostólico (1937-1946) 220
A. Vicariato Apostólico de Kweiteh (1937) 221
1. Petición de elevación de la Prefectura a Vicariato 221
2. Valoración positiva del delegado apostólico 222
3. Constitución Apostólica *Nostrae mentis oculos* 224
B. Consagración episcopal de monseñor Javier Ochoa (1937) 225
1. Terna de candidatos a vicario apostólico 225
a) P. Mariano Alegría 226
b) P. Mariano Gazpio 227
c) P. Javier Ochoa 228
2. Monseñor Javier Ochoa, vicario apostólico (31/10/1937) 229
C. Invasión japonesa (1937-1938) 230
D. Guerra sino-japonesa: Bombardeo y ocupación de la ciudad 235
E. Situación de la misión (1938) 241
1. Atención a los refugiados 241

2. Situación del Vicariato después de la invasión 242
3. Consecuencias de la guerra para la misión 243
4. Obra de evangelización 245
F. Segunda fase de la guerra chinojaponesa (1939-1941) 247
G. Situación de la misión (1939-1941) 255
1. Asistencia de caridad para con los refugiados 255
2. Apertura de escuelas 257
3. Operadores de paz 259
4. Compra de terrenos y edificación 263
H. Primer sacerdote indígena y nuevas profesiones religiosas (1939-1940) 265
1. Visita provincial y ordenación sacerdotal de José Shan 265
2. Profesión de los novicios Nicolás Shi y José Wang 265
I. Salida del padre Mariano Alegría y muerte en Manila 269
J. Viaje del padre Ochoa a América y cambios de personal 270
K. Frutos misionales (1939-1941) 271
L. Fase internacional de la guerra chinojaponesa (1942-1945) 277
M. Época de aislamiento y penuria en la misión (1942-1946) 278
N. Obra evangelizadora (1942-1946) 280
O. Padre Venancio Martínez. Víctima al Amor Misericordioso (1944) 282
P. Erección jurídica de la Iglesia en China (1946) 285
4.4. Diócesis de Kweiteh (1947-1955) 287
A. Renuncia y salida de monseñor Ochoa (1948) 287
B. Nuevo obispo de Kweiteh. Monseñor Arturo Quintanilla 293
1. Elección y renuncia del padre Luis Arribas 294
2. Elección de monseñor Arturo Quintanilla 295
C. Guerra civil entre nacionalistas y comunistas (1946-1949) 297
D. Ocupación comunista de la misión 301
E. Actividad misional 304
F. Clero indígena y seminaristas 306
G. Constitución y primera época de la República Popular China 308
H. La Iglesia Católica bajo el comunismo (1949-1955) 315
I. Persecución, cárcel y expulsión de los misioneros extranjeros 318

1. Cárcel del padre Luis Aguirre 318
2. Monseñor Arturo Quintanilla y Lorenzo Peña 324
3. Expulsión de los religiosos extranjeros 326
J. Persecución, campos de concentración y muerte de religiosos 327
1. Padre José Shan 328
2. Padre Lucas Yuo 330
3. Padre Gregorio Li 331
4. Padre José She 331
5. Padre Pedro Kuo 335
6. Padre Marcos She 336
7. Agustín Cheng 339
8. Padre José Li 339
9. Padre Lucas Wang 339
10. Monseñor José Wang 340
11. Monseñor Nicolás Shi 345

5. Estudio misionológico de la acción evangelizadora 349

5.1. Los Misioneros, el Pueblo y la Cultura China 351
A. Descripción étnico-cultural 355
B. Idiosincrasia del pueblo chino 357
C. Religiosidad 362
D. Un proceso de maduración 365
E. Adaptación misionera e inculturación 366

5.2. Organización de la Acción Evangelizadora y de la Pastoral Ordinaria 375
A. Curso misional 375
B. Año pastoral 377

5.3. Acción Evangelizadora Catecumenal 383
A. Oración y predicación 383
B. Los frutos de la gracia 384
C. Los buenos samaritanos 386

D. Conversión inicial 386
E. Catecumenado 391
F. Elección, tiempo de iluminación y bautismo 393
G. Sacramentos de la iniciación cristiana 395
H. Apostolado de los fieles y catecúmenos 396

5.4. Acción Evangelizadora de las religiosas 399

A. Apostolado general 399
B. Apostolado entre los enfermos y los moribundos 401
C. Apostolado en cárceles y hospicios 404
D. Apostolado de la Santa Infancia 407

6. Espiritualidad misionera y visión teológica de la acción misional 411

6.1. Espiritualidad misionera y visión teológica 413

A. Espiritualidad misionera 414
1. Espiritualidad del Corazón de Jesús 414
2. Espiritualidad de la Cruz y de la Eucaristía 418
3. Espiritualidad del Amor Misericordioso 423
B. Visión teológica de la misión 429
1. Teología cristocéntrica de la misión 429
2. Teología agustiniana de la misión 429
3. Acción evangelizadora de la Iglesia 435
a) Cruzada espiritual 435
b) Salvación de las almas 437
c) Formación de una Iglesia local 438
d) Obra evangelizadora inculturada y adaptada 438
e) Todos misioneros 440

6.2. Valoración de la acción misionera de los Agustinos Recoletos en China 443

A. Una buena pieza dentro de un gran engranaje 443
B. Una comunidad recoleta orgánica, equilibrada y armónica 445
C. Los números también hablan 448
D. Los frutos de una profunda espiritualidad 455

7. Epílogo 457

8. Apéndice de relatos 463

1. Reconocimiento al provincial Bernabé Pena 465
2. El padre Ochoa salva la vida de un sirviente (1927) 466
3. Curación de la señora Chou 467
4. Curación de la señora Li y el agua bendita 469
5. Curación del hijo de la señora Cheng 469
6. La gracia de la lluvia en Changkungtsi 471
7. El misionero, buen samaritano 473
8. Preparación de los catequistas 474
9. La conversión de Berta 476
10. El bautismo de Pao Erl 477
11. Apostolado de los fieles y catecúmenos I 478
12. Apostolado de los fieles y catecúmenos II 479
13. Apostolado de los fieles y catecúmenos III 480
14. Apostolado de los fieles y catecúmenos IV 482
15. Apostolado de las religiosas I 483
16. Apostolado de las religiosas II 484
17. Apostolado de las religiosas III 485
18. Apostolado de las religiosas IV 486
19. Apostolado de las religiosas V 486
20. Apostolado de las religiosas VI 488
21. Apostolado de las religiosas VII 489
22. Apostolado de la Santa Infancia I 490
23. Apostolado de la Santa Infancia II 492
24. Apostolado de la Santa Infancia III 496
25. Apostolado de la Santa Infancia IV 497
26. Apostolado de la Santa Infancia VI 498

9. Cronología 501

10. Bibliografía 515

11. Índice de nombres y lugares 527

12. Índice general 533

agustinos recoletos

provincia de San Nicolás de Tolentino



agustinosrecoletos.org